



RODOLFO RAGUCCI

*Cumbres del
Idioma*

POETAS Y PROSADORES HISPANOAMERICANOS
ANTOLOGÍA ESCOLAR CRONOLÓGICA

con anotaciones y síntesis de Historia de la Literatura e ilustrada con
numerosos retratos ejecutados por Salvador Galant

EDITORIAL "APIS" - ROSARIO

Ex libris
OMAR GARDER
1914

Nº. _____

WICHAMON
OMAR GARDER
ALJIMAR

CUMBRES DEL IDIOMA

II

POETAS Y PROSADORES
HISPANOAMERICANOS



00160992

DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

RODOLFO RAGUCCI

.....

Cumbres del Idioma

.....

ANTOLOGÍA ESCOLAR

DE POETAS Y PROSADORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

antiguos y modernos, presentados en orden cronológico con noticias biográficas y críticas, numerosas notas explicativas y síntesis completa de la *Historia Literaria* respectiva

.....

CONTIENE TROZOS SELECTOS DE TODOS LOS AUTORES QUE FIGURAN EN LOS PROGRAMAS OFICIALES DE CASTELLANO Y LITERATURA DE LOS COLEGIOS NACIONALES, LICÉOS Y ESCUELAS NORMALES Y DE COMERCIO

.....

ILUSTRACIONES DE SALVADOR GALANT

TOMO II: AMÉRICA ESPAÑOLA

EDITORIAL "APIS" - ROSARIO DE

- 1938 -

SANTA FE
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY 11.

PRESENTACIÓN

Al curioso lector.

El epíteto *curioso* que suele aplicarse al *lector* no ha perdido, por trillado, su significación y actualidad. Todo lector es curioso: sin curiosidad no leería. La curiosidad engendra lectores y lectura.

Cuando a mis manos llega un libro nuevo, con la curiosidad de su contenido, despiértase en mí también la de las circunstancias en que su autor lo produjo: de los propósitos que lo guiaron, de la estructura que para el mismo ideó y de otras noticias, cuyo conjunto podría considerarse como una historia del libro. Y se me antoja que con tales elementos he de estar mejor asesorado cuando trate de pronunciar algún juicio sobre la obra, y no he de exigir sino las responsabilidades que de tales circunstancias, de tal plan y de tales propósitos emerjan.

Pienso que otros lectores han de cojear del mismo pie. Por eso, al ofrecerles este libro, quiero, no en la gravedad solemne de un pórtico o introito, sino en la familiaridad de un sencillo coloquio, manifestarles cómo y cuándo nació, a qué lo he destinado y de qué medios dispuse para procurar salir con mi intento.

La necesidad es fecunda.

Pues, este libro no es de hoy. Cuenta ya, al menos, tres años de existencia. Lo que hoy hace es — vencidas no leves dificultades, que no interesa exponer aquí — presentarse en público. Dióle vida el deseo de llenar una necesidad.

Hace algunos años se me confió una cátedra de Historia de la Literatura Castellana; y a ella me consagré con cariño. Pero bien pronto hube de tropezar con serios inconvenientes: El campo, señalado por los programas, era vastísimo, inmenso; el tiempo disponible para explorarlo, sumamente exiguo. Verdadera exploración era imposible. Debía contentarme con un ligero reconocimiento del dilatado campo y, para apurar el símil, no a pie, ni al galope de nuestro resistente “caballito criollo”, ni en un automóvil que ofrece a uno la comodidad de detenerse donde quiere, sino en una excursión aérea, desde remotísima altura, con velocidad vertiginosa y casi sin etapas. ¿Qué idea puede formarse el viajero de un territorio explorado en esta forma? ¿Esto es lo que en la práctica suele acontecer con el estudio de la literatura española, vasta como la que más: los panoramas de sus diversas épocas deben contemplarse desde tan lejos, que no es posible la visión clara y cabal de las cosas.

Se hacen desfilar autores; se exponen sus rasgos biográficos; se citan sus obras; se formulan juicios propios y ajenos acerca de éstas; se comparan con otras, caseras y extrañas, antiguas y modernas. Y de todo este fárrago de exposiciones ¿qué es lo que perdura al fin en la mente del alumno? He ahí las tierras divisadas desde la lejanía. No se ha vivido en ellas; se ignoran su constitución, su aptitud productiva, sus fuentes de riqueza, las plagas que las azotan; no se ha conversado con los aborígenes, ni visitado sus viviendas, ni ponderado sus faenas, ni saboreado sus frutos. Todo, a lo más, se ha contemplado — como quien dice — en pinturas, hermosas cuanto se quiera, pero siempre pinturas, que no son la realidad.

Y en las clases de Literatura, por las escasas horas de que se dispone, no puede haber contacto directo del alumno con la realidad que estudia, que son los autores, que son las obras, donde éstos viven, donde han dejado lo más exquisito de su espíritu: su mente y su corazón. De las obras se llevan los alumnos, cuando nó una impresión de lamentable pérdida de tiempo, o junto con ella, el título apenas, acaso un descarnado argumento: es lo único posible, si no se reduce la materia y si al mismo tiempo no se aumentan las horas.

Estudio racional de la historia literaria.

Los escritores deben estudiarse en sus obras, en los textos vivos, que se llaman. Y para ello, si hemos de adaptarnos a la realidad actual, no hay más remedio que modificar el sistema, método o procedimiento de las lecciones.

Limitemos la amplitud de exposiciones inconsistentes, sin base; conténtenos con substanciosas síntesis de épocas y autores, para ir en seguida al grano, al texto, donde pueda el alumno trabar íntima relación con sus autores; donde, guiado por el profesor, pueda apreciar las excelencias y descubrir los defectos de cada estilo. Así se realizará un estudio provechoso y duradero.

Es obvio que esto no se puede hacer en el aula con obras íntegras; ni fuera del aula, porque, sin la dirección de un profesor que se preocupe, poco halagüeños serán los resultados. Y además ¿cómo podría exigirse a los alumnos que se proveyesen de tan gran número de obras? Leámoslas entonces fragmentariamente, en trozos bien elegidos por característicos.

Recuerdo que en 1933, uno de nuestros más distinguidos hombres de letras, erudito y poeta, D. Arturo Marasso Rocca, me manifestaba como para él ocho o diez versos del *Mío Cid*, bien comentados en clase, valían más que todos los discursos que sobre dicha obra pudiese escuchar el alumno, y mucho más que todos los datos biográficos que se pudiesen acumular sobre el Cid y demás personajes del poema o sobre sus probables autores. No mucho después, el mismo Sr. Marasso, al pronunciar el discurso con que en nombre de la Academia Argentina de Letras recibía en ésta al Dr. Carlos Obligado, decía textualmente: "La enseñanza de la literatura y de la lengua es inseparable de la sabia explicación del texto de los autores, del buen texto, de la edición esmerada. Así se hará el estudio de la técnica, del estilo, en distintas épocas de la creación literaria, del material expresivo. Como *es imposible y, a veces, innecesario, que los alumnos lean y analicen libros íntegros* bajo la dirección del profesor (la eficacia del buen profesor es insustituible), *pueden utilizarse excelentes antologías*. Es más provechoso un curso de literatura fundado en el estudio inteligente y penetrante de textos de una antología, que ponen al alumno ante los problemas cambiantes de la expresión, en los diversos siglos, y le enseñan en la ciencia de la lectura, que el conocimiento trivial de argumentos de obras, de cuadros sinópticos, de esquemas muertos y de la vida anecdótica de los autores. Lo que es precioso, en este caso, es la cultura de los autores, la explicación por medio del conocimiento de la vida, de cómo han concebido y creado la obra literaria. Se debe dar primordial importancia a los escritores de los siglos XVI y XVII. El ideal de estas enseñanzas está en familiarizar al alumno con los modelos de lengua literaria, y nó con la cronología histórica y la anécdota. Es la única forma para que los alumnos lleguen a conocer inteligentemente el texto de un autor castellano". No otra cosa declaró la Academia Argentina de Letras en su sesión de 28 de noviembre de 1935, con estas palabras: "La A. A. de L. recomienda que el estudio de la literatura en la segunda enseñanza se realice habitualmente — como se ha hecho en algunos casos — teniendo a la vista los textos mismos de los escritores y no limitándose a la repetición de los manuales de historia literaria. El alumno, *bajo la dirección del profesor*, debe penetrar en el contenido del texto estudiado, y discernir bien sus valores expresivos. Debe analizarse, *a base de la lectura*, la personalidad literaria del autor y relacionarla con la de otros escritores, a fin de representarse de una manera viva las corrientes estéticas (comprendiendo las llamadas escuelas literarias), y cómo se inscribe la literatura en el movimiento cultural que abarca la vida entera de un

“pueblo. De este modo se conseguirá dar a cada autor su significado histórico. La información biográfica y anecdótica debe ser un complemento, pero nó la base de esta enseñanza”.

Creo que no fué diverso el pensamiento que, antes de esas declaraciones, me llevó a preparar la antología que hoy presento.

Antologías y obras íntegras.

Cuando, posteriormente, aparecieron los nuevos programas de castellano y literatura, que exigen cierta cantidad — a veces excesiva, por cierto — de lecturas obligatorias, generalizáronse en todo el país animados debates acerca de si debían preferirse obras íntegras o sólo fragmentos de las mismas. La prensa más autorizada, casi unánimemente, aun reconociendo en principio el precio mayor que tienen las lecturas íntegras, sin embargo, dada la exigüidad de tiempo disponible y lo extenso de la parte expositiva del programa, dió a entender que lo sólo factible era la lectura de trozos selectos. Lo mismo se desprende de la declaración de la Academia Argentina, que acabo de transcribir.

Más explícita aún fué esta Corporación, cuando en fecha de 18 de diciembre de 1936 respondía a una resolución de 12 de noviembre del mismo año, recibida del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, en los siguientes términos: “...*La enseñanza del idioma castellano y de su literatura debe hacerse mediante la lectura y el comentario de trozos escogidos* en las obras de autores significativos «para penetrar en el contenido del texto estudiado, y discernir bien sus valores expresivos»... En esas lecturas conviene dar una lógica preferencia a los autores de habla española, y, de entre ellos, a los argentinos... Dicha selección propenderá a corroborar, como lo hacen respectivamente análogas *selecciones de textos* de todos los países, las orientaciones tradicionales de la sociedad argentina y el espíritu nacionalista de nuestra enseñanza pública”. Y añade más adelante: “En lo referente a la nómina de autores aconsejables para la enseñanza del castellano en los establecimientos que dependen del Ministerio, la Academia Argentina de Letras considera: 1) *Que lo preferible serían antologías semejantes a las adoptadas por los países más adelantados de Europa y América*, en las que se tuvieran en cuenta los antecedentes de nuestra cultura literaria, la obra de nuestros escritores y la técnica escolar del comentario de textos; 2) *Que el número de las obras recomendadas para una lectura íntegra debe ser sumamente limitado para cada curso*, si se desea que el alumno las conozca, comprenda y estudie en la forma cabal e íntensiva que puede justificar la imposición de las mismas como textos de «lectura obligatoria»... Esta Corporación recomienda como *muy conveniente la edición oficial de antologías anotadas*, para los diversos grados de la enseñanza, de modo que puedan ser puestas al alcance de todos los estudiantes a precios módicos...”

De acuerdo con la precedente manifestación, el Ministro de Justicia e Instrucción Pública en 25 de enero de 1937 emanó las siguientes resoluciones: “1º En la enseñanza de Castellano y Literatura en los colegios y escuelas dependientes del Ministerio, *los ejercicios de lectura y análisis literario se efectuarán en Antologías debidamente aprobadas y en obras literarias que deberán ser leídas íntegramente. El número de estas últimas será condicionado al tiempo de que los alumnos puedan disponer*, según el número y extensión de los estudios propios de cada curso... 3º Llamar a concurso de antologías para uso de los establecimientos de enseñanza media, oficiales o incorporados...”

De todo lo anterior, claramente se desprende la preferencia que se ha querido otorgar a las antologías, para los ejercicios de lectura y análisis literario. Si aun se exigen obras íntegras, su número debe ser “sumamente limitado” y “condicionado al tiempo de que los alumnos puedan disponer”. Y como, por lo mismo, estas lecturas íntegras difícilmente podrán realizarse en clase, y, eliminada por necesidad la participación directa del profesor en ellas, habrá que encomendarlas al estudio privado y buena voluntad de los alumnos, resulta que viene a ser indispensable para el aula el empleo de antologías.

A esto obedece el haber yo apresurado la publicación de este libro, que reputo ha de ser un buen auxiliar, aunque modesto, para las lecciones de literatura. No he tenido más que completarlo con algunos nombres de contemporáneos que los programas nuevos traen.

Material de este libro.

Criterio de ordenación. — Advertirá luego el lector que no es éste una mera yuxtaposición de trozos escogidos. Los verá *ordenados cronológicamente*, esto es, según han ido apareciendo sus autores en el mundo literario, y ordenados también según las formas más amplias de prosa y verso, y, dentro de éstas, agrupados por los géneros tradicionales (lírica, épica, dramática, historia, novela, oratoria, crítica, etc.).

Es una antología cronológica, que, a la par que los valores individuales, va señalando la evolución progresiva de la lengua y de los géneros y acompañando y confirmando las exposiciones del profesor.

Notas y comentarios. — Tampoco es una transcripción escueta de textos. Los trozos, para su mayor inteligencia, van *brevemente explicados con sencillas notas* de diverso carácter: gramaticales, filológicas, semánticas, retóricas, históricas, geográficas, críticas, etc. Y, para no multiplicar las notas al pie de las páginas y evitar repeticiones inútiles, he agregado un *glosario de voces medievales*, que va al fin del tomo correspondiente a España.

Argumentos. — Cuando los textos trascritos son fragmentos de obras mayores, casi siempre compendio en breves líneas el asunto de éstas, con el objeto de que el alumno comprenda mejor el trozo, al columbrar su razón de ser y relaciones.

Síntesis de historia literaria. — A este carácter de *antología cronológica y anotada*, añade el de *historia literaria sintética*. Al iniciarse cada época, trazo un esbozo de su carácter literario; lo mismo, de cada género importante de ese tiempo. A los trozos de cada autor, hago preceder apuntes biográficos del mismo, indicación de sus obras más importantes, apreciación crítica del conjunto y aun a veces de alguna en particular.

Y pienso que esto no es poca ayuda. Al profesor, tan alcanzado de tiempo, le bastará ampliar someramente esas noticias, justificar o discutir afirmaciones; luego la lectura del texto elegido le ofrecerá más de una ocasión para formular otras consideraciones acerca de la producción íntegra del escritor estudiado.

Y para los alumnos serán además esas noticias un *recordatorio* o *resumen* de la exposición del profesor, útil para la recitación de las lecciones y, sobre todo, para repasos en época de exámenes.

Cuadro sinóptico. — Para facilitar aun más la labor de síntesis y aliviar en las pruebas, agrego al fin un cuadro sinóptico de autores, que ofrece en breve espacio el panorama general de toda la literatura española y visiones más limitadas de cada una de sus épocas, y ayuda a establecer el sincronismo de los diversos autores.

Índices. — He preparado tres índices auxiliares: el *general*, que va al principio de la obra y da una idea del conjunto de la misma; el *alfabético de escritores*, de quienes se transcriben trozos, y aun de otros, nacionales y extranjeros, citados en los someros estudios o notas que me pertenecen, y, por último, el *de los grabados* que ilustran el libro, *alfabético también*.

Ilustraciones. — Variedad, interés, realce y precio singulares cobra todo el conjunto con la copiosa galería de retratos que el artista Salvador Galant expone en estas páginas, con la pericia que han de apreciar los entendidos.

Autores que figuran. — El número de los que presenta la obra es superior al de los que explícitamente mencionan los programas recientes. Y esto, primero, porque — como ya insinué — la antología es anterior a éstos, y segundo, porque opino que, si la angustia de tiempo ha aconsejado cuerdamente a los elaboradores del plan una limitación en el estudio de autores, hay muchos omitidos que no deben faltar en la historia literaria y deben figurar en ella — aunque no obligue su lectura — porque por ellos es indispensable pasar, al menos como por puentes de tránsito necesario o sendas elevadas que enderezan a las cumbres más emi-

entes; por eso los presento en algún texto vivo, monumento a su mérito indiscutible. Figuras hay, como las de Granada, Herrera y Pereda — para citar algunas —, cuya omisión en programas y antologías sería incomprensible para muchos.

Por otra parte, si llegara a ocurrir cualquier alteración de programas, este libro no perdería su actualidad.

En cualquier caso, nada se opone a que se pasen por alto los nombres que no interesan de inmediato.

Autores que no figuran. — Siguiendo una norma ya consagrada — por razones obvias —, no he incluido trozos de escritores que aun viven. La sola excepción es para los no argentinos, señalados expresamente en los actuales programas. La distancia tiene para éstos algo como de ausencia. Es conocido el aforismo: "*Lauda post mórtem*".

Sin embargo, de los que viven me agrada transcribir a menudo afirmaciones u opiniones que valoran las mías, muy modestas por cierto.

Caudal de lectura y arte tipográfico. — El material de lectura correspondiente a cada autor es aquí tan abundante como raras veces se ve en libros de carácter antológico. Y han permitido esta abundancia diversas providencias: las dimensiones no comunes de la página, la distribución del verso en dos y aun tres columnas, la elección de tipos, a veces menudos, si se quiere, pero perfectamente legibles, etc., de tal modo que puede afirmarse que en una sola obra se ofrece el material que ordinariamente no se reúne en menos de tres.

Y el lector verá como la pericia de los tipógrafos ha conciliado muy bien la economía espacial con la prolijidad y elegancia de la presentación.

Modicidad de precio. — Más de cuatro han insinuado la conveniencia de elevar el precio para una obra de los caracteres de ésta, aun para acrecentar su prestigio, porque parece tal vez que la importancia de un libro está en proporción de su precio de venta. Pero nó: aunque para algunos pueda esto parecer desmerecimiento, se ha fijado el precio más módico. Ni los editores ni el autor han querido abdicar su propósito. Y éste no es lucrar, sino sólo contribuir en forma eficiente a la mayor cultura de la juventud argentina.

A quiénes interesa este libro.

En un principio se pensó presentar toda la obra en un solo volumen. Pero luego razones de comodidad y mayor facilidad de adquisición aconsejaron dividirla en dos:

1º El volumen de POETAS Y PROSADORES ESPAÑOLES, destinado especialmente a los alumnos de 5º Año de los Colegios Nacionales y Liceos.

2º El de POETAS Y PROSADORES HISPANOAMERICANOS, con preferencia para los argentinos, destinado al 4º Año de los mismos Institutos.

Para los alumnos de 4º Año de las Escuelas Normales y de Comercio, que en un solo curso deben estudiar la literatura de España y Argentina, habrá facilidad de obtener los dos tomos encuadernados en uno, con cierta bonificación.

También los alumnos de los años inferiores.

De esta obra podrán también sacar ventaja los alumnos de los otros cursos, de los años 1º, 2º y 3º, porque encontrarán aquí todos los autores, de quienes sus respectivos programas exigen lecturas fragmentarias o íntegras.

En el caso de las lecturas íntegras tendrán aquí una ayuda no despreciable: de ellas encontrarán casi siempre, además del argumento compendiado, varios pasajes notables de las mismas. De este modo el alumno podrá recordar en un instante muchas otras circunstancias de la obra leída por entero y, sin necesidad de volverla a leer, tendrá material más que suficiente para superar con brillantez las pruebas orales o escritas a que deba someterse.

Una palabra sobre los textos.

Para la transcripción de los textos he acudido a las fuentes más autorizadas. He tenido en cuenta ediciones críticas notables realizadas por institutos o autores

de peso, como la Academia Española, la Biblioteca de Autores Españoles, los Clásicos Españoles, Menéndez y Pelayo, Bonilla y San Martín, Cejador y Frauca, Menéndez Pidal, Sánchez Cantón, Moratín, Ochoa, F. B. Navarro, Campillo y Correa, Oyuela, R. Sánchez, Hurtado y Palencia, Onís, etc.

A menudo señalo en nota las variantes que otros traen, distintas del texto que he elegido.

Los textos antiguos de la era medieval he preferido copiarlos con su ortografía arcaica, más bien que modernizar ésta. Me parece bien que el alumno se ejercite en esa lectura y hasta que él mismo, como práctica provechosa, los traduzca de vez en cuando a la ortografía actual.

Para la acentuación suelo atenerme a las reglas que seguimos hoy.

Se observará que algunos trozos llevan ortografía más anticuada que otros de fecha posterior. Obedece este hecho a que las ediciones que he utilizado han modernizado más o menos el texto primitivo.

Razones de oportunidad unas veces, y otras de delicadeza, me han aconsejado el procedimiento que también se observa en las antologías clásicas o escolares de los países más cultos de Europa y América: el de suprimir con discreción lo inoportuno o inconveniente. Estos trozos se han elegido con el criterio de que puedan ser leídos públicamente en clase. Bien sabe el verdadero educador que no todo lo que puede leerse en privado, es igualmente inocuo y tolerable en público. Y hay en los libros frases y pasajes escabrosos que a nadie se le toleraría en una reunión social. Pues ¿habrían de oírse en la escuela y ante un profesor que ha de ser ante todo maestro y dechado de urbanidad? De urbanidad se trata, y nó, de mojigatería, como acaso dirá alguno que no calza ciertamente muchos puntos en esto de respetar a los demás y respetarse a sí mismo. Con la supresión de tales frases desenfadadas o rasgos soeces no queda desmedrado ni el mérito artístico del autor ni la integridad del sentido; antes, el trozo gana en dignidad y decoro. Con puntos suspensivos o líneas de puntos señalo las eliminaciones, que, por otra parte, no son tantas. Si alguna vez (acaso una sola en toda la obra) me he permitido la sustitución de una frase por otra más urbana, más clásica, hago una declaración expresa en el lugar correspondiente.

Aspiración.

No sé si en el país el género antológico ha ofrecido hasta ahora un libro que reúna el conjunto de características que éste. ¡Ojalá sean todas de interés y de provecho!

Con estas sencillas observaciones creo haber justificado mi labor y dejado satisfecha la curiosidad del amable lector.

Por esto, pongo punto final, no sin antes formular un ruego sincero. No soy tan ingenuo como para creer que haya llegado al ápice de la perfección, ni que mi acierto haya sido total. Lo que sí deseo es aproximarme al ideal columbrado, y he de quedar muy reconocido a los ilustrados colegas e inteligentes lectores que me ayuden a conseguirlo, con sus discretas observaciones.

Ideal de este libro es facilitar la ardua tarea del profesor y contribuir al mayor aprovechamiento intelectual y moral de los alumnos, despertando en ellos admiración y amor a los varones eximios de España y América que, si, por la altura a que se remontaron en las regiones del arte literario, merecen llamarse *Cumbres del Idioma*; por la incomparable obra de cultura española y cristiana, que desarrollaron con la sublimidad de su pensamiento, pueden también apellidarse blasón y *Cumbres de la Raza*.

Si logro dar unos pasos camino de ese ideal y ver a nuestra querida juventud cerniéndose sobre esas cumbres luminosas, con intrepidez de águilas o condadores, para oxigenar el espíritu con los aires recios y salubres, tendré por remunerados con usura los afanes que estas páginas encierran.

R. R.

Buenos Aires y febrero de 1938.

ÍNDICE GENERAL

| | Pág. | | Pág. |
|----------------------|------|------------------------------|------|
| Presentación | V | Programa de Literatura | XV |
| Índice general | XI | | |

I. ARGENTINOS

| | Pág. | | Pág. |
|--|------|--|------|
| ÉPOCA COLONIAL | 1 | Los trópicos | 17 |
| 1. Ruy Díaz de Guzmán († 1629) .. | 1 | A Rosas | 18 |
| De "La Argentina manuscrita": | | De "Amalia": | |
| Del Prólogo | 2 | Argumento | 18 |
| El hambre de 1536 en Buenos | | Traición | 19 |
| Aires | 2 | | |
| Condición de los mestizos | 2 | 3. Ricardo Gutiérrez (1836-1896) .. | 23 |
| Un curiyú | 2 | La oración | 24 |
| 2. Fray Luis de Tejeda y Guzmán | | La victoria | 25 |
| (1604-1680) | 3 | Los huérfanos | 25 |
| Al Niño Jesús | 3 | La propiedad | 25 |
| Santa Rosa de Lima | 4 | 4. Olegario Víctor Andrade (1841 | |
| 3. Manuel José de Lavardén (1754- | | 1882) | 25 |
| 1809?) | 4 | El nido de cóndores | 26 |
| Oda al Paraná | 4 | La vuelta al hogar | 28 |
| Sátira (fragmento) | 5 | El ejército de los Andes | 29 |
| ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN | 6 | II. GAUCHESCOS | 29 |
| 1. Juan Cruz Varela (1794-1839) .. | 6 | 1. Hilario Ascasubi (1807-1875) .. | 29 |
| El 25 de Mayo de 1838 | 6 | De "Santos Vega o Los Mellizos | |
| A la victoria de Ituzaingó | 7 | de la Flor": | |
| 2. José Antonio Miralla (1790-1825) | | La tapera — Santos Vega — | |
| El centenario de aldea | 9 | Rufo | 30 |
| ÉPOCA INDEPENDIENTE | 11 | La madrugada | 31 |
| I. ROMÁNTICOS | 11 | La indiada — El malón | 31 |
| 1. José Esteban Echeverría (1805- | | 2. Estanislao del Campo (1834-1880) | 32 |
| 1851) | 11 | Del "Fausto": | |
| De "La Cautiva": | | Argumento del "Fausto" | 32 |
| Argumento | 11 | Anastasio llega al teatro | 32 |
| El desierto | 12 | Descripción del mar | 33 |
| De "Avellaneda": | | La madrugada | 33 |
| Tucumán | 13 | Anochecer | 33 |
| De "El Matadero": | | 3. José Hernández (1834-1896) .. | 34 |
| Argumento | 13 | De "Martín Fierro": | |
| Los corrales y la casilla | 13 | Invocación y proposición | 34 |
| La fuga del toro | 14 | Dichas del pago | 35 |
| 2. José Mármol (1817-1871) | 15 | Vuelve al pago y se hace ma- | |
| Al Plata | 16 | trero | 35 |
| | | Conclusión de la Parte I | 36 |
| | | De "La vuelta de Martín Fierro": | |
| | | Muerte de Cruz | 37 |
| | | Retrato del Viejo Vizcacha .. | 37 |
| | | Consejos del Viejo Vizcacha .. | 37 |

| | Pág. | | Pág. |
|--------------------------------------|------|-------------------------------------|------|
| III. ECLÉCTICOS Y MODERNOS | 38 | 3. Juan María Gutiérrez (1809-1878) | 78 |
| A. POETAS | | Paso de los Andes, Chacabuco | 78 |
| 1. Ventura de la Vega (1807-1865) | 38 | Esteban Echeverría | 80 |
| Orillas del Pusa | 39 | 4. Vicente Fidel López (1815-1903) | 83 |
| Recuerdo de la patria | 39 | Buenos Aires en 1815 | 84 |
| De "La muerte de César" | 39 | El año XX | 86 |
| 2. Juan María Gutiérrez (1809-1878) | 41 | 5. Bartolomé Mitre (1821-1906) | 87 |
| Recuerdo | 42 | De la "Historia de Belgrano": | |
| La bandera de Mayo | 42 | Introducción: sumario | 87 |
| 3. Carlos Guido Spano (1827-1918) | 42 | Proemio | 88 |
| Nenia | 43 | Antecedentes históricos sobre la | |
| At home | 43 | sociabilidad argentina | 88 |
| ¡Adelante! | 44 | Belgrano pasa a España | 90 |
| A mi hija María del Pilar | 44 | Secretario del Consulado | 91 |
| 4. Rafael Obligado (1851-1920) | 45 | Retrato de Belgrano | 92 |
| De "Santos Vega": | | De la "Historia de San Martín": | |
| I. El alma del Payador | 46 | La abdicación | 93 |
| III. El himno del Payador | 46 | 6. Nicolás Avellaneda (1837-1885) | 96 |
| IV. La muerte del Payador | 48 | Rivadavia (fragmentos) | 96 |
| Las quintas de mi tiempo | 49 | En la inauguración del Ferrocarril | |
| Un cuento de las olas | 50 | Central del Norte | 100 |
| El hogar paterno | 50 | 7. José Manuel Estrada (1842-1894) | 102 |
| 5. Calixto Oyuela (1857-1935) | 51 | Mariano Moreno | 103 |
| Patria | 52 | Rosas | 104 |
| 6. Leopoldo Lugones (1874-1938) | 53 | Muerte de Dorrego | 105 |
| De "Lunario sentimental": | | Discurso de despedida | 107 |
| A mis cretinos | 54 | 8. Lucio V. Mansilla (1831-1913) | 108 |
| Las cigarras | 54 | De "Una excursión a los indios | |
| La marcha del príncipe | 54 | del sur: | |
| El chingolo | 55 | Argumento | 109 |
| B. DRAMATICOS | | C. I. Dedicatoria | 109 |
| 1. Martín Coronado | 56 | C. XVIII. Un cuerpo sano en | |
| De "Justicias de antaño": | 56 | un alma sana | 110 |
| En la Pampa | 57 | C. XX. Los indios y el caballo | 111 |
| 2. Gregorio de Laferrère | 58 | C. XXV. Gracias a Dios | 111 |
| De "Las de Barranco": | | C. XXXIII. Retrato de Mariano | |
| Argumento de "Las de Barran- | 58 | Rosas | 114 |
| co" | 58 | 9. Miguel Cané (1851-1905) | 114 |
| Una madre y unas hijas | 59 | De "Juvenilia": | |
| Rebeldía de la dignidad | 61 | C. I | 115 |
| C. PROSISTAS | | C. XXV | 116 |
| 1. Domingo F. Sarmiento (1811-1888) | 61 | 10. Eduardo Wilde (1844-1913) | 118 |
| De "Facundo": | | De "Prometeo y Compañía": | |
| Argumento | 61 | La lluvia | 119 |
| El rastreador y el baquiano | 62 | Un hombre feliz | 120 |
| Acosado por un tigre | 64 | 11. Pablo Groussac (1848-1929) | 120 |
| Retrato de Facundo | 66 | De "Los que pasaban": | |
| La tragedia de Barranca-Yaco | 66 | Argumento | 121 |
| De "Recuerdos de Provincia": | | Carlos Pellegrini | 121 |
| El hogar paterno | 71 | 12. Calixto Oyuela (1857-1935) | 123 |
| Pedrea memorable | 72 | José Manuel Estrada | 123 |
| 2. Juan Bautista Alberdi (1810-1884) | 75 | 13. Joaquín V. González (1863-1923) | 124 |
| De "El crimen de la guerra": | | De "Mis montañas": | |
| Argumento | 75 | Cuadros de la montaña | 124 |
| Naturaleza del crimen de la | | La Oración (poesía) | 126 |
| guerra | 75 | 14. José Sixto Álvarez (1859-1903) | 126 |
| Pensamientos entresacados | 77 | De "Un viaje al país de los ma- | |
| | | treros": | |
| | | En los bañados | 127 |
| | | De "Cuentos de Fray Mocho": | |
| | | Cada cual se agarra con las | |
| | | uñas que tiene | 128 |
| | | Reminiscencia | 129 |
| | | La caza del cóndor | 129 |

| | Pág. |
|------------------------------------|------|
| 5. Juan Agustín García (1863-1923) | 131 |
| De "La ciudad indiana": | |
| La familia | 132 |
| 6. Roberto J. Payró (1867-1928) .. | 133 |
| De "El Mar Dulce": | |
| Argumento | 134 |

| | |
|-------------------------------------|-----|
| ¡Al avío! | 134 |
| Tragedia | 135 |
| 17. Ricardo Güiraldes (1886-1927) . | 136 |
| De "Don Segundo Sombra": | |
| Argumento | 137 |
| La criatura de Don Segundo .. | 137 |
| La separación | 138 |

II. OTROS ESCRITORES HISPANOAMERICANOS

| | Pág. |
|---|------|
| 1. El Inca Garcilaso de la Vega (1540-1617) | 140 |
| De "Comentarios reales": | |
| Lloran la grandeza perdida .. | 140 |
| El naufrago Pedro Serrano .. | 140 |
| 2. Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639) | 142 |
| De "La verdad sospechosa": | |
| Argumento | 142 |
| Escena IX del Acto II | 142 |
| Escena VII del Acto III | 143 |
| 3. Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) | 144 |
| Liras | 144 |
| Fragmento del auto sacramental "El Divino Narciso" | 144 |
| 4. José Joaquín de Olmedo (1780-1847) | 145 |
| La victoria de Junín o Canto a Bolívar (fragmento) | 146 |
| 5. Bartolomé Hidalgo (1788-1822) | 148 |
| Relación del gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano | 148 |
| 6. Andrés Bello (1781-1865) | 151 |
| La oración por todos | 152 |
| Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida | 154 |
| De un discurso: | |
| Recompensas de las ciencias y las letras | 156 |
| Cultivo de la poesía | 157 |
| 7. José María de Heredia (1803-1839) | 158 |
| En el Teocalli de Cholula | 158 |
| Al Niágara | 160 |
| 8. José Eusebio Caro (1817-1853) | 161 |
| El hacha del proscrito | 162 |
| En boca del último inca | 162 |
| Acordaos de los pobres | 162 |
| 9. Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) | 163 |
| A la poesía | 163 |
| Al partir | 164 |
| Al mar | 164 |
| Plegaria a la Virgen | 165 |
| Paseo por el Betis | 166 |

| | Pág. |
|--|------|
| 10. Gregorio Gutiérrez González (1826-1872) | 166 |
| Aures | 166 |
| De "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia": | |
| La socola | 167 |
| La quema | 168 |
| 11. Marcos Sastre (1809-1887) | 169 |
| Del "Tempe argentino": | |
| Un paseo por las islas | 169 |
| El rancho | 171 |
| La calandria | 173 |
| 12. Ricardo Palma (1833-1919) | 174 |
| De "Tradiciones peruanas": | |
| Los polvos de la Condesa | 174 |
| El secreto de confesión | 175 |
| 13. Eugenio María de Hostos (1839-1903) | 177 |
| De "Moral social": | |
| Deberes del hombre | 177 |
| Confraternidad | 177 |
| Cosmopolitismo | 178 |
| Civilización | 179 |
| 14. Juan Montalvo (1833-1889) | 179 |
| De "Siete tratados": | |
| Los poetas ciegos: Homero y Milton | 180 |
| Paralelo entre Napoleón y Bolívar | 181 |
| De "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes": | |
| Universalidad del "Quijote" .. | 182 |
| 15. José Martí (1853-1895) | 183 |
| De "Ismaelillo": | |
| Mi caballero | 184 |
| De "Versos sencillos": | |
| I | 184 |
| VII | 184 |
| XXXI | 185 |
| XLV | 185 |
| San Martín | 185 |
| Madre América | 186 |
| Cecilio Acosta | 186 |
| 16. Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) | 188 |
| Lápida | 189 |
| Nada es mío | 189 |
| Ondas muertas | 190 |
| Mis enlutadas | 190 |
| A la Virgen María | 191 |
| De blanco | 191 |

| | Pág. | | Pág. |
|--|------|--|------|
| 17. Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931) | 192 | Letanías a nuestro Señor don Quijote | 208 |
| De "Tabaré": | | 21. Amado Nervo (1870-1919) | 210 |
| Argumento | 192 | Vieja llave | 210 |
| Introducción | 193 | Éxtasis | 210 |
| Caracé cae sobre los extranjeros | 193 | El milagro | 211 |
| Aparece Tabaré | 193 | El poeta niño | 211 |
| Bautizo de Tabaré | 193 | La sed | 211 |
| Tabaré a su madre | 194 | Mar de la serenidad | 211 |
| Despedida de la madre | 194 | Nec spes nec metus | 211 |
| La villa duerme | 194 | 22. José Enrique Rodó (1872-1917) | 212 |
| Yamandú | 195 | De "Ariel": | |
| El asalto | 195 | Argumento | 212 |
| Yamandú huye con su presa | 195 | Parábola | 212 |
| El salvador de Blanca | 195 | Cuadro sinóptico de la producción hispanoamericana: | |
| La ira de Don Gonzalo | 196 | Literatura argentina | |
| Trágico desenlace | 196 | Literatura uruguaya | |
| Elegía final | 196 | Literatura colombiana | |
| De "La epopeya de Artigas": | | Literatura mejicana | |
| Retrato de Artigas | 197 | Literatura ecuatoriana | |
| Carácter de Artigas | 198 | Literatura peruana | |
| 18. José Asunción Silva (1868-1896) | 200 | Literatura venezolana | |
| Los maderos de San Juan | 201 | Literatura chilena | |
| Ars | 201 | Literatura paraguaya | |
| Vejece | 201 | Literatura boliviana | |
| Paisaje tropical | 202 | Literatura centroamericana | |
| Nocturno | 202 | Literatura antillana | |
| 19. Florencio Sánchez (1875-1910) | 203 | Lista onomástica de autores citados en el Tomo II | |
| De "Barranca abajo": | | Índice alfabético de los grabados | |
| Argumento | 203 | | |
| Escena X del Acto I | 204 | | |
| Escena XXI | 205 | | |
| 20. Rubén Darío (1867-1916) | 206 | | |
| Marcha triunfal | 207 | | |
| Caupolicán | 208 | | |

N. B. — Las notas explicativas de los trozos literarios se han colocado en este tomo al fin de cada uno de éstos, y nó al pie de la página.

PROGRAMA DE LITERATURA DE CUARTO AÑO

con indicación de las páginas de este libro en que se satisface a cada uno de sus puntos, especialmente en lo que atañe a las lecturas prescritas.

CUARTO AÑO DE LOS COLEGIOS NACIONALES Y LICEOS DE SEÑORITAS

- I. La literatura de la América española en la época colonial (1-6, 140-145). Las primeras ciudades universitarias: Santo Domingo, Méjico, Lima. Los primeros escritores. Las grandes figuras: el Inca Garcilaso (140), Juan Ruiz de Alarcón (142), Sor Juana Inés de la Cruz (144). La cultura y las letras coloniales en la Argentina (1-6).
Lecturas obligatorias: páginas del Inca Garcilaso (140) y de Ruy Díaz de Guzmán (2); poesías de Sor Juana Inés de la Cruz (144), Luis de Tejada (3-4) y Lavardén (4).
- II. La literatura en la América española durante el movimiento de independencia (6-11, 145-161). Las grandes figuras: Andrés Bello (151), José Joaquín Olmedo (145), José María Heredia (158). Los escritores y poetas argentinos (6-11).
Lecturas obligatorias: poesías de Bello (152), Olmedo (146), Heredia (158), Juan Cruz Varela (6), José Antonio Miralla (9).
- III. La poesía romántica en la Argentina (11-29): Esteban Echeverría (11), José Mármol (15), Carlos Guido Spano (42), Ricardo Gutiérrez (23), Olegario Víctor Andrade (25), Rafael Obligado (45).
Lecturas obligatorias: poesías de Echeverría (11), Mármol (16), Guido Spano (43), Ricardo Gutiérrez (24), Andrade (26), Obligado (46).
- IV. La literatura en la América española durante el siglo XIX. Principales figuras (161 y siguientes).
Lecturas obligatorias: páginas de Juan Montalvo (180), Ricardo Palma (174), Eugenio María Hostos (177); poesías de Gertrudis Gómez de Avellaneda (163), José Eusebio Caro (162), Gregorio Gutiérrez González (166), Juan Zorrilla de San Martín (192).
- V. La poesía gauchesca del Río de la Plata, en lengua culta (45) y en lengua popular (29-38, 148).
Lecturas obligatorias: "Diálogo de Chano y Contreras sobre las fiestas mayas", de Bartolomé Hidalgo (148); "Santos Vega" de Rafael Obligado (46); "Martín Fierro" de José Hernández (34); "Fausto" de Estanislao del Campo (32).
- VI. La literatura en la América española desde 1885. Principales figuras (183-212).
Lecturas obligatorias: dos o tres artículos (185) y una poesía (184-185) de José Martí; páginas de José Enrique Rodó (212); poesías de Manuel Gutiérrez Nájera (189), José Asunción Silva (201), Rubén Darío (206).
- VII. Sarmiento (61-75). Lectura obligatoria: "Facundo" (61-66).
- VIII. Escritores argentinos del siglo XIX: Alberdi (75), Mitre (87), Vicente Fidel López (83), Juan María Gutiérrez (41, 78).
Lecturas obligatorias: "El crimen de la guerra" de Alberdi (75-77); introducción a la "Historia de Belgrano y de la independencia argentina" de Mitre (87-93).
- IX. Escritores argentinos del siglo XIX. Breve noticia sobre Nicolás Avellaneda (96), Lucio V. Mansilla (108), Eduardo Wilde (118), Miguel Cané (114), José Manuel Estrada (102), Joaquín V. González (124), Juan Agustín García (131), Paul Groussac (120).
Lecturas obligatorias: "Una excursión a los indios ranqueles" de Mansilla (109-114); artículos sobre "Rivadavia", de Avellaneda (96); páginas de "Los que pasaban" de Groussac (121).
- X. La novela y el cuento en la Argentina durante el siglo XIX.
Lecturas obligatorias: pasajes de "El matadero" de Esteban de Echeverría (13-15); un cuento de "Fray Mocho" (128-131); Roberto J. Payró (134).

- XI. La literatura argentina contemporánea.
Lecturas obligatorias: "Don Segundo Sombra" de Ricardo Güiraldes (137-139) y poesías de Leopoldo Lugones (53-55).
- XII. El teatro en el Río de la Plata (56, 58, 203).
Lecturas obligatorias: "Barranca abajo" de Florencio Sánchez (203), escenas de "Las de Barranco" de Gregorio de Laferrère (58).

CUARTO AÑO DE LAS ESCUELAS NORMALES Y DE COMERCIO

(Las ocho bolillas primeras están desarrolladas en el Tomo I).

- IX. La literatura en la Argentina (1). Breve noticia sobre las letras durante la época colonial (1-6) y durante el movimiento de independencia (6-19). Comienzo y desarrollo del romanticismo (11-29).
Lecturas obligatorias: páginas de Ruy Díaz de Guzmán (2); poesías de Luis de Tejeda (3-4), Lavardén (4), Juan Cruz Varela (6), Esteban Echeverría (11), José Mármol (15); pasajes de "El matadero" de Echeverría (13).
- X. Poetas argentinos del siglo XIX, a partir del romanticismo (38-57). La poesía gauchesca (29-38).
Lecturas obligatorias: poesías de Carlos Guido Spano (43), Ricardo Gutiérrez (24), Olegario V. Andrade (26), Rafael Obligado (46), José Hernández (34), Estanislao del Campo (32).
- XI. Sarmiento (61-75).
Lecturas obligatorias: capítulos de "Facundo" (61) y de "Recuerdos de Provincia" (71).
- XII. Escritores argentinos del siglo XIX: Alberdi (75), Mitre (87), Vicente Fidel López (83), Juan María Gutiérrez (41, 78), Avellaneda (96), Miguel Cané (114), Joaquín V. González (124), Paul Groussac (120), Roberto J. Payró (133).
Lecturas obligatorias: páginas de "El crimen de la guerra" de Alberdi (75), de la Introducción a la "Historia de Belgrano" de Mitre (87); "Rivadavia" de Avellaneda (96); página de "Los que pasaban" de Groussac (121).

ADVERTENCIA IMPORTANTE: Entre las Normas que se agregan a los Programas figuran éstas para los exámenes:

"La prueba escrita consistirá en un ejercicio de composición sobre alguna de las obras leídas...

"La prueba oral consistirá en explicar las obras leídas y exponer las nociones indicadas en el programa; el alumno, además, recitará poesías de las que haya aprendido durante el año según indicaciones del profesor".

Esto permite inferir que a las lecturas debe darse primordial importancia y aun preferencia sobre las nociones de historia literaria.

TROZOS SELECTOS DE LAS OBRAS, CUYA LECTURA ÍNTEGRA ESTÁ PRESCRITA PARA LOS OTROS CURSOS

Para Tercer Año:

De "Escritos literarios" de Nicolás Avellaneda (96-100); de "Los que pasaban" (121); de "La ciudad indiana" de J. A. García (132); de "El Mar Dulce" de Payró (134); de "Cuentos de Fray Mocho" (128); de "Ariel" de Rodó (212); de "Moral social" de Hostos (177); de páginas escogidas de Martí (184).

Para Segundo Año:

De "Recuerdos de provincia" de Sarmiento (71); de "El matadero" de Echeverría (13); de "Las de Barranco" de Laferrère (58); de "Tradiciones peruanas" de R. Palma (174); de "Facundo" de Sarmiento (61); de "Don Segundo Sombra" de Güiraldes (137); de "Martín Fierro" de Hernández (34).

Para Primer Año:

De "Juvenilia" de Cané (115); de "Amalia" de Mármol (18); de "El Temple argentino" de M. Sastre (169); de "Fausto" de E. del Campo (32); de "Recuerdos de provincia" (71); de "Discursos" de J. M. Estrada (107).

CUMBRES DEL IDIOMA

ANTOLOGÍA DE POETAS Y PROSADORES HISPANOAMERICANOS

I. - ARGENTINOS

La historia de las letras en la Argentina suele dividirse en tres épocas: la colonial, la de la revolución y la de la autonomía nacional.

Por regla general, los caracteres de tendencias o escuelas que reviste el desarrollo del arte literario en España, en mayor o menor grado y fidelidad se reproducen luego en toda la América de habla castellana.

ÉPOCA COLONIAL

En esta cuenca del Plata no fué la producción literaria tan copiosa como en otras partes — Perú y Méjico, por ejemplo, — que contaban con grandes focos oficiales de cultura superior. Por otra parte, la escasez de imprentas motivó el extravío de muchas obras manuscritas, que se sabe fueron compuestas. Esta literatura colonial va reflejando las maneras de la Metrópoli, a saber: la clásico-nacional del siglo XVI, la culterana y conceptista del XVII y la seudoclásica apocada del XVIII. A continuación de los cronistas e historiadores primitivos, aparecen algunos atisbos de la brillante y frondosa imaginación americana, cohibida en formas imperfectas y a menudo prosaicas. A continuación se transcriben algunas muestras de sólo escritores nativos de la colonia rioplatense.

1. - Ruy Díaz de Guzmán

Probablemente nació en la Asunción después de mediar el siglo XVI, y allí murió en 1629. Hijo de madre nativa y emparentado con Irala y Álvar Núñez, fué valiente capitán, desempeñó cargos en varios cabildos y el de lugarteniente de Torres de Vera y Aragón. Pero su gloria más viva fué la de haber sido el primer hijo de estas tierras, que escribió historia argentina. Estando en Charcas en 1612 dedicó su obra al Duque de Medina Sidonia. Sólo en 1835, tomándosela de co-

*pias manuscritas, no del todo fidedignas, apareció impresa por vez primera. Fué conocida con el título de *Argentina manuscrita*, con que se distingue del poema prosaico "La Argentina", compuesto por el arcadiano andaluz D. Martín del Barco Centenera e impreso en Lisboa ya en 1602. La obra del asunceño preséntase con cierta pretensión literaria en una prosa que Ricardo Rojas califica de tersa, castiza y eufónica, aunque impersonal y fría, no sin manifestaciones claras de amor a esta tierra.*

De LA ARGENTINA MANUSCRITA

ARGUMENTO: Lo constituye el descubrimiento, conquista y colonización de las provincias del Río de la Plata. Tres son los libros que han llegado hasta nosotros: el 1º, de 18 capítulos, abarca desde el descubrimiento del Plata hasta Irala; el 2º, con 16 capítulos, desde Álvar Núñez hasta la llegada del obispo Latorre; el 3º, con 19, desde 1555 hasta la fundación de Santa Fe. A pesar de algunas noticias fabulosas e inexactitudes, es una de las fuentes más importantes para los historiadores de aquellos remotos tiempos.

1. Del Prólogo¹

... Pasaron más de cuatro mil españoles, y, entre ellos, muchos nobles y personas de calidad, todos los cuales acabaron sus vidas en aquella tierra² con las mayores miserias, hambres y guerras de cuantas han padecido en las Indias, no quedando de ellos más memoria que una fama común y confusa de lamentable tradición, sin que hasta agora haya habido quien por sus escritos nos dejase alguna noticia de las cosas sucedidas en sesenta y dos años que há se comenzó esta conquista...

En todo he procurado satisfacer esta deuda con la narración más fidedigna que me fué posible, aunque entiendo que algunos quedaron de ella con más sentimiento que gratitud por no poder satisfacerlos según lo que merecen, y ótros cuyos pasados no anduvieron tan ajustadamente como debían; mas, como el alma de la historia es la pureza y verdad, será fuerza pasar adelante con el fin de ella, por lo cual suplico humildemente a todos los que leyeren reciban mi buena intención y suplan con discreción las muchas faltas que en ella se ofrecen.

NOTAS: ¹ En estos fragmentos se ha modernizado la ortografía. — ² Se refiere a las regiones del Plata, lo que prueba que escribió al menos el prólogo tal vez en Charcas.

2. El hambre de 1536 en Buenos Aires

... Vinieron a comerse los ahorcados por justicia, sin dejarles más de los huesos, y tal vez¹ hubo que un hermano sacó la asadura de las entrañas a ótro que estaba muerto, para sustentar las suyas... Cada día iba creciendo la pestilencia, hambre y necesidad de la armada. Con que determinó (D. Pedro de Mendoza) de irse al Bra-

sil y llevar consigo la mitad de la gente que allí tenía, y proveer de bastimentos para después volver con este socorro a proseguir su conquista: aunque, a la verdad, su intento no era éste sino de irse a Castilla y dejar la tierra. Aparejados los navíos y embarcados en ellos los soldados..., la misma noche de la partida llegó Juan de Oyolas con mucho contento, haciendo grande salva de artillería por haber hallado cantidad de comida y muchos indios amigos que dejaba de paz y amistad², llamados timbús³ y carcaras, en el puerto de Corpus Christi, donde dejaba al capitán Alvarado con 100 soldados en su compañía. (*Libro I, cap. 12*).

NOTAS: ¹ Tal vez: tal ocasión o circunstancia. — ² De paz y amistad: sin ánimo de reñir y amigos. — ³ Gramaticalmente, el plural de timbú es timbúes.

3. Condición de los mestizos

Correspondiendo bien a la antigua nobleza de que descienden, son comúnmente buenos soldados, de gran valor y ánimo, inclinados a la guerra y las armas, los cuales ejercitan todo género de ellas con mucha destreza, con especial la escopeta, a que son muy dados generalmente; y así, cuando salen a sus jornadas¹, se sustentan con sólo lo que matan con el arcabuz, del cual son tan diestros en la puntería que matan en el aire las aves que van volando con pelota rasa², y hacen tiros tan admirables que es tenido por mal arcabucero el que no lleva de un tiro una paloma o gorrión. Son buenos hombres de a caballo de ambas sillas³; y así, no hay ninguno que no sepa domar un potro y criarle, y hacerle por extremo en las demás cosas necesarias a la jineta y a la brida, y sobre todo son muy obedientes a sus capitanes y leales servidores a Su Majestad. (*Libro I, cap. 18*).

NOTAS: ¹ Expediciones. — ² Proyectil que se arroja solo en cada disparo: bala rasa. — ³ Que cabalgaban a la brida y a la jineta.

4. Un curiyú

Había en la plaza un círculo de un fuerte palenque, dentro del cual tenían ence-

rrada una monstruosa culebra o género de serpiente tan diforme, que ponía muy gran temor a todos los que la veían. Era muy gruesa y escamosa, con la cabeza muy chata y grandes colmillos que le salían de afuera, con unos pequeños ojos tan encendidos que parecían centellas de fuego; era de veinte y cinco pies de largo, y tan gruesa en el medio de ella como un novillo, con la cola tableteada de duro y negro, gruesa toda ella, de diversos colores, con unas escamas tan grandes como platos; con muchos ojos rubicundos, que le daban más ferocidad; de suerte que a todos puso espanto, y no hubo ninguno a quien no se le erizase el cabello con su vista, donde¹ los soldados la comenzaron a arcabucear y a herir con saetas y flechas, que los amigos le tiraban, y ella derramando mucha sangre, comenzó a revolcarse dentro del palenque que estremecía todo el suelo, y dando muy espantosos silbos, la acabaron de matar. Fué averiguado entre los naturales de este Partido, que tenían esta serpiente en grande adoración por miedo del demonio que entraba en ella a hablarlos y darles respuesta, sustentándola únicamente con carne humana, de los que habían² en las guerras que

unos con otros tienen, y para sólo este efecto la³ movían a los comarcanos, procurando de traer siempre cautivos para darle a comer a este monstruo. (*Libro II, cap. 3*).

NOTAS: ¹ Por lo que. — ² Haber en el sentido de conseguir, cautivar. — ³ Este pronombre se refiere a guerra.

2. - Fray Luis de Tejada y Guzmán

(1604-1680)

Cordobés, nieto del famoso capitán Tristán de Tejada, discípulo de los jesuitas, licenciado y maestro de artes, capitán y alcalde de Córdoba, después de una vida turbulenta y mundana, buscó en 1661 el sosiego del claustro dominicano. Es este Fray Luis el poeta argentino más antiguo que se conozca, título que compensa la mediocridad de su estro. Casi no hay en sus versos emoción poética ni sentimiento de la naturaleza, pero sí harto mal gusto: énfasis retórico, discreto conceptista y expresión amanerada, prosaica y fría. No carece, sin embargo, de algunos pasajes de feliz inspiración. Lo mejor que tiene es de índole religiosa, como los tres romances sencillos y graciosos Al Niño Jesús. Su Soneto a santa Rosa — quizá el primero de un argentino — atestigua que el culturanismo no había perdonado a estas Romances de su vida y El peregrino de Babilonia, de interés novelesco-autobiográfico.

a) Al Niño Jesús (romance primero)

Belén, portal dichoso,
casa de pan, que ciñes
aquel cándido trigo
nacido en tierra virgen;

deja que a tus umbrales
no palacios sublimes,
no edificios soberbios
de Babilonia envidie...

En tu inmensa estrechura
lo grande miro humilde,
lo incircunscripto breve,
postrado lo terrible.

Quien es de tierra y cielo
compasador¹ Euclides²,
a una cuna de pajas
se proporciona y mide.

El calor se le niega,
la nieve le corrige³,
y a quien da nieve y lana
no hay hoy pañal que abrigue.

¡Oh cómo está la Madre
agradeciendo humilde
el abrigo a las bestias,
que el hombre le prohíbe⁴!

Mece la jumentilla
los pajizos cojines,
y el buey con tardo aliento
de brasero le sirve.

Llorad, ojos, un rato;
que cuando el hombre aflige
a Dios, de rudas bestias
asistirse permite.

Aquella bella Aurora⁵,
por quien los campos ríen
de la eterna y triunfante
Jerusalén insigne,

llora sobre las pajas,
y en sus hilos humildes
(torzales de oro) ensarta
aljófares sutiles...

Entre pucheros tiernos
ya llora, ya se ríe
el Niño con la Madre,
y ella, llorando, dice:

“Si tu desnudez lloras,
dime, ¿por qué saliste?...
Mas ya me estás diciendo,
mientras lloras y ríes:

«¡Salgo a buscar ingratos,
pues por ingratos vine!»
No llores, pues, Bien mío,
si a tanto te atreviste...”

NOTAS: ¹ Medidor, compendioso. — ² Célebre matemático griego (323-283 a. de J. C.), que enseñó en Alejandría durante Tolomeo I. Se lo tiene por padre de la geometría plana. — ³ Castiga, mortifica. — ⁴ Niega, rehusa. — ⁵ Se refiere a María Santísima, Madre del Niño Jesús.

b) Santa Rosa de Lima ¹

Nace en provincia verde y espinosa
tierno cogollo ²; apenas engendrado
entre las rosas, sol es ya del prado,
crepúsculo de olor, rayo ³ de rosa.

De los llantos del alba apenas goza ⁴,
cuando es del dueño singular cuidado,
temiendo, o se le ⁵ tronche rudo arado,
o se le ⁶ aje mano artificiosa.

Mas ya que del cairel desaprisiona
la virgen hoja, previniendo engaños,
la corta, y pone en su guirnalda o zona:

así esta virgen tierna ⁷ en verdes años
cortó su Autor, y puso en su corona:
¡Oh bien anticipados desengaños ⁸!

NOTAS: ¹ Trascrito de la "Ant. poética hispano-americana" de C. Oyuela. — ² Por brote o capullo. — ³ R. Rojas, en "La literatura argentina", I Tomo de "Los Coloniales", pág. 434, pone mayo. — ⁴ Estas terminaciones *osa* y *oza*, empleadas como consonantes, ¿no probarán acaso que ya entonces se pronunciaba aquí la *z* como *s*? — ⁵ Le por lo, refiriéndose a cosa: cogollo. — ⁶ R. Rojas copia así este verso: *temiendo se lo tronche el rudo arado*. — ⁷ Rojas: *tierra*. — ⁸ Rojas trae así este final: *y puso en su corona / a bien anticipados desengaños*.

3. - Manuel José * de Lavardén

(1754-1809?)

De Buenos Aires, doctor en leyes por Chuquisaca, tenido por el humanista más culto del Plata de entonces, ostenta el título de primer poeta porteño de la colonia, siéndolo de más inspiración y gusto que Tejeda. Siguió la moda pseudoclásica francesa así en su original y punzante Sátira (786), como en la enfática tragedia Siripo (789), que brinda algunos momentos felices y es la primera piedra del teatro argentino, y en su aplaudida Oda al majestuoso río Paraná (801).

En cuanto a la tragedia Siripo, sólo se conserva el segundo acto, que Don Mariano G. Bosch atribuye al actor Ambrosio Morante. Su argumento, basado indudablemente en un hecho histórico, es el mismo que refiere ya Ruy Díaz de Guzmán, y el que desarrolló tan dramáticamente nuestro insigne novelista Hugo Wast con el título de "Lucía Miranda".

No se conocen con seguridad ni la fecha ni el lugar en que murió este noble precursor de las musas argentinas.

* Así, Manuel José, se lee en la partida bautismal. Ha sido corriente escribir Labardén con b. El número 19 del "Boletín de la Academia Argentina de Letras", aparecido en enero de 1938, noticia como esta Corporación en una de sus juntas, fundada en documentos fehacientes, ha resuelto que se escriba en adelante Lavardén como antes lo insinuaron varios investigadores. Parece que el poeta era descendiente de la familia francesa Lavardín.

Oda al Paraná

Presenta el vate porteño a nuestro río en una noble y vivaz personificación, y a la vez recio apóstrofe o cántico triunfal. Oyuela lo califica de canto lírico-descriptivo. No le falta cierto brio interior de emoción personal, ni el halago de la forma armoniosa; pero lo deslustran algunas incorrecciones, prosaísmos de expresión, abuso de erudición mitológica y el final inoportuno. El "Telégrafo mercantil" de Francisco Cabello y Mesa, en su primer número de 1º de abril de 1801, ofreció esta oda a sus lectores como una valiosa primicia.

Augusto Paraná, sagrado río,
primogénito ilustre del Oceano ¹,
que en el carro de nácar refulgente,
tirado de caimanes, recamados
de verde y oro, vas de clima en clima,
de región en región, vertiendo franco
suave frescor y pródiga abundancia,
tan grato al portugués como al hispano:
si el aspecto sañudo de Mavorte ²,
si de Albión los insultos temerarios ³,
asombrando tu cándido carácter,
retroceder te hicieron asustado
a la gruta distante que decoran
perlas nevadas, ígneos topacios,
y en que tienes volcada la urna de oro ⁴
de ondas de plata ⁵ siempre rebotando:
si las sencillas ninfas argentinas
contigo temerosas profugaron ⁶
y el peine de carey allí escondieron
con que pulsan y sacan blandos sonos
en liras de cristal, de cuerdas de oro,
que os envidian las deas ⁷ del Parnaso:
desciende ya, dejando la corona
de juncos retorcidos, y dejando
la banda del silvestre camalote,
pues que ya el ardimiento provocado
del heroico español, cambiando el oro
por el bronce marcial, te allana el paso,
y para el arduo, intrépido combate
Carlos ⁸ presta el valor, Jove ⁹ los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios
y coronen la popa de tu carro;
las ninfas te acompañen adornadas
de guirnaldas, de aromas y amaranto;
y altos himnos entonen, con que avisen
tu tránsito a los dioses tributarios.
El Paraguay y el Uruguay lo sepan,
y se apresuren pródigos y urbanos
a salirte al camino, y a porfía
te paren en distancia los caballos ¹⁰
que del mar patagónico trajeron;
los que ya zambullendo, ya nadando,
ostentan su vigor, que mientras llegan,
lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con majestad, reconociendo
de tus playas los bosques y los antros;
extiéndete anchuroso, y tus vertientes,
dando socorros a sedientos campos,
den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que a tu excelsa mano
deudor no se confiese. Tú las sales
derrites, y tú elevas los extractos

de fecundos aceites; tú introduces el humor nutritivo, y suavizando el árido terrón, haces que admita de calor y humedad fermentos raros. Ceres¹¹ de confesar no se desdénia que a tu grandeza debe sus ornatos. No el ronco caracol, la cornucopia, sirviendo de clarín, venga anunciando tu llegada feliz. Acá tus hijos, hijos en que te gozas, y que a cargo pusiste de unos genios tutelares que por divisa la verdad tomaron, céfiros halagüenos, por honrarte bullen y te preparan sin descanso perfumados altares en que brilla la industria popular, triunfales arcos, en que las artes liberales lucen; y enjambre vistosísimo de naos de incorruptible leño, que es dón tuyo, con banderolas de colores varios aguardándote está¹². Tú con la pala de plata, las arenas dispersando, su curso facilita. La gran corte en grande gala espera. Ya los sabios de tu dichoso arribo se prometen muchos conocimientos más exactos de la admirable historia de tus reinos; y los laureados jóvenes, con cantos dulcísimos de pura poesía que tus melifluas ninfas enseñaron, aspiran a grabar tu excelso nombre para siempre del Pindo¹³ en los peñascos, donde de hoy más se canten tus virtudes, y nó las iras del furioso Janto¹⁴. Vén, sacro río, para dar impulso al inspirado ardor; bajo tu amparo corran, como tus aguas, nuestros versos. No quedarás sin premio (¡premio santo!): llevarás guarnecidos de diamantes y de rojos rubies dos retratos, dos rostros divinales que conmueven: uno de Luisa es, ótro de Carlos¹⁵. Ves ahí¹⁶ que tan magnífico ornamento transformará en un templo tu palacio: ves ahí¹⁶ para las ninfas argentinas y su dulce cantar, asuntos gratos¹⁷.

NOTAS: ¹ Léase grave. — ² Poético por Marte. — ³ Alude a un bloqueo de los ingleses. — ⁴ Según la creencia de que nace el río en unas minas de oro del Brasil. — ⁵ Alusión al Río de la Plata. — ⁶ No consta esta voz en el Diccionario: huyeron. — ⁷ Latinismo o voz poética: diosas. — ⁸ Rey de España. — ⁹ Júpiter, la Divinidad. — ¹⁰ Mariscos con cabeza en figura de caballo, y cola rematando en alas como los caballos del carro de Neptuno. — ¹¹ Diosa de la agricultura; de su nombre deriva cereal. — ¹² Con ojos de vidente contempla las naves de todas las naciones que han de surcar el Paraná, andando los años. — ¹³ Montaña del N. de Grecia, consagrada a las musas. — ¹⁴ Riq. de la Turquía Asiática, celebrado en la "Iliada". — ¹⁵ Los soberanos españoles. — ¹⁶ El metro exige que se pronuncie ahí o ay. — ¹⁷ Oyuela publica la oda suprimiendo el final, lo que explica así en nota: "Omito los últimos nueve versos de este canto, porque nada tienen que ver con su tema, y desdícen, por absurdamente ridículos, de todo lo demás".

De la Sátira (fragmento)

Escribió Lavardén esta Sátira en defensa de su amigo el canónigo Juan B. Maciel, director del Colegio Convictorio Carolino, que por haber compuesto unos sonetos en elogio del virrey Loreto, había sido atacado por algunos poetas. Véanse unos tercetos y el final.

Las décimas¹ volaron, y al instante resonaron inmensas carcajadas, riendo tras los doctos el pedante...

Uno dijo al oírlas: "¡Cómo huelen las coplas a carnero de la tierra²! Si no son peruleras³ que me enmielen"...

Un gallego, también de cuchufleta, sin acabar se fué refunfunando: "Para jaita nun es la chanzuneta".

Un guarda, sus encaros preparando, gritó: "¡Favor al Rey⁴! El papel venga, que este género es de contrabando"...

Y temblando⁵, al concurso preguntaba: "¿Quién será el poetillo mendicante?" Y tamaños ojazos rodeaba⁶.

Hallábase junto a él un estudiante, y respondió de pronto: "Yo me abismo⁷ que aun estéis del autor tan ignorante.

"Hartas muestras nos da su estilo mismo, la mestiza dición poco sonora, pues el donde un enfermo es cholinismo⁸.

"Las leyes que citando deshonora, el odio a nuestra patria, dethonosta el tal "Duque de Nájera⁹" dó mora".

"¡Ah — dijo el pelucón —, caigo en la cuenta; yo no sé el poetastro en qué se funda: quitenme ese papel que me revienta".

A trabarse volvió la baraúnda; el guarda le pedía por su fuero y mostraba una cara furibunda.

Queriale a revueltas un pulpero para envolver ají, no sin justicia, y un boticario entraba de tercero¹⁰.

Métese por los cascos la codicia, ármase una tremenda zafacoca¹¹, uno vota¹², ótro llama la justicia;

mas viendo disputar una bicoca, y andar muy cerca ya las puñaladas, un soldado les puso punto en boca; y enviando de vanguardia dos puñadas, y mostrando en reserva un gran guijarro, llegó Cortés, y dijo: "Camaradas, yo tomo este papel para un cigarro".

NOTAS: ¹ Las que se escribieron contra Maciel. — ² Carnero de la tierra o de la sierra es nombre común a la alpaca, vicuña, guanaco y llama. — ³ Sinónimo, poco usado entre nosotros, de peruano. Lavardén no era muy afecto a lo que venía del Perú de donde parece era uno de los atacantes de Maciel. — ⁴ Expresión con que se pedía ayuda para aprehender a los delincuentes. — ⁵ Un crítico que surgió de entre los curiosos. — ⁶ Rodeaba: volvía a uno y otro lado, como buscando. — ⁷ Me asombro. — ⁸ Esta voz no figura en el Diccionario. Probablemente deriva de cholo, que significa indio o mestizo. Cholinismo sería un hecho o dicho propio de un cholo. — ⁹ Con este seudónimo firmaba el autor de las décimas malignas. — ¹⁰ Mediador. — ¹¹ Americanismo por riña, pendencia, trifulca. — ¹² Echar votos o juramentos.

ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

Continúan las letras adoptando la forma neoclásica a lo Meléndez y Quintana; pero, si, en general, no menguan el desaliño y el desmayo prosaico, hay ya en ellas más alma que cerebro. Lo que se renueva es el fondo, que se torna enteramente local, actual, nacional: los temas de fervor patriótico, sincero, viril y aun exaltado, y los de paisaje americano. Esta época abarca desde 1810 hasta 1830 más o menos.

1. - Juan Cruz Varela

(1794-1839)

Porteño, después de estudiar en el célebre Colegio de San Carlos, pasó a Córdoba a doctorarse. Protegido de Rivadavia, estuvo empleado en su ministerio. El cambio de política le obligó a



Juan Cruz Varela

emigrar a Montevideo, donde falleció. Fué Juan Cruz un verdadero poeta, y — sin serlo extraordinario — fué el más poeta de cuantos en estas tierras le precedieron. Toda su obra lleva el sello de una vasta cultura clásica y de un armonioso equilibrio de virtudes poéticas. Nadie hasta allí, diestro como él en la técnica y en la construcción nítida y fluida de la frase. Sus sombras son cierta deficiencia pictórica, algunos prosaismos, hinchazón, hipérbolos y desigualdades. Compuso poemas (*Elvira*), tragedias (*Didó y Argia*), odas (*El triunfo de Ituzaingó, El 25 de Mayo de 1838*), etc., traducciones de Virgilio, Horacio, Ovidio, etc.

a) El 25 de Mayo de 1838, en Buenos Aires

Es una vehemente diatriba contra Rosas. De ella opina Oyuela: "Esta patética inspiración civil, donde hay tanta indignación y tanta tristeza expresadas con viril sobriedad, no es sólo la perla de Varela, sino, en el orden del tiempo, la primer flor lírica argentina realmente artística y bella".

"Ya raya la aurora del día de Mayo: salgamos, salgamos a esperar el rayo que lance primero su fúlgido sol.

Mirad: todavía no asoma la frente, pero ya le anuncia cercano al Oriente de púrpura y oro brillante arbol:

"Mirad esas filas; el rayo, el acero, los patrios pendones, la voz del guerrero al salir el astro saludo le harán; de párvulos tiernos inocente coro alzaré a los cielos el canto sonoro, y todas las madres de amor llorarán.

"Por los horizontes del río de Plata el pueblo en silencio la vista dilata buscando en las aguas naciente fulgor; y el aire de vivas poblará luego cuando en el baluarte con lenguas de fuego anuncie el momento cañón tronador.

"Cándida¹ y celeste la patria bandera sobre las almenas será la primera que el brillo reciba del gran luminar: y ved en las bellas, cándida y celeste como la bandera, la nítida veste en gracioso talle graciosa ondear.

"Yo he sido guerrero: también ha postrado mi brazo enemigos: me la ha destrozado la ardiente metralla del bronce español. No sigo estandartes inútil ahora; pero tengo patria... Ya luce la aurora, y seré dichoso si miro este sol."

Así entre extranjeros que absortos oían, y a ver esta pompa de lejos venían, hablaba un soldado, y era joven yo. ¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquéllas! ¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas consiente el tirano que el mando robó.

¡Ay, sella tus labios, antiguo guerrero, y no hables ahora, si ansioso extranjero la gloria de Mayo pregunta cuál es! Sí, sella tus labios, reprime tus iras, ¡Ah, no te desprecien los hombres que miras, espera los días que vendrán después!

¡En vano se abrieron de Oriente las puertas!
 ¡Como en negra noche mudas y desiertas
 las calles, y plazas, y templos están!
 Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
 bandas africanas de viles esclavos
 por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje
 es en este día meditado ultraje
 del nuevo caribe² que el Sur abortó.
 Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
 tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
 en su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro
 do temblando mora, la mano de hierro
 tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
 Vergüenza, despojo y envidia le oprimen;
 los hombres de Mayo son hombres de crimen
 para este ministro del genio del mal.

Sin él, patria, leyes, libertad gritaron;
 sin él, valerosos la espada empuñaron;
 rompieron cadenas y yugo sin él.
 Por esto persigue con hórrida saña
 a los vencedores de su amada España,
 y en el grande día la vengra cruel.

El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,
 y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso
 ¿le vieron acaso pugnar y vencer?
 Vilcapujio, Ayuma³, Moquegua⁴, Torata⁴,
 donde la victoria nos fué tan ingrata,
 ¿le vieron acaso con gloria caer?

A fuer de cobarde y alevé asesino,
 espíaba el momento que al pueblo argentino
 postrado dejara discordia civil;
 y al verle vencido por su propia fuerza,
 le asalta, le oprime, le burla, y se esfuerza
 en que arrastre esclavo cadena servil.

¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos;
 de la dulce patria nuestras mismas manos
 las tiernas entrañas osaron romper:
 ¡y, por castigarnos, al cielo le plugo
 hacer que marchemos uncidos al yugo
 que obscuro salvaje nos quiso imponer!

¿Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,
 humillada sufres que sirvan ahora
 todos tus trofeos de alfombra a su pie?
 ¿Será que ese monstruo robártelos pueda
 y de ti se diga que sólo te queda
 el mísero orgullo de un tiempo que fué⁵?

¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
 que nuevo infortunio, cara patria mía,
 de que tú no seas la víctima ya?
 ¡Ah, si tu tirano supiese siquiera
 reprimir el vuelo de audacia extranjera
 y vengar insultos que no vengarás!

De Albión⁶ la potente sin duro castigo,
 del Brasil, de Iberia⁷ bajel enemigo
 la espalda del Plata jamás abrumó.
 ¡Y hora extraña flota le doma, le oprime,
 tricolor bandera flamea sublime,
 y la azul y blanca vencida cayó!

¿Qué importa al perjuro tu honor o tu afrenta?
 Los heroicos hechos que tu historia cuenta,
 tus días felices, tu antiguo esplendor,
 deslumbran su vista, confunden su nada,
 y el bárbaro intenta dejar apagada
 la luz que a los libres en Mayo alumbró.

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
 postrado tres siglos en sueño profundo
 y diste a los reyes tremenda lección,
 ¿de un déspota imbécil esclava suspiras?
 ¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
 ¿No has visto a tus plantas rendido un león⁸?

¡Hijos de mi patria, levantad la frente
 y con fuerte brazo la fiera inclemente
 que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!
 Lavad vuestra mancha, valientes portefijos,
 y mostrad al mundo que no tiene dueños⁹
 el pueblo que en Mayo gritó Libertad.

NOTAS: ¹ En su acepción de blanca. — ² Alusión a los indios antropófagos del mar de las Antillas con quienes compara a D. J. M. de Rosas. — ³ Ayohuma. — ⁴ Son lugares del Perú. — ⁵ Este verso es traducción del de Manzoni que dice: *col mísero orgoglio d'un tempo che fu.* — ⁶ Antiguo nombre de Gran Bretaña. — ⁷ Nombre antiguo de España. — ⁸ Palabras tomadas del Himno Nacional: octavo verso de la primera estrofa. — ⁹ Por amo o señor absoluto.

b) A la victoria de Ituzaingó (fragmentos)

Pero el bronce tronó; la Muerte fiera
 subió en su carro a la señal de Marte,
 y se lanzó en el campo carnícera.

El belicoso bruto al punto parte,
 que ya el audaz jinete
 alzó el acero y le soltó la brida,
 y al ímpetu feroz con que arremete
 retiembla la campaña combatida.
 De temor que el estrago a la distancia
 no tan sangriento sea,
 y de que silbe el plomo en la pelea
 sin herir, sin matar; los escuadrones
 acometen, se encuentran, se rechazan,
 y se estrellan legiones con legiones,
 y con mutuo furor se despedazan;
 queda encerrado en el fusil entonces
 el plomo matador, callan los bronceos;
 y el puñal fiero y el recorro sable,
 la bayoneta y la tremenda lanza,
 sirven más al furor de la venganza,
 y en silencio horroroso y espantable
 se ejecuta la bárbara matanza.

Sin elección la Muerte
 ciega revuelve su fatal guadaña,
 y ciegamente hierre; rinde al fuerte,
 ceba en el débil su sangrienta saña,
 y ningún bando es suyo. En la campaña
 la sangre amiga y la enemiga sangre,
 con furia igual vertidas,
 en un mismo raudal corren unidas;
 brazo a brazo pelea el combatiente,
 no hay punta aguda ni tajante acero
 que no penetre el pecho de un valiente,
 que no corte la vida de un guerrero.

Mas nó ciego furor, razón serena
de Alvear los esfuerzos dirigía,
y del duro soldado la osadía
ora estimula más, ora refrena:
su ánimo imperturbable no se inmuta,
y en el confuso caos mantenía
la inalterable calma del que ordena,
la ardiente intrepidez del que ejecuta.

De en medio de la lid llamando a Brandzen,

“Allí (dijo) el combate es más sangriento,
y nuestra patria, amigo, este momento
entre el honor y la ignominia lucha.”

No dijo más: el héroe que lo escucha,
fiero, orgulloso de que así lo mande,
y allí le envíe donde el riesgo es grande,
a la arena con ímpetu descendiende:

el rayo está en su mano, y en sus ojos
la llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
renovó del soldado: tal un día
allá a los campos de la antigua Troya

Héctor descendería,

con un valor igual, con igual suerte,
en demanda de Aquiles y la muerte.

Y el momento llegó: la Parca avara,
de matanza vulgar no satisfecha,
una victima grande señalara,
y Brandzen expiró... ¡Golpe terrible!
¡Oh brasileras! huestes! Más valiera
que tal honor el hado

en este día atroz no os concediera.

La sangre que el campeón ha derramado
mil vidas vale, y el estrago horrendo

ahora empezará. “¡Venganza!” grita
el intrépido Paz: “¡Venganza!” clama
ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
y “¡Venganza!” Alvear también responde.

Toma el lugar de su difunto amigo.

Hondo en el pecho el sentimiento esconde,

y se lanza, cual rayo, el enemigo;

el soldado le sigue: vanamente,
con la muerte de Brandzen orgulloso,
el experto jinete brasilerero

oponerse pretende al horroroso,

al repetido choque: allí el acero
corta, hiende, destroza, despedaza.

Como torrente, el escuadrón furioso
por sobre miembros palpitantes pasa,
por sobre moribundos atropella,
atraviesa de sangre el ancho lago,
deja a su espalda el espantoso estrago,
y en sólida falange al fin se estrella.

La aguda bayoneta la defiende

de aquel ímpetu ciego,

y el mortífero plomo se desprende

de su prisión de fuego;

pero más bravo el argentino avanza

por el camino que le abrió la lanza

y del fogoso bruto el ancho pecho.

Ciérrese luego: el escuadrón deshecho

vuelve, júntase, estréchase, acomete

con ímpetu mayor, con mayor ira,

y otra vez y mil veces se retira,

y otra vez y mil veces arremete.

Así las olas la muralla embaten,
y, contra ella rompiéndose estruendosas,
retroceden, y vuelven, y furiosos
con repetido empuje la combaten,
hasta que se desploma a lo más hondo
la contrastada mole, y victoriosas
revuelven los escombros en el fondo.

De lo más elevado
de los aires descendiende de repente
un trono refulgente
de azul y de oro en resplandor cercado.

Armoniosos cantares
mil coros celestiales repetían,
y las sombras de Brandzen y Besares
el pedestal del trono sostenían.

Belgrano estaba en él: su frente orlaba
el laurel de la gloria,

y en su mano brillaba

la espada que nos daba la victoria
cuando Belgrano fué²: — “Basta de sangre

(el héroe prorrumpió); que éste es el día
“en que, en otro febrero,

“rendir vió Salta el pabellón ibero³,

“y cubrirse de honor la patria mía.

“Este estrago terrible, este escarmiento,

“es sacrificio a mi memoria digno,

“y digno de la patria el vencimiento.

“Argentinos, triunfad”. Dijo, y benigno

a la sien de Alvear en el momento

hizo el lauro bajar que le adornaba,
y la visión desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza

entonces el Terror: el brasilerero

el estrago contempla, se horroriza,

y deja el premio del combate fiero

a quien ganarle supo. El argentino

también vuelve y se asombra

de mirar a sus pies la horrible alfombra

que le dejó la muerte por despojos.

Ella su vista en el estrago ceba;

y, no bien satisfechos sus enojos,

por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso
al del cisne de Mantua⁴ se igualara!

¡Cómo entonces por todo el universo
orgullosa mi musa te aclamara!

Y a la par vuestro nombre ensalzaria,

Soler, Oribe, Paz, Olavarría,

preclaros adalides,

vencedores en estas y otras lides.

Ni tu nombre, Vilela⁵ esclarecido,

fuera por mí olvidado;

tú al campo del honor has conducido

pacíficos vecinos, que al soldado

dieron grandes ejemplos de bravura,

cual si en la escuela de la guerra dura

educado se hubiesen,

y a sus horrores avezados fuesen.

¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras

que en el campo formáis, son hoy la Patria:

sólo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la Victoria, ya de lejos
os saluda la Paz, y a los reflejos
de su lumbre divina,
triumfante y de ambiciosos respetada,
libre, rica, tranquila, organizada,
ya brilla la República Argentina.

NOTAS: ¹Hoy prevalece, como forma culta, **brasileño, brasileña**. — ²Como si fuera: **estuvo en vida**. — ³La batalla de Ituzaingó se dió el 20 de febrero de 1827. La victoria de Salta tuvo lugar en igual día de 1813 (Nota del poeta). — ⁴El cisne de Mantua es el célebre poeta Virgilio, autor de la "Eneida" y de las "Geórgicas". — ⁵José María Vilela, primero comerciante y soldado desde las Invasiones Inglesas hasta las guerras civiles. Fué ejecutado en Tucumán en 1841, por orden de Oribe. Había nacido en Yapeyú.

2. - José Antonio Miralla (1790-1825)

Cordobés, fué calificado por Juan M. Gutiérrez de forastero en su patria, porque fuera de ella desarrolló las actividades de sus mejores años hasta su muerte, ocurrida en Puebla de los Angeles (México), víctima de una fiebre maligna



José Antonio Miralla*

que le atacó en el viaje. Había estado ya en 1809 como estudiante en Lima, de donde pasó luego sucesivamente, como secretario del Conde de Vista Florida, a España; por indeseable en ésta, a Londres; como comerciante y periodista, a

* El original de este retrato ha sido facilitado gentilmente por el Sr. Federico Santa Coloma Brandsen, director del Museo Histórico Nacional de Buenos Aires.

*la Habana; por conspirador contra España, a Estados Unidos; como profesor y funcionario público, a Colombia, y finalmente a México, donde apenas llegado expiró en plena juventud. Una existencia tan movediza no fué en verdad muy a propósito para el cultivo de las letras: los versos con que distrajo sus ociosos o entretuvo su afición ingénita, son de escaso precio. El más feliz de sus momentos literarios fué el que dedicó a la traducción de la elegía de Tomás Gray** con el título de*

El cementerio de aldea

Menéndez y Pelayo*** ha escrito: "Los demás intérpretes castellanos de esta elegía han tenido que acudir a la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo a cuerpo;... y en algunas estrofas acertó a no perder nada del texto y a calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia... Sus nerviosos y viriles versos no son la menor prueba de la concisión que cabe en nuestra lengua".

La esquila toca el moribundo día,
la grey, mugiendo, hacia el redil se aleja,
a casa el labrador sus pasos guía,
y el mundo a mí y a las tinieblas deja.

La débil luz va del país faltando,
y alto silencio en todo el aire veo,
menos do gira el moscardón zumbando,
y allá, do al parque aduerme el cencerreo;

o en esa torre envuelta en hiedra, en donde
el triste buho quéjase a la luna
del que, vagando por donde él se esconde,
en su antiguo dominio le importuna.

Bajo esos tilos y olmos sombreados
do el suelo en varios túmulos ondea,
para siempre en sus nichos colocados
duermen los rudos padres de la aldea.

Del alba fresca la incensada pompa,
la golondrina inquieta desde el techo,
bronco clarín de gallo, eco de trompa,
no más los alzan del humilde lecho.

No arde el hogar para ellos, ni a la tarde
se afana la mujer, ni a su regreso
los hijos balbuceando hacen alarde
de preparar sus rodillas por un beso.

¡Cómo las mieses a su hoz cedían,
y los duros terrenos a su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!
¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!

No mofe la ambición caseros bienes
y obscuras suertes de fatigas tales,
ni la grandeza escuche con desdenes,
por humildes, del pobre los anales.

** Elegante poeta elegíaco, nacido en Londres (1716-1771).

*** "Historia de la Poesía hispano-americana", II, 410.

El boato y el blasón, mundo envidiable¹,
y cuanto existe de opulento y pulcro,
lo mismo tiene su hora inevitable:
la senda de la gloria va al sepulcro...

No los culpéis, soberbios, si en su² tumba
la memoria trofeos no atesora;
do en larga nave y bóveda retumba
de alto loor la antifona sonora.

¿Volverá una urna inscrita, un busto airoso,
el fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede a la adulación la sorda muerte?

Tal vez en este sitio abandonados
hay pechos donde ardió celestial³ pira⁴,
manos capaces de regir estados,
o de extasiar con la animada lira.

Mas su gran libro, donde el tiempo paga
tributos, nunca les abrió la escuela;
su noble ardor fría pobreza apaga,
y el torrente genial de su alma hiela.

¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
encierra el hondo mar en negra estancia!
¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa
en un desierto exhala su fragancia!

Tal vez un Hampden⁵ rústico aquí se halla
que al tiranuelo del solar, valiente
resistió; un Milton⁶ que sin gloria calla;
de sangre patria un Crómwell⁷ inocente...

Oír su aplauso en el senado atento,
ruinas, penas⁸ echar de su memoria,
la tierra henchir de frutos y contento,
y en los ojos de un pueblo leer su historia,

su suerte⁹ les vedó; mas en su encono
crímenes y virtudes dejó yertas;
vedóles ir por la matanza al trono,
y a toda compasión cerrar las puertas;

callar de la conciencia el fiel murmullo,
apagar del pudor la ingenua llama,
o el ara henchir del lujo y del orgullo
con el incienso que la musa inflama.

Lejos del vil furor del vulgo insano,
nunca en vanos deseos se excedieron¹⁰;
y por el valle de un vivir lejano
su fresca senda sin rumor siguieron.

Mas, protegiendo contra todo insulto
estos huesos aquel túmulo escaso
de rústica escultura, en verso inculco
pide el tributo de un suspiro al paso.

Nombre y edad por pobre musa puestos¹¹,
vez¹² de elegía y fama desempeñan;
y esparcidos en torno sacros textos,
que a bien morir al rústico le enseñan.

Pues ¿quién cedió jamás esta existencia
inquieta y grata al sordo olvido eterno,

y dejó de la luz la alma¹³ influencia
sin mirar hacia atrás lánguido y tierno?

Al irse el alma, un caro pecho oprime,
y llanto pío el ojo mustio aguarda:
naturaleza aun en la tumba gime,
y aun en cenizas nuestro fuego guarda.

Por ti, que al muerto abandonado honrando
su triste historia haces que en verso fluya,
si acaso solo, pensativo errando,
un genio igual pregunta por la tuya,

tal vez un cano labrador le diga:
"Del alba le hemos visto a la vislumbre,
"sacudiendo el rocío en su fatiga,
"ir a encontrar el sol en la alta cumbre.

"Al pie del roble aquel, algo inclinado,
"que hondas raíces tuerce caprichoso,
"yacía por la siesta recostado,
"viendo el vecino arroyo bullicioso.

"Ya en ese bosque desdeñoso andaba
"sus temas murmurando y sonriendo;
"ya solitario y pálido vagaba,
"como de amor y penas fallciendo.

"Fáltome un día en la colina usada,
"junto a su árbol querido; en la dehesa
"al otro no le hallé, ni en la cascada,
"ni en la alta loma, ni en la selva espesa.

"Con ceremonia lúgubre cargado
"en el siguiente al cementerio vino;
"lee (pues sabes) lo que está grabado
"en esa piedra, bajo aquel espino."

EPITAFIO

De la tierra en el seno aquí reposa
un joven sin renombre y sin riqueza;
su cuna no esquivó la Ciencia hermosa,
y marcóle por suyo la tristeza.

Generoso y sincero fué, y el cielo
pagó; dió cuanto tenía consigo:
una lágrima al pobre por consuelo;
tuvo de Dios cuanto pidió: un amigo.

Su flaqueza y virtud bajo esta losa
no más indagues de la tierra madre:
con esperanza tímida reposa
allá en el seno de su Dios y Padre...

NOTAS: ¹ En otras ediciones se trae así este verso: Boato de blasón, mando envidiable. — ² Otros: en la. — ³ Otros, mejor: celeste. — ⁴ La llama de la caridad o del ingenio. — ⁵ Patriota londinense, pariente de Crómwell, que intervino contra Carlos I de Inglaterra (1594-1643). — ⁶ Célebre poeta inglés, autor de "El paraíso perdido" (1608-1674). — ⁷ Protector de la República Inglesa, que proclamó después de haber hecho condenar a Carlos I (1599-1653). — ⁸ Otra versión: ruina y penas. — ⁹ Otros: la muerte. — ¹⁰ Leen otros: encendieron. — ¹¹ Otros: nombre, edad, por vulgares nunca puestos. — ¹² Oficio, ministerio, lugar. — ¹³ Léase con sinalefa: lalma.

Hubo durante la Revolución emancipadora otros escritores notables, patriotas sinceros y entusiastas, siquiera no siempre correctos y aliñados, como Mariano Moreno, Esteban de Luca, Bernardo Monteagudo, Fray Cayetano Rodríguez, Vicente López y Planes el Deán Gregorio Funes, Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Ignacio Gorriti, etc. Pero la naturaleza de este trabajo nos fuerza a pasarlos por alto e internarnos en la era inicial de nuestra autonomía.

ÉPOCA INDEPENDIENTE

A la emancipación política sigue en la Argentina muy de cerca la de las letras, que sacuden el rígido yugo del seudoclasicismo y aun de las nuevas maneras españolas, si bien rindiéndose a otro influjo extraño. Me refiero al romanticismo, que entra a reinar y no es — descontada alguna excepción — el peninsular de buena ley, sino el ótro enfermizo que de Francia trae Echeverría con sus exageraciones imaginativas y sentimentales. Pero el noble anhelo de total independencia no tarda en argentinizar cada vez más la literatura con la presentación de asuntos propios y las pinturas realistas del paisaje nativo de indole regional más o menos limitada.

I. POETAS ROMÁNTICOS

1. - José Esteban Echeverría

(1805-1851)

Porteño, empleado de comercio, estudiante en París, fundador de la Asociación de Mayo contra Rosas, huye a Montevideo, donde deja de existir. Evidenció



José Esteban Echeverría

la vitalidad de su ingenio como poeta y prosador, en el periódico y en el libro. Cúpole la gloria de ser el padre del romanticismo argentino, y, en frase de Menéndez y Pelayo, "fundador de una nueva escuela americana". Su musa, rica de imaginación, sinceridad y delicadeza, queda avasallada por sus tendencias de pensador y ciudadano deseoso del pro-

greso de la patria. Pero nunca deja de ser discípulo de Francia y, dice Oyuela, "pensando en francés, escribió en castellano de mala ley", con dicción y verso a menudo apocados e incorrectos. Además, el carácter reflexivo del poeta perjudica a la viveza y calor de su sentimiento. En sus *Rimas* (837) reunió lo mejor de su numen: *Himno al dolor*, *La diamela* y su obra maestra, *La Cautiva*; y en *Dogma socialista* * y en *El matadero*, lo más valioso de su prosa. *El Ángel caído* es un eclipse de nuestro primer romántico **.

a) De LA CAUTIVA

ARGUMENTO: El poema se desarrolla en nueve partes que se intitulan: "El desierto", "El festín", "El puñal", "La alborada", "El pajonal", "La espera", "La quemazón", "Brián" y "María". Comienza con la soberbia descripción del desierto, cuyo anochecer turba la indiada que vuelve victoriosa de un malón, trayéndose prisionero a Brian jefe cristiano. Después de abundante festín todos duermen, y entonces llega la Cautiva, María, que no es sino la esposa de Brian, y con el mismo puñal con que mató al cacique Loncoy, que había intentado ofenderla, corta las ligaduras del esposo y huyen. Por la mañana un pelotón de soldados caen sobre los indios y los degüellan. Los fugitivos se han refugiado en un pajonal, donde María trata de reanimar a Brian, víctima de mortal calentura. Por la noche otros salvajes incendian el pajonal, y María, con su esposo moribundo a cuestas, atraviesa a nado un arroyo. Después un tigre se les acerca, y huye al ver a la Cautiva pronta a defender a Brian. Poco después éste muere. Ella lo sepulta y se encamina hacia su casa, donde espera encontrar al hijo; pero en el camino sabe por unos soldados que ha perecido a manos de los indios, y es tal su dolor que se desploma sin vida. El epílogo refiere que cristianos y salvajes respetan la cruz clavada a la sombra de un ombú, donde María y Brian duermen el sueño de la muerte.

* Socialista no significa aquí sino social, democrático.

** Léase el juicio de J. M. Gutiérrez sobre la obra de Echeverría, que se transcribe en la pág. 80.

Parte I: El desierto

Ils vont, l'espace est grand (VICTOR HUGO).

Era la tarde, y la hora en que el sol la cresta dora de los Andes. El desierto inconmensurable, abierto, y misterioso, a sus pies se extiende, triste el semblante, solitario y taciturno, como el mar, cuando un instante, al ¹ crepúsculo nocturno, pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra su inmensidad, y no encuentra la vista, en su vivo anhelo, do fijar su fugaz vuelo, como el pájaro en el mar. Doquier campos y heredades del ave y bruto guaridas; doquier cielo y soledades, de Dios sólo conocidas, que El sólo puede sonar.

A veces la tribu errante sobre el potro rozagante, cuyas crines altaneras flotan al viento ligeras, lo cruza cual torbellino, y pasa; o su tolería sobre la grama frondosa asienta, esperando el día... Duerme, tranquila reposa, sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas, sublimes y a par ² sencillas, sembró la fecunda mano de Dios allí! ¡Cuánto arcano que no es dado al mundo ver! La humilde hierba, el insecto, la ³ aura aromática y pura, el silencio, el triste aspecto de la grandiosa llanura, el pálido anochecer.

Las armonías del viento dicen más al pensamiento, que todo cuanto a porfía la vana filosofía pretende altiva enseñar. ¿Qué pincel podrá pintarlas sin deslucir su belleza? ¿Qué lengua humana alabarlas? Sólo el genio su grandeza puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente reclinaba en occidente, derramando por la esfera de su rubia cabellera el desmayado fulgor. Sereno y diáfano el cielo, sobre la gala verdosa de la llanura, azul velo esparcía, misteriosa sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas sus alas de aroma llenas, entre la hierba bullía del campo, que parecía como un piélagos ondear, y la tierra, contemplando del astro rey la partida, callaba, manifestando, como en una despedida, en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero relinchaba un bruto fiero aquí o allá, en la campaña; bramaba un toro de saña rugía un tigre feroz: o, las nubes contemplando, como extático y gozoso, el yajá ⁴ de cuando en cuando turbaba el mudo reposo con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía que el vasto horizonte ardía: la silenciosa llanura fué quedando más oscura, más pardo el cielo, y en él con luz trémula brillaba una que otra estrella, y luego a los ojos se ocultaba, como vacilante fuego en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto, con su claroscuro ⁵ manto, veló la tierra; una faja, negra como una mortaja, el occidente cubrió. Mientras ⁶, la noche bajando lenta venía; la calma, que contempla suspirando inquieta a veces el alma, con el silencio reinó.

Entonces como el ruidito que suele hacer el tronido cuando retumba lejano, se oyó en el tranquilo llano sordo y confuso clamor; se perdió... y luego violento, como baladro espantoso de turba inmensa, en el viento se dilató sonoro dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante del ágil potro arrogante el duro suelo temblaba; y envuelto en polvo cruzaba como animado tropel, velozmente cabalgando; víanse ⁷ lanzas agudas, cabezas, crines ondeando, y como formas desnudas de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata tur- con su alarido perturba [ba las calladas soledades de Dios, do las tempestades sólo se oyen resonar?

¿Qué humana planta orgullosa se atreve a hollar el desierto, cuando todo en él reposa? ¿Quién viene seguro puerto en sus yermos a buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando de salvajes, atronando todo el campo convencino. ¡Mirad! Como torbellino hiende el espacio veloz. El fiero ímpetu no enfrena del bruto que arroja espuma; vaga al viento su melena, y con ligereza suma pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene? ¿De qué su gozo proviene? ¿Por qué grita, corre, vuela, clavando al bruto la espuela, sin mirar al rededor? ¡Ved! que las puntas ufanas de sus lanzas, por despojos, llevan cabezas humanas, cuyos inflamados ojos respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje al indomable coraje que abatió su alevosía; y su rencor todavía mira con torpe placer las cabezas que cortaron sus inhumanos cuchillos, exclamando: — “ ¡Ya pagaron del cristiano los caudillos el feudo ⁸ a nuestro poder!

“ Ya los ranchos do vivieron, presa de las llamas fueron, y muerde el polvo ⁹ abatida su pujanza tan erguida. ¿Dónde sus bravos están? Vengan hoy del vituperio sus mujeres, sus infantes ¹⁰, que gimen en cautiverio, a libertar, y como antes nuestras lanzas probarán.”

Tal decía; y bajo el callo del indómito caballo, crujiendo el suelo temblaba; hueco y sordo retumbaba su grito en la soledad. Mientras ¹¹ la noche, cubierto el rostro en manto nubloso, echó en el vasto desierto su silencio pavoroso, su sombría majestad.

NOTAS: ¹ Este al significa a la hora del. — ² Se dice también: a la par. — ³ La corrección gramatical exige el; pero la necesidad métrica obliga al poeta a valerse de una licencia. — ⁴ Hoy se dice chajá. Era tenida esta ave por "presagiosa", como ya lo decía el P. José Guevara en su "Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán". Lo cierto es que lanza fuerte graznido cuando cree ver un peligro o amenaza. — ⁵ El Diccionario académico registra esta voz sólo como sustantivo, término de pintura para denotar la distribución de luces y sombras en un cuadro. Echeverría le da aquí valor adjetival. — ⁶ Tiene el significado de entre tanto. — ⁷ En el verso se permite por veñanse. — ⁸ Esto es: tributo, vasallaje. — ⁹ Morder el polvo es quedar rendido o vencido, muerto o derribado. — ¹⁰ Entiéndase: Vengan hoy sus bravos a libertar del cautiverio a sus mujeres e infantes... Caso de hipébaton. — ¹¹ Entre tanto.

b) Del Poema AVELLANEDA

Tucumán

¿Conocéis esa tierra bendecida por la fecunda mano del Creador, de cuyo virgen seno, sin medida, fluye, como el aroma de la flor, la balsámica esencia de la vida?

Tierra de los naranjos y las flores, de las selvas y pájaros cantores, que el Inca poseyera, hermosa joya de su corona regia, donde crece el camote y la rica chirimoya, y do el naranjo sin cesar florece.

Donde el sacro laurel, ambicionado galardón del poeta y del soldado, al rayo desafía entre la nube a par del cedro que gallardo sube; y el pacará, que al viajador asombra, cien jinetes cobija con su sombra.

Donde el zorzal y la calandria, artistas de ingenua inspiración, en el verano, cuando reina sin par melancolía en las selvas, el premio soberano se disputan del canto y la armonía.

Las casas son verjeles donde habitó la paz y la abundancia en tiempos más felices, cuando fieles a la costumbre y fe de sus mayores, o avenidos tal vez con su ignorancia, vivían sus tranquilos moradores.

Pero hoy ya no es así; de esos hogares la paz huyó ante la civil contienda, y quedaron el llanto y los pesares, de las pasiones dolorosa ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla, ni por bosquejo alguno conocerla de pluma o de pincel! Cuando el invierno con el soplo glacial de las montañas viene el raudal eterno de vida a amortiguar en sus entrañas, una virgen parece adormecida sobre lecho de rosas, con las galas de ayer en torno suyo, medio marchitas ya, pero olorosas.

Después la primavera con su templado sol y sus rumores, su concierto de pájaros cantores, a electrizar sus miembros adormidos llega, y bañar en lumbre los sentidos; y la virgen despierta de su sueño fugaz y se levanta, radiante de alegría y de frescura, de gracia y de hermosura; y a engalanar empieza con corona de mirtos y arrayanes su espléndida cabeza, y a perfumarse con esencias puras, derramando por montes y llanuras de su eterna beldad los resplandores.

Tierra de promisión y de renombre, engendra en sus entrañas virginales cuanto apetece y necesita el hombre para vivir feliz: en animales, en frutas y productos tropicales, en colosal vegetación. En vano el adusto verano la quema con su sol; el Aconquija, que entre las nubes fija la nevada cerviz, de sus raudales el tesoro derrama y la fecunda, la baña con sus frígidos alientos, y sus campos sedientos, de fresca lluvia y de vigor inunda.

¡Cuán bella entonces es! Al pensamiento ¡cuánto inspira de luz y arrobamiento! ¡Cuánto de eterna nutrición le ofrece! La mirada de Dios bañar parece sus campiñas y claros horizontes, y transformar con su inefable hechizo sus selvas y sus montes en otro Paraíso.

b) De EL MATADERO

ARGUMENTO: Es un relato — el primer cuento realmente argentino —, en que alternan cuadros, diálogos y escenas de la dictadura rosista, presentados con vigorosas pinceladas de intenso colorido de época y lugar. Tiene por teatro el sitio donde en 1840 se carneaba para Buenos Aires y donde los aprendices de mazorqueros se familiarizaban con la faena del degüello. Allí aparecen los matarifes, tan soeces como diestros en enlazar la res elegida; las negras y mulatas esperando recoger del suelo, sucio de sangre, las achuras. De pronto pasa por allí un apuesto jinete, en quien todos ven a un salvaje unitario. El gaucho Matasiete lo atropella y derriba; luego lo escarnece y atan, pretenden que vive al tirano, le cortan la barba y simulan prepararse para degollarlo. Los esfuerzos que hace el mozo por zafarse de la chusma dan al brutal pasatiempo un desenlace trágico.

1. Los corrales y la casilla

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal, en el cual los animales apañados se hunden hasta el encuen-

tro¹ y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador². Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: "Viva la Federación", "Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra", "Mueran los salvajes unitarios". Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del Matadero.

NOTAS: ¹Puntas de las espaldillas que por delante se unen al cuello. — ²D. Juan Manuel de Rosas.

2. La fuga del toro

Dos enlazadores a caballo penetraron al corral, en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horqueteada¹ sobre los ñudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores² y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó³, y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal, prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo, y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro, donde estaba como clavado y era imposible pialarlo⁴. Gritabanle, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral; y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas

y voces tiples y roncacas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca, y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza, excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz...

— El matambre⁵ a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

— ¡A Matasiete el matambre!

— ¡Allá va! — gritó una voz ronca, interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. — ¡Allá va el toro!

— ¡Alerta! ¡Guarda los de la puerta! ¡Allá va furioso como un demonio!

Y, en efecto, el animal, acosado por los gritos y sobre todo por las picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por el aire un áspero zumbido, y al mismo tiempo se vió rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén⁶, una cabeza de niño, cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

— ¡Se cortó el lazo — gritaron unos. — ¡Allá va el toro!

Pero otros, deslumbrados y atónitos, guardaron silencio, porque todo fué como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte, compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: — ¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda! —

¡Enlaza, Sietepelos! — ¡Que te agarra, Botija! — ¡Va furioso! — ¡No se le pongan delante! — ¡Ataja, ataja, Morado! — ¡Déle espuela al mancarrón! — ¡Ya se metió en la calle sola! — ¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras⁷, sentadas en hilera al borde del zanjón, oyendo el tumulto, se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope⁸, lo que, sin duda, las salvó, porque el animal lanzó, al mirarlas, un bufido aterrador, dió un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes...

El toro, entre tanto, tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle, que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman *sola* por no tener más de dos casas laterales, y en cuyo apozado⁹ centro había un profundo pantano, que tomaba¹⁰ de zanja a zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero, vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos, que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería, sino cuando el toro arremetía al pantano. Azoróse de repente su caballo, dando un brinco al sesgo, y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes, al contrario, soltando carcajadas sarcásticas: — ¡Se amoló¹¹ el gringo! — ¡Levántate, gringo! — exclamaron, y cruzaron el pantano, amasando con barro, bajo las patas de sus caballos, su miserable cuerpo. Salió el gringo, como pudo, después a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrubio...

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas veinte cuadras en distintas direcciones, azorando con su presencia a todo

viviente, se metió por la tranquera de una quinta, donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores, que se hallaban desbandados, y resolvieron llevarlo en un señuelo¹² de bueyes para que expiase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga, el toro estaba otra vez en el Matadero, donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo, no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estaba en el cementerio...

NOTAS: ¹ Neologismo que no consta en el léxico oficial. Significa: puesta o sentada a horcajadas. — ² Los que pialan, apealan o enlazan: neologismo. — ³ Punzó, voz que desde entonces se emplea entre nosotros como adjetivo de una sola terminación, no figura en el Diccionario sino como sustantivo. — ⁴ Pialar y apealar es aquí lo que en España manganear. — ⁵ En el Dicc. oficial sólo figura la forma matahambre. — ⁶ Dícese también a cerceñ, grave. — ⁷ Argentinismo aceptado lo mismo que sus afines achura y achurar. — ⁸ Mujer de Ulises, famosa por el bordado que deshacía de noche para volver a tejerlo al día siguiente. — ⁹ Apozado es lleno de pozas u hoyos. — ¹⁰ Ocupaba, se extendía. — ¹¹ Amolarse es embromarse, jorobarse, perjudicarse. — ¹² Grupo de novillos mansos, con cencerro al cuello, para traer y conducir más fácilmente otro ganado, máxime arisco o chúcaro.

2. - José Mármol

(1817-1871)

Hijo de Buenos Aires, emigrado político durante la dictadura rosista, periodista, diplomático, diputado, senador y director de la Biblioteca Nacional, acabó ciego sus días en la ciudad natal. Siguiendo la corriente romántica española, a lo Zorrilla, llegó a ser el "tipo acabado del poeta civil", en expresión de Ricardo Rojas, y "nuestro mayor poeta nacional", a juicio de Oyuela, quien afirma además: "Parecerá extraño y paradójico, pero este verdadero príncipe de los líricos argentinos, uno de los mayores de América y de nuestra lengua, no es aún, a pesar de su relativa y parcial popularidad, debidamente conocido y apreciado entre nosotros". La incorrección formal que se le achaca, exagerando-

la, se pierde sin duda en el inmenso pié-lago de bellezas de todo orden que el conjunto de su obra ofrece. ¿A quién no cautivan la opulencia y vigor imaginativos de Mármol, la viveza de colorido de su paleta, la espontánea expresión de su personalidad, y la versificación musical, robusta y de brillantez deslumbradora? Su estilo se nutre de dos amores: el de la patria y el de la naturaleza. Se han hecho célebres sus vehementes invectivas A Ro-



José Mármol

sas, del 43 y del 50, y su novela *Amalia* (51), de gran interés histórico y descriptivo, no obstante su ejecución deficiente. No pasan de mediocres sus dramas *El Poeta* (40) y *El cruzado* (42). Mayor mérito encierra su colección lírica *Armonías* (51) con el canto *A Colón, Adiós a Montevideo, Canto del poeta, etc.* Pero la cima de la inspiración marmoliana debe buscarse en los *Cantos del Peregrino* (46-57), poema de ocho magníficos cantos lírico-descriptivos, que en las líneas generales de su plan tienen algo del *Childe-Harold* de Byron, aunque están siempre muy lejos del pesimismo del inglés. Son perlas de esta serie los fragmentos *A América* (canto I), *A los trópicos* (c. III), *A las nubes* (c. III), *Al Brasil* (c. VII) y *Al Plata*, viril apóstrofe con que remata magistralmente el poema. Merece leerse el juicio que de Mármol formula Menéndez y Pelayo en el Tomo II de su "Historia de la poesía hispanoamericana".

a) Al Plata

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante
y atropellen tus ondas al pino¹;
es un hijo del suelo argentino
el que vuelve tus ondas a ver.
Que el pampero sacuda sus alas,
que las nubes fulminen el rayo;
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino,
a la saña del alma responde;
si el rigor en el alma se esconde,
no desmienta tu brazo el rigor.
Sé la imagen del tiempo presente
y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuán bien lo retrata
desafiando tus ondas mi voz.

¿No escucháis ese ronco bramido
que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra?
¿No sentís un torrente bramar?
¡Es un mar de pasiones y sangre,
sin orillas, ni luz, ni horizontes,
donde absorta la sien², de los montes
mira rayos y pueblos rodar!

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
no desmientas tu tiempo inclemente,
y salpiquen tus ondas mi frente
conmoviendo la nave a mis pies.
Ese mar de pasiones y sangre
mi barquilla también arrebató.
¿Qué me importan tus ondas ¡oh Plata!
si aun aquéllas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
bogará por el mar iracundo;
si me cupo esta suerte en el mundo,
¡adelante, surquemos el mar!
Mi alma tiene la fe del poeta,
la esperanza me templa la lira;
ese mar con su furia me inspira,
y a su estruendo mi voz se alzaré.

De mi frente las nítidas flores
por los vientos verá desprendidas,
y hasta el fondo del mar sumérgidas,
sin llorar al decir las adiós.
Tumbarán mi barquilla las olas
y caeré dentro el mar sin enojos,
pues yo sé que al cerrarse mis ojos
queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
que fulminen las nubes el rayo:
una hoja del árbol de Mayo
es quien pasa rozando tu sien.
¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan a mi alma?
Pues sacudé también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
yo me voy más allá de mis años³,
y entre cielos y mundos extraños

vivo tiempos que están por venir.
Que haya sangre también en tus olas;
que salpique su espuma mi frente;
mira ¡oh Plata! cuál vuela mi mente;
oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
espera el primer rayo del venidero sol,
para decir al hombre del viejo continente:
"La aurora se levanta del mundo de Colón".

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
harán sobre los cielos magnífico horizonte
que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
descenderá del cielo la bendición a ti,
y entonces el Viejo Mundo te gritará "¡Detente!
mis razas arrebatas, mi genio y porvenir".

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
y de hombres, y de industria, y de virtudes llenas
salpicarán el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
podrás girar altivos los ojos en redor
sin encontrar esclavos, ni rudo fanatismo,
ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre argentina frente
alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
el hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y de arrogancia entonces,
ofertas, y amenazas, y naves burlarás,
y ¡ay triste para siempre del extranjero bronce
que osare en las riberas del Plata retumbar!

La libertad hermosa se bañará en tus olas,
el aire de su vida lo aspirará de ti,
y en tus riberas, antes tan áridas y solas,
tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
el labrador sus flores derramará a sus pies;
y el alto pensamiento mirando su cabeza,
del genio en la batalla le buscará el laurel.

Y poderoso entonces, y entusiasmado, y libre,
¿qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzaré la frente cuando tu acento vibre,
y cien ciudades vuelvan⁵ el eco de tu voz?

Cuando a tu ¡alerta! grite la Patagonia ¡alerta!
¡alerta! el viejo Chaco, y ¡alerta! el Paraná;
y la nación levante su frente descubierta,
diciendo con sus bronces al enemigo: "¡Atrás!"⁶

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo:
el árbol que plantasteis dará fruto,
cuando asome en Oriente el primer rayo
y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz con tus bramidos arrebatá...
¡Adelante, bajel: vamos al puerto!⁷

NOTAS: ¹ Por la nave, sinécdoque. — ² Por los ojos, comprendidos entre las sienes. — ³ Es decir,

a lo futuro. — ⁴ Licencia poética: apócope por entonces. — ⁵ Otras ediciones traen hagan en vez de vuelvan. — ⁶ Esta estrofa, así como se la transcribe generalmente, no tiene sentido; para que lo tenga, la estrofa anterior debe terminar con un punto y coma en voz, y continuar en la siguiente, que encierra una serie de complementos u oraciones completivas dependientes de ¿Quién alzaré la frente, cuando... y... "¡Atrás!"?, donde se cierra la interrogación. — ⁷ Este Himno al Plata pertenece al libro "Cantos del Peregrino" XII.

b) Los trópicos

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del Crucero¹,
foco de luz que vierte torrentes por doquier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
de gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza, llena de timidez y frío,
huyendo de los polos, al trópico subió.

Y cuando dijo: "¡Basta!", volviéndola sus ojos,
y decretando al mundo su nuevo porvenir,
el aire de su boca los trópicos sintieron
y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos su trono levantó,
dorado con las luces de la primer mirada,
bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó la rosas, las cristalinas fuentes,
los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán:
las aves que la arullan en melodía eterna,
y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes, en colosales formas,
se visten, con las nubes, de la cintura al pie:
las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan,
se mira de los montes la esmeraltada² sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,
no habita ese bandido del Andes morador³,
que de las duras placas de sempiterna nieve,
se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
tucanos, guacamayos, el león y la torcaz;
y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
se duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala,
formando pabellones para burlar al sol,
ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,
no emana sino vida, y amor, y brillantez;
donde cayó una gota de llanto de la aurora,
sin ver pintadas flores no muere el astro-rey...

¿Adónde está el acento que describir pudiera
el alba, el mediodía, la tarde tropical,
un rayo solamente del sol en el ocaso,
o del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
se toca, se resiste, se siente difundir:
es una catarata de fuego despeñada
en olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo, que, cual si reflectase⁴ de placas de metal, traspasa como flecha de imperceptible punta la cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes, que en torbellino brota la frente de Jehová⁵, parado en las alturas del Ecuador, mirando los ejes de la tierra por si a doblarse van.⁶

Y con la misma llama que abrasa, vivifica la tierra que recibe los rayos de su sien, e hidrópica de vida, revienta por los poros, vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando por la tarde, al soplo de la brisa se parten las montañas flotantes de vapor⁷, las luces son entonces vivientes inflamados que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses caracoleando giran en derredor a él⁸, y azules mariposas en bosques de rosales coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje nadando sobre lagos con lindes de coral, saludan el postrero suspiro de la tarde que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas que muestran indecisas su pálido⁹ color. Así como las hijas en torno de la madre cuando recibe su alma la mano del Señor¹⁰.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos las fantasías bellas de los poetas van, son ellas las que brillan en rutilantes mares allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las aficciones se avivan en el alma; allí se poetiza la voz del corazón; allí es poeta el hombre; allí los pensamientos discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas al paso de la noche se aviva en el cenit, hasta quedar el cielo bordado de diamantes que por engaste llevan aureolas de rubí...

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente, con iris y aureolas magníficas de luz, la luna se presenta como la Virgen-Madre que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

NOTAS: ¹ Constelación de nuestro cielo; más comúnmente, Cruz del Sur. — ² Neologismo que no registra el Dicc. — ³ El cóndor, bandido por su rapacidad. — ⁴ Verbo no muy usado por reflejar. — ⁵ Nombre hebreo de Dios. — ⁶ José Zorrilla en "La tempestad" dice de Dios: "sus senos más profundos / estudia y sus cimientos, por si caducan ya". — ⁷ Otro texto: Y cuando el horizonte la toma entre sus brazos, / partidas las montañas, fluctuando entre vapor, ... — ⁸ Lo corriente es ahora: en derredor de él. — ⁹ Otro: escualido. — ¹⁰ Otros: el seno de Dios.

c) A Rosas, el 25 de Mayo de 1843

(Fragmento)

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron, y sangre, sangre a ríos se derramó doquier;

y de apilados cráneos los campos se poblaron donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hielos en tus fi-
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da, [bras? cuando a tu rudo labio tu pensamiento vibras, y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida, nutriéndote las venas su ponzoñoso hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

¿Qué sér velado tienes que te resguarda el paso, para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso, para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho, para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho, para llamar los muertos a sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento cuando revienta el trueno bramando el aquilón; cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento para arrojarle eterna tremenda maldición!...

Quando a los pueblos postra la bárbara inclemencia de un déspota que abraiga sangriento frenesí, el corazón rechaza la bíblica indulgencia: de tigres nada dijo la voz del Sinaí¹.

El Bueno de los buenos desde su trono santo la renegada frente maldijo de Luzbel; la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto también tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas la hiel de la venganza mis horas agitó: como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas; pero, como argentino, las de mi patria nó.

NOTA: ¹ Que promulgó el Decálogo o mandamientos de amor al prójimo.

ch) De AMALIA

ARGUMENTO: Cinco unitarios, mientras duermen Buenos Aires, a las once de la noche, se disponen a huir a Montevideo. Pero caen en una emboscada, traicionados por Merlo, su guía. Sólo se salva Eduardo Belgrano, que, gravemente herido después de heroica lucha contra un grupo de mazorqueros, logra ser conducido por su amigo Daniel Bello a la casa de su prima Amalia en Barracas, donde ésta lo atiende con esmero. Florencia Dupasquier, prometida de Daniel, comunica a éste las impresiones que de la tragedia pasada tienen el Restaurador y sus satélites. Presenta el novelista el retrato de estos tipos funestos y vivos cuadros de sus repugnantes y bárbaras fechorías, y describe las pintorescas costumbres de aquella época nefasta, celebración de acontecimientos sociales y fiestas características. Los cuidados de Amalia acaban por restablecer completamente a Eduardo, que resuelve solicitar la mano de la abnegada joven. Pero la Mazorca le busca sin descanso, mientras Daniel se desvive por su seguridad. Pronto las actividades de éste, que anda conspirando con Lavalle, se vuelven sospechosas y hacen que se le vigile muy de cerca. Al mismo tiempo que Lavalle fracasa en su intento libertador, Eduardo advierte que ha sido descubierto, por lo que con Daniel resuelve pasar a la orilla oriental. Pero quiere que antes un sacerdote bendiga su unión con Amalia. Termina la sagrada ceremonia celebrada con sigilo, y mientras aguardan la ballenera en que deben realizar la travesía, una par-

tida de mazorqueros irrumpe en la casa, da muerte a Eduardo, hiere a Daniel y sólo interrumpe su obra criminal el nombre de Rosas invocado por un anciano, el padre de Daniel, que llega en ese instante.

Traición

El 4 de mayo de 1840, a las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano¹, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguán, obscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se detiene, y dice a los otros:

— Todavía una precaución más.

— Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche — contesta otro de ellos, al parecer el más joven de todos, y de cuya cintura pendía una larga espada, medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

— Por muchas que tomemos, serán siempre pocas — replica el primero que había hablado. — Es necesario que no salgamos todos a la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la acera de enfrente; un momento después saldrán los tres restantes, seguirán esta acera, y nuestro punto de reunión será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

— Bien pensado.

— Sea, y yo saldré delante con Merlo y con el señor — dijo el joven de la espada a la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicación. Y diciendo esto, tiró del pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando² a la acera opuesta con los personajes que había determinado, enfiló la calle de Belgrano en dirección al río.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos después, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma dirección que aquéllos, por la acera prefijada...

A medida que... se aproximaban a las barrancas del río, Merlo acortaba el paso o parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubría.

Llegados a la calle de Balcarce:

— Aquí debemos esperar a los demás — dijo Merlo.

— ¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? — preguntóle el joven.

— Muy seguro — contestó Merlo. — Yo me he comprometido a ponerlos a ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido, nó para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar a los hombres que los han de conducir a la otra banda; ¡y ya verán ustedes qué hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del joven en los de Merlo, cuando alcanzaron a la comitiva los tres hombres que faltaban.

— Ahora es preciso no separarnos más — dijo uno de ellos. — Siga usted delante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del sur empezaba a dar anuncio de los próximos fríos del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura a las orillas del río de la Plata, en lo que se llama el "bajo" en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al

mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar a la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, a dos o tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubrementemente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquéllos que hayan llegado a ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó a la proscripción a centenares de buenos ciudadanos, éstos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debía morir al puñal de la *Matzorca* si eran notados; o decir adiós a la patria, a la familia, al amor, si la fortuna les hacía pisar el débil barco que debía conducirlos a tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época a que nos referimos, además, la salud del ánimo empezaba a ser quebrantada por el terror...

Nuestros prófugos caminaban sin cambiar una sola palabra; y es ya tiempo de dar a conocer sus nombres.

Aquél que iba delante de todos, era Juan Merlo; hombre del vulgo, de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía a la civilización, y con el *pampa*³ por sus hábitos holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demás.

A pocos pasos seguía el coronel don Francisco Lynch, veterano desde 1813; hombre de la más culta y escogida sociedad, y de hermosura remarcable⁴.

En pos de él caminaba el joven Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que había heredado de sus padres;

corazón valiente y generoso, e inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio...

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maissón, argentinos todos.

En este orden habían llegado ya a la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barranca que da a Barracas en la calle de la Reconquista⁵; es decir, se hallaban en línea paralela con la casa que habitaba el ministro de S. M. B.⁶, caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se detiene y les dice:

— Es por aquí donde la ballanera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la obscuridad, buscando en el río la embarcación salvadora, mientras que Merlo parecía que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirigía hacia Barracas, y nó a las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

— No está, dijo Merlo; — no está aquí, es necesario caminar algo más.

La comitiva le siguió, en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto a treinta o cuarenta varas de distancia, en la misma dirección que llevaban; y en el momento en que se volvía a comunicarlo a sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, llevando un repentino pavor al ánimo de todos.

— No respondan; yo voy a adelantarme un poco a ver si distingo el número de hombres que hay — dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hacia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente a aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos

cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de su bolsillo una de las pistolas que llevaba, y antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maissón y Oliden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen también como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que lo atropella, pero rueda también a su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maissón, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda e imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: ¡los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos, hechas pedazos ya, a su garganta para defenderla!... ¡todo en vano!... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto a grandes tajos; y en los borbollones de la sangre se escapa el alma de las víctimas a pedir a Dios la justicia debida a su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles alhajas y dinero; entretanto que nadie se ve ni se entiende en la obscuridad y confusión de esta escena espantosa, a cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba, en cada segundo de tiempo, formas, extensión y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa, casi de un salto, un espacio de quince pies en dirección a las barrancas.

Esto sólo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginación concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le había bastado también para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero, si había librádose⁷ del choque de los caballos, no había evitado ser visto, a pesar de la obscuridad de la noche, que por momentos encubría la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y ótro más hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Éste no ve, adivina, puede decirse, la acción de los asesinos, y dando un salto hacia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchón que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnición en el pecho del hombre que tiene a su derecha. Cadáver ya, aun no ha caído ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en dirección a la ciudad.

En ese momento, tres asesinos más se reúnen al que acababa de sentir caer el cuerpo de un compañero a los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces contra Eduardo...

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor no perciben que se hallan ya a doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose más en cada momento la intención de alejarlos, que desde el principio

tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la obscuridad de la noche...

Los cuatro lo hostigan con tesón, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenía en su mano izquierda. Este último, que no había comprendido la intención de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazón. El poncho había llegado a su destino; la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos con él; no se turba su espíritu, sin embargo: da un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa, que había arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza a desenvolverlo de la cabeza, mientras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra a lo largo de su costado izquierdo y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho.

— ¡Bárbaros, — dice Eduardo, — no conseguiréis llevarle mi cabeza a vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, pára en tercia una estocada que le tira su contrario más próximo; y desenganchando, se va a fondo, en cuarta, con toda la extensión de su cuerpo: dos hombres caen a la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo que no ha tenido fuerzas para volver a su primera posición, y que cae sin perder, empero, su conocimiento ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aún, se precipitan sobre él.

— ¡Aun estoy vivo! — grita Eduardo con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar e interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron

en mucha extensión de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenía a su lado, y tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado, los asesinos se le aproximan con recelo. Uno de ellos se acerca por los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posición, ni fuerza para parar. La impresión del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero a ese tiempo la mano de otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra e hinca sobre su pecho una rodilla.

— ¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado! — le dice, — y volviéndose al otro que se había abrazado de los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquél se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que lo oprimen; pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo, casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo a la garganta del joven.

Pero en el momento en que su mano iba a hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba a ser su víctima.

— ¡A ti también te irá tu parte! — dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caído del cielo, se dirige con su brazo levantado hacia el último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los pies de Eduardo, porque, aun medio

muerto, temía acercarse hasta sus manos. El bandido se pone de pie, retrocede, y toma repentinamente la huída en dirección al río.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso; se vuelve a aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de éste es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que había caído sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, e hincando una rodilla en tierra, suspende el cuerpo del joven y reclina su cabeza contra su pecho.

— ¡Todavía vive! — dice, después de haber sentido su respiración; su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive y que le ha conocido.

Sin vacilar, alza entonces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma a Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y cargándolo al hombro, marcha hacia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del señor Mandeville.

Su marcha, segura y fácil, hace conocer que aquellos parajes no eran extraños a su planta.

— ¡Ah! — exclama de repente, — apenas faltará media cuadra, y... tengo que descansar, porque... — y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que a los dos cubría. — ¡Eduardo!, le dice, poniéndole sus labios en el oído; ¡Eduardo!, soy yo, Daniel; tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, ocasionado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba a pasar, y la brisa fría de la noche a reanimarlo un poco.

— Huye... ¡Sálvate, Daniel! — fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza...

Al cabo de pocos minutos de marcha de-

tiene su caballo, gira sus ojos, y, convencido de que no veía ni oía nada, hace tomar el paso a su caballo, y dice a Eduardo.

— Ya estás en salvo; pronto estarás en seguridad y curado.

NOTAS: ¹ La calle de Belgrano es lo correcto, y nó la forma que hoy se ha generalizado: la calle Belgrano. — ² Es decir: atravesando la calle hacia la acera opuesta. — ³ Con este nombre se designa al indio natural de la Pampa, entre el río de la Plata, la antigua Patagonia y la cordillera de los Andes. (Nota del Editor de la obra). — ⁴ Remar-cable, por notable, sobresaliente, señalado, es un galicismo que debe evitarse. — ⁵ El lector debe tener en cuenta que la actual calle de la Defensa se denominó de la Reconquista por algún tiempo. (Nota del Editor de la obra). — ⁶ Abreviatura de Su Majestad Británica. — ⁷ No es correcta esta construcción del enclítico con el participio; debe decirse: si se había librado o si habíase librado.

3. - Ricardo Gutiérrez

(1836-1896)

De Arrecifes, soldado en Cepeda y Pavón, médico abnegado en la campaña del Paraguay, héroe de varias epidemias,



Ricardo Gutiérrez

gran amigo de los niños, para quienes fundó el primer hospital, que gratuitamente dirigió durante veinticinco años, tuvo alma privilegiada de poeta. Fué el cantor piadoso de la dolencia humana. Su musa, como sincera y sanamente romántica, fué más psicológica, subjetiva, íntima, que exterior o descriptiva. Se singulariza por la espontaneidad, ternura y viveza de emoción suavemente me-

lancólica, volcada en musicales y fáciles estrofas. Puso de relieve sus dotes épicas, no extraordinarias a la verdad, en los poemas *Lázaro* y *La fibra salvaje*. Culmina en sus obras líricas, más de acuerdo con su temperamento sensibilísimo, como en el *Libro de los cantos* (con las inspiradas odas a *La oración*, *El misionero*, *La victoria*, *Cristo*, *La hermana de la caridad*, etc.) y el *Libro de las lágrimas* (con *Los huérfanos*, *Los expósitos*, *El cadáver*, etc.). *Lástima es que Gutiérrez a veces siga tan de cerca las huellas de Lamartine, y otras no sea más propio, ceñido y variado. Pero sólo el análisis frío repara en estos desmayos formales. Los versos del médico poeta hechizan blandamente con la unción de su sentimiento hondamente cristiano, a pesar de algún atisbo pesimista. Nice Lotus*, ve "un hermano espiritual (de Campoamor y de Bécquer) en el sincero rimador del Plata: más serio que el segundo y más cristiano que ambos"*.

a) La oración

En esta composición "la poesía argentina — dice J. J. García Velloso ** — ha llegado a las regiones de lo sublime". Para Oyuela *** es "la más rica perla de su corona (de Gutiérrez), y acaso la nota lírica más intensa de la poesía argentina y una de las más bellas inspiraciones americanas". Y el ya citado Nice Lotus **** añade: "Aquí es (Gutiérrez) el lírico, el observador atinado, el pintor de los paisajes y de las horas, la caja misteriosa donde resuenan todos los rumores y todos los silencios de la naturaleza. Aquí debemos otorgarle la palma".

Oye la voz con que a los cielos llama el universo que en la tarde gime, y alza al Creador sublime la oración que en tu labio se derrama: siente la estrofa que la mar murmura, contempla el sol que su corona humilla, ¡oh mortal criatura!
y dobla sobre el polvo la rodilla.

Madre Naturaleza,
¡cómo se templea enternecida el alma en tu hora de calma,
al eco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo que el inmortal espíritu remueve, en tu misterio la esperanza bebe la majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde a la oración levanta, todo en el alma universal se anida, y la creación, en éxtasis caída, como arpa eolia¹ su plegaria canta.

Rueda² la mar sus gigantescas olas con manso y perezoso movimiento

hasta el desierto de las playas solas donde dormita el viento: el último crepúsculo que baña con el color de fúnebre desmayo la inmensidad del infinito ambiente, apaga el tornasol de la montaña, que levanta la frente para mirar el rayo, último rayo, del sol que se derrumba al occidente.

El desierto sereno tiembla al paso del bruto, que se abriga entre la selva amiga, de extraño afán y masedumbre lleno: el bosque bullicioso repliega en el silencio su follaje sobre el ave salvaje y el pájaro medroso; y como un alma tímida y errante la sombra sale que en la selva espía el último crepúsculo del día para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! Sobre tu mundo cruza veloz la brisa pasajera, leve como el aliento estremecido que arranca el estertor al moribundo: parece que dijera "¡Silencio!" a la Creación con su gemido. Entonces en la bóveda azulada abre como las flores el lucero, y allá, sobre su límpida mirada, en el cenit del orbe, vaga armonía suena que el espíritu absorbe y con sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana abisma en el infierno de tu duelo, ¡oh criatura humana!
y oye ese canto que te llama al cielo.

¡Oh tarde majestuosa, cómo muestras a Dios en tu grandeza, cómo brota la vida misteriosa bajo tu aliento de inmortal tristeza! En el eco lejano habla una voz que al corazón halaga como la voz del padre y del hermano, y en el suspiro de la brisa vaga que entre el cabello de la frente anida su secreto murmullo, ¡oh! de la madre el cariñoso arrullo parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba el salvaje alarido del torrente que cuelga en la pendiente y al antro pavoroso se derrumba: brama y se precipita, su golpe tiembla en el abismo hueco, y horrorizado el eco se asoma a las vorágines y grita.

La hoja que se mueve hace temblar el corazón con ella; parece el rumor leve de una sombra evocada,

* En "Los ortodoxos" I.

*** "Historia de la Literatura Esp. y Argent."

**** "Antol. poet. hispano-americana".

**** Op. cit.

y en la luz temblorosa de la estrella
hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
y la piedad invoca
bajo el pie cauteloso que la oprime:
hay una rama que al pasar nos toca,
una tímida rama:
hay una flor que se abre con delicia
y su lluvia de pétalos derrama
bajo el ojo mortal que la acaricia:
en las quimeras de la errante sombra
se borra y se diseña
una pálida mano que hace seña,
y un labio sonriente que nos nombra...

Sobre el mundo desierto
la soledad, como un fantasma, mira,
y resucita, y se estremece, y gira
la vida de lo muerto.

¡Oh mortal criatura!
¿No siente a Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
aspira a Él tu alma con tristeza;
es que la majestad de la grandeza
el corazón inunda de ternura.

¡Oh tarde, tarde bella,
que vuelcas sobre el mundo el firmamento
en el fulgor de tu primer estrella!
Tú me templas el alma solitaria:
siento en tu seno una armonía, siento
como un ángel que llora...
¡Oh Dios, es la plegaria
con que en la tarde la Creación te adora!

NOTAS: ¹ Instrumento músico, consistente en una caja sonora con varias cuerdas, que sonaban al ser heridas por el aire en movimiento. — ² Este verbo, comúnmente intransitivo, tiene aquí significación transitiva, como si fuera: echa a rodar.

b) La victoria

¡Ah! no levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla,
ni el santo templo del Señor profanes
con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura,
las fieras todas aterradas callan...

¿Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah! ¡sólo el hombre, sobre el mundo impío,
en la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
¡márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que tu sangre viertes,
de mi trémula mano cae el arpa!

c) Los huérfanos

Cuando el estruendo del festín resuena
en torno de tu mesa regalada
y entre las ondas del quemado aroma

el rumor de los brindis se levanta,
¡acuérdate de aquéllos
que a los umbrales de la puerta llaman!

Cuando en el día de tus padres gires
en el salón de la revuelta danza
y dejes, al pasar, enternecido
el beso de tu amor sobre sus canas,
¡acuérdate de aquéllos
que sólo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
te arrulle con su música inspirada
y el lujo, y el fulgor, y la alegría
doblen el espectáculo que embarga,
¡acuérdate de aquéllos
que sólo al ¡ay! de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
contra tus muros la tormenta brama
mientras en lecho de mullida ropa
junto a los hijos de tu amor descansas,
¡acuérdate de aquéllos
que al sólo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
éntre por el cristal de tu ventana
a encender bajo el párpado que duerme
el fuego de la vida en tu mirada,
¡acuérdate de aquéllos
que no despiertan más en la mañana!

¡Ah!, piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma
y sobre el cielo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza.

ch) La propiedad

Ésta es mi propiedad, dijo el magnate,
y señaló un espacio de la tierra:
la costa de la mar es costa mía,
esa montaña es mi heredad paterna:

los pinos seculares de su falda,
el salvaje torrente que los riega,
todo es por siempre mío, todo es mío:
soy tu señor, aquí, Naturaleza...

Y el infinito tiempo de la vida
continuó imperturbable su carrera;
y el soberbio cadáver del magnate
alimentó al gusano de la tierra,

allí a los pies de la montaña enorme
que llamó un día su heredad paterna:
a la fúnebre sombra de los pinos,
y del inmenso mar en la ribera.

4. - Olegario Víctor Andrade

(1841-1882)

Entrerriano, contador público, periodista, secretario de Derqui, diputado nacional, fué llamado el Víctor Hugo americano, porque, en efecto, imitó al gran romántico francés, rivalizando muchas veces con él, así en las audaces ascensiones como en las deplorables caídas,

Para Andrade el arte fué dignidad de hierofante y apóstol: de ahí, el carácter docente, filosófico y batallador de su poesía de entonaciones épicas y brillantez deslumbradora de imágenes. Fué un vate excelso, pero más exterior que íntimo, y siempre enamorado de lo grandioso, hercúleo y apocalíptico. Sus defectos, que no son ciertamente pocos, nacen de



Olegario Víctor Andrade

la premura con que escribió y de su formación intelectual deficiente. Para contemplar su vuelo soberano léanse *El nido de cóndores*, *Prometeo*, *San Martín*, *Atlántida*, *La libertad y América*, *A Víctor Hugo*, etc. Pero no deja de verse su garra en temas apacibles como *La vuelta al hogar*, *El consejo maternal*, *El arpa perdida*, etc. M. y Pelayo considera a Andrade como "uno de los poetas de más grandilocuencia y más robusto acento que ha producido la América del Sur. Sus defectos son palmarios, y de ellos no cabe excusa. Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido a cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroco de la forma". Valera, por su parte, afirma: "No se puede negar que fué egregio poeta, por más que a veces le faltan el arte, la mesura, la nitidez y la elegancia. Andrade es uno de los más ilustres poetas que ha habido

en América, y valdría más que Olmedo o que Bello, y tanto como Quintana, si hubiese cursado humanidades y hubiese tenido más y mejores lecturas". Oyuela, comparándolo a un músico, lo ha considerado "un mal compositor, un intérprete distinguido y un ejecutante soberbio".

a) El nido de cóndores

I

En la negra tiniebla se destaca,
como un brazo extendido hacia el vacío
para imponer silencio a sus rumores,
un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea,
como la negra sangre de una herida
abierta en la pelea¹.

¡Todo es silencio en tono! Hasta las nubes
van pasando calladas,
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita, cual si fuera
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno,
parece que fermentan las borrascas,
y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
¡es que sueña con algo que lo agita
el viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
de encantadoras galas;
ni menos con la espuma del torrente
que humedeció sus alas!

¡No sueña con el valle, ni la sierra
que en la noche se inflama,
despeñando por riscos y quebradas
sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
que pasó en la mañana,
arrastrando en los campos del espacio
su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron a su vista,
holló muchos volcanes;
su plumaje mojaron y rizaron
torrantes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
su agitación extraña:
¡un recuerdo que bulle en la cabeza
del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,
vencedor inclemente,
trayendo los despojos palpitantes
en la garra potente,

bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera;
un niño y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
con acento vibrante:
"Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
de esta cumbre gigante".

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
lanzó ronco graznido,
y fué a posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche, y sorprendiólo el alba
con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
pasaban en tropel por su memoria,
recuerdos de otro tiempo de esplendores,
de otro tiempo de gloria,
en que era breve espacio a su ardimiento
la anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
iba en pos de la niebla fugitiva,
dando caza a las nubes en Oriente;
¡o con mirada altiva
en la garra pujante se apoyaba,
cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana — ¡involudable día! —
ya iba a soltar el vuelo soberano
para surcar la inmensidad sombría
y descender al llano,
a celebrar con ansia convulsiva
su sangriento festín de carne viva;

cúando sintió un rumor nunca escuchado
en las hondas gargantas de Occidente;
el rumor del torrente desatado,
¡la cólera rugiente
del volcán que en horrible paroxismo
se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
resonaron después. Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
¡y vibraron los bélicos clarines,
del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba,
cual las ondas del mar en sus linderos:
infantes y jinetes avanzaban
desnudos los aceros,
¡y atónita al sentirlos, la montaña
bajó la frente y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
¡donde más fuerte la tormenta ruja,
donde la onda bravía
más ruda azote el piélagos profundo,
van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino,
iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino
al león hispano asió de la melena³
¡y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, volvió del Ande
a la cresta más alta, repitiendo
con estridente grito: "¡Éste es el grande!"
Y San Martín, oyendo,
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo a su vez: "¡Mirad! ¡Ésa es mi gloria!"

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
cabalgando en las nubes y en los vientos,
lo halló la noche y sorprendió la aurora;
y a sus roncacos acentos,
tembló de espanto el español sereno
en los umbrales del hogar ajeno.

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea;
viento de tempestad llevó a su oído
rugidos de marea;
y descendió a la cumbre de una sierra,
la corva garra abierta, en són de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
bajaban los bizarros batallones,
y penachos, espadas y cimera,
cureñas y cañones,
como heridos de un vértigo tremendo,
en la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda
la enseña de los libres ondeaba,
acariciada por la brisa leda
que sus pliegues hinchaba:
¡y al fin, entre relámpagos de gloria,
vino a alzarla en sus brazos la victoria!⁴

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje;
y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fué esparciendo por sierras y por llanos
jirones de estandartes castellanos.

V

Desde entonces, jinete del vacío,
cabalgando en nublados y huracanes
en la cumbre, en el páramo sombrío,
tras hielos y volcanes,
fué siguiendo los vívidos fulgores,
de la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba
para verla pasar, y que en la lira
de bronce de sus olas entonaba,
como un grito de ira,
el himno con que rompe las cadenas
de su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú⁵, en Junín⁶ y hasta en aquella
noche de maldición, noche de duelo,
en que desapareció como una estrella
tras las nubes del cielo;
y al compás de sus lúgubres graznidos
fué sembrando el espanto en los dormidos⁷.

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo⁸;
el sol de libertad que aparecía
tras nublado profundo,
y envuelto en su magnífica vislumbre
tornó soberbio a la nativa cumbre.

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
en el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
con inquietud extraña;
y al beso de la luz del sol naciente,
volvió otra vez a sacudir las alas
y a perderse en las nubes del Oriente.

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?

b) La vuelta al hogar

Todo está como era entonces:
¡la casa, la calle, el río,
los árboles con sus hojas
y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado:
el horizonte es el mismo;
lo que dicen esas brisas
ya otras veces me lo han dicho.

Ondas, aves y murmullos
son mis viejos conocidos.
¡Confidentes del secreto
de mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
su cabellera en el río,
¡largas horas he pasado
a solas con mis delirios!

Las hojas de esas achiras
eran el toso abanico,
que refrescaba mi frente
y humedecía mis rizos.

Un viejo tronco de ceibo
me daba sombra y abrigo:
¡un ceibo que desgajaron
los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
de perfumados racimos,
lo adornaba con sus flores
de pétalos amarillos.

El ceibo estaba orgulloso
con su brillante atavío,
¡era un collar de topacios
ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
sus penas y sus delirios;
con sus suspiros, las hojas;
con sus murmullos, el río.

¡Qué triste estaba la tarde
la última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
sus más dulcísimos¹ himnos,
¡pobre zorzal que venía
a despedir a un amigo!

Era el cantor de las selvas,
la imagen de mi destino,
¡viajero de los espacios
siempre errante y fugitivo!

“¡Adiós!” parecían decirme
sus melancólicos trinos;
“¡Adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!”

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo, oscuro y sombrío;
los juncos y las achiras
se quejaban al oírlo.

Han pasado muchos años;
¡desde aquel día tristísimo

¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
los sagrados despojos
de aquel gran vencedor de vencedores,
a cuyo solo nombre se postraban
tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca,
batida por las ondas y los vientos,
allá, donde se queja la ribera
con amargo lamento,
porque sintió pasar planta extranjera
y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
portadora del héroe y de la gloria⁹,
cuando el mar patagón alce a su paso
los himnos de victoria,
volverá a saludarlo, como un día
en la cumbre del Ande,
para decir al mundo: ¡Este es el grande!

NOTAS: ¹ Se ha criticado esta comparación de la blanca venda con la negra sangre. — ² Pasaje de los Andes, por el ejército de San Martín en 23 de enero de 1817. — ³ Alusión al combate de San Lorenzo, a orillas del Paraná, en 3 de febrero de 1813. — ⁴ Batalla de Chacabuco, 12 de febrero de 1817. — ⁵ 15 de abril de 1818. — ⁶ 6 de agosto de 1824. — ⁷ Sorpresa de Cancha Rayada, 19 de marzo de 1818. — ⁸ En la victoria definitiva sobre los realistas, obtenida por Sucre en 9 de diciembre de 1824. — ⁹ El 28 de mayo de 1880 eran desembarcados en Buenos Aires los restos del general San Martín, que reposan hoy en soberbio mausoleo erigido en una de las capillas de la Iglesia Catedral Primada.

muchos sauces han tronchado
los huracanes bravíos!

Hoy vuelve el niño hecho hom-
no ya contento y tranquilo [bre,
¡con arrugas en la frente
y el cabello emblanquecido!

Aquella alma limpia y pura
como un raudal cristalino,
es una tumba que tiene
la lobreguez del abismo.

Aquel corazón tan noble,
tan ardoroso y activo,
¡que hallaba el mundo pequeño
a sus gigantes designios;

¡es hoy un hueco poblado
de sombras que no hacen ruido!
¡sombras de sueños, dispersas
como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces:
los sauces, el cielo, el río,
las olas, hojas de plata
del árbol del infinito.

Sólo el niño se ha vuelto hom-
y el hombre tanto ha sufrido, [bre,
¡que apenas trae en el alma
la soledad del vacío!

NOTA: ¹ Es éste un superlativo de superlativo, no recomendable ciertamente.

c) El ejército de los Andes (fragmento)

Del CANTO A SAN MARTIN

¡Ya están sobre las crestas de granito
fundidas por el rayo!

¡Ya tienen frente a frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto;
abajo, en las salvajes hondonadas,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!

¡Ya relincha el caballo de pelea,
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
¡El desierto sin límites doquiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules a lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta, argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigantes!

I. POESÍA GAUCHESCA

Dase este nombre a un género singular de la literatura argentina. Y adviértese que no es la poesía del gaucho auténtico o del famoso payador a quien la tradición atribuye caracteres de afinidad con el juglar hispano primitivo. Como éste, el payador es un cantor anónimo y ha visto perderse sus inspiraciones, confiadas sólo a la memoria de los oyentes.

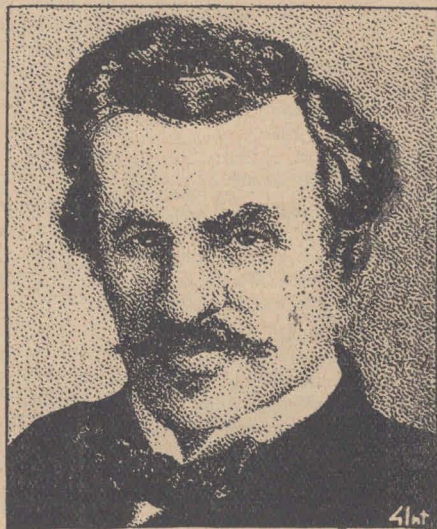
Lo que hoy se entiende por poesía gauchesca es creación de poetas más o menos cultos, que desarrollan temas de la vida del gaucho, tratando de remedar el estilo pintoresco de éste y su expresión sencilla y de sabor rústico y arcaico. Es trabajo realmente erudito de apartencia popular o vulgar. Las obras maestras de este género, ensayado por el mendocino Godoy, el uruguayo Hidalgo y el cordobés Ascasubi, pertenecen a Estanislao del Campo y a José Hernández.

1. - Hilario Ascasubi

(1807-1875)

*Natural de Fraile Muerto (Córdoba), después de ser tipógrafo, entró soldado y llegó a coronel. Como antirrosista, debió emigrar a Montevideo, de donde pasó a visitar varios países. Durante el gobierno de Mitre, desempeñó una misión en Francia. La pasión política dió actividad a su fecunda pluma de periodista y poeta. Esto se advierte sobre todo en *Paulino Lucero* contra Rosas, y en *Aniceto el Gallo* con que ataca a Urquiza. Pero su obra de mayor aliento fué *Santos Vega* o *Los mellizos de La Flor* (50), poema o novela gauchesca en verso, que ofrece algunos cuadros de intenso colorido local y episodios de vivo dramatismo, pero mediocre en el conjunto por su demasiada extensión, plan inseguro y ejecución deficiente. Muestra, sin embargo, hondo conocimiento del alma gaucha y maneja con rara destreza el habla pintoresca del paisanaje, expresada en romances, quintillas, décimas y redondillas ordinariamente. Para Cejador, tan prendado siempre de la musa humilde y espontánea*

del pueblo, Ascasubi es "el poeta más popular nacido en América y, en este



Hilario Ascasubi

sentido, el más grande de los poetas americanos": opinión ésta que pocos hoy comparten.

I

La tapera - Santos Vega el Payador - Rufo el curandero - El solazo - El miraje - El rabicano

Quando era al sur cosa extraña, por *ahi*¹ junto a la laguna que llaman de la Espadaña, poder encontrar alguna pulperia de campaña²:

como caso sucedido, y muy cierto de una vez³, cuenta un *flaire*⁴ cordobés en un proceso *imprimido*⁵, que, el día de san Andrés,

casualmente se toparon, al llegar a una tapera⁶, dos paisanos que se *apiaron*⁷ juntos, y desensillaron a la sombra de una higuera.

Porque un sol abrasador a esa hora se desplomaba, tal que la hacienda bramaba y *juyendo*⁸ del calor entre un fachinal⁹ estaba.

Ansí, la Pampa y el monte a la hora del mediodía un desierto parecía, pues de uno al otro horizonte ni un pajarito se *via*¹⁰.

Pues tan quemante era el viento que del naciente soplaba que al pasto verde tostaba, y en aquel *mesmo*¹¹ momento la higuera se deshojaba.

Y una ilusión singular de los vapores nacía; pues, talmente, parecía la inmensa llanura un mar que haciendo olas se mecía¹².

Y en aquella inundación ilusoria, se miraban los árboles que boyaban, allá medio en confusión con las lomas que asomaban.

Allí, pues, los dos paisanos por primera vez se vieron; y *ansí* que se conocieron, después de darse las manos, uno al ótro se ofrecieron¹³.

El más viejo se llamaba Santos Vega el payador, gaucho el más concertador, que en ese tiempo privaba de *escrebido* y de *letor*¹⁴,

el cual iba pelo a pelo¹⁵ en un potrillo *bragao*, flete¹⁶ lindo como un *dao*¹⁷ que apenas pisaba el suelo de livianito y *delgao*.

El ótro era un santiagueño llamado Rufo Tolosa, casado con una moza de las *caídas*¹⁸ del Taqueño¹⁰, muy cantora y muy donosa.

Rufo ese día montaba un redomón²⁰ entreterriano, muy coludo el rabicano²¹, y del cabestro llevaba otro rosillo orejano²².

Ello es que allí se juntaron de pura *casualidad*; pero, muy de *voluntá*, lo que²³ medio²⁴ se trataron, hicieron una *amistá*.

Conviniendo en que se *apiaban* por la calor *apuaos*, y en que *traiban*²⁵ *fatigaos* los pingos²⁶ como que estaban enteramente *sudaos*;

ansí es que desensillaron, y, a fin que²⁷ no se *asoliasen*²⁸ los fletes y se pasmasen, a la sombra los ataron para que se refrescasen.

Luego, al rasparle el sudor Santos Vega a su *bragao*, reparó que a su *costao* estaba en el *maniator*²⁹ el rabicano *enredao*.

Y al *dir*³⁰ a desenredarlo, cuando la marca le vió, tan fiero³¹ se sorprendió, que sin poder ocultarlo *ahi mesmo* se santiguó.

Tolosa luego también se asustó de Vega al verlo triste, y por entretenerlo, haciéndose como quien suponía conocerlo:

— ¿No es *usté* el amigo Orte-Tolosa le preguntó; [ga? y el viejo, *ansí* que le oyó:
— Nó, amigo; soy Santos Vega, su servidor, respondió.

A esta oferta el santiagueño se quitó el sombrero atento, y con todo acatamiento se le ofreció con empeño a servirlo al pensamiento.

Tal merece un payador *mentao*³² como Santos Vega, que, a cualquier pago que llega el parejero³³ mejor gaucho ninguno le niega.

De *ahi*³² Rufo picó tabaco y dos cigarros armó; que en apuros se encontró para armarlos, por que el naco³⁵ medio apenas³⁰ le alcanzó.

Largóle a Vega el primero, y, a los avios luego³⁷ echando mano, *ahi mesmo* sacó fuego en el yesquero con un solo golpecito.

El viejo, inmediatamente que su cigarro encendió, a Tolosa le largó un chifle³⁸ con aguardiente, y Rufo se le afirmó³⁰.

Luego, los dos a pitar⁴⁰ frente a frente se sentaron y, lo que⁴¹ se acomodaron al ponerse a platicar, de lo siguiente trataron.

NOTAS: ¹En el lenguaje criollo pronúnciese áhi con acento en la a. — ²Como se ve, usa Ascasubi en este canto la estrofa denominada quintilla. — ³De una vez: enteramente, del todo. — ⁴Metátesis de fraile. — ⁵Participio regular de *imprimir*, que usa más el vulgo por el irregular *impreso*. — ⁶Habitación campestre en ruinas y abandonada. — ⁷Se *apearon* de sus caballos. — ⁸Forma vulgar de *huyendo*, que testimonia el antiguo valor fonético de la h. — ⁹Figura en el Dicc. como argentinismo por estero o paraje anegado cubierto de juncos y hierbas. — ¹⁰Ejemplo de persistencia de formas arcaicas: *veía*. — ¹¹*Mesmo*. La Acad. lo hace derivar de *meismo*, y a éste, a su vez, del latín *met-ipsium*, por medio de la forma *metpsimum*, a saber: *me(t)i(p)s(i)mo* y luego, *me(i)smo* y *m(e)ismo*. — ¹²Se refiere al fenómeno del espejismo o "brillazón". — ¹³Protestaron estar dispuestos a ayudarse o servirse mutuamente. — ¹⁴Que sabe escribir y ha leído mucho: letrado. — ¹⁵*Pelo a pelo*: en un solo caballo. — ¹⁶Argentinismo aceptado por caballo ligero e incansable. — ¹⁷Sincopa vulgar de *dado*, lo mismo que sus consonantes de esta quintilla. — ¹⁸Pronúnciese *caídas*. — ¹⁹Nombre propio de un arroyo. — ²⁰Caballo no enteramente amansado. — ²¹O colica: de cerdas blancas en la cola. — ²²Sin marca en las orejas ni en otra parte. — ²³Lo que, argentinismo: cuando, no bien, apenas. — ²⁴*Medio*: medianamente, algo, un poco. — ²⁵Forma vulgar, más próxima a la latina correspondiente, *trahéant*, que la culta *traían*. — ²⁶Argentinismo no recogido por la Acad.: caballo de montar, especialmente el de hermosa estampa. — ²⁷A fin que, vulgar por a fin de que. — ²⁸Asoleasen. — ²⁹Es lo que el Dicc. llama *maniota* o *maneota*. — ³⁰Vulgarismo por prótesis de *ir*. — ³¹Argentinismo por tanto, tan grandemente, en tal grado. — ³²*Mentao*: celebrado, renombrado. — ³³Caballo veloz o de carrera.

— ³⁴ De ahí: luego, en seguida.
— ³⁵ Manajo de hojas de tabaco, andullo. — ³⁶ Medio apenas: con mucha dificultad. — ³⁷ Diminutivo familiar entre nosotros, máximo en el campo; igualmente, **mismo**. — ³⁸ Frasco de cuerno de buey. — ³⁹ Se prendió al chifle. — ⁴⁰ Americanismo por fumar. — ⁴¹ Lo que. V. nota de más arriba, 23.

X

La madrugada - La ramada - El sol naciente - Los gauchos recogedores - El rodeo - El benteveo

Venia *clariando*¹ el cielo la luz de la madrugada, y las gallinas al vuelo se dejaban *cair*² al suelo de encima de la ramada³.

Al tiempo que la naciente rosada aurora del día, *ansí* que su luz subía, la noche oscura al poniente tenebroso descendía.

Y como antorcha lejana de brillante reverbero, alumbrando el campo entero nacía con la mañana brillantísimo el lucero.

Viento blandito del Norte por Samborombón cruzaba sahumado, porque llegaba de Buenos Aires, la corte que entredormida⁴ dejaba.

Ya también las golondrinas, los cardenales y horneros, calandrias y carpinteros, cotorras y becasinas⁵ y mil loros barranqueros⁶,

los más alborotadores de aquella inmensa bandada, en la Espadaña⁷ rociada festejaban los albores de la nueva madrugada;

y cantando sin cesar todo el pago alborotaban, mientras los gansos nadaban con su grupo singular de gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia toda la pampa brotaba, al tiempo que coronaba los montes a la distancia un resplandor que encantaba;

luz brillante que allí asoma el sol antes de nacer; y entonces da gozo el ver los gauchos sobre la loma al *campiar*⁸ y recoger⁹;

y se *veían*¹⁰ alegrones por varios rumbos cantando,

y sus caballos saltando fogosos los albardones¹¹, al galope y *escarciendo*;

y entre los recogedores también sus perros se *rían*¹², que retozando corrían, festivos y ladradores, que a las vacas aturdíán.

Y embelesaba el *ganao* *lerdiando*¹³ para el rodeo¹⁴, como era un lindo recreo ver sobre un toro *plantao* *dir* cantando un *venteevo*,

en cuyo canto la fiera parece que se gozara, porque las orejas para mansita, cual si quisiera que el ave no se asustara...

NOTAS: ¹ Con valor de aclarar. — ² Por caer; pronúnciese con acento en la a. — ³ Especie de cobertizo hecho de ramas de árboles para sombra o abrigo. — ⁴ No se encuentra esta voz en el Dicc.: *adormitada*, *adornilada*, *soñolienta*. — ⁵ La Ac. en su "Diccionario Manual" la trae como galicismo usado en la Argentina, por *becada* o *chocha*, especie de ave zancuda. — ⁶ Especie de loros que anidan en las barrancas. — ⁷ Nombre de una laguna. — ⁸ Recorrer el campo. — ⁹ Reunir el ganado que andaba suelto. — ¹⁰ Pronúnciase *veían*. — ¹¹ Albardón: loma o faja de tierra que sobresale en las costas explayadas o entre lagunas. — ¹² Por *veían*. — ¹³ Argentinismo: caminando lentamente. — ¹⁴ Sitio en que se reúne la hacienda generalmente mayor; también el acto de reunirla.

XIII

La indiada - El malón

Siempre al ponerse en camino a dar un malón la indiada, se junta a la madrugada al redor de su adivino; quien el más feliz destino a todos les *asigura*¹, y los anima y apura a que marchen persuadidos de que no serán vencidos y harán la buena ventura².

Pero, al invadir la indiada se siente, porque a la *fija*³ del campo la *sabandija* *juye*⁴ adelante asustada, y envueltos en la *manguada*⁵ vienen perros cimarrones⁶, zorros, avestruces, *liones*, gamas, liebres y *venaos*, y cruzan *atribulaos* por entre las poblaciones.

Entonces los ovejeros⁷ *coliendo* bravos toreañ⁸,

y también revolotean gritando los teruteros; pero, eso sí, los primeros que anuncian la *noveda* con toda *seguridá*, cuando los indios avanzan, son los *chajases*⁹ que lanzan volando: ¡chajá! ¡chajá!

Y atrás de esas madrigueras que los salvajes espantan, campo *ajuera* se levantan, como nubes, polvaderas¹⁰ preñadas todas enteras de pampas *desmelenas*, que al trote largo *apuraos*, sobre sus potros tendidos, cargan pegando¹¹ alaridos, y en media luna¹² *formaos*.

Desnudos de cuerpo entero, traen sólo encima del lomo prendidos, o no sé cómo, sus quillapices¹³ de cuero, y unas tiras de plumero por las canillas y brazos; de ahí grandes cascabelazos¹⁴ del caballo en la testera; y se pintan de manera que horrorizan de fierazos¹⁵.

Y como ecos del infierno suenan roncas y confusas, entre un enjambre de chuzas¹⁶, rudas trompetas de cuerno; y luego atrás en lo externo, del arco que hace la indiada, viene la *mancarronada*¹⁷ cargando la *toldería*¹⁸, y también la *chinería*¹⁹ hasta de a tres enacada²⁰.

NOTAS: ¹ Vulgarismo, por *asegura*. — ² La estrofa de este canto es la *décima*. — ³ A la *fija*, argentinismo: de fijo, seguramente. — ⁴ Vulgarismo: *huye*. — ⁵ Acción de arrear o hacer entrar en la manga del corral. — ⁶ Silvestre, montaraz. — ⁷ Perros que cuidan de ovejas o cabras. — ⁸ Argentinismo, por *ladrán*, como cuando persiguen a las reses vacunas. — ⁹ El plural de "chajá", según las reglas, es *chajaes*. — ¹⁰ *Polvadera*, metátesis vulgar de *polvadera*. — ¹¹ Con acepción de *dar*, *profirir*, *exhalar*. — ¹² En semicírculo. — ¹³ Mantas de pieles de guanaco. La Ac.: *quillango*. — ¹⁴ Pleonismo: *grandes* y aumentativo de *cascabel*. — ¹⁵ *De fierazos*: por muy feos. — ¹⁶ Más usado, *chuzos*. — ¹⁷ Argentinismo: conjunto de *mancarrones*, o *matalones*. — ¹⁸ Arg.: *campamento* que forman los indios con sus toldos o cabañas de pieles y ramas. — ¹⁹ Arg.: conjunto de indios o mujeres de los indios, a las que suelen llamar *chinas*. — ²⁰ Amer.: montadas a las ancas de un solo animal.

2. Estanislao del Campo

(1834-1880)

Porteño, soldado, periodista, funciona-



Estanislao del Campo

rio público, diputado, escribió algunas obras cultas, que han quedado eclipsadas

1. De la PARTE II:

Relata Anastasio su llegada al teatro y el comienzo de la función

— Como a eso de la oración, aura¹ cuatro o cinco noches, vide² una fila de coches contra el tintero³ de Colón.

La gente en el corredor, como hacienda amontonada, pujaba desesperada por llegar al mostrador⁴.

Allí a juerza⁵ de sudar y a punta de hombro y de codo hice, amigazo, de modo que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada⁶ y di güelta⁷... ¡Cristo mío! estaba pior⁸ el gentío que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja que le había dao⁹ el mal... — Y si es chico ese corral, ¿a qué encierran tanta oveja?

— Ahí¹⁰ verá: por fin, cuñado, a juerza de arrempujón¹¹, salí como mancarrón¹², que lo sueltan trasijao¹³.

Mis botas nuevas quedaron lo propio que picadillo, y el fleco del calzoncillo hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñado, de toda esta desventura, el puñal de la cintura me lo habían refalao¹⁴.

— Algún gringo como luz para la uña ha de haber sido.

— ¡Y no haberlo yo sentido! En fin, ya le hice la cruz¹⁵.

Medio cansao y tristón por la pérdida dentré, y una escalera trepé de ciento y un escalón.

Llegué a un alto¹⁶, finalmente, ande va la paisanada¹⁷, que era la última camada en la estiba de la gente.

Ni bien me había sentao, rompió de golpe la banda, que detrás de una baranda la habían acomodao.

Y ya también se corrió un lienzo grande, de modo que a entrar con flete y todo me aventa¹⁸, creameló.

por las que compuso en estilo gauchesco y publicó con el seudónimo de Anastasio el Pollo. De éstas son notables *Gobierno Gaucho*, *Anastasio el Pollo* y, en primera línea, *el Fausto*. Lleva ventaja a los otros poetas gauchescos en la pericia técnica, en el hábil manejo del lenguaje vulgar y en el hondo sentimiento de la naturaleza.

Del FAUSTO

ARGUMENTO: Anastasio el Pollo relata pintorescamente en seis partes a su paisano del Bragao, don Laguna, lo que la otra noche vió asistiendo a la representación de la ópera "Fausto" de Gounod en el antiguo tintero de Colón, y que él ha tomado por la misma realidad: Ve al doctor Fausto, ya viejo, que vende su alma al diablo para que éste lo remoce y le consiga la mano de Margarita. Una caja de diamantes vence a esta pobre, sumida luego en amarguras y llevada a la cárcel como criminal. El capitán Valentín, hermano de Margarita, lucha con el diablo y muere. Éste va a la cárcel, donde la joven, al reconocer a Satanás, cae también muerta de espanto.

De "poema sencilla y totalmente admirable" califica Oyuela al "Fausto". "El poema — expresa a su vez Joaquín V. González — se desenvuelve en un diálogo sabroso, en el que cruzan, como nubes coloreadas por el iris, los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de color inagotables". Comienza en décimas y sigue en flúidas redondillas.

Atrás de aquel cortinao un doctor apareció, que, asigún oi decir yo, era un tal *Fausto* mentao...

El hombre allí renegó, tiró contra el suelo el gorro, y, por fin, en su socorro al mismo diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamo!... ¡Ahi mesmo, jediendo¹⁹ a misto, se apareció el *condenao!*

Hace bien: persinesé²⁰ que lo mesmito hice yo.

— ¿Y cómo no disparó?

— Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al diablo! Uñas de gato, flacón, un sable largote, gorro con pluma, capote, y una barba de chivato...

"Aquí estoy a su mandao, cuente con un servidor" le dijo el diablo al doctor, que estaba medio asonsao²¹.

"Mi doctor, no se me asuste, que yo lo vengo a servir: pida lo que ha de pedir y ordenemé lo que guste."

El dotór medio asustao
le contestó que se juese...

— Hizo bien: ¿no le parece?
— Dejuramente²², cuñado.

Pero el diablo comenzó
a alegar gastos de viaje,
y a medio darle coraje
hasta que lo engatusó.

— ¿No era un dotór muy pro-
¿Cómo se dejó engañar? [jundo?
— Mandinga es capaz de dar
diez güeltas a medio mundo...

A juerza de tanto hablar
se me ha secoo el garguero;
pase el frasco, compañero...
— ¡Pues no se lo he de pasar!

NOTAS: ¹ Ahora. — ² Vi. —
³ Ocupaba este teatro el lugar
del actual Banco de la Nación
en la plaza de Mayo. — ⁴ Así
llama a la taquilla o boletería. —
⁵ Fuerza. — ⁶ Entrada o billete.
— ⁷ Vuelta. — ⁸ Peor. — ⁹ Vul-
gariamo que se repite mucho,
por supresión de la d: **dado**. — ¹⁰
Ahi. — ¹¹ Empujones. — ¹² Es
el **matalón** que dice la Acade-
mia. — ¹³ Trajado, muy flaco.
— ¹⁴ Por resbalado, y en el sen-
tido de **sustraido con todo disi-
mulo, escamoteado**. — ¹⁵ Ya le
hice la **cruz**: ya lo di por perdi-
do. — ¹⁶ El **paraíso** de los tea-
tros o **gallinero**. — ¹⁷ Paisanaje,
conjunto de paisanos. — ¹⁸ Me
aventa: me impele como viento
impetuoso. En habla culta es
avienta. — ¹⁹ Hediendo. — ²⁰
Persinesé: persígnese, esto es,
sígnese y santígñese como para
alejar un grave peligro. — ²¹
Atontado. — ²² Dejuramente: de
juro, ciertamente, seguramente.

2. Fragmentos de la PARTE III:

a) Descripción del mar

— Vea los pingos¹...
— ¡Ah hijitos!
son dos fletes² soberanos.
— ¡Como si fueran hermanos,
bebiendo la agua juntitos!
— ¿Sabe que es linda la mar?
— ¡La viera de mañanita
cuando a gatas³ la puntita
del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora
roncando la marejada,
y ve en la espuma encrespada
los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca,
y con la vela al solcito⁴,
se ve cruzar un barquito
como una paloma blanca.

Ótras, usté ve, patente,
venir boyando un islote,
y es que trai a un camalote
cabrestiendo la corriente⁵.

Y con un campo quebrao
bien se puede comparar,
cuando el lomo empieza a hinchar
el río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
a la playa a gatas vienen,
y allí en lamber⁶ se entretienen
las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha bajao,
cair volando al desplayao⁷
gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino
mirar las olas quebrarse,
como al fin viene a estrellarse
el hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
cuando, barrosa y bramando,
sierras de agua viene alzando
embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
se amostrase⁸ retobao⁹,
al mirar tanto pecao
como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
cuando el Señor la serena,
sobre ancha cama de arena
obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando
a flor de agua algún pecao:
van, como plata, cuñado,
las escamas relumbrando...

NOTAS: ¹ Los pingos (argen-
tinismo por **caballos briosos**)
son el **overo rosao** y el **colorao**
que están fraternizando mien-
tras sus amos dialogan. — ² **Fle-
te**: argentinismo por **caballo ve-
loz**. — ³ Apenas. — ⁴ Diminutivo
vulgar de sol. — ⁵ Caso de hi-
pérbaton: **La corriente trae a un
camalote cabrestando**. El **ca-
malote** sigue como llevado de un
cabestro por la corriente: metá-
fora y prosopopeya. — ⁶ Vulga-
rismo por **lamer**. — ⁷ Playa de
un río grande (L. Segovia). —
⁸ Anticuado por **mostrase**. —
⁹ Enfurrñado, malhumorado, irri-
tado, retraído.

b) La madrugada

Ya la luna se escondía,
y el lucero se apagaba,
y ya también comenzaba
a venir clariando el día.

¿No ha visto usté de un yesque-
loca una chispa salir, [ro
como dos varas seguir,
y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñado,
caminaban las estrellas
a morir, sin quedar de ellas
ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
como sahumero venía,
y alegre ya se ponía
el ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos
gotas de cristal brillaban,
y al suelo se descolgaban
cantando los pajaritos.

Y era, amigazo, un contento
ver los junquillos doblarse,
y los claveles cimbrarse
al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
el botón de alguna rosa,
venir una mariposa
y comenzarla a chupar.

Y si se pudiera el cielo
con un pingo comparar,
tamién¹ podría afirmar
que estaba mudando el pelo².

NOTA: ¹ También. — ² Compá-
rese esta descripción con la ma-
drugada de Ascasubi, pág. 31.

3. De la PARTE V:

Anochecer

El Sol ya se iba poniendo¹,
la claridad se ahuyentaba,
y la noche se acercaba
su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
una por una salían,
y los montes parecían
batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
en el corral prisioneras,
y ya las aves caseras
sobre el alero ganaban².

El toque de la oración
triste los aires rompía,
y entre sombras se movía
el crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
de silenciosa laguna,
al asomarse la Luna
se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido,
en las hojas *trompezaban*
los pájaros que volaban
a guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillante
la hoja de la higuera estaba,
y la lechuza pasaba
de trecho en trecho chillando.

NOTAS: ¹ Habla Anastasio el
Pollo, exponiendo el triste fin
del capitán. — ² Se refugiaban
o acogían.

3. - José Hernández

(1834-1896)

Natural de San Martín (Prov. de B. Aires), hacendado, soldado, periodista, político federal, ministro de Hacienda en Corrientes, emigrado político, diputado



José Hernández

bonaerense, a ninguno de estos títulos debe su celebridad, sino al de autor del Martín Fierro. Acaso no haya en las letras de América otra producción más singular que ésta, cumbre del género gauchesco. Es un poema épico-lírico, de traza autobiográfica e intención doctri-

Del MARTÍN FIERRO
(Fragmentos)

1. Presentación, invocación y proposición

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela¹,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del Cielo,
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento,
que voy a contar mi historia,
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento...

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar

y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima²,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona³.

Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ajeno;
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar,
salgan ótros a cantar
y veremos quién es menos...

Soy gauchó, y entiendanlo
como mi lengua lo esplica:
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor;

naría, con que se erige el poeta en amigo y protector del gaucho perseguido. "El soplo de la pampa argentina — afirma M. y Pelayo — corre por sus desgredados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva..." Su conjunto es — como Oyuela ha escrito — "una patética narración realista, llena de verdad y de dolor humano, y representativa de un estado y de una clase social en el período de su definitiva declinación. De ahí, su carácter grave y trágico y la emoción superior que de sus páginas se desprende".

El poema consta de dos partes: El gaucho Martín Fierro (72) en 13 breves cantos, y La vuelta de Martín Fierro (79) en otros 33. Los versos suman un total de 7210, todos octosílabos menos 12 de dos seguidillas; las estrofas más usadas son las sextillas de combinación original y algo variada; hay también redondillas, varias especies de otras cuartetas y algunas octavillas italianas y romances. La versificación presenta frecuentes imperfecciones, acaso intencionales para dar a la obra más apariencia de gauchismo. Entre los defectos se anotan la demasiada insistencia y visibilidad del empeño de reforma social, alguna generalización injustificada y falta de igualdad en el empleo del habla agauchada.*

* Para el texto y notas aclarativas de los fragmentos siguientes se han tenido principalmente en cuenta los eruditos estudios, sobre el poema, de D. Eleuterio F. Tiscornia y de D. Santiago M. Lugones. Muy recomendable es la edición escolar reciente preparada con felicidad por Nice Lotus y realizada por la Editorial "Apis" de Rosario de Santa Fe.

ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje⁴
en el fondo de la mar,
naides me puede quitar
aquello que Dios me dió;
lo que al mundo truje⁵ yo,
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo
andé hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto⁶ el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas;
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama;

yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleo ni mato
sinó por necesidad
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido...

NOTAS: ¹ Forma vulgar de vihuela, por guitarra. — ² Como a las ovejas cuando las marcan en la yerra. — ³ La Academia sólo registra **bordón**, cuerda gruesa que hace el bajo en los instrumentos. — ⁴ Pez. — ⁵ Voz arcaica por traje. — ⁶ Algunas ediciones ponen: **remuento**.

2. Dichas del pago

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía,
y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero
brillaba en el cielo santo,
y los gallos con su canto
nos decían que el día llegaba,
a la cocina rumbiaba¹
el gaucho, que era un encanto...

Y apenas la madrugada
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Éste se ata las espuelas,
se sale el ótro cantando,
uno busca un pellón blando,
éste un lazo, ótro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman dende el palenque.

El que era pión domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal,
bufidos que se las pela²...
y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
en cuanto el potro enriénd³,
los cueros⁴ le acomodó
y se le sentó en seguida;
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dió.

Y en las playas⁵ corcobiando
pedazos se hacía el sotreta⁶,
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas⁷,
y al ruido de las caronas
salía haciéndose gambetas.

¡Ah, tiempos! ¡Si era un orgu-
ver jineter un paisano! — [llo
Cuando era gaucho baquiano
aunque el potro se bolias⁸,
no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban únos,
ótros al campo salían
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban⁹,
y así sin sentir pasaban
entretenedos el día.

Y verlos al cáir la noche
en la cocina riunidos,
con el juego bien prendido
y mil cosas que contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar...

Ricuerdo... ¡Qué maravilla!
cómo andaba la gauchada¹⁰,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo...
pero al presente... ¡barajo!
no se la ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo¹¹;
no le faltaba un consuelo¹²
y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista,
sólo vía hacienda y cielo.

Quando llegaban las yerras,
¡cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador¹³
y tironiador sin yel¹⁴.
¡Ah, tiempo!... pero si en él
se ha visto tanto primor...

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción¹⁵;
y después de un güen tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana¹⁶
vivía bajo la carreta,
y aquél que no era chancleta
en cuanto el goyete¹⁷ vía,
sin miedo se le prendía
como güérfano a la teta...

Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada¹⁸,
mazamorra bien pisada,
los pasteles y el güen vino...
pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá.
Pero aura... ¡barbaridá!
la cosa anda tan fruncida¹⁹,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá...

NOTAS: ¹ Hacia rumbo; rumbeaba es argentinismo ya aceptado. — ² Ande estaba el animal (dando) bufidos... — ³ De enriendar o enrender, equivalente a embridar, poner riendas. La Ac. trae arrender, atar por las riendas una caballería. — ⁴ Cueros: apero. — ⁵ Lugar llano y libre. — ⁶ Caballo inútil. — ⁷ Jugarle las lloronas es hincarle las espuelas. — ⁸ Boliarse es "alzarse el potro sobre las patas traseras y tirarse de lomo para aplastar al jinete" (S. M. Lugones). — ⁹ Repuntar: dirigir el ganado hacia cierto lugar. — ¹⁰ Aquí, gauchaje, conjunto de gauchos. — ¹¹ De un pelo: de un solo color. — ¹² Algún dinero para vicios. — ¹³ Diestro en echar el pial para enlazar al animal por las patas. — ¹⁴ Sin yel: sin hiel, animoso. — ¹⁵ Junción: función, diversión. — ¹⁶ Mamajuana: damajuana. — ¹⁷ Goyete: gollete, cuello de la botella. — ¹⁸ Guiso de carne desmenuzada, que se mezcla con zapallo y, a veces, choclo, arroz, papas, etc. — ¹⁹ Reducida, encogida.

En los cantos III, IV, V y VI refiere como lo mandan a la frontera contra la indiada y lo someten a tantos malos tratos e injusticias que, aprovechando una ocasión, huye.

3. Vuelve a su pago y se hace gaucho matrero (del Canto VI)

Volvía al cabo de tres años
de tanto sufrir al ñudo¹,
resertor², pobre y desnudo
a procurar suerte nueva,
y lo mesmo que el peludo
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho
¡sólo estaba la tapera³!
¡Por Cristo, si aquello era
pa enlutar el corazón!
¡Yo juré en esa ocasión
ser más malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mesmo
cuando así padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
como una mujer largué.
¡Ay, mi Dios, si me quedé,
más triste que Jueves Santo!

Sólo se oiban⁴ los aullidos
de un gato que se salvó;
el pobre se guareció

cerca, en una vizcachera; venía como si supiera que estaba de güelta yo...

Recuerda emocionado a sus hijos y a su mujer.

¡Tal vez no te vuelva a ver, prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
ya que no me la dió a mí;
y a mis hijos dende aquí
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna⁶
andarán por ahí sin madre;
ya se quedaron sin padre,
y así la suerte los deja,
sin naides que los proteja
y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
no tengan ande ábrigar,se,
ni ramada⁶ ande ganarse⁷,
ni rincón ande meterse,
ni camisa que ponerse,
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
sin tenerles compasión.
Puede que alguna ocasión,
aunque los vean tiritando,
los echen de algún fogón
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina⁸ espantaos,
como se espanta a los perros,
irán los hijos de Fierro
con la cola entre las piernas,
a buscar almas más tiernas
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
voy a pedir mi bolada⁹;
a naides le debo nada;
ni pido cuartel ni doy;
y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada¹⁰.

Yo he sido manso, primero,
y seré gauchero matrero¹¹
en mi triste circunstancia,
aunque es mi mal tan profundo;
nací, y me he criado en estancia,
pero ya conozco el mundo.

Yo le conozco sus mañas,
le conozco sus cucañas¹²,
sé cómo hacen la partida,
la enriedan y la manejan.
Deshaceré la madeja
aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o si nó, apretesé el gorro¹³
o para otra tierra emigre;
pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros...

NOTAS: ¹ Al ñudo: en vano, inútilmente. — ² Desertor. — ³ Ruinas o restos de habitación abandonada. — ⁴ Ojan. — ⁵ Inclusa, casa de expositos. — ⁶ Tinglado rústico, consistente en un techo de ramas sobre palos u horcones. — ⁷ Ganarse: refugiarse, acogerse. — ⁸ Así. — ⁹ Bolada: parte, derecho de participación en algo. — ¹⁰ Armada es la lazada corrediza que se arroja a la cabeza del animal. Llevarlo a uno en la armada es dominarlo, arrastrarlo. — ¹¹ Fugitivo, rebelde. — ¹² Malas artes. — ¹³ Apretarse el gorro: huir.

Y empieza su vida de gauchero matrero, dándose a la bebida, a la pendencia y al crimen. Un día, sorprendido por una partida de milicianos, les hace frente con valor; pero, después de haber despachado a varios, está ya a punto de sucumbir, cuando de pronto se ve socorrido por Cruz, otro gauchero matrero, y ambos ponen en fuga a la policía. Hácense los dos, íntimos amigos, se cuentan sus peripecias y deciden marcharse a tierra de indios para evitar nuevas persecuciones. Y así termina la parte primera:

4. Conclusión de la Primera Parte (Canto XII)

En este punto el cantor buscó un porrón pa consuelo, echó un trago como un cielo, dando fin a su argumento; y de un golpe el instrumento lo hizo astillas contra el suelo.

"Ruempo, — dijo, — la guita pa no volverme a tentar; [rra, ninguno la ha de tocar, por seguro tengánlo. Pues naides ha de cantar cuando este gauchero cantó."

Y daré fin a mis coplas con aire de relación; nunca falta un preguntón más curioso que mujer, y tal vez quiera saber cómo jué la conclusión.

Cruz y Fierro de una estancia una tropilla se arriaron; por delante se la echaron como criollos entendidos, y pronto, sin ser sentidos, por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasado, una madrugada clara, le dijo Cruz que mirara las últimas poblaciones, y a Fierro dos lagrimones le rodaron por la cara¹.

Y siguiendo el fiel del rumbo se entraron en el desierto. No sé si los habrán muerto en alguna correría, pero espero que algún día sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias mi relación acabé; por ser ciertas las conté todas las desgracias dichas. Es un telar de desdichas cada gauchero que usté ve.

Pero ponga su esperanza en el Dios que lo formó, y aquí me despido yo, que he relatao a mi modo, *males que conocen todos pero que naides cantó*.

NOTA: ¹ Instintivamente recuerda uno aquí los versos iniciales del "Mío Cid", que presentan al héroe llorando, al contemplar la tierra de Vivar, por última vez antes del destierro.

De LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

Se abre con esta sextilla:

Atención pido al silencio
y silencio a la atención,
que voy en esta ocasión,
si me ayuda la memoria,
a mostrarles que a mi historia
le faltaba lo mejor.

En los 33 cantos de esta parte se refieren la llegada de Fierro y Cruz a la toldearía de los pampas, su vida y penalidades entre ellos, un malón con las fiestas que le siguen, la muerte de Cruz en una epidemia, la lucha de Martín con un indio en defensa de una cautiva y la vuelta con ésta a tierra de cristianos. Allí encuentra Fierro a sus dos hijos, que le narran sus peripecias. Cuenta el menor su vida con el Viejo Vizcachá, que le da los famosos consejos. Encuéntrase también con Picardía, hijo de Cruz. Canta de contrapunto con un negro; pero cuando éste se manifiesta hermano de una de las antiguas víctimas de Fierro y pretende vengarse, el gauchero, que ha resuelto no pelear más, se retira con sus hijos y Picardía. Y cuando tienen que separarse de nuevo para ganarse la vida, Martín Fierro les da unos muy sabios consejos.

Después a los cuatro vientos los cuatro se dirigieron.

1. Muere Cruz, víctima de su abnegación en asistir a un indio apestado (del Canto VI)

Iba creciendo la plaga y la mortandá seguía...

El recuerdo me atormenta, se renueva mi pesar; me dan ganas de llorar. Nada a mis penas igualo; Cruz también cayó muy malo ya para no levantar.

Todos pueden figurarse cuánto tuve que sufrir; ya no hacía sino gemir, y aumentaba mi aflicción ¡no saber una oración pa ayudarlo a bien morir !!

Se le pasmó la virgüela, y el pobre estaba en un grito; me recomendó su hijo que en su pago había dejao: "Ha quedao abandonao, — me dijo, — aquel pobrecito".

"Si vuelve, busquemel — me repetía a media voz —; "en el mundo éramos dos, "pues éf ya no tiene madre: "que sepa el fin de su padre "y encomiende mi alma a Dios".

Lo apretaba contra el pecho dominao por el dolor, era su pena mayor el morir allá, entre infieles; sufriendo dolores crueles entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lao yo lo encomendé a Jesús. Faltó a mis ojos la luz, tuve un terrible desmayo; cái como herido del rayo cuando lo vi muerto a Cruz.

NOTAS: ¹ Este y otros innumerables pasajes del poema demuestran el hondo arraigo del sentimiento religioso en nuestros criollos: a éstos se trasmítia una de las más firmes características de la raza.

2. El hijo menor de Martín Fierro habla de su tutor, el Viejo Vizcacha (del Canto XIV)

Me llevó consigo un viejo que pronto mostró la hilacha; dejaba ver por la facha que era medio cimarrón¹,

muy renegao, muy ladrón, y le llamaban Vizcacha...

Andaba rodiao de perros que eran todo su placer; jamás dejó de tener menos de media docena; mataba vacas ajenas para darles de comer...

Cuando el juez me lo nombró al darme lo de tutor, me dijo que era un señor el que me debía cuidar, enseñarme a trabajar y darme la educación.

¡Pero qué había de aprender al lao de ese viejo paco², que vivía como el chuncaco³ en los baños, como el tero; un haragán, un ratero y más chillón que varraco⁴!

Tampoco tenía más bienes ni propiedad conocida que una carreta podrida y las paredes sin techo de un rancho medio deshecho que le servía de guarida.

Después de las trasnochadas allí venía a descansar, yo desiaba aviriguar lo que tuviera escondido, pero nunca había podido, pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas que habían sido más peludas, y con mis carnes desnudas, el viejo, que era una fiera, me echaba a dormir ajuera con unas heladas crudas...

NOTAS: ¹ Cimarrón: montaraz, indómito, alzado. — ² Paco, según E. F. Tiscornia, es falso. — ³ Chuncaco o choncaco: especie de sangüíjuela de pantanos. — ⁴ Verraco, cerdo.

3. Consejos del Viejo Vizcacha (Canto XV)

Me parece que lo veo con su poncho calamaco¹. Después de echar un buen taco así principiaba a hablar: "Jamás llegués a parar adonde veás perros flacos.

"El primer cuidao del hombre es defender el pellejo; lleváte de mi consejo, fijáte bien en lo que hablo:

el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo.

"Hacéte amigo del juez, no le déis de qué quejarse, y cuando quiera enojarse vos te debés encoger, pues siempre es güeno tener pallenque ande ir a rascarse.

"Nunca le llevés la contra porque él manda la gavilla; allí, sentado en su silla ningún güey le sale bravo; a uno le da con el clavo y a ótro con la cantramilla³.

"El hombre, hasta el más soberbio, con más espinas que un tala, aflueja andando en la mala, y es blando como manteca; hasta la hacienda baguala cái al jagüel⁴ con la seca"...

Y menudiando los tragos aquel viejo, como cerro, "No olvidés, — me decía, — Fiebre el hombre no debe creer, [tro, en lágrimas de mujer ni en la lenguera del perro.

"No te debés afligir aunque el mundo se desplome; lo que más precisa el hombre tener, según yo discurro, es la memoria del burro, que nunca olvida ande come.

"Dejá que caliente el horno el dueño del amasijo; lo que es yo, nunca me aflijo y a todito me hago el sordo; el cerdo vive tan gordo y se come hasta los hijos.

"El zorro que ya es corrido dende lejos la⁵ olfatea; no se apure quien desea hacer lo que le aproveche: la vaca que más rumea⁶ es la que da mejor leche.

"El que gana su comida güeno es que en silencio coma: ansina vos ni por broma querás llamar la atención: nunca escapa el cimarrón si dispara por la loma.

"Yo voy donde me conviene y jamás me descarrío; lleváte el ejemplo mío y llenarás la barriga; aprendé de las hormigas: no van a un noque vacío⁷.

"A naides tengás envidia; es muy triste el envidiar; cuando veás a ótro ganar, a estorbarlo no te metas:

cada lechón en su teta,
es el modo de mamar.

"Ansí se alimentan muchos
mientras los pobres lo pagan;
como el cordero hay quien lo haga
en la puntitz, no niego;
pero ótros, como el borrego,
todo entera se la tragan..."

Y gangoso con la tranca⁸
me solía decir: "Potrillo,
recién te apunta el cormillo,
mas te lo dice un toruno:
no déjés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo⁹."

"Las armas son necesarias,
pero naides sabe cuándo:
ansina si andás pasando,
y de noche, sobre todo,
debés llevarlo de modo
que al salir, salga cortando.

"Los que no saben guardar¹⁰
son pobres aunque trabajen;
nunca por más que se atajen
se librarán del cimbrón¹¹;
al que nace barrigón
es al ñudo que lo fajen.

"Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro;
cuando una tristeza encuentro
tomo un trago pa alegrarme,
a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro.

"Vos sos pollo y te convienen
toditas estas razones;
mis consejos y lecciones
no echés nunca en el olvido:
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones¹²".

Con estos consejos y ótros
que yo en mi memoria encierro

y que aquí no desentierro,
educandomé seguía
hasta que al fin se dormía
mesturao¹³ entre los perros.

NOTAS: ¹ Calamaco: de mala calidad, corto y áspero. — ² Tanco: trago de aguardiente u otra bebida alcohólica. — ³ Palito unido a la picana larga con que se aguijaba a los bueyes de la yunta intermedia. — ⁴ Represa para conservar el agua llovediza. — ⁵ La trampa que le han preparado. — ⁶ Rumia. — ⁷ Noque: sacco colgante de cuero para diversos usos, guardar fruta, leche, herramientas de las carretas, etc. — ⁸ Borrachera. — ⁹ Te llegue a desarmar. — ¹⁰ Ahorrar. — ¹¹ Cimbreo, sacudida o golpe de algo elástico. — ¹² Puyón por puón, aumentativo de púa. Alude a las que ponían a los gallos de riña. — ¹³ Mezclado.

III. PRODUCCIÓN ECLÉCTICA Y MODERNA

A. POETAS

1. - Ventura de la Vega

(1807-1865)

Argentino, discípulo de Lista y Hermosilla, político, miliciano, académico,



Ventura de la Vega

maestro de Isabel II, director del Teatro Español y del Conservatorio de Música y Declamación, sobresalió como drama-

turgo con *El hombre de mundo* (45), *La muerte de César* (62) y ótras como 80 piezas. Sus joyas líricas son el *Canto de la Esposa*, *Imitación de los salmos*, *Orillas del Pusa*, *La agitación*, etc. Fué, además, épico de recia fibra. La musa de D. Ventura se señala por su gusto exquisito, atildamiento, corrección, naturalidad, tersura, pericia técnica admirable, extraordinario talento de ejecución y perfección sostenida; pero le falta intensidad de vida y de sentir, y su personalidad lírica no se perfila con mucho vigor. Hay en él más reflexión y estudio que nó alma. Tuvo, cual Moratín, la perfección negativa o ausencia de defectos. Menéndez y Pelayo* afirma: "El sufragio de la crítica puede decirse unánime en tenerle por el más correcto, atildado y pulcro, por el más académico, en suma, de todos los artistas literarios de la generación a que perteneció. Su verdadera gloria está en la poesía dramática..." Y el P. Francisco Blanco García**: "Sin dar a Vega una importancia desmedida como poeta lírico, bien se puede afirmar de él que eligió no poco de lo que tenían de aceptable las dos tendencias clásica y romántica, sobre todo de la primera. No alcanza ni la impetuosidad de Zorrilla, ni la ternura de Enrique Gil, ni la virilidad de Espronceda y Tassara; pero supo declinar, en cambio, sus descarrios y exageraciones".

* "Historia de la poesía hispanoamericana".

** "La literatura española en el siglo XIX".

a) Orillas del Pusa

¡Qué calor!... Sudando llevo,
por la empinada montaña
resbalando,
a este valle que en sosiego
tu corriente, oh Pusa¹, baña
susurrando.

Déjame un rato olvidar
en tus orillas mis penas,
y el sediento
labio en tus ondas mojar,
y en tus húmedas arenas
dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
monte al Tajo, en raudal giro
se derrumba,
tan humilde que sentado
desde aquí su cuna miro
y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
tu breve curso no iguale;
corre ledo;
y que nunca el cortesano
en la carta² te señale
con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano
donde los cerros evite
de la vida;
y allí del mundo lejano
tu breve carrera imite
y escondida.

Ese Tajo caudaloso
en cuyo profundo seno
vas a morir,
ya con puente ponderoso
su terso raudal sereno
siente oprimir.

Ya la artificiosa presa³
su rápido curso estorba;
ya descendiendo
ruin batel que se empavesa,
y su cristal con la corva
quilla hiende.

Su destino es envidiar,
o de tu curso süave
la paz suma,
o el alto poder del mar
que puede tragar la nave
que lo abruma.

¡Pobre Pusa!... Si insolente
por esos tendidos llanos
te lanzaras,
en tu cristal inocente
¡cuántos siervos y tiranos
retrataras!

De aquel trance malhadado
de las armas españolas
fué testigo
Guadalete ensangrentado,
y abrió tumba entre sus olas
a Rodrigo⁴.

Berecina⁵ el lauro honroso
que cuatro lustros tejieron
hondo tragó,
y el poder de aquel coloso,
que los hombres no vencieron,
allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,
tu dichoso apartamiento
le procura
contra el ardor del estío
al peregrino sediento
agua pura;

y al pastor que a tu campiña
desde ese monte descendiendo,
y al rebaño,
que a tus márgenes se apiña,
y al can que el redil defiende
fresco baño;

y hoy a mi cuerpo cansado,
contra el sol que ardiente pica
blandito solaz.
¡Pusa, adiós!... Corre ignorado,
y los quintos⁶ de Malpica⁷
fecunda en paz⁸.

NOTAS: ¹Afluente del río Tajo al O. de Toledo. — ²En el mapa. — ³Dique o tajamar. — ⁴Último rey goda vencido por los moros invasores de España. — ⁵Río de Rusia, afluente del Dniéper, en cuyas aguas heladas vió Napoleón perecer una enorme cantidad de sus soldados. — ⁶Porciones de tierras labrantías. En algunas ediciones se lee *quintas*. — ⁷Queda en el ángulo que forman el Tajo y el Pusa al encontrarse. — ⁸Obsérvese que los versos de pie quebrado, agudos como éste, tienen una sílaba más que los graves, como fresco baño.

b) Recuerdo de la patria¹

La madre España en su seno
me dió acogida amorosa:

suyo fuí; mas siempre yo
recordé con noble orgullo
que allá mi cuna al arrullo
de las auras se meció.

Mientras rencor fratricida
ardió en uno y otro bando,
mis lágrimas devorando,
calló mi musa afligida.

Hoy que a coyunda tirana
suceden fraternos lazos,
y España tiende los brazos
a la América su hermana;

bañado en júbilo santo,
yo, americano español,
a la clara luz del sol
la unión venturosa canto.

Vén, inspiración divina,
que ya a mi laúd sonoro
añado una cuerda de oro
para la gloria argentina.

NOTA: ¹En 1857 escribió en un álbum estas redondillas, que demuestran que no había olvidado a su tierra nativa, a pesar de que jamás volvió a ella desde los once años.

c) La muerte de César

ACTO I

EN EL PALACIO DE CÉSAR

ESCENA I. - CÉSAR, MARCO ANTONIO

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO: César, perdona si importuno Antonio
a interrumpir se atreve tus tareas.
Deja un instante de pensar en Roma,
y en tí, y en mí, y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota¹ de Farsalia²:
desoyendo mi voto, tu clemencia
concediera la vida a los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿a qué te empeñas

en colmarlos de honores y mercedes?
Bruto es pretor de Roma: esa caterva
de senadores, que siguió a Pompeyo,
a Roma traes, y en el Senado sientas.
Cimbro, Casio, y Marcelo, y Flavo, y Cina,
tus contrarios ayer, con insolencia,
aquí, a tu vista, en tu palacio mismo,
tan soberbios y altivos se presentan,
que a veces dudo si en Tesalia acaso
yo a Pompeyo seguí, y ellos a César.
Esa bondad, en vez de cautivarlos,
su orgullo irrita y su osadía alienta.
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo³
se alza segunda vez; ya que de Persia
Cecilio Baso con crecida hueste
rápido avanza y al Eufrates llega.
El locuaz Cicerón con desenfado

tus edictos en público comenta,
luciendo epigramáticos donaires,
que en daño tuyo repetidos vuelan.
César, vuelve en tu acuerdo, por ti mira:
la confianza hasta el exceso llevas.
Déjame del poder, que entero abarcas,
lo que baste a velar en tu defensa,
a descubrir y castigar traidores.
No más reclamo; mi ambición es ésa.
Al Dictador el Cónsul se lo pide:
al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR: Antonio, me distraes.

(Dictando.) "Volver a Roma

"pueden en libertad, cuantos la enseña
"de Pompeyo siguieron".

(A Antonio.) ¿Perdurables
los odios han de ser? Hasta las huellas
quiere borrar de las pasadas luchas.
El que en la cumbre del poder se venga,
o de su propia fuerza desconfía,
o no ha nacido para tal grandeza.
No me hables de venganzas.

(Dictando.) "Una vía
"abrir, que rompa la agria cordillera
"del Apenino, y desde el Tíber cruce
"al Adriático mar. — Roma decreta
"unir los mares Jónico y Egeo,
"cortando el istmo de Corinto. — Guerra
"declara Roma al Parto".

ANTONIO: ¡Eso me agrada!

CÉSAR: (Dictando.) "El Dictador coronará la empre-
"al frente de las águilas romanas". [sa
(Dirigiéndose a Marco Antonio y dándole
la mano.)

Tú me acompañarás. El ocio enerva,
querido Antonio, tus antiguos bríos.
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO: ¡Tímido yo! Convoca las legiones:
llévame pronto a la marcial pelea:
dame que en franca lid, en campo abierto,
llenando el aire bélicas trompetas,
sobre mí solo rehilando¹ caigan
nubes de dardos que mis ojos vean...

Morir quiero en la lid; no asesinado,
como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR: ¿Qué le importa morir en un banquete
al que tanto un banquete le recrea?
Entre todas las muertes, cato Antonio,
prefiero yo la inesperada.

NOTAS: ¹ Lo mismo que derrota. — ² Lugar de
Tesalia, donde César venció a Pompeyo. — ³ Sexto
Pompeyo. — ⁴ Rehilar es zumbiar un arma arroja-
diza, a causa de su extraordinaria rapidez.

ESCENA II. - CÉSAR, ANTONIO Y LÉPIDO

(Lépido llega apresurado, con varios perga-
minos en la mano.)

LÉPIDO: ¡Oh César!

Conspiran contra ti. Torpes libelos,
en que tu honor y dignidad excelsa
por el lodo se arrastra, en Roma corren.
Hacer odioso tu poder se intenta.
Macer de Aulo Cecina es éste, y éste
de Pitoloa, el cínico poeta.

(Entrega a César los libelos. - César se sien-
ta a leerlos.)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
que la venganza a la bondad suceda.
Aquí del falso amigo que te vende
verás el nombre; la denuncia es ésta.
Para tramar conjuración traidora
nocturnos conciliábulos celebran;
tu salvación, la nuestra, la de Roma
su sangre piden.

ANTONIO: (Mirando la denuncia.)

¿Ves que mis sospechas
confirmadas están? — Lépido, vamos,
y que divida al punto su cabeza
la segur del lictor. He aquí su nombre:
¡perezca Bruto!

CÉSAR: ¡Bruto!... ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO: Un esclavo
de Casio; Ennio se llama.

CÉSAR: Y ¿tiene pruebas
de la vil delación?

LÉPIDO: Aquí al instante

le haré traer.

CÉSAR: Detente.

LÉPIDO: En tu presencia
revelará tal vez...

CÉSAR: Lépido, basta:
nada quiero saber. (Rompe la denuncia.)

ANTONIO: ¡Bondad funesta!

CÉSAR: (Dictando.)

"En Roma se conspira: hombres ingratos
"pagan así de César la clemencia..
"El Dictador lo sabe; sabe el sitio,
"y los nombres también".

ANTONIO: Y los condena...

CÉSAR: Nada más. — Este edicto se publique.
(Da el pergamino a Lépido.)

LÉPIDO: Y de Cecina y Pitoloa ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR: Al punto vé, y en libertad los deja.

LÉPIDO: ¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR: Que no escrib-
di a Pitoloa; que no nació poeta.

Con todo, de estos versos miserables
cuantos logres hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son muy malos.
(Los rompe.)

Obedece. — Vosotros salid fuera.

(Los amanuenses se retiran.)

ESCENA VI. - CÉSAR, BRUTO

CÉSAR: Tú me comprendes, Bruto: no desea
adulación servil el alma mía.

¿Por qué el único labio en que resuena
la voz de la verdad, con tal desvío,
con tal ingratitud de mí se aleja?

Por la gloria de Roma he combatido:
a su dicha desde hoy mi vida entera
pretendo consagrar. Habla: tú eres
el ídolo del pueblo: sus querellas

cuéntame tú; satisfacerlas quiero
por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

BRUTO: De ti, sólo una cosa.

CÉSAR: ¿Cuál?

BRUTO: Que abduques

el supremo poder. — Pues tanto anhelas
que llegue la verdad a tus oídos,
a decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
de tu cariño a las continuas muestras:
¡César! cuando en los siglos venideros
la historia de tu vida el mundo lea,
los triunfos increíbles, tus conquistas,
tus hazañas sin cuento, tus proezas
en el Nilo, en el Rin y el Océano,
tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;
¡llenarás de asombro! Si ese asombro
quieres que en alabanza se convierta,
corona ya tus hechos inmortales
con un hecho que a todos oscurezca:
volviendo a Roma sus antiguas leyes
y su antigua República. — Contempla
que las victorias atribuirse pueden
tal vez a la fortuna; mas la empresa
de dar a un pueblo libertad, es sólo
obra de la virtud. ¡Acción tan bella,
mejor que triunfos bélicos, tu fama
sobre cimientos sólidos eleva!

CÉSAR: ¿Qué libertad me pides, triste Bruto?

¿Qué libertad para tu patria sueñas?

¿La que gozaba Roma, cuando iguales

todos, y todos pobres, las faenas
del campo eran su oficio? ¿Cuando el Cónsul,

cumplido el año, la segur depuesta,

bajaba en paz del alto Capitolio,

tornando ufano a manejar la esteva?

No es ésta aquella Roma; las conquistas

vertieron en su seno las riquezas

del subyugado mundo, ¡y con el oro,

la ponzoña que corre por sus venas!

El rico fué tirano; esclavo el pobre:

¡la libertad murió! Turbas hambrientas,

tendidas en los pórticos, aguardan

los desperdicios de opulenta mesa;

y el libre voto que a los altos puestos

de la suprema dignidad eleva,

¡a precio vil en los comicios venden!

¡Roma degenerada se prosterna

a las plantas de Mario, o bajo el hacha

de Sila tiende la servil cabeza!

¿Y en tales manos, su salud, su gloria

pudiera yo fiar? ¡Bruto! desecha

tu mentida ilusión; los ojos abre:

mira a Roma cual es, y no cual era;

y ambos, desde hoy unidos, procuremos,

pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO: No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR: No es esclavo por mí; para él cadenas

mis bondades no son.

BRUTO: ¡Ah! ¡tus bondades!

¡Ésas son a la patria más funestas

que los suplicios del sangriento Sila!

Si desoyes mis ruegos; si te empeñas

en ser tirano, imítale: derrama
nuestra sangre a torrentes; quizá al verla,
de su letargo despertando Roma,
se alce al fin contra ti. Mas ¡oh! con esa
bondad inicua acariciando al pueblo,
¡pérfido! a amar la esclavitud le enseñas!

CÉSAR: No le hice esclavo yo.

BRUTO: ¿Pues quién?

CÉSAR: ¡Sus vi-

BRUTO: Esos vicios, que hipócrita lamentas, ¡cios!

con el ejemplo combatirlos debes.

Dalo el primero tú: ¡la noble empresa

digna de César es! Abdica, abdica

el supremo poder; y ante la fuerza

de esta heroica virtud, verás que Roma

asombrada se postra y te venera,

¡no como a Dictador, mas como a Numen!

CÉSAR: ¡Es tarde ya!

BRUTO: ¡No es tarde! ¡te lo ruega

Bruto, y cae a tus plantas! Por la patria,

por tu gloria inmortal, abdica, ¡oh César!

CÉSAR: ¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase

¡ay de la patria!

BRUTO: ¡Basta! No hay en ella

más que un romano ya, que, avergonzado,

de ti y de Roma con horror se aleja! (Se va.)

CÉSAR: ¡Sublime indignación! ¡No sufre dueño!

Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

2. - Juan María Gutiérrez

(1809-1878)

Porteño, ingeniero, huyendo de la tiranía, emigró al Uruguay, y de allí, a Eu-



Juan María Gutiérrez

ropa, Chile y Lima. Fué director de la Escuela Naval de Valparaíso. Al volver a

Buenos Aires, fué diputado, ministro, rector de la Universidad. Dejó vasta y variada labor periodística. Compuso el primer florilegio de poetas americanos: *América poética* (46). Escribió, además, *Apuntes biográficos* (60), numerosos y sensatos estudios críticos sobre autores americanos, trabajos históricos y bibliográficos, textos escolares y poesías. De lo que Menéndez y Pelayo * escribió sobre Gutiérrez espigo lo siguiente: "No sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente... Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro **... (Sus versos) no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados... El cuidado de la lima no daña a la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia, que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade..." Álvaro Melián Lafinur *** juzgólo así: "A Gutiérrez, sereno, aliñado, literato de alta escuela, fáltale brio y robustez. Es un arcade **** suave, poético y amable; pero sin mayor carácter ni relieve". La Academia Española quiso incorporarlo a su seno, como miembro correspondiente; pero Gutiérrez, por injusta hispanofobia, rechazó la honra que por primera vez se ofrecía a un americano.

a) Recuerdo ¹

Del huracán las alas tenebrosas
sobre el abismo enfurecidas van,
cual fúnebres coronas deponiendo
blancas espumas sobre el negro mar ².

Vienen en tanto a la memoria mía
las frescas horas de mi quieta edad;

* "Historia de la Poesía hisp. americana", Tomo II.

** Notable político y polígrafo bogotano y presidente de Colombia (1843-1909).

*** En Prólogo a "Escritos literarios" de Avelleda editados por "La Cultura Argentina".

**** Cultivador de las letras. Arcades se llamaban los miembros de La Arcadia, academia de Roma.

con la inquietud presente se confunden,
como la espuma y el horror del mar.

¡Visión de luz! ¡Amor primero y puro!
¡Cáliz de almíbar que arrojé desleal!
En esta noche que entristece a mi alma,
eres la espuma que ilumina al mar.

Perfumes llegan de mi patrio suelo
de trébol, rosas, violas, azahar.
Y de esa flor del aire misteriosa,
que es como espuma blanca de la mar.

Siento en la playa del inmenso río
correr veloz el férvido alazán,
bañado el pecho en argentada espuma,
como la espuma que levanta el mar.

Madre y hermanas que lloráis mi ausencia,
yo pisaré vuestro desierto umbral:
es el tirano odioso de mi patria
espuma leve que se traga el mar.

NOTAS: ¹ Esta composición, escrita mientras navegaba por el golfo de Gasuña, lleva la fecha de 1843. — ² Nótese como el cuarto verso de cada cuarteto repite las palabras mar y espuma.

b) La Bandera de Mayo ¹

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
el blanco y el celeste de nuestro pabellón,
por eso en las regiones de la victoria ondea
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
para saber qué pueblos necesitaban de él;
y llanos, y montañas atravesando, y ríos,
la libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul;
ni la pupila impávida del águila un momento
pudo mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él:
dos bandos fraticidas le llevan en sus lanzas,
mañana en torno suyo se abrazarán también.

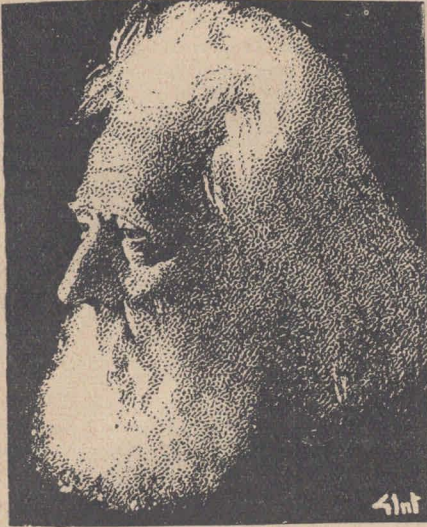
NOTA: ¹ Fué escrita en Valparaíso el 25 de Mayo de 1846 para recordar al día patria en el desierto.

3. - Carlos Guido Spano

(1827-1918)

Porteño, hijo del general Tomás Guido, soldado, viajero, funcionario, académico correspondiente de la Española, fué, según la expresión de Cejador, "el más clásico y aun puro griego de los poetas americanos". Fué el dulce poeta de los sentimientos nobles y humanitarios, del nítido aticismo, del equilibrio, de la armonía, de la forma escultural. Atinó a vaciar hábilmente en las viejas y primorosas ánforas helénicas genuino espíritu personal, de la patria y de su época. Pe-

ro su estro exquisito no fué amigo de arranques de fogosidad. "Una de las cualidades de Guido, ha escrito Rodó, es su



Carlos Guido Spano

serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites". En dos tomos, *Hojas al viento* (71) y *Ecos lejanos* (99) publicó sus poesías: son del primero *Las horas, A mi madre, Nenia, Al pasar, ¡Adelante!, At home, La estrella de la tarde, A mi hija María del Pilar, etc.*, y del segundo, *América, Trova, Pringles, Rayos de luna, etc.* En los dos tomos de *Ráfagas* (79) reunió la prosa pura, suelta y galana de sus estudios críticos, político-sociales, históricos, etc.

a) Nenia

Es un dulce lamento por las graves desdichas que de la guerra heredó el pueblo hermano del Paraguay.

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:

¡Llora, llora, urutaú¹,
en las ramas del yatay²;
ya no existe el Paraguay,
donde nació como tú;
llora, llora, urutaú!

En el dulce Lambaré³
feliz era en mi cabaña;

vino la guerra, y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré.

Padre, madre, hermanos, ¡ay!
todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay;
padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde ubirapitá⁴,
mi novio, que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está
de un verde ubirapitá.

Rasgado el blanco tipoy⁵
tengo en señal de mi duelo,
y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambá⁶,
no pudiéndolo rendir;
él fué el último en salir
de Curuzú y Humaitá;
¡lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaítí!
¡Por qué, cielos, no morí!

¡Llora, llora urutaú,
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay,
donde nació como tú;
llora, llora, urutaú!

NOTAS: ¹ Ave nocturna de dulcísimo canto. — ² Árbol de la especie de las palmas. — ³ Antiguo nombre de la capital del Paraguay en tiempo de la Conquista. — ⁴ Acaso es el ibirá-pitá, que trae Segovia en su Dicc. de Argentinismos como árbol de tronco muy grueso o gigantismos como árbol de Chaco, Corrientes y Misiones. Significa, en guaraní, palo, o madera colorada. — ⁵ Especie de túnica sin cuello ni mangas. — ⁶ Nombre que en el N. dan a los negros.

b) At home¹

At home es una locución inglesa que, literalmente, significa en casa, en el hogar. Canta el poeta en estas octavas los goces apacibles de la vida doméstica.

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también ¡fiel compañera!
y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
Él es quien nos reúne y nos escuda,

quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre illustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació;
la libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber; en ella
el despotismo estúpido se estrella;
de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo²;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid, en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regada.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigidme una cruz; y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
lentos de amor, de paz, que es la armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
"Latió en su pecho un corazón honrado:
no fué un prócer; fué más: hombre de bien".

NOTAS: ¹ Pronúnciase en inglés: at jóum. —
² Tomás Guido (1788-66), diplomático y militar,
prócer de la independencia argentina y america-
na. Era porteño.

c) ¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá;
alce mos con sus troncos nuestras casas,
asilo de la enérgica pobreza;
donde creció el jaral y la maleza
la viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
busque adulando a su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil,

mientras él siembra el odio y la cizaña,
mientras robustas manos siembran trigo;
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une
le apretará con la honradez probada;
¡tus, al combate! a la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! Bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ése llegue a tener hermosos hijos
¡hombres libres, de limpio corazón!

La gran naturaleza nos invita
a su festín suntuoso; seamos parcos,
y al repasar por sus triunfales arcos,
la libertad nos guíe con su luz:
bajo su influjo bienhechor la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan:
¡a los valientes que en la lucha mueran
un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis, conscriptos del progreso;
rasgue el arado el seno de la tierra;
guerra a la incuria, a la ignorancia guerra,
amor a Dios, respeto por la ley;
diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la ríspida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
nos la haga más liviana el noble canto
del poeta; las artes con su encanto,
a nuestro rudo afán den galardón;
busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando a los pueblos soberanos
a seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
a los seres amables y queridos
que ennoblecíó el trabajo y la virtud;
recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
o elevando sus preces al Eterno
que nos da la esperanza y la salud.

ch) A mi hija María del Pilar

Tengo en el valle de la vida un lirio:
mi dulce hija: placidez, candor,
luz en la noche acerba del martirio,
perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella
gentileza, modestia, suavidad:
destello azul de mi eclipsada estrella
que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
de las espigas en sazón, la tez;
el talle de Polimnia¹, erguido el cuello,
dátil nuevo de Smirna² en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
de la fresca granada, y es su andar

gracioso y ligero como el humo
de los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia;
su frente: inspiración; es tanto así,
que de ella emana la divina esencia
del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel² llamaránla su hermana;
la clara fuente, ninfa; el campo, flor;
yo, de mi huerto la primer manzana,
de mi selva sombría el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
levanta, y se arrobasa en contemplar
las azuladas cumbres del Carmelo,
o la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva
y se aspira el olor de la virtud;
mi vida en ondas mansas se renueva
remontando a la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
me aparecen las vírgenes de Sion
cruzando con sus lámparas el templo,
palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina a recibirme avanza,
la imagino en su tierna languidez,
el ángel soñador de la esperanza
que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
ella mi lira de marfil templó,
y con rosas fragantes del estío
mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh, mi muerta adorada! ¡Oh, mi Sofía!...
¡Por qué tan sola te dejé partir!...

La que mimara infante, es virgen pura
coronada de mirto y azahar,
mirra escogida, fuente de ternura,
en mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto.
Las arenas quemáronme los pies:
marcho al azar de mi destino incierto,
sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, vén, que el templo está derruido;
sus columnas tumbara el vendaval;
salva el fuego sagrado allí encendido
por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,
custodio de tu dicha, seguiré;
la campiña a tu paso es verde alfombra,
contigo en claras línfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid;
yo el pámpano incoloro, tú el racimo.
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hábito vital de tu alborada
refresque puro, halagador, mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada.
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

NOTAS: ¹ Nombre de la musa de la poesía lírica. — ² Este nombre está castellanizado: *Esmirna*. — ³ Nombre de dos jóvenes de la Biblia: Raquel, esposa de Jacob, y Dina, su hija.

4. - Rafael Obligado

(1851-1920)

Hijo de Buenos Aires, sin otro título que el de bachiller, llegó a convertirse en el más cabal hombre de letras y académico correspondiente de la Española. Falleció en Mendoza. Sus poesías son a



Rafael Obligado

*la vez pintura vivaz y música insinuante, nobilísimo sentimiento y alada fantasía. Todas emanan misterioso hechizo de suavidad, candor, sinceridad y transparencia. Es característico de la musa de Obligado el arte incomparable de idealizar primorosamente los recios rasgos realistas de sus cuadros, y de hermanar íntimamente las puras líneas helénicas de su expresión lozana, ágil y armoniosa, con la inspiración esencialmente argentina. Ésta le ha valido el dictado de poeta nacional por excelencia. Nacional es todo lo que canta: tradiciones, historia, hogar, paisajes de la mocedad y la infancia con su pampa, su río, sus flores y sus aves. Y ¿cómo lo canta? Hermosa y gráficamente, de Obligado ha dicho Niece Lotus: * "Este poeta correctísimo, que tan deliciosamente sabe alquitarar, sin repudiarlo, el lenguaje de su pueblo, y engarzar en sus estrofas elegantes y túr-*

* En "Los ortodoxos", II.

*gidas la palabra nueva con el giro viejo, la imagen criolla con la expresión castiza; este rey del "ne quid nimis" horaciano, es un verdadero modelo del arte de hacer llorar, nó con la música, sino, a la manera griega, con la divina serenidad de las líneas, del relieve y la luz". Difícil sería nombrar las composiciones que se destacan en su obra, por otra parte no muy voluminosa. Todo en ella es casi igualmente exquisito. Entre las más citadas están Santos Vega, El nido de bogeros, Echeverría, Las quintas de mi tiempo, Primavera, La pampa, Los horneros, La flor del seibo, El hogar vacío, Un cuento de las olas, El hogar paterno, etc.**

*Santos Vega el payador,
aquél de la larga fama,
murió cantando su amor,
como el pájaro en la rama.*

Cantar popular.

I. El alma del Payador¹

Cuando la tarde se inclina sollozando al occidente, corre una sombra doliente sobre la pampa argentina. Y cuando el sol ilumina con luz brillante y serena del ancho campo la escena, la melancólica sombra huye besando su alfombra con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo que, en tibia noche de luna, en solitaria laguna para la sombra su vuelo; que allí se ensancha, y un velo va sobre el agua formando, mientras se goza escuchando, por singular beneficio, el incandescente bullicio que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada, si su guitarra algún mozo en el crucero² del pozo deja de intento colgada, llega la sombra callada, y, al envolverla en su manto, suena el preludio de un canto entre las cuerdas dormidas, cuerdas que vibran heridas como por gotas de llanto.

Cuentan que en noche de aqué en que la Pampa se abisma [llas en la extensión de sí misma sin su corona de estrellas, sobre las lomas más bellas, donde hay más trebol risueño,

luce una antorcha sin dueño entre una niebla indecisa, para que temple la brisa las blandas alas del sueño.

Mas si, trocado el desmayo en tempestad de su seno, estalla el cóncavo trueno, que es la palabra del rayo, hiere al ombú de soslayo rojiza sierpe de llamas, que, calcinando sus ramas, serpea, corre y asciende, y en la alta copa desprende brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío, las brillanzas³ remedan vastos oleajes que ruedan sobre fantástico río, mudo, abismado y sombrío, baja un jinete la falda tinta de bella esmeralda, llega a las márgenes solas... ¡Y hunde su potro en las olas, con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos, galopando sobre el llano solitario, algún paisano, viendo al ótro en los reflejos de aquel abismo de espejos, siente indecibles quebrantos, y alzando, en vez de sus cantos, una oración de ternura, al persignarse murmura: "¡El alma del viejo Santos!"

Yo, que en la tierra he nacido donde ese genio ha cantado, y el pampero he respirado que al Payador ha nutrido, beso este suelo querido que a mis caricias se entrega, mientras de orgullo me anega la convicción de que es mía ¡la patria de Echeverría, la tierra de Santos Vega!⁴

a) De SANTOS VEGA **

Es un breve poema de fondo legendario en bien cinceladas y briosas décimas. Sus cuatro partes son realmente los "cuadros trazados de mano maestra por un gran poeta", que dice Cejador. La justa poética entre el simpático juglar pampeano y el diabólico Juan Sin Ropa, coronada con la victoria de éste, es un símbolo magnífico de la marcha triunfal del progreso en nuestra tierra.

* Al Dr. Carlos Obligado, actual secretario de la Academia Argentina de Letras, agradece el antologista la amplia autorización para publicar versos de su insigne padre.

** Terminóse este poema en 1887. Con motivo de su cincuentenario colocóse una placa de bronce en la casa de la calle Charcas 634, donde Obligado dió fin a su obra.

NOTAS: ¹El payador es un "improvisador popular y errante de nuestra campaña, que canta en su guitarra versos improvisados, por lo regular, en competencia con ótro". (L. Segovia. "Dicc. de Argentinismos"). En algunas partes pronuncian *pallador*. Son voces afines autorizadas *payar* y *payada*. — ²Armazón o arco, al cual se sujeta la roldana para la cuerda que lleva al pozo el cubo o balde. No figura esta acepción en el Dicc.; la más cercana es la de *vigueta*. — ³*Brillazón*: espejismo; tal vez se lo ha usado por brillo. Este argentinismo no figura aún en el Diccionario. — ⁴Sobre este personaje legendario ya Hilario Ascasubi (1807-75), cordobés, había hecho imprimir en París, en 1870, un largo y novelesco poema de escaso mérito titulado "Santos Vega o Los Mellizos de La Flor". V. págs. 29 y 30.

III. El himno del payador

De las cuatro partes es ésta "la de más carácter épico, no sólo por su vigor y por la pintura del gauchesco juego del pato, tan primitivo y bárbaro, sino por ligarse en la canción bélica de Santos Vega, y sus consecuencias, a los heroicos hechos de la Independencia americana" (C. Oyuela).

En pos del alba azulada, ya por los campos rutila del sol la grande, tranquila y victoriosa mirada. Sobre la curva lomada¹ que asalta el cardo bravío, y allá en el bajo sombrío donde el arroyo serpea, de cada hierba gotea la viva luz del rocío.

De los opuestos confines de la Pampa, uno tras ótro, sobre el indómito potro

que vuelca y bate las crines, abandonando fortines estancias, rancho, mujer, vienen mil gauchos a ver si en otro pago² distante, hay quien se ponga delante cuando se grita: ¡a vencer!³

Sobre el inmenso escenario vanse formando en dos alas, y el sol reluce en las galas de cada bando contrario. Pueblase el aire del vario rumor que en torno desata la brillante cabalgata que hace sonar, de luz llenas, las espuelas nazarenas⁴ y las virolas⁵ de plata.

De entre ellos el más anciano divide el campo después, señalando de través larga huella por el llano; y alzando luego en su mano una pelota de cuero con dos manijas, certero la arroja al aire, gritando: — “Vuela el pato!... ¡Va bus- un valiente verdadero!” [cando

Y cada bando a correr suelta el potro vigoroso, y aquel sale victorioso que logra asirlo al caer. Puesto el que supo vencer en medio, la turba calla, y a ambos lados de la valla de nuevo parten el llano, esperando del anciano la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor ronco trueno en el circuito, y el caballo salta al grito de su impávido señor; y vencido y vencedor, del noble triunfo sedientos, se atropellan turbulentos, en largas filas cerradas⁶, cual dos olas encrespadas que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la preseña⁷ su feliz conquistador, y su bando en derredor le defiende y clamorea. Uno y otro aguijonea el ágil bruto, y chocando entre sí, corren dejando por los inciertos caminos, polvorosos remolinos sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego por el campo arrebatado, de los únos conquistado, de los ótros presa luego;

vense, entre hálitos de fuego varios jinetes rodar, ótros súbito⁸ avanzar pisoteando los caídos; y, en el aire sacudidos, rojos ponchos ondear.

Huyen, en tanto, azoradas, de las lagunas vecinas, como vivientes neblinas, estrepitosas bandadas; las grandes plumas cansadas tiende el chajá corpulento; y con veloz movimiento y con silbido de balas, bate el carancho las alas hiriendo a hachazos el viento⁹.

Con fuerte brazo les quita robusto joven la prenda, y tendido, a toda rienda¹⁰: — “¡Yo solo me basto!” grita. En pos de él se precipita, y tierra y cielos asorda, lanzada a escape la horda tras el audaz desafío, con la pujanza de un río que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos, y él los azuca y provoca golpeándose la boca¹¹, con salvajes alaridos. Danle caza¹², y confundidos, todos el cuerpo inclinado sobre el arzón del recado, temen que el triunfo les roben, cuando, volviéndose, el joven echa al¹³ tropel su tostado¹⁴...

El sol ya la hermosa frente abatía, y silencioso, su abanico luminoso desplegaba en occidente, cuando un grito de repente llenó el campo, y al clamor cesó la lucha, en honor de un solo nombre bendito, que aquel grito era este grito: “¡Santos Vega, el payador!”

Mudos ante él se volvieron, y, ya la rienda sujeta, en derredor del poeta un vasto círculo hicieron. Todos el alma pusieron en los atentos oídos, porque los labios queridos de Santos Vega cantaban y en su guitarra zumbaban estos vibrantes sonidos:

“Los que tengan corazón, los que el alma libre tengan, los valientes, ésos vengan a escuchar esta canción: nuestro dueño es la nación que en el mar vence la ola,

que en los montes reina sola, que en los campos nos domina, y que en la tierra argentina clavó la enseña española.

“Hoy mi guitarra, en los llacuerda por cuerda, así vibre: [nos, ¡hasta el chimango es más libre en nuestra tierra, paisanos! Mujeres, niños, ancianos, el rancho aquel que primero llenó con sólo un ¡te quiero! la dulce prenda querida, ¡todo!... ¡el amor y la vida, es de un monarca extranjero!

“Ya Buenos Aires, que encie como las nubes, el rayo, [rra, el Veinticinco de Mayo clamó de súbito: ¡guerra! ¡Hijos del llano y la sierra, pueblo argentino! ¿qué haremos? ¿Menos valientes seremos que los que libres se aclaman? ¡De Buenos Aires nos llaman, a Buenos Aires volemos!

“¡Ah! ¡Si es mi voz impotente para arrojar, con vosotros, [te nuestra lanza y nuestros potros por el vasto continente; si jamás independiente veo el suelo en que he cantado, no me entierren en sagrado¹⁵ donde una cruz me recuerde; entierrenme en campo verde donde me pise el ganado!”

Cuando cesó esta armonía, que los conmueve y asombra, era ya Vega una sombra que allá en la noche se hundía... ¡Patria! a sus almas decía el cielo, de astros cubierto; ¡Patria! el sonoro concierto de las lagunas de plata; ¡Patria! la trémula mata del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron, y el himno audaz repitieron cuando a Belgrano siguieron, cuando con Güemes lucharon, cuando por fin se lanzaron tras el Andes colosal, hasta aquel día inmortal en que un grande americano¹⁶ batió al sol ecuatoriano nuestra enseña nacional.

NOTAS: ¹Argentinismo aceptado: loma. — ²Lugar, paraje, donde vive el paisano. — ³Véase cómo describe Azara este juego en la pág. 286, T. I. — ⁴Así las define el Dr. Lisandro Segovia (“Diccionario de Argentinismos”); “Grandes espuelas, muy usadas por el gaucho de antaño

y que eran de mucha utilidad para el **domador**. Se llamaban así, probablemente porque recordaban por su forma el nimbus y la corona del Nazareno. También las llamaban **lloronas**, por el ruido particular que producían al ser usadas". — ⁵Abrazadera o anillo de metal con que se adornan riendas, acciones, látigos, etc. — ⁶**Cerradas**, con acepción de compactas, apretadas. La Acad. trae **cargado**, refiriéndolo al cielo o a la atmósfera. — ⁷El significado corriente de esta palabra es: joya, alhaja, cosa preciosa. Tal debía estimarse por los jugadores la pelota disputada. — ⁸Adverbio: súbitamente. — ⁹Adviértase la onomatopeya de estos versos. — ¹⁰Al galope. — ¹¹Tiene ese gesto significación de burla. — ¹²**Dar caza** es perseguir para prender, y nó, haberlo prendido. — ¹³Vuelve hacia el. — ¹⁴Caballo de color subido y oscuro. Hay tostado negro, overo, malacara, etc. — ¹⁵Lugar sagrado, como era el cementerio bendecido con rito especial. — ¹⁶¿Quién es este grande americano? ¿Bolívar o Sucre, vencedores de Junín y Ayacucho respectivamente, donde cupo tan brillante participación a nuestros soldados gauchos? ¿O se refiere a San Martín que llegó hasta Guayaquil (Ecuador) con su bandera siempre victoriosa?

IV. La muerte del payador

Bajo el ombú corpulento, de las tórtolas amado, porque su nido han labrado allí al amparo del viento; en el amplísimo asiento que la raíz desparrama, donde en las siestas la llama de nuestro sol no se allega, dormido está Santos Vega, *aquél de la larga fama*¹.

En los ramajes vecinos ha colgado, silenciosa, la guitarra melodiosa de los cantos argentinos. Al pasar, los campesinos ante Vega se detienen; en silencio se convienen a guardarle allí dormido; y hacen señas no hagan ruido los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta del grupo inmóvil, y llega a palpar a Santos Vega, moviendo apenas la planta. Una morocha que encanta por su aire suelto y travieso, causa eléctrico embeleso porque, gentil y bizarra se aproxima a la guitarra y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado silencio que a Vega cerca un jinete que se acerca a la carrera lanzado; retumba el desierto hollado por el casco volador; y aunque el grupo, en su estupor, contenerlo pretendía, llega, salta, lo desvía, y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío de aquel hombre² mudos vieron, horrorizados, sintieron temblar las carnes de frío. Miró en torno con bravío y desenvuelto además, y dijo: — "Entre los que están no tengo ningún amigo, pero, al fin, para testigo, lo mismo es Pedro que Juan".

Alzó Vega la alta frente, y le contempló un instante, enseñando en el semblante cierto hastío indiferente. — "Por fin, — dijo fríamente el recién llegado, — estamos juntos los dos, y encontramos la ocasión, que éstos provocan de saber cómo se chocan las canciones que cantamos".

Así diciendo, enseñó una guitarra en sus manos, y en los raigones cercanos preludivando se sentó. Vega entonces sonrió, y al volverse al instrumento, la morocha hasta su asiento ya su guitarra traía, con un gesto que decía: "La he besado hace un momento".

Juan Sin Ropa (se llamaba Juan Sin Ropa el forastero) comenzó por un ligero dulce acorde que encantaba. Y con voz que modulaba blandamente los sonidos, cantó *tristes*³ nunca oídos, cantó *cielos*⁴ no escuchados, que llevaban, derramados, la embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso al cantor, y toda inquieta, sintió su alma de poeta como un aleteo inmenso. Luego, en un preludio intenso, hirió las cuerdas sonoras, y cantó de las auroras y las tardes pampeanas, endechas americanas más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto, ya una triste noche oscura desplegaba en la llanura las tinieblas de su manto. Juan Sin Ropa se alzó en tanto, bajo el árbol se empinó, un verde gajo tocó, y tembló la muchedumbre, porque, echando roja lumbré, aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas, y torciendo el talle esbelto, fué a sentarse, medio envuelto por las rojas llamaradas. ¡Oh, qué voces levantadas las que entonces se escucharon! ¡Cuántos ecos despertaron en la Pampa misteriosa, a esa música grandiosa que los vientos se llevaron!

Era aquélla esa canción que en el alma sólo vibra, modulada en cada fibra secreta del corazón; el orgullo, la ambición, los más íntimos anhelos, los desmayos y los vuelos del espíritu genial, que va en pos del ideal, como el cóndor, a los cielos.

Era el grito poderoso del progreso, dado al viento; el solemne llamamiento al combate más glorioso. Era, en medio del reposo de la Pampa, ayer dormida, la visión ennoblecida del trabajo, antes no honrado; la promesa del arado que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo, al compás de ese concierto, mil ciudades el desierto levantaba de sí mismo. Y a la par que en el abismo una edad se desmorona, al conjuro, en la ancha zona derramábase la Europa, que sin duda Juan Sin Ropa era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido aquel himno prodigioso, e, inclinando el rostro hermoso, dijo: — "Sé que me has vencido. El semblante, humedecido [do⁵], por nobles gotas de llanto, volvió a la joven, su encanto, y en los ojos de su amada clavó una larga mirada, y entón su postrer canto:

— “Adiós, luz del alma mía,
adiós, flor de mis llanuras,
manantial de las dulzuras
que mi espíritu bebía,
adiós, mi única alegría,
dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, herma-
el momento de morir!” [nos,

Aun sus lágrimas cayeron
en la guitarra, copiosas,
y las cuerdas temblorosas
a cada gota gimieron;
pero súbito cundieron

del gajo ardiente las llamas,
y trocado entre las ramas
en serpiente Juan Sin Ropa,
arrojó de la alta copa
brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron,
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo.
Pero un viejo y noble abuelo,
así el cuento terminó:
— “Y si cantando murió
aquel que vivió cantando,
fue — decía suspirando —
porque el diablo lo venció”.

NOTAS: ¹Verso de una can-
ción popular anónima. — ²Este
forastero, Juan Sin Ropa, per-
sonifica el progreso que irá
adueñándose de los desiertos de
la pampa. — ³Canciones popula-
res de asunto y tono sentimen-
tales que suelen acompañarse
con la guitarra. — ⁴Música y
danza criollas que se ejecuta en-
tre varias parejas asidas de las
manos formando círculo, en cuyo
centro otra pareja recita relacio-
nes. Es lo que con más frecuen-
cia se denomina *cielito*. — ⁵
Santos Vega, símbolo del arte
primitivo y civilización colonial,
se confiesa vencido por la cien-
cia y adelantos modernos perso-
nificados en su contrincante.

b) Las quintas de mi tiempo

Es una hermosa muestra del humor festivo,
clásicamente templado, de nuestro poeta.

*Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora*¹
jardines sabiamente dibujados,
fueron un tiempo rústicos cercados
de enhiesta pita² y succulenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones
de mil primores llenas, antes fueron
modestas granjas donde en paz latieron
más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonces³ a sus anchuras⁴
por estos sus dominios discurría,
y, como es dada a la labor, tejía
mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
las violetas silvestres agrupaba,
y por todas las quintas derramaba
un fresco aroma que llegaba al cielo...

Por cima de los cándidos rebaños
que agrupaba el pastor en los oteros,
derramaban en flor los durazneros
una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
y en los verdes naranjos florecía,
de sus maternas manos recibía
su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente
aquella nuestra madre, de igual modo
sustenta, anima y embellece todo,
y *quien dijere lo contrario, miente*⁵.

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
lo que eran estos sitios, cuánta escena
de amor y paz y venturanza⁶ llena
huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
una de esas mañanas en que ansía
verse trocada en golondrina el alma.

Vieras aquí y allá, por los senderos,
confundidos los pobres y los ricos,
la madre, las amigas y los chicos
con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
pandorgas⁷, con navaja, y en batalla,
y a cada triunfo un clamoreo estalla
en el hueco⁸ inmortal de Cabecitas⁹.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
el adobe¹⁰ en los hornos; el ligero
grato sonar de tarros del lechero
que a largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
guñadas por un criollo o un navarro,
las carretas de pasto, que en el barro
vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
aquel grupo de un árbol a la sombra,
que tiene el césped por mullida alfombra,
y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente
dorarse ya el cordero apetitoso,
y circular el mate generoso
en vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡Oh manjares
jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
que si un remedio a nuestras ansias vea,
es quedar como Lope ante el Liceo
*llorando la vejez de su sotana*¹¹.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
que no hay porteñas hoy más regaladas
que aquellas que acudían en bandadas
a nuestras quintas a juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
cuando aquellos picitos¹² voladores
no podían llegar hasta las flores
porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje
y traspasar el cenagoso abismo,
alzando con angélico heroísmo
la muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
cual un brazo flexible, que de intento

para ayudarlas inclinaba el viento...
que tanto puede una mujer que llora¹³.

Las veo aún, con las mejillas rojas,
como granadas de Engadi¹⁴ partidas,
y las húmedas manos florecidas
mariposeando entre las verdes hojas;

y correr, y chillar, y ser más bellas
cuando, lanzada como rauda fija¹⁵,
cruzaba una medrosa lagartija
con grave susto disparando de ellas...

¡Oh mi dulce portañá, amada mía!
¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;
huyeron ya de la niñez las horas
dulces y alegres cuando Dios quería!¹⁶...

NOTAS: ¹ Verso inicial de la "Canción a las ruinas de Itálica" de Rodrigo Caro. — ² Es la misma planta que llaman agave, henequén, maguey y cabuya. — ³ Apócope de entonces por licencia

métrica. — ⁴ Sinónimo de a sus anchas. — ⁵ Verso de un soneto de Cervantes "A las honras fúnebres de Felipe II en Sevilla". — ⁶ Sinónimo de ventura. — ⁷ La pandorga o la cometa es lo que nosotros llamamos más comúnmente barrilete, juego de muchachos. A veces lleva en la cola una navaja cortante con que trata de cortar el hilo con que remontan ótras. — ⁸ Hueco llamábase el terreno más o menos extenso, inculto y baldío, dentro de poblado, que utilizaban los muchachos para sus juegos. — ⁹ Es actualmente la plaza Vicente López de Buenos Aires, entre las calles Paraná, Arenales y Montevideo. — ¹⁰ El adobe es algo más grande que el ladrillo común; puede ser crudo o cocido. — ¹¹ Verso tomado de Lope de Vega. — ¹² Este diminutivo de pie es frecuente entre nosotros, aunque la Academia enseñe que debe decirse piecicito, piecicillo, etc. — ¹³ Último verso del famoso soneto de Lope de Vega Daba sustento a un pajarillo un día. — ¹⁴ Lugar de Palestina, junto a la orilla occidental del Mar Muerto. — ¹⁵ Lo mismo que figa o arpón. — ¹⁶ Verso de Garcilaso de la Vega, segundo del soneto que empieza ¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas. V. pág. 50 del Tomo I.

c) Un cuento de las olas

¿Quién no ha visto en las orillas
del hermoso Paraná [llas
esa banda, siempre verde,
siempre móvil del juncal?

En las horas de la siesta,
cuando todo duerme en paz,
en las cuerdas de esa lira
van las olas a cantar.

Almas buenas y sencillas,
venid todas, y escuchad
lo que dicen esas olas
en el arpa del juncal.

Cuando el Delta en muda cal-
bajo el sol de Enero está, [ma
y el silencio es más sensible
porque arrulla la torcaz,

ellas cuentan una historia
que repiten sin cesar,
una historia en que hay un nido
y un cantor del Paraná.

Sucedió que en varios juncos
reúniéndose en un haz,
con totoras y hojas secas
hizo nido un cardenal.

¡Con qué orgullo miró el ave,
bajo el sol primaveral,
sobre el agua movediza
columpiándose su hogar!

Una rama de un seibo¹,
inclinada hacia el raudal,
le dió sombra, flores rojas...
cuanto un árbol puede dar.

Y extendiendo hasta aquel nido
largo vástago un rosal,
fué en sus bordes la mejilla
de una rosa a reclinarse.

¡Qué contenta estaba el ave!
¡Qué prodigio musical
era entonces su garganta!
¡Qué inquietudes y qué afán!

Pasó el tiempo. En el estio
los polluelos no son ya
tan pequeños y hasta suelen
breves trinos ensayar.

Pero el río fué creciendo,
fué creciendo más y más,
y hubo un día en que una ola
saltó al seno del hogar.

¡Qué aleteos bulliciosos
les produjo el golpe audaz!...
Siempre ha sido de la infancia
festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
una tarde hirió la faz,
con el choque de sus alas,
del soberbio Paraná²;

y las olas, irritadas,
emпинándose a luchar,
en espuma convirtieron
su serena majestad.

¡Cómo duermen los pequeños,
mientras brama el huracán
y las ondas los salpican
con su polvo de cristal!

Se vió el nido estremecerse,
y, a su empuje, vacilar,
mas sus crestas no alcanzaron
a la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
cada día más y más,
él también fué levantando
sus varillas a la par.

Almas buenas y sencillas
que en la tierra hacéis hogar,
elegido con la ciencia
del pintado cardenal.

NOTAS: ¹ Así escribe siempre Obligado esta palabra: con s y con acento en la i. La Academia, como la mayoría de los demás escritores, la traen con c y acento en la e. Lo del acento podrá discutirse, pero la letra inicial ¿no debiera ser s? Así la pronunciamos todos, y la voz es americana. — ² Adviértase el notable caso de hipérbaton de estos cuatro versos.

ch) El hogar paterno A mis hermanas

¡Oh mis islas amadas, dulce asilo
de mi primera edad!
¡Añosos algarrobos, viejos talas
donde el boyero¹ me enseñó a cantar!

¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida
en la estrecha ciudad;

para arrojar mi corazón de niño
de las pasiones en el turbio mar?...

Como un cisne posado en las riberas
del ancho Paraná,
así, blanco y risueño, se divisa
a la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
que grata sombra dan;

en el cuadro de antiguos paraísos
que, destrozados, no florecen ya;
en las barrancas que hacia el puerto ondulan,
y avanzan al canal,
do vela el sueño de gloriosos muertos
la solitaria cruz de ñandubay;

en la hondonada que perfuma el molle
y engalana el chañar,
en el arroyo que las toscas baña;
en ese campo que se extiende allá...

allí está mi pasado, de mi vida
la inocencia y la paz;
allí mi madre me acaricia, niño,
y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente,
tierno beso nos da;
de rodillas, oramos; y, en seguida,
puerta franca... ¡la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,
por aquí, por allá,
al campo el uno, a la barranca el otro,
nos echábamos todos a volar.

— "Cuidado con los nidos", nos decía
mi madre en el umbral;
pero digan horneros y zorzales
si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, a un algarrobo
trepada el más audaz,
y con los ojos de mil ansias llenos,
esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construído
para vivir y amar,
introducía sus rosados dedos
el pequeño aprendiz de gavilán;

y, del pico o el ala destrozada,
¡nunca vista crueldad!
asiendo los polluelos, uno a uno
los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto
y el bullicioso afán,
de aquel enjambre de inocentes niños
que así destruía un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
al cárdeno fulgor
que desde el fondo de la Pampa envía,
en sesgo rayo, el moribundo sol;

en agitado, en revoltoso grupo,
y alegre confusión,
los juncuales rozando de la orilla,
con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,
tendiase a estribor,
y sonreía a la rizada espuma
que la canoa abandonaba en pos;

otra, imprudente, a la inclinada borda
lanzándose veloz,
entre sus manos victoriosa alzaba
del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,
enviando en derredor
menudas gotas que al caer brillaban
en los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
reía, porque vió
medrosa hundirse en la corriente un ave
al desusado y repentino són.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
mostraba el mirador
donde mi madre a vigilarnos iba,
gritaban todas a la vez: "¡Adiós!"

¡Oh, dulces años! Por entonces era
nuestro goce mayor,
hurtar las flores que en las islas se abren,
y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro
y el seibo punzó
eran ofrendas que mi madre amaba
porque a sus hijos se las daba Dios.

¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
arranco al corazón,
si yendo en pos del oropel mundano
el hombre olvida lo que el niño amó!

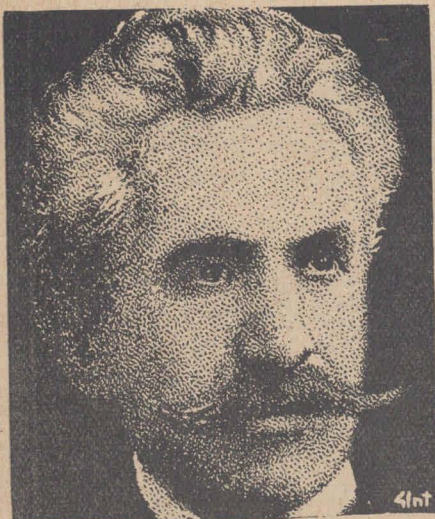
NOTA: ¹ Ave de las islas; especie de mirlo, sue-
le acompañar al ganado vacuno y caballar, pa-
searse por su lomo, descansar a su sombra y
compartir su alimento.

5. - Calixto Oyuela

(1857-1935)

Natural de Buenos Aires, doctorado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, fué por largos años profesor prestigioso de literatura y filosofía. La Academia Española reconoció sus méritos, nombrándole miembro correspondiente, y la Argentina de Letras le tuvo por primer presidente hasta su muerte. Oyuela será siempre en el Plata la encarnación de la forma clásica, castiza, sobria, ática y serena, y del fondo macizo a la par. Tuvo dotes eminentes de humanista, crítico, preceptista, ensayista y poeta. Muy bien dijo D. Carlos Obligado en el discurso con que, en representación de la Academia Argentina, dió el adiós a los restos mortales de Oyuela: "No era sólo un primoroso escritor de versos: era un poeta de verdad; y en cierto número de composiciones que resplandecerán vencedoras del tiempo, fué un poeta de primer orden entre los argentinos. Fácil les será a quienes no tienen ojos sino para las últimas modas en materia de arte, tan intolerantes como efímeras, desdeñar la lírica de Oyuela en su, por lo visto, ar-

caica limpidez. Pero quien nos ha legado, además de una insuperable traducción íntegra de Leopardi, aquellas varias joyas de poesía íntima, filosófica y civil; quien concibió y dió música celeste a ciertas Elegías en memoria de sus hijos Carmencita y Carlos, puede, como poeta, descansar tranquilo: si su recuerdo se



Calixto Oyuela

obscurece alguna vez, será para brillar mejor en cuanto pase la nube. . . * Las poesías de Oyuela léense reunidas en *Cantos* (91), *España* (98), *Nuevos cantos* (905), *Cantos de otoño* (924), *Cantos nocturnos* (933), etc. Suele achacársele escasa fuerza emotiva. Sus producciones en prosa más dignas de mención son: *Elementos de teoría literaria* (85) con más de 30 ediciones, *Estudios y artículos literarios* (89), *Crónicas dramáticas* (84), *Lecturas selectas* (910), la magnífica *Antología poética hispanoamericana* (919) en tres tomos dobles con enjundiosos estudios críticos de cada autor, etc.

Patria

¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura cuanto de grande y dulce el mundo encierra: del casto hogar la íntima ventura, la gloria conquistada en santa guerra,

fe y costumbres, artística hermosura, la ley severa que al malvado aterra, el monte, el río, el ave en libre vuelo, el campo inmenso, el esplendor del cielo.

¡Oh tú, entre todas las que el mundo ostenta, rica, joven y hermosa patria mía, que al gran rumor del Porvenir atenta, himnos entonces al naciente día!
¡Tú, en cuyo noble rostro la opulenta llama del sol gozosa se extasia, y altiva llevas, con vigor sereno, toda el alma de América en tu seno!

¡Qué limpio y claro resplandor de gloria bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente, para anunciar el sol de la victoria, que alzaba en los espacios su áurea frente! Sol, cuya lumbre, a engrandecer tu historia, de San Martín la espada hiriendo ardiente, desde las amplias márgenes del Plata al imperio del Inca se dilata.

Digno heroísmo, a fe, de los tesoros que derramó en tus ámbitos Natura: tus grandes ríos al rodar sonoros cantan tu gloria y copian tu hermosura. Manan riquezas tus abiertos poros, todo, fulgente, tu destino augura, que Dios en ti arrojó, al trazarte en grande, la Pampa, el Guaira, el Paraná y el Ande.

Tu suelo hospitalario, abierto al mundo, a noble lid la humanidad convida. Y de las razas al hervor profundo, más amplia actividad brilla encendida; al raudal de tu espíritu, el fecundo torrente universal da ímpetu y vida, brindas al mundo hogar, estadio abierto, y él te recibe en su inmortal concierto.

¡Feliz si logras en tan gran torneo incólume salvar tu íntima esencia! Tu tradición gloriosa es el trofeo mayor de tu ventura y tu opulencia. Fe y amor de tu raza, alto deseo, iluminen por siempre tu existencia, y cuanto engarce en ti sér y destino cñia luciente nimbo de argentino.

Ya a coronar tu frente vencedora la nueva edad resplandeciendo viene, y a recoger la herencia que atesora la gloriosa Europa te previene. Tú harás que fresca en ti, fecundadora, la inmensa fuente de la vida suene, y que el puro pensar, que hoy muerde el suelo, flote otra vez en el azul del cielo.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante de respeto y de amor mi alma llena, y en estrechar me gozo en todo instante la que me enlaza a ti dulce cadena. ¡Pueda mi vida en tu regazo amante, consagrada a tu bien, pasar serena, y al recibirme al fin la muerte amiga, tu sol contemple y tu esplendor bendiga!

* "Boletín de la Academia Argentina de Letras", tomo III, núm. 10, pág. 115.

6. - Leopoldo Lugones

(1874-1938)

Natural de Río Seco (Córdoba), vino a Buenos Aires en 1895, y aquí conoció a Rubén Darío y se dió a conocer él mismo como periodista de fuste. Fué empleado de Correos y Telégrafos, Inspector General de Enseñanza Secundaria (1900-902) y, desde el 15 hasta su muerte, Director de la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación. Autodidacto típico, completó su ansia de saber multiforme con frecuentes viajes. Por la rara movilidad y curiosidad de su espíritu, su existencia fué una evolución constante en todos los órdenes: político, social, literario, religioso, según quedarán testimoniándolo sus escritos. Horacio Rega Molina, en uno de sus sensatos artículos críticos*, ha podido afirmar: "Rubén Darío, indisciplinado, fué siempre el mismo hombre. Lugones, disciplinado, no fué nunca dos veces Lugones". Su pluma fué singularmente fértil. Trató los temas más dispares, aunque no siempre con igual dominio y profundidad. Escribió en verso *Las montañas del oro* (97), *Los crepúsculos del jardín* (905), *Lunario sentimental* (909), *Odas seculares* (10), de sabor horaciano y virgiliano, *El libro fiel* (12), *El libro de los paisajes* (17), *Romanero* (24), *Poemas solariegos* (28), etc., y en prosa: *El imperio jesuítico* (4), *La guerra gaucha* (5), *Prometeo* (10), *Didáctica* (11), *Historia de Sarmiento* (11), *Mi beligerancia* (17), *Rubén Darío* (19), *Estudios helénicos* (24), varias letras de un interesante *Diccionario etimológico del castellano usual*, etc. Es innegable la virtud asimilativa de Lugones, influido particularmente por Víctor Hugo, Baudelaire, Verlaine, Walt Whitman, Edgar Poe, Laforgue, Herrera Reissig, etc.; pero siempre hay en la obra lugoniana un sello inconfundible de individualidad genial. Romántico a lo Víctor Hugo primero, corifeo luego del modernismo argentino, acabó mostrando aficiones clásicas decididas. Su influencia en la generación literaria contemporánea de su país y de América ha sido poderosa. La crítica no ha sido unánime en la apreciación de su

labor. En 1912 Roberto F. Giusti, expresando lo que pensaban muchos otros, escribía** : "Lunario sentimental es un libro heterogéneo, atormentado, sin espíritu propio; un fatigoso esfuerzo de resolución de dificultades; un ejercicio retórico infecundo para el arte verdadero y perdurable. Y lo mismo dígame, salvo par-



Leopoldo Lugones

tes aisladas, de la obra restante de Lugones. Ella puede deslumbrar por un momento; mas acaba luego por disgustar y entristecer, cuando se piensa en el malogramiento de energías inútiles que representa. ¿Qué elementos encierra de belleza serena y eterna? Ninguno. ¿Qué valor ético tiene? Ninguno... Repetidor a distancia de unos siglos de la esteril hazaña de Góngora, no ha sabido, como lo hubiera deseado, borrar de su obra su característica más pronunciada: el artificio". En 1919, Cejador*** denuncia los graves defectos de Lugones, pero lo proclama "uno de los cinco o seis grandes temperamentos poéticos nacidos en la América del Sur". En 1934 lo juzgaba así Federico de Onís****: "Su poesía

** En "Nuestros poetas jóvenes".

*** "Historia de la lengua y literatura castellana", T. XI.

**** "Antología de la poesía española e hispano-americana".

* De "Autores y Libros" en "El Mundo" de 21 de febrero de 1938.

ofrece una rica y variada evolución. Esta variabilidad ha hecho que se la tache de poesía imitativa de modelos diversos, nacida del afán de novedad, guiado por una técnica experta de escritor. Este juicio tan repetido... nos parece equivocado e injusto. Precisamente esta capacidad proteica de mostrarnos diversas caras siendo siempre él mismo, de ensayar con éxito los más diversos modos de poesía sonando siempre con timbre personal, es lo que le da un lugar aparte y superior al de los demás grandes poetas americanos de la época del modernismo — cada uno de los perfectos en una sola cuerda — y lo que le pone en el plano de poeta completo, juntamente con Rubén Darío, de quien, por otra parte, es tan distinto... Su arte — tanto en la grandilocuencia romántica de *Las montañas del oro*, como en los refinamientos decadentes de *Los crepúsculos del jardín*, la ironía extravagante de *Lunario sentimental*, la serenidad tradicional de las *Odas seculares*, la límpida sencillez de *Romancero* o la llaneza vernacular de *Poemas solariegos* — es siempre un arte culto, "culterano", diríamos más bien usando el viejo término clásico, en el que el amaneramiento es natural y hasta el prosaísmo es afectado y complicada la sencillez. Es un arte intelectual, de fría pasión y esfuerzo heroico, de rebuscada y sabia expresividad. Todo esto no puede parecernos defectuoso ahora que domina en la poesía una nueva forma de culteranismo literario, hacia la cual nadie ha avanzado más en América que Lugones, quien en rigor es un postmodernista que — aunque lo rechacen los jóvenes — enlaza en América el modernismo con las nuevas tendencias literarias".

Siguen algunas muestras de varias épocas o maneras lugonianas:

a) De LUNARIO SENTIMENTAL

Para muestra de la manera que usa Lugones en este libro, van algunas cuartetos de su dedicatoria.

A mis cretinos

Señores míos, sea
la luna perentoria,
de esta dedicatoria
timbre, blasón y oblea.

De ella toma, en efecto,
con exclusivo modo,

tema, sanción y todo
mi lírico proyecto...

Hada fiel que mi dicha
con sus hechizos forja,
es moneda en mi alforja
y en mi ruleta es ficha.

Astronómica dama,
o íntima planchadora
que en milagro a deshora
plancha en blanco mi cama.

Oca entre sus pichones,
con las estrellas; joya
del azar; claraboya
de mis puras visiones...¹

NOTA: ¹ La osadía de las metáforas e imágenes va aumentando con las páginas.

b) Las cigarras¹

I

Con la aurora estival rompe su coro.
La seda azul del sueño hacen harnero.
Cascales del sol cuyo pandero
las despilfarra en cáscaras de oro.

Asolando las mentas y las malvas,
el creciente calor flagra su dardo,
y cada una, así herida, es un petardo
con que gasta el amor pólvora en salvas.

Bajo la paz del campo que se dora
como el pan, al rescoldo de la siesta,
parece que el estío en ellas tuesta
sus gárrulas castañas a deshora.

Dando al clásico ripio el "vano alarde"
de habernos aturrido todo el día,
en su ya fatigado són chirría
la lejana carreta de la tarde.

Quando en quietud de especular² laguna
el plenilunio cálido alucina,
entorchan su bordón de plata fina
para el laúd ebúrneo de la luna.

Y todavía, en obstinado roce,
la más ronca y urgente del enjambre,
finge con su timbal cascado alambre
de péndola que está por dar las doce...

III

Fútil cantora, sonora cigarra,
en la alegría de tu aire pueril,
crispa su prima sutil mi guitarra,
bate su parche mi azul tamboril.

NOTAS: ¹ De "El libro de los paisajes". — ² Voz derivada de *spéculum*, espejo, es un arcaísmo que significa transparente, diáfano, reflector.

c) La marcha del príncipe¹

Manda la espada:
Redoblen potentes tambores la marcha profunda;
y estampe con cuádruple hierro² su ritmo el corcel.
Un gozo de altiva belleza los pechos inunda,
y al paso de Italia desgaja su fronda el laurel.

Dice la Patria:

¡Italia, las manos! Y en ellas la ofrenda argentina que en blanco y celeste asegura pureza y honor.

¡Italia, las manos! Y en ellas la fuerza latina, y en ellas la espada romana del mismo tenor.

Dice la Gloria:

¡Las bocas, Italia! Y en ellas el ósculo santo que muerde en el hacha y aprieta en el nudo del Haz.

¡Las bocas, Italia! Y en ellas la gracia del canto que en prendas de triunfo promete la dicha y la paz.

Dice el amor:

¡Los ojos, Italia! Y en ellos la luz de tu Cielo, la noche argentina regada de estrellas del Sud.

Los ojos oscuros que exaltan poético anhelo, los ojos azules que sueñan divina quietud.

Canta el bronce:

Retemple en las almas la marcha vibrante osadía. Encrespe el galope los altos penachos de crin.

La espada desnuda relumbre su heroica alegría, y el himno de Italia requinte glorioso el clarín.

NOTAS: ¹ El aire general de esta composición recuerda "La marcha triunfal" de Rubén Darío. V. pág. 207. Debe de haberla escrito Lugones con motivo de la visita hecha a la Argentina por el Príncipe Heredero de Italia, Humberto de Saboya. — ² El que se pone a los cascos de la cabalgadura.

ch) El chingolo ¹

Quando el campo está más solo y la casa, en paz, abierta, aparece por la puerta, muy sí señor ², el chingolo.

Viene en busca de una miga o la paja de la escoba, que, ciertamente, no roba, porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral, y solícita permiso, con un gritito conciso como picza de cristal.

El sol, con larga escobada lo desfloca ³ en áureo estambre, y en un transparente alambre trueca su pata delgada.

Otro salto, y ya está adentro, y en el haz de sol avanza, pues no excluye su confianza, la idea de un mal encuentro.

Su ropita pastoril la gracia un lindo copete. (Si el cardenal es cadete, él es conscripto gentil).

Capa gris con caperuza; camisa y corbata blancas; chaleco café que en francias negligencias se descruza.

Aunque trasluce su forro, bien le sienta aquel modelo, y un vivo de terciopelo le orilla de negro el forro.

Pálida espina de sol pule su pico de cuerno, y le brilla, ufano y tierno, el ojo de charol.

En la ladera de cuarzo del camino que se ahonda, bajo una mata redonda anida de Agosto a Marzo.

Su cesto de cerda y paja coloca al lado del Norte,

a fin de que así soporte viento y lluvia con ventaja.

Y despistando al gandul con artificios sencillos, pone sus tres huevecillos crispidos ⁴ en fondo azul.

En la honda siesta de llama, o en el crepúsculo frío su *Curí... curí qui quío...* alegra la áspera rama.

Y todavía a deshora, cuando las noches son bellas, al amor de las estrellas sueña cantando la aurora.

Bajo la estación más cruel que las campiñas abruma, de su bolita de pluma brota un trino humilde y fiel.

Ya no abandona el contorno de la casa solariega donde como un chico juega sobre el mortero y el horno,

y como es tan poco esquivo, en la misma troja ⁵ acampa, o el afrecho de la trampa va a escarbar intempestivo.

O en el pajizo capuz del adormilado alero, se disfraza de jilguero con el oro de la luz.

O con valeroso alarde su postrer gorjeo empina sobre la espléndida ruina del palacio de la tarde.

En el primer desprecio primaveral, con qué gracia su flor anuncia a la acacia, pinta su guinda al cerezo...

Ya de afrecho se atiborra, rondando a la molendera, con lo que, de esta manera, le ayuda a hacer mazamorra ⁶.

Ya entre los pollos pulula, ya escudriña los cacharros,

y es vecino de los carros donde le hace pan la mula.

En el silencio y la paz de una estudiosa mañana, se asoma a la escuela aldeana como anunciando solaz.

Curí... curí... Y desde el seto que trenza su verde cinta, trae, en fragancia de quinta, la tentación del asueto.

O en el patio de la escuela, su saltito impertinente parece que eternamente va jugando a la rayuela.

Y ahí ⁷ donde ustedes lo ven, cortés, mas nunca vasallo, erizado como un gallo traba su riña también.

Chingolito de mi vida, que fuiste mi compañero en el tiempo placentero de la inocencia florida.

¡Quién me diera, sin retardo, volver a aquella delicia, como en la estación propicia le vuelve laflor al cardo!

Yo sufro mucho de amor, y cuando estoy triste y solo, quisiera oír al chingolo para calmar mi dolor. ⁸

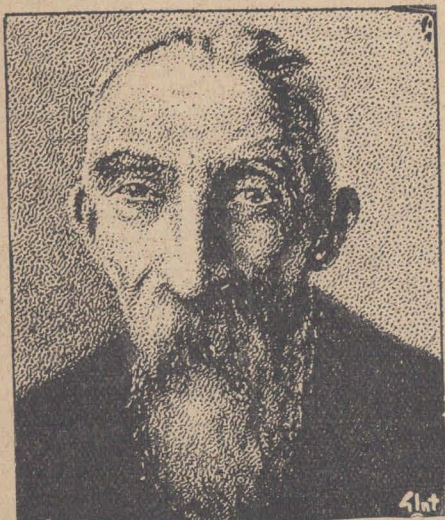
NOTAS: ¹ En algunas partes de América llaman *chingol*, con nombre araucano, a este pajarrillo. — ² *Muy sí señor*: sereno, desembarazado, fresco, orondo. — ³ Sinónimo de *desfleca*. — ⁴ *Salpicados* de manchas. — ⁵ Sobre todo en el campo se usa mucho esta voz, que la Academia califica de anticuada. La forma culta es *troj* y también *troje*, siempre de género femenino. — ⁶ Que se hace del maíz molido y sin afrecho. — ⁷ Pronúnciese *áhi*, por licencia métrica. — ⁸ Se nota luego en estas redondillas un tono de sencillez y transparencia desacostumbrado en composiciones anteriores de Lugones.

B. DRAMÁTICOS

1. - Martín Coronado

(1850*-1919)

Nació en Buenos Aires. Llegó a escribano público y fué jefe de una oficina de Registro Civil. Dióse a conocer como escritor en el periodismo. En 1877 la antigua Academia Argentina le nombró su



Martín Coronado

presidente. Ocupa sitio de honor entre los románticos del Parnaso nacional. Sus *Poesías* (73) muestran que, si en la lírica de carácter patriótico sabe emplear el tono brioso y solemne, en la íntima rebosa delicadeza y emoción sincera y vehementemente. Pertenece en justicia a Coronado el título glorioso de padre del teatro argentino moderno, pues él lo inició y enaltecó con el robusto realismo de sus cuadros criollos, ricos de pinceladas valientes y efusiones líricas de arrebatado contagioso, con que logra a menudo disimular sus defectos de plan o ejecución. Las piezas escénicas más aplaudidas de Coronado son: *La piedra de escándalo* (903), espléndido triunfo del drama nacional con sus más de 500 representaciones seguidas; su continuación, *La charca de don Lorenzo* (917), *Justicia de antaño*, *Cortar por lo más delgado*, etc., de lenguaje siempre aliñado y musical, así

* R. Rojas y algún otro ponen en 1840 la fecha del nacimiento de Coronado; los más en 1850.

eche mano del verso como de la prosa. Oyuela finaliza de este modo su parco y conceptuoso estudio sobre Coronado **: "Cualquiera que sea el juicio definitivo que la labor teatral de Coronado merezca (para mí menos consagrada a la posteridad que su lírica), creo que ella será siempre popular; y ante la miserable prostitución en que nuestra incipiente escena nacional ha caído ***, se alza como un solitario ejemplo de nobleza y distinción moral, de cuño literario, de hermosos versos, que no sólo regalan el espíritu por su música y sus imágenes, por su resonancia lírica, sino también por los sentimientos vigorosos o dedicados que expresan".

a) De JUSTICIAS DE ANTAÑO

La acción se desarrolla en una estancia a orillas del Paraná, hacia fines del siglo XVIII.

ESCENA V. - ACTO II

DON MIGUEL y DON HERNANDO, comandante de un buque de guerra

HERNANDO: (*Entrando.*) Muy buenos días, señor don Miguel.

MIGUEL: (*Volviéndose al oírle.*) Señor Comandante... (*le tiende la mano*) a honra y dicha tengo el recibirle a usted en mi casa. — Ya decía...

(*Le alcanza una silla y se sienta.*)

HERNANDO: La mía se lo prevengo, es visita y despedida.

MIGUEL: ¡Cómo! ¿tan pronto?

HERNANDO: Si; vengo

a anunciarle mi partida.

Será hoy mismo, Dios mediante; el tiempo de aparejar...

Nos tenemos que marchar, la orden es terminante.

MIGUEL: Pero usted me dijo ayer...

HERNANDO: Es que el marino propone, don Miguel, y el rey dispone.

No hay peros contra el deber.

Parece que en Santa Elena prepara una expedición el inglés; y la afición que tiene a la tierra ajena, bien lo pudiera tentar en el Río de la Plata...

Pero aquí está mi fragata, y por Dios ¡le ha de costar!

MIGUEL: Se va usted; mucho lo siento.

HERNANDO: ¿Y yo, don Miguel? ¡Qué bien estaba aquí! — Yo también me marcho con sentimiento. Si hay algo que no da gana

** En "Antología poética hispano-americana", Tomo III.

*** Por el lenguaje de arrabal y el contenido ético menos que dudoso muchas veces.

de soltarle — y eso brota del alma — es un compatriota hallado en tierra lejana. Estando en su compañía, la patria nos acompaña... Sólo por hablar de España con usted me quedaría. — Y luego está la atracción que ejercen estos parajes tan risueños y salvajes a la vez: y el corazón ensancha de tal manera este río Paraná, con sus islas, donde está cautiva la primavera, que a no ser lo que hay en mí de inquietud y amor a España, construiría una cabaña y echaría el ancla aquí. — Vea usted lo que es el mal ejemplo: envidia me inspira la calma que se respira en su casa patriarcal.

MIGUEL: *(Con tristeza.)* Y sin embargo, señor Comandante, en esta casa — ya sabrá usted lo que pasa — tenemos un gran dolor.

HERNANDO: Es verdad, algo he oído de un joven que se ha quitado la vida. — Ése es un pecado que jamás he comprendido. Y aquí menos, ni el contagio lo podría disculpar... Yo no me explico en el mar más suicidio que el naufragio.

MIGUEL: Un suicidio en la apariencia: en realidad, no lo sé, pero suicidio no fué; me lo dice la conciencia. No podía el desgraciado matarse...; nó, no podía; tiene una madre, y creía en Dios.

HERNANDO: Me han asegurado...

MIGUEL: Fué tal vez un accidente, una imprudencia fatal; ¿por qué ha de ser criminal si puede ser inocente? En la duda, no es razón condenarle.

HERNANDO: Ya lo creo. *(Una pausa.)*

MIGUEL: Vea usted, tengo un deseo, que es como una inspiración.

HERNANDO: Comprendo: se necesita saber bien...

MIGUEL: Le han enterrado como infiel, desamparado de la piedad infinita.

Yo quiero, en reparación de tantas humillaciones, llevarle cruz y oraciones, en solemne procesión.

Usted me puede ayudar con sus marinos.

HERNANDO: ¡Oh! sí.

MIGUEL: Será el desagravio así más público y ejemplar.

HERNANDO: Parece que usted quería mucho al muerto.

MIGUEL: Sí, señor; era más que un servidor, un noble amigo. Tenía esa lealtad heredada que une al deber el cariño... Con él, desde que era niño, tengo una deuda sagrada. Su padre fué el fundador de la estancia. En esta inmensa soledad, sin más defensa que su bote y su valor, para cuidar de lo mío alzó con su propia mano el primer rancho cristiano frente al salvaje bravío. Los indios le sorprendieron cuando la grande invasión; quemaron su habitación; todos los peones huyeron y en el monte se ocultaron; sólo él para salvar a todos, quiso pelear: hizo frente, y le mataron.

HERNANDO: ¡Es lástima que no hubiera tropas del rey! — Le prometo, don Miguel, para su objeto, diez hombres, cuando usted quiera.

MIGUEL: Se batió como un soldado, y vendió cara su vida: yo conté por cada herida, un indio muerto a su lado. Junto a su rancho caído el cadáver del valiente, crispado el puño impotente con la rabia del vencido, guardaba aún, en violenta actitud, como el que amaga golpes de muerte, la daga rota, mellada y sangrienta.

HERNANDO: *(Poniéndose de pie, con entusiasmo.)*

Diez hombres le prometa, don Miguel; muy pocos son: para hacer la procesión, le doy una compañía.

b) En la Pampa

El sol se ha puesto. Señolienta y vaga tiembla la luz, como el postrer latido de la vida del astro, que se apaga sobre el pardo horizonte enrojecido.

Sola está la llanura. Allá en la loma un ombú de amplia copa se levanta, guardián severo que la frente asoma bajo la inmensidad que lo agiganta.

A través del desierto, un hombre altivo que marcha en su corcel a la ventura siempre inquieto, y errante, y fugitivo, avanza paso a paso en la llanura.

Ec el gaucho, el espíritu salvaje, ebrio de luz, de libertad, de vuelo; la figura grandiosa de un paisaje que no tiene más límite que el cielo.

Lleva suelta la rienda, y la cabeza sobre el cuello del potro reclinada; actitud en que alienta su grandeza, ¡soñando glorias de la edad pasada!

De pronto se detiene; alza la frente, y observa en derredor: la sombra avanza. El gaucho se descubre lentamente y reza la oración de la esperanza.

Después... sus ojos buscan sin reposo, de alguna estrella el resplandor incierto; clava la espuela al potro vigoroso, y se pierde en la sombra del desierto.

2. - Gregorio de Laferrère (1867-1913)

Nació en Buenos Aires. Alternó sus aficiones de hombre de club con las de político y de escritor recatado. Era diputado nacional, cuando en 1904 sorprendió a todos, como súbita revelación, con



Gregorio de Laferrère

su aplaudida comedia *Jettatore*, con que se propuso ironizar la superstición de muchas gentes. A ésta siguieron otras cuatro piezas también muy celebradas: *Locos de verano* (5), *Bajo la garra* (7), *Las de Barranco* (8) y *Los invisibles* (11), en cada una de las cuales presenta algún aspecto caricaturesco de la vida personal o social. Su obra tiene sello inconfundi-

ble de espontaneidad, realismo e ingenio; pero sus personajes, si bien entablan diálogos de rara vitalidad, no están perfilados con vigor psicológico y se repiten en las diversas comedias. Ricardo Rojas ha escrito *: "Sus piezas no dejan el recuerdo de un protagonista, sino de un ambiente con el conjunto humano que lo concreta y representa... Laferrère es un pintor de ambientes domésticos, en los cuales los tipos son apenas notas de color local, y no es un creador de caracteres humanos... En general, sus comedias carecen de una fábula pasional de esas que dan interna unidad a las escenas o misteriosa profundidad a las almas... Es necesario reconocerle las virtudes, que eran sus fuerzas dentro de su limitación. No incurrió en las groserías del sainete plebeyo, no abusó del enredo «vaudevillesco**», no barbarizó el lenguaje, aunque copió las formas orales del habla porteña. Observador sagaz, sorprendió en la vida cotidiana los gestos expresivos de ciertas taras superficiales, y mediante ellas estilizó al supergajo, al tilingo***, al vivo, al loco lindo... Con tales elementos urbanizó la comedia, y hasta podemos decir que, siendo muy argentina por su psicología y su lenguaje, la hizo accesible a los extraños".

De LAS DE BARRANCO

ARGUMENTO: Esta pieza en cuatro actos ha sido calificada por R. Rojas de "comedia de la familia guaranga, cuya historia grotesca termina en drama". De Juan Pablo Echagüe, es esta síntesis: "La señora de Barranco (D^{ña} María) ha quedado viuda, con tres hijas (Manuela, Pepa y Carmen), de un pundonoroso capitán cuyo retrato contempla severo desde lo alto de la pared la anarquía y la disolución del hogar que él cimentara. Una exigua pensión dejada por el veterano no basta para sostener aquella casa. En vano la señora de Barranco subalquila piezas a jóvenes solos (Morales, estudiante de medicina; Linares, escritor), que comienzan su brega en la gran ciudad; en vano se ingenia para eludir los más perentorios compromisos pecuniarios con mentiras y dilaciones; en vano, perdida la vergüenza y caída casi en la abyección, la lamentable mujer se esfuerza por sostener, ya sin escrúpulos, la morada en derrumbe. Imposible. Cada día se desmorona junto con la casa el sentido moral de sus habitantes. Sólo Carmen ha salvado hasta entonces su rectitud de principios. Y es precisamente a Carmen a quien su madre se obstina en utilizar como anzuelo para pescar recursos... La miseria ha concluído por roer como una carcoma todo sentimiento delicado y noble en el corazón ya por naturaleza seco y egoísta de la repugnante vieja. Entretanto la tempestad arceja. La situación se torna más y más insostenible. Carmen, que ama a uno de los jóvenes inquilinos de la casa (Lina-

* "La literatura argentina: Los modernos" II, c. 20.

** Adjetivo derivado de la palabra "vaudeville" con que se designa una especie de zarzuela cómica de cuño francés.

*** Persona simple y ligera, que habla muchas tonterías.

res) y es amada por él, se resiste implorante a prestarse a los manejos de la viuda implacable y tiránica en sus imposiciones. Hasta que sobreviene el hundimiento total. Un día Carmen, cansada de luchar, huye... Cuando la señora de Barranco lo sabe, instantes después, sale corriendo detrás de su hija, todavía cercana sin duda, llamándola angustiada: "¡Carmen! ¡Carmen! Carmen!" La escena ha quedado sola. Desde lo alto del muro, el capitán Barranco mira cejijunto el cuarto solitario. A su vera, un cuadro donde la familia conservaba como emblemática reliquia las charreteras, las medallas, los cordones del Paraguay del pundonoroso veterano, parece hacer causa común con él para condenar, tristemente indignados ambos, lo que está pasando. "¡Carmen! ¡Carmen! ¡Carmen!" la voz de la señora de Barranco se oye fuera cada vez más lejana y afligida. De repente el viejo cuadro de las charreteras y los cordones, el antiguo símbolo del intachable honor del capitán Barranco, se desprende de la pared y rueda sobre la escena desolada. "¡Carmen! ¡Carmen!" Ahora sólo llega a la platea, desmayado y casi gemebundo, el eco de la voz que llama a la fugitiva... Y el telón desciende lentamente". Y nuestro ilustre crítico teatral ("Jean Paul", su seudónimo) acaba sintetizando así su sentir: "La comedia del señor Laferrère es una larga carcajada mojada al final por una lágrima. Lo repetimos: es su mejor obra. ¡Qué observación tan justa, qué alegría tan franca, qué emoción tan sutil las que hay en ella!"

1. Una madre y unas hijas

Muestra esta escena del primer acto lo que son las de Barranco. Carmen protesta contra un procedimiento indelicado que acaba de proponerle su madre, y ésta así la humilla:

D³ MARÍA: ¡Sos el retrato de tu padre padre¹!... (*Mira al óleo del capitán.*) ¡Así era él también!... ¡Y así le fué!... Tenía tus mismas ridiculeces y se le llenaba la boca con las mismas pavadas... "¡El capitán Barranco no se vende!... ¡El capitán Barranco no se humilla!... ¡El capitán Barranco cumplirá con su deber!..." Y el capitán Barranco, entre miserias y privaciones... terminó en un hospital... porque no había en su casa recursos para atenderlo... ¡Eso es lo que sacó el capitán Barranco con sus delicadezas!... Pero la viuda del capitán Barranco es otra cosa... ¡Entendélo bien! No vive de ilusiones... Sabe que tiene tres hijas que mantener... ¡tres zánganas!... ¡a cuál más inútil!... que se lo pasan preocupadas de moños y composturas... mientras la pobre madre tiene que buscarse como Dios le ayude el zoquete diario que han de llevarse a la boca para no morir de hambre!... ¡Por eso también, la viuda del capitán Barranco sabe lo que tiene que hacer!... Y ahora lleve adentro esas blusas² y ¡cuida-

do que cuando venga Rocamora no le dé Ud. las gracias con toda amabilidad!... *Andá* a ver primero quién golpea... (*Vase Carmen.*) Pero ¡miren cómo han puesto el suelo de papeles!... ¡Si no digo!... ¡Esas haraganas no sirven para nada!... (*Gritando.*) ¡Manuela!

MANUELA: (*Dentro.*) ¿Qué quiere?...

D³ MARÍA: *Vení* para acá...

MANUELA: No puedo... Me estoy haciendo los rulos³...

D³ MARÍA: Yo te voy a dar rulos, sin vergüenza!... ¡*Dejá* no más!... *Decíme*... ¿le prendieron el cabo de vela a San Antonio?

MANUELA: (*Dentro.*) No sé... Yo le dije a Pepa... ¡Pepa! ¡Te llama *mama*⁴!... (*Aparece D^a Rosario precedida de Carmen.*)

CARMEN: *Mama*... Esta señora viene por la pieza desalquilada...

D³ MARÍA: Pase adelante, señora; pase adelante.

D³ ROSARIO: Sí, señora; como vi papel⁵ en el balcón...

MANUELA: (*Dentro.*) ¡¡Pepa!!

D³ MARÍA: Sí... sí... Tome Ud. asiento...

D³ ROSARIO: Pero me dice esta señorita que la pieza es muy chica...

D³ MARÍA: ¿Chica?... ¿Qué ha de ser chica, señora?... (*Mira furibunda a Carmen.*) Ya lo verá Ud... *Andá, abrila*, que en seguida vamos nosotras... (*Carmen vase.*)

MANUELA: (*Dentro.*) ¡Pepa!... ¡Te digo que te llama *mama*!

D³ MARÍA: Pues ayer precisamente quedó desocupada...

MANUELA (*Dentro.*) ¡Bueno, a mí qué me importa!... ¡Yo te digo lo que dice ella!...

D³ MARÍA: Durante mucho tiempo ha vivido la viuda de un coronel... ¡Como ésta es una casa tan tranquila!... No tengo sino otro inquilino, un estudiante de las provincias...

MANUELA: (*Dentro, más alto.*) Más zonzona serás vos... ¿entendés?...

D^a MARÍA: (*Nerviosa.*) Estudiante de medicina, ¿sabe?... De medicina...

MANUELA: (*Dentro.*) ¡La idiota sos vos!... ¿Qué te has creído?

D^a MARÍA: (*Tono de reconvencción.*) ¡Manuela!

PEPA: (*Dentro, más lejos.*) ¿A qué no me lo repetís?

D^a MARÍA: ¡¡Niñas!!

PEPA: (*Dentro, acercándose.*) ¡Guaranga!

MANUELA: (*Dentro.*) ¡Estúpida! (*Grite-ría.*)

D^a MARÍA: Discúlpeme Ud... ¡Niñas! ¡Niñas!...

PEPA: (*Aparece bruscamente y alterada.*) ¿Es cierto que Ud. me llama?... (*Sorpre-sa por la visita.*)

D^a MARÍA: Esta señora viene a alquilar la pieza.

PEPA: Perdone, señora... ¡estábamos jugando!

MANUELA: (*Apareciendo muy sofocada y con la cabeza llena de papelitos.*) ¡Mentira, mama!... ¡ha sido ella!... (*Detiénese confusa.*)

CARMEN: (*Apareciendo.*) Ya está abierta la pieza. Pueden pasar.

D^a MARÍA: Son mis tres hijas... ¿Quiere que pasemos?...

D^a ROSARIO: Vamos, señora... (*Vanse;* *D^a María, sin que la vea D^a Rosario, hace señas de amenaza a sus hijas.*)

PEPA: (*A Manuela.*) Ahí tenés lo que has sacado... ¿ves?...

MANUELA: (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Oh!... ¿Y acaso tengo yo la culpa?... ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

CARMEN: ¿Qué ha sucedido?

PEPA: Esta guaranga que se puso a gritar... haciendo un escándalo que ha oído esa vieja...

CARMEN: ¡Ustedes siempre lo mismo!... ¿Cuándo acabarán estas cosas?

PEPA: ¡Adiós!... ¡Ya salió la ótra!... (*Irritada, a Carmen.*) Pero, decíme... ¿Qué

es lo que te has figurado?... ¡Cualquiera diría que te creés mejor que las demás!

MANUELA: (*A Pepa, tomándola de un brazo.*) ¡Déjala, mujer!... ¡Si es una romántica!

PEPA: (*Resistiéndose.*) ¡Nó!... ¡Es que yo estoy hasta aquí... (*Pasándose un dedo por la frente.*) de las pavadas de ésta!

MANUELA: Bueno... déjala... No hay que hacerle caso...

PEPA: ¿Qué se habrá creído esta infeliz?... (*Mira despectivamente a Carmen de arriba abajo.*)

MANUELA: (*Reparando en los botines de Pepa.*) Che⁶... che... che... ¿y esos botines?

PEPA: ¿Qué te importa?

MANUELA: ¿Cómo qué me importa?... ¡Ya te he dicho que no quiero que te pongás mis botines!...

PEPA: ¡Oh!... ¡no seas zonza!

MANUELA: ¡Es que te los vas a sacar!

PEPA: Mira, ¿eh?... ¡No me vengás con cuestiones... (*Vase.*)

MANUELA: (*Siguiéndola.*) ¡Te digo que me des los botines!... ¡Dame los botines!...

NOTAS: ¹Van en *bastardilla* los vulgarismos o términos de nuestro lenguaje familiar, aun entre personas cultas. A primera vista se advertirá que sobran muchos signos de admiración y puntos suspensivos. He suprimido muchos paréntesis, que son más para los actores; he dejado los más necesarios para el sentido, simplificando algunos. — ²Uno de los regalos alcanzados con sus mañas. — ³Argentinismo no autorizado por la Academia; equivale a rizo. — ⁴El Dicc. lo trae como voz familiar lo mismo que la aguda *mamá*. Entre nosotros, ésta es la culta. — ⁵Que indica alquiler. El término propio equivalente es *albarán*, de origen árabe. — ⁶Argentinismo. Equivale en parte al académico ¡ce!, interjección (del latín *ecce*) con que se llama o pide atención.

2. Rebeldía de la dignidad

MORALES: Aquí le he traído el palco... No encontré bajo, pero es adelante...

CARMEN: ¿Palco?... ¿Qué palco?...

MORALES: Pero... el que me pidió su mamá en nombre suyo...

CARMEN: Yo no le he pedido nada, Morales...

MORALES: ¡Pero si me dijo la señora que Ud. deseaba ir al teatro... y quería que yo le consiguiera localidad!

CARMEN: Es mentira, Morales.

MORALES: ¿Mentira?

CARMEN: ¡Sí!... Mentira... ¡la eterna mentira, que ya me tiene enferma! Son cosas de mi madre... Yo no le he pedido a Ud. nada... ¡Llévese ese palco!

MORALES: Bueno, Carmen, bueno... ¡No es para tanto!... Además tenga en cuenta que yo...

CARMEN: ¡Discúlpeme!... Pero... ¡yo se lo ruego!... ¡Entiéndame Ud. bien!... ¡No quiero que me traiga Ud. nunca nada... y aunque se lo digan... ¿oye?... ¡aunque se lo digan, no lo crea!... ¡Porque si mi madre y mis hermanas... Pero... No hablemos más, Morales...

MORALES: Sí, Carmen, sí... lo comprendo...

CARMEN: ¡Que hagan lo que quieran!... ¡Pero por lo menos que me dejen a mí!... ¡Que no me mezclen a mí! (*Con desesperación.*) ¡Yo no quiero!... ¡Yo no puedo!...

MORALES: Cállese...

CARMEN: (*Exaltada.*) ¡Es que es de todos los días!... ¡a cada rato!... ¡usted lo sabe!... ¡es con todos!... ¡con todos los que vienen a esta casa!... ¡Ah!... ¡Si supieran el efecto que me hacen estas cosas!... ¡Si supieran cuánto me duelen!... ¡Cómo me lastiman!... ¡todo lo que sufro!...

C. PROSISTAS

1. - Domingo Faustino Sarmiento

(1811-1888)

Sanjuanino, dependiente de comercio, maestro, periodista, político antirrosista, emigrado, viajero, soldado, senador, gobernador, diplomático, presidente de la República, es una figura excelsa y originalísima en la historia literaria argentina y americana. Arrebatado casi siempre por súbita inspiración o por necesidades circunstanciales, compuso innumerables escritos, que forman un total de 52 volúmenes. El conjunto es una mole imponente, compleja, heterogénea, índice inequívoco de múltiple y privilegiado ingenio. Analizando la obra, se echa luego de ver que no todo en ella es oro: en efecto, aparecen desigualdades, in-

correcciones de lenguaje, lagunas y sombras de erudición, desentonos de acometividad bravia, desplantes egolátricos. Pero lo que es oro — y no es escaso, por cierto — lo es de tibar: páginas vibrantes de color, brio, pasión y sinceridad, rasgos geniales de verdad humana, pin-



Domingo Faustino Sarmiento

*turas magníficas de paisajes y de tipos. Toda esa producción es un cabal reflejo de la personalidad prominente del escritor cuyo, mezcla de tanteos, errores y aciertos; obra de improvisación de un talento naturalmente vigoroso y sagaz, pero que no fué ni pretendió ser un verdadero artista de la palabra, ni pensador de escuela, ni un sabio, porque fué un simple autodidacta, que careció de maestro que encauzara el torrente de sus raras aptitudes. Las obras maestras de Sarmiento son: **Facundo o Civilización y barbarie** (45) y **Recuerdos de provincia** (50). Valiosas son también: **Viajes** (46-48), **Educación popular** (49), **Argirópolis** (50), etc. Sorprendióle la muerte en la Asunción del Paraguay, donde había pensado hallar remedio para su salud quebrantada.*

a) De FACUNDO

Ricardo Rojas lo llama "panfleto político contra Rosas" y también "poema épico de la montonera". Original, como todo lo sarmientesco, tiene de historia, de novela, de epopeya, de lírica, de oratoria, de tratado: de ahí, la multiplicidad de sus tonos. Está dividida la obra en tres partes: la primera es una descripción física y moral de la República Argentina, de cuadros estupendos y retratos que son ya clásicos, como los del rastreador,

del baqueano, del gaucho malo y del cantor; la segunda es la biografía de Quiroga — novelada en parte — y la historia política de la época; la tercera es una diatriba contra Rosas y, al mismo tiempo, un manifiesto político.

1. Caracteres argentinos: el rastreador y el baquiano

En Buenos Aires, sobre todo, está todavía muy vivo el tipo popular español, *el majó*. Descúbresele en el compadrito de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El *jaleo* español vive en el *cielito*¹; los dedos sirven de castañuelas. Todos los movimientos del compadrito revelan al majó; el movimiento de los hombros, los ademanes, la colocación del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los colmillos, todo es un² andaluz genuino.

Del centro de estas costumbres y gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional. Yo quiero sólo notar aquí algunos que servirán para completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguir las de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío³. Ésta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. "Aquí va, dijo luego, una mulita mora, muy buena... Ésta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer..." Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mo-

ra, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto, que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y nó un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe⁴ en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos lo tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada, que para ótro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: "¡Éste es!" El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: "Ya no valgo nada; ahí están los niños". Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que durante un viaje a Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después Calíbar re-

gresó, vió el rastro ya borrado e imperceptible para otro ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después Calíbar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa y encuentra su montura, ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. ¡Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años! El año 1830 un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque, comprometido Calíbar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todas los accidentes⁵ del suelo para no dejar huellas; cuabras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas, cruzaba un sitio y volvía para atrás. Calíbar lo seguía sin perder la pista; si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: "¡Dónde te *mi-as-dir* ⁶!" Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: "Por aquí ha salido; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican." Entra en una viña; Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: "Adentro está". La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. "No ha salido", fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1830 algunos presos políticos intentaban una evasión: todo estaba preparado, los auxiliares de fuera prevenidos; en el momento de efec-

tuarla, uno dijo: "¿Y Calíbar? — ¡Cierto! contestaron los otros anonadados, aterrados, — ¡Calíbar!" Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es éste del rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!

Después del rastreador, viene el *baquiano*⁷, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baquiano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.

El baquiano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baquiano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. Él sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él⁸ conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo más obscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin

límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta⁹, se inclina a tierra, examina algunos matorrates y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en dereceras¹⁰ de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur", y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los ótros

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la obscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, los masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

Si el baquiano lo es de la pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baquiano se pára un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa a galopar con la recitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y, galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baquiano anuncia también la proximidad del enemigo, esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos, y, por su espesor, cuenta la fuerza: "Son dos mil hombres", dice; "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un

simple animal muerto. El baquiano conoce la distancia que hay de un lugar a ótro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más, una senda extraviada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡Nó! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baquiano, que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baquiano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruído a pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante. (*Parte I, cap. II.*)

NOTAS: ¹El cielito es un baile, con su música, en que las parejas asidas todas de la mano forman un corro, mientras una de ellas actúa en el centro para ser luego sustituida sucesivamente por cada una de las ótras. — ²Sobra este artículo: todo es andaluz genuino, o dígase: todo es de andaluz genuino. — ³Hoy es más usual decir: cargado o vacío, sin la preposición de. — ⁴Merecen ser creídas. — ⁵No admite la Academia esta voz por escabrosidades, desigualdades; pero acaba de reconocer a *accidentado* por escabroso, abrupto. — ⁶¿Adónde te me has de ir? — ⁷Está también admitida la forma *baqueano*. — ⁸Galicada es la repetición del pronombre personal sujeto, como él en estas dos cláusulas. — ⁹Puede decirse, y es más común, *desmonta*, como dirá luego *monta* y *nó se monta*, que también sería admisible. — ¹⁰*Derecera* es igual que *derechera*: senda derecha, sin rodeo.

2. Acosado por un tigre en la "travesía"

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*¹. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desam-

parado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles*² de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo una vez lugar³ la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que⁴ un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar al tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chancho⁵, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era

preciso apretar el paso, correr en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarró de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y, levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante⁶ que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía

próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre, *empacado*⁷ y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. "Entonces supe lo que era tener miedo", — decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso. (*Parte II. cap. I.*)

NOTAS: ¹En esta acepción de región vasta, desierta y sin agua, la voz *travesía* es un argentinismo que registra ya el diccionario de la Academia. — ²Chifle: "Asta de animal vacuno, regularmente de buey, donde lleva agua u otro líquido el viajero: va agujereada en la punta, como para gorgotear a dosis determinada. Regularmente son dos y acollarados se colocan a través del recado" (L. Segovia). — ³Tener lugar por acontecer, verificarse, no es frase castiza. La Ac. la trae como sinónimo de *tener cabida*, equivalente a *teter valimiento*. — ⁴Porque, pues. — ⁵Voz que registra el Dicc. como americanismo. En España corre *cerdo*, *puerco*, *cochino*, etc. que privan también en nuestro lenguaje culto. — ⁶Lo usual es *aterrador*, *aterradora*. — ⁷Voz registrada como americanismo por plantado, enclavado en un lugar, refiriéndose a animales. Se aplica luego a las personas tercas y ceñudas.

3. Retrato de Facundo

Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior, el general don Facundo Quiroga, el excelentísimo brigadier general don Juan Facundo Quiroga, todo eso vino después, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles; Facundo, pues, era de estatura baja y fornido; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los pómulos, bastan-

te pronunciados¹, para descubrir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquéllos en quienes alguna vez llegaban a fijarse, porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá² de Monvoisín... Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne³ el genio de la Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto⁴. La sociedad en que nacenda a estos caracteres la manera especial de manifestarse; sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son en ótras, su mancha, su oprobio. (*Parte II, cap. I.*)

NOTAS: ¹Galicismo por *abultado*, *saliente*, *notable*, *fuerte*, etc. — ²Retrato notable del pintor francés Raimundo Augusto Quinsac, llamado *Monvoisín* (1790-1870), que estuvo un tiempo en Buenos Aires pintando cuadros de costumbres, como *El gaucho*, *El soldado de Rosas*, etc. y retratos, como el del Restaurador. — ³Napoleón Bonaparte. — ⁴El macedón Mohamed-Alí que con los mamelucos peleó contra Napoleón en 1799 y fué luego por largo tiempo gobernador de Egipto.

4. La tragedia de Barranca-Yaco

Sus relaciones con López de Santa Fe, son activas, y tiene además una entrevista en que conferencian ambos caudillos; el Gobierno de Córdoba está bajo la influencia de López, que ha puesto a su cabeza a los Reinafé. Invítase a Facundo a interponer su influencia para apagar las chispas que se han levantado en el Norte de la República; nadie sino él está llamado para des-

empeñar esta misión de paz. Facundo resiste, vacila; pero se decide, al fin.

El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y al subir a la galera, dirige en presencia de varios amigos sus adioses a la ciudad: "Si salgo bien — dice, agitando la mano, — te volveré a ver; si nó, ¡adiós para siempre!" ¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar en aquel momento su faz lívida¹, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector que algo parecido manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías para la campaña que debía terminar en Waterloo?

Apenas ha andado media jornada, encuentra un arroyo fangoso que detiene la galera. El vecino maestro de posta acude solícito a pasarla; se ponen nuevos caballos, se apuran todos los esfuerzos, y la galera no avanza. Quiroga se enfurece, y hace uncin a las varas al mismo maestro de posta. La brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semibárbara.

Vencido aquel primer obstáculo, la galera sigue cruzando la pampa como una exhalación; camina todos los días hasta las dos de la mañana, y se pone en marcha de nuevo a las cuatro. Acompañale² el doctor Ortiz, su secretario, y un joven conocido, a quien a su salida encontró inhabilitado de ir adelante por la fractura de las ruedas de su vehículo. En cada posta a que llega hace preguntar inmediatamente: — "¿A qué hora ha pasado un chasque de Buenos Aires? — Hace una hora. — ¡Caballos sin pérdida de momento!" — grita Quiroga. Y la marcha continúa. Para hacer más penosa la situación, parecía que las cataratas del cielo se habían abierto; durante tres días no cesa un momento, y el camino se ha convertido en un torrente.

Al entrar en la jurisdicción de Santa Fe, la inquietud de Quiroga se aumenta, y se torna en visible angustia cuando en la pos-

ta de Pavón sabe que no hay caballos y que el maestro de posta está ausente. El tiempo que pasa antes de procurarse nuevos tiros es una agonía mortal para Facundo, que grita a cada momento: "¡Caballos! ¡Caballos!" Sus compañeros de viaje nada comprenden de este extraño sobresalto, asombrados de ver a este hombre, el terror de los pueblos, asustadizo ahora y lleno de temores, al parecer quiméricos. Cuando la galera logra ponerse en marcha, murmura en voz baja, como si hablara consigo mismo: "Si salgo del territorio de Santa Fe, no hay cuidado por lo demás". En el paso del Río Tercero acuden los gauchos de la vecindad a ver al famoso Quiroga, y pasan la galera punto menos que a hombro.

Últimamente llega a la ciudad de Córdoba, a las nueve y media de la noche, y una hora después del arribo del chasque³ de Buenos Aires, a quien ha venido pisando⁴ desde la salida. Uno de los Reinafé acude a la posta, donde Facundo está aún en la galera pidiendo caballos, que no hay en aquel momento. Salúdalo con respeto y efusión; suplícale que pase la noche en la ciudad, donde el Gobierno se prepara a hospedarlo dignamente: "¡Caballos necesito!", es la breve respuesta que da Quiroga. "¡Caballos!", replica a cada nueva manifestación de interés o solicitud de parte de Reinafé, que se retira, al fin, humillado, y Facundo parte para su destino a las doce de la noche.

La ciudad de Córdoba, entretanto, estaba agitada por los más extraños rumores; los amigos del joven que ha venido por casualidad en compañía de Quiroga, y que se queda en Córdoba, su patria, van en tropel a visitarlo. Se admiran de verlo vivo y le hablan del peligro inminente de que se ha salvado. Quiroga debía ser asesinado en tal punto; los asesinatos son N. N.; las pistolas han sido compradas en tal almacén; han sido vistos N. N. para encargarse de la ejecución, y se han negado. Quiroga los ha sor-

prendido con la asombrosa rapidez de su marcha, pues no bien llega el chasque que anuncia su próximo arribo, cuando se presenta él mismo y hace abortar todos los preparativos. Jamás se ha premeditado un atentado con más descaro; toda Córdoba está instruída de los más mínimos detalles del crimen que el Gobierno intenta, y la muerte de Quiroga es el asunto de todas las conversaciones.

Quiroga, en tanto, llega a su destino, arregla las diferencias entre los gobernantes hostiles y regresa por Córdoba, a despecho de las reiteradas instancias de los gobernadores de Santiago y Tucumán, que le ofrecen una gruesa escolta para su custodia, aconsejándole tomar el camino de Cuyo para regresar. ¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa? ¿Por qué no toma el camino de Cuyo, desentierra sus inmensos depósitos de armas a su paso por la Rioja y arma las ocho provincias que están bajo su influencia? Quiroga lo sabe todo; aviso tras de aviso ha recibido en Santiago del Estero; sabe el peligro de que su diligencia lo ha salvado; sabe el nuevo y más inminente que le aguarda, porque no han desistido sus enemigos del concebido designio. “¡A Córdoba!”, grita a los postillones al ponerse en marcha, como si Córdoba fuese el término de su viaje⁵.

Antes de llegar a la posta del Ojo de Agua, un joven sale del bosque y se dirige hacia la galera, requiriendo al postillón que se detenga. Quiroga asoma la cabeza por la portezuela y le pregunta lo que se le ofrece: “Quiero hablar al doctor Ortiz”. Desciende éste y sabe lo siguiente: “En las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco está apostado Santos Pérez con una partida; al arribo de la galera deben hacerle fuego de ambos lados y matar en seguida de postillón arriba; nadie debe escapar; ésta es la orden”. El joven, que ha sido

en otro tiempo favorecido por el doctor Ortiz, ha venido a salvarlo; tiénele caballo allí mismo para que monte y se escape con él; su hacienda está inmediata. El secretario, asustado, pone en conocimiento de Facundo lo que acaba de saber, y le insta para que se ponga en seguridad. Facundo interroga de nuevo al joven Sandivaras, le da las gracias por su buena acción, pero lo tranquiliza sobre los temores que abriga: “No ha nacido todavía — le dice con voz enérgica — el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío esa partida mañana se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba. Vaya usted, amigo, sin cuidado”.

Estas palabras de Quiroga, de que yo no he tenido noticia hasta este momento, explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza. Esta explicación me la daba a mí mismo antes de saber que sus propias palabras la habían hecho inútil.

La noche que pasaron los viajeros en la posta del Ojo de Agua es de tal manera angustiosa para el infeliz secretario, que va a una muerte cierta e inevitable y que carece del valor y de la temeridad que anima a Quiroga, que creo no deber omitir ninguno de sus detalles, tanto más cuanto que, siendo, por fortuna, sus pormenores tan auténticos, sería criminal descuido no conservarlos, porque si alguna vez un hombre ha apurado todas las heces de la agonía; si alguna vez la muerte ha debido parecer horrible, es aquélla en que un triste deber, el de acompañar a un amigo temerario, nos la impone, cuando no hay infamia ni deshonor en evitarla⁶.

El doctor Ortiz llama aparte al maestro

de posta y le interroga encarecidamente sobre lo que sabe acerca de los extraños avisos que han recibido, asegurándole no abusar de su confianza. ¡Qué pormenores va a oír! Santos Pérez ha estado allí, con una partida de treinta hombres, una hora antes de su arribo; van todos armados de tercerola y sable; están ya apostados en el lugar designado; deben morir todos los que acompañan a Quiroga; así lo ha dicho Santos Pérez al mismo maestro de posta. Esta confirmación de la noticia recibida de antemano no altera en nada la determinación de Quiroga, que, después de tomar una taza de chocolate, según su costumbre, se duerme profundamente.

El doctor Ortiz gana también la cama, nó para dormir, sino para acordarse de su esposa, de sus hijos, a quienes no volverá a ver más. Y todo ¿por qué? Por no arrosstrar el enojo de un temible amigo; para no incurrir en la tacha de desleal. A media noche, la inquietud de la agonía le hace insoportable la cama; levántase y va a buscar a su confidente: — “¿Duermes, amigo? — le pregunta en voz baja. — ¡Quién ha de dormir, señor, con esta cosa tan horrible! — ¿Conque no hay duda? ¡Qué suplicio el mío! — Imagínese, señor, cómo estaré yo, que tengo que mandar dos postillones, que deben ser muertos también. Esto me mata. Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el ótro... ¿a quién mandaré? ¡A hacerlo morir inocentemente!”

El doctor Ortiz hace un último esfuerzo para salvar su vida y la del compañero; despierta a Quiroga, y le instruye de los pavorosos detalles que acaba de adquirir, significándole que él no le acompaña si se obstina en hacerse matar inútilmente. Facundo, con gesto airado y palabras groseramente enérgicas, le hace entender que hay mayor peligro en contrariarlo allí que el que le aguarda en Barranca-Yaco, y fuerza es someterse sin más réplica. Quiroga man-

da a su asistente, que es un valiente negro, a que limpie algunas armas de fuego que vienen en la galera y las cargue; a esto se reducen todas sus precauciones.

Llega el día, por fin, y la galera se pone en camino. Acompáñale⁷, a más del postillón que va en el tiro, el niño aquel, dos correos que se han reunido por casualidad y el negro, que va a caballo. Llega al punto fatal, y dos descargas traspasan la galera por ambos lados, pero sin herir a nadie; los soldados se echan sobre ella con los sables desnudos, y en un momento inutilizan los caballos y descuartizan al postillón, correos y asistentes. Quiroga entonces asoma la cabeza, y hace por un momento vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión⁸ de Quiroga: “¿Qué significa esto?” recibe por toda contestación un balazo en un ojo, que le deja muerto.

Entonces Santos Pérez atraviesa repetidas veces con su espada al malaventurado secretario, y manda, concluída la ejecución, tirar hacia el bosque la galera llena de cadáveres, con los caballos hechos pedazos y el postillón, que con la cabeza abierta se mantiene aún a caballo. ¿Qué muchacho es éste? — pregunta, viendo al niño de la posta, único que queda vivo. — Éste es un sobrino mío — contesta el sargento de la partida; — yo respondo de él con mi vida”. Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo, y en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gemidos de niño que se ve amenazado de un peligro.

Este último gemido del niño es, sin embargo, el único suplicio que martiriza a Santos Pérez. Después, huyendo de las partidas que lo persiguen, oculto entre las breñas de las rocas o en los bosques enmarañados, el viento le trae al oído el gemido lastimero del niño. Si a la vacilante claridad de las estrellas se aventura a salir de su

guardada, sus miradas inquietas se hunden en la oscuridad de los árboles sombríos para cerciorarse de que no se divisa en ninguna parte el bultito blanquecino del niño, y cuando llega al lugar donde hacen encrucijada dos caminos, le arredra ver venir por el que él deja al niño animando su caballo...

¿Quién es, mientras tanto, este Santos Pérez? Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas. Mientras permaneció el general Paz en Córdoba, acaudilló las montoneras más obstinadas, más rebeldes e intangibles de la sierra, y por largo tiempo el pago de Santa Catalina fué una republiqueta donde los veteranos del ejército no pudieron penetrar. Con miras más elevadas habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser un asesino. Era alto de talle, hermoso de cara, de color pálido y barba negra rizada. Largo tiempo después, perseguido por la justicia, y nada menos que 400 hombres andaban en su busca. Al principio, los Reinafé lo llamaron, y en la casa de Gobierno fué recibido amigablemente. Al salir de la entrevista empezó a sentir una extraña descompostura de estómago, que le sugirió la idea de consultar a un médico amigo suyo, quien, informado por él de haber tomado una copa de licor, le dió un elixir que le hizo arrojar oportunamente el arsénico que el licor disimulaba. Más tarde, y en lo más recio de la persecución, el comandante Casanovas, su antiguo amigo, le hizo significar que tenía algo de importancia que comunicarle. Una tarde, mientras que el escuadrón de que el comandante Casanovas era jefe hacía ejercicio al frente de su casa, Santos Pérez se desmonta y le dice: "Aquí estoy; ¿qué quería decirme? — ¡ Hombre! Santos Pérez; pase por acá; siéntese. — ¡Nó! ¿Para qué me ha hecho llamar?" El comandante, sorprendido así, vacila y no sabe qué decir en

el momento. Su astuto y osado interlocutor lo comprende, y arrojándole una mirada de desdén y volviéndole la espalda, le dice: "¡Estaba seguro de que quería agarrarme por traición! ¡He venido para convencerme, no más!" Cuando se dió orden al escuadrón de perseguirlo, Santos había desaparecido. Al fin, una noche lo tomaron dentro de la ciudad de Córdoba...

El día que lo entraron en Buenos Aires, una muchedumbre inmensa se había reunido en la puerta de la casa del Gobierno.

A su vista gritaba el populacho: "¡Muera Santos Pérez!" y él, meneando desdenosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: "¡Tuviera aquí mi cuchillo!" Al bajar del carro que lo conducía a la cárcel, gritó repetidas veces: "¡Muera el tirano!"; y al encaminarse al patíbulo, su talla gigantesca, como la de Dantón, dominaba la muchedumbre, y sus miradas se fijaban de vez en cuando en el cadalso como en un andamio de arquitectos.

El Gobierno de Buenos Aires dió un aparato solemne a la ejecución de los asesinatos de Juan Facundo Quiroga; la galera ensangrentada y acribillada de balazos estuvo largo tiempo expuesta a examen del pueblo, y el retrato de Quiroga, como la vista del patíbulo y de los ajusticiados, fueron litografiados y distribuídos por millares, como también extractos del proceso, que se dió a luz en un volumen en folio. La Historia imparcial espera todavía datos y revelaciones para señalar con su dedo al instigador de los asesinatos. (*P. II, cap. IX.*)

NOTAS: ¹ Obsérvese la forma sintáctica de este pasaje. — ² De rigor es que este verbo que se refiere a dos sujetos vaya en plural: **acompañante**, a pesar de ejemplos clásicos en contra. — ³ El Dicc. registra sólo **chasqui**. — ⁴ Siguiéndole de cerca, como si fuera: **pisándole los talones**. — ⁵ En la causa criminal seguida contra los cómplices en la muerte de Quiroga, el reo Cabanillas declaró en un momento de efusión, de rodillas, en presencia del doctor Maza — degollado por los agentes de Rosas, — que él no se había propuesto sino salvar a Quiroga: que el 24 de diciembre había escrito a un amigo de éste, un francés, que le hiciese decir a Quiroga que no pasase por el monte de San Pedro, donde él estaba aguardándole con veinticinco hombres, para asesinarlo por orden de su Gobierno; que Toribio Junco — un gau-

cho de quien Santos Pérez decía: "Hay otro más valiente que yo: es Toribio Junco" — había dicho al mismo Cabanillas que, observando cierto desorden en la conducta de Santos Pérez, empezó a acecharlo, hasta que un día lo encontró arrodillado en la capilla de la Virgen de Tulumba, con los ojos arrasados de lágrimas; que, preguntándole la causa de su quebranto, le dijo: "Estoy pidiéndole a la Virgen me ilumine sobre si debo matar a Quiroga, según me lo ordenan; pues me presentan este acto como convenido entre los gobernadores López, de Santa Fe, y Rosas, de Buenos Aires, único medio de salvar la República". (Nota de la edición de 1851). — ⁶ Tuve estos detalles del malogrado doctor Piñero, muerto en 1846, en Chile, pariente del doctor Ortiz compañero de viaje de Quiroga desde Buenos Aires hasta Córdoba. Es triste necesidad, sin duda, no poder citar sino los muertos, en apoyo de la verdad. (Nota de la edición de 1851). — ⁷ V. la nota 2. — ⁸ Pregunta es más correcto que cuestión.

b) De RECUERDOS DE PROVINCIA

Para muchos es, literariamente, superior al **Facundo**. No tiene la arrogancia de éste, pero sí su virtud pintoresca. Le aventaja, sin duda, en sentimiento personal y humano y en el hechizo que ejerce con sus cuadros de apacibilidad provinciana y de dulce nostalgia de horas idas. Gran parte del libro es autobiográfica (infancia, primeras dificultades de la existencia, vida pública, sus luchas, emigración, etc.). Son interesantes las biografías, que pone al principio, de notables familias de San Juan, como las de Mallea, Jofré, Sayavedra, Albarracín, Oro, y las del Deán Funes y del Obispo Quiroga Sarmiento. A ésta siguen las encantadoras páginas de la historia de su madre y del hogar paterno.

1. El hogar paterno (fragmento)

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquélla a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta, para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno, sirvien-

do¹ de dormitorio a nuestros padres, y el mayor de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera nos despertaba² antes de salir el sol, para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia, en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba, de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos. Bajo un durazno corpulento había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de

cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo brillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y varios otros arbustillos florecientes³. Así se realizaba⁴ en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cogidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas al verlas tan maltratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiera orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar, antes que el sol calentase, las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi po-

der la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer, de mi madre, mi codicia ha prevalecido, y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

NOTAS: ¹Que servía. — ²Nos despertaban. — ³Del verbo *florescer*, anticuado. — ⁴Se realizaban.

2. Pedrea memorable (del capítulo *Mi educación*)

Había en casa de los Rojo un mulato regordete que tenía el sobrenombre de *Barrito*; muchacho inquieto y atrevido, capaz de una fechoría. Otro del mismo pelaje, de Cabrera, de once años, diminuto, taimado, y tan tenaz que cuando hombre, elevado a cabo por su bravura, desertó de las filas de Facundo Quiroga con algunos otros, y en lugar de fugarse, tiroteó al ejército en marcha hasta que se hizo coger y fusilar. A éste llamábanle *Piojito*. Descollaba el tercero bajo el sobrenombre de *Chuña*¹, ave desairada; un peón chileno de veinte a más años, un poco imbécil, y por tanto muy bien hallado en la sociedad de los niños. Era el cuarto José I. Flores, mi vecino y compañero de infancia, a quien también distinguía el sobrenombre de *Velita*, que él ha logrado quitarse a fuerza de buen humor y jovialidad. Era el quinto el *Guacho*² Riberos, excelente muchacho y mi condiscípulo; y agregóse más tarde Dolores Sánchez, hermano de aquel Eufemio, a quien, por envolverse el capote en el brazo para defenderse de las piedras, llamábamos *Capotito*. Este nuevo recluta se educó a mi lado, y probó

muy luego ser digno de la noble compañía en que se había alistado. En el año, pues, del Señor, no sé cuántos, que los niños no saben nunca el año en que viven, hicimos tres o cuatro jornadas más o menos lucidas, con más o menos pedradas y palos dados y recibidos, terminando un domingo en deshacer un ejército y tomar prisioneros generales, tambores y chusma, que paseamos insolentemente por algunas calles de la ciudad. Esta humillación impuesta a los vencidos trajo su represalia, y no más tarde que el miércoles o jueves de la semana siguiente, supimos que los barrios de la Colonia y de Valdivia, cuan grandes son, y poblados de cardúmenes³ de muchachos, se aprestaban a volvernos la mano⁴ al domingo siguiente. Viernes y sábado me llovían los avisos, cada vez más alarmantes, de los progresos de la liga colono-valdiviana, mientras que yo citaba a toda mi gente para hallarme en aptitud de recibirlos dignamente. Sobrevino el domingo tan esperado por los únos, tan temido por los ótros, y llegó la tarde y se avanzaba la hora y mis soldados no aparecían: tanto miedo les ponía la noticia de los preparativos y amenazas de nuestros enemigos.

En fin, convencidos de la imposibilidad de aceptar el combate, dirigímonos yo y aquellos seis de que he hecho mención, y que no habrían dejado de reunirse aunque se hubiera despoblado el cielo, hacia los puntos por donde era presumible viniese el ejército aliado para tener el gusto de verlo siquiera. Así, marchando a la ventura, llegamos hasta la *Pirámide*, en donde oímos ya el fragor de las aclamaciones y gritos de entusiasmo de los chiquillos y el sonido de los tambores de calabazas o de cuero que los precedían. Momentos después apareció la columna y se derramó en el erial vecino. ¡Dios mío! eran quinientos diablejos con veinte banderas, y picas y sables de palo que no reflejaban los rayos del sol. Contamos más de treinta adultos mezclados entre la imberbe turba: tan-

ta era la novedad que causaba aquella inusitada muchedumbre.

Nosotros instintivamente retrocedimos, temerosos de ser sepultados por aquella avalancha⁵ de muchachos ávidos de hacer una diablura, sobre todo en venganza de lo pasado el domingo anterior.

Tomamos los siete por la calle de *atravesado* que conduce hacia el molino de Torres, desconcertados, cabizbajos, y punto menos que huyendo. Precede al puente echado sobre el ladrón⁶ del molino hacia el norte, un terreno sólido, gredoso y unido, mientras que en torno del puente había una enorme cantidad de guijarros sacados del fondo de la acequia. Una idea me vino, que Napoleón me la habría aplaudido, que Horacio Cocles⁷ me habría disputado como suya. Ocurrióme que, parados los siete en el estrecho puente y con aquella bendición de piedras a la mano, podíamos disputar el paso al ejército aliado de la Colonia y de Valdivia. Detengo a los míos, les explico el caso, los arengo, y concluyo arrancándoles un *está bueno* firme y chisporroteando de entusiasmo. Me prometen obediencia ciega, tomo yo con dos más, Riberos y el *Barrilito*, el centro del puente; distribuyo dos de cada lado de la trinchera hecha por la acequia, y todos nos ocupamos diligentemente en acopiar piedras, de manera de suplir el número por la vivacidad del fuego. Habíannos apercebido⁸ en tanto, y el aire se estremecía con los gritos de aquella muchedumbre que se avanzaba rápidamente sobre nosotros. Mi plan era no disparar una piedra hasta tenerlos a tiro. Acercóse la turba y de repente arrojamos tal granizada de piedras, que los chiquillos, de diez o doce, a quienes en el montón alcanzaron, dieron prueba sonora⁹ de que no se habían¹⁰ malogrado del todo. Huyó aquella chusma desordenada, querían lanzarse los míos a la persecución; pero el general lo había calculado todo y visto que la interposición del puente era el único medio posible de defensa.

Cuando digo que lo había calculado todo, olvidaba que lo mejor no se me había pasado por las mientes, y era que las mismas piedras que habíamos tirado, podían volvérnoslas a su turno, y que a su retaguardia tenía la inmensa columna la calle de San Agustín, rica en guijarros a despear¹¹ los caballos que la transitan. Vueltos, en efecto, de su espanto, los agresores, y mandando muchachos por centenares a traer piedras a ponchadas¹², se trabó el más rudo combate de que hayan hecho jamás mención las crónicas de los pilluelos vagabundos. Acercóse a la trinchera que yo defendía un muchacho, Pedro Frías, y me propuso, a fuer de parlamentario, que peleásemos a sable. ¡Nosotros siete contra quinientos! Después de bien reflexionada la propuesta, la deseché terminantemente, y un minuto después el aire se veía cubierto de piedras que iban y venían, a tal punto que aun había riesgo de tragarlas. Al *Piojito* le rompieron la cabeza...; el *Chuña* había caído desmayado ya dentro de la acequia a riesgo de ahogarse; estábamos todos contusos, y la refriega seguía con encarnizamiento creciente; la distancia era ya de cuatro varas y el puente no cedía el paso, hasta que el negro Tomás, de don Dionisio Navarro, que estaba en primera línea, gritó a los suyos: "No tiren, vean al general que no puede mover los brazos". Cesó con esto el combate y se acercaron los más inmediatos hacia mí, silenciosos y más contentos de mí que de su triunfo. Era el caso, que, a más de las pedradas sin cuento que yo tenía recibidas en el cuerpo, habíanme tocado tantas en los brazos, que no podía moverlos, y las piedras que aun lanzaba por puro patriotismo, iban a caer sin fuerza a pocos pasos. De mis valientes habían flaqueado y huído dos, que no nombro por no comprometer su reputación: que no ha de exigirse a todos igual constancia. Estaba aún a mi lado Riberos; chillaba... todavía el *Piojito*, y sacamos al *Chuña* de la acequia, a fin de cui-

dar de nuestros heridos. Quisieron algunos desalmados compelerme a seguir en clase de prisionero; opúsem³ yo con el resto de energía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caídos y empalados¹³, intervinieron en mi favor los hombres que venían en la comitiva, dando su debido mérito y todo el honor de la jornada a los vencidos, y retiréme, bamboleándome de extenuación, a casa, donde con el mayor sigilo me administré durante una semana frecuentes paños de salmuera para hacer desaparecer aquellas negras acardenaladuras¹⁴, que me habrían hecho aparecer, si me hubiese desnudado, a guisa de poroto overo, tan frecuentes y repetidas eran. ¡Oh vosotros, compañeros de gloria en aquel día memorable! ¡Oh vos, *Piojito*, si vivierais! *Barrilito*, *Velita*, *Chuña*, *Guacho* y *Capotito*, os saludo aún desde el destierro en el momento de hacer justicia al ínclito valor de que hicisteis prueba! Es lástima que no se os levante un monumento en el puente aquel para perpetuar vuestra memoria. No hizo más Leonidas con sus trescientos espartanos en las famosas Termópilas. No hizo menos el desgraciado Acha¹⁵ en las acequias de Angaco, poniendo con la barriga al sol a tanto imbécil que no sabía apreciar lo que vale una acequia puesta de por medio, cuando hay detrás una media docena de perillanes clavados en el suelo.

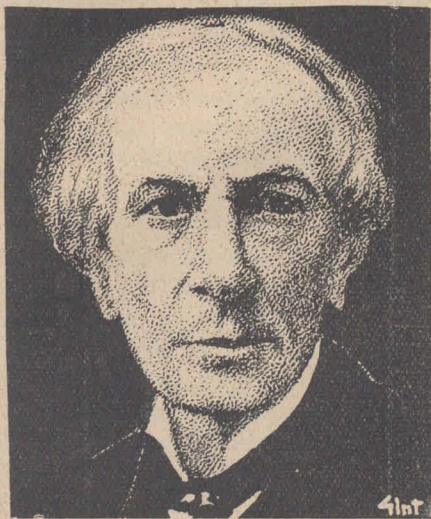
NOTAS: ¹ *Chuña* o, con nombre guaraní, sería es un ave zancuda, de cuello largo y de color de café, tirando a rojo sucio. Tiene unos 80 cms. de alto. Se la tenía en muchas casas como exterminador de sabandijas y serpientes. — ² Se llama *guacho* al huérfano, abandonado o expósito. — ³ Un *cardumen* o *cardume* es un conjunto de peces que van juntos, como sardinas y atunes. Así la A.C., que registra también la acepción chilena: "Multitud y abundancia de cosas". — ⁴ Desquitarse. — ⁵ Galicismo por alud, torrente. — ⁶ Ladrón es un portillo que se hace a un río, acequia o presa para robarles agua. — ⁷ Héroe legendario de Roma, que con sólo dos compañeros defendió el puente Sublucio contra todo el ejército de Porsena, lo que le costó un ojo, ganando el apodo de el *Tuerto*. — ⁸ La última edición (1936) del Dicc. trae como nueva acepción de *apercibir*, la de *percibir*, *observar*, que no es propiamente la de este lugar. — ⁹ Por los gritos de dolor. — ¹⁰ Las piedras. — ¹¹ Entiéndase: tan rica en guijarros como para despear... El Diccionario trae sólo *despear*, pronominal: maltratarse los pies. — ¹² Porción de cosas que se pueden contener en un poncho o, por extensión, cantidad considerable de cosas. En

el Dicc. no figura esta acepción de **ponchada**. —
¹³Entumecidos, rígidos como palos. — ¹⁴Cardenales, equimosis. — ¹⁵Mariano Acha, coronel porteno, que en Angaco o el Albardón (Prov. de San Juan) derrotó a las fuerzas superiores de los generales Aldao y Benavidez. Pero unos días después fué derrotado y decapitado (1801-41).

2. - Juan Bautista Alberdi

(1810-1884)

Tucumano, abogado, fundador de la Asociación de Mayo con Echeverría y J. M. Gutiérrez, enemigo de Rosas, emigrado en Montevideo, Europa y Chile, diplomático, diputado, consagró su fértil



Juan Bautista Alberdi

*pluma al servicio de la patria, como periodista, crítico, sociólogo, político y estadista. Sus variados escritos revelan temperamento, de pensador original y profundo, más que de atildado hablista. Su mayor preocupación al escribir, es la expresión clara y lógica de las ideas; pero a menudo a ella se asocian la facilidad, elegancia y valentía. En su prosa no brillan de ordinario el color, el ritmo, la vida, el alma, y sobran desaliños y turbios sedimentos de su mucha lectura de autores franceses. Entre los 24 volúmenes, que integran la labor alberdiana, merecen destacarse las **Bases** (52), que muy presente tuvieron los redactores de la Constitución Argentina; las famosas **Cartas quillotanas** (53), agrio fruto de su vigorosa polémica con Sarmiento; **El crimen de la guerra** (69), **Palabras de un ausente** (74), etc. Fué también autor de tratados de jurisprudencia, cua-*

*dros de costumbres, artículos de crítica artística y social, dos poemas en prosa, una especie de novela simbólica (**Luz del día**), ensayos dramáticos, etc. Además fué músico con fama de compositor. Amargado por la oposición a sus luminosas ideas, acabó sus días en Francia este ilustre publicista.*

De EL CRIMEN DE LA GUERRA

Con este libro concurrió Alberdi a un certamen promovido en París por la Liga Internacional y Permanente de la Paz. En diversos párrafos va tratando del origen histórico del derecho de la guerra, de la naturaleza del crimen de la guerra, de las responsabilidades de ésta, de sus efectos, y auxiliares, de sus cómplices, de su abolición, de la neutralidad, del soldado del porvenir, del soldado de la paz, del derecho de gentes, de la sociedad de naciones, de la ineficacia de la diplomacia, etc. Su prosa es, como dice R. Rojas, "clara, nerviosa, de sintaxis muy simple", pero plagada a menudo de galicismos e incorrecciones.

1. Naturaleza del crimen de la guerra ¹

El crimen de la guerra, es el de la justicia ejercida de un modo criminal, pues también la justicia puede servir de instrumento del crimen, y nada lo prueba mejor que la guerra misma, la cual es un *derecho*, como lo demuestra Grocio ², pero un derecho que, debiendo ser ejercido por la parte interesada, erigida en juez de su cuestión, no puede humanamente dejar de ser parcial en su favor al ejercerlo, y en esa parcialidad, generalmente enorme, reside el crimen de la guerra. -

La guerra es el crimen de los soberanos, es decir, de los encargados de ejercer el derecho del Estado a juzgar su pleito con otro Estado.

Toda guerra es presumida justa porque todo acto soberano, como acto legal, es decir, del legislador, es presumido justo. Pero como todo juez deja de ser justo cuando juzga su propio pleito; la guerra, por ser la justicia de la parte, se presume injusta de derecho...

El crimen de la guerra reside en las relaciones de la guerra con la moral, con la justicia absoluta, con la religión aplicada y práctica, porque esto es lo que forma la ley natural o el derecho natural de las naciones, como de los individuos.

Que el crimen sea cometido por uno o por mil contra uno o contra mil, el crimen en sí mismo es siempre el crimen.

Para probar que la guerra es un crimen, es decir, una violación de la justicia en el exterminio de seres libres y jurídicos, el proceder debe ser el mismo que el derecho penal emplea diariamente para probar la criminalidad de un hecho y de un hombre.

La estadística no es un medio de probar que la guerra es un crimen. Si lo que es crimen, tratándose de uno, lo es igualmente tratándose de mil, el número y la cantidad pueden servir para la apreciación de las circunstancias del crimen, nó para su naturaleza esencial, que reside toda en sus relaciones con la ley moral.

La moral cristiana es la moral de la civilización actual por excelencia³; o al menos no hay moral civilizada que no coincida con ella en su incompatibilidad absoluta con la guerra.

El cristianismo, como la ley fundamental de la sociedad moderna, es la abolición de la guerra, o, mejor dicho, su condenación como un crimen...

El Rdo. Padre Jhacinte decía en su discurso (del 24 de junio de 1863) que el catecismo de la religión cristiana es el catecismo de la paz. Era hablar con la modestia de un sacerdote de Jesucristo.

El Evangelio es el derecho de gentes moderno, es la verdadera ley de las naciones civilizadas, como es la ley privada de los hombres civilizados.

El día que el Cristo ha dicho: "Presentad la otra mejilla al que os dé una bofetada", la victoria ha cambiado de naturaleza y de asiento, la gloria humana ha cambiado de principio.

El cesarismo⁴ ha recibido con esa gran palabra su herida de muerte. Las armas, que eran todo su honor, han dejado de ser útiles para la protección del derecho refugiado en la generosidad sublime y heroica.

La gloria desde entonces no está del lado

de las armas, sino vecina de los mártires; ejemplo: el mismo Cristo, cuya humillación y castigo sufrido sin defensa, es el símbolo de la grandeza sobrehumana. Todos los Césares se han postrado a los pies del sublime abofeteado.

Por el arma de su humildad, el cristianismo ha conquistado las dos cosas más grandes de la tierra: la paz y la libertad.

Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, era como decir paz a los humildes, libertad a los mansos, porque la buena voluntad es la que sabe ceder pudiendo resistir.

La razón por que sólo son libres los humildes, es que la humildad, como la libertad, es el respeto del hombre al hombre; es la libertad del uno, que se inclina respetuoso ante la libertad de su semejante; es la libertad de cada uno erigida en majestad ante la libertad del ótro.

No tiene otro secreto ese amor respetuoso por la paz, que distingue a los pueblos libres. El hombre libre, por su naturaleza moral, se acerca del⁵ cordero más que del león: es manso y paciente por su naturaleza esencial, y esa mansedumbre es el signo y el resorte de la libertad, porque es ejercida por el hombre respecto del hombre.

Todo pueblo en que el hombre es violento, es pueblo esclavo.

La violencia, es decir la guerra, está en cada hombre, como la libertad vive en cada viviente, donde ella vive en realidad.

La paz no vive en los tratados ni en las leyes internacionales escritas; existe en la constitución moral de cada hombre; en el modo de ser que su voluntad ha recibido de la ley moral, según la cual ha sido educado. El cristiano es el hombre de paz, o no es cristiano.

Que⁶ la humildad cristiana es el alma de la sociedad civilizada moderna, a cada instante se nos escapa una prueba involuntaria. Ante un agravio contestado por un ac-

to de generosidad, todos maquinalmente exclamamos: "¡Qué noble! ¡Qué grande!" Ante un acto de venganza, decimos al contrario: "¡Qué cobarde! ¡Qué bajo! ¡Qué estrecho!" Si la gloria y el honor son del grande y del noble, nó del cobarde; la gloria es del que sabe vencer su instinto de destruir, nó del que cede miserablemente a ese instinto animal. El grande, el magnánimo es el que sabe perdonar las grandes y magnas⁷ ofensas. Cuanto más grande es la ofensa perdonada, más grande es la nobleza del que perdona.

Por lo demás, conviene no olvidar que no siempre la guerra es crimen; también es la justicia, cuando es el castigo del crimen de la guerra criminal. En la criminalidad internacional sucede lo que en la civil o doméstica: el homicidio es crimen cuando lo comete el asesino, y es justicia cuando lo hace ejecutar el juez...

NOTAS: ¹ Los trozos siguientes están tomados de la edición que el Concejo Deliberante de Buenos Aires ordenó en 1934 para conmemorar el cincuentenario del fallecimiento de Alberdi. — ² Jurisconsulto holandés célebre por su "Derecho de guerra y de paz" (1583-1645). — ³ Para evitar ambigüedad habría construido mejor: la moral, por excelencia, de la civilización actual. — ⁴ Cesarismo es el gobierno absoluto de una sola persona. — ⁵ Galicismo. Debe decirse: se acerca al cordero más que al león. — ⁶ El régimen sintáctico exige que se diga: De que la humildad... — ⁷ Grandes y magnas, pleonismo.

2. Pensamientos entresacados de otros parágrafos

La guerra empieza a ser un crimen desde que su empleo excede la necesidad estricta de salvar la propia existencia. No es un derecho; sino como defensa. Considerada como agresión es un atentado. Luego en toda guerra hay un criminal...

Sólo el hombre que se cree formado a imagen de Dios, es decir el símbolo terrestre de la bondad absoluta, no se contenta con matar a los animales para comerlos, con quitarles la piel para proteger la que ya tienen sus pies y sus manos, con dejar sin lana a los carneros para cubrir con ella la desnudez de su cuerpo, con quitar a los gusanos la seda que trabajan para vestirse; a

las abejas, la miel que elaboran, para su sustento; a los pájaros, sus plumas; a las plantas, las flores que sirven a su regeneración; a las perlas y corales, su existencia misteriosa, para servir a la vanidad de la bella mitad del hombre; sino que hace con su mismo semejante (a quien llama su *hermano*) lo que no hace el tigre con el tigre, la hiena con la hiena, el oso con el oso: lo mata, nó para comerlo (lo cual sería una circunstancia atenuante), sino para darse el placer de no verlo vivir. Así, el antropófago es más excusable que el hombre civilizado en sus guerras y destrucción de mera vanidad y lujo...

¡Abolir la guerra! Utopía. Es como abolir el crimen, como abolir la pena. La guerra como crimen vivirá como el hombre; la guerra como pena de ese crimen, no será menos duradera que el hombre. ¿Qué hacer a su respecto^{1?} En calidad de pena, suavizarla según el nuevo derecho penal común; en calidad de crimen, prevenirlo, como a lo común de los crímenes, por la educación del género humano...

Sin faltar a su deber y abdicar su derecho, el mundo no puede ser neutral en una guerra, que lo daña, aunque no sea beligerante. La neutralidad es el egoísmo, es la complicidad, cuando por ella abdica el mundo su derecho de impedir y resistir un choque violento y arbitrario, en que el derecho general de la humanidad es vulnerado de una y otra parte. ¿Qué se diría de un juez, que ante el encuentro culpable de dos hombres, se declarara neutral y les dejase despedazarse? Que se hacía cómplice del delito ante la sociedad ofendida y traicionada por él. Que el mundo neutral no posea los medios para ejercer su soberanía judicial contra los estados que se hacen culpables del crimen de la guerra, no quita eso que le asista ese derecho soberano...

Dad a leer el Evangelio a un hombre de sentido común, y si no corren de sus ojos esas dulces lágrimas que hace verter la más

sublime acción, la más alta y noble poesía, decid que ese hombre no tiene alma o carece de un sentido, pues ni Rafael, ni el Ticiano, ni Miguel Ángel han dado a Jesús la belleza que tiene su doctrina por sí misma. Conquistando a los conquistadores del mundo, el cristianismo ha probado ser la moral de los hombres libres, pues los germanos han encontrado en él la expresión y la fórmula de sus instintos de libertad nativa...

Después del cristianismo, que ha enseñado a los pueblos modernos a considerarse como una familia de hermanos, nacidos de un padre común, ningún elemento ha trabajado más activa y eficazmente en la unión del género humano como el comercio, que une a los pueblos en el interés común de alimentarse, de vestirse, de mejorarse, de defenderse del mal físico, de gozar, de vivir vida confortable² y civilizada...

La guerra de todos contra uno es el único medio de prevenir la guerra de uno contra otro, sea que se trate de estados o de individuos...

Si todos sufren los efectos de la guerra, — beligerantes y neutrales, — todos tienen igual derecho a intervenir en ella, para evitar sus efectos nocivos cuando menos. La intervención, en este caso, es la defensa propia, el primero de los derechos naturales del hombre colectivo...

Los neutrales que no saben armarse para imponer la paz en su defensa, merecen perder la soberanía que no saben defender ni hacer respetar...

NOTAS: ¹ Respecto a ella, o con respecto a ella. — ² Este adjetivo, considerado hasta hace poco como anglicismo, figura ya en el Dicc. (1936) como aplicable a lo que produce comodidad.

3. - Juan María Gutiérrez

(V. pág. 41)

a) Paso de los Andes. Chacabuco

Pronto puso San Martín al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las

operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las Cordilleras, que distrajeron la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del sur de Chile, persuadió a las mismas autoridades a que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él; un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el día, prolongándose a veces a la claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfiladeros, sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martín que, ayudado del espíritu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques a un fraile franciscano¹, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Álvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las Cordilleras, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile, contraída² a noticiarle la declaración de la Independencia Argentina proclamada por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría a Marcó esta embajada, verdadero desafío a su poder puesto en ridículo, mucho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo, por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento del tránsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva, confiando al mayor general don Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins.

Zapiola, Crámer, las Heras, Alvarado, Plaza, etc., eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de tres mil hombres, la caballería regular a 600 granaderos; la artillería, compuesta de diez cañones de a seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servían trescientos hombres. Mil y doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados a conducir los víveres y forrajes y a despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que llevaba la libertad a la falda que mira al Océano Pacífico. Cumbres más elevadas que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen a la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas a otras desnudas de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en cuyos valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el viajero más que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado al otro, facilitan la comunicación entre nuestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho días, y después de caminar al borde de los abismos más de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos a descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de Febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras, comenzaron a guerrillar³ al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres más tarde en la gran guerra de la Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones que demostraban la sorpresa y el terror que les infundía el

denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto al pie de la *Cuesta de Chacabuco*. Allí les fué a buscar San Martín el día 12 de Febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos.

A las dos de la madrugada del 12, comenzaron a moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos, el uno a las órdenes de Soler, y el otro a las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca y rodeado de su estado mayor; a media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron a operar, la una a la derecha y la otra a la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas a la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos a caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron a huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del mediodía estaban en poder de los vencedores, todo el parque de los realistas, sus cañones, armamento y el estandarte del batallón de Chiloé. Más tarde, y a consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco quedó inscrito desde el memorable 12 de Febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. A las tres de la tarde del 26 de Febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en

Chacabuco, que, colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo a las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó a presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron a las salvas de la artillería y a los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba a nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: "Gloria inmortal a cuantos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas".

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor, con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de 600 pesos, a favor de su hija Doña María Mercedes Tomasa de San Martín, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: "La patria en Chacabuco. Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile".

NOTAS: ¹ El famoso fray Luis Beltrán. — ² De contraerse, aplicarse, dedicarse. Aquí significa destinada. — ³ El Diccionario sólo trae *guerrillar*.

b) Esteban Echeverría

Don Esteban Echeverría era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recio, ensortijado y renegrido; tenía regulares las facciones de su fisonomía y elevada la frente. En sus modales y en toda su persona se traslucía la sencillez de su carácter. Pero, bajo la apariencia de una modestia de buen tono, podía advertirse fácilmente la satisfacción de su propia suficiencia. No tenía el dón de la conversación, aunque era social¹ y abierto con sus amigos. Su palabra era dogmática y se expresaba casi siempre con fórmulas de escuela, de tinte filosófico y técnico. Habíase educado en Francia, en una época de lucha intelectual, cuando la literatura que puede llamarse moderna se emancipaba del pasado bajo las banderas de Víctor Hugo², y cuando la filosofía espiritualista daba recias batallas contra la escuela de la sensación y del utilitarismo. Te-

nía, por consiguiente, algo del fanatismo intolerante que inspiran la victoria y el entusiasmo a los adeptos noveles de una escuela flamante.

La materia de sus estudios era variada, y vastísima la aplicación que había dado a sus ricas facultades intelectuales. Se expresaba con propiedad en el lenguaje de las ciencias de observación, y había estudiado la mecánica y la química. Pero sus ciencias favoritas eran las sociales, basadas en la historia y en el derecho público. Profesaba mucho despegó³ por las producciones de la literatura española, con excepción de los dramas de Calderón, que leía con frecuencia. Conocía los poetas ingleses; pero se inclinaba más a los alemanes, con especialidad a Schíller⁴ y a Goethe⁵, a quienes estudiaba valiéndose de las traducciones francesas de Staffer y de Barante. A pesar de su continuo contacto con los libros extranjeros, remedaba felizmente, cuando quería, el decir castizo de los buenos hablistas castellanos, aunque caía con frecuencia en el arcaísmo, tanto en las frases como en los *vocablos*, usando de una expresión que le era familiar. Era enemigo de lo que él llamaba "la hojarasca de los poetas gerundios⁶", y creía con razón que la poesía reside en el pensamiento y que éste debe buscar para vaciarse el molde más natural y no el más rotundo.

Echeverría señala una época nueva en el gusto poético del Río de la Plata. Él mató la tradición clásico-latina; confundió los géneros, mezcló los ritmos, exageró y afeminó tanto la armonía del período. Rasgó el velo que ocultaba al público las pasiones y los dolores individuales del poeta, salpicando con la atrevida palabra *yo*, casi todas sus producciones⁷. Le oímos con extrañeza hablar de él, de su corazón, de sus hastíos y desencantos, y nos trajo ese raudal de lágrimas que muchos han derramado después, brotadas únicamente de sus plumas de acero. En una palabra, él levantó un altar

a Lamartine⁸, y deprimió los ídolos de aquella noble escuela⁹ que teniendo por maestro a Horacio y a Virgilio, había llegado hasta nosotros en las páginas de Racine, de Mélenéz y de Quintana. Echeverría vulgarizó la musa, y dió ocasión a que se acrecentara el número de los versificadores, a punto que hemos podido decir alguna vez con Plinio: *Mágnam provéntum poetárum annus hic áttulit*¹⁰.

Sin embargo, Echeverría localizó la poesía, por decirlo así, y la¹¹ quitó el cosmopolitismo descolorido que tenía antes de él. Ir a buscarla en la Pampa, en los campamentos militares de la frontera, en los aduares de los bárbaros y en los enmarañados pajonales de la llanura, es una feliz audacia, cuya gloria le pertenece entera. Es tan verdadera su inimitable pintura del desierto en el primer canto de la *Cautiva*, que un naturalista europeo la ha traducido literalmente en una obra que nada tiene de poética, con el objeto de dar idea exacta de esa planicie maravillosa que se extiende desde el Plata hasta el pie de los Andes. Él fué entre nosotros quien primero se atrevió a dar movimiento dramático a las composiciones líricas, convirtiendo en poemas más o menos extensos aquellos asuntos que no habrían inspirado a sus antecesores más que una oda o una elegía. Él creyó que la *poesía* y la *filosofía* no sólo eran consonantes sino hermanas, y trató de hacerlas andar a la par, poniendo en metro, pensamientos e ideas que no habían salido antes de él de la sombría medida de la prosa didáctica. Si en este camino tropieza algunas veces, las más lo recorre airoso, como, por ejemplo, en ciertas páginas de su poema *Avellaneda*, en las cuales revela con maestría el trabajoso destino del hombre en la vida seria, laboriosa y martirizada de las democracias en formación.

Fuese en la cubierta de un buque, al lado de la chimenea del invierno, a la margen del río patrio, en las tardes de frescas brisas

o bajo el techo pajizo de la estancia, — en la hora que él ha llamado “de los tristes corazones”, y a que los católicos dan el poético nombre de “las oraciones”, los amigos de Echeverría sabían bien que no podían contar con él. En ese momento se reconcentraba en sí mismo y bajaba con las sombras del crepúsculo al fondo de su *yo*, como él decía. Entonces a sus solas tomaba lecciones prácticas y experimentales de los fenómenos de la conciencia, meditaba sobre las sensaciones recibidas durante el día, y evocaba los hijos de su imaginación, dotándoles de formas y colores. En esas horas componía. Él no necesitaba tinta, ni papel, ni lápiz, ni de luz en la lámpara para producir, arreglar y corregir centenares de versos. Todo lo verificaba mentalmente, lo hacía en la memoria, la cual le era en extremo fiel y le conservaba bajo sellos inviolables el rico depósito que la confiaba. Cuando ya rebosaba aquel recipiente capacísimo de sus tesoros, rogaba a algún amigo que tomase la pluma y escribiese. Envuelto entonces en su capa y velando con el gorro griego su frente hasta las cejas, comenzaba a soltar en hebras vibrantes el oro y la seda de sus estrofas, hasta que los dedos oficiosos cedían al cansancio de la tarea.

Un corazón sensible, *irritable* en el sentimiento de la expresión de Horacio, si se quiere, y sobre todo una imaginación robusta, tales son las dotes que, según los maestros en la ciencia de las facultades humanas, constituyen al poeta. El corazón era en Echeverría el órgano especial por cuyo intermedio mantenía la más frecuente conciencia de que existía. Ese *péndulo misterioso*, como él le llama en alguna parte, punto de inexplicable contacto entre el espíritu y la materia, le ha sugerido composiciones notables, verdaderas autopsias artísticas en las cuales campean a la par la ciencia unida a los sentimientos, la melancolía a la inspiración. Esa sensibilidad se exaltaba y exasperaba en Echeverría por razones nobles y

justas, de lo cual tenemos una prueba en las cartas que dirigió a un periódico cuando éste trató de mancillar con injuriosas calumnias la pureza de los fines que habían llevado al autor del *Dogma Socialista* a ponerse al frente de una sociedad de jóvenes patriotas¹².

Si no puede negarse la delicada sensibilidad de nuestro poeta, mucho menos podría ponerse en problema la intensidad de su imaginación. Esta facultad consiste principalmente en la memoria de las escenas que han pasado a nuestra vista en épocas apartadas, reproduciéndose sus impresiones con la misma viveza que cuando las contemplábamos con el auxilio de los sentidos; es también la ilusión de verdad, si podemos expresarnos así, causada por los seres ideales y demás creaciones de la fantasía. Bien, pues, Echeverría, describiendo la sequía de los campos, el incendio voraz alimentado por las plantas silvestres cobijadoras de fieras, el festín de los salvajes, ha producido en la *Cautiva* una prueba evidente del poder de sus facultades imaginativas y de la eficacia con que se concentraban en el foco de su espíritu las cosas que ideaba o había palpado. Cualquiera persona que preste atención a la lectura de aquel poema, experimentará en la duración de algunos minutos todas las impresiones que durante días enteros le embargarían atravesando la pampa; con la ventaja de que el poeta es un *cicerone* que descubre fuentes de sentimiento y de admiración en que no todos habrían bebido sin su auxilio.

Los buenos jueces de las obras de arte reservan para sus juicios parciales una piedra última de toque, un tribunal en última instancia que nunca falla sino en justicia, — la impresión absoluta y definitiva que aquéllos dejan en el ánimo. Al salir el lector del *Paríso*¹³ de Milton se considera transportado a la hora de la creación, y ve los leones palpar en parte y en parte permanecer asidos a la materia inorgánica; des-

lúmbrale la belleza todavía sin pecado de los primeros padres y se siente pasmado al eco del sublime *fiat*¹⁴. Tales impresiones no aciertan a producirlas sino las obras de grandes maestros. En una escala inferior acontece lo mismo con la lectura de la *Cautiva*. Al cerrar el libro, el alma queda oprimida bajo el peso silencioso de la inmensidad, el nombre de Dios se presenta involuntariamente a los labios, y cuanta descripción se oye después de la llanura, sus bellezas y peligros, parece imperfecta y descolorida. La obra de Echeverría se entra en el alma sin que los sentidos se aperciban¹⁵ de su intervención en el fenómeno, y quien sabe hacer este milagro es un poeta inspirado.

¡Ah! pero la inspiración, como todo destello de la ciencia divina, tiene sus eclipses y desfallecimientos al tocar en ese vaso de barro.

Vaso de muchos pensamientos locos, según la bella expresión de Bartolomé de Argensola, se llama la cabeza del hombre. Echeverría, como Homero, ha dormitado frecuentemente en sus poemas extensos, y entre los ocho mil versos que contiene el *Angel caído*, por ejemplo, es preciso, a nuestro juicio, pasar por alto una gran parte. Echeverría ha olvidado más de una vez que el arte no es el daguerreotipo, y que la verdad del poeta es siempre ideal porque tiene su tipo en lo absoluto, hacia el cual tiende con nobles y dolorosos esfuerzos, como él mismo lo reconocía y practicó generalmente en sus obras. En su poema *La guitarra* hay un diálogo entre el protagonista y una esclava africana en que trata de aparecidos y ánimas en pena, y allí puede advertirse cuánto mal causa este género de *realismo* intencional a la belleza de aquella producción.

No es tarea fácil una crítica de la obra de Echeverría. Está en toda ella de tal modo mezclado el oro de buena ley con materias humildes, el poeta y el filósofo, el publicista y el visionario; es tan vasta la

esfera en que se ha movido durante su existencia de pensador, que sólo después de un examen muy detenido de todas sus producciones, podría fallarse sobre el mérito general del *dulce ruiseñor de los consuelos*¹⁶.

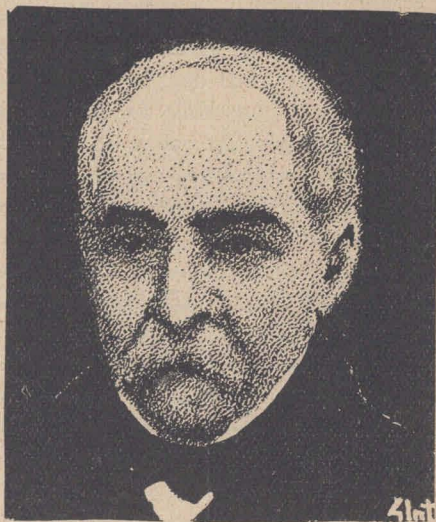
NOTAS: ¹ Con la acepción de *sociable*, que aquí tiene, no figura *social* en el Diccionario. — ² Víctor Hugo fué uno de los corifeos del romanticismo francés que Echeverría trajo a la Argentina. — ³ Por *desapego*: falta de afición o interés, desvío. — ⁴ Jefe de la escuela romántica alemana (1759-1805). — ⁵ Poeta alemán de fama universal, autor de *Fausto*, *Wérther*, *Hermann y Dorotea*, etc. (1749-1832). — ⁶ Hinchados, afectados, pedantes, con alusión a Fray Gerundio. V. pág. 225, T. I. — ⁷ Es el subjetivismo característico de la escuela romántica. — ⁸ Otro de los grandes románticos franceses, de temperamento más bien templado (1790-1869). — ⁹ La clásica, con sus derivaciones: *seudoclásica* y *neoclásica*. — ¹⁰ Esto es: Produjo este año gran abundancia de poetas. — ¹¹ Más correcta, como de dativo, es la forma *le*. — ¹² La célebre *Asociación de Mayo*, que fundó con Alberdi y Juan M. Gutiérrez, y cuyo *Credo* juraron el 8 de julio de 1837. — ¹³ *El Paraíso perdido*, magnífica epopeya del poeta inglés Juan Milton (1608-1674). — ¹⁴ *Fiat*: *hágase*, palabra con que Dios sacó de la nada todos los seres de la Creación. — ¹⁵ *Galicismo*, por: darse cuenta, advertir. — ¹⁶ Expresiones de Mármol (Nota de J. M. Gutiérrez).

4. - Vicente Fidel López

(1815-1903)

Porteño, hijo del ilustre autor* del Himno Nacional Argentino, abogado, profesor de Derecho, periodista, miembro de la Asociación de Mayo, fué, después de la tiranía y de su emigración a Montevideo y Chile, ministro de Instrucción Pública (53) y de Hacienda (90), director del Banco de la Provincia y Rector de la Universidad. Fué egregio prosista de estilo variado, brioso y elocuente, y frase expresiva. Su obra da a veces cierta impresión de improvisada. De su liberalismo nacen no pocas apreciaciones ligeras y erróneas de carácter religioso. Compuso obras de erudición, algunas novelas históricas (*La gran semana de Mayo*, *La novia del hereje* o *La inquisición en Lima*, *La loca de la guardia*), una interesante *Autobiografía* que no terminó, una polémica con Mitre (*Debates históricos*, 2 vol. 1882), y, sobre todo, historia, que fué su vocación. A este género pertenecen su *Introducción a la Historia de la República Argentina*, *La revolución argentina* (81), *Historia de la República Argentina* (83) y el *Compendio* (89) de la misma en 2 volúmenes. La obra maestra de López fué la *Historia de la República Argentina*, que relata en diez volúmenes

los acontecimientos del país hasta 1852; "escrita, en sentir de Menéndez y Pe-layo **", con mucho talento, aunque con innumerables galicismos, y no sé si con bastante puntualidad histórica". Por su parte, R. Rojas *** escribe: "Si en medio de tanta variedad (de producción) buscáramos el rasgo predominante, el



Vicente Fidel López

que a López defina por su vocación intelectual, diríamos: «fué un historiador»; y si en medio de tanta abundancia buscáramos el atributo característico, el que a López define por su creación escrita, diríamos: «fué un improvisador». Tales son, a la vez, la virtud y el defecto más evidentes de su personalidad literaria". Y más adelante añade: "Es indudable que su *Historia Argentina*, en sus diversas formas sucesivas, por más deleznable que sea en sus detalles, por más rectificaciones que le inflija la crítica histórica — y acaso por ello mismo — ha de resonar en muchas generaciones sucesivas como la voz oral de la tradición. Es el largo relato de patriarca, que oyó la tribu crédula, y que la posteridad recoge porque hay en él, junto al error de las cosas recordadas, la palpitación y el color de las cosas vistas y vividas".

** "Historia de la Poesía hisp. americana", tomo II.

*** "La literatura argentina. Los proscritos, II".

* D. Vicente López y Planes (1787-1856).

a) Buenos Aires en 1815

Se necesita hacer un esfuerzo de imaginación para comprender hoy lo que era Buenos Aires ahora setenta años¹. La porción urbana que servía de asiento a la iniciativa política y gubernamental de la comuna, ocupaba un radio bastante modesto. Tomando por texto el plano de la ciudad, que, por orden del virrey Avilés, levantó en el año de 1800 el señor don Pedro Cerviño, agrimensor y piloto muy competente, se ve que los *suburbios*, es decir, la parte en que no había paredes sino cercos de *tunales*, comenzaban, por el sur, en las manzanas limitadas hoy por las calles de *Méjico* y de *Chile*². A ese lado, la ciudad quedaba separada de sus orillas por esa *avenida* caudalosa de las lluvias que llaman el *tercero*³ del sur, cuyo nombre antiguo era el *Puente de los Granados*, porque atravesaba terrenos de la propiedad de la familia de este nombre, a la que pertenecía la virtuosísima madre de nuestro amigo y corredactor don Juan María Gutiérrez. Allí comenzaban ya los cercos que encerraban una infinidad de huecos o eriales atravesados por sendas, y en cuya ancha extensión vivían, en casas muy modestas, no sólo las familias pobres, sino también un extenso número de las de mediana condición, sin necesidad y sin idea ninguna de la riqueza. El amueblado⁴ de una familia común podía calcularse, cuando más, entre cien⁵ y ciento cincuenta pesos de plata. Duraba de una generación a la ótra, y no se renovaba jamás sino por piezas muy insignificantes. La mesa y el mantenimiento se reducía, en general, al gasto de dos a cuatro reales por día, sin dejar de ser abundante y suculenta⁶, porque todos tenían aves y verduras en sus corrales, y lo único que se compraba era la carne y el pan.

Estos suburbios, muy bien caracterizados por Cerviño con el nombre de *Tunales*, se corrían desde el *Puente de los Granados* (en la calle del Perú), siguiendo una línea

oblicua hacia el noroeste, hasta la plaza de Monserrat, que quedaba lindera, diremos así, con el despoblado; y que era por lo mismo un *suburbio* popular de los más poblados, y muy turbulento por cierto. La iglesia y la parroquia de la Concepción quedaban naturalmente entre las quintas y entre los cercos agrestes de las *orillas*. Entre Monserrat y la *Plaza Nueva* (hoy *Mercado del Plata*) había unas cuantas manzanas de población algo compacta, aunque de pura clase pobre; y lo que es hoy calle de *Salta* quedaba entonces entre los eriales y los huecos, como una u otra quinta circunvalada por cercos de tunales, que eran verdaderos matorrales de hinojos y de cardos, erizados de arbustos de saúco y de montes de durazneros que servían para abastecer de leña a la población. En toda la línea del norte, que es hoy la calle de *Corrientes*, comenzaban de nuevo los tunales, los huertos, los cercos agrestes, los eriales con sendas, hasta el Retiro, donde estaba la Plaza de Toros, y cuyas cercanías estaban rústicas y muy pobladas de *orilleros*⁷. Había también por allí algunas quintas, que eran verdaderas soledades bastante difíciles de cuidar: campo de la justicia de los prebostes de la Hermandad.

Es un país tan lluvioso como el nuestro, formado por terrenos de aluvión, es evidente que entonces no podía haber caminos públicos en un estado de mediano servicio. Los pantanos rodeaban la ciudad haciendo un verdadero laberinto de *sendas* y de *portillos*, que requerían una especial baquía de parte de los que tenían que practicarlos. Más atrás de la zona solitaria de las quintas, había algunas chacras extensas erizadas de montes de talaes, de espinillos y de durazneros, entre los cuales eran célebres, como abrigos de bandidos, el monte de Campana cerca de lo que es hoy la *Floresta*, el monte de Castro, entre Flores y Morón, el callejón de Ibáñez; a los que no les iban en zaga otros lugares, que, aunque

más cercanos, tenían también malísima fama; como el hueco de *los Sauces*, los cercos de *los Ejercicios*, la quinta de Rivadavia, el paso de Burgos, el hueco de *Cabecitas* y el de *doña Ingracia*; y sobre todo, los *zanjones del tercero del norte*, que eran hasta 1830 uno de los puntos más selváticos y agrestes que pudiera tener a su costado una ciudad civilizada y revolucionaria como era la de Buenos Aires en 1815.

Era natural que el centro más urbano y más noble de la Comuna⁸ participase en algo de las malas condiciones de sus *suburbios*. La carestía de la piedra, la dificultad de sacarla de la Banda Oriental, por falta de brazos aptos y por falta de buques en que conducirla, hacían que apenas hubiese una que otra calle, malísimamente empedrada. Se conocía por *calle del Empedrado* la que es hoy de la *Florida*; y no es poca lástima que se le haya quitado ese título original de *nobleza*, que le corresponde en la tradición de la cultura de nuestra ciudad. Las lluvias copiosísimas de aquellos tiempos han dejado fama en el recuerdo de nuestros padres. Al correr como torrentes, para salir al río, o para empozarse en los pantanos, se llevaban gran parte del piso, abriendo curvas de zanjas profundas y de precipicios entre una y otra acera, y hacían imposible atravesar las calles (fuera de ocho o diez cuadras en el centro) por otra parte que por las esquinas, donde había apoyos de grandes piedras puestas a distancia para afirmar el pie. Era tal este estado, que en la parte que es hoy calle de *Cangallo* (entre *Florida* y *Maipú*) había lagunas donde se ahogaron algunos lecheros en tiempos del virrey Vértiz, como consta de documentos oficiales.

Por la noche, esta espléndida ciudad de Buenos Aires, que hoy enrojece su atmósfera con los reflejos del gas, presentaba un aspecto desolado, si es que las tinieblas pueden tener aspecto. A lo largo de la calle del *Correo* (hoy *Perú*) se divisa-

ban de un extremo a ótro, cuatro linternillas diminutas que señalaban las cuatro mesitas en que los loteros privilegiados por el Cabildo expendían cedulillas, arrimados a la pared y con un pequeño farol, que era la única luz de esa calle central. Las veredas eran de mal ladrillo, húmedas, estrechas, desiguales, y temblorosas encima del barrial en que tenían su asiento; y en muy pocas calles la había.

Buenos Aires era una ciudad baja, aplastada y cubierta con las capuchas de los tejados de feísimo aspecto; que tenía sin embargo la reputación de la *belleza* entre las otras ciudades españolas. Pero esa fama le venía de sus habitantes más bien que de su suelo. En ambos sexos, ellos eran de espíritu alegre y suelto; de alma impresionable y simpática; admiradores entusiastas y copistas ardientes de las grandes novedades de la civilización. Naturalmente inclinados a lo liberal; con algo de aturdido y de liviano⁹, pero siempre bien inspirados, inclinados a la pompa y halagados por la vanagloria que viene de hacer el bien y de realizar hazañas. La sociedad era por esto expansiva y hospitalaria. Su arrogancia era abierta, porque consistía siempre en el anhelo de que su revolución y sus progresos sirviesen a todos, e hiciesen de nuestro suelo y de nuestras leyes, el abrigo de todas las razas del mundo que no estuvieran bien avenidas en el suyo.

Tal era entonces la capital, en cuya frente el poeta de la Revolución¹⁰ había escrito estos versos tan arrogantes como adecuados, entonces, al genio de la *Comuna*:

*Calle Esparta su virtud:
su grandeza calle Roma:
¡silencio! que al mundo asoma
la gran Capital del Sud.*

Pero, ésta era la ciudad que había hecho la revolución de Mayo, que la había defendido y salvado contra todo el poder de la España¹¹, proclamando los principios más elevados, más generosos y más humanitarios de la civilización moderna. Esta mis-

ma era la ciudad que había vencido y rendido dos ejércitos ingleses; que había deshecho y apresado tres escuadras españolas; que había plantado la bandera argentina en las murallas de Montevideo; que iba con un paso seguro a reconquistar a Chile, a libertar al Perú, y a llevarle soldados a Bolívar para ganar la batalla famosa de *Junín* y libertar a Quito. Para motejar, entonces, la arrogancia de la cuarteta, sería preciso ver cómo podrían borrarse de la historia o cómo podrían motejarse los hechos gloriosos que la inspiraron.

NOTAS: ¹ Es decir: hace ahora setenta años. — ² Hoy decimos, menos correctamente: calle Méjico, calle Chile, sin la preposición de. — ³ Argentinismo: arroyo o río que se formaba en las calles con las lluvias. — ⁴ Moblaje, mueblaje o mobiliario. Voz que no registra el Dicc. — ⁵ Ciento se apocopa cuando precede inmediatamente al sustantivo. — ⁶ Este *suculenta* concuerda sin duda con *mesa*. — ⁷ Argentinismo, para designar a los que vivían en las orillas o arrabales de la ciudad. — ⁸ Del francés *commune*, por municipio, no figura en el Diccionario. — ⁹ Mejor: de aturridos y de livianos. — ¹⁰ Léase D. Vicente López y Planes, padre de Vicente Fidel. La redondilla se destacaba escrita en el frontispicio del Cabildo durante las fiestas patrias de 1818. Recogióla un libro de la época, "Colección de poesías patrióticas". — ¹¹ La corrección exige que se suprima este artículo.

b) El año XX

La historia del año XX es única en su género. Si se exceptúa la guerra del Peloponeso, cuando Atenas caía llena de glorias y de desastres, defendiendo su prepotencia fatal sobre las otras autonomías de la Grecia, la historia del mundo no presenta un asunto más digno de estudio ni más interesante que el que ofrecen Buenos Aires y la República en aquel año. Es imposible concebir esfuerzos más tenaces de parte de los unos por destrozarse los vínculos con que la ley española había reatado los vastos territorios del Río de la Plata. La rabia febril de la emancipación y de la independencia destruía las provincias, demolía las naciones y segregaba las razas que el virreinato había atado durante tres siglos en un grupo heterogéneo y monstruoso. La más humilde de las aldeas que estaban apartadas allá en el centro de los campos, se alzaba resuelta

a defender a todo trance sus derechos soberanos para ser una república independiente, y proclamaba la disolución política inmediata, sin consideración a las necesidades vitales del país y de la causa general en que la revolución de Mayo la había lanzado.

Si ese movimiento instintivo de las masas, nada más, se presentase a los ojos del historiador, él no tendría otras proporciones que las que tienen los movimientos con que las naciones demasiado extensas enferman y se disuelven en los sacudimientos de un nuevo génesis¹ social, como más o menos tarde tendrá que sucederle al Brasil, por las mismas causas que obraron en nuestro virreinato. Pero lo maravilloso de nuestra historia política en el año XX es, que una savia poderosa de juventud y de reorganización animaba esas aspiraciones semi-barbaras con que los elementos sociales se combatían; y que ese designio tan impetuoso por desmembrar, que sembraba la guerra y la matanza en toda la extensión de la República convulsionada², brotaba animado de propósitos orgánicos, y reanudaba al momento los miembros hermanos que él mismo destrozaba. A la vez que las masas luchaban contra las masas; que desaparecían en un día los ejércitos y los gobiernos; una inclinación fraternal y unificante, inexplicable si se quiere, pero cierta, tendía a organizar de nuevo la vida social; un esfuerzo común defendía la independencia, ganaba victorias importantes y libertaba a las otras repúblicas interesadas en la misma causa.

En el año XX estalla, pues, el nudo social de las tradiciones del virreinato, bajo el peso de las necesidades fatales y de los gérmenes nuevos que había creado la revolución argentina.

La tormenta que se había acumulado al influjo del espíritu republicano y democrático; la semibarbarie social de nuestras campañas; las inmensas distancias que separaban a las ciudades capitales, de las provincias, y la pobreza en que yacían, se hallaban

contrastadas por la concentración en la ciudad de Buenos Aires de todos los recursos y de todas las luces capaces de dar dirección y poder al movimiento revolucionario. Buenos Aires, por una necesidad fatal de las cosas, y por efecto de ese vicio constitucional que estorba todavía el crecimiento y la emancipación de la vida de la República, tenía que usurpar, por decirlo así, la facultad soberana de dirigir a los demás pueblos, y de imponerles un gobierno militar tirante, para reunirlos en un empuje común contra las tentativas repetidas que la metrópoli hacía por reconquistar el perdido imperio de sus colonias.

Sin esta concentración impulsiva del espíritu militar y gubernativo, la Revolución de Mayo debía considerarse perdida delante del poder guerrero con que la reacción española la combatía. La nueva República no tenía más remedio que echarse en la guerra a todo trance y con los medios aventurados que tenía a la mano...

NOTAS: ¹ Génesis, como origen o principio de algo, es femenino. Refiriéndose al primer libro de la Biblia, es masculino. — ² Como término de medicina, figura ya el verbo **convulsionar** en la última edición del Diccionario oficial (1936).

5. - Bartolomé Mitre

(1821-1906)

Hijo ilustre de Buenos Aires, militar y, sucesivamente, diputado, ministro, gobernador de la primera provincia argentina, presidente de la Nación, senador, diplomático, desarrolló una actividad literaria tan vasta, multiforme y valiosa, que mereció ser designado miembro correspondiente de la Academia Española. Sorprende la amplitud de ilustración, de que son índice sus escritos; y esto es tanto más de admirar cuanto que Mitre no pasó de mero autodidacto, siquiera dotado de singularísimo ingenio. Comenzó a ser conocido por sus versos de buen gusto, si nó de robusta inspiración. Fué colaborador, director y fundador de periódicos: "La Nación" de Buenos Aires fué creación suya. Ensayó la novela y el drama. Sostuvo mázizas polémicas con V. F. López, Vélez Sársfield y otros. Ahondó en la filología, máxime americana. Tradujo obras de Ho-

racio, Dante (*La Divina Comedia*), V. Hugo, Longfellow, Byron, etc. Testimonio de su elocuencia de tribuno son sus varios tomos de *Arengas*. La correspondencia que dejó es bien voluminosa e interesante. Pero la culminación de Mitre escritor está en los dos magníficos monumentos de las letras hispanoamericanas, que se intitulan *Historia de Belgrano y de la revolución argentina* (57) e *Historia de*



Bartolomé Mitre

San Martín y de la emancipación americana, modelos incomparables del género histórico por la erudición documental, seriedad de crítica, dignidad de estilo, corrección sobria y elegante de forma, interés del relato y acierto descriptivo, cualidades con que el autor ha conquistado uno de los sitios más eminentes en la historiografía americana. No son la simple biografía de dos personajes; éstos son el centro de dos amplios panoramas históricos: Belgrano, de toda la época revolucionaria de Mayo; San Martín, de la era emancipadora de todo el continente.

a) De la HISTORIA DE BELGRANO

La INTRODUCCIÓN o CAPÍTULO I lleva por título "La sociabilidad argentina" y abraza un período de 24 años (1770-1794). Léase el sumario, que ofrece una idea de los asuntos que en dicho capítulo se tratan: "Proemio. - El Virreinato del Río de la Plata. - La colonización argentina y la fusión de las razas. - Antecedentes históricos sobre la sociabilidad argentina. - La constitución geográfica argentina. - El sistema colonial es-

pañol. - Las leyes prohibitivas en violación de las naturales. - El contrabando. - El comercio americano. - Revolución económica. - El comercio libre. - Buenos Aires mercado americano. - Bosquejo del Río de la Plata a fines del siglo XVIII. - La familia y la educación colonial. - Manuel Belgrano. - La ciencia económica y el derecho público en España. - Erección del consulado de Buenos Aires. - Nuevos horizontes".

He aquí la trascripción de algunos subcapítulos:

1. Proemio ¹

Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento es el desarrollo gradual de la idea de la "Independencia del Pueblo Argentino", desde sus orígenes, a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, en que se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica, que tiende a normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos.

Combinando la historia con la biografía, vamos a presentar, bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las acciones y reacciones de los elementos ingénitos de la nueva sociedad política; el movimiento colectivo, el encadenamiento lógico y cronológico de los sucesos; los hombres, las tendencias, los instintos, las ideas, la fisonomía varia de esa revolución de un pueblo emancipado, que lucha, busca su equilibrio y se transforma obedeciendo a su genialidad, sirviéndonos de hilo conductor al través ² de los tiempos y de los acontecimientos, la biografía de uno de sus más grandes protagonistas, precursor, promotor y campeón de la idea de independencia que, como se ha dicho, constituye el argumento del libro. En unos casos, la historia contemporánea servirá de fondo a la figura principal del cuadro, y en otros aparecerá confundida entre las grandes masas o perdiéndose en la penumbra del grande escenario. En ambos casos será un tipo de virtudes republicanas copiado del natural, cuya grandeza moral, sin exceder el nivel

común, hará converger hacia ella los rayos luminosos de la historia.

Para dar unidad y colorido a la narración histórica, para hacer comprender el modo cómo la transición de un sistema a otro se produce, para presentar en su verdadera luz el cuadro de las acciones y reacciones de la revolución argentina, es indispensable ante todo, hacer conocer el teatro y el medio en que esas grandes evoluciones se operan. Esto es lo que haremos, procurando ligar las causas a sus efectos, al dar una idea de la constitución social, política y geográfica del país en que los sucesos que vamos a narrar se desenvuelven, obedeciendo a la ley fatal de su organismo propio.

NOTAS: ¹ El texto que aquí se adopta es el de la 5ª edición (1902), publicado por la Biblioteca de "La Nación" de Buenos Aires. — ² Se dice también, sin artículo: a través.

IV. Antecedentes históricos sobre la sociabilidad argentina

Los conquistadores, o más bien dicho, colonos del Río de la Plata, ocupaban un país, poblado por tribus nómades sin cohesión social, sin metales preciosos y sin recursos para proveer a las exigencias de la vida civilizada. Los indígenas ocupantes del suelo, obedeciendo a su índole nativa, se plegaban mansamente; los unos bajo el yugo del conquistador; los más belicosos intentaban disputar el dominio de las costas, pero a los primeros choques cedían el terreno y se refugiaban en la inmensidad de los desiertos mediterráneos, donde sólo el tiempo y la población condensada podría vencerlos, prolongando indefinidamente la guerra de la conquista.

La colonización del Río de la Plata tuvo, pues, de especial, ser la única en la América del Sur, que no debió su establecimiento, su formación y su desarrollo gradual, al aliciente de los metales preciosos, aun cuando éste fuera el incentivo que la atraía. Bautizada con un nombre engañoso, que sólo el porvenir debía justificar, defraudada en sus esperanzas, todo su capital se compo-

nía de llanuras cubiertas de malezas, donde únicamente el salvaje podía existir; montañas estériles que la limitaban en los confines; bosques vírgenes poblados de animales feroces; terrenos caóticos o pantanosos que matizaban la vasta extensión del territorio, y, por todo recurso, los productos silvestres y una agricultura primitiva que apenas bastaba a las premiosas¹ necesidades de los indígenas. Así nació y creció la colonización argentina en medio del hambre y la miseria, pidiendo a la madre tierra su sustento, y se fortaleció en medio de dolores y sufrimientos, ofreciendo en Sud-América² el único ejemplo de sociabilidad hija del trabajo reproductor.

Esta colonia, estaba, sin embargo, condenada a perecer o a vegetar en la obscuridad y la miseria, si no hubiese encerrado en sus propios elementos un principio fecundo de vida y de progreso, producto de la combinación de los hombres y de las cosas y resultado lógico de las leyes naturales, como va a verse.

Los indígenas sometidos, se amoldaban a la vida civil de los conquistadores, formaban la masa de sus poblaciones, se asimilaban a ellos; sus mujeres constituían los nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza, en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen. De este modo, los indígenas sujetos a servidumbre social y nó a esclavitud, compartían con sus amos las ventajas y las penurias de la nueva vida civil, trabajando para ellos y con ellos, pero comiendo del mismo pan. Y como la falta de minas de oro y plata que explotar eliminaba un elemento de opresión, la tiranía de su trabajo forzado en forma de mita³, no pesaba sobre ellos como en el Perú. Las mismas encomiendas (lotes de tierras y hombres que tocaban a los colonos europeos a título de conquistadores), no

revestían el carácter feudal que en el resto de la América española, limitada por otra parte su duración a sólo dos vidas de encomenderos, tendiendo por consecuencia todos los elementos humanos a refundirse en la masa de la población, bajo un nivel común. Esta suma menor de opresión relativa, esta limitación a la explotación del hombre, por el hombre, que nacía de la naturaleza de las cosas; esta especie de igualdad primitiva que modificaba el sistema feudal de la colonia y neutralizaba el rozamiento de los intereses encontrados, hacía que la conquista fuese comparativamente más humana y se impusiera con menos violencia. De aquí proviene que la conquista del Río de la Plata no ofrezca el espectáculo de esas hecatombes humanas que han ensangrentado el resto de la América⁴, ni ese consumo espantoso de hombres que sucumbían por millares condenados al trabajo mortífero de las minas, sometidos a un régimen inhumano. De este modo, la raza indígena, sin extinguirse totalmente, se disminuía considerablemente, y su sangre, mezclada con la sangre europea, fecundaba una nueva raza destinada a ser la dominadora del país. Lo contrario sucedía en la colonización peruana, en que la raza indígena prevalecía por el cruzamiento y por el número, sin asimilarse a los conquistadores. Así se ve, que a los treinta y ocho años de ocupado el Río de la Plata, los hijos de los españoles y de las mujeres indígenas, eran considerados como españoles de raza pura y constituían el nervio de la colonia. Ellos reemplazaban a los conquistadores envejecidos en la tarea, a ellos estaban encomendadas las expediciones más peligrosas, con ellos se fundaban las nuevas ciudades, como sucedió en Santa Fe, ellos tomaban parte en las agitaciones de la vida pública inoculando a la sociedad un espíritu nuevo. De su seno nacían los historiadores de la colonia⁵, los gobernantes destinados a regirla, los ciudadanos del embrionario munici-

pio, y una individualidad marcada con cierto sello de independencia selvática, que presagiaba el tipo de un pueblo nuevo, con todos sus defectos y calidades.

En tal orden de cosas, como los dones gratuitos de la naturaleza y los frutos del trabajo eran más o menos el patrimonio de la comunidad; como la vida civil era poco complicada y el roce de los intereses menos áspero; como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más o menos pobres, resultaba de todo esto una especie de igualdad o equilibrio social, que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre, en el sentido de la espontaneidad humana.

NOTAS: ¹Apremiantes. — ²Lo correcto parece América del Sur, América del Norte; pero como se admite Centro-América (V. artículo centroamericano en el Dicc.), por analogía puede decirse Sud-América y Norte-América. — ³Tributo que pagaban los indígenas. — ⁴Sobra el artículo que precede a América. — ⁵Como Ruy Díaz de Guzmán. V. pág. 1.

XIX. Manuel Belgrano pasa a España

Manuel Belgrano había nacido en Buenos Aires el 3 de junio de 1770 y era uno de los mejores entre sus hermanos¹. Fué bautizado en la iglesia Catedral de la misma ciudad al día siguiente de su natalicio, con el nombre de Manuel Joaquín del Corazón de Jesús. Puso sobre su frente el óleo sagrado, el doctor Juan Baltasar Maciel², célebre por sus escritos y sus desgracias, y poseedor de la más rica biblioteca de los conocimientos humanos que hasta entonces se hubiese conocido en el Río de la Plata.

Belgrano creció en años bajo el amparo del ala maternal. Cursó en Buenos Aires las primeras letras. A la edad competente estudió en la misma ciudad el latín y la filosofía siendo su maestro en el Colegio de S. Carlos el doctor Luis Chorroarín³, de quien recibió lecciones (a la par de otros futuros hombres ilustres) en los ramos de lógica, física, metafísica, ética y literatura, según el orden de los estudios de entonces. No tenía aún diez y seis años y ya había aprendido cuanto podía enseñarse en las au-

las de aquella época. Notando sus bellas disposiciones, decidiéronse⁴ sus padres enviarle a España, para que completara allí sus estudios.

Por el año de 1786 pasó Belgrano a España, donde estudió leyes en la Universidad de Salamanca, matriculándose en ella el 4 de noviembre de 1786. El joven estudiante debió formar un triste concepto del saber geográfico de sus maestros respecto de la América, cuando al recibir su certificado de matrícula, que original tenemos a la vista, leyó que se le llamaba "natural de la ciudad y obispado de Buenos Aires en el reino del Perú".

En febrero de 1789 graduóse de bachiller en Valladolid, en cuya chancillería se recibió de abogado el 31 de enero de 1793, después de haber pasado algún tiempo en Madrid completando sus estudios profesionales y cultivando otros ramos de los conocimientos humanos a que se sentía más inclinado.

"Confieso", dice Belgrano en su autobiografía, "que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y el derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes del bien público, que me manifestasen sus ideas, se apoderó de mí el deseo de propender en cuanto pudiese al provecho general, y el de adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de mi patria".

Su ambición juvenil debía estimularle naturalmente al cultivo de aquellas ciencias que eran casi totalmente desconocidas en las colonias españolas, y en especial de las que tienen por objeto la mejora y la felicidad de la especie humana. La idea de importar a su patria ciencias nuevas y de aplicarlas algún día a su engrandecimiento, debió halagar sus tempranas aspiraciones a la gloria, y esto le estimuló sin duda a

contraerse⁵ al estudio de las ciencias sociales, y con particularidad a la economía política. En la Universidad de Salamanca se había iniciado en sus principios, y mereció ser nombrado miembro de su Academia de Economía Política, adelantando sus conocimientos en la materia con la lectura de los mejores libros y el trato con los hombres de letras durante su permanencia en Madrid...

La dirección de estos estudios sólidos, que tenían en vista el bienestar de los pueblos, fortalecieron su recto juicio y encendieron en su alma ese amor por sus semejantes, que es uno de los rasgos distintivos de su carácter. Estos estudios, de que él fué importador, y que, ayudado por Castelli, por Vieytes, Moreno y otras inteligencias argentinas, popularizó en las orillas del Río de la Plata, contribuyeron eficazmente a dar forma y dirección práctica a las ideas de progreso, ilustrando a la generalidad sobre sus verdaderos intereses. Ellos influyeron más poderosamente aún, en la preparación de la revolución política que estalló más tarde, la que fué precedida por la revolución económica del comercio libre, que emancipó mercantilmente a la colonia de su metrópoli, triunfo pacífico al cual no es extraño el nombre y la influencia de Belgrano, como luego se verá...

NOTAS: ¹ Fueron once, de los cuales siete varones. — ² Eclesiástico natural de Santa Fe, orador, escritor y poeta (1727-1788). — ³ Eclesiástico porteño, catedrático, legislador, presidente del Congreso de Tucumán en 1819 y director de la Biblioteca Nacional (1757-1823). — ⁴ Como pronominal, este verbo rige a otros mediante la preposición a: decidiéndose a enviarle; pero, sin pronombre, rige inmediatamente: decidieron enviar. — ⁵ Americanismo, por extremar la aplicación o consagración a. La Academia registra esta acepción más particular: "Reducir el discurso a una idea, a un solo punto".

XX. Secretario perpetuo del consulado

Nutrida su inteligencia con estos estudios sólidos y estas meditaciones severas, que son el pan de los fuertes, era ya un hombre de ideas formadas, cuando a fines de 1793 recibió una comunicación del ministro Gardoqui, datada en el Escorial a 6

de diciembre del mismo año, en la que le anunciaba haber sido nombrado secretario perpetuo del Consulado que se iba a erigir en Buenos Aires. Aun no se había expedido la cédula ereccional¹ que lleva la fecha de 30 de enero de 1794, lo que manifiesta que Belgrano fué el primer hombre en quien se pensó al constituir la corporación. En esa cédula se lee su nombre, a la par del de los Lezicas, Las Heras y Anchorena, cuyos descendientes debían tener relación con sus destinos futuros. Al tiempo de extender los nombramientos, fué requerido por la secretaría a fin de que indicara candidatos para los diversos Consulados, que en aquella época se erigieron en varios puntos de la América, distinción que manifiesta el grado de consideración de que ya entonces gozaba por sus talentos y la circunspección de su carácter, aun cuando a la sazón no hubiese cumplido los veinticuatro años...

Entre los deberes del secretario, uno de los más interesantes era, según el tenor del artículo XXX de la cédula ereccional, "escribir cada año una memoria sobre los objetos propios de su instituto". Belgrano, que había salido muy joven de Buenos Aires, sin tener ocasión de palpar los abusos de que eran víctima las colonias españolas en América, y que por otra parte, veía que en su nuevo empleo podría utilizar los conocimientos económicos que había adquirido, dió a la creación de los consulados más importancia de la que realmente tenían. Aun llegó a persuadirse, que por este medio llegaría a obrarse la regeneración de un mundo y podría labrarse su felicidad. Así nos dice en sus memorias: "Se abrió un vasto campo a mi imaginación, como que ignoraba el manejo de la España respecto a sus colonias, y sólo había oído entre los americanos un rumor sordo de quejas y disgustos. ¡Tanto me halagué y me llené de ilusiones favorables a la América, cuando fuí encargado por la secretaría de que en mis memorias describiese las provincias, a fin de que conociendo

su estado pudiesen tomar providencias acertadas para su felicidad!" Poco faltó para que estas ilusiones se realizaran, si, como se verá luego, el Consulado de Buenos Aires hubiese estado compuesto de hombres que se le parecieran.

Bajo la influencia de estas risueñas esperanzas, abandonó la España², aspirando las emanaciones de una gloria misteriosa que le embriagaba, como esos perfumes que sorprenden, en la obscuridad de la noche, y que no se atina de dónde vienen. Cuando se dió a la vela en Cádiz, faltaban seis años para que finalizara el siglo XVII, de cuyas ideas políticas y económicas debía ser uno de los heraldos en el Río de la Plata.

NOTAS: ¹ Neologismo no registrado en el Dicc. erectora, de erección. — ² Aquí también sobra el artículo, y entonces se interpola la preposición a: abandonó a España.

2. Retrato de Belgrano

El hombre a cuyos últimos momentos hemos asistido, y cuya figura histórica ha llenado las páginas de este libro por el espacio de treinta años, era en vida de regular estatura, de ojos grandes, de color azul sombrío, de cabello rubio y sedoso, de color muy blanco y algo sonrosado, cuya apariencia hacía recordar el tipo de las razas del norte de Europa, indicando un temperamento sanguíneo-linfático, vivificado por el flúido nervioso. Su fisonomía era bella y simpática, y el carácter que prevalecía en ella era el de una grave serenidad. Su cabeza era grande y bien modelada, aunque sin esas proyecciones atrevidas y esas protuberancias indicantes del genio. Los retratos y los bustos que han popularizado su imagen, le representan ocupando la región craneana más de un tercio de la cabeza, que hace recordar el tipo de Bonaparte en su juventud; pero si se examinan sus líneas fundamentales, sus planos suavizados y sus simétricas curvas, se percibe que, más bien que el receptáculo de una poderosa inteligencia, es el coronamiento de un cuerpo y de una alma bien equili-

brada, en que se dilatan sus facultades morales. La nariz, que sustentaba el peso de la bóveda del cráneo, era prominente, fina y ligeramente aguileña, prolongándose su perfil en la dirección de la inclinación de la frente. La boca, amable y discreta, y la barba ligeramente saliente y acentuada por un pliegue, indicaba en su conjunto una voluntad tranquila, sin violencia y sin debilidad. Era escaso de barba, no usaba bigote, y llevaba la patilla corta a la inglesa, como se ve en los retratos de la última época de Washington, que era su modelo político.

Belgrano era de una contextura delicada, y su educación física no lo había preparado para los trabajos de la guerra. Estaba dotado, sin embargo, de una gran actividad corporal que lo hacía sobreponerse a toda fatiga. Se le acompañaba con dificultad cuando caminaba a pie, pues su andar era tan rápido que casi alcanzaba la medida del paso gimnástico de los soldados. Sus maneras eran sumamente cultas, sin afectación; sus gestos y ademanes muy medidos, aun cuando reprendía a sus subalternos; su conversación era amena y seria, a veces algo pintoresca, aunque sin brillo y con poco caudal de ideas profundas; sus hábitos eran morigerados, siendo muy parco en su mesa, sencillo en el vestir, no usando ningún estimulante, leía y escribía mucho, dando apenas tres o cuatro horas al sueño y velaba siempre durante la noche...

Durante los años del XVII al XIX en que permaneció acantonado el ejército en Tucumán, vivió constantemente en el campamento de la Ciudadela, sin ausentarse de él una sola noche, obligando a todos a dormir en los cuarteles. Su alojamiento lo componían cinco habitaciones de techo de paja, construídas por los soldados, rodeadas de un pequeño jardín y de una huerta, como lo estaban las cuadras de la tropa, a la que obligaba a cultivar la tierra para sustentarse, a fin de no gravar el erario. Los muebles eran sencillísimos, y todos ellos fabricados en la

maestranza del ejército. Su cama era un catre pequeño de campaña, con un colchón muy delgado, que siempre permanecía doblado, salvo en las tres o cuatro horas que dedicaba al descanso durante el día. Su almuerzo era un solo plato y su comida tres platos de que participaban sus edecanes. Por la mañana temprano recibía a su Jefe de Estado Mayor, el general Cruz, a quien impartía las órdenes del día. Después de almorzar despachaba su correspondencia, leía, y en seguida se acostaba a descansar; y cuando se levantaba, el colchón volvía a doblarse hasta el día siguiente a la misma hora. Las horas que seguían a su frugal comida, las pasaba generalmente en su jardín, donde había hecho construir dos bancos rústicos. Allí solía recibir algunas raras visitas y entregarse a largas conversaciones. Éstas eran sus únicas horas de solaz. Por la noche montaba a caballo y la pasaba toda ella en vigilancia, acompañado solamente de sus edecanes; recorría los cuarteles, patrullaba la ciudad y suburbios, y era inexorable cuando después del toque de silencio encontraba a un individuo del ejército fuera de su puesto.

Su capellán, el P. Villegas, un fraile franciscano de Buenos Aires, era el que dirigía la administración doméstica de su casa militar, teniendo esto de común con el general San Martín que hacía administrar sus escasos fondos por el suyo. Su economía respecto de su persona era tan austera como respecto de los gastos públicos. Mensualmente tomaba de la tesorería del ejército trescientos pesos por cuenta de sus sueldos, pidiéndolos prestados cuando la caja estaba exhausta, como sucedió con frecuencia, y entregaba la cantidad íntegra a su capellán, que a veces se veía en apuros para cubrir su modesto presupuesto.

Era sencillo en su vestido y en sus arreos militares, bien que sumamente aseado. Su uniforme habitual era una levita de paño azul con alamares de seda negra; gorra militar redonda, como se usaba entonces;

pantalón azul sin franja, y en los últimos tiempos, botas de montar, a la inglesa. En los días clásicos se presentaba de sombrero elástico, orlado por un rico galón de oro que le había regalado el general Iriarte al pasarse del ejército español, sin ningún otro relumbrón. La montura de su caballo tocaba en mezquindad en los primeros años de la revolución. A su regreso de Inglaterra, le agregó un mandil azul sin galón, que cubría toda la silla, y los demás arreos eran de mejor gusto y más cuidados. El único lujo que llevó en aquella época al ejército, fué una volante inglesa de dos ruedas, que él manejaba en persona, con un solo caballo, y que fué el primer carruaje de este género que se vió en Tucumán. Muchas veces se le vió con las botas remendadas, y en el año XVII se encontró una vez sin camisas, teniendo que encargar a Buenos Aires dos piezas de Irlanda para remontar su guardarropa, cosa que le sucedió más de una vez al general San Martín, quien después de la victoria de Maipú no tenía sino una casaca remendada.

b) De la HISTORIA DE SAN MARTIN
La abdicación

Se ha dicho con verdad que sólo dos grandes figuras de los tiempos modernos bajaron tranquilas de la cima de la grandeza: — Wáshington y San Martín, — porque ellos no fueron ni poder, ni ambición, ni partidos, ni odios, ni gloria egoísta, sino una misión que debía concluir en un día irrevocable, en medio de la propia existencia.

Wáshington no abdicó. Al colgar su espada después del triunfo, y entregar el poder público en manos de un pueblo libre, afirmó la corona cívica sobre sus sienes, siguió sin violencia el ancho camino que le estaba trazado, y alumbrado por astros propicios, se extinguió en el reposo con la angélica serenidad de los genios tutelares.

San Martín abdicó en medio de la lucha, antes de completar su obra, nó por su voluntad, como él lo dijo en su despedida y como se ha creído por mucho tiempo, sino forzado por la lógica de su destino y obedeciendo a las inspiraciones del bien; y en haberlo reconocido en tiempo bajo los auspicios de la razón serena, consiste la grandeza moral de su sacrificio. Buscó su camino en medio de la tempestad en que su alma se agitaba, y lo encontró; y tuvo previsión, abnegación y fortaleza para seguirla, y por eso el sacrificio no fué estéril.

El Perú había sido libertado por un puñado de cuatro mil hombres (dos mil argentinos y dos mil chilenos) contra veintitrés mil soldados, que mantenían en alto los últimos pendones del rey de España en toda la extensión del continente americano. San Martín, sosteniendo en sus brazos robustos, como muy bien se ha dicho, el cadáver de su pequeño ejército diezmado por la peste y los combates, había declarado la independencia del Perú.

Esta grande empresa, realizada con tan pobres medios, con tanta economía de fuerzas y de sangre, y tan fecundos resultados, se caracteriza como profunda combinación política y militar, en que circunscribió la lucha de la independencia americana a un punto estratégico; en que forzó el último baluarte de la dominación española en Sud América; en que hirió el poder colonial en el corazón, con la espada de Chacabuco y Maipo; en que encerró en un palenque sin salida a los últimos ejércitos republicanos y realistas, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo combate a muerte, la causa de la emancipación de un nuevo mundo.

Desde ese momento, el triunfo de la causa de la independencia americana dejó de ser un problema militar y político: fué simplemente cuestión de más esfuerzos y tiempo.

Desde ese día, el sol, al levantarse sobre

del hemisferio de Colón, nó alumbró más esclavos que los que aun continuaban aherrojados bajo las plantas de los últimos ejércitos realistas, atrincherados en las montañas del Perú.

Pero, para alcanzar la victoria definitiva, era necesario que el mismo Perú, hondamente revolucionado, pusiese sobre las armas diez mil soldados más, y el Perú no podía ponerlos. Chile no podía repetir el supremo esfuerzo que había hecho, para remontar sus tropas expedicionarias. La República Argentina, política y socialmente disuelta, al mismo tiempo que sus hijos ausentes emancipaban lejanos pueblos, no podía enviar nuevos contingentes a su ejército libertador de los Andes.

Mientras tanto, las legiones triunfantes de Bolívar, que desde las bocas del Orinoco habían cruzado de mar a mar el continente, se encontraban con las de San Martín, que desde el Plata habían cruzado al Pacífico dominándolo; y bajo la línea ardiente del Ecuador y al pie del Chimborazo, se saludaban las banderas independientes de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de Chile, del Perú y de Colombia, sellando la alianza continental con una nueva victoria alumbrada por los fuegos volcánicos del Pichincha.

En tal situación, Colombia era el árbitro de los destinos del Nuevo Mundo, y en manos del Libertador Bolívar estaba la masa hercúlea que debía dar el golpe final, en el supremo y definitivo combate que iba a librarse en el Perú.

Para concentrar este supremo esfuerzo, los dos grandes Libertadores se encontraron en aquel punto céntrico del mundo en que sus soldados habían fraternizado. Sus miradas se cruzaron como dos relámpagos en la región tempestuosa de las nubes; sus brazos se unieron, pero sus almas no se confundieron, porque comprendieron que, aunque profesaban una misma religión, no pertenecían a la misma raza moral.

Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes sueños políticos, sediento de gloria, de poder, de resplandor, de estrépito, que acaudillando heroicamente una gran causa, todo lo refería a su personalidad invasora y absorbente. Él mismo se ha retratado así, prorrumpiendo en uno de sus teatrales simulacros de renuncia del mando supremo: — “Salvadme de mí mismo, porque la espada que libertó a Colombia no es la balanza de Astrea”.

San Martín era el vaso opaco de la Escritura, que escondía la luz en el interior del alma: el héroe impersonal que tenía la ambición honrada del bien común, por todos los medios, por todos los caminos, y con todos los hombres de buena voluntad, según él mismo se ha definido en la intimidad con estas sencillas palabras: — “Un americano, republicano por principios, que sacrifica sus mismas inclinaciones por el bien de su suelo”.

Por eso los dos murieron en el ostracismo. El uno en su edad viril, precipitado de lo alto, con las entrañas devoradas por el buitre de su inextinguible ambición personal, llorando hasta sus últimos momentos el poder perdido. El otro descendió sereno y resignado la pendiente del valle de la vida, con la estoica satisfacción del deber cumplido, guardando en su ancianidad el secreto roedor de sus tristezas, como en los heroicos días de su épica carrera había guardado el sigilo pavoroso de sus grandes concepciones militares.

Estas dos naturalezas opuestas y compactas, fuerte la una por su defectos en el choque, y la otra por sus calidades en la resistencia, se midieron como dos gigantes al abrazarse, y se penetraron mutuamente. San Martín fué vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar; pero San Martín venció

a su rival en gloria, mostrándose moralmente más grande que él.

El Libertador de Colombia alcanzará más triunfos, cosechará más laureles y merecerá más la admiración de la historia por su gloriosa epopeya terminada.

El Libertador argentino, venciendo las más arduas dificultades, preparando el camino y vencéndose a sí mismo, merecerá en los tiempos la simpatía etérea de las almas bien equilibradas.

San Martín, con su alto buen sentido, dándose cuenta clara de la situación y de sus deberes para con ella, se inmoló fríamente en aras de una ambición implacable, que era una fuerza eficiente, y cuya dilatación fatal era indispensable al triunfo de su causa.

Los realistas conservaban aún diez y nueve mil hombres en las montañas del Perú. San Martín apenas contaba con ocho mil quinientos, y necesitaba forjar nuevos rayos para continuar la lucha. Bolívar, al frente del victorioso ejército de Colombia, tenía en sus manos el rayo, que a uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder español en América; pero a condición de no compartir con nadie su gloria olímpica.

Ante esta solemne expectativa, San Martín reconoció el temple de sus armas de combate, y vió que el Perú flaqueaba, que su opinión pública estaba sublevada, que su ejército no tenía ya el acerado temple de Chacabuco y Maipo, y que no podría dominar estos elementos rebeldes sino haciéndose tirano. Interrogó al porvenir, y previendo que en un término fatal su gran personalidad se chocaría con la de Bolívar, dando quizá un escándalo al mundo, y retardando de todos modos el triunfo de la América con mayores sacrificios para ella, prefirió eliminarse como obstáculo. Sondeó su conciencia, comprendió que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria, y reconociéndose sin voluntad para ser tirano

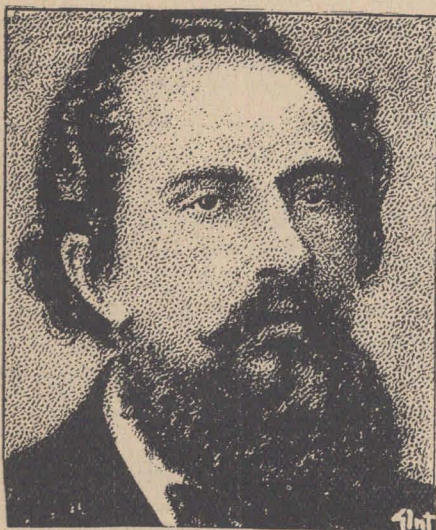
y sin poder moral y material para continuar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, y entregó a Bolívar la espada de Chacabuco y Maipo, después que se convenció de que su ofrecimiento de servir no sería aceptado.

Tal es el significado histórico y el sentido moral de la abdicación de San Martín.

6. - Nicolás Avellaneda

(1837-1885)

Gloria de Tucumán, su cuna; hijo de Marco M. Avellaneda, mártir de la tiranía; abogado, periodista, catedrático, político, diputado, ministro de Instrucción Pública, presidente de la Nación a los 37



Nicolás Avellaneda

años, rector de la Universidad de Buenos Aires y senador, pertenece al gremio ilustre de los presidentes literatos. Sus escritos llenan 12 volúmenes, que contienen memorias, documentos, correspondencia, artículos, ensayos y discursos. Estos últimos, de conceptos profundos y meridanos, cincelados en frase límpida y armoniosa de elocuencia sobria, no sin sus oportunos arranques tribunicios, dieron a Avellaneda el prestigio de orador por excelencia, con que es corriente evocarlos. Y aunque ello sigue siendo verdad, adviértase que hay en él otro aspecto que no vale menos y a que en su tiempo no se daba acaso tanta importan-

cia por menos brillante: el de ensayista. Ricardo Rojas, en la Advertencia con que presenta algunos trabajos del insigne tucumano reunidos bajo el epígrafe de Diez ensayos, escribe: "La gloria del político y del tribuno ha impedido ver otros perfiles de esta múltiple personalidad, como lo comprueba, con el presente volumen, la obra del «ensayista». Lo fué, sin duda, y de los primeros, no ya por una razón cronológica dentro de nuestra literatura, sino por una calidad mental de valor más permanente. La amplitud de su erudición, la claridad de su juicio, la amenidad de su estilo hace de él un verdadero maestro de su época en este género, y como tal nos complacemos en entregarlo a la curiosidad de las nuevas generaciones". Murió Avellaneda joven aún, en alta mar, de retorno de Europa, y cuando todo autorizaba a esperar los frutos más sazonados de su experiencia, como repúblico eminente, y de su gusto ático, como artista del verbo y de la pluma.

a) De RIVADAVIA

A Rivadavia dedicó Avellaneda uno de sus últimos ensayos, que es también, indudablemente, uno de los mejores suyos. Se lo halló entre sus papeles, escrito en hojas sueltas de diverso tamaño, y en parte con lápiz. Pero, lejos de ser estas páginas un borrador, son de tan acabada hechura que han ido a la imprenta sin corrección alguna. Siguen de muestra unos fragmentos:

I

Recorriamos en el año pasado¹ las calles de Río de Janeiro, y se nos mostró cerca de Botafogo la casa que ocupó don Bernardino Rivadavia durante su larga residencia en aquella ciudad. Es una casa alta de dos pisos, con dos estrechas ventanas en el segundo, pero que se abren sobre aquel mar azulado de la bahía, que se dilata dulcemente hasta perderse confundido en el horizonte siempre despejado y sereno. Vivía allí el señor Rivadavia, solitario y en el aislamiento más completo. Cuéntase que golpearon un día a sus puertas dos jóvenes de Buenos Aires que pasaban para Europa, y que Rivadavia se negó a recibirlos cuando conoció sus nombres, diciéndoles: "Para los argentinos no vive ya don Bernardino Rivadavia". Revelaría, a ser cierto es-

te rasgo, no precisamente la tristeza de su alma, como decíamos en el *Discurso*², sino la misantropía, en la que suelen predominar, más que la tristeza, cierta fiereza herida y el menosprecio de los hombres...

Cuando se estudia a don Bernardino Rivadavia en sus actos, que ocupan páginas hermosas de nuestra historia, llama sobre todo la atención lo abierto de su alma, su aptitud para acoger y hacer suyas las ideas nuevas en todos los rumbos del pensamiento...

Había nacido y educábase en una colonia española; y no era español, ni aun siquiera *criollo*, sino por su amor a la nueva patria que concibió, desde el principio, organizada bajo ciertas formas que no se modificaron mucho en su espíritu a través de la variedad de los tiempos...

Adviértase que lo que había en su persona trascendía a su partido, porque pocos hombres han tenido como él ese dón singular de provocar imitadores. Sus palabras circulaban como proverbios. Se imitaba su voz hueca, su ademán reposado, su porte solemne. El partido unitario se hallaba vaciado por entero en el molde rivadaviano. Rivadavia no era colonial, *criollo*, metropolitano, y ni aun siquiera localista; y estaba destinado a ser vencido en sus nobles propósitos de unificación y de gobierno, por las preocupaciones coloniales, por las desagregaciones criollas, por las prepotencias metropolitanas y por las pasiones localistas...

La resistencia a la obra de Rivadavia se llama también con un nombre propio en nuestra historia, y éste es el de don Manuel Dorrego... Es amado por el soldado, atrayente para sus inferiores y altanero con sus jefes. No promueve desobediencias abiertas; pero se burla, desgastando con su sonrisa, como con una lima, la autoridad del mando. ¡Ah, cuántos reflejos tristes tiene en nuestra historia esa sonrisa de Dorrego! Obsérvese: es valiente, es generoso, es heroico; pero deja de pertenecer a los ejérci-

tos de la Independencia cuando empieza a introducirse en ellos, con la presencia de San Martín en el Norte, la verdadera disciplina militar. No es ésta su atmósfera... Sábese, además, que tiene como ninguno la sagacidad del *criollo*, la inteligencia fácil y clara, la palabra abundante, el dón de la atracción personal; y estas cualidades juntas son sus mejores armas en la gran contienda contra Rivadavia...

Decimos siempre que el año 20 es el más tumultuoso de nuestra revuelta histórica; pero lo es materialmente por las caídas de los Gobiernos, que duran apenas un día; por los motines en las calles; por las asonadas de barrios; por la algazara y el polvo de los jinetes, que vienen cabalgando desde la vecina pampa para imponer su ley. Durante los dos años de la presidencia³ de Rivadavia, se siente como el rumor de un mundo en ebullición. Todo fermenta, se remueve, toma una fisonomía o un acento, sale a la superficie. Hay lo bueno: y es el extranjero que llega; el comercio que se agranda; la industria pastoril que mejora sus productos; la nueva tierra que se arranca al desierto, bajo el amparo de la ley enfiteútica⁴; el río interior que se navega. El movimiento es también intelectual y hasta artístico. Se escucha por las tardes, en el Congreso, el elegante discurso de don Valentín Gómez⁵; se recita en el salón el soneto de Lafinur⁶, al mismo tiempo que se muestran los retratos en que Pellegrini⁷ ha hecho llegar hasta nosotros la sonrisa ya suave, ya altanera, de tanta dama... Ahí está Juan Cruz Varela, propagador del entusiasmo literario, más que poeta con inspiración, y que había formado su atmósfera, dentro de la que cabían el actor y la actriz, Lapuerta y la Trinidad⁸, el pintor venido de Europa, como Monvoisin⁹, y los jóvenes todos que amaban la música de los versos...

Pero hay también lo malo, lo sombrío, lo atrasado, lo receloso, y se halla del mismo

modo en movimiento. Existe la pequeña prensa para esparcir falsas alarmas, denigrar hombres y suscitar malas pasiones. Se prodiga la fiesta oficial hasta para inaugurar la construcción de una arcada en el cementerio, y cada una de ellas es el tema de burlas inextinguibles. El criollismo más neto se halla representado por el *compadre*¹⁰, y éste se burla con sorna del sabio extranjero que se ha hecho venir de Europa, rabia contra la esquina ochavada, habla de los millones perdidos o por perderse en el pozo artesiano que se cava en la plaza de la Recoleta... Se acecha en las calles el séquito del Presidente para soltar la carcajada a su paso. La ley de la capital encontraba resistencias en la pasión popular que azuzaban diariamente hombres graves, al mismo tiempo que sus agentes buscaban alianzas en el interior para la resistencia o para la lucha. A la hegemonía de Buenos Aires respondió el grito bárbaro de los caudillos apoderándose de su presa. Lo fué para cada uno la provincia en que gobernaba.

La primera figura en la lucha contra la Presidencia es, sin duda, la de don Manuel Dorrego. Da impulso a todas las resistencias, fuego a las pasiones, expresión a los descontentos, y presta su voz simpática y clara a las preocupaciones más oscuras. Perora en el Congreso, declama en las reuniones populares, habla en el café, en los círculos sociales, en las trastiendas; se guiña de ojos con el transeúnte, escribe hasta en las secciones más secundarias de su Prensa, parte migajas con el Padre Castañeda¹¹ y se encuentra al habla con los caudillos del interior. Es el artista del desorden, cediendo tal vez a necesidades de su organización, sin odios en el alma, con la sonrisa ligera en los labios, y sin la conciencia verdadera de la trascendencia subversiva de sus actos, él mismo se exalta y se embriaga envolviéndose cada día en el formidable ruido que ha promovido a su rededor...

La Constitución¹² que tan luminosamente había elaborado el Congreso y a cuya formación concurren los hombres más notables de la Nación, fué rechazada por los caudillos del interior, nó porque fuera federal o unitaria, sino porque era simplemente una "Constitución", según la frase del canónigo Gorriti¹³, que empieza a ser recogida como un juicio por la Historia. A su sombra no podían subsistir Gobiernos personales y bárbaros. Era el comienzo del fin. La famosa presidencia que había inquietado los celos de Bolívar y cuya fama se extendía por la Europa, iba a desaparecer, nó después de formidables batallas, sino como se recogen los pintados bastidores de un teatro improvisado. Rivadavia presentó su renuncia... El documento de Rivadavia es sobrio y solemne: "Me es penoso, decía, no poder exponer a la faz del mundo los motivos que justifican mi irrevocable resolución, pero ellos son bien conocidos de la representación nacional. La historia me hará justicia; la espero de la posteridad".

El proceso histórico se halla desde entonces abierto y no ha sido aún fallado definitivamente. Somos hijos de los autores y no podemos todavía ser sus jueces. Pero estos aplazamientos ante la historia no son sino una forma para invocar el testimonio de la propia conciencia. Se siente recta la intención y se reputa acertado el acto, en lo que puede haber error. Rivadavia y Lavalle invocan igualmente la historia, el uno abdicando el mando y el otro ante el patíbulo de Dorrego. La renuncia de Rivadavia abrió paso franco al predominio de la barbarie bajo sus formas más odiosas. El fusilamiento de Dorrego no trajo, pero apresuró el advenimiento de Rosas, dejando interrumpido el drama intermedio.

NOTAS: ¹ Este ensayo lleva la fecha de 1884 en Buenos Aires. — ² Alude al que pronunció en el centenario del nacimiento del prócer (1880). — ³ Fué elegido Rivadavia el 6 de febrero de 1826; presentó su renuncia el 27 de junio de 1827, que fué aceptada tres días después: gobernó, pues, un año y medio escaso. — ⁴ Enfiteusis es la cesión perpetua o por largo tiempo del dominio útil de un inmueble, mediante el pago anual de un canon

y de laudemio. — ⁵ Había sido presidente de la Asamblea general constituyente de 1813 (1774-1833). — ⁶ Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824), abogado y escritor, natural de San Luis. — ⁷ Carlos Enrique Pellegrini (1800-1875), natural de Chambery (Saboya), ingeniero, periodista y pintor. Residió en Buenos Aires desde 1828. Fué padre de Carlos, que llegó a Presidente de la República. — ⁸ Lapuerta y Trinidad Guevara, principales intérpretes de las tragedias de Varela. — ⁹ Sobrenombre de Raimundo Augusto Quinsac (1790-1870), pintor francés que trabajó un tiempo en Buenos Aires. — ¹⁰ Individuo jactancioso, provocador, de vestir, andar y maneras afectadas. Se lo llamó también **compadrito**. Su mal imitador, máxime si de familia acomodada, era el **compadrón**. Portarse como éstos era **compadrear**. Las cuatro voces son argentinismos, que no figuran en el léxico académico. — ¹¹ Fr. Francisco de Paula de Castaneda (1776-1832), franciscano, catedrático, periodista de estilo acerado y original, amante del verdadero progreso integral. — ¹² Se refiere a la unitaria del 24 de diciembre de 1826 que rechazaron luego varias provincias. — ¹³ Juan Ignacio: sucedió en 1829 al militar José Ignacio Gorriti, como gobernador de Salta.

IV

...Más de una vez nos ha sucedido preguntarnos, por qué había desaparecido en 1826 el Rivadavia de 1811 y 1812. Rivadavia se había mostrado, efectivamente, en aquellos primeros años de la Revolución, como un hombre de voluntad poderosa, sin detenerse ante las dificultades de la acción política, por duras, crueles y hasta trágicas que ellas fueran. Es secretario de la Guerra, y da nervio al Gobierno, impulsando al mismo tiempo la revolución por una serie de actos que son conocidos. Pertenece en seguida al Triunvirato, se impone a las disidencias de sus colegas, salva a la revolución de uno de sus mayores peligros, descubriendo y castigando con mano despiadada la conspiración de Álzaga¹. La ola sangrienta de las persecuciones se desata, y Rivadavia mismo le pone valla, con ánimo igualmente resuelto, por el célebre Decreto². ¡Basta de sangre! Quince años después, aquel hombre poderoso es buscado y no se le encuentra. ¿Qué modificaciones se habían obrado en su espíritu? El problema psicológico es siempre un misterio...

Penetremos ahora con algunos rasgos, en el fondo de esta gran figura histórica de nuestros anales. El hombre físico es por todos conocido; sus retratos son numerosos y todos son idénticos. La plancha litografía-

da misma, a la que faltará siempre el rayo de la vida, es en este caso casi³ igual al pincel. No habrá en la figura de Rivadavia ninguna de esas líneas elegantes o de esos toques delicados que necesitan en cierto modo, para reproducirse, ser sentidos por la inspiración del artista. Hemos leído que cuando el señor Rivadavia paseaba por las calles de París, con su andar mesurado y grave, atraía la curiosidad de los transeúntes. Pero había en su rostro tal seriedad, su porte era tan grave, su ademán tan ceremonioso, que no hubo jamás hombre alguno, entre nosotros, que supiera imponer a los demás el sentimiento de su propia importancia, que se transparentaba en todos sus movimientos. Montesquieu lo ha dicho: "El mérito personal es una fuerza y puede sobreponerse a todo". El fisgón podía trazar con carbón en las paredes los contornos de la figura de Rivadavia, pero era casi imposible faltarle en su presencia al respeto: lo llevaba consigo y lo transmitía.

El señor Rivadavia escribía poco, pero son suyos, hasta por la redacción, casi todos los documentos que llevan su nombre... No poseemos un solo discurso suyo en el que se reconozca el vuelo o siquiera la amplitud oratoria... Hablando o escribiendo, faltaba al señor Rivadavia la paciencia y el arte del desenvolvimiento. Su palabra no lleva su movimiento natural, y procede como por irrupciones, o incrustando en la exposición un poco confusa, tales o cuales frases salientes, que no son casi siempre aquellas palabras que llevan luz, según la expresión de Cicerón — *lúmina verbi* —, y que dan tanta claridad como esplendor al discurso. Tenía, sin embargo, algunas expresiones felices... Cuando se leen las exposiciones del señor Rivadavia en la Legislatura, no solamente se nota la falta de cierta prontitud en su inteligencia, y que no sería a la verdad conforme a su índole, sino de aquella perspicacia que se trasluce por la seguridad y el acierto de la réplica inmediata... Cuando se

leen sus documentos, se descubre visiblemente que falta en el espíritu de Rivadavia lo que se llama con propiedad el sentimiento estético, es decir, el sentimiento de las proporciones; tal decreto es demasiado pomposo para concluir con una prescripción vulgar. Se desciende de lo alto para ordenar la bagatela.

NOTAS: ¹ Descubierta el 2 de julio de 1812. El 6 fué ejecutado Alzaga. — ² Que lleva fecha de 24 de julio de 1812. — ³ Concurrencia inadvertida: caso casi, que, a haber tenido tiempo de revisar, habría ciertamente eliminado un escritor tan cuidadoso de la armonía de la frase.

V

En ese momento célebre de nuestra historia, Rivadavia dijo: "Soy la razón, y no quiero ser la fuerza", y descendió con la solemnidad de un pontífice las gradas de la Presidencia, para ir a la proscripción, que sólo tuvo diez y ocho años después por desenlace la muerte ¹, quizá anhelada. La intención era elevada y recta, porque nunca hubo bajo el cielo argentino un patriotismo como el suyo, más comprobado; y el experimento fué terrible, porque hizo del más grande de nuestros hombres públicos, también el más infortunado. Es necesario, sin embargo, sobreponerse a la admiración por el genio o, lo que es más difícil, a la piedad por el infortunio, para decir que la noción de Rivadavia sobre su papel era equivocada. Gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone, igualmente, de estos dos elementos ineludibles: la razón como la fuerza. Los gobernantes no son pastores de almas, y menos que orgullo, que es un sentimiento de dominación, puede haber hasta vanidad en confundir el Gobierno con un pontificado.

La paz con el Brasil estaba hecha por sí misma, en los términos que conocemos, y se realiza muy luego por sus sucesores, casi sin negociaciones. ¿Era dolorosa? Adolfo Thiers ha mostrado que hay grandeza en suscribir con sus manos lo inevitable. Es necesario entrar en el fondo de la situación. La dimisión de Rivadavia no iba a dar temple a la guerra, ni crear mejores condiciones para

negociar con ventaja la paz. Prevalecían de este modo, por el contrario, los opositores de la guerra, y hasta los caudillos que se habían confabulado para rehusar sus contingentes al Ejército. Digámoslo de una vez: la renuncia de Rivadavia no llevaba a los Consejos de la Nación un régimen diverso de gobierno, ni siquiera un cambio de política, sino que traía pura, simple y exclusivamente la disolución nacional. Fué en aquellos días ya saludado en las antecámaras del Congreso, como Gobernador de Buenos Aires, el Coronel don Manuel Dorrego, y lo ha contado en un discurso memorable un testigo presencial de la escena.

Buenos Aires, 1884.

NOTA: ¹ Rivadavia murió en Cádiz el 2 de setiembre de 1845.

b) De un DISCURSO

En la inauguración del Ferrocarril Central Norte

La locomotora, después de haber recorrido centenares de leguas, ha entrado por fin, en la tierra prometida: la tierra de sol ardiente, del suelo fecundo, y del laurel altivo que ha abatido sus frondosas hojas para afombrar su paso.

Ella ha venido, y ella es la industria, el comercio, el arte, la ciencia, la poesía, la conductora de hombres y la regeneradora de pueblos.

Esta tierra es desde hoy suya; y yo le entrego en dominio perpetuo los árboles de la selva virgen, la caña azucarada, el café aromático, el añil con sus vivos tintes, y los productos todos del suelo intertropical, para que los derrame pródiga y triunfante por los demás pueblos privados de estos dones.

Las creaciones geológicas han pasado para dar lugar a una nueva que no es producida por cataclismos ciegos: la transformación del mundo por el ingenio humano. Vivimos en esta América los días maravillosos de otro Génesis, y será contado entre ellos el día en que se vió por vez primera a la locomotora partir desde el majestuoso estuario del Pla-

ta, agitando sus alas de relámpago y volando sobre rieles de acero, para detener, después de breves horas, su carrera vertiginosa en el centro del Continente y a la falda del Aconquija.

Subiremos luego la montaña, y esparciendo luego las miradas por los horizontes luminosos, divisaremos desde las excelsas cumbres los nuevos destinos de estas regiones...

Pero detengámonos en estas jornadas del gran camino. He ahí la gran ciudad de Tucumán; — y quiero presentarla a los recién venidos.

Era apenas una aldea y fué elegida como una trípode, por el genio de la revolución para lanzar desde su recinto aquel grito que hizo alborear los horizontes de medio mundo. Creció desde entonces amando la libertad y execrando a los tiranos; y cuando uno de ellos extendía por la tierra del argentino su ominoso imperio, Tucumán se levantó casi sola en santa y patriótica lucha, convocó a sus hermanas del Norte y fué a la guerra.

¿Para vencer? Nó. Tenía tan sólo la sed de la consagración y del martirio; y el noble pueblo se abrió estoicamente las venas, para que nosotros podamos hoy decir que las tiranías no avergüenzan, cuando han suscitado héroes por la desesperación, y derramado hasta la fatiga sangre de mártires.

Todo esto ya pasó. No tenemos hoy por delante sino a Tucumán, la industriosa y la bella.

¿La veis elevando con esfuerzo los blancos campanarios de sus iglesias sobre la corona de naranjos y limoneros que la circundan? El naranjo y el limonero que producen flores y frutos que embalsaman el ambiente de las tardes con sus perfumes, alimentan al pueblo y dan techumbres a los hogares, son sus árboles predilectos, porque son su emblema asociando lo útil a la bello. No hay suelo hermoso sino el suelo fecundo.

Buscaremos mañana al Tucumán de la leyenda poética y lo encontraremos pene-

trando en la espesura de las selvas, escuchando sus rumores sordos que parecen los ecos doloridos de una lejana y vaga tristeza, o viendo descomponerse los rayos vívidos del sol sobre las copas movedizas de los árboles, para caer en hebras de luz matizadas de colores infinitos.

Pero lo encontraremos aun más, cuando hayamos ascendido sobre la cumbre de las montañas, en medio de la transparencia de la atmósfera que aleja y hace desaparecer los horizontes; viendo los bosques descender en graderías hasta la llanura, y ésta abrirse y dilatarse en panoramas formados por los árboles, por las sombras y por los variados matices del campo fértil; al mismo tiempo que el ojo abarca el mayor espacio sometido jamás a su inspección, el pecho se dilata y se respira con expansión indecible, repitiendo instintivamente los versos de Goethe que Humboldt recordó en las cimas del Chimborazo: "Sobre la montaña mora la libertad".

Oigo decir que este Tucumán poético desaparecerá en breve, porque el humo de la locomotora espesa la atmósfera y empaña los cielos. No lo creo.

Un país es doblemente hermoso, cuando a los maravillosos aspectos de la naturaleza se han agregado las creaciones del arte. La Grecia no desplegó por completo la fascinación de sus prestigios, que después de veinte siglos encantan aún la memoria, sino cuando el cincel de Fidias animó los blancos mármoles de Paros, y cuando hubo atraído por el comercio, la industria y los cultivos de otros pueblos, al mismo tiempo que los pintores imitaban en la pureza de sus líneas la suavidad de sus horizontes y los poetas buscaban la luz fulgente de sus creaciones en el majestuoso esplendor de sus cielos.

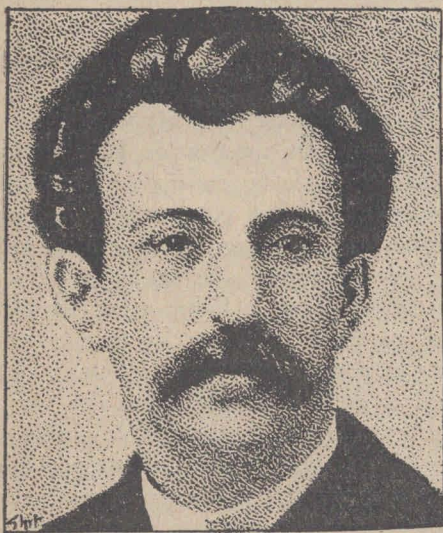
La naturaleza se embellece y se completa bajo la acción fertilizante de la industria. — Lo que vemos, lo que admiramos en los valles y en las montañas, no ha tenido has-

ta hoy por artifice sino los tres artífices primitivos: el aire, el agua y la luz del sol. ¿Cuántos prodigios se producirán, cuando se agregue a ellos el trabajo viril e inteligente, cuando ningún hilo de agua descienda de la montaña para insumirse estéril, cuando el árbol espontáneo y el árbol cultivado, la flor de las praderas y la flor de los jardines, entretejan su ramajes o confundan sus perfumes? La inteligencia humana habrá pasado entonces como un soplo de vida animando la segunda creación. El nuevo Tucumán se presentará al viajero transformado y embellecido, y si Dios nos depara la suerte de verlo otra vez, lo saludaremos con el grito de admiración del poeta latino: "*O matre pulchra filia púlchrior!* — Oh hija más hermosa que su madre hermosa!

7. - José Manuel Estrada

(1842-1894)

Porteño. Notable caso de autodidacto, fué, sin poseer título universitario algu-



José Manuel Estrada

no, catedrático de Historia, Instrucción Cívica, Filosofía y Derecho Constitucional y venerado Rector del viejo Colegio Nacional; ocupó elevados puestos en la

dirección de la instrucción pública del país y una banca en la Asamblea Constituyente de Buenos Aires (1871) y en el Congreso Nacional (87). A los 16 años revela ya su madurez literaria. El periodismo argentino le cuenta entre sus figuras de primera fila. Polemizó con altura y argumentación robusta y contundente. Figura también con pleno derecho entre los fundadores de la historia nacional, siquiera no posea la precisión científica a que se ha llegado tras pacientes investigaciones posteriores. Pero, antes que escritor, fué Estrada el prototipo del educador y del orador: educador tal que la posteridad, lo mismo que su época, le reserva el dictado antonomástico de el **Maestro**; y orador incomparable de extraordinaria virtud sintetizadora y rara profundidad, a la vez que de esplendorosa y fascinadora elocuencia. Estrada es siempre y simultáneamente maestro y orador: sus famosas lecciones son todas discursos o arengas palpantes de sinceridad y aticismo, como sus discursos son siempre lecciones magníficas de virtudes públicas y privadas, que corrobora con la autoridad de su ejemplarísima vida rectilínea. Fué el adalid de la verdad y la justicia, puestas al servicio de sus dos purísimos ideales: la religión y la patria. Léanse estos párrafos espigados de la "vigorosa silueta del inolvidable maestro" que traza R. Rojas en "*La Literatura Argentina*": "Busco entre la muchedumbre de nuestros oradores una personalidad ejemplar por la virtud, por el sentimiento, por la ciencia, y la encuentro en J. M. Estrada, que hubiera podido ser un orador sagrado, porque fué un apóstol de catolicismo; que hubiera podido ser un caudillo republicano, porque agitó a las multitudes con su doctrina; pero que fué sobre todas las cosas un maestro reflexivo y apasionado a la vez, en la cátedra y fuera de ella, dejando en las almas la vibración conmovedora de su elocuencia... Vivió lo bastante para ser en nuestra historia una de las figuras centrales del pensamiento... Entre sus contemporáneos, sólo Avellaneda se le parece como orador, y acaso del Valle; pero es más apasionado que Avellaneda, más docente que del Valle, y acaso aventaja a los dos por el interés más permanente de sus temas y el poder más deslumbrador de su fantasía... Podemos no compartir sus opiniones, pero no podemos negar la glo-

* Tomo I de "Los modernos".

ria de su talento... Un hombre fué, un hombre de abnegación, de pasión y de ingenio. En ese molde humano refúndese para la posteridad el orador, como en tal orador se refunden para la crítica el escritor, el publicista, el maestro involvidado". De entre los 12 tomos de las *Obras completas* (99) de Estrada se destacan *El génesis de nuestra raza* (61) y *El catolicismo y la democracia* (62), nervudas polémicas que no parecen del adolescente que las trazó, y sus obras de madurez *Los comuneros del Paraguay* (65), *Lecciones sobre la historia de la República Argentina* (66-68), *Política liberal bajo la tiranía de Rosas* (73), *Curso de Derecho Constitucional* (78) y los enjundiosos artículos de "*La Unión*", diario que él fundó, como órgano de los católicos para las horas de lucha del 82, y que también honraron otras plumas brillantes como las de Pedro Goyena y Tristán Achával Rodríguez. Murió en Asunción, mientras ejercía el cargo de ministro plenipotenciario argentino en el Paraguay. La repatriación de sus despojos dió motivo a una elocuentísima demostración de duelo popular*.

a) Mariano Moreno

A la sombra del techo paterno, embellecido por la presencia radiosa de una madre santa, aquel espíritu, fiero desde la infancia y susceptible de toda pasión grandiosa, se desenvolvía con extraordinaria rapidez, robustecido por un sentimiento religioso eficaz y vívido, y diariamente adquiría mayor elasticidad y vigor para recorrer las regiones de la ciencia que sus maestros le abrían. Su discreción prematura era el encanto y el asombro de las íntimas y modestas veladas de su familia, y el copista de San Carlos no tardó en ser el orgullo de las aulas y el terror de las conclusiones¹. — Un fraile franciscano, de corazón de ángel y alma de revolucionario, Cayetano Rodríguez, descubrió en el espíritu de aquel adolescente fuerzas superiores al radio escolástico, de cuyos límites desbordaban, y cuya dialéctica era para él un instrumento dócil y familiar; y ponía en sus manos libros que le iniciaban en rumbos

más abiertos, y le ofrecían espectáculos en que pudiera buscar contemplaciones dignas de su espíritu.

Mientras fué niño, presidió siempre los pasatiempos de sus compañeros, arrastrado por un instinto misterioso de superioridad. — Cuando llegó a la juventud, discurría con impetuosa genialidad, y su palabra era dominante y atractiva.

Poseía una voluntad de hierro, resistente a todo combate, y tenaz en medio de las agresiones de la suerte. — Viajando hacia el Perú, un día fué abandonado enfermo y casi agonizante, sin lecho ni abrigo; pero ni las torturas ni los deslumbramientos del delirio febril enervaron su fibra, ni arrebataron a su razón el dominio de su vida. Quiso, y se puso de pie. Quiso, y aquel enérgico arranque lo devolvió a la vida y a la salud.

Devoraba en Charcas, en casa de su favorecedor el canónigo Ferrazas, cuantas páginas le explicaban la revolución moderna. — Allí, dejóse sin duda subyugar por los espectáculos de la revolución francesa, los cuales le inspiraron tan viva admiración que no le permitieron discernir claramente las fuerzas y tendencias legítimas de la democracia, del despotismo popular y revolucionario.

Temido por los mandones en el foro, que prefirió al sacerdocio², al cual parecía estar destinado, cruzaba hacia 1806 el territorio argentino, para regresar a Buenos Aires con su esposa y su único hijo. Nos ha dejado en páginas palpitantes la expresión del amargo dolor que las desventuras del indio peruano suscitaron en su alma. — Lloró y meditó más tarde, cuando las armas inglesas conquistaron la tierra de sus amores, y su carácter se acentuó en las terribles enseñanzas de aquel período. Las conmociones de 1809 lo hallaron en la primera línea. Su impaciente prisa por la revolución lo complicó en la de Álzaga el 1° de enero; pero, en seguida, rectificando su línea de conducta, abordó las

* Léase el elogio de Estrada hecho por Oyuela, inserto en la pág. 123.

cuestiones prácticas y vivas, arrancando con un escrito famoso³, de labios de Cisneros, la emancipación mercantil de la Colonia.

En la revolución superó a sus contemporáneos por la visión del porvenir, siquiera flaquease en la inteligencia de sus medios. Jefe del partido *demócrata*, quería levantar las muchedumbres al foro, entendía el sistema representativo, y era su vehemente deseo verlo triunfante y arraigado; pero, influenciado⁴ por la revolución francesa, amaba estos principios consolidados en un gobierno central y exclusivo, moderador de los pueblos en materia política y administrativa. Era demócrata unitario. — Orador y periodista, magistrado y revolucionario, él inoculaba en la juventud la savia novísima, subyugaba el Poder y lo arrastraba con ímpetu y arrojo como si Dantón⁵ hubiera resucitado en la Colonia; porfiaba sin reposo por romper toda valla a la soberanía popular. ¡En su cerebro se anidaba el rayo, y en sus grandes ojos fulguraba el estro divinizado del profeta!

NOTAS: ¹ Actos que se realizan en las escuelas o facultades, y en que se defiende algún aserto o proposición. — ² Moreno había pensado llegar a clérigo, pero luego advirtió que su vocación era otra. — ³ Conocido con el nombre de "Representación de hacendados". — ⁴ Este neologismo, lo mismo que el verbo *influcidar*, no ha sido aún reconocido por la Academia. El verbo propio es *influir*. — ⁵ Uno de los hombres notables de la Revolución Francesa, acusado de moderación por Robespierre y guillotinado en 1794.

b) Rosas

No impera sólo Facundo, Aquiles de las edades bárbaras de América, sobre el suelo estremecido de la patria. En las anchas sabanas del Sur va subyugando las masas, jinete que doma el potro, hipócrita caudillo que fanatiza, otro hombre famoso ya en ciudades y campañas. No era nuevo hacia 1825 en el teatro de su negro drama. He retardado, empero, su exhibición, porque el aliento de los grandes malvados envenena. La musa se irrita al respirarlo, y la conciencia embargada, apenas y a costa de supremo esfuerzo si puede escoger entre la serenidad del que juzga y la emoción iracunda del que aborrece. ¿Quién

era ese hombre? Al verlo creeríais que el arte diabólico se agotó para encarnarse en él. Es el hijo hermoso del mediodía. Atlético de formas y arrogante de apostura, lleva en su andar los aires de la audacia; pero en su frente ceñuda y en los rasgos que se desprenden de aquellos ojos dominadores, revélase patentemente que aquella actividad no está regida por movimientos espontáneos. Fosca y pertinaz mirada baña el óvalo de su rostro blanco; sus labios contraídos tienen el gesto del sarcasmo genial, y en su frente alta, pero mal desenvuelta, se lee un pensamiento fijo, uniforme, batido por las pasiones del alma que trasluce. La agria esperanza que lo alienta parece haber estereotipado en sus labios aquella fría sonrisa. La concibió en sueños amargos y se fijó con su expresión. En la emoción del hombre leal buscáis los estremecimientos del pecho; pero delante de aquel caudillo y subyugados por su mirada, buscaríais el reflejo siniestro de la faz que su pasión predominante asumiera en cada punto: aun dudaríais que tuviera corazón. Todo él está en sus ojos y en su sonrisa, como una encarnación del tirano, que humilla y se burla de sus semejantes. No resplandece en su fisonomía el calor del sentimiento moral, ni la franca ingenuidad del hombre imprevisor. Su alma no reposa. Inquieta y febril, va al capricho de la pasión, desmayada por la envidia, irritada por el encono. Tiene rasgos predominantes, radicados en la vida vagabunda y en las confidencias del palenque; el profundo egoísmo del hombre en la lucha con la naturaleza y la soledad; la idolatría de la fuerza y la resignación al remordimiento debilitado por un fatalismo instintivo, que engendran el combate y las privaciones. Es disimulado y suspicaz, frío y cruel. Está a servicio de sus fines ambiciosos sin lucha íntima; apenas siente su vida moral por el roce de pasiones coincidentes. Ninguna personalidad se ha desenvuelto con mayor lógica a favor de su elemento; nada lo contrariaba en el fondo de su alma por la au-

sencia absoluta del sentido moral. Gaucho un día, fué ótro protector de vagabundos; caudillo de desertores que cobijaba y mandaba; capitán de montoneros militares, amparados por la ley primero, independientes después, rebeldes por fin; jefe de las campañas mañana, y al amparo de la corrupción y el desaliento, brutal tirano, al cual una generación de mártires citaba ante el Dios de la justicia, y una generación de esclavos ensalzaba gritando con acento ignominioso: "¡Loor eterno al magnánimo Rosas!"

El gaucho estupefacto le admiraba, cuando corría la pampa dominando el bruto generoso con brazo y aliento de Hércules; lo admiraba deslumbrado; jamás la tierra de los desiertos sustentó, — hubiera podido cantar el payador del Sur, — ni rico más generoso, ni patrón más campechano, ni jinete más robusto, ni gaucho más enamorado; jamás la vida del desierto alimentó pecho más fuerte, ni dieron resplandor sus luces a busto más hermoso. Y era así, la belleza de Juan Manuel de Rosas, prestigiosa para el sentido estético de las masas bárbaras, la idealización artística del tipo campesino, como era su corazón degradado el producto lógico y superior de la educación, de los hábitos, de las preocupaciones con que el coloniaje envileció al pastor de los desiertos; y jamás apareció suma tal de ignominias morales bajo formas tan seductoras. Era el Belial de Miltón¹.

NOTA: ¹ El demonio que el inglés describe en su inmortal "Paraiso perdido".

c) Muerte de Dorrego

Dos arrogantes militares, condecorados con la banda de general sobre el campo de victoria en Ituzaingó, descollaron en aquella competencia de heroísmo, que envanece a los argentinos y cantó la musa virgilia de Juan Cruz Varela¹: Lavalle, bravo como un griego antiguo, impetuoso como un árabe; Paz, soldado europeo, de aliento varonil y cabeza serena y reflexiva. Ambos eran los caudillos destinados a consumir la reac-

ción militar que debía volver la República a la situación destruída por las revoluciones de 1827. El plan era vasto y bastante significativo en sí mismo para necesitar aclaraciones. Lavalle estaba encargado del litoral, y Paz del interior. Porteño el primero, y cordobés el segundo, fueron escogidos con acierto, demostrando que nada era posible esperar para la vida nacional, si el localismo no era acariciado aún en favor de la reacción unitaria. En noviembre de 1828 llegó a Buenos Aires la división de Lavalle, que fué acuartelada en la Recoleta. Paz quedaba en la provincia de Santa Fe esperando el momento de obrar. El trabajo estaba maduro y no había tiempo que perder. En la mañana del 1º de diciembre, el general Lavalle, al frente de su división, formada en la plaza de la Victoria, declaraba caducado el gobierno del coronel Dorrego, invitando al pueblo a una asamblea que debía tener lugar en la capilla de San Roque.

La proclama del general Lavalle no contenía un solo voto que personalmente le fuera reprochable; tampoco contenía, empero (y llamo vuestra atención sobre esta particularidad), una sola palabra que recordara al pueblo su solidaridad con el resto de la nación. Cuando Dorrego aisló a Buenos Aires, cuando más fanáticamente se irritó el localismo, el nombre de la vieja patria estaba en los labios y en el corazón de todos. Creo que estaba también en el alma de Lavalle, pero Lavalle calló, para apoyar el movimiento militar que encabezaba, en una pasión robusta e intransigente que los unitarios pretendieron dos años antes extirpar con la ley de Capital y la Constitución unitaria. El prestigio del soldado revolucionario, el entusiasmo de la juventud agradecida a los unitarios y adoctrinada por los Varela, y las simpatías numerosas de la causa puesta en acción, propagaron la chispa por toda la capital. La Asamblea popular se celebró, en efecto, el mismo día. Ya estaba viciado por las revoluciones el sentido democrático, y

todo militar afortunado que vencía en un pronunciamiento, podía contar con la silla de los gobernadores. El general Lavalle fué elegido gobernador en la asamblea de San Roque.

Entretanto, el coronel Dorrego se había fugado a la campaña, buscando en los milicianos, y en Rosas mismo, apoyo para resistir. El 5 partió Lavalle en su persecución, delegando² en el almirante don Guillermo Brown. Las milicias se habían prestado a la convocatoria del gobernador depuesto, y Rosas, cuyo interés personal lo inclinaba a la guerra, vino a la vez en su apoyo, reclutando unos 3.000 hombres colecticios³ y mal armados, que fueron derrotados el 9 por las tropas regulares de Lavalle en el partido de Navarro. Dorrego y Rosas huyeron en la derrota, pero la hora del martirio había llegado para el tribuno y caudillo de una causa que iba a hundirse con él por varios años, en los senos incandescentes de la revolución y de la tiranía. Una partida del Regimiento de Húsares lo prendió, alcanzándolo en su fuga.

Apenas circuló en Buenos Aires la noticia de su prisión, el general Rondeau, residente a la sazón en la capital, y varios agentes extranjeros interpusieron su influencia para salvarlo de la muerte, hecho que vigoriza las presunciones del señor Sarmiento, respecto a la suerte que le estaba señalada en los acuerdos revolucionarios. Conducido el día 13 a presencia del jefe vencedor, le fué intimada su sentencia de muerte, dándole una hora para escribir y para orar. El ilustre ciudadano escuchó sin conmoción visible aquel horrible mandato. Exhaló en breves páginas, escritas con mano segura, el dolor profundo que le desgarraba el corazón, al sentir que se rompían los lazos de afecto puro y sencillo que lo vinculaban a la esposa que encantó su hogar y templó con blanda ternura las irritaciones de su vida. Le recomendó el perdón de sus enemigos y la educación de sus hijas, niñas que cruzaban

la edad del festivo candor, y en cuya alma cándida destellaba su amor y bebía sus delicias. "La religión, les decía, es mi único consuelo en este trance de amarga solemnidad: que jamás se borre en vuestros corazones virtuosos". Pensó también en la patria que dejaba, presa del sacudimiento horrendo que previó, suplicando a los que de buena o de mala fe seguían sus banderas no hicieran razón de sacrílegas venganzas el martirio que él aceptaba delante de Dios, hacia el cual elevó su espíritu, tranquilizado por la emoción religiosa que le venía de su seno. Sorprendido en la mitad de su turbulenta carrera, ábrese repentinamente ante sus ojos el campo del reposo, mas ¡ay! del eterno reposo... La esperanza le sonríe. Lega a sus hijos su amor y a sus conciudadanos su ejemplo, porque grande es, señores, y en gran manera moral y sublime, la muerte de aquel varón; y llega al suplicio, sereno y absorto, delante de la inmortalidad. Aun no ha terminado su desolado adiós. Dorrego ha recibido premios de los gobiernos patrios, que devuelve antes de morir, en beneficio de sus conciudadanos. El momento se acerca: y la luz melancólica que se apaga en la planicie, contribuye a suavizar los perfiles del cuadro que la imaginación lucha por trazarle, recordándole su vida, sus esperanzas de ciudadano. El misterio se levanta: la noche sobre el mundo, la muerte sobre el mártir. Hundíase el sol en el Occidente, y las margaritas de la pampa, dobladas por su rayo, recobraban su perfume bajo la caricia del rocío y de las brisas, cuando Dorrego, alzando la frente que inclinó bajo la bendición del sacerdote, abraza de una ojeada el poético crepúsculo de las campañas, el crepúsculo de su existencia. Dios, el perdón, entran en su alma y la desahogan. Su paso es firme. Su mirada mansa y tranquila. Al cerrar los ojos, sólo percibe la imagen de su esposa y de sus hijos, el inmenso horizonte de la inmortalidad: todo es amor en la muerte del cristiano. Llama hacia sí al ofi-

cial ejecutor y le pide un abrazo: es el abrazo del perdón que el soldado, sollozando, le promete transmitir a sus compañeros. La hora del plazo se ha cumplido. Dorrego ha muerto. "Participo al gobierno delegado, escribía el general Lavalle ese mismo día, que el coronel don Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden... La historia juzgará, señor ministro, si el coronel Dorrego ha debido o nó morir".

Bien, señores, la historia ha juzgado ya que el coronel Dorrego no debió morir. Antes que la historia — yo me apresuro a decirlo en honor de un soldado que purgó aquel pecado sacrificándose por la justicia — el general Lavalle improbo su propia acción, y la memoria de su ilustre víctima le arrancaba lágrimas de arrepentimiento. Yo creo, señores, en el arrepentimiento de los mártires y en el llanto de los bravos.

NOTAS: ¹En su hermosa oda "A la victoria de Ituzaingó". Véanse unos fragmentos en la pág. 7. — ²Sobreentendido el sustantivo mando. — *Gente nueva, recogida de diversos lugares.

ch) Estrada se despide de sus alumnos

En 1884 arreciaron los ataques del liberalismo contra la Iglesia. Don José Manuel, desde su puesto de paladín de la fe, esgrimió entonces denodadamente las armas de su elocuencia irresistible. Algunas de sus frases aceradas hirieron en lo más vivo al gobierno*, que decretó la cesantía del amado Rector del Colegio Nacional. Sus discípulos, en són de protesta y desagravio, congregáronse entonces en la casa del Maestro, quien desahogó en la siguiente alocución su alma herida por "el atropello autoritario y la decadencia política", que, "con daño de la República**" lo alejaron de la cátedra y de la tribuna.

Mis jóvenes amigos:

Os esperaba, y he querido pensar lo que debía deciros en esta despedida, cuyo dolor vosotros no podéis medir.

Para concebir el amor paterno, es necesario que la naturaleza despierte todas sus ternuras en el corazón del hombre. Cerca de veinte años de mi vida pasados en la cátedra me han enseñado a amar la juventud.

Al despedirme de ella he querido recibiros rodeado de mis hijos a quienes seguís en mis

predilecciones; y en esta casa, cuya modestia os prueba, que en esos veinte años he pensado mucho en vosotros, y muy poco en mí mismo.

Ha sido para mí la enseñanza un altísimo ministerio social, a cuyo desempeño he sacrificado el brillo de la vida y las solicitudes de la fortuna: el tiempo, el reposo, la salud, y en momentos amargos, mi paz y la alegría de mi familia. El sacrificio es fortificante porque engendra la austeridad y habitúa a la pobreza. ¡Es decir, que hace invencibles a los hombres! Pero las turbulencias sociales, que hoy rompen el lazo entre nosotros, consagrado por la vocación y por el tiempo, me han exigido escoger entre mis supremos deberes y los halagos de vuestra adhesión que jamás me ha faltado durante mi larga carrera de profesor. La elección en tal conflicto no es problema para un hombre de conciencia.

Todo, menos ella, he inmolado por la juventud. ¡Todo, señores! Pero mi conciencia es de Dios, y mi honor es de mis hijos, que marcharán acaso por la vida sobre una huella de dolor, pero nó sobre una huella de vergüenza. Y no creáis que exagero añadiendo que mi honor es también vuestro. Porque os debo la lección del ejemplo que gana a todas en elocuencia; prefiero que dejéis de ser discípulos de un hombre, antes que continuar siendo discípulos de un cobarde.

Recibí misión de enseñaros el derecho. Gobernantes abortados de los campamentos y de la descomposición de las oligarquías, no son jueces de mi enseñanza; pero la sociedad entera es testigo de que ahora os enseño a ejercerlo sin mirar a los que fraguan despotismos, desde arriba, derribando la justicia, y desde abajo, acomodando el cuello para recibir el yugo.

Recibí la misión de enseñaros esa justicia vilipendiada y la libertad que nace de la justicia; y justicia y libertad, nociones y fuerzas que proceden del Soberano Autor

* Del general Roca y de su Ministro de Culto e Instrucción Pública, Dr. Eduardo Wilde.

** Expresiones de un escrito de C. Oyuela.

de toda vida y de todas las leyes, para nutrir las sociedades con su savia vigorosa, han de estar encarnadas en cada ciudadano y sobre todo, en cada maestro, guía de la juventud en las sendas del deber...

Yo he amado, señores, la justicia y la libertad... Cuando, dejando muy lejos los vagos recuerdos de esta fugitiva edad de ilusiones y esperanzas, nuestros truncados trabajos y nuestro cordial adiós, hayáis olvidado todo, hasta mi nombre, os quedará una conciencia limpia de los vicios que hoy pervierten las costumbres políticas de la República. Ni una palabra mía, ni un acto mío habrán arrojado en ella un germen de corrupción.

Ésa es mi corona, señores. No la cambiaré por ninguna. Ni cambiéis vosotros la aureola de la virtud, por ningún brillo ni seducción si queréis ser lo que en el lenguaje cristiano se llama hombres libres.

Si observáis lo que en la República pasa en los vergonzosos días que nos alcanzan, veréis el desenvolvimiento de un despotismo que amenaza destruir la libertad de la conciencia con la libertad del episcopado, la libertad de enseñanza con la dignidad de las Universidades, la libertad de palabra y acción de los ciudadanos persiguiendo a sus adversarios, y la libertad provincial y todas las libertades, porque todas son abominables para quien detesta la justicia y la verdad. No os maraville ver pulular advenedizos y ambiciosos, mientras entran en la sombra los caracteres más puros. Y recordad un episodio. Refieren los Libros Santos que la paloma enviada del arca volvió sin hallar donde poner su pie, mientras que el cuervo no regresó al refugio de donde partiera. El cuervo se acomoda a vivir entre el lodo y la podredumbre.

La paloma necesita yerbas puras, aguas transparentes y ambientes luminosos.

Escoged vuestro símbolo. Yo sé cuál es. La vida que comienza en el escepticismo acaba en la ignorancia. Vosotros creéis en

la justicia. No esterilicéis esa fe sagrada y noble de la primera edad. Servidla, mis jóvenes amigos, con abnegación, con cariño, con virilidad.

Sea éste mi último consejo y mi última lección. Os la doy con mi palabra, os la doy con mi persona.

Y contad conmigo en todos los terrenos y en todos los teatros de donde no hay fuerza humana capaz de arrojarme, porque tengo una voluntad de hombre libre y una bandera sacrosanta.

De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad.

Dejad que aplaudan los que en otro día cantaban himnos lisonjeros ante tiranos sangrientos. Dejad que se confabulen los que cuatros años atrás en el mismo día en que nos despedimos, se despedazaban furiosos, y que ultrajen las víctimas inmoladas compartiendo las sensualidades del poder con sus enemigos de entonces. Todo pasa menos Dios que salva los pueblos, y la justicia que los regenera. El amor de la verdad me llevó a vosotros. El amor de la verdad nos separa. El nos reunirá, donde los ciudadanos de un pueblo libre luchan y triunfan contra los traficantes y los ambiciosos. Entretanto, señores, os deseo maestros que os amen como os he amado, y os sirvan con la misma sinceridad.

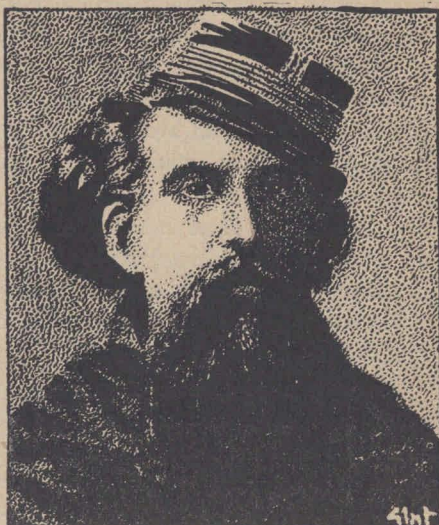
8. - Lucio V. Mansilla

(1831-1913)

Porteño, coronel, guerrero del Paraguay, periodista, diputado, diplomático, viajero, trasladó a sus libros, no sin los lunares de superficialidad y desorden, las amenas y fáciles charlas con que fué delicia de las tertulias sociales de su tiempo y logró a la vez disipar el retraimiento y prevención a que pudo verse condenado, en vista del estrecho parentesco que lo ligaba a Rosas, siendo hijo de una hermana de éste. Entre sus obras, a saber: varios volúmenes de las crónicas periódicas que con título semifran-

cés denominó *Causeries del jueves; Mis memorias, Máximas y pensamientos, Retratos y recuerdos* (94), *Rosas* (96), en que, discurrendo sobre su tío, no se olvida de la severidad, etc., se perfila con más nítidos caracteres *Una excursión a los indios ranqueles* (77), obra pintoresca y vivaz, de dición fácil y galana, que en nuestra literatura se singulariza por su sello de recia personalidad. Lo mismo en éste que en los otros libros de Mansilla abunda el elemento autobiográfico. Del estudio que a nuestro escritor soldado dedica Ricardo Rojas en su magistral obra *La literatura argentina* * son estas apreciaciones: "... El argentino más cosmopolita por su vida y sus gustos, sin dejar de ser el porteño más criollo por su ingenio y por su obra... Todos los libros de Mansilla son confidencias anecdóticas, es decir, recuerdos hablados... Los rasgos más personales de su estilo son la espontaneidad digresiva del asunto, la familiaridad a veces incorrecta del lenguaje, el desorden casi siempre inestético de la composición... Faltó madurez a su cultura, concentración a su pensamiento, disciplina a su prosa, para ser el gran escritor que, por sus facultades nativas, hubiera podido ser".

diversas causas. Frecuentes y amenas consideraciones morales y filosóficas, y episodios secundarios y cuentos de campamento interrumpen el relato principal.



Lucio V. Mansilla

Imagina el autor que dirige su narración a Santiago Wilde, antiguo amigo suyo. Gran interés logró despertar este libro también fuera de la República y mereció ser premiado por un Congreso Geográfico Internacional celebrado en París.

De UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES

ARGUMENTO: Mansilla ha concertado un pacto con los ranqueles. La conveniencia de que éste éntre luego en vigencia aconseja una excursión a las tolderías. Un total de 19 personas, contando dos franciscanos, son los que se arriesgan. En la marcha hay altos, extravíos de ruta, intervención de rastreadores, envío de chasquis y sorpresas recíprocas en los primeros encuentros. Hay retratos de salvajes, caciques, brujas y lenguaraces, y pinturas de costumbres. Los ranqueles muestran recelo, mientras los de Mansilla tratan de aparecer serenos en medio de los mayores peligros. Notable es el primer encuentro con el cacique mayor Mariano Rosas (antiguo prisionero de los blancos, peón y ahijado del Restaurador, y que un día había logrado huir) y las fiestas que siguieron con un serio incidente entre el cacique Epumer y Mansilla. Se celebra la primera misa en el desierto y luego se dirigen a tierras de Baigorrita, de quien Mansilla queda compadre al salir padrino de un hijo a quien imponen su nombre de Lucio Victorio Mansilla. Poco después se efectúa la junta grande con los tres caudillos mayores y unos 60 capitanejos: nueve horas consecutivas están sentados en el suelo discutiendo el tratado de paz, que al fin se aprueba. Después apadrina el coronel a una hija de Mariano, y nó sin mucha insistencia obtiene la libertad de un antiguo condiscípulo el Dr. Macías. Al emprender la vuelta, visitan en su toldo a Ramón el tercer gran cacique. A través del dramático relato va exponiendo el autor sus impresiones sobre la vida ranquelina (constitución social y familiar, lengua, gobierno, ideas religiosas, supersticiones, parlamentos, comercio, higiene, hospitalidad, respeto a los ancianos, formas de justicia, etc.); describe la tierra y conmueve con la narración de la existencia miserable que arrastran los cautivos y refugiados por

1. Dedicatoria. — Aspiraciones de un turista. — Quiénes son los ranqueles. — Un tratado internacional con los indios. — Teoría de los extremos

No sé dónde te hallas, ni dónde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me da vida y salud.

Hace bastante tiempo que ignoro tu paradero, que nada sé de ti; y sólo porque el corazón me dice que vives, creo que continúas tu peregrinación por este mundo, y no pierdo la esperanza de comer contigo, a la sombra de un viejo y carcomido algarrobo, o entre las pajas al borde de una laguna, o en la costa de un arroyo, un churrasco de guanaco, o de gama, o de yegua, o de gato montés, o una picana¹ de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la más sabrosa.

A propósito de avestruz, — después de haber recorrido la² Europa y la² América, de haber vivido como un marqués en

* Tomo II, de "Los modernos".

París y como un guaraní en el Paraguay; de haber comido "mazamorra" en el Río de la Plata, "charquicán" en Chile, ostras en Nueva York, "macarroni³" en Nápoles, trufas en el Perigord⁴, "chipá" en la Asunción, — recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en "Nagüel Mapo", que quiere decir "Lugar del Tigre"...

Pues, cortando aquí el exordio, te diré, Santiago amigo, que te he ganado de mano. Supongo que no reñirás por esto conmigo, dejándote dominar por un sentimiento de envidia...

Es el caso que mi estrella militar me ha deparado el mando de las fronteras de Córdoba, que eran las más asoladas por los ranqueles.

Ya sabes que los ranqueles son esas tribus de indios araucanos, que habiendo emigrado en distintas épocas de la falda occidental de la cordillera de los Andes a la oriental, y pasado los ríos Negro y Colorado, han venido a establecerse entre el Río Quinto y el Río Colorado, al naciente⁵ del Río Chaleo.

Últimamente celebré un tratado de paz con ellos, que el Presidente⁶ aprobó, con cargo de someterlo al Congreso.

Yo creía que siendo un acto administrativo no era necesario.

¿Qué sabe un pobre coronel de trotes constitucionales?

Aprobado el tratado en esa forma, surgieron ciertas dificultades relativas a su ejecución inmediata.

Esta circunstancia por un lado, por otro cierta inclinación a las correrías azarosas y lejanas; el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes, — he

ahí lo que me decidió no há mucho, y contra el torrente de algunos hombres que se decían conocedores de los indios, a penetrar hasta sus tolderías⁷; y a comer primero que tú en Nagüel Mapo una tortilla de huevos de avestruz.

Nuestro inolvidable amigo Emilio Quevedo, solía decirme cuando vivíamos juntos en el Paraguay, vistiendo el ligero traje de criollos e imitándolo en cuanto nos lo permitían nuestra sencillez y facultades imitativas: — ¡Lucio, después de París, la Asunción! Yo digo: — Santiago, después de una tortilla de huevos de gallina frescos, en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre el cacique Baigorrita.

Digan lo que quieran, si la felicidad existe y la podemos concretar y definir, ella está en los extremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y del odio; las satisfacciones de la oscuridad y las de la gloria. Pero ¿quién comprende las satisfacciones de los términos medios; las satisfacciones de la indiferencia, las satisfacciones de ser "cualquier cosa"?...

Al General Arredondo, mi jefe inmediato entonces le debo, querido Santiago, el placer inmenso de haber comido una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo, de haber tocado los extremos una vez más. Si él me niega la licencia, me quedo con las ganas, y no te gano la delantera...

NOTAS: ¹Argentinismo: carne del anca de la res y aun la rabadilla en las aves. — ²Sobra este artículo. — ³Castellanizado, macarrones. — ⁴Comarca de Francia, al N. de Guyena. — ⁵Sinónimo de oriente. — ⁶D. Nicolás Avellaneda. — ⁷Argentinismo aceptado: campamento formado por toldos o cabañas de pieles y ramas, que construían los indios.

XVIII. Un cuerpo sano en un alma sana

Los franciscanos, como de costumbre, habían hecho sus camas muy cerca de mí. Así dormíamos siempre. Yo se lo había recomendado.

La abnegación generosa de estos jóvenes misioneros; su paciente conformidad en los

peligros; su carácter afable, su porte siempre comedido, sus mismas simpáticas fisonomías, todo, todo lo que constituye la persona física y moral, inspiraba hacia ellos una fuerte adhesión. Se concibe, pues, que unido a estos sentimientos el deber que tenía de cuidarlos, tratara de tenerlos constantemente a mi lado.

Cuerpo sano en alma sana es roncadador. Los reverendos roncaban a dúo, haciendo el padre Moisés de tenor, y el padre Marcos de bajo profundo. Estuve tentado algunas veces de hacerles alguna broma, pero debían estar tan fatigados, que habría sido imperdonable arrancarles a un sueño que, si no era interesante, debía ser agradable y reparador.

No pude continuar durmiendo. Me puse a soñar despierto, y después de hacer unos cuartos castillos en el aire, llamé a un asistente y le ordené que hiciera fuego.

Cuando la vislumbre del fogón me anunció que mis órdenes estaban cumplidas, hube de levantarme. Seguí "morrongueando"¹ y contemplando las estrellas que tachonaban el firmamento, anunciando ya su trémula luz, la proximidad del "rey del día", hasta que sentí hervir el agua.

NOTA: ¹Argentinismo: dormitando, a la manera del morrongo o gato.

XX. Los indios y el caballo

Para ganar tiempo y dar más alivio a mis cabalgaduras, mandé mudarlas. Los indios no echaron pie a tierra. Tienen ellos la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y, extendiendo las piernas cruzadas en las ancas, así permanecen largo rato, horas enteras a veces. Ni para dar de beber se apean; sin desmontarse sacan el freno y lo ponen. El caballo del indio, además de ser fuertísimo,¹ es mansísimo. ¿Duerme el indio? No se mueve. ¿Está ebrio? Le acompaña a guardar el equilibrio. ¿Se apea y le baja la rienda? Allí se queda. ¿Cuánto tiempo? T-

do el día. Si no lo hace, es castigado de modo que entienda "por qué". Es raro hallar un indio que use manea, traba², bozal y cabestro. Si alguno de estos útiles lleva, de seguro que anda "redomoneando"³ un potrero, o en un caballo arisco, o enseñando uno que ha robado en el último malón.

El indio vive sobre el caballo, como el pescador en su barca; su elemento es la Pampa, como el elemento de aquél es el mar. ¿A dónde va un indio que no ensille, que no salte en pelo? ¿Al toldo vecino que dista cuerdas? Irá a caballo. ¿Al arroyo, a la laguna, al jagüel⁴, que están cerca de su misma morada? Irá a caballo. Todo puede faltar en el toldo de un indio. Será pobre como Amán. Hay una cosa que jamás falta. De día, de noche, brille espléndido el sol o llueva a cántaros, en el palenque hay siempre enfrenado y atado de la rienda un caballo.

"¡A horse! ¡A horse! ¡My kingdom for a horse!"⁵ Todo, todo cuanto tiene dará el indio en un momento crítico, por un caballo.

NOTAS: ¹El superlativo de fuerte, según las reglas gramaticales, es *fortísimo*. — ²La manea es cuerda para las manos, la traba para los pies. — ³Domándolo un poco de modo que pueda montárselo con menos dificultad. — ⁴Poza o concavidad para recibir y conservar aguas llovedizas. La Acad. sólo trae *jagüey*, voz de uso menos frecuente en su nosotros. — ⁵Exclamación que Shakespeare en su drama "Ricardo III" pone en boca del protagonista, cuando éste en la batalla de Bosworth Field (23 de agosto de 1485) desespera de salvarse. Significa literalmente: ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

XXV. Gracias a Dios. — Empieza el ceremonial. — Apretones de mano y abrazos. — De cómo casi hube de reventar. — Por algo me había de hacer célebre yo

Mucho me había costado llegar a Leubucó y asentar mi planta en los umbrales de la morada de Mariano Rosas. Pero ya estaba allí, sano y salvo, sin más pérdidas que dos caballos, sin más percances que el susto a inmediaciones de Aillancó, a consecuencia de la extraña y fantástica recepción del cacique Ramón. Haber pretendido otra cosa habría sido querer cruzar el mar sin vientos ni olas; andar en las calles de Buenos Aires en

verano, sin polvo, en invierno sin lodo; lavarse la cara sin mojársela; o, como dice el refrán: "comer huevos sin romper cáscaras". Me parece que tenía por qué conceptuarme afortunado, o en términos más cristianos, por qué darle gracias al que todo lo puede, como en efecto lo hice, exclamando interiormente: ¡Loado sea Dios!

Con el caballo de la brida, esperaba indicaciones para adelantarme a saludar a Mariano Rosas, pasando en revista los personajes que tenía al frente, aunque afectando una gran indiferencia por cuanto me rodeaba...

Un indio, que debía ser¹ algo así como paje del cacique, habló con Mariano Rosas, y en seguida con Caniupán², mi inseparable compañero. Éste, a su turno, habló con Mora³. Mi lenguaraz, siguiendo la usanza, me dijo:

— Señor, dice el general Mariano, que ya lo va a recibir; que quiere darle la mano y abrazarlo; que se dé la mano con sus capitanejos y se abraze también con ellos, para que en todo tiempo lo conozcan y lo miren como amigo, al hombre que les hace el favor de visitarlos, poniendo en ellos tanta confianza...

Mora volvió a conversar con Caniupán, y me dijo después:

— Señor, dice Caniupán que ya puede adelantarse a darle la mano al general Mariano; que haga, con él y con los demás que salude, "lo mismo que ellos" hagan con usted.

— ¿Y qué diablos van a hacer conmigo? — le pregunté.

— Nada, mi coronel; cosas de los indios, así es en esta tierra — me contestó.

— Supongo que no será alguna barbaridad — agregué.

— Nó, señor; es que han de querer tratarlo con cariño; porque están muy contentos de verlo y medio "achumados"⁴ — repuso.

— ¿Pero, poco más o menos, qué me van a hacer? — proseguí.

— Es que han de querer abrazarlo y cargarlo — respondió.

— Pues si no es más que eso — murmuré para mis adentros, — no hay de qué alarmarse, y como cuando grita uno a los que acaudilla en un instante supremo: ¡Adelante! ¡adelante, caballeros! — dije mirando a mis oficiales y a los dos franciscanos que estaban hechos unas pascuas, sonriéndose con cuantos los miraban, — vamos a saludar a Mariano.

Avancé; me siguieron; llegamos a tiro de apretón de manos del cacique y comenzó el saludo. Mariano Rosas me alargó la mano derecha; se la estreché. Me la sacudió con fuerza; se la sacudí. Me abrazó cruzándose los brazos por el hombro izquierdo; lo abracé. Me cargó y me suspendió vigorosamente, dando un grito estentóreo; lo cargué y suspendí, dando un grito igual.

Los concurrentes, a cada una de estas operaciones, golpeándose la boca abierta con la mano y poniendo a prueba sus pulmones gritaban: — ¡¡¡Aaaaaa!!!

Después que me saludé con Mariano, un indio, especie de maestro de ceremonias, me presentó a Epumer⁵. Nos hicimos lo mismo que con su hermano, en medio de incesantes y tronadores ¡¡¡aaaaaaa!!! Luego vino Relmo; igual escena a la anterior: — ¡¡¡Aaaaaa!!! En seguida Cayupán; lo mismo: — ¡¡¡Aaaaaa!!!

En pos de éste, Melideo (alias) "Cuatro Ratonés", indio sólido como una piedra, de regular estatura, pero panzudo, gordo, pesado, ¿como quién?; como mi camarada Peña, el edecán del Presidente. Aquí fueron los apuros para cargarlo y suspenderlo. Mis brazos lo abarcaban apenas; hice un esfuerzo; el amor propio de hombre forzudo estaba comprometido; no alzarlo me parecía hasta desdoroso para los cristianos; redoblé el esfuerzo y mi tentativa fué coronada por el éxito más completo, como lo probaron los ¡¡¡aaaaaaa!!! dados esta vez con más ganas y prolongados más que los anteriores...

— ¡Ah, si aquello se hubiera concluído con el abrazo de Melideo! ¡Pero qué! Después de Melideo vinieron otros y otros capitanejos; después de éstos varios indios de importancia; por conclusión, la chusma ranquelina y cristiana. No se oía más que la resonación producida por la repercusión⁶ de los continuados gritos ¡¡¡aaaaaaa!!! Yo sudaba la gota gorda; mi voz estaba ronca, como el eco de un gallo en frígida mañana de julio; mis fuerzas agotadas. Se me figuraba que la atmósfera tenía mil grados sobre cero; que no era transparente, sino densa, como para cortarla en tajadas; pesaba sobre mí como una plancha de hierro. No me morí de calor, de cansancio, de tanto gritar, porque Alá es grande, y nos sostiene y nos da energía física y moral cuando habemos menester de ella, ¡tal es de bueno!

Mientras yo pasaba revista de aquellos bárbaros, me acordaba del dicho de Alcibíades: "A donde fueres, haz lo que vieres", y rumeaba⁷: "¡Te había de haber traído a visitar los ranqueles!"...

Los franciscanos no fueron obligados más que a dar la mano; lo mismo mis oficiales: lo propio mis asistentes. Muy cerca de una hora tardamos en abrazos, saluciones y demás actos de cortesanía indiana.

Con el último indio que yo saludé, abracé y cargué gritando lo más fuerte que mis gastados pulmones me lo permitieron: ¡¡¡aaaa!!!, se oyeron los postreros hurras y vítores de la multitud, que no tardó en desparramarse montando la mayor parte a caballo, entregándose a los regocijos ecuestres de la tierra, como carreras, "rayadas", pechadas y piruetas de toda clase, por fin.

Yo estaba orgulloso, contento de mí mismo, como si hubiera puesto una pica en Flandes⁸ no sólo por la energía y fortaleza de que había dado pruebas incontestables y señaladas, sino porque ciertas frases que oía vagar por la atmósfera hacían llegar hasta mi conciencia el convencimiento de que aque-

llos bárbaros admiraban por primera vez en el hombre culto y civilizado, en el cristiano representado por mí, la potencia física, dote natural, que ellos ejercitan tanto y que tanto envidian y respetan. De vez en cuando llegaban a mis oídos estos ecos: "Ese coronel Mansilla, muy toro; ese coronel Mansilla, cargando; ese coronel Mansilla, lindo". Y esto diciendo, un sinnúmero de curiosos se acercaban a mí, hasta estrecharme y no dejarme mover del sitio. Mirábanme de arriba abajo, la cara, el cuerpo, la ropa, el puñal de oro y plata que llevaba en el costado, mostrando su cabo cincelado, las botas granaderas⁹, la cadena del reloj y los perendengues que pendían de ella, todo, todo cuanto llamaba, por su hechura o color, la atención. Y después de mirarme bien, me decían alargándome la mano:

— Ese coronel, dando la mano, amigo.

Y no sólo me daban la mano, sino que me abrazaban y me besaban, con sus bocas sucias, babosas, alcohólicas, pintadas. Idénticas demostraciones hacían con los oficiales, con los asistentes y con los franciscanos...

El toldo de Mariano Rosas, como todos los toldos, tiene una enramada; descansemos en ella hasta mañana, a fin de no alterar el método que me he propuesto seguir en el relato. También conviene hacerlo así para que ni tú, Santiago amigo¹⁰, ni el lector, se hastíen, que lo poco gusta y lo mucho cansa, aunque a este respecto pueden dividirse las opiniones según sea el capítulo de que se trate. ¿Quién se cansa de leer a Byron¹¹, a Goethe¹², a Juvenal¹³, a Tácito¹⁴? Nadie. ¿Y a mí? Cualquiera.

NOTAS: ¹ Lo correcto es: debía de ser. — ² Capitanejo de Mariano Rosas. — ³ Intérprete o lenguaraz de Mansilla. — ⁴ Argent.: Ebrios, borrachos. — ⁵ Hermano de Mariano Rosas. — ⁶ Obsérvese el mal efecto que produce la proximidad de las dos voces terminadas en ón. — ⁷ Lo correcto es rumiaba. — ⁸ Poner una pica en Flandes: realizar algo dificultoso. — ⁹ Argentinismo. Equivale a las botas fuertes o de montar que trae la Acad. — ¹⁰ Recuérdese que este Santiago es el Wilde, a quien Mansilla dirige estos relatos. — ¹¹ Lord Byron es el célebre poeta romántico inglés, autor de "Childe-Hárold". — ¹² V. nota 5 de la página 83. — ¹³ Juvenal, poeta latino, notable sobre todo por sus agudas sátiras. — ¹⁴ Tácito se distingue entre los historiadores romanos por su enérgica concisión. Fué autor de los "Anales".

XXXIII. Retrato de Mariano Rosas. —
Su política

El cacique general de las tribus ranquelinas tendrá cuarenta y cinco años de edad. Pertenece a la categoría de los hombres de talla mediana. Es delgado, pero tiene unos miembros de acero. Nadie bolea¹, ni piala, ni sujeta un potro del cabestro como él.

Una negra cabellera larga y lacia, nevada ya, cae sobre sus hombros y hermosa su frente despejada, surcada de arrugas horizontales. Unos grandes ojos rasgados, hundidos, garzos y chispeantes, que miran con fijeza por entre largas y pobladas pestañas, cuya expresión habitual es la melancolía, pero que se animan gradualmente, revelando entonces orgullo, energía, y fiereza; una nariz pequeña deprimida en la punta, de abiertas ventanas, signo de desconfianza, de líneas regulares y acentuadas; una boca de labios delgados que casi nunca muestran los dientes, marca de astucia y crueldad; una barba aguda, unos juanetes² saltados, como si la piel estuviese disecada, manifestación de valor, y unas cejas vellosas, arqueadas, entre las cuales hay siempre unas rayas perpendiculares, señal inequívoca de irascibilidad, caracterizan su fisonomía, bronceada por naturaleza, quemada por las inclemencias del sol, del aire frío, seco y penetrante del desierto pampeano.

Mariano Rosas, es hijo del famoso cacique Painé. Colocado estratégicamente en Leubucó, entre las tribus de los caciques Ramón y Baigorrita, es el jefe de una confederación. Apoyando unas veces a Ramón contra Baigorrita, y ótras a Baigorrita contra Ramón, su predominio sobre ambos es constante.

Dividir para reinar³, es su divisa. Así Baigorrita y Ramón, que son bravos en la pelea, diestros en todos los ejercicios ecuestres, entendidos en todo género de faenas rurales, sin tenerle envidia a este Bismarck⁴ ranquelino, ponderan la prudencia de sus consejos, su sesuda previsión, su carácter persistente y conciliador.

NOTAS: ¹ Arroja las boleadoras. — ² Pómulos muy abultados. — ³ Traducción de la famosa máxima *Divide et impera* o *Divide ut regnes*, atribuida a muchos, desde Filipo de Macedonia hasta Maquiavelo y Luis XI de Francia. — ⁴ Famoso político prusiano, conocido también por el *Canciller de hierro* (1815-1898).

9. - Miguel Cané

(1851-1905)

*Nació en Montevideo durante la emigración política de sus padres. Desde los dos años estuvo en Buenos Aires. Fué abogado. Prestó al país múltiples servicios como diputado, director general de Correos y Telégrafos, diplomático, intendente de Buenos Aires, ministro, senador y decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Perteneció a la que se llamó 'generación del 80'. La literatura nacional le debe crónicas, artículos, memorias, críticas, cuentos, etc., escritos en prosa fácil, amena, sobria y pintoresca, a la vez que galana; pero incorrecciones y galicismos empañan a veces la pureza de su lenguaje. Le caracterizan la gracia y naturalidad narrativas y el tono realista vivaz de sus cuadros. No es Cané de los que ahondan, sino más bien de los que mariposean y pican la superficie de las cosas. Empaña a veces su gusto ático con algún hálito de refinamiento francés. Coleccionó sus composiciones breves en varios libros: *Ensayos* (77), *En viaje* (84), *Charlas literarias* (85), *Notas e impresiones* (901), *Prosa ligera* (903), etc. Su obra más extensa y capital es *Juvenilia* (84), conjunto de chispeantes escenas de su edad estudiantil, en que hermana hábilmente el fácil gracejo con la nota emotiva de lejanos recuerdos del antiguo Colegio Nacional; lástima por alguna pincelada de color subido. Aun quedan por reunir los discursos de Cané y no pocos artículos dispersos en diarios y revistas.*

De JUVENILIA

I

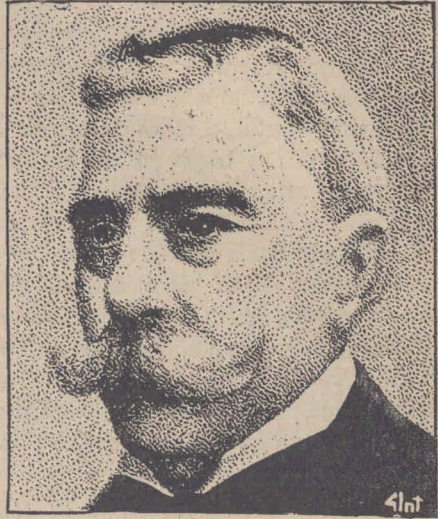
Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de mi padre; la tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto silencioso de mi madre, me hicieron desear abreviar el plazo, y yo mismo pedí ingresar tan pronto como se celebraran los funerales.

El Colegio Nacional acababa de fundar-

se sobre el antiguo Seminario¹, con una nueva organización de estudios, en la que el Dr. Eduardo Costa, ministro entonces de Instrucción Pública, bajo la presidencia del general Mitre, había tomado una parte inteligente y activa. Sin embargo, el establecimiento que quedaba bajo la dirección del doctor Agüero, se resentía aún de las trabas de la enseñanza escolástica y sólo fué más tarde, cuando M. Jacques se puso a su frente, que² alcanzó el desenvolvimiento y el espíritu liberal que habían concebido el Congreso y el Poder Ejecutivo.

Me invade en este momento el recuerdo fresco y vivo de los primeros días pasados entre los oscuros y helados claustros del antiguo convento. No conocía a nadie y notaba en mis compañeros, aguerridos³ ya a la vida de reclusión, el sordo antagonismo contra el *nuevo*⁴, la observación constante de que era objeto y me parecía sentir fraguarse contra mi triste individuo los mil complots⁵ que, entre nosotros, por el suave genio de la raza, sólo se traducen en bromas más o menos pesadas, pero que en los seculares colegios de Óxford y de Cambridge alcanzan a brutalidades inauditas, a vejámenes, a servidumbres y martirios. Me habría encontrado, no obstante, muy feliz con mi suerte, si hubiera conocido entonces el "Tom Jones⁶" de Fielding. Silencioso y triste, me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida y el dulce sueño de la mañana. Durante los cinco años que pasé en esa prisión, aun después de haber hecho allí mi nido y haberme connaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal, como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba a sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, soñolientos, irascibles, para ir a formarnos en fila en un claustro

largo y glacial. Allí rezábamos un "Padre nuestro" para pasar en seguida al claustro de los lavatorios.



Miguel Cané

¡Cuántas conspiraciones, cuántas tramas, qué gasto de ingenio y fuerza hicimos para luchar contra la fatalidad, encarnada a nuestros ojos en el portero, colgado de la cuerda maldecida! Aquella cuerda tenía más nudos que la que en el gimnasio empleábamos para preparar a pulso. La cortábamos a veces hasta la raíz del pelo, como decíamos, junto al badajo, encaramándonos hasta la campana, con ayuda de la parra y las rejas, a riesgo de matarnos de un golpe. Muy a menudo, la expectativa nos hacía despertar por la mañana antes de la hora reglamentaria. De pronto oíamos una campana de mano, áspera, estridente, manejada con violencia por el brazo irritado del portero, eterno *préposé*⁷ a las composturas de la cuerda. Se vengaba entrando a todos los dormitorios y sacudiendo su infernal instrumento en los oídos de sus enemigos personales, entre los cuales tenía el honor de contarme.

Atrasar el reloj era inútil, por dos razones tristemente conocidas: la primera, la

proximidad del Cabildo, que escapaba a⁸ nuestra influencia; la segunda, el *tachómetro*⁹ de plata del portero que, bien remontado¹⁰, velaba fielmente bajo su almohada. Algunas noches de invierno, la desesperación nos volvía feroces y el ilustre canchero¹¹ amanecía no sólo maniatado, sino un tanto rojiza la faz, a causa de la dificultad para respirar a través de un aparato, rigurosamente aplicado sobre su boca y cuya construcción, bajo el nombre de "pera de angustia", nos había enseñado Alejandro Dumas en sus "Veinte años después", al narrar la evasión del Duque de Beaufort del Castillo de Vincennes. Todo era efímero, todo inútil, hasta que estuve a punto de inmortalizarme, descubriendo un aparato sencillo, pero cuyo éxito, si bien pasajero, respondió a mis esperanzas.

En una escapada vi una carreta de buyes que entraba al mercado; debajo del eje colgaba un cuero, como una bolsa ahuecada, amarrado de las cuatro puntas; dentro dormía un niño. Fué para mí un rayo de luz, la manzana de Newton¹², la lámpara de Galileo¹³, la marmita de Papín¹⁴, la rana de Volta¹⁵, la tabla de Rosette¹⁶ de Champollión, la hoja enroscada de Calímaco¹⁷. El problema estaba resuelto; esa misma noche tomé el más fuerte de mis cobertores, una de esas pesadas cobijas tucumanas que sofocan sin abrigar, la amarré debajo de mi cama, de las cuatro puntas, y, cubriendo el artificio con los anchos pliegues de mi colcha, esperé la mañana. Así que sonó la campana, me sumergí en la profundidad y allí, acurrucado, inmóvil e incómodo, desafié impunemente la visita del celador, que, viendo mi lecho vacío, siguió adelante. Me preguntaréis quizá qué beneficio positivo reportaba, puesto que, de todas maneras, tenía que despertarme. Respondo, con lástima, que el que tal pregunta hiciera, ignoraría estos dos supremos placeres de todos los tiempos y de todas las edades: el amodorramiento matinal y la contravención.

Mi invención cundió rápidamente y al quinto día, al primer toque, las camas quedaron todas vacías. El celador entró: vió el cuadro, quedó inmóvil, llevó un dedo a la sien y después de cinco minutos de grave meditación, se dirigió a una cama, alzó la colcha y sonrió con ferocidad. ¡Era la mía!

NOTAS: ¹ Junto a la actual iglesia de San Ignacio, donde se levanta hoy el gran edificio del Colegio Nacional Central, en la calle Bolívar entre Alsina y Moreno. — ² Ejemplo de que "galicido". En su lugar, para no repetir cuando que acaba de leerse, podría haber escrito: el tiempo o la época en que... — ³ Acostumbrados, hechos, avezados a. — ⁴ Entiéndase: colegial, alumno. — ⁵ La forma plural de *complot*, según la regla, es *complots*. — ⁶ Novela notable del inglés Enrique Fielding (1707-1754). — ⁷ Encargado de, diputado a. — ⁸ Es galicismo decir "escapar a" por *escapar de* o *estar libre de*. — ⁹ Voz de formación festiva, para designar el reloj. — ¹⁰ Galicismo por *provisto de su cuerda, regulado*. — ¹¹ Según la mitología, el canchero era un perro de tres cabezas que guardaba la puerta de los infiernos. — ¹² Descubrió las leyes de la gravitación universal. — ¹³ Autor de las leyes del isocronismo y del péndulo. — ¹⁴ Físico francés (1647-1714), primero en aplicar el vapor como fuerza motriz. — ¹⁵ Físico italiano (1745-1827), notable por sus experiencias y aplicaciones de la electricidad. — ¹⁶ Está castellanizada esta palabra: *Roseta*, ciudad de Egipto, célebre por una famosa piedra jeroglífica que descifró el arqueólogo francés Juan Francisco Champollión (1790-1832). — ¹⁷ Arquitecto, escultor y pintor griego, a quien se atribuye la invención del trépano o berbiquí y del capitel corintio.

XXV

¡Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles frescos y contentos, el espacio abierto a todos rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de estudio. En la Chacarita¹ estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de *camuatis*² y, sobre todo, organizar con una estrategia científica las expediciones contra los *Vascos*.

Los *Vascos* eran nuestros vecinos hacia el norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados. — Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y

bravía. Pasada la zanja, se extendía un alfalfar de una media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos o tres pequeñas parvas de pasto seco. ¡Más allá, el jardín de las Hespérides³, los campos Elíseos⁴, el Edén⁵, la Tierra prometida⁶! ¡Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la *caladura* previsorá; la sandía ajena, vedada, de carne roja como el lacre, el *cucúrbita citrullus* famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma congénita de tajadas, los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio! No tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones a otras chacras nos habían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta de los *Vascos* nos perseguía a todo momento, y jamás vibró en oído humano, en sentido menos figurado, el famoso verso⁷ de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los *Vascos* no eran lo que en el lenguaje del mundo se llama personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado, eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: ¡amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una *razzia*⁸ en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando, saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1º de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silen-

ciosa hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos, y mientras uno se dirigía a la izquierda, donde florecía el *cantaloup*⁹, dos nos inclinamos a la derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápidos buscamos dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días aún. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella y cuando bajé los ojos para buscar ótra pequeña con que saciar la sed sobre el terreno... un grito, uno solo, intenso, terrible, como el de Telémaco¹⁰ que petrificó el ejército de Adrasto¹¹, rasgó mis oídos. — Tendí la mirada al campo de batalla; ya la izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras ótro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento cuyo solo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre dos puntas aceradas que penetran...

¡Cómo corría, abrazado tenazmente a mi sandía! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre el campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa a aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos me autorizaban; pensé en Medea¹², en Atalanta¹³, pensé en los jefes de caballería que regaban

el camino de la *retirada* con las prendas de su apero; pensé... ¡Nó! ¡Era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: "¡Me ha corrido el vasco y me ha quitado la sandía!" ¡Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡*Vuelve con él o sobre él*¹⁴!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, habría llegado antes que yo, y debo declarar que, a pesar de la persecución personal del mío, los tres vascos me eran igualmente antipáticos. ¡Marché de cara al sol! como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del *rescate*¹⁵, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba tomado. Puse el corazón en Dios, redoblé la ligereza y salté... ¡Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el obstáculo; pero ¡oh dolor! en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé a mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba, en la seguridad de que iría a hacer compañía a la sandía. Pero aquel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó a injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa a¹⁶ mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario a los intereses positivos de mi vasco, vi a mis dos compañeros correr en dirección a *las casas*¹⁷ y al vasco de los melones despuntar por el vado y dirigirse a mí. — ¡De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo!...

Eran las tres y media de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando con la cara incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, salta-

mos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en la velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado a retaguardia, armado de una horquilla.

NOTAS: ¹Casa de campo en que pasaban las vacaciones. — ²El plural regular de *camuati* es *camuatis*. — ³Las Hespérides eran, según la fábula, tres hijas de Atlas, dueñas de un precioso huerto cuyos árboles producían manzanas de oro. — ⁴Eran el paraíso mitológico, premio de los varones virtuosos griegos y romanos. — ⁵El Paraíso terrenal, morada de Adán y Eva antes de su caída. — ⁶Por la cual suspiraban los hebreos libres del cautiverio de los faraones. — ⁷Alusión a los de la "Egloga tercera": "...dulce y sabrosa / más que la fruta del cercado ajeno." — ⁸Este neologismo de origen árabe se ha incorporado al Dicc. de 1936, con esta acepción: "Incursión o correría sobre un país pequeño y sin más objeto que el botín". — ⁹Galicismo que designa el meloncillo de Florencia. — ¹⁰Héroe de las "Aventuras de Telémaco", novela mitológica moralizadora de Fenelón. — ¹¹Antiguo rey de Argos. — ¹²Célebre maga que, perseguida por su hermano y su padre, para detener a éste, después de matar al hermano, iba arrojando en el camino los miembros ensangrentados del difunto. — ¹³— Principesa agilisima, perdió una carrera con Hipómenes por detenerse a recoger tres manzanas de oro que éste dejaba caer al verse a punto de ser vencido. A su vencedor tenía prometida su mano. — ¹⁴Esto mandaban las leyes de Esparta a sus guerreros. — ¹⁵Cierto juego de muchachos. — ¹⁶De nuevo esta expresión galicada. — ¹⁷Así, en plural, para designar la propia casa, es un argentinismo de mucho uso, sobre todo en el campo.

10. - Eduardo Wilde

(1844-1913)

Nació en Tupiza (Bolivia) durante el destierro de sus padres. Médico prestigioso, catedrático, presidente del Departamento Nacional de Higiene, ministro y diplomático en España y Bélgica — donde falleció —, desarrolló también actividades de escritor, primero de temas científicos y luego literarios del género breve y ameno. Fué prosista de personalidad singularísima, familiar, claro, agudo e ingenioso. No le preocupó mucho el acicalamiento de la forma. Alvaro Melián Lafinur escribió: "Wilde se caracteriza por el desarreglo de su prosa informe, casi hablada. Todo molde resulta incómodo para el desenfado de su humour originalísimo". Hay no poca desigualdad de mérito en sus páginas. Casi todas pueden reducirse, por su fondo, a cuentos o narraciones breves de carácter novelesco y a relatos de viaje. Su singular humorismo de cepa inglesa, amarga y escéptica, entronca con la maliciosa socarronería criolla. Con temible destreza esgrimió en lides parlamentarias y polémicas memorables

el acero de su desconcertante ironía. Éstos son sus libros literarios: Tiempo perdido (78), Viajes y observaciones, Por mares y tierras (99), Prometeo y Compañía (99) y Aguas abajo (914), novela póstuma y, sin duda, autobiográfica.

De PROMETEO Y COMPAÑIA

1. La lluvia (Fragmentos)

No creo que haya un hombre que guste más de la lluvia que yo. La siento con cada átomo de mi cuerpo, la oído en mis oídos y la gozo con inefable delicia...

Cuando estaba yo en la escuela (tiempos duros aquéllos), y comenzaba a llover, el maestro, un terrible maestro, se distraía o se dormía con el ruido narcótico del agua, y mi Catón, mi Robinsón Crusoe y mi plana se retiraban a lo infinito, y yo sólo existía para adormecerme con la elegía de la lluvia. Una deliciosa estupidez se apoderaba de mí sin que fueran capaces de sacarme de ella todos los Catones posibles, todos los parientes de Robinsón, todas las generaciones de maestros, ni todas las planas de la tierra.

¡Con qué envidia miraba a los pobres diablitos que pasaban por la calle chapaleando en el barro y pegándose en las paredes para evitar el agua, o a los provistos de paraguas que hacían un redoble al enfrentar las ventanas, merced a las gruesas gotas del tejado que, resbalando por la tela de seda o de algodón, iban a colgarse de las varillas como lágrimas en una pestaña colosal!

Nunca pude comprender por qué no daban asueto en los días de lluvia.

El aire era libre, los pájaros volaban libremente, el ganado pastaba con libertad en los campos, el agua corría independiente por el suelo, buscando a su albebrío, o al de la gravedad, los declives. ¿Por qué todo esto no estaba en la escuela como yo, o por qué la escuela no era el campo, nosotros las vacas, los libros, la hierba, y el maestro un buey manso y gordo, semejante a esos aradores incansables e indolentes que miran con estoicismo la picana y con supremo desdén a los transeúntes?

Años más tarde, en el colegio, la lluvia solía venir a embargar mis sentidos, y muchas mañanas, antes que sonara la fatídica



Eduardo Wilde

campana que nos llamaba al estudio, me despertaba oyendo llover como si el agua hubiera trasnochado y estuviera ya en movimiento a esa hora.

Mi pensamiento volaba entonces a mis primeros años; me cubría con las frazadas, y mientras la lluvia cantaba en voz baja todas las elegías de la desdicha, mi delicia era representarme mi casa, las personas que conocí y amé primero, y mi propia figura correteando sin zapatos por el patio anegado.

Más tarde todavía, en el hospital, mientras estudiaba medicina, en mi cuarto húmedo y sombrío, la lluvia caía mansamente sobre los árboles de los grandes y solemnes patios, acompañando a bien morir a los que espiraban en las salas. La lluvia tristísima sonaba entre las hojas, y el cráneo de algún pobre diablo, ex-número de la sala tal, y famosa pieza anónima de anfiteatro, me miraba con sus cuencas triangulares y oscuras, como si quisiera entrar en conversación conmigo acerca del mal tiempo...

/ Y mientras tanto, el agua eterna, siempre agua, viajando de la flor al océano, de la fosa a las nubes, del vapor al hielo, continuaba su ruta apurada por los fenómenos naturales, entonando su música en los mares, en los ríos, en las peñas, en los valles, y, por fin, en los tejados, haciendo disparar a los gatos, que, como se sabe, tienen una marcada¹ animadversión contra ese líquido.

El agua eterna, sirviendo de espejo a los pastores en el campo, amontonando hielo en las cordilleras, haciendo trombas en los mares, regando las sementeras, hirviendo en algún tacho de cocina, o lavando la cara de cualquier muchacho de cuatro años, pues todos los de esa edad tienen la cara sucia, continúa su ruta de la flor al océano, de la fosa a las nubes y del vapor a la nieve.

El agua eterna, siempre agua, empujando las locomotoras, haciendo navegar a los buques, surgiendo de los pozos artesianos, vendiéndose a peso de oro en las boticas, lavando las ropas en todo género de vasijas, entrando en la confección de las comidas, sirviendo para inyecciones higiénicas, o ahogando gentes en las inundaciones, continúa su ruta, bajo el imperio de las fuerzas físicas, de la planta a los cielos, del corazón a los ojos, para desprenderse en lluvia de lágrimas sobre las mejillas abatidas.

No tengo preferencia por ninguna clase de lluvia: me gusta la lluvia mansa, la niebla, la bruma, la llovizna, la lluvia fuerte, la torrencial, la continua, la intermitente, la con sol y la inopinada, ésa que toma sin paraguas a todo el mundo en la calle, haciendo la delicia y el negocio de los paragueros.

Las gentes de esta ciudad han podido verme con mi sombrero grande, caminando lentamente por las veredas, mientras otros corren presurosos buscando un abrigo contra la lluvia...

Por mí, bien podía no haber paraguas, ni capas de goma, ni *water-proof*², y me irrito

cuando algún tonto llama mal tiempo al lluvioso...

La lluvia lenta y suave canta en tono menor sus tiernas declaraciones, formula esperanzas, prodiga consuelos y adormece los cuerpos con sus secretas voces misteriosas.

La lluvia furiosa, torrencial, vertiginosa, relata batallas, catástrofes, aparta la esperanza, despedaza el corazón y hace brotar en los ojos esferas de cristal que, balanceándose en las pestañas, parece que vacilan antes de soltarse para regar la tierra maldita...

NOTAS: ¹ Este adjetivo no es muy castizo por señalada, notable. — ² Anglicismo. Pronúnciase: uóterpruf. Literalmente significa: a prueba de agua. En castellano se traduce por impermeable.

2. Un hombre feliz

La semana pasada encontré a Guido Spino en la calle y le dije:

— ¿Cómo le va? tanto tiempo que no lo veo; ¿usted habrá hecho también negocios!

— Nó, me contestó; soy el hombre más feliz de la tierra; me sobra casa, me sobra cama, me sobra ropa, me sobra comida y me sobra tiempo; no tengo reloj y ¡no se me importa un comino de las horas!

Con tamaña filosofía; ¡cómo no había de estar este hombre contento!

En una ocasión me acuerdo haberlo visto en cama, enfermo de reumatismo y tocando la flauta, con un pequeño atril y un papel de música por delante. Nunca he sentido mayor envidia por el carácter de hombre alguno.

11. - Pablo o Paul Groussac

(1848-1929)

Natural de Tolosa (Francia), residente en la Argentina desde 1866, profesor, rector de la Escuela Normal de Tucumán y durante 44 años director de la Biblioteca Nacional, dotado de natural inclinación a las letras, llegó a dominar con maestría el castellano. Sus numerosos escritos resplandecen por la dicción justa, correcta y clara; por el estilo nítido, brioso y personal, no menos que por la solidez del fondo, fruto de su incansable investigación y virtud observadora y reflexiva. Así cobraron sus opiniones singular autoridad. Compuso libros de

viajes, cuentos e impresiones personales (Los que pasaban), alguna novela, un drama muy popular de ambiente rosista (La divisa punzó), innumerables estudios críticos, ensayos históricos, artículos de erudición bibliográfica, etc. Fué también diestro y temido polemista.

De LOS QUE PASABAN

Pertenece este libro al grupo de los que interesan por sus noticias íntimas. Llamólo *Los que pasaban* porque enfoca a personajes eminentes que el autor vió desfilar en sus días y con quienes cultivó relaciones de amistad: José Manuel Estrada, Nicolás Avellaneda, Pedro Goyena, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, perpetuados en imágenes vivaces y episodios amenos y ricos en datos autobiográficos y de la época. Léese, por ejemplo, en sus páginas el primer encuentro que en 1870 Groussac, apenas nombrado catedrático en el viejo Colegio Nacional, tuvo con Estrada, cuyas brillantes cualidades exalta; se describen los horrores de la célebre epidemia de fiebre amarilla del 71; aparecen las figuras típicas del profesor Amadeo Jacques y del rector de aquel Nacional, Alfredo Cossón; conócese la primera entrevista del escritor con Avellaneda, ministro entonces de Instrucción Pública, quien lo decide a establecerse definitivamente en el país. En los fragmentos que siguen, tomados de la parte que dedica a Pellegrini, narra su concurrencia en 1884 a un banquete con que se festejaba la vuelta del gran estadista a la patria.

Carlos Pellegrini (fragmentos)

Junto con el champaña, y no menos efervescente, se destacó la copiosa oratoria. El presidente de la comisión, que lo era D. Ataliva Roca, había dado la palabra al Dr. Roque Sáenz Peña¹, designado para "ofrecer el banquete". Irguióse el orador, buen mozo, elegante, un tanto solemne, radiante de seducción y engreimiento juvenil, salvando cierta infatuación de la apostura con lo simpático de la sonrisa. Cuando estaba a punto de despegar los labios, le atajó una salva de aplausos que celebraba de antemano lo que no había comenzado a decir. No se necesita agregar que la expectativa no quedó defraudada... Mientras el orador, entre palmadas y vítores, seguía devanando sus bien sabidos períodos, sin concederse un *gránnum salis*² irónico, que pudiera debilitar su alcance; casi enfrente de mí, a poco espacio, el héroe de la fiesta, el cuerpo echado atrás, fruncido el entrecejo, las fuertes manos huesudas apoyadas en la mesa, escuchaba impasible

*a guisa di león quando si posa*³

Tenía a la sazón 37 años⁴, pisando la alta meseta de la vida en que la juventud declinante se junta con la fuerte madurez. Aun



Pablo o Paul Groussac

sentado y dejando sólo visible el busto, imponía su atlética estatura, toda aprovechada en armazón y músculos, sin adiposo desperdicio. Al pronto⁵, atraía la atención la frente vasta y precozmente arrugada, coronada por el cabello lacio, de un castaño con visos rubios y que nunca debía encanecer. Los ojos oscuros, un tanto hundidos bajo el arco superciliar muy prominente, vibraban la recta mirada serena y franca. La nariz algo chata y de alas dilatadas, acentuaba el aspecto leonino de la faz, tan marcado⁶ que nadie dejara de señalarlo. El espeso bigote, que ocultaba los labios; la corta y resaltada barba imperativa; las fuertes mandíbulas y pómulos salientes, completaban armónicamente el carácter del rostro heroico, que en ninguna parte pasara inadvertido. Las facciones de varonil belleza, expresivas todas de voluntad, energía, valor, parecían modeladas bajo el pulgar de un escultor genial, que procediera por planos vigorosos, sin una blanda redondez.

Y, por un contraste inexplicado, la impresión final que dejaba aquel conjunto ceñido y formidable, era la de la fuerza generosa, dominada por una bondad infinita. Por cierto que, nacido de madre inglesa y padre francés, representaba, desde luego, una magnífica combinación de las dos razas superiores...

Otros habían hablado después de Sáenz Peña, repitiendo sus declaraciones partidarias y exagerando sus violencias, cuando se levantó Pellegrini y tomó la palabra. Sólo le había oído una vez en el senado de 1881, combatiendo la "federación" de Misiones; y no me había satisfecho del todo, acaso por lo improcedente de la tesis sustentada. Aquella noche el orador del Coliseo⁷ me pareció notablemente superior al de tres años antes. Los defectos se habían aminorado hasta no quedar sino los rasgos característicos de la fuerte personalidad. El áspero vozarrón de marras⁸, con sus quebraduras en falsete, se había extendido y como empastado, adquiriendo emisión más homogénea y flexible. En la elocución, ya natural, no retumbaba ese énfasis declamatorio y afectada vehemencia de la antigua escuela, que entonces privaban⁹, convirtiendo la tribuna en púlpito gerundiano¹⁰. Y sin duda que el repentista¹¹, un tanto brusco y arriesgado, que Pellegrini nunca dejaría de ser, no se parecía al modulador de cavatinas¹² retóricas que sigue encarnando entre nosotros la elocuencia; pero ya entonces, por un instinto superior, orientado hacia la creciente influencia europea que fué disciplinando su gusto algo inseguro, ponía visiblemente sus preferencias en el rasgo sobrio y la fuerte sencillez de los maestros clásicos, a los cuales debía aproximarse más y más sin alcanzarlos nunca.

Pero en otra región especulativa estaba su dominio. Lo que de veras poseía en grado eminente, además del temple moral adaptado a cualquier evento, era el concepto inmediato de la situación, la facultad de perci-

bir y plantear prácticamente el problema del día, con la visión fulgurante de la solución posible y casi siempre acertada... Sin una alusión a la contienda que se anunciaba¹³, proclamó una vez más su adhesión absoluta al orden nacional, única base sólida en que fundarse pudiera la grandeza de la patria. Y ese lema casi trivial cobraba en sus labios alto significado, pues contenía el programa pasado y futuro de toda una vida de lucha, consagrada a arrancar la cizaña localista del campo político, y, sobre todo, a extirpar del organismo el renaciente sarcoma¹⁴ de la anarquía.

Saludadas con estruendosa ovación las palabras del jefe¹⁵, tan levantadas como inútiles, continuó la zambra oratoria, con sus monótonos estribillos de urnas y comicios, instituciones y elecciones. De mano en mano, la antorcha del puritanismo¹⁶ político fué a parar en Larsen¹⁷ del Castaño, donde se apagó. Los moscones de mi mesa no habían esperado tal extremo para hostigarme, no admitiendo que un ente capaz de borrar algunas carillas no lo fuese para decir en público: *esta boca es mía*. Todas mis resistencias fueron vanas y hube de ir al sacrificio. Tomado de la mesa para no caer, alcancé, con voz mortecina, que me parecía de ótro, a balbucir algunas frases... ¡Extraño efecto del automatismo mental o del instinto de conservación! Vi al otro día en un periódico que, bien o mal dichas, mis palabras habían sido lo que correctamente debían ser: una declaración de prescindencia en la política de bandería y un testimonio sincero de admiración y aplauso al ministro de Avellaneda¹⁸.

Estaba respirando en mi asiento con la sensación deliciosa de quien sale de casa del dentista, cuando Julián Martínez, gran zurcador de amistades, vino a pegarme el infalible abrazo fraternal, con este agregado: "Dice el *Gringo*¹⁹ que quiere conocerle". Al ver que me acercaba, Pellegrini se adelantó algunos pasos, y como me inclinaba

con alguna ceremonia, recibí un violento zar-pazo en la espalda y me sentí aplastado contra el pecho del gigante. Quedé imantado²⁰ para toda la vida. Así nació una amistad inalterable, que no conoció una nube durante un cuarto de siglo, resistiendo sin variación las grandezas y los descabros, hasta la lúgubre noche de invierno²¹ en que vi expirar al hombre que más he querido en esta tierra...

NOTAS: ¹El mismo que ocupó la presidencia de la República desde 1910 a 1914, fecha de su muerte. — ²Expresión latina. Literalmente: grano de sal; figuradamente: partecita de gracia o agudeza. — ³Verso de T. Tasso en la estrofa 56 del canto X de la "Jerusalén libertada", que significa: a modo de león cuando descansa. Es bastante frecuente en Groussac el intercalar frases o expresiones extranjeras: van dos en este párrafo. — ⁴Había nacido en 1846. — ⁵Modo adverbial: A primera vista. — ⁶Marcado, por notable, manifiesto, evidente, es galicismo. — ⁷Debía de ser éste el nombre del local en que se celebraba el banquete. — ⁸De marras: de época anterior a la que se alude. — ⁹Tenían general aceptación. Hoy muchos sustituyen este verbo castizo por el barbarismo "primar". — ¹⁰En que que se usaba el estilo hinchado, artificioso. Alude al estilo que el P. Isla vituperaba en su "Fray Gerundio". — ¹¹Improvisador. Díjose primero de los músicos que ejecutan a primera vista. — ¹²La cavatina es un aria o composición musical de cortas dimensiones. — ¹³Se refiere a las elecciones presidenciales que se preparaban para el período 1886-1892 y en que él fué elegido vicepresidente de la Nación. — ¹⁴Es erróneo el empleo de esta voz como femenina. — ¹⁵Del entonces llamado Partido Nacional. — ¹⁶Profesión real o afectada de practicar estrictamente principios morales o políticos. Originariamente, se llamaron puritanos en Inglaterra los protestantes que se preciaban de observar religión más pura que la oficial. — ¹⁷Juan Mariano Larsen (1821-1894), abogado, educador, poliglota. — ¹⁸Pellegrini fué ministro de Guerra y Marina en una época sumamente difícil, agitada por la revolución de Carlos Tejedor (1880). — ¹⁹Apodo con que se nombraba a Pellegrini, por su origen extranjero. — ²⁰El verbo imantar está ya aceptado, por imantar, magnetizar. — ²¹17 de julio de 1906. Era diputado nacional.

12. - Calixto Oyuela

(V. pág. 51)

José Manuel Estrada

Ha sido el hombre más puramente intelectual de la República. Su acción sobre su tiempo, enérgica y fecunda, no se manifiesta por hechos, sino por ideas; nó por decretos, sino por propaganda activa y militante; nó desde el puesto público, político o administrativo, sino desde la cátedra, y la tribuna, de las cuales sólo pudieron alejarle al fin, con daño de la República, el atropello autoritario y la decadencia política¹...

Aspiraba noblemente a regir almas y a iluminar espíritus, y de ahí su profundo amor por la enseñanza, su interés paternal por el estudiante, nunca desmentido, y el legítimo orgullo con que ostentó siempre el título de *maestro*, en el más alto significado de la palabra. Fué más que un funcionario: fué una *autoridad*. Su acción social se hizo sentir como la savia en el árbol, que por vías interiores y ocultas, sin directa ostentación de sí misma, le desarrolla y alimenta, cubriéndole de hermosas flores y frutos sazonados. ¿Quién de nosotros no ha sentido germinar en su espíritu, por influjo de su palabra o sus escritos, ideas serias y fundamentales, afectos puros, nobles y generosos impulsos? ¿Quién no le debe la cultura de alguna región de su inteligencia?

Fué pensador, fué apóstol y fué artista.

Como pensador, prefirió a la especulación pura, la aplicación de su gran energía intelectual al estudio de nuestros más graves problemas sociales y de nuestro pasado histórico. En tal concepto, puede afirmarse sin temor, que no ha habido en nuestro país pensamiento más sólido ni más robusto, ni más apto para tratar a fondo y seguramente las mayores cuestiones.

Como apóstol, acometió con entusiasmo y convicción profunda, con ejemplar constancia, con varonil denuedo, la propaganda religiosa en pro del catolicismo, persuadido de que sólo retemplando vigorosamente su espíritu podrían florecer la libertad y el orden, la honestidad pública y privada, y lograse la felicidad de la República, último fin de sus generosos desvelos. Y no temió nunca, ni por conveniencia personal, ni por cobardías sociales, decir altamente lo que juzgaba verdad, ya al pueblo, ya a sus guaidores.

Y fué también artista, por la inspiración, a veces profética, que resplandece en sus obras, por la fuerza y relieve de su estilo. Y estas tres cualidades constitutivas de su espíritu, en vez de guerrear en él, se armonizaban y equilibraban del modo más admirable. Su

condición de pensador dió solidez y nervio a sus escritos, salvando su doctrina política, su prédica religiosa de toda superficialidad declamatoria, y su talento literario de la verbosidad y la hojarasca. Su apostolado comunicó calor a sus pensamientos, luz a su estilo; mientras su talento artístico imponía a su propaganda un sello aristocrático, una distinción severa que le mantuvo siempre a gran distancia de toda vulgaridad tri-bunicia.

Hay un género literario, que es al mismo tiempo una acción pública, en el cual el pensamiento, la propaganda y el arte brotan hermanos, como ramas de un mismo tronco: es la oratoria. Estrada fué por eso un orador eminente, y el rasgo característico y general de su talento, no sólo en sus discursos, sino también en sus escritos y en sus lecciones, es la elocuencia, una elocuencia vibrante y comunicativa, enérgica y de combate, que, aunque atravesase campo enemigo, pasa poniendo de pie los espíritus.

NOTA: ¹Véase el discurso que esta arbitrariedad inspiró a Estrada, en la pág. 107.

13. - Joaquín V. González

(1863-1923)

Riojano, doctorado en Córdoba, diputado, catedrático, ministro y senador, fundador de la Universidad de la Plata, vivió para el aula, las letras y el bien y engrandecimiento del país. Fué escritor sabio, artístico y fecundo: en los 22 volúmenes, que abarcan su producción multiforme, hay hondura de pensador y nobles exquisiteces de poeta. A su copiosa colaboración periodística agregó González trabajos de índole política, pedagógica, jurídica, filosófica, histórica, etc., poesías, traducciones, discursos, textos de enseñanza, como el notable *Manual de la Constitución Argentina*. Sus obras más estrictamente literarias, de estilo afiligranado, se distinguen por la intensidad del amor a la tierra, que desborda de todas sus páginas, las cuales son una valiosa contribución al naciente folklore patrio. Merecen mencionarse *Fábulas nativas*, *Cuentos* (94), *Historias* (900), *Bronce y lienzo* (16) y, como las más elogiadas y populares, *La tradición nacional* (88), en dos tomos, y *Mis montañas* (93), ga-

*lería magnífica del paisaje y vida del solar provinciano. En un reciente estudio * sobre González, y refiriéndose a estos dos últimos libros, así se expresa su ilustre paisano, el poeta y erudito D. Arturo Marasso: "Son poemas en prosa; resaltan por la excelencia del léxico, por el esfuerzo reflexivo, la delicadeza espiritual y el fervor romántico. En estilo rico de color, se identifica con las cosas, las siente vivir, les descubre un alma; nos ofrece la sensación de las montañas andinas; describe paisajes vistos y sentidos simultáneamente, escenas familiares o históricas. Su imaginación panteísta mira, a veces, a través del velo de lo maravilloso. La realidad está anotada con la riqueza de la pintura y con una fidelidad virgiliana... Cada una de estas voces (las regionales) se engasta, en la prosa elegante y castiza, con el sabor de la tierra, crea un ambiente y despierta el vestigio de una época... En el sensible espejo de estas páginas perdura una presencia que ya nos parece remota".*

a) De MIS MONTAÑAS

a) Cuadros de la montaña

Buscando reposo, después de rudas fatigas, de ésas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad.

Los recuerdos de la infancia y la poesía de las regiones de portentosa belleza, donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores, eran la fuente de los consuelos que yo anhelaba en medio de esas luchas que sólo la historia describe y analiza, y en las cuales cada uno derrama, cuando nó la sangre de sus venas, esa ótra: sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres, los desencantos del patriotismo inexperto y las infidencias de las amistades prematuras.

Para eso, y para rendir este nuevo tributo al pueblo en que he nacido, pidiendo a la literatura patria un rincón humilde para

* Joaquín V. González, el artista y el hombre" en "Boletín de la Academia Argentina de Letras", núm. 18.

estas páginas en que quiero reflejar su naturaleza y sus sencillas costumbres, emprendí con algunos amigos, en marzo de 1890, un viaje al interior de la *Sierra de Velasco*...

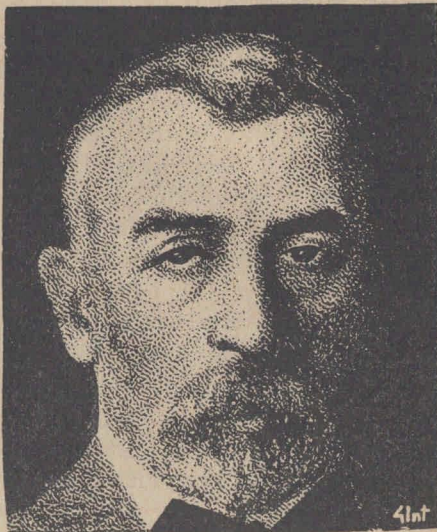
Son estas montañas, inagotables a la observación. Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con la relación de un monumento histórico o de la naturaleza, del hombre culto o del indígena extinguido...

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, a quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción del granito: todo esto se ve diariamente con la indiferencia estoica de otra raza que no la nuestra, en el camino tortuoso que abre paso hacia las comarcas donde se pone el sol. Enormes masas de piedra, cuya altura aumenta a medida que se avanza, lo flanquean por ambos lados, y así, por largo espacio, parece aquella hendidura la selva que, poblada de tan raras bestias, extravió al poeta de "El Infierno"¹.

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarias. El viajero marcha inconsciente sobre la mula, por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que, al aproximarse en la obscuridad, se asemejan a espectros alineados que esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas. Se siente a su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando, con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la altura en la profunda noche! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que chocan entre sí, las hojas que silban, los millares de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje peculiar, el viento que cruza estrechándose entre las gargan-

tas y las peñas, las pisadas que resuenan a lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre



Joaquín V. González

en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara entre las sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe a cada instante el seco golpe de su guardamonte² de cuero, y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante a la nota de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo eso se escucha en medio de esas montañas; es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y de grandeza.

Esos músicos de la montaña, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cantos. La luz los oprime, los coarta, como si vieran un auditorio severo en los demás objetos que pueblan la selva; porque en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso.

Los acordes estruendosos, los *crescendos*³ colosales, los rugidos aterradores que sur-

gen del fondo de las tinieblas, se convierten en la melodía dulcísima y suave, casi somnoliente⁴, como si todos los seres que allí viven tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio que, desplegando blancos tules, cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares.

Alzando los ojos a las cimas, pueden distinguirse sobre el fondo límpido del cielo los contornos caprichosos de las rocas, que ya figuran torreones o cúpulas ciclópeas, ya grupos de estatuas levantadas sobre tamaños pedestales.

La imaginación se puebla de idealizaciones sonrientes; suaviza las curvas del dorso granítico; da formas humanas a los rudos contornos de la piedra...

La caravana, que al caer la tarde se internó bulliciosa en la garganta del monte, quedó sumida en profundo silencio cuando la noche veló los accidentes del camino; y entonces, alineados de uno en uno, caminábamos por entre la selva que, desde entonces, llamo la *selva obscura*⁵. Luego, a medida que la luna va asomando sobre el horizonte, se ilumina de pronto la más alta de las sierras, y forma con las inferiores sumergidas aún en la obscuridad, el más notable de los contrastes, que ningún pincel podría trasladar al lienzo...

NOTAS: ¹ Dante Alighieri en el primer canto de "La divina comedia". — ² Argentinismo incorporado al Dicc. de la lengua. — ³ Término musical, tomado del italiano, para designar el aumento gradual de un sonido. — ⁴ El Dicc. sólo registra *somnolencia*. La voz castellana correspondiente a este latinismo, es *soñolienta*. — ⁵ Nueva alusión a la selva en que se extravió Dante.

b) La Oración

¡Silencio en torno! Las leves nubes que en dulce vuelo siguen al sol, como cortejo de albos querubens al alma invitan a orar a Dios.

¡Venid! El cielo cruzan regueros agonizantes de opaca luz: sobre los montes y los oteros tiende la tarde fúnebre tul.

Ríos de sombras, copos de nieve, azul, topacio, grana y carmín, bordan el cielo de gasa leve, en pos del astro, con formas mil,

y el sol despide su luz postrera para dormirse bajo doses de oro y celajes; la tierra entera en ese instante fija está en él.

El cuadro entonces se desvanece tan lento como la muerte va; ¡el día muere! y se estremece la tierra al eco del bronce ya.

El bronco acento por las montañas va resonando con triste voz, y desde el fondo de las cabañas ternas plegarias se alzan a Dios.

14. - José Sixto Álvarez

(1858-1903)

Este escritor, más conocido por su seudónimo de Fray Mocho, nació en Gualeguaychú (Entre Ríos), Estudió para maestro en la Escuela Normal de Paraná; pero, llegado a Buenos Aires en 1879, se dedicó al periodismo como reportero y cronista. Llegó a ser comisario de investigaciones, y escribió entonces la Vida de ladrones célebres de Buenos Aires y Memorias de un vigilante. Pasó luego al Departamento de Marina como oficial mayor, y compuso su Viaje al país de los matrones, atrayente colección de cuadros entrerrianos, y En el mar austral, en que hace alarde de su poder imaginativo con una vivaz exposición de motivos fueguinos. Pero lo más personal y a la vez lo más valioso de la obra de Álvarez son los Cuentos de Fray Mocho, que fué publicado en la importante revista ilustrada semanal Caras y Caretas, fundada por él mismo en 1897, y aparecieron coleccionados después de su muerte. Esos ligeros cuadros campesinos, escenas breves de la urbe porteña o pintorescas fábulas criollas siguen deleitando a sus lectores de hoy con la verdad y riqueza de su color local, con el acierto psicológico de sus personajes, con la destreza de narrador que derrocha sal e ironía, con la espontaneidad de su diálogo y con el atractivo de su prosa suelta y trasparente.

a) De UN VIAJE AL PAIS DE LOS MATRONES

En los baños

Para hacer la cacería del carpincho y de la nutria es preciso tener perros adiestrados a la lucha, pues ambos son agresivos cuando se ven en peligro, y el primero es tan bravo que atropella las canoas, las vuelca

* La prestigiosa revista porteña "Caras y Caretas" proporcionó los originales de los retratos de su ilustre fundador, José S. Álvarez, y de Gregorio de Laferrère y Juan Agustín García, gentileza que agradece el autor.

con su empuje y muerde con sus largos y fuertes colmillos, haciendo heridas no sólo graves por su extensión, sino por su profundidad.

La nutria no ataca a las canoas, pero si encuentra a su alcance un hombre, lo atropella y lo hiere como el carpincho.

Los perros destinados a esta caza tienen siempre los hocicos cruzados de cicatrices y, por lo general, las narices y las orejas las ostentan reducidas a su más mínima expresión. Son más apreciados, por ser más veteranos, aquéllos que muestran mayor número de heridas: ellas son el mejor certificado de su valer.

Al carpincho es necesario matarlo a bala la mayor parte de las veces, pues los perros, a no ser que sean varios y de gran alzada, no pueden con él, siendo, como es, animal de gran fuerza; además, difícilmente lo vencen sin causarle muchas heridas, y esto hace desmerecer el cuero.

Los cazadores se sirven de los perros, en esta caza, más para acortalar la presa y poder hacer su tiro con precisión, que para librarla a sus esfuerzos. El tiro lo hacen siempre a la cabeza, a fin de que el plomo quede dentro del hueso y poder extraerlo y volverlo a usar después de fundido, y tratan de que el proyectil penetre por el ojo, para obtener la piel sin un solo desperfecto.

Con las nutrias el procedimiento es distinto. Un perro pequeño — un *cupé*, como le llaman en la región — penetra en lo más enmarañado del pajonal y con sus ladridos las asusta, obligándolas a abandonar los albardones¹, donde, con su cría, van a tomar el sol bajo la salvaguardia de los machos que, en són de guerra, merodean alrededor de la tribu, y a buscar el agua donde su salvación de todo peligro es indiscutible.

El cazador, con sus perros de presa y su rifle, las espera en el punto más estratégico y ahí comienza la batalla y la matanza.

La caza durante la noche es más fácil, aun cuando menos productiva. El cazador

o con un manajo de pajas secas, proyecta un se sienta cerca de la costa, en la proa de su embarcación, y con un farol con reflector



José Sixto Álvarez (Fray Mocho)

rayo de luz sobre el agua. Como el carpincho y la nutria son animales sumamente curiosos — como lo son los cisnes, los patos y demás aves de los bañados — se agrupan atraídos por la claridad y poco a poco se van acercando al foco para reconocerlo; el cazador, entonces, elige su pieza y hace fuego. Cuantas veces repite la operación, obtiene resultado y esto hace decir a los cazadores que esos animales y esas aves “se encandilan” y no pueden disparar aun cuando lo deseen.

La nutria es animal que pueden cazar los perros sin hacer desmerecer la piel, pues las heridas se las producen generalmente en el lomo o en la parte superior del cuello, siendo más apreciada la parte de la barriga, que queda intacta. Por esta razón los cazadores prefieren siempre matar la nutria de día y las expediciones nocturnas se las dedican a los carpinchos, que sobre ser más raros y no andar en grupos, no pueden cazarlos con auxiliares.

La época de la caza de la nutria, así como la de la garza, es, precisamente, el invierno, cuando viste su traje de gala, echando el pelo o plumón más espeso y flexible, pero coincidiendo desgraciadamente con la época del procreo²: esta razón ha traído casi el agotamiento de la raza, no solamente en las islas y esteros de la costa porteña, sino también en la entrerriana y santafecina³.

En cuanto al carpincho, se le caza todo el año y por esa razón ya no se le halla como en otros tiempos.

La explotación del ramo de riqueza tan importante y tan productivo como la caza, no está reglamentada y se agotará por completo si no se adoptan medidas que impidan la destrucción absoluta de lo poco que queda.

— ¿Y el carpincho y la nutria no son animales vigilantes? ¿Cómo los sorprenden con tanta facilidad?

— ¿Qué van a ser vigilantes?... ¡Son unos zonzos! Cuenta la tradición, aquí en los bañados, que cuando el tigre declaró la guerra a todos los animales del pajonal — antes de ser su rey, por supuesto — aquéllos se reunieron y formaron un ejército, esperando al enemigo en un gran albardón. Como es de regla, destacaron centinelas en el bañado y confiaron esta comisión al chajá, al carpincho y a la nutria.

Una noche éstos sintieron, de repente, un ruido sospechoso.

El chajá alzó el vuelo gritando: "¡Ahí está!"; el carpincho gruñó "¿Dónde?", con su voz cavernosa, y se zambulló; la nutria se limitó a decir entre dientes: "Qué flojos!", y se quedó dormitando.

¡Claro!... Cayó prisionera y desde entonces es esclava y, por lo tanto, el ser más inofensivo del bañado, pues entre los animales, como entre los hombres, al que es confiado y no se precave, ¡lo carnean!

NOTAS: ¹ Albardón, argentinismo autorizado: loma o tierra sobresaliente dentro de las lagunas, o campos anegadizos o costas explayadas. — ² El Dicc. sólo registra la voz procreación. — ³ Así se escribe ahora generalmente este adjetivo. Sin embargo, creo que es más justo escribir santafecina.

sino, con s: así lo pronunciamos. La terminación gentilicia es sólo ino, ina; a ella aquí le agregamos el incremento eufónico s y no z.

b) De CUENTOS DE FRAY MOCHO

1. Cada cual se agarra con las uñas que tiene

— ¡Hola, compañero!... ¡Acérquese!... ¡Mire cómo está su amigo!

— ¡Hombre, hombre! — dijo el gato, atusándose el bigote —; ¡cómo lo encuentro, compañero!... ¿Y qué tal la señora?

— ¡Vea!... No estoy para informes ahora... ¿Quiere hacerme el favor de arrastrarme hasta por ahí donde haya agua?... ¡Me estoy ahogando en seco!

— ¡Cómo nó, bagre amigo,... ya lo creo!... Vea: monte a caballo sobre mí y lo llevaré hasta allí frente a aquel barranco donde hay un pozo profundo.

Y pronto comenzó el gato a trotar con su jinete, que se agarraba con las aletas y echaba el alma tosiendo:

— ¡No tan ligero, por vida suya!... ¡Espérese que me caigo!

Y de repente el gato, dando un brinco, exclamó encolerizado:

— ¿Qué es eso, compadre?... ¡Me está talladrando las costillas!

— ¡Nó, compadre; es que me agarro!

— ¿Que se agarra?... ¡A ver si larga!... ¡Orts!... ¡Esto sí que está bueno!... ¡Largue, compadre, o lo estrello!

Y el bagre, en silencio, aguantaba los brinco de su cabalgadura, exclamando entre dos golpes de tos:

— ¡Si no es nada!... ¡Me he afirmado con la espina no más!... ¡Siga un poquito que ya llegamos!

— ¡Bueno!... ¡Saque, amigo!... ¡Que me agujere a la costilla!

— ¡Pero, hombre, usted me desolló el lomo la vez pasada y yo no grité tanto!

— ¡Fué con las uñas, amigo, que es dis-tinto!

— ¡Hombre!... ¡Yo me afirmo con la espina no más!

Y como en ese momento llegaron a la

orilla, el bagre pegó un salto y cayó al agua, exclamando mientras el gato se revolcaba en la arena desesperado:

— Amigo, en este mundo cada cual se agarra con las uñas que tiene... y no hay vuelta... Ya lo sabe para otra vez, como lo sé yo.

2. Reminiscencia

El viejo don Pantaleón detiene su cabalgadura y busca en la inmensidad de la desierta pampa la majada diminuta confiada a su cuidado. Las ovejas, en pelotones, avanzan lentamente, pastando despreocupadas en dirección a la laguna que blanquea a lo lejos y a cuya orilla, en tiempos que pasaron, llegó él cierta tarde luciendo sus jinetas de sargento y guiando una partida que del próximo fortín saliera en la mañana a batir la indiada triunfadora que volvía de adentro con pesado arreo de haciendas y cautivos.

Ahí mismo, donde está ahora la majada, estaba el campamento, y las largas lanzas clavadas en el suelo llameaban al quebrarse la luz en las moharras.

¡Qué entrevero!

Los caballos rodaban, tropezando en los muertos, y los sables, cada vez que caían volteaban un jinete, y ayes y alaridos se alzaban del revuelto campo, coreados por los teros en alarma.

Y el viejo, rejuvenecido, yergue el busto hercúleo, da frente al pampero y suelta la rienda a la mal pergeñada cabalgadura, que no sintiéndose estimulada por recuerdo alguno, dormita pacientemente espiando de reojo a los perros camperos, que viendo a su amo detener la marcha y ajenos a las preocupaciones que le embargan, husmean provechosas aventuras cinegéticas y se acercan curiosos a esperar la señal apetecida.

Allá va la indiada en dispersión, perdiéndose a lo lejos, y luego vienen a su mente los cuadros sucesivos de su vida pasada: el viejo fortín que ya no existe, la estancia que fundó su capitán en aquel campo que

supo conquistar y los suyos se apresuraron a vender apenas muerto, y luego, más acá, su odisea en busca de trabajo y su eterno rodar sobre esa pampa que él conoció desierta y pobre, contribuyendo con su esfuerzo a enriquecerla.

— Amigo... ¡*qu'he rodado!*... ¿*Y pa qué?*... *P'andar* cuidando ovejas a mis años. ¡*Suerte chancha!*... ¡*A'unque* bien visto, caray, es mejor que la *d'estos* charabones¹ de hoy, que no tendrán después ni siquiera de qué acordarse!

NOTA: ¹Argentinismo no acogido aún por la Ac.: pollo del avestruz o chara.

3. La caza del cóndor

Una hora hacía por lo menos que callaban nuestros fusiles y, sin embargo, los cóndores, desconfiados como collas¹, revoloteaban todavía alarmados. Los pocos que se habían asentado en la falda del lejano cerro frontero se paseaban parsimoniosos² y serenos, aunque evidentemente inquietos, a juzgar por el movimiento de sus calvas cabezas rojas y por la presteza con que ensayaban tender el vuelo cuando un ruido insólito llegaba a sus oídos o un detalle sospechoso velaba la nítida visión de sus ojos claros y penetrantes, que atisbaban, sin parpadear, la entrada de las grutas misteriosas y la sombra traidora de los peñascos o del medroso malezal³. Recogida sólo a medias el ala diligente, caminaban ceremoniosos y graves, erguida la cabeza descubierta, como enlutados caballeros medioevales⁴, que en justa de apostura, lucieran su garbo y su donaire. Cada vez que se detenían, estirando el cuello, como ansiosos de recoger en el oído, para descifrarlo, el enigmático lenguaje con que les hablaba el monte y la llanura, parecía que tal no hicieran, sino mutuas cortesías reverentes: la tizona⁵, obediente a la presión de la mano sobre el pomo, alzaba en la contera la extremidad del manto caballero, las golas ondulaban con coquetería y las espuelas chirriaban acom-

pasadas. Y desde el ras del suelo hasta donde el ojo alcanzaba en el infinito azul, se les veía: ya escoltaban rápidos y nerviosos la blanca nube pasajera que impulsaba el viento, o ya, sin batir el ala, describían un círculo fantástico sobre la masa oscura de las sierras, cruzando juguetones las anchas fajas luminosas en que el sol reía placentero.

— ¿Usted cre que sólo le *malicea*⁶ a la *oscuridá*, señor? — dijo con su acento característico el viejo gaucho cordobés que nos acompañaba. — ¡No crea!... El cóndor es un pájaro muy astuto... Desconfía más del sol que de la sombra y *unque* puede mirarlo sin *pestañiar*, se le hace⁷ que a contra luz *s'escuende* un enemigo y por eso pega la vuelta *pa* ver de todos *laos*... Sabe *qu'el* hombre es artero y que se lo ha de madrugar⁸ si le da un cabe⁹...

— Pues si todos dan el cabe que han dado éstos, los cóndores morirán sólo de viejos.

— ¿Ha visto cómo le *matrean*¹⁰ al plomo, señor?... Y eso que las balas son *p'al* cuero *d'ellos* como son *p'al* mío estas espinas de amor seco... Lo que les *dentra* lindo es el cuchillo...

— ¡Cómo nó!... Y el dedo en el pico les ha de entrar mejor... quizá.

Y convinimos, después de mucho conversar y sostenerme el viejo que "pa cazar el cóndor más valían las manos que los fusiles", en que al día siguiente cazaría para mí un cóndor vivo y que si ello sucedía, yo cambiaría su posesión contra¹¹ cincuenta pesos.

— Cácelo ahora... ¿Para qué esperar hasta mañana?...

— Hay que hacer *aprontes*¹², señor... y además, el cóndor en ayunas no es tan *fortacho*¹³... *Al finao* mi padre, *qu'era* de la gente de antes, cuando no había aquí en las sierras rifles de largo alcance como hay *aura*, le gustaba cazar los cóndores a mano... a lo indio... y sabía obligarlos a suicidarse.

— ¿Y usted no le aprendió la receta?...

— ¡Vaya!... ¿Y cómo nó?... ¡Si es facilísimo!... No hay más que decirle una palabra en la oreja y *ya'stá*. Mañana de mañana lo verá...

Y al día siguiente tuve ocasión de presenciar asombrado, el extraño espectáculo de una lucha singular entre la astucia y la fuerza, en aquel vasto escenario de las sierras, que alumbraba el sol naciente.

Llegamos a una quebrada pintoresca y dimos con un viejo mancarrón que pastaba tranquilo, discurriendo goloso entre el perfumado pastizal serrano.

— ¿Ve?... Ese mancarrón, señor, me *v'a* servir *pa* carnada... ¡Ya verá cómo *caim* los cóndores al olor de la sangre y cómo los *asonsa*¹⁴ la *gasusa*¹⁵ 'e¹⁶ la madrugada, castigada por la vista 'e la grasita!

Entre el viejo y sus dos hijos degollaron al mancarrón inservible, le abrieron el cuerpo, extrayendo las vísceras, para dejar una buena cavidad, y le quitaron a medias la piel, tapando con ella, arrollada, la entrada de aquélla, entre la cual se deslizó el cazador, diciéndonos mientras se acomodaba, disimulando su presencia:

— *Aura*, *vayansén* *pa* la cueva, que los muchachos conocen y abra el ojo, señor, *¡pa* ver una cosa linda!... *¡Escuendansén* bien, che!... ¡Ya saben lo lince que son estos *condenaos*... y *apurensén* *pa'yudarme* conforme me vean *parao!*... ¡Voy a cazar el más grande!

Apenas estábamos instalados en nuestro escondite, cuando apareció en el cielo un enjambre de puntos negros que, a medida que avanzaban, iban aumentando en volumen y en cantidad: parecía que los cerros enteros, desmenuzados, andaban en el aire. Los cóndores, majestuosos, volaban en círculo. Ya venían apresurados, batiendo el ala con presteza, o ya, serenos y como inmóviles, se detenían sobre el punto donde yacía el mancarrón y descendían rápidos a posar la garra acerada sobre el desmembrado cos-

tillar, o peleaban dos rivales, rezongando, por adueñarse de la cabeza, que parece ser bocado suculento, mientras otros hacían presa en las vísceras sangrientas y se las repartían a tirones. De repente un ruido formidable apagó los roncros graznidos entrecortados; se oyó un soplo de huracán, y al correr hacia la res, vimos el enjambre gigantesco aletear desesperado para alzar el vuelo, impulsando el cuerpo remolón, mientras, allá, sobre el costillar casi pelado ya, forcejeaba por escapar a¹⁷ las manos hercúleas que sostenían sus patas negruzcas, un cóndor enorme, que el viejo cordobés sujetaba, sin salir de su escondite, temeroso a las injurias del pico sanguinario.

Pronto los mocetones hicieron presa en el cuello y en las alas, y con grave escándalo del enjambre que voltejeaba graznando sobre nuestras cabezas, quedó el cóndor como estaqueado¹⁸. Era un magnífico ejemplar, que hedía a carroña y cuyos ojos fulguraban iracundos...

— Ya ve, señor, como más valen las mañan que los fusiles... Y es grande el *condenao*... Con razón por poco no me levantaba...

— ¿Sabe que esto se llama hazaña, viejo?...

— No tanto, señor... pero los muchachos no hacen esto todavía... Y *aura* lo *hagamos*¹⁹ suicidarse a este roñoso... ¿No le parece?

Sacó el viejo una lesna del bolsillo de su tirador y al propio tiempo que traspasaba con ella ambos ojos del enorme pájaro de presa, los mocetones lo largaron...

Corrió un trecho, graznando de dolor y luego se remontó casi recto, siguiéndolo nuestro vista entre el enjambre de sus compañeros, que, revoloteando en círculo, lo rodeaban curiosos, pero que él no atendía y así se perdió en el infinito azul...

— No crea que *va a dir* lejos... *Aura*, lo *que*²⁰ se vea ciego, se descuelga desde las

nubes a cuerpo muerto y se destroza sobre las piedras...

Y así fué. De repente lo vimos caer pesadamente, allá, en la lejanía brumosa de los cerros desiertos.

NOTAS: ¹ Indios o mestizos de Bolivia y de Jujuy y Salta. Se dice también *coya*, aunque la Ac. registra sólo la primera forma. — ² Neologismo por grave, lento, solemne. — ³ Argentinismo: maleza, espesura de arbustos. — ⁴ Se dice también *medievales*. — ⁵ Nombre de una de las espadas del Cid, úsase ahora como nombre genérico de *espada*. — ⁶ Vulgarismo por *malicia*. Se dice *maliciar* de uno algo, por recelar, sospechar, desconfiar, con régimen algo distinto del criollo. — ⁷ Frase muy castiza, por figurársele, parecerle. — ⁸ Madrugarle a uno: sacarle ventaja, llevarle la delantera. — ⁹ Cabe es un golpe; dar un cabe: causar perjuicio o menoscabo. — ¹⁰ Argentinismo con acepción de *esquivar, burlar*. — ¹¹ Más castizo es aquí por *contra*. — ¹² Argentinismo, por *preparativos*. — ¹³ El Dicc. registra sólo *fortachón*. — ¹⁴ Por *azonza*, de *azonzar*, atontar, argentinismo no aceptado. — ¹⁵ Así pronunciamos *gazuza*, voz familiar que significa *hambre*. — ¹⁶ 'e: de. — ¹⁷ Lo correcto es: *escapar de*. — ¹⁸ De *estaquear*, argentinismo no incluido en el Dicc. académico, que significa: atar y estirar algo, fijándolo a estacas clavadas en el suelo. — ¹⁹ *Lo hagamos*, por *hagámoslo*. — ²⁰ *Lo que*: no bien, cuando.

15. - Juan Agustín García

(1863-1923)

Argentino, abogado, profesor del Colegio Nacional, inspector de enseñanza



Juan Agustín García

secundaria, juez en lo civil, catedrático de Introducción al Derecho, maduró los frutos de su tenaz, inteligente y honda investigación de erudito con la eficaz en-

señanza de los viajes. Perteneció al famoso grupo de la "generación del 80". Liberal militante, debió luego deplorar la descomposición e incultura multiformes que, so capa de progreso, han ido desfigurando el alma social argentina, desde la hora nefasta en que empezaron a abandonarse las rutas gloriosas de la tradición nacional. En su obra de historiador y novelista pone García muy de relieve su fina agudeza escrutadora y raro poder de síntesis. Su libro capital es *La ciudad indiana* (900), en que trazó una pintura vivaz de la vida social rioplatense en el período de la Colonia, realizando en ella, según dice P. Groussac, "la unión feliz del estudio concienzudo con el talento de expresión", y poniendo muy de manifiesto su fino sentido de restaurador de nuestra historia inicial, pero también la buena dosis de influencia que hubo de ejercer en su manera de opinar el liberalismo de moda.

De LA CIUDAD INDIANA

La familia (Cap. V)

Socialmente la familia antigua se compone de los parientes unidos por vínculos de sangre o afinidad, de los criados, indios, siervos, proletarios libres, la clientela de los hacendados coloniales.

Cada uno de esos elementos tiene su papel, le impone su influencia, modificándola. En primer lugar el negro esclavo, sirviente de confianza, educador y compañero de los hijos, que los cría y los cuida, comunicándoles sus vicios, sus defectos, su manera de pensar y de sentir, el odio al trabajo, orden y economía que constituyen su moralidad especial; el derroche, la inercia, que son su tipo de vida. "Apenas nacen, dice Azara, les entregan sus padres por precisión a negras o pardas que los cuidan seis o más años, y después a mulatillos, a quienes no verán ni oirán cosa digna de imitarse, sino aquella falsa idea de que el dinero es para gastarlo, y que el ser noble y generoso consiste en derrochar, destrozarse y en no hacer nada; inclinándolos a esto último la natural inercia, mayor en América que en otras partes". La noción del deber espontáneamente cumplido, base de todo orden social,

se deforma en el alma criolla coloreada por el negro, que sólo puede concebirla con arreglo a su experiencia, el mandato del amo, sancionado con el látigo, el insulto, la absoluta depresión moral. Su religión, impregnada de paganismo, llena de supersticiones equivalentes de los antiguos dioses, sin su gracia y poesía, se corrompe al contacto del fetichismo africano, y el mandinga negro comparte las infernales tareas con el demonio católico, usurpando su influencia. Es el trastorno de todas las ideas normales. El contagio se extiende libremente, penetra por todos los intersticios como una atmósfera mefítica, enervando los mejores estímulos, inculcando su moral esclava, con su tabla especial de valores que coloca en primer término todo lo contrario de lo que se estima en los pueblos sanos y bien constituidos.

Además es una fuente de renta. De su trabajo viven casi todas las familias. Monopoliza las industrias y oficios, las humildes funciones indispensables en la vida urbana. La casa es un taller o depósito de obreros que salen todos los días a vender su trabajo por cuenta del dueño. Como negocio era pingüe, una colocación de dinero fácil y de pocos riesgos. Con cien¹ o doscientos pesos se compra un esclavo que reditúa ocho o diez pesos mensuales, cuya manutención cuesta muy poco. "El deseo de mantener en pie y sin trabajar un pequeño capital, dice un articulista del *Semanario*, ha sugerido la idea de emplearlo con preferencia en comprar esclavos y destinarlos a los oficios, para que con su trabajo recuperen algo más que el interés del fondo que intervino en esta especulación". Desde que abre los ojos el niño ve el trabajo como la cualidad propia del esclavo. Dentro y fuera de la casa es el único artesano. "Son éstos, dice el P. Gervasoni, los que en esta provincia viven en las casas, labran los campos, y trabajan en todos los otros ministerios".

Y la impresión, cotidianamente repetida,

concluye por labrar honda huella en su alma, trastornando todas las ideas buenas, relajando los resortes de la voluntad. Habitua-dos a ver la industria en manos viciosas y despreciadas, extenderán al oficio la tacha deprimente del negro. "Los vicios inherentes a la descuidada educación de la gente de color y la necesaria corrupción que introducirían en las costumbres de los jóvenes españoles que con ellos se rozasen, ha hecho mirar hasta ahora a los ciudadanos con horror esta carrera para destinar a sus hijos ²".

Al mismo tiempo actúan en la familia los indios yanaconas y los proletarios. Los primeros son preferidos a los esclavos en el servicio doméstico. Por suerte las tribus pampas resultaron bravas, y la mezcla de razas no pudo operarse en grande escala, conservándose puro el tipo europeo. Un feliz azar, que nos libró de la regresión irremediable de otras naciones de América, con sus núcleos de población mestiza o india, con todos los inconvenientes morales, los defectos de esas razas, entre otros, la pereza, la falta de aspiraciones, de estímulos de la actividad, el fatalismo que sostiene y consolida su rasgo dominador, la inercia. Los malos tratamientos y las enfermedades concluyeron pronto con los que repartiera el fundador y fué difícil procurar reemplazantes. En 1622 el gobernador Góngora contó en un viaje de inspección noventa y un indios y doce indias de servicios. En 1769 el obispo de la Torre constataba ³ la desaparición de los indios de la ciudad: "siendo inútil, dice, la llamada parroquia de naturales por no existir tales feligreses"...

NOTAS: ¹ La apócope de ciento se realiza sólo cuando precede "inmediatamente" al sustantivo o a un adjetivo que modifica a éste. — ² Cita tomada del "Semanario". — ³ Galicismo muy usual por comprobar.

16. - Roberto J. Payró

(1867-1928)

Natural de Mercedes, vivió en Buenos Aires, consagrado a las letras en el periodismo, en la novela, en el teatro y aun en la poesía. Viajó por Europa, y hallábase en Bélgica cuando estalló la gran

guerra de 1914. Murió en Buenos Aires. En la producción de Payró pueden distinguirse dos maneras: la de inspiración contemporánea y la de inspiración histórica con ambiente de la conquista española. Siempre su prosa es ágil, tersa,



Roberto J. Payró

*pintoresca y natural, aun cuando con raro talento comunica al relato de los sucesos lejanos cierto grato sabor antiguo muy en consonancia con éstos. A toda la obra de Payró puede aplicarse lo que nuestro incomparable crítico teatral, Juan Pablo Echagüe, afirmó al referirse * a uno de sus dramas: "El señor Payró ha dibujado sus tipos con segura mano de observador y de psicólogo". Y esta su perspicacia psicológica campea en la interpretación que realiza del alma de las colectividades y épocas y aun de su escenario material. Es diestro narrador y maneja hábilmente la sátira en sus cuadros costumbristas, como *Paño chico* (908), *El casamiento de Laucha* (906), *Violines y toneles* (908), *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* (910), etc., en sus historias noveladas, como *El capitán Vergara* (25), *El Mar Dulce* (27), etc. Interesan también sus críticas e impresiones de viajes: *La Australia Argentina* (98), sobre la Patagonia; *Crónicas* (909); *En las tierras de Inti* (909), sobre Catamarca. Payró es considerado, además, como el creador de nuestro teatro*

* En "Una época del teatro argentino".

de tesis, por sus dramas y comedias de tendencia docente o doctrinaria, como Sobre las ruinas (904), Marco Severi (905), El triunfo de los otros (907), Vivir quiero conmigo (23), etc.

De EL MAR DULCE

Historia aquí Payró novelescamente, con fiel y sano realismo, el descubrimiento del Río de la Plata.

ARGUMENTO: "Comienza en una apacible mañana con un diálogo apacible en la apacible Logroño de principios del siglo XVI: diálogo entre el cronista y poeta Oviedo y su amigo Juan Díaz de Solís... En las primeras escenas de la obra, vense los preparativos del gran viaje, a los que da singular interés la solapada acción de españoles y portugueses para violar la famosa línea demarcadora del tratado de Tordesillas... Sobresalen entonces, entre otras, dos escenas: la primera en que Solís contrata al ladino andaluz Diego García de Moguer..., y la segunda, quizá la más perfecta del libro, en la que la rivalidad hispano-lusitana de entonces está pintada con los tintes oscuros y la magistral sobriedad de un Velázquez, al describir la entrevista que Solís celebra con el embajador de Portugal, Vasconcelos. Es admirable la lucha, el duelo de aquellos dos hombres, en que Solís resiste con tanta entereza como ironía las sutiles artes del diplomático... Viene después otra lucha, no menos apasionada que la anterior, entre Solís y los señores de la Casa de Contratación de Sevilla, dando motivo a muy movidas, características y sabrosas escenas. Los preparativos del viaje en el puerto de Sevilla, en medio de la curiosidad general y de los variados y graciosos comentarios populares, con la entrada en escena de un simpático arrapiezo que llegará a alcanzar notoriedad con el nombre de Francisco del Puerto; las recaladas en Sanlúcar, en Lepe, y luego la partida... La travesía, con una descripción de la vida, penosísima y harto incómoda, que se hacía en las naos; la escala en Tenerife, que viene a ser para la tripulación, gracias a la hospitalidad canaria, regocijada fiesta; la entrada y la estada en la bahía de Guanabara, que da origen a una sobria y bella página descriptiva, así como la llegada a la embocadura del prodigioso río, constituyen muy hermosos capítulos, sobre cuyo fondo se destaca la noble figura de fray Buenaventura, grande y dulce alma de misionero cristiano que condena las crueldades cometidas por los conquistadores con los indígenas... Y, por último, tras de un descanso en el bello río que llamaron de los Patos — hoy de Santa Lucía en el Uruguay —, la inesperada tragedia que pone luctuoso término a una aventura que había corrido hasta entonces de la más afortunada manera, aunque en ella la generalidad de la tripulación hubiera visto defraudada la seguridad de alcanzar las más fabulosas riquezas que los impulsara al gran viaje". El escritor que en 1927 presentó este libro a los lectores de "La Nación", y de quien son casi textualmente los párrafos anteriores que exponen el argumento, termina así su artículo: "En cuanto al estilo, sólo diremos en su elogio que, como lo requería lo épico y lo español del asunto, tiene la limpieza, el bruido y el temple de una espada de Toledo".

X. ¡Al avío! (fragmento)

...Ya estaban haciéndose los últimos aprestos en la nao, cuando una mañana Paquillo tuvo el valor de la desesperación y se lanzó hacia el maestre que llegaba.

— ¡Señor!... ¡Señor! — exclamó... Pero cuanto pensaba decir no le salió de los labios afuera.

— ¿Qué quieres, churumbel¹? — preguntó malhumorado García.

— Pues... yo... como usía me había prometido.

— ¡Acaba, vive Diego!

— ¡Pues embarcar! — exclamó Paquillo con esfuerzo, pero con decisión, y en este grito le iba toda el alma.

— ¡Ah, sí! Ahora caigo... Tú eres el mozo que náda como un peje y zambulle² como un delfín... Búscame más tarde, que ahora llevo prisa.

— Lo mismo dijo vuesa merced, y perdóne, la tarde del naufragio... y... ¡hasta ahora!

En esto quiso su buena suerte que se acercase Rodrigo Rodríguez³.

— ¡Hola, almirante! — exclamó el criado de Solís. — ¿Todavía no se te ha quitado de la cabeza la idea de ser marino?

— ¡Ni se me quitará! — replicó el chico.

— Pues si el maestre quisiera, yo te tomaría para enseñarte el oficio.

— Si es sin soldada... — dijo García.

— A poder, pagara yo encima⁴ — afirmó el arrapiezo.

— Pues si Rodrigo te toma bajo su protección, y tú tienes tanta voluntad, no hay más que decir; embarca. Serás grumete en la Portuguesa.

El muchacho lanzó un vítor que era un alarido, y desapareció en una nube de polvo, dándose con los talones en la cabeza, en dirección a la capitana.

— ¿Dónde va? — preguntó el maestre.

— Es muy listo — contestó el bisojo. — Ya sabrá lo que debe hacer... Y a buen seguro que no deserta⁵.

Así fué. No pasó mucho rato sin que el novel grumete volviese donde quedaba Rodrigo, esta vez en compañía de Enrique Montes⁶. Había corrido a comunicar al portugués que la mano derecha de Solís estaba en su día de distribuir mercedes. Y

Montes quedó enganchado también, porque cuando zozobró la carabela algunos hombres se marcharon para no volver, y hacía falta un gaviero. Recomendado por Rodrigo, el maestre lo tomó sin dificultad.

El asistente se encargó de presentarlos al despensero Martín García⁷, que llevaba el rol⁸ de la tripulación, y al subir a bordo decía al mancebo:

— Ahora veremos, chavalillo, si tienes ojos y pies marinos... para lavar la vajilla.

— ¿Cómo te llamas, para poner tu nombre en lista? — preguntóle el despensero.

— Francisco.

— Francisco, ¿y qué más?

— Francisco a secas; no llevo *alcuña*⁹.

— Hartos Franciscos hay a bordo — observó Martín García. — Diríase que no hay cristiano que no se llame Francisco.

— Apúntalo como Francisco del Puerto — intervino Rodrigo. — En el Puerto Real de Cádiz se hizo el rico hallazgo de este caballero, y es apelativo que cuadra a un gran mareante... aunque esté en agraz.

— Pues ya está escrito. Francisco del Puerto eres, rapaz. Conque ya lo sabes — concluyó el despensero.

Todo estaba, en fin, dispuesto para la partida... Ya sólo faltaba la orden de levar anclas y soltar amarras.

Y una hermosa mañana, después de oír devotamente en la Catedral una misa rezada, todo el mundo volvió a bordo una hora después de amanecer, aprontándose a la maniobra. La marina hormigueaba de curiosos que seguían con extraordinario interés todos los movimientos de la tripulación, marineros que subían y bajaban de los obenque, otros que voceaban haciendo girar el cabrestante, otros que arrollaban los cabos o corrían por la cubierta en la aparente confusión y alboroto del momento de zarpar. Los gritos, las exclamaciones, la charla voinglera de hombres y mujeres que se arremolinaban en tierra sin permanecer quietos un segundo, llegaba hasta las naos como

el zumbir de una comena irritada, y los colores vivos de las ropas, realzados por el sol naciente que las iluminaba de soslayo, armonizaban de tal modo con aquel rumor, que hombres y cosas parecían de fiesta para augurar buen viaje a los marinos.

Algunos notables habían acudido a bordo a despedirse de Solís; de los oficiales¹⁰, sólo Matienzo y Recalde, sus amigos y defensores, habían querido asistir al comienzo de su triunfo, y le abrazaron conmovidos. Pero las naos estaban en franquía¹¹, las velas zapateaban¹² como impacientes por tomar el viento, y los bateles de los visitantes balanceábanse a la sombra del casco de las naos. Los que debían quedar en tierra se despidieron por décima y última vez y bajaron a sus pequeñas embarcaciones; un golpe de timón hizo que las velas cogieran viento, y una tras otra, majestuosa y lentamente, las tres carabelas echaron aguas abajo, seguidas a ambas orillas del Guadalquivir por los curiosos, que no querían perderlas de vista y las acompañaban, tremolando gorros y pañuelos y ensordeciendo el aire con sus vítores...

NOTAS: ¹En la jerga gitana significa niño, *chiquillo*. — ²Es más común ver empleado este verbo como pronominal. — ³Ayudante o asistente de Solís. — ⁴*Encima*, aquí: además. — ⁵Algún buen autor usa este verbo como irregular: *desierta*; pero nó todos. — ⁶Portugués, marinero que se había ofrecido como trujimán o intérprete, y amigo del muchacho. — ⁷Que murió luego en el Río de la Plata, siendo enterrado en la isla que hoy lleva su nombre. — ⁸Voz admitida por lista o nómina. — ⁹Anticuado por *alcurnia*. — ¹⁰De la casa de Contratación de Sevilla. — ¹¹*Estar en buque en franquía* es tener paso franco para hacerse a la mar o tomar determinado rumbo. — ¹²*Zapatear las velas* es dar sacudidas o golpes fuertes por el viento que las carga.

XVIII. Tragedia (fragmento)

...Ya iban Solís y sus hombres a reunirse con el pequeño grupo de naturales, que brillaban al sol como estatuas de bronce, cuando éstos, con inesperada e incomprensible maniobra, dieron, como temerosos, algunos pasos atrás, volvieron la espalda y huyeron desbandados... Al propio tiempo estallaba un alarido salvaje, comenzaban a llover dardos y flechas, y de matorrales y bosquecillos

surgía vociferante y gesticuladora una muchedumbre de indios que, blandiendo chuzas y lanzones y enarbolando mazas, se precipitó sobre los descuidados mareantes¹, los derribó sin darles tiempo de empuñar sus armas, los acribilló a lanzadas, los aplastó bajo el número... No hubo defensa posible. Aquello fué un tumulto, un hacinamiento, una masa informe y convulsa de la que brotaban baladros infernales... Un instante después todo había concluído...

El estupor paralizaba a los de las carabelas... Dispararon repetidas salvas para amedrentar a los salvajes, pero éstos no hicieron caso del estruendo, en la embriaguez de la matanza...

Algo antes, cuando había pasado lo más recio de la lucha y el triunfo de los indios era ya evidente, un grupo de salvajes apoderóse de Paquillo, destrozó la barca y le puso fuego. Como los otros con los cadáveres, este nuevo grupo cargó con el grumete, sin hacer caso de su rabiosa defensa a puntapiés, a puñetazos, a dentelladas; le internó en la espesura y, momentos después, el teatro del combate y la matanza quedaba desierto, silencioso, apacible, sin rastro alguno de tragedia...

NOTA: ¹ Voz empleada en la acepción de simple navegante o marinero.

17. - Ricardo Güiraldes

(1886-1927)

Porteño, repartió su infancia entre la ciudad y la estancia, que en San Antonio de Areco poseía su familia. Después de bachillerarse, inició estudios superiores de arquitectura y luego de derecho; pero pronto renunció a ellos para dedicarse a las faenas del campo, al cultivo de las letras y a conocer mundo. Murió en París, cuando, por su madurez y experiencia, prometía los frutos más sazonados de su natural ingenio. Introdújole en el mundo literario un tomo de poesías, *El cenorro de cristal* (915), de tendencias ultraístas, y sus *Cuentos de muerte y de sangre* (15). Refiriéndose a su novela *Raucho* (17), escribió Manuel Gálvez*:

* En "Los mejores cuentos" (919), pág. 89.

"Abunda en magníficas observaciones de la vida campestre y en detalles de psicología. Si Güiraldes estudiara y abandonara sus extravagancias de estilo, escribiría cuentos y novelas como raras veces se habrán escrito en este país" Y así fué, porque, repudiando las rarezas, gongorismos, impropiedades, cursilerías retóricas, etc. que censuraron notables críticos, dejó consagrado su nombre en nuestra historia literaria con una obra maestra del género criollo: *Don Segundo Sombra*, que ha hecho olvidar sus otras novelas *Rosaura* (22) y *Xaimaca* (23) y sus *Poemas místicos y solitarios*.

De DON SEGUNDO SOMBRA (1926)

El mismo año de su aparición obtuvo el Primer Premio Nacional de Literatura. Lo que D. Federico de Onís** dice en general de toda la obra de Güiraldes, puede afirmarse sobre todo de esta novela, a saber, que es "la más europea y la más argentina, la más moderna y la más tradicional, y al mismo tiempo la de mayor originalidad y trascendencia que se ha producido en América en este siglo". Trátase, en verdad, de un libro excepcional por la armonía admirable de su fondo y de su forma, por la nobleza de su intención ética, por la hondura psicológica de personajes y de ambiente, por el colorido realista de sus recios cuadros pampeanos, por lo personal del estilo y por el señorío del habla campera magistralmente fundida con la prosa literaria de sabor castizo. Tan eximias cualidades hacen lamentar la innecesaria crudeza de algunas escenas y expresiones. La ficción, de perfecta verdad humana, expuesta con el recurso autobiográfico, puede sintetizarse en el siguiente

ARGUMENTO: Cuenta el narrador su vida de chico huérfano rebelde y desenfadado, en el pueblo, donde de vez en cuando el estanciero D. Fabio Cáceres le da muestras de interés y le regala dos petizos. Un día se encuentra con un jinete singular, de "pecho vasto", "coyunturas huesudas como las de un potro", "pies cortos", "manos gruesas y cuerudas*** como cascarón de peludo****", "tez aindiada y ojos ligeramente levantados hacia las sienas y pequeños", que para conversar mejor se echa "atrás el chambergo de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas" y que le pareció más grande de lo que era en realidad, seguramente, por "la expresión de fuerza que manaba de su cuerpo". Era Don Segundo Sombra. De tal modo lo fascina este hombre que, por ir tras él, huye de casa de sus dos tías, que ya le tenían hastiado. En la estancia de D. Leandro Galván es recibido como pinche de cocina y baredor de chiqueros, y asiste a la doma de potros que realiza D. Segundo Sombra. Conocido su padrero, huye hacia el S. con los "reseros" o troperos, cruzando ríos, parando en boliches, durmiendo en descampado, carneando, "churrasqueando*****", "mateando*****", etc. para luego

** En "Antología de la poesía española e hispanoamericana".

*** Neologismo: que tiene mucho cuero.

**** En otras partes este mamífero desdentado concócese con el solo nombre de armadillo.

***** Argentinismo: comer churrasco.

***** Argentinismo: tomar maté. La Academia lo trae como derivado ideológico de mata.

"caminar, caminar, caminar", de día y de noche, con sol y lluvia. De Sombra aprende a domar un potrillo que ha comprado. Pasan cinco años, siempre al lado de Sombra. Describe la fiesta de los peones en el galpón de una estancia. Refiere el cuento de D. Segundo sobre el paisanito Dolores que vence al hijo del diablo. En Navarro asisten a una riña de gallos y en las apuestas gana el mozo 195 \$. Llegan a una feria de animales. Se conchaban para una "recogida*" de hacienda entre médanos cerca del mar, con su "rodeo**" y "aparte". Visita un "cangrejal", lucha con un toro y lo quiebra, aunque sale herido y queda en la inacción convaleciendo en el rancho de D. Candelario, donde hiera a un agresor, el idiota Numma. Ya sano, marcha al N. En unas carreras pierde todo su dinero y cinco caballos. Por la noche Sombra le cuenta la leyenda de N. Señor que concede al herrero Miseria tres gracias, con que éste vence al diablo y se libra del infierno; pero, como ha rehusado el cielo, debe quedar en la tierra, donde por esto reina siempre la miseria. En una estancia es admirado el joven por su habilidad en domar doce potros. Presencian en un boliche una pendencia, en que el paisano provocador queda sin vida. Sigue una vigorosa descripción: un "arreo***" de 600 novillos con un tiempo infernal de tormenta, oscuridad, relámpagos y aguaceros y pérdida de animales. En Navarro le alcanza una carta de su primer patrón Galván: por ella se entera de que es hijo de Fabio Cáceres, que ha muerto y lo deja heredero de sus cuantiosos bienes, bajo la tutoría de Galván. ¡De dueño de toda la pampa iba a reducirse a dueño de algo limitado! Se resiste a abandonar su sélo de gaucho libre; sólo se resigna cuando Sombra le promete acompañarle y le dice: "Mirá: Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante, como "madrina 'e**** tropilla". Galván lo recibe afectuosamente y lo pone en posesión de lo suyo. Pasan tres años, en que el nuevo Cáceres vive casi siempre en el rancho de D. Segundo. Sin embargo, influido por Raucha, hijo muy "agauchado*****" de Galván, cobra afición a la lectura, se instruye, viaja a Buenos Aires y se hace hombre culto, aunque nada le produce "la satisfacción potente que encontraba en su existencia rústica" porque siempre "algo inadapto y hurafío le quedaba del pasado". Un día Sombra, que ya no aguenta la vida demasiado quieta de la estancia, se marcha para siempre, tras la patética y simbólica despedida con que se cierra el libro.

a) La criatura de Don Segundo Sombra

Cinco años habían pasado sin que nos separáramos ni un solo día durante nuestra penosa vida de reseros¹. Cinco años de éstos hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de

un hombre como el que yo llamaba mi padrino. Él fué quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. Él me enseñó los saberes²



Ricardo Güiraldes

del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas³, el entablar⁴ una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales donde y como quisiera. Viéndolo, me hice listo para la preparación de lonjas⁵ y tientos⁶, con los que luego hacía mis bozales⁷, riendas, cinchones, encimeras⁸, así como para ingerir lazos y colocar argollas y presillas.

Me volví médico de mi tropilla, bajo su vigilancia, y fuí baquiano para curar el mal del vaso dando vuelta la pisada,... los hormigueros con una chaira caliente, los nacidos, cerda brava y otros males, de diferentes modos.

También por él supe de la vida la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con la bebida,

* Acción de sacar de campo ajeno un grupo de animales.

** Concentración de ganado para contar, apartar, reconocer, etc.

*** Acción y efecto de arrear animales, y también conjunto de animales que se arrean. La Ac. sólo registra el argentinismo arreada como robo de animales; más preciso sería: conducción de animales robados.

**** Madrina 'e: madrina de. La madrina es una yegua con cencerro a la cual sigue la tropilla; maneada aquélla, ésta se detiene.

***** Argentinismo: que ha adquirido maneras de gaucho.

la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos. Y hasta para divertirme tuve en él a un maestro, pues no de otra parte me vinieron mis floreos⁹ en la guitarra y mis mudanzas¹⁰ en el zapateo¹¹. De su memoria saqué estilos¹², versadas¹³ y bailes de dos, e imitándolo llegué a poder escobillar¹⁴ un gato o un triunfo y a bailar una huella o un prado¹⁵. Coplas y relaciones¹⁶ sobaban en su haber... Pero todo eso no era sino un resplandorcito de sus conocimientos y mi admiración tenía donde renovarse a diario.

¡Cuánto había andado ese hombre! En todos los pagos tenía amigos, que lo querían y respetaban, aunque poco tiempo paraba en un punto. Su ascendiente sobre los paisanos era tal que una palabra suya podía arreglar el asunto más embrollado. Su popularidad, empero, lejos de servirle, parecía fatigarlo después de un tiempo.

— Yo no me puedo quedar mucho en *nenguna* estancia — decía — porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones.

¡Qué caudillo de montonera hubiera sido!

Pero por sobre todo y contra todo, Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario... Como acción amaba sobre todo el andar perpetuo; como conversación, el soliloquio...

Una virtud de mi protector me fué revelada en las tranquilas pláticas de fogón¹⁷. Don Segundo era un admirable contador de cuentos, y su fama de narrador daba nuevos prestigios a su ya admirada figura. Sus relatos introdujeron un cambio radical en mi vida...

NOTAS: ¹ *Resero*: conductor y también comprador de reses. El término falta en el Dicc. oficial, que sólo registra el argentinismo *tropero* como conductor de ganado. — ² Arcaísmo por ciencias, conocimientos. — ³ *Pechada*, *pechón* y *pechazo* son argentinismos no aceptados que significan: empujón, golpe, encontronazo. Tampoco consta en el Dicc. el verbo *pechar* en la acepción de empujar o chocar. — ⁴ Acostumbrar al ganado a que ande en manada o tropilla. — ⁵ *Lonja* es el cuero descarnado y sin pelo en tira larga y ancha. — ⁶ El *tiento* es una tira delgada de cuero crudo y pulido, destinado a muchos usos. — ⁷ Armadura de correas o cuerdas que se pone en la cabeza del animal con una parte que rodea la boca, a la cual se sujeta un cabestro para tirar o atar. —

⁸ Argentinismo aceptado con la misma acepción de *pegual*. V. Dicc. Sin embargo, aquí significa la parte superior del *pegual* con una argolla en cada uno de sus extremos. — ⁹ Acción de *florear* o tocar dos o tres cuerdas de la guitarra con tres dedos sucesivamente sin parar, formando así un sonido continuado. — ¹⁰ Movimientos a compás en los bailes. — ¹¹ Golpes en el suelo con los pies en ciertos bailes, como el *gato* y el *triunfo*. — ¹² Aires criollos característicos. — ¹³ *Versada* y *verseada* son argentinismos por composición en verso o cantidad de versos que se recitan de memoria. — ¹⁴ Sinónimo de *zapatear* en ciertos bailes. — ¹⁵ *Gato*, *triunfo*, *huella* y *prado* son diversas danzas criollas populares. — ¹⁶ Son versos que se dicen las parejas en ciertos bailes. — ¹⁷ De *fogón*: al amor de la lumbre.

b) La separación

Y esa tarde iba a sufrir el peor golpe.

Miré el reloj. Eran las cinco. Monté a caballo y fui para el lado del callejón, donde hallaría a mi padrino. Resultaba ya imposible retenerlo, después de tanta insistencia inútil. Él estaba hecho para irse siempre, y tres años de permanencia en un lugar lo habían saturado de inmovilidad. Demasiado sentía yo en mí la sorbente sugestión de todo camino, para no comprender que en Don Segundo huella y vida eran una sola cosa. ¡Y tenerme que quedar!

Nos saludamos como siempre.

A la par, tranqueando¹, hicimos una le-gua por el callejón. Entramos a² un potrero, para cortar campo, y llegamos hasta la loma nombrada "del Toro Pampa", donde habíamos convenido despedirnos. No hablabamos. ¿Para qué?

Bajo el tacto de su mano ruda recibí un mandato de silencio. Tristeza era cobardía. Volvimos a desearnos, con una sonrisa, la mejor de las suertes. El caballo de Don Segundo dió el anca al mío, y realicé³, en aquella divergencia de dirección, todo lo que iba a separar nuestros destinos.

Lo vi alejarse al tranco. Mis ojos se dormían en lo familiar de sus actitudes. Un rato ignoré si veía o evocaba. Sabía cómo levantaría el rebenque, abriendo un poco la mano, y cómo echaría el cuerpo, iniciando el envión del galope. Así fué. El trote de transición le sacudió el cuerpo como una alegría. Y fué el compás conocido de los cascós trillando distancia: galopar

es reducir lejanía. Llegar no es, para un resero, más que un pretexto de partir.

Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon⁴ la loma, difundidos en el cardal⁵. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre⁶. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo.

Me dije: "Ahora va a bajar por el lado de la cañada. Recién⁷ cuando cruce el río, lo veré asomar en el segundo repecho". El anochecer vencía lento, seguro, como quien no está turbado por un resultado dudoso. Unas nubes tenues hacían largas estrías de luz.

La silueta reducida de mi padrino apareció en la lomada⁸. Pensé que era muy pronto. Sin embargo era él; lo sentía porque, a pesar de la distancia, no estaba lejos. Mi vista se ceñía enérgicamente sobre aquel pequeño movimiento en la pampa somnolente⁹. Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fué reduciendo como si lo cortaran de abajo en repetidos tajos. Sobre el punto negro del chambergo¹⁰ mis ojos se aferraron con afán de ha-

cer perdurar aquel rezago. Inútil; algo nublabla mi vista, tal vez el esfuerzo, y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura. No sé qué extraña sugestión me proponía la presencia ilimitada de un alma.

"Sombra", me repetí. Después pensé casi violentamente en mi padre adoptivo. ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente fluir mi tristeza? No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa.

Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta¹¹ mi caballo y, lentamente, me fuí para las casas¹².

Me fuí, como quien se desangra.

La Porteña¹³, marzo de 1926.

NOTAS: ¹ Al tranco, a paso largo. — ² Lo correcto es *entramos en*, aunque va cundiendo la tendencia a *sustituir en por a*. — ³ Verifiqué, comprendí. — ⁴ La Ac. trae este verbo como intransitivo solamente. — ⁵ Dícese también *cardizal*. — ⁶ Es decir, lo que aquel hombre personificaba: la vida de la pampa, del criollo, del gaucho. — ⁷ El uso de *recién* es correcto sólo cuando va antepuesto a participios pasivos. — ⁸ Arcaísmo restaurado entre nosotros. — ⁹ Voz culta que no registra el Dicc. Este trae sólo *somnolencia*. La forma justa debiera ser "somnolento", teniendo en cuenta la voz latina originaria: *somnolentus*. La voz corriente y popular es *soñoliento*. — ¹⁰ Adviértase que ésta no es voz criolla; deriva del nombre propio Schomberg, mariscal francés (1575-1632), que introdujo la moda en el uniforme militar. — ¹¹ Frase usada entre nosotros por *volver atrás*. — ¹² A menudo en el campo usan este plural por el simple singular, o para indicar la agrupación más importante de edificios en una estancia. — ¹³ Nombre de la estancia de Güiraldes.

II. - OTROS ESCRITORES

— DE —

AMÉRICA ESPAÑOLA*

1. - El Inca Garcilaso de la Vega

(1540-1617)

Cuzqueño, descendiente de Huayna Cápac, el último de los reyes incas. Perfeccionó en España su cultura. Mezclando historia y novela compuso Comentarios reales (609), que fué para M. y Pelayo el "libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito". Y añade el Maestro: "Como prosista es (el Inca) el mayor nombre de la literatura americana colonial; él y Alarcón, los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América".

De COMENTARIOS REALES

1. Su madre y parientes lloran la grandeza perdida

Residiendo mi madre en el Cuzco, su patria, venían a visitarla, casi cada semana, los pocos parientes y parientas que de las crueldades de Atahualpa escaparon, en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad dellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y en favor de sus vasallos ordenaban... De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes; lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su repú-

blica. Estas y otras semejantes pláticas tenían los incas y pallas¹ en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: "Trocósenos el reinar en vassallaje". En estas pláticas, yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas... Digo llanamente las fábulas históricas que en mis niñeces oí a los míos. Tómelas cada uno como quisiere y déles el alegoría² que más le cuadrare. A semejanza de las fábulas que hemos dicho de los Incas, inventan las demás naciones del Perú otra infinidad de llas. (P. I, L. I, c. XV).

NOTAS: ¹ Indígenas del Perú. — ² Hoy va con artículo femenino. Aquí significa: sentido, interpretación.

2. El náufrago Pedro Serrano

A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos¹ y llegar nadando a la isla², donde se halló desconsoladísimo, porque no halló en ella agua, ni leña, ni aun yerba que poder pascer, ni otra cosa alguna con que entretener la vida mientras pasase algún navío que de allí lo sacase... Así pasó la primera noche llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo. Luego que amaneció volvió a pasear la isla; halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sa-

* Se incluyen aquí únicamente los escritores americanos de habla española mencionados en los programas actuales. Debe reconocerse que muchos otros nombres merecen figurar junto a éstos. Propósito del antologista es llenar la laguna en una nueva edición.

bandijas, de las cuales cogió las que pudo y se las comió crudas, porque no había candela³ donde asarlas o cocerlas. Así se entretuvo hasta que vió salir tortugas; viéndolas lejos de la mar, arremetió con una dellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo con todas las que pudo, que para volverse a enderezar son torpes; y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fué el medio para escapar de la muerte, la degolló y bebió la sangre en lugar de agua. Lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tásajos, y para desembarazar las conchas para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa. Desta manera se sustentó los primeros días con matar todas las tortugas que podía... Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas, porque le vencían las fuerzas, y aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada porque con él a cuestras se iban a la mar... Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo⁴ para comer y beber, le pareció que si pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida y para hacer ahumadas cuando viese pasar algún navío, que no le faltaría nada. Con esta imaginación... dió en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabón;... y con su industria y buena maña, habiéndolo porfiado muchas veces, sacó fuego. Cuando se vió con él se dió por bienandante⁵...

Al cabo de los tres años, una tarde, sin pensarlo, vió Pedro Serrano un hombre⁶ en su isla... Cuando se vieron ambos no se puede certificar cuál quedo más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, según lo vió cubierto de cabello, barbas y pelaje. Cada uno huyó del ótro, y Pedro Serrano fué diciendo: "¡Je-

sus, Jesús, líbrame, Señor, del demonio!" Oyendo esto, se aseguró el ótro, y volviendo a él le dijo: "No huyáis, hermano, de mí, que soy cristiano como vos" y para que se certificase, porque todavía huía, dijo a voces el Credo; lo cual oído por Pedro Serrano, volvió a él y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura sin esperanza de salir della. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del día y de la noche en sus menesteres de buscar marisco para comer, y ovas, y leña, y huesos de pescado, y cualquiera otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego; y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él habían de tener velando por horas por que no se les apagase... (Así) vivieron otros cuatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos y hacían sus ahumadas, mas no les aprovechaba, de que ellos quedaban tan desconsolados que no les faltaba sino morir.

Al cabo deste largo tiempo acertó a pasar un navío tan cerca dellos, que vió la ahumada y les echó el batel para recogerlos. Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelaje, viendo el batel cerca, porque los marineros que iban por ellos no entendiesen que eran demonios y huyesen dellos, dieron en decir el Credo y llamar el nombre de nuestro Redentor a voces; y valióles el aviso⁷, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos⁸. Así los llevaron al navío, donde admiraron a cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados.

El compañero murió en la mar viniendo a España. Pedro Serrano llegó acá y pasó a Alemania, donde el Emperador estaba entonces; llevó su pelaje como lo traía para que fuese prueba de su naufragio y de lo que en él había pasado. Por todos los pueblos que pasaba a la ida, si quisiera mostrarse, ganara muchos dineros. Algunos seño-

res y caballeros principales que gustaron de ver su figura, le dieron ayudas de costa para el camino, y la majestad imperial, habiéndole visto y oído, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, que son cuatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo a gozarlos murió en Panamá, que no llegó a verlos.

Todo este cuento, como se ha dicho, contaba un caballero que se decía Garcí Sánchez de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conoció a Pedro Serrano; y certificaba que se lo había oído a él mismo, y que después de haber visto al Emperador se había quitado el cabello y la barba dejándola poco más corta que hasta la cinta, y para dormir de noche se la entrenzaba, porque, no entrenzándola, se tendía por toda la cama y le estorbaba el sueño. (*Parte I, cap. VII y VIII*).

NOTAS: ¹Venía hablando el autor de unos bajos. — ²Isla Serrana, del nombre del naufrago, sita entre Cartagena y la Habana. — ³Por lumbre. — ⁴Acepción anticuada por recado, provisión. — ⁵Bienandante, feliz, afortunado. — ⁶Había naufragado la tarde anterior. — ⁷Recurso, precaución, prevención. — ⁸Caso de pleonasmo.

2. - Juan Ruiz de Alarcón

(1581-1639)

Mejicano, licenciado, se estableció en España. Sus defectos físicos le hicieron blanco de indignas burlas. Por las 20 comedias que legó se lo ha llamado el Terencio español. Es el dramaturgo de la reflexión, del buen gusto, de la naturalidad elegante de expresión, del equilibrio de facultades, de la perfección sostenida, del talento psicológico para interpretar caracteres. Prefiere el ambiente de la clase media, y en él, la sencillez de la intriga que ameniza con gentil donaire. Toda su obra es bella y abiertamente moralizadora. Alarcón es el que fijó el tipo de la verdadera comedia de carácter y de tendencia moral. Su teatro es el que más se aproxima al gusto actual. Sus obras más celebradas: La verdad sospechosa, Las paredes oyen, Ganar amigos, El examen de maridos, El tejedor de Segovia, etc.

De LA VERDAD SOSPECHOSA

ARGUMENTO: Don García, joven rico y de talento, es una víctima incesante del hábito de mentir. Por él se finge indiano, simula ser galanteador y riñe con un amigo; hasta llega a hacerse

pasar por asesino. Su padre don Beltrán le busca una óptima esposa y él, sin conocerla, la rechaza con el embuste de haberse casado ya en Salaman-



¶ Juan Ruiz de Alarcón

ca. Esto hace que don Beltrán rompa los platos en que andaba, y entonces, ya tarde, advierte el mentiroso que la dama del proyecto paterno no era sino la misma, a cuya mano aspiraba y a la cual debe renunciar ahora sin remedio.

AGTO 2º — ESCENA IX

DON BELTRÁN y DON GARCÍA su hijo

DON GARCÍA: Ya que convida, señor¹, de Atocha la soledad, declara tu voluntad.

DON BELTRÁN: Mi pena diréis mejor. ¿Sois caballero, García?

DON GARCÍA: Téngome por hijo vuestro.

DON BELTRÁN: ¿Y basta ser hijo mío para ser vos caballero?

DON GARCÍA: Yo pienso, señor, que sí.

DON BELTRÁN: ¡Qué engañado pensamiento!

Sólo consiste en obrar como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio a las casas nobles? Los ilustres hechos de sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos, hazañas de hombres humildes honraron sus herederos.

Luego en obrar mal o bien está el ser malo o ser bueno.

¿Es así?

DON GARCÍA: Que las hazañas den nobleza, no lo niego; mas no neguéis que sin ellas también la da el nacimiento.

DON BELTRÁN: Pues si honor puede ganar

quien nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede
quien con él nació, perdello?

DON GARCÍA: Es verdad.

DON BELTRÁN: Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.

¿Qué cosa es que la fama
diga a mis oídos mismos
que a Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?

¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid ¿qué será el hacerlo
si vivo sin honra yo,

según los humanos fueros,
mientras de aquél que me dijo
que mentía no me vengo?

¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros
diciéndolo todo un pueblo?

¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho?

Obliga a los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
a los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto:
todos los vicios, al fin,
o dan gusto o dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sin infamia y menosprecio?

DON GARCÍA: Quien dice que miento yo,
ha mentido.

DON BELTRÁN: También eso
es mentir; que aun desmentir
no sabéis, sino mintiendo.

DON GARCÍA: Pues si dais en no creerme...

DON BELTRÁN: ¿No seré necio si creo
que vos decís verdad solo,
y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos;
pensar que éste es otro mundo;
hablar poco y verdadero;
mirar que estáis a la vista
de un rey tan santo y perfeto,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros;
que tratáis aquí con grandes,

títulos y caballeros,
que si os saben la flaqueza,
os perderán el respeto;
que tenéis barba en el rostro,
que al lado ceñís acero,
que nacisteis noble, al fin,
y que yo soy padre vuestro.
Y no he de deciros más;
que esta sofrenada espero
que baste, para quien tiene
calidad² y entendimiento.

NOTAS: ¹Era común dar los hijos a sus padres el tratamiento de señor. Pero nótese como aquí García tutea a D. Beltrán para vosearlo luego: defecto bastante frecuente entonces y, no muy raramente, también hoy: debe evitarse. — ²No-bleza de linaje.

ACTO 3º — ESCENA VII

DON GARCÍA cuenta a su criado TRISTÁN otra men-
tira: que ha matado a Don Juan de Sosa

DON GARCÍA: Yo te lo quiero contar;
que, pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en san Blas, don Juan de Sosa,
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío,
que quiere el que no lo calla
que le estorben o le ayuden,
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio¹,
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
satisfice a su demanda;
y por quedar bien, al fin
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio² al punto;
y, haciéndole una ganancia,
por los grados del perfil³,
le di una fuerte estocada;
sagrado⁴ fué de su vida
un *Agnusdei*⁵ que llevaba;
que, topando en él la punta,
hizo dos partes mi espada.
El sacó pies⁶ del gran golpe;
pero con ardiente rabia...
a la cabeza furioso
me tiró una cuchillada;
recibila en el principio
de su formación y baja,
matándole el movimiento,
sobre la suya mi espada.
¡Aquí fué Troya! Saqué
un revés con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta;
que abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,

vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Déjelo así, y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa;
y de no verle estos días,
Tristán, es ésta la causa.

TRISTÁN: ¡Qué suceso tan extraño!
¿Y si murió?

DON GARCÍA: Cosa es clara:
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.

TRISTÁN: ¡Pobre don Juan! — Mas ¿no es éste
que viene aquí? (*Sale Don Juan.*)

DON GARCÍA: ¡Cosa extraña!

TRISTÁN: ¿También a mí me la pegas?
¿Al secretario del alma?

NOTAS: ¹ Aplazado sitio: lugar de la cita. — ² La distancia que correspondía frente al adversario. — ³ Ganar los grados del perfil es salirse el que esgrime de la línea de defensa de su contrario, quedando en disposición de herirle a mansalva. — ⁴ Refugio salvador. — ⁵ Relicario o medallón piadoso. — ⁶ Cobró ánimo.

3. - Sor Juana Inés de la Cruz

(1651-1695)

Mejicana. Monja jerónima. Famosa poetisa, casi siempre culterana, a veces conceptista. Merecen mencionarse, en-



Sor Juana Inés de la Cruz

tre otros, su admirable romance Ausencia y las canciones de inspiración bíblica intercaladas en su auto sacramental El Divino Narciso. Llamáronla sus coetáneos Décima Musa y también Fénix de México.

a) Liras

Si del campo te agradas,
goza de sus frescuras venturosas,
sin que aquestas cañadas
lágrimas te detengan enfadosas;
que en él verás, si atento te entretienes,
ejemplo de mis males y mis bienes.

Si al arroyo parlero
ves galán de las flores en el prado,
que amante y lisonjero
a cuantas mira intima su cuidado,
en su corriente mi dolor te avisa
que a costa de mi llanto tienes risa.

Si ves que triste llora
su esperanza marchita en ramo verde
tórtola gemidora
en él y en ella mi dolor te acuerde,
que imitan con verdor y con lamento
él mi esperanza y ella mi tormento.

Si ¹ la flor delicada,
si la peña, que altiva no consiente
del tiempo ser hollada,
ambas me imitan, aunque variamente,
ya con fragilidad, ya con dureza,
mi dicha aquella, y ésta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido
que baja por el monte acelerado,
buscando, dolorido,
alivio al mal en un arroyo helado,
y sediento al cristal se precipita,
no en el alivio, en el dolor me imita.

Si la liebre encogida
huye medrosa de los galgos fieros,
y por salvar la vida
no deja estampa de los pies ligeros,
tal mi esperanza en dudas y recelos
se ve acosada de villanos celos.

Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía;
y si, de luz avaro,
de tinieblas se emboza el claro día,
es con su obscuridad y su inclemencia
imagen de mi vida en esta ausencia.

NOTA: ¹ Sobrentendido el verbo ves.

b) Fragmentos del Auto Sacramental El Divino Narciso

NATURALEZA: De buscar a Narciso fatigada,
sin permitir sosiego a mi pie errante
ni a mi planta cansada,
¡qué tantos há ya días¹, que vagante
examino las breñas
sin poder encontrar más que las señas!...

¡Oh cuántos días há que he examinado
la selva flor a flor y planta a planta,
gastando congojado
mi triste corazón en pena tanta,
y mi pie fatigando vagabundo
tiempo, que siglos son; selva, que es mundo!

Díganlo las edades que han pasado,
díganlo las regiones que he corrido,
los suspiros que he dado,
de lágrimas los ríos que he vertido,
los trabajos, los hierros, las prisiones
que he padecido en tantas ocasiones.

Una vez, por buscarle, me toparon
de la ciudad las guardas, y atrevidas
no sólo me quitaron
el manto, mas me dieron mil heridas
los centinelas de los altos muros,
teniendo de mí por mal seguros.

¡Oh ninfas que habitáis este florido
y ameno prado! Ansiosamente os ruego
que si acaso al querido
de mi alma² encontrareis, de mi fuego
le noticiéis diciendo mi agonía
con que de amor enferma el alma mía...

NARCISO³: Ovejuela perdida,
de tu dueño olvidada,
¿adónde vas errada?
Mira que dividida⁴
de mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas
bebiendo turbias aguas,
tu necia sed enjaguas,
y con sordas orejas
de las aguas vivíficas te alejas...

De la escarcha y la nieve
cubierto, voy siguiendo
tus necios pasos, viendo
que ingrata no te mueve
ver que dejo por ti noventa y nueve...

Por sendas horrorosas
tus pasos voy siguiendo,
y mis plantas hiriendo
de espinas dolorosas,
que estas selvas producen escabrosas.

Yo tengo de⁵ buscarte
y, aunque tema perdida
(por buscarte) la vida,
no tengo de dejarte,
que antes quiero perderla por hallarte.

¿Así me correspondes,
necia, de juicio errado?
¿No soy quien te ha criado?
¿Cómo no me respondes?
¿Y cómo (si pudieras)⁶ te me escondes?...

En un campo de abrojos,
en tierra no habitada
te hallé sola, arriesgada⁷
del lobo a ser despojos,
y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájetese a la verdura
del más ameno prado,
donde te ha apacentado
de la miel la dulzura,
y aceite que manó de peña dura.

Del trigo generoso
la medula escogida

te sustentó la vida
hecho manjar sabroso,
y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,
soberbia y engreída
de verte tan lucida,
altivamente vana,
mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores,
a quien no conocieron
tus padres, ni los vieron
ni honraron tus mayores;
y con esto incitaste mis furores.

Y prorrumpí enojado:
Yo esconderé mi cara
(a cuyas luces pára⁸
su cara el sol dorado)
de este ingrato, perverso, infiel ganado...

Mis saetas ligeras
las tiraré, y el hambre
corte el vital estambre⁹
y de aves carníceras
serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furores
de arrastradas serpientes,
y en muertes diferentes
obrarán mis rigores
fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano
soy, que no le hay más fuerte,
que yo doy vida y muerte,
que yo hiero, yo sano,
y que nadie se escapa de mi mano.

Pero la sed ardiente
me aflige y me fatiga;
bien es que el curso siga
de aquella clara fuente,
y que en ella templar mi amor intente...

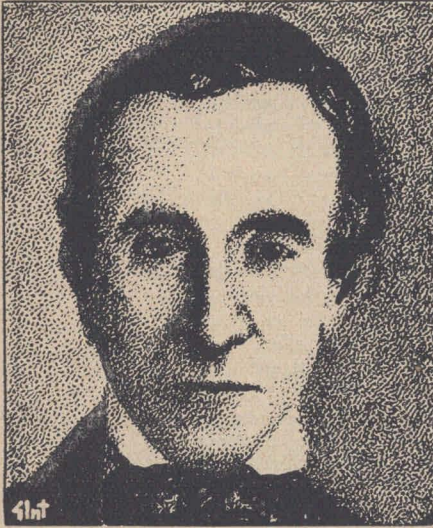
NOTAS: ¹ ¡Qué tantos há ya días...: ¡Cuántos días há ya... — ² De mi alma, léase sin sinalefa. — ³ Narciso representa a Nuestro Señor Jesucristo. — ⁴ Separada, alejada. — ⁵ Hoy lo correcto es: yo tengo que. — ⁶ Porque Dios todo lo ve y conoce. — ⁷ En peligro de ser... — ⁸ Latinismo: adorna, compone, hermosea. — ⁹ Hilo de la vida.

4. - José Joaquín de Olmedo

(1780-1847)

Ecuatoriano guayaquileño, fué abogado, profesor de Derecho Romano, diputado a las Cortes de Cádiz en 1810, miembro de la Junta de Gobierno en su patria, político, diplomático en Londres. Perdura su nombre por los escasos ocios que consagró a las musas, sobre todo por su magnífico Canto a Bolívar o La Victoria de Junín (1824). Dignas de mención son también la Elegía en la muerte de la princesa D^{ca} María Antonia de Borbón (807), la silva A un amigo, en el nacimiento de su primogénito (17) y la oda Al ge-

neral Flores (35), que supera a las demás por la perfección formal. Los párrafos siguientes son de Menéndez y Pelayo: "Olmedo es, sin contradicción, uno de los tres o cuatro grandes poetas del mundo americano... Si al cantor de la Zona Tórrida (Bello) fué concedida la ciencia profunda de la dicción, y al poeta del Niágara (Heredia) la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de



Jose Joaquín de Olmedo

ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que a la par hinchen el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía. El 'os magna sonaturum' de Horacio, parece inventado para poetas como Quintana y Olmedo. Con decir que Olmedo es el Quintana americano, todo español, aun sin haber leído los versos del vate del Guayas, puede formarse cabal idea de sus perfecciones y también de sus defectos... Equidistante de uno y otro (Quintana y Gallego), como tercer lumínar de la escuela, hay que poner a Olmedo, aun más avaro que Gallego en la producción, nimio a veces como él en la cultura de los detalles, si bien no llega a su perfección sostenida, émulo suyo en la variedad de tonos y en el concierto de luces y sombras, ya impetuoso y arrebatado, ya apacible y ameno, pero sobre todo lleno de férvida ani-

mación en el conjunto". Sus defectos más evidentes son el énfasis oratorio y la inoportunidad de algún recurso.

La victoria de Junín. Canto a Bolívar (Fragmentos)

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre,
que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre;
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
el arte humano osado levantaba
para hablar a los siglos y naciones;
templos, do esclavas manos
deificaban en pompa a sus tiranos,
ludibrio son el tiempo, que con su ala
débil las toca, y las derriba al suelo,
después que en fácil juego el fugaz viento
borró sus mentirosas inscripciones;
y bajo los escombros confundido
entre las sombras del eterno olvido,
joh de ambición y de miseria ejemplo!
el sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
a la región etérea se levanta,
que ven las tempestades a su planta
brillar, rugir, romperse, disiparse;
los Andes... las enormes, estupidas
moles sentadas sobre bases de oro,
la tierra con su peso equilibrando,
jamás se moverán. Ellos, burlando
de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de Libertad y de Victoria heraldos,
que con eco profundo
a la postrema edad dirán del mundo:
"Nosotros vimos de Junín el campo:
"vimos que al desplegarse
"del Perú y de Colombia las banderas,
"se turban las legiones altaneras,
"huye el fiero español despavorido,
"o pide paz rendido.
"Venció Bolívar: el Perú fué libre;
"y en triunfal pompa Libertad sagrada
"en el templo del Sol fué colocada."

¿Quién me dará templar el voraz fuego
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,
torpe la mano va sobre la lira
dando discorde són. ¿Quién me liberta
del dios que me fatiga?...
Siento unas veces la rebelde musa
cual Bacante¹ en furor, vagar incierta

por medio de las plazas bulliciosas,
o sola por las selvas silenciosas,
o las risueñas playas
que manso lame el caudaloso Guayas:
ótras el vuelo arrebatada tiende
sobre los montes, y de allí desciende
al campo de Junín, y ardiendo en ira,
los numerosos escuadrones mira
que el odiado pendón de España arbolan;
y en crinado³ morrión y peto armada,
cual amazona fiera,
se mezcla entre las filas la primera
de todos los guerreros,
y a combatir con ellos se adelanta,
triunfa con ellos y sus triunfos canta.

.....
¿Quién es aquél que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?

¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer desina³?

¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar su presa
que entre el rebaño mal segura paze?

¿Quién, el que ya desciende
pronto y apercibido a la pelea?

Peñada en tempestades le rodea
nube tremenda: el brillo de su espada
es el vivo reflejo de la gloria:

su voz un trueno: su mirada un rayo.

¿Quién, aquél que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria
un corcel impetuoso fatigando
discorre sin cesar por toda parte?...

¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: "Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra patria. Bravos colombianos,
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza y el valor es vuestro;
vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed, que siempre
de quien se atreve más el triunfo ha sido:
quien no espera vencer, ya está vencido"...

.....
Ya el formidable estruendo
del atambor en uno y otro bando;
y el són de las trompetas clamoroso;
y el relinchar del alazán fogoso,
que, erguida la cerviz y el ojo ardiente,
en bélico furor salta impaciente
do más se encrúelece³ la pelea;
y el silbo de las balas, que, rasgando
el aire, llevan por doquier la muerte;
y el choque azaz horrendo
de selvas densas de ferradas picas;
y el brillo y estridor de los aceros

que al sol reflectan⁴ sanguinosos visos;
y espadas, lanzas, miembros esparcidos
o en torrentes de sangre arrebatados;
y el violento tropel de los guerreros
que, más feroces mientras más heridos,
dando y volviendo el golpe redoblado,
mueren, mas no se rinden...; todo anuncia
que el momento ha llegado,
en el gran libro del destino escrito,
de la venganza al pueblo americano,
de mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
hijas del negro averno, me inflamara,
y mi pecho y mi musa enardeciera
en tartáreo furor, del León de España,
al ver dudoso el triunfo, me atreviera
a pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
más fuerza en su despecho, se abalanza,
abriéndose ancha calle entre las haces
por medio el fuego y contrapuestas lanzas;
rayos respira, mortandad y estrago,
y sin pararse a devorar la presa,
prosigue en su furor, y en cada huella
deja de negra sangre un hondo lago...
Ya no hay más combatir. El enemigo
el campo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido; y a donde huye
allí encuentra la muerte. Los caballos,
que fueron su esperanza en la pelea,
heridos, espantados por el campo
o entre las filas vagan, salpicando
el suelo en sangre que su crin gotea;
derriban al jinete, lo atropellan,
y las catervas van despavoridas,
o únas en ótras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto;
y al impulso del aire, que vibrando
sube en clamores y alaridos lleno,
tremen las cumbres que respeta el trueno,
y discurrendo el vencedor en tanto
por cima de cadáveres y heridos,
postra al que huye, perdona a los rendidos.

Padre del Universo, Sol radioso,
dios del Perú, modera omnipotente
el ardor de tu carro impetuoso,
y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz... Pero esta hora
no fué la del destino. El dios oía
el voto de su pueblo; y de la frente
el cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora.
En mayor disco menos luz ofrece,
y veloz tras los Andes se oscurece.

.....
"Abre tus puertas, opulenta Lima,
abate tus murallas y recibe
al noble triunfador que rodeado
de pueblos numerosos y aclamado
ángel de la esperanza
y genio de la paz y de la gloria,
en inefable majestad se avanza.

"Las musas y las artes revolando en torno van del carro esplendoroso; y los pendones patrios vencedores al aire vago ondean, ostentando del Sol la imagen, de Iris los colores. Y en ágil planta y en gentiles formas, dando al viento el cabello desparcido, de flores matizado, cual las Horas del Sol raudas y bellas, saltan en derredor lindas doncellas en giro no estudiado; las glorias de su patria en sus patrios cantares celebrando, y en sus pulidas manos levantando cien primorosos vasos de alabastro que espiran fragantísimos aromas, y de su centro se desgarran y sube por los cerúleos ámbitos del cielo de undoso incienso transparente nube.

"Cierran la pompa espléndidos trofeos, y por delante larga serie marchan humildes, confundidos, los pueblos y los jefes ya vencidos. Allá precede el Astur⁵ belicoso, allá va el catalán infatigable, y el agreste celtibero indomable, y el cántabro feroz, que a la romana cadena el cuello sujeto el postrero; y el andaluz liviano, y el adusto y severo castellano. Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede; y las que antes graciosas fueron honor del fabuloso suelo, ninfas del Tormes y el Genil, en duelo se esconden silenciosas; y el grande Betis, viendo ya marchita su sacra oliva, menos orgulloso paga su antiguo feudo al mar undoso.

"El Sol, suspenso en la mitad del cielo, aplaudirá esta pompa. ¡Oh Sol! ¡Oh Padre! Tu luz rompa y disipe las sombras del antiguo cautiverio; tu luz nos dé el imperio; tu luz la libertad nos restituya; tuya es la tierra, y la victoria es tuya!"...

NOTAS: ¹ Mujer entregada a las fiestas de Baco. — ² Otros ponen: *crestado*. — ³ Licencia poética, por *designa*. — ⁴ Sinónimo de *reflejar*; poco usado. — ⁵ Aunque esta voz es aguda, aquí por exigencia del acento rítmico debe pronunciarse como llana.

5. - Bartolomé Hidalgo

(1788-1822)

Nacido en Soriano del Uruguay, vivió casi siempre en Buenos Aires. De familia humilde, pasó por oficial de peluquería, soldado de las luchas emancipadoras, llegando luego a comisario de guerra y tesorero de la Aduana. Murió en Morón, joven, pobre y olvidado. Sin embargo, la historia literaria rioplatense recogió su nombre, no por los mediocres versos cultos seudoclásicos que lo lle-

van al pie, sino por serlo del patriarca del género gauchesco. Fué Hidalgo en fecha, si nó en mérito, "el primer poeta criollo del Río de la Plata", como con justicia lo llama D. Martiniano Leguizamón. Sus cielitos (a los triunfos de Maipú, Lima, etc.) se cantaban al són de la guitarra durante los descansos del ejército libertador. Lo mejor de su pluma son los tres Diálogos patrióticos o gauchos, en que con vivaz donaire satiriza la vida social y política, siendo más feliz que sus sucesores en el género al imitar el lenguaje del paisano. Oyuela**, comparando a Hidalgo con éstos, afirma: "Si la poesía de Hernández es a modo de revuelto mar, y la de del Campo de bello y sereno y río, la de Hidalgo parece un manantial recién surgido a flor de tierra: es la más fresca, transparente y pura". De los tres diálogos citados el más valioso e interesante es el siguiente, cuyo título sirve al mismo tiempo de argumento.*

Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano, de todo lo que vió en las fiestas mayas de Buenos Aires en el año 1822

CHANO: Conque, mi amigo Contreras, ¿qué hace en el ruano¹ gordazo? Pues desde antes de marcar² no lo veo por el Pago.

CONTRERAS: Tiempo hace que le ofrecí³ el venir a visitarlo, y lo que se ofrece es deuda: ¡pucha! pero está lejazos. Mire que ya el mancarrón se me venía aplastando. ¿Y usted no jué a la ciudad⁴ a ver las fiestas este año?

CHANO: ¡No me lo recuerde, amigo!... Se apareció el veinticuatro Sayavedra el domador a comprarme unos caballos: le pedí a diez y ocho reales⁵, le pareció de su agrado, y ya no se habló palabra, y ya el ajuste⁶ cerramos; por señas⁷, que el trato se hizo con caña y con mate amargo. Calíentase Sayavedra, y con el aguardientazo⁸ se echó atrás⁹ de su palabra y deshacer quiso el trato. Me dió tal coraje¹⁰, amigo, que me asiguré¹¹ de un palo, y en cuanto lo descuide¹²,

* En el número 129 (julio de 1917) de la "Revista de la Universidad de Buenos Aires".

** En "Antología poética hispano-americana, I, notas p. 531.

sin que pudiera estorbarlo,
 le acudí¹³ con cosa fresca:
 sintió el golpe, se hizo gato,
 se enderezó, y ya se vino
 el alfajor¹⁴ relumbrando:
 yo quise meterle el poncho;
 pero, amigo, quiso el diablo
 trompezase¹⁵ en una taba,
 y luego mi contrario
 se me durmió¹⁶ en una pierna
 que me dejó coloriendo:
 en esto llegó la gente
 del puesto¹⁷, y nos apartaron.
 Se jué y me quedé caliente,
 sintiendo no tanto el tajo
 como el haberme impedido
 ver las junciones¹⁸ de Mayo:
 de ese día por el cual
 me artimaron¹⁹ un balazo,
 y peliaré hasta que quede
 en el suelo hecho miñangos²⁰.
 Si usted estuvo, Contreras,
 cuénteme lo que ha pasao.

CONTRERAS: ¡Ah, fiestas lindas, amigo!

No he visto en los otros años
 junciones más mandadoras,
 y mire que no lo engaño.
 El veinticuatro a la noche,
 como es costumbre, empezaron.
 Yo ví unas grandes colunas²¹
 en coronas rematando,
 y ramos llenos de flores
 puestos a modo de lazos.
 Las luces como aguacero
 colgadas entre los arcos,
 el cabildo, la pirame²²,
 la recova²³ y otros laos,
 y luego la vertería²⁴.
 ¡Ah, cosa linda! un paisano
 me los estuvo leyendo;
 pero ¡ah, poeta cristiano,
 qué décimas y qué trovas!
 Y todo siempre tirando
 a favor de nuestro aquél.
 Luego había en un tablao
 musiquería²⁵ con juerza.
 Y bailando unos muchachos
 con arcos y muy compuestos,
 vestidos de azul y blanco;
 y al acabar, el más chico
 una relación echando
 me dejó medio... quién sabe.
 ¡Ah, muchachito liviano,
 por Cristo²⁶ que le habló lindo
 al veinticinco de Mayo!
 Después siguieron los fuegos,
 y cierto que me quemaron,
 porque me puse cerquita,
 y de golpe me largaron
 unas cuantas escupidas²⁷
 que el poncho me lo cribaron²⁸.
 A las ocho, de tropel
 para la Mercé tiraron

las gentes a las comedias;
 yo estaba medio cansao
 y enderecé a lo de²⁹ Roque:
 dormí, y al cantar los gallos
 ya me vestí; calenté agua,
 estuve cimarroniando³⁰,
 y luego para la plaza
 agarré³¹ y vine despacio:
 llegué, ¡bien haiga³² el humor!
 Llenitos todos los bancos...
 y al punto en varias tropillas
 se vinieron acercando
 los escueleros³³ mayores
 cada uno con sus muchachos,
 con banderas de la patria
 ocupando un trecho largo:
 llegaron a la pirame
 y al dir³⁴ el sol coloriendo,
 y asomando una puntita...
 ¡bracatán³⁵! los cañonazos,
 la gritería, en tropel,
 música por todos laos,
 banderas, danzas, junciones,
 los escuelistas³⁶ cantando;
 y después salió uno solo
 que tendría doce años,
 nos echó una relación³⁷...
 ¡Cosa linda, amigo Chano!
 Mire que a muchos patriotas
 las lágrimas les saltaron.
 Más tarde, la soldadesca
 a la plaza jué entrando³⁸,
 y desde el Juerte a la Iglesia
 todo ese tiro³⁹ ocupando.
 Salió el gobierno a las once
 con escolta de a caballo,
 con jefes y comandantes
 y otros muchos convidados,
 doctores, escribanistas,
 las justicias a otro lao.
 Detrás la oficialería⁴⁰
 los latones culebriando⁴¹.
 La soldadesca hizo cancha⁴²,
 y todos jueron pasando
 hasta llegar a la iglesia⁴³.
 Yo estaba medio delgao
 y enderecé a un bodegón,
 comí con Antonio el manco,
 y a la tarde me dijeron
 que había sortija en el Bajo;
 me juí de un hilo⁴⁴ al paraje,
 y cierto, no me engañaron.
 En medio de la alamera⁴⁵
 había un arco muy pintao
 con colores de la patria:
 gente, amigo, como pasto,
 y una mozada⁴⁶ lucida
 en caballos aperiaos⁴⁷
 con pretales y coscojas,
 pero pingos tan livianos
 que a la más chica pregunta
 no los sujetaba el diablo.
 Uno por uno rompía

tendido como lagarto,
 y... ¡zas!... ya ensartó... ya nó...
 ¡Oiganlé que pegó en falso!
 ¡Qué risa, y qué borciar!^{48!}
 Hasta que un mocito amargo
 le aflojó todo⁴⁹ al rocín
 Y ¡bien haiga el ojo claro!
 se vino al humo⁵⁰, llegó
 y, la sortija ensartando,
 le dió una sentada⁵¹ al pingo
 y todos "¡Viva!" gritaron.
 Vine a la plaza: las danzas
 seguían en el tabla; y
 y vi subir a un inglés
 en un palo jabonao
 tan alto como un ombú,
 y allá en la punta colgando
 una chuspa⁵² con pesetas,
 una muestra y otros varios
 premios para al que llegase:
 el inglés era baquiano:
 se le⁵³ prendió al palo viejo,
 y moviendo pies y manos
 al galope llegó arriba,
 y al grito⁵⁴, ya le echó mano
 a la chuspa, y se largó⁵⁵
 de un pataplús⁵⁶ hasta abajo.
 De allí a otro rato volvió
 y se trepó en otro palo
 y también sacó una muestra.
 ¡Bien haiga el bisteque⁵⁷ diablo!
 Después se preparon otros
 y algunos también llegaron.
 Luego encendieron las velas,
 y los bailes continuaron,
 la cuetería y los juegos.
 Después todos se marcharon
 otra vez a las comedias.
 Yo quise verlas un rato
 y me metí en el montón,
 y tanto me rempujaron
 que me encontré en un galpón,
 todo muy iluminao,
 con casitas de madera
 y en el medio muchos bancos.
 No salían las comedias
 y yo ya estaba sudando,
 cuando, amigo, redemente
 árdese un maldito vaso
 que tenía luces dentro.
 Y la llama subió tanto
 que pegó juego en el techo:
 alborotóse el cotarro,
 y yo, que estaba cerquita
 de la puerta, pegué un salto,
 y ya no quise volver.
 Después me anduve pasiendo
 por los cuarteles, que había
 también muy bonitos arcos
 y versos que daban miedo.
 Llegó el veintiséis de Mayo
 y siguieron las junciones
 como habían empezao.

El veintisiete lo mesmo;
 un gentío temerario⁵⁸
 vino a la plaza: las danzas,
 los hombres subiendo al palo,
 y allá en el rompecabezas⁵⁹
 a porfía los muchachos.
 Luego con muchas banderas
 otros niños se acercaron,
 con una imagen muy linda
 y un tamborcito tocando:
 pregunté qué virgen era;
 "¡La Fama!" me contestaron:
 al tabla; la subieron
 y allí estuvieron un rato,
 aonde uno de los niños
 los estuvo proclamando
 a todos sus compañeros.
 ¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
 ver al muchacho caliente⁶⁰,
 y más patriota que el diablo.
 Después hubo volatines,
 y un inglés todo pintao,
 en un caballo al galope
 iba dando muchos saltos.
 Entre tanto la sortija
 la jugaban en el Bajo.
 Por la plaza de Lorea⁶¹
 ótros también me contaron
 que había habido toros lindos.
 Yo estaba ya tan cansao,
 que así que dieron las ocho
 corté para lo⁶² de Alfaro,
 aonde⁶³ estaban los amigos
 en beberaje⁶⁴ y fandango:
 eché un cielito⁶⁵ en batalla,
 y me refalé⁶⁶ hasta un cuarto
 aonde encontré a unos calandrias⁶⁷
 calientes jugando al paro.
 Yo llevaba unos rialitos,
 y así que echaron el cuatro,
 se los planté, perdí en boca,
 y sin medio me dejaron⁶⁸.
 En esto un catre viché⁶⁹
 y me le juí acomodando⁷⁰,
 me tapé con este poncho
 y allí me quedé roncando.
 Esto es, amigo del alma,
 lo que he visto y ha pasao.
 CHANO: Ni oírlo quisiera, amigo;
 cómo ha de ser, ¡padezcamos!
 A bien que⁷¹ el año que viene,
 si vivo, iré a acompañarlo,
 y la correremos⁷² juntos.
 Contreras lió su reca⁷³
 y estuvo allí todo un día;
 y al otro ensilló su ruano,
 y se volvió a su querencia,
 despidiéndose de Chano.

NOTAS: ¹ Caballo cuyo pelo está entre alazán rubio y bayo amarillo. La Ac. llama ruano al caballo de regalo, para lucir en calles y paseos (de rúa, calle), y roano al de pelo mezclado de blanco, gris y bayo. — ² A los animales en la época de la hierra o yerra. — ³ Significado muy

propio de **prometer**. — ⁴ Tres criollismos en este verso. La **f** frecuentemente se transforma en **j** y viceversa. — ⁵ Tiende el vulgo a diptongar todo encuentro de vocales; así, en vez de **re-a-les**, dice **ria-les**. — ⁶ Contrato, convenio. — ⁷ Locución equivalente a **por más señas**. — ⁸ Argentinismo: efecto del aguardiente. — ⁹ Argent. equivalente a **volverse uno atrás**: no cumplir la palabra. — ¹⁰ En la acepción de **ira, irritación**. — ¹¹ Me armé de un palo para estar prevenido. — ¹² Distraje su atención. — ¹³ Le olsequé, o le acometí, me le entré. — ¹⁴ Así llamaban los gauchos y compadritos al facón, cuchillo o daga. — ¹⁵ Gauchismo y vulgarismo. — ¹⁶ **Dormirsele a uno encima**: castigarle dándole golpes seguidos. — ¹⁷ Casa y lugar que ocupa con sus cosas el cuidador de una parte de una estancia. — ¹⁸ Funciones, festejos. — ¹⁹ Figura en el Dicc. en la acepción de **dar, asestar, descargar**. Alude a su participación en las luchas de la independencia. — ²⁰ Mil pedazos o añicos. — ²¹ Como la forma arcaica española por **columnas**. — ²² Sincopa por **pirámide**. Se refiere al monumento que aun se conserva en la Plaza de Mayo de Buenos Aires. — ²³ La **recova** (de **recua**) era la galería o tinglado que dividía la Plaza Mayor en dos partes: la de Mayo y la de la Victoria. En ella estaban instaladas numerosas tiendas de comestibles, aves, etc. — ²⁴ Recitación de poesías patrióticas. — ²⁵ Neologismo. No figura en el Dicc. — ²⁶ No es de recomendar el empleo de esta clase de exclamaciones. — ²⁷ Voz no autorizada. — ²⁸ Neologismo de significación: me pusieron el poncho como una criba. Sobra el pronombre **lo**. — ²⁹ Regionalismo rioplatense, lo mismo que en **lo de**, equivalentes **aquel**; a **casa de**, y éste a: **en casa de**. — ³⁰ **Cimarronear** es, entre nosotros, tomar mate **cimarrón** o amargo. La Ac. no trae el verbo, aunque sí el adjetivo, que nosotros con frecuencia empleamos también como sustantivo. — ³¹ Acepción criolla: **dirigirse, o encaminarse a**, que no figura en el Dicc. — ³² Forma vulgar de **haya**. — ³³ Los maestros de escuela. — ³⁴ Caso de prótesis popular, por **ir**. — ³⁵ Voz onomatopéyica de empleo raro. — ³⁶ Escolares, alumnos, colegiales. — ³⁷ Composición o declamación. — ³⁸ Otra prótesis, por **entrar**. — ³⁹ Espacio, trecho, tramo. — ⁴⁰ Quiere decir jueces y oficiales. — ⁴¹ Haciendo mover las espadas. — ⁴² **Hacer, abrir, dejar cancha**: abrir paso, despejar. — ⁴³ Para el canto tradicional del **tedum**. — ⁴⁴ La Ac. trae de hilo: **derechamente, sin detención**. — ⁴⁵ En lenguaje culto, **alameda**. — ⁴⁶ Grupo de mozos varones. La Ac. sólo trae **mocerío** como conjunto de mozos y mozas. — ⁴⁷ Enjaezados. — ⁴⁸ **Voracear** de voraz; hacer alardes de valor (**L. Segovia**). — ⁴⁹ Le soltó toda la rienda. — ⁵⁰ **Irsele a uno al humo** es una frase argentina: atacar, atropellar a uno. — ⁵¹ Un remesón obligándole a parar; acepción que no figura en el Dicc. — ⁵² Voz de origen quichua: bolsa, morral. — ⁵³ Como en muchos otros pasajes gauchescos; este **le** es expletivo o pleonástico, característico en el lenguaje del criollo. — ⁵⁴ De la muchedumbre que aplaudía. — ⁵⁵ Arrojar desde arriba, dejarse caer: acepción argentina. — ⁵⁶ Ni ésta voz ni **pataplún** figuran en el Dicc., sino sólo **cataplúm**, sinónimo de ¡pum! — ⁵⁷ Apodo que el gaucho aplicaba al inglés, por el nombre de **beefsteak** que daba éste a una tajada de carne machacada y cocida en aceite, lo que es hoy **bistec** y, según el vulgo, **bife**. — ⁵⁸ Neologismo por **enorme, extraordinario**. — ⁵⁹ Aparato de juego, consistente en un cilindro de madera giratorio, suspendido horizontalmente por los extremos de su eje, en dos postes. — ⁶⁰ Acalorado, entusiasmado. — ⁶¹ Ocupaba una partecita de lo que es hoy la Plaza del Congreso. — ⁶² Me encaminé hacia la casa de. — ⁶³ Forma sincopada de **adonde**. — ⁶⁴ Del portugués **beberagem**: exceso de beber. — ⁶⁵ Baile popular, y su música y canto. — ⁶⁶ Vulgarismo, por **resbalar**, con significación aquí de **deslizarse, llegar a**. — ⁶⁷ Tal vez por **calaveras**, jugando con las primeras sílabas iguales de ambas palabras. — ⁶⁸ Esto es: ni medio centavo me de-

jaron. — ⁶⁹ Me parece que debiera escribirse **biché** como lo escriben varios lexicólogos. Deriva de **bichar** o **bichear**, que significa mirar, espiar, acechar, ojear. No figura en el Dicc. No se ha determinado aun su origen. En italiano existe **sbirciare**: mirar al soslayo, como a hurtadillas, a ojos cegarritas; ojear curiosamente, y también **bircio** (pron. **bircho**): bizco. — ⁷⁰ **Acomodarse**: colocarse a gusto en un lugar (**Lisandro Segovia**). Emplea **le**, en vez de **en él**. — ⁷¹ La Ac. trae esta locución sin la preposición: **bien que**, con la acepción de **aunque**, lo mismo que **si bien**. — ⁷² **Correrla**: Andar en diversiones o lances peligrosos. — ⁷³ **Recado**: aparejo para montar a caballo, que se usa en el campo; especie de silla rústica. En esta acepción no registra esta voz la Ac.

6. - Andrés Bello

(1781-1865)

Natural de Caracas, maestro, funcionario público, agente político en Londres, establecióse desde 1829 en Chile, donde prodigó los tesoros de su maciza y variada cultura en la Universidad por él fundada y en sus multiformes actividades de filósofo, catedrático, pedagogo,



Andrés Bello

jurista, filólogo, gramático, periodista, historiador, crítico y poeta. Sus obras más notables fueron Derecho internacional, Código Civil de Chile, Filosofía del entendimiento, Estudios sobre el Poema del Cid, Gramática castellana destinada al uso de los americanos, Opúsculos críticos y literarios, Ortología y métrica, etc. Al servicio de la pureza del habla, amenazada por impetuoso aluvión de barbarismos, fomentado por un malsano deseo de emancipación total de España, puso el insigne caraqueño su conocimiento ma-

raviloso de la lengua y literatura castellanas, que para él no tuvieron secreto alguno. Como poeta, figura Bello entre los más eminentes del Nuevo Mundo, no ciertamente por audacia y fogosidad de inspiración sino por la dicreta dosis de amable decoro y majestad, clásica elegancia y serena armonía, como por la solidez y elevación de las ideas. Por eso acertadamente lo define Rafael Pombo "manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro". Es la personificación del buen gusto. El género poético en que culmina es el que Miguel Antonio Caro llamó científico, y otros, descriptivo-didáctico. En 1870 apareció en *Obras poéticas* la colección de sus versos; entre ellos merecen destacarse *A la agricultura de la zona tórrida*, oda maestra, que sola bastaría para perpetuar su nombre, *Alocución a la Poesía*, *Al 18 de Septiembre*, el poema inconcluso *El proscrito* de tema legendario colonial y varias traducciones o imitaciones como *La nave de Horacio*, *Moisés en el Nilo*, y, en primera línea, *La oración por todos*.*

a) La oración por todos

Escribe Menéndez y Pelayo **: "Es sabida de todo el mundo en América, y estimada por muchos como la mejor poesía de Bello, la más humana, la más rica de afectos: y no hay español que, habiendo leído aquellas estrofas melancólicas y sollozantes, vuelva a mirar en su vida el texto francés *** sin encontrarle notoriamente inferior".

I

Vé a rezar, hija mía. Ya es la hora de la conciencia y del pensar profundo. Cesó el trabajo afanador, y al mundo la sombra va a colgar su pabellón. Sacude el polvo el árbol del camino al soplo de la noche, y en el suelto manto de la sutil neblina envuelto, se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su ruedo de cambiante nácar el occidente más y más angosta, y enciende sobre el cerro de la costa el astro de la tarde su fanal. Para la pobre cena aderezado brilla el albergue rústico, y la tarda vuelta del labrador la esposa aguarda con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera uno tras otro fúlgido diamante, y ya apenas de un carro vacilante se oye a distancia el desigual rumor. Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,

* Léase el fragmento de M. y Pelayo que va en la pág. 404 del Tomo I de esta obra.

** "Historia de la poesía hispano-americana", I, 392.

*** El original es de Víctor Hugo.

y la iglesia, y la choza, y la alquería; y a los destellos últimos del día se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento en la arboleda, el pájaro en el nido, y la oveja en su trémulo balido, y el arroyuelo en su correr fugaz. El día es para el mal y los afanes: ¡He aquí la noche plácida y serena! El hombre tras la cuita y la faena quiere descanso, y oración, y paz.

Sonó en la torre la señal¹: los niños conversan con espíritus alados, y, los ojos al cielo levantados, invocan de rodillas al Señor. Las manos juntas y los pies desnudos, fe en el pecho, alegría en el semblante, con una misma voz, a un mismo instante, al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa sobre la cuna volarán ensueños, ensueños de oro, diáfanos, risueños, visiones que imitar no osó el pincel; y ya sobre la tersa frente posan, ya beben el aliento a las bermejas bocas, como lo chupan las abejas a la fresca azucena y al clavel.

Como, para dormirse, bajo el ala esconde su cabeza la avecilla, tal la niñez en su oración sencilla adormece su mente virginal. ¡Oh dulce devoción, que reza y ríe! ¡De natural piedad primer aviso! ¡Fragancia de la flor del paraíso! ¡Preludio del concierto celestial!

II

Vé a rezar, hija mía. Y ante todo ruega a Dios por tu madre; por aquella que te dió el sér, y la mitad más bella de su existencia ha vinculado en él; que en su seno hospedó tu joven alma, de una llama celeste desprendida; y haciendo dos porciones de la vida, tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre lo necesito yo!... Sencilla, buena, modesta como tú, sufre la pena, y devora en silencio su dolor. A muchos compasión, a nadie envidia, la vi tener en mi fortuna escasa; como sobre el cristal la sombra, pasa sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni lo sean a ti jamás.... los frívolos azares de la vana fortuna, los pesares ceñudos que anticipan la vejez; de oculto oprobio el torcedor, la espina que punza a la conciencia delincuente, la honda fiebre del alma, que la frente tñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco;
 conozco el mundo y sé su alevosía;
 y tal vez de mi boca oirás un día
 lo que valen las dichas que nos da;
 y sabrás lo que guarda, a los que rifan²
 riquezas y poder, la urna aleatoria,
 y que tal vez la senda que a la gloria
 guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
 y cada instante alguna culpa nueva
 arrastra en la corriente que la lleva
 con rápido descenso al ataúd.
 La tentación seduce; el juicio engaña;
 en los zarzales del camino deja
 alguna cosa cada cual: la oveja
 su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mía, a rezar por mí, y al cielo
 pocas palabras dirigir te baste:

“Piedad, Señor, al hombre que criaste;
 eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón!”
 Y Dios te oirá; que, cual del ara santa
 sube el humo a la cúpula eminente,
 sube del pecho cándido, inocente,
 al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin: a la luz pura
 del sol, la planta; el cervatillo atado,
 a la libre montaña; el desterrado,
 al caro suelo que le vió nacer;
 y la abejilla en el frondoso valle,
 de los nuevos tomillos al aroma;
 y la oración en alas de paloma,
 a la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
 soy como el fatigado peregrino,
 que su carga a la orilla del camino
 deposita y se sienta a respirar.
 Porque de tu plegaria el dulce canto
 alivia el peso a mi existencia amarga,
 y quita de mis hombros esta carga
 que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
 en esta noche de pavor, el vuelo
 de un ángel compasivo³ que del cielo
 traiga a mis ojos la perdida luz,
 y pura, finalmente, como el mármol
 que se lava en el templo cada día,
 arda en sagrado fuego el alma mía,
 como arde el incensario ante la cruz.

III

Ruega, hija, por tus hermanos,
 los que contigo crecieron,
 y un mismo seno exprimieron,
 y un mismo techo abrigó.
 Ni por los que te amen sólo
 el favor del cielo implorés;
 por justos y pecadores
 Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso
 que ufano se pavonea,
 y en su dorada librea

funda insensata altivez;
 y por el mendigo humilde
 que sufre el ceño mezquino
 de los que beben el vino,
 porque le dejen la hez;

por el que de torpes vicios
 sumido en profundo cieno,
 hace aullar el canto obscuro
 de nocturnal bacanal;
 y por la velada virgen
 que en su solitario lecho,
 con la mano hiriendo el pecho,
 reza el himno sepulcral⁴;

por el hombre sin entrañas,
 en cuyo pecho no vibra
 una simpática fibra
 al pesar y a la aflicción;
 que no da sustento al hambre,
 ni a la desnudez vestido,
 ni da la mano al caído,
 ni da a la injuria perdón;

por el que en mirar se goza
 su puñal en sangre rojo,
 buscando el rico despojo
 y la venganza crüel;
 y por el que en vil libelo
 destroza una fama pura,
 y en la aleve mordedura
 escupe asquerosa hiel;

por el que surca animoso
 la mar, de peligros llena;
 por el que arrastra cadena,
 y por su duro señor;
 por la razón que leyendo
 en el gran libro vigila;
 por la razón que vacila,
 por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
 los que penan y trabajan;
 y de todos los que viajan
 por esta vida mortal.
 Acuérdate aun del malvado
 que a Dios blasfemando irrita:
 la oración es infinita,
 nada agota su caudal.

IV

Hija, reza también por los que cubre
 la soporosa piedra de la tumba,
 profunda sima donde se derrumba
 la turba de los hombres mil a mil:
 abismo en que se mezcla polvo a polvo,
 y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja
 de que al añoso bosque abril despoja,
 mezclar las suyas uno y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
 donde segada en flor yace mi Lola⁵;
 coronada de angélica aureola;
 do helado duerme cuanto fué mortal;
 donde cautivas almas piden preces
 que las restauren a s^{er} primero,

y purguen las reliquias del grosero vaso, que las contuvo, terrenal⁶.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes, y cien apariciones peregrinas sacuden retozando tus cortinas; travieso enjambre, alegre, volador: y otra vez a la luz abres los ojos, al mismo tiempo que la aurora hermosa abre también sus párpados de rosa, y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡Si supieras qué sueño duermen!..... Su almohada es fría, duro su lecho: angélica armonía no regocija nunca su prisión. No es reposo el sopor que las abruma; para su noche no hay albor temprano, y la conciencia, velador gusano, les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo, hará que gocen pasajero alivio, y que de luz celeste un rayo tibio logre a su oscura estancia penetrar; que el atormentador remordimiento una tregua a sus víctimas conceda, y del aire, y el agua, y la arboleda, oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto la sombra ves que de los cielos baja, la nieve que las cumbres amortaja, y del ocaso el tinte carmesí; en las quejas del aura y de la fuente ¿no te parece que una voz retiña, una doliente voz que dice: "Niña, cuando tú reces, ¿rezarás por mí?"

Es la voz de las almas. A los muertos que oraciones alcanzan, no escarnece el rebelado arcángel⁷, y florece sobre su tumba perennal tapiz. Mas ¡ay! a los que yacen olvidados cubre perpetuo horror: hierbas extrañas ciegan su sepultura: a sus entrañas árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día) huésped seré de la morada oscura, y el ruego invocaré de un alma pura que a mi largo penar consuelo dé. Y dulce entonces me será que vengas y para mí la eterna paz implorés, y en la desnuda losa esparzas flores, simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella, si disipadas fueron una a una las que mecieron tu mullida cuna esperanzas de alegre porvenir? Sí, le perdonarás; y mi memoria te arrancará una lágrima, un suspiro que llegue hasta mi lóbrego retiro y haga mi helado polvo rebullir.

NOTA: ¹ De la oración del Ángelus. — ² Disputan, riñen por. — ³ Alusión al ángel que bajó a consolar a Jesús en la triste noche del huerto de

Getsemani. — ⁴ El salmo De profundis. — ⁵ Diminutivo familiar de Dolores. — ⁶ Alusión al dogma del Purgatorio. — ⁷ El ángel rebelde, el demonio.

b) Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida (Fragmento)

¡Salve, fecunda zona, que al sol enamorado circunscribes el vago curso, y cuanto sér se anima en cada vario clima, acariciada de su luz, concibes! Tú tejes al verano su guirnalda de granadas espigas; tú la uvas das a la hirviente cuba: no de purpúrea fruta, o roja, o guinda, a tus florestas bellas falta matiz alguno; y bebe en ellas aromas mil el viento; y greyes van sin cuento paciendo tu verdura, desde el llano que tiene por lindero el horizonte, hasta el erguido monte, de inaccesible nieve siempre cano. Tú das la caña hermosa, de do la miel se acendra, por quien desdeña el mundo los panales: tú en urnas de coral cuajas la almendra que en la espumante jicara rebosa: bulle carmín viviente en tus nopales, que afronta fuera al múrice¹ de Tiro; y de tu añil la tinta generosa émula es de la lumbre del zafiro; el vino es tuyo, que la herida agave² para los hijos vierte del Anáhuac³ feliz; y la hoja es tuya⁴, que cuando de süave humo en espiras vaporosas huya, solazará el fastidio al ocio inerte. Tú vistes de jazmines el arbusto sabeo⁵, y el perfume le das que en los festines la fiebre insana templará a Lico⁶. Para tus hijos la procerca palma su vario feudo⁷ cría, y el ananás sazona su ambrosía: su blanco pan la yuca, sus rubias pomas la patata educa, y el algodón despliega al aura leve las rosas de oro y el vellón de nieve. Tendida para ti la fresca parcha⁸ en enramadas de verdor lozano, cuelga de sus sarmientos trepadores nectáreos globos y franjadas flores; y para ti el maíz, jefe altanero de la espigada tribu, hinche su grano; y para ti el banano⁹ desmaya al peso de su dulce carga; el banano, primero de cuantos concedió bellos presentes Providencia a la gentes del Ecuador feliz con mano larga. No ya de humanas artes obligado el premio rinde opimo:

no es a la podadera, no al arado
 deudor de su racimo;
 escasa industria bástale, cual puede
 hurtar a sus fatigas mano esclava:
 crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 adulta prole en torno le sucede.
 Mas ¡oh! si cual no cede
 el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
 y como de natura esmero ha sido,
 de tu indolente habitador lo fuera:
 ¡oh! ¡si al falaz rüido
 la dicha al fin supiese verdadera
 anteponer, que del umbral le llama
 del labrador sencillo,
 lejos del necio y vano
 fausto, el mentido brillo,
 el ocio pestilente cuidadano!
 ¿Por qué ilusión funesta
 aquéllos que fortuna hizo señores
 de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
 al cuidado abandonan
 y a la fe mercenaria
 las patrias heredades,
 y en el ciego tumulto se aprisionan
 de miseras ciudades,
 do la ambición proterva
 sopla la llama de civiles bandos,
 o el patriotismo la desidia enerva¹⁰;
 do el lujo las costumbres atosiga
 y combaten los vicios
 la incauta edad en poderosa liga?...
 ¿Y será que se forman de ese modo
 los ánimos heroicos denodados
 que fundan y sustentan los Estados?
 ¿De la algazara del festín beodo,
 o de los coros de liviana danza,
 la dura juventud saldrá, modesta,
 orgullo de la patria y esperanza?
 ¿Sabrá con firme pulso
 de la severa ley regir el freno;
 brillar en torno aceros homicidas
 en la dudosa lid verá sereno:
 o animoso hará frente al genio altivo
 del engreído mando en la tribuna,
 aquél que ya en la cuna
 durmió al arrullo del cantar lascivo,
 que riza el pelo, y se unge, y se atavía
 con femenil esmero,
 y en indolente ociosidad el día,
 o en criminal lujuria, pasa entero?
 No así trató la triunfadora Roma
 las artes de la paz y de la guerra;
 antes fió las riendas del Estado
 a la mano robusta
 que tostó el sol y encalleció el arado:
 y bajo el techo humoso campesino
 los hijos educó, que el conjurado
 mundo allanaron al valor latino...

Allí también deberes
 hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
 heridas de la guerra: el fértil suelo,
 áspero ahora y bravo,
 al desacostumbrado yugo torne

del arte humana, y le tribute esclavo;
 del obstruido estanque y del molino
 recuerden ya las aguas el camino:
 el intrincado bosque el hacha rompa,
 consuma el fuego: abrid en luengas calles
 la oscuridad de su infructuosa pompa.
 Abrigo den los valles
 a la sedienta caña;
 la manzana y la pera
 en la fresca montaña
 el cielo olviden de su madre España:
 adorne la ladera
 el cafetal: ampare
 a la tierna teobroma¹¹ en la ribera
 la sombra maternal de su bucare¹².
 Aquí el vergel, allá la huerta ría....
 ¿Es ciego error de ilusa fantasía?
 Ya dócil a tu voz, Agricultura,
 nodriza de las gentes, la caterva
 servil armada va de corvas hoces;
 mírola ya que invade la espesura
 de la floresta opaca; oigo las voces;
 siento el rumor confuso; el hierro suena;
 los golpes del lejano
 eco redobla; gime el ceibo anciano,
 que a numerosa tropa
 largo tiempo fatiga:
 batido de cien hachas se estremece
 estalla al fin, y rinde el ancha copa.
 Huyó la fiera: deja el caro nido,
 deja la prole implume
 el ave, y otro bosque no sabido
 de los humanos, va a buscar doliente...
 ¿Qué miro? Alto torrente
 de sonora llama
 corre, y sobre las áridas rüinas
 de la postrada selva se derrama.
 El raudo incendio a gran distancia brama,
 y el humo en negro remolino sube,
 aglomerando nube sobre nube.
 Ya de lo que antes era
 verdor hermoso y fresca lozanía,
 sólo difuntos troncos,
 sólo cenizas quedan, monumento
 de la dicha mortal, burla del viento.
 Mas al vulgo bravo
 de las tupidas plantas montaraces
 sucede ya el fructífero plantío
 en muestra ufana de ordenadas haces.
 Ya ramo a ramo alcanza,
 ya a los rollizos tallos hurta el día:
 ya la primera flor desvuelve el seno,
 bello a la vista, alegre a la esperanza:
 a la esperanza, que riendo enjuga
 del fatigado agricultor la frente,
 y allá a lo lejos el opimo fruto,
 y la cosecha apañadora pinta,
 que lleva de los campos el tributo...

El corazón lozano
 que una feliz oscuridad desdeña,
 que en el azar sangriento del combate
 alborozado late,
 y codicioso de poder o fama,

nobles peligros ama;
 baldón estime sólo y vituperio
 el prez¹³ que de la patria no reciba,
 la libertad más dulce que el imperio,
 y más hermosa que el laurel la oliva.
 Ciudadano el soldado,
 deponga de la guerra la librea:
 el ramo de victoria
 colgado al ara de la patria sea,
 y sola adorne al mérito la gloria.
 De su triunfo entonces, patria mía,
 verá la paz el suspirado día;
 la paz, a cuya vista el mundo llena
 alma serenidad y regocijo,
 vuelve alentado el hombre a la faena,
 alza el ancla la nave, a las amigas
 auras encomendándose animosa,
 enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
 y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
 alzáis sobre el atónito Occidente
 de tempranos laureles la cabeza!
 Honrad el campo, honrad la simple vida
 del labrador, y su frugal llaneza.
 Así tendrán en vos perpetuamente
 la libertad morada,
 y freno la ambición, y la ley templo.
 Las gentes a la senda
 de la inmortalidad, ardua y fragosa,
 se animarán, citando vuestro ejemplo.
 Lo emulará celosa
 vuestra posteridad, y nuevos nombres
 añadiendo la fama
 a los que ahora aclama,
 "Hijos son éstos, hijos
 (pregonará a los hombres)
 de los que vencedores superaron
 de los Andes la cima:
 de los que en Boyacá, los que en la arena
 de Maipo y en Junín, y en la campaña
 gloriosa de Apurima
 prostrar supieron al león de España".

NOTAS: ¹ Molusco que segrega un licor muy usado por los antiguos para teñir. — ² Llámase también *pita*, *henequén* y *maguey*. Incisiones en su tronco producen un líquido azucarado, de que se hace la bebida llamada *pulque*. — ³ Vallé y meseta central de Méjico. — ⁴ Perífrasis con que designa el tabaco. — ⁵ Es el café o cafeto; *sabeo* por la región de Sabá (Arabia), donde abunda ese árbol y donde se encuentra Moka, puerto exportador de excelente café. — ⁶ Uno de los nombres de Baco, dios del vino. — ⁷ Proporciona leche, vino, aceite, pan, fruta, cera, hortaliza, leña, vestido, cuerdas, etc. — ⁸ Nombre genérico de muchas plantas pasiflóreas o pasionarias. — ⁹ Recurso principal de subsistencia para los esclavos. — ¹⁰ Esta oración ofrece alguna ambigüedad gramatical, si bien nó lógica. — ¹¹ *Teobroma*, de "teós" (dios) y "broma" (alimento), significa en griego alimento de los dioses. Es lo que con nombre más común se llama cacao. La Ac. lo trae como masculino. — ¹² Árbol de unos 10 metros de altura que con su sombra protege los plantíos de café y cacao, en Venezuela. — ¹³ *Voz* derivada del latín "prætium" es de género ambigüo: masculina o femenina. Esta última forma es la que priva entre nosotros.

c) Del DISCURSO pronunciado al inaugurar la Universidad de Chile

1. Recompensas de las ciencias y las letras

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigiliás que se les consagran. No hablo de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas; no hablo de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio. A pocos es permitido esperarlas. Hablo de los placeres más o menos elevados, más o menos intensos, que son comunes a todos los rangos en la república de las letras. Para el entendimiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer; placer que, como dice un filósofo escocés, sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos en daño nuestro y de la sociedad. Cada senda que abren las ciencias al entendimiento cultivado, le muestra perspectivas encantadas; cada nueva faz que se le descubre en el tipo ideal de la belleza, hace estremecer deliciosamente el corazón humano, criado para admirarla y sentirla. El entendimiento cultivado oye, en el retiro de la meditación, las mil voces del coro de la naturaleza: mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbrá sus vigiliás. Para él sólo, se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza; para él sólo, se atavía la creación de toda su magnificencia, de todas sus galas. Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso. Sócrates, en vísperas de beber la cicuta, ilumina su cárcel con las más sublimes especulaciones

que nos ha dejado la antigüedad gentílica sobre el porvenir de los destinos humanos. Dante compone en el destierro su *Divina Comedia*. Lavoisier pide a sus verdugos un plazo breve para terminar una investigación importante. Chénier, aguardando por instantes la muerte, escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo:

*Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire
anime la fin d' un beau jour,
au pied de l'échafaud j'essaie encore ma lyre.*

Cual rayo postrero,
cual aura que anima
el último instante
de un hermoso día,
al pie del cadalso,
ensayo mi lira.

Tales son las recompensas de la letras; tales son sus consuelos. Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan, todavía, algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas. Ellas han hecho aun más por mí; me alimentaron en mi larga peregrinación, y encaminaron mis pasos a este suelo de libertad y de paz, a esta patria adoptiva, que me ha dispensado una hospitalidad tan benévola.

2. Cultivo de la poesía

¿Y pudiera yo, señores, dejar de aludir, aunque de paso, en esta rápida reseña, a la más hechicera de las vocaciones literarias, al aroma de la literatura, al capital corintio, por decirlo así, de la sociedad culta? ¿Pudiera, sobre todo, dejar de aludir a la excitación instantánea que ha hecho aparecer sobre nuestro horizonte esa constelación de jóvenes ingenios que cultivan con tanto ardor la poesía? Lo diré con ingenuidad; hay incorrección en sus versos; hay cosas que una razón castigada y severa condena. Pero la corrección es la obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que en

un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que, en las almas chilenas arde también el fuego divino, de que por una preocupación injusta, se las había creído privadas? Muestras brillantes, y no limitadas al sexo que entre nosotros ha cultivado hasta ahora casi exclusivamente las letras, la habían refutado ya. Ellos la han desmentido de nuevo. Yo no sé si una predisposición parcial hacia los ensayos de las inteligencias juveniles, extravía mi juicio. Digo lo que siento: hallo en esas obras destellos incontestables del verdadero talento, y aun con relación a algunas de ellas, pudiera decir del verdadero genio poético. Hallo en algunas de esas obras una imaginación original y rica, expresiones felizmente atrevidas, y (lo que parece que sólo pudo dar un largo ejercicio) una versificación armoniosa y flúida, que busca de propósito las dificultades para luchar con ellas, y sale airoso de esta arriesgada prueba. La universidad, alentando a nuestros jóvenes poetas, les dirá tal vez: "Si queréis que vuestro nombre no se quede encarcelado entre la cordillera de los Andes y la mar del Sur, recinto demasiado estrecho para las aspiraciones generosas del talento; si queréis que os lea la posteridad, haced buenos estudios, principiando por el de la lengua nativa. Haced más, tratad asuntos dignos de vuestra patria y de la posteridad. Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Saffo: la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras:

...Musárum sacerdotes,
virginibus puerisque canto.
HORACIO.

¿Y cuántos temas grandiosos no os presenta ya vuestra joven república? Celebrad

sus grandes días; tejed guirnaldas a sus héroes; consagrad la mortaja de los mártires de la patria". La universidad recordará al mismo tiempo a la juventud aquel consejo de un gran maestro de nuestros días: "Es preciso, decía Goethe, que el arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía".

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios del mismo Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción, y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria: libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

7. - José María de Heredia *

(1803-1839)

Abogado cubano, fué desterrado de su patria por conspirar contra España. Después de vivir un tiempo en Estados Unidos, se fijó en México, donde fué magistrado judicial y falleció a los 36 años. Comparte con la Avellaneda el cetro de la lírica de Cuba, y es, sin disputa, una de las glorias más excelsas del Parnaso

* No se lo confunda con su homónimo, también cubano, y primo suyo (1842-1905), que fué primer sonetista francés, autor de "Trophées".

americano; pero nó por sus composiciones eróticas, que no pasan de mediocres, ni por las de inspiración política, sino por las de carácter descriptivo. Dan a éstas cuño reciamente personal su talento de síntesis y el tono meditativo y dulcemente melancólico con que poetiza sus



José María de Heredia

soberbias pinturas de la naturaleza americana. Muchas veces entonces se ciernen en lo sublime. En Heredia influyeron Quintana, Gallego, Chateaubriand, Byron y, singularmente, Cienfuegos, con quien guarda mucha afinidad. El mayor número de sus composiciones adolece de falta de corrección y pureza, desigualdades, insignificancias, pobreza léxica, como que su existencia breve y agitada no permitió que su gusto estético y su cultura llegaran a plena sazón. Sin embargo, le pertenecen unas contadas poesías que no desdeñarían los vates más inspirados: La tempestad, Al océano, Himno al Sol, La muerte del toro, y sus obras maestras El Niágara y En el Teocalli de Cholula. Compuso algunas obras dramáticas y adaptó otras de Chenier, Voltaire, Alfieri, Jouy, Ducis, etc.

a) En el Teocalli¹ de Cholula²

De esta verdadera joya literaria dejó escrito M. y Pelayo: "Reconociendo todos los méritos de esta soberbia inspiración, de esta «catarata de poesía» (El Niágara), mi particular preferencia recae más bien sobre la meditación En el Teocalli de Cholula, que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más esmerada en los

detalles y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento; verdadera poesía de puesta de sol, a un tiempo melancólica y espléndida. Si no supiéramos que esta composición tiene la fecha de diciembre de 1820.... nos resistiríamos a creer que fuese obra de un mozo de diez y ocho años, aunque de precocidad inaudita. Nunca mostró tan elevada y recta contemplación del mundo y de la historia, como en esta poesía magistral *....

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban los aztecas³: valientes! En su seno en una estrecha zona concentrados con asombro se ven todos los climas que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos cubren a par de las doradas mieses las cañas deliciosas. El naranjo y la piña y el plátano sonante, hijos del suelo equinoccial, se mezclan a la frondosa vid, al pino agreste, y de Minerva al árbol majestuoso⁴. Nieve eternal corona las cabezas de Iztaccihuatl purísimo, Orizaba y Popocatepec⁵; sin que el invierno toque jamás con destructora mano los campos fertilísimos, do ledo los mira el indio en púrpura ligera y oro teñirse, reflejando el brillo del sol en Occidente, que sereno en hielo eterno y perennial verdura a torrentes vertió su luz dorada, y vió a Naturaleza conmovida con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa las alas en silencio ya plegaba y entre la hierba y árboles dormía, mientras el ancho sol su disco hundía detrás de Iztaccihuatl. La nieve eterna, cual disuelta en mar de oro, semejaba temblar en torno de él; un arco inmenso que del empíreo en el cenit finaba como espléndido pórtico del cielo de luz vestido y centellante gloria, de sus últimos rayos recibía los colores riquísimos. Su brillo desfalleciendo fué: la blanca luna y de Venus la estrella solitaria⁶ en el cielo desierto se veían. ¡Crepúsculo feliz! Hora más bella que la alma noche y el brillante día, ¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa Cholulteca pirámide⁷. Tendido el llano inmenso que ante mí yacía, los ojos a espaciarse convidaba. ¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría que en estos bellos campos reinaalzada la bárbara opresión, y que esta tierra brota mieses tan ricas, abonada con sangre de hombres, en que fué inundada por la superstición y por la guerra?

Bajó la noche en tanto. De la esfera

el leve azul, obscuro y más obscuro se fué tornando: la movible sombra de las nubes serenas, que volaban por el espacio en alas de la brisa, era visible en el tendido llano. Iztaccihuatl purísimo volvía⁸ del argentado rayo de la luna el plácido fulgor, y en el Oriente bien como puntos de oro centellaban mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo, fuentes de luz, que de la noche umbría ilumináis el velo, y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba y al ocaso fulgente descendía con lentitud, la sombra se extendía del Popocatepec, y semejaba fantasma colosal. El arco obscuro a mí llegó, cubrióme, y su grandeza fué mayor y mayor, hasta que al cabo en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime, que velado en vapores transparentes sus inmensos contornos dibujaba de Occidente en el cielo. ¡Gigante del Anáhuac⁹! ¿Cómo el vuelo de las edades rápidas no imprime alguna huella en tu nevada frente? Corre el tiempo veloz, arrebatando años y siglos, como el norte fiero precipita ante sí la muchedumbre de las olas del mar. Pueblos y reyes viste hervir a tus pies, que combatían cual hora combatimos, y llamaban eternas sus ciudades, y creían fatigar a la tierra con su gloria. Fueron¹⁰: de ellos no resta ni memoria. ¿Y tú eterno serás? Tal vez un día de tus profundas bases desquiciado caerás; abrumará tu gran ruina al yermo Anáhuac; alzaránse en ella nuevas generaciones, y orgullosas que fuiste negarán...

Todo perece por ley universal. Aun este mundo tan bello y tan brillante que habitamos, es el cadáver pálido y deforme de otro mundo que fué...

En tal contemplación embebecido sorprendióme el sopor. Un largo sueño de glorias engolfadas y perdidas en la profunda noche de los tiempos, descendió sobre mí. La agreste pompa de los reyes aztecas desplegóse a mis ojos atónitos. Veía, entre la muchedumbre silenciosa de emplumados caudillos, levantarse el déspota salvaje en rico trono de oro, perlas y plumas recamado; y al són de caracoles belicosos¹¹ ir lentamente caminando al templo la vasta procesión, de la aguardaban sacerdotes horribles, salpicados

* "Historia de la poesía hispano-americana", I, p. 236.

con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
las bajas frentes en el polvo hundía
y ni mirar a su señor osaba,
de cuyos ojos férvidos brotaba
la saña del poder.

Tales ya fueron
tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
su vil superstición y tiranía
en el abismo del no sér se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
hiriendo al par al déspota y esclavo,
escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
tu insensatez oculta y tus furores
a la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
vió a la superstición más inhumana
en ella entronizarse. Oyó los gritos
de agonizantes víctimas, en tanto
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
les arrancaba el corazón sangriento;
miró el vapor espeso de la sangre
subir caliente al ofendido cielo
y tender en el sol fúnebre velo,
y escuchó los horrendos alaridos
con que los sacerdotes sofocaban
el grito del dolor.

Muda y desierta
ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
que semanas de siglos yazcas yerma,
y la superstición a quien serviste
en el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
sé lección saludable; y hoy que el hombre
al cielo, cual Titán, trueno orgulloso,
sé ejemplo ignominioso
de la demencia y del furor humano.

NOTAS: ¹ Voz proveniente del mejicano *teotl* (dios) y *calli* (casa). Significa: templo de los antiguos dioses mejicanos. Ha pasado a ser nombre común. Se ha escrito también *teucali* y *teocali*. Este último es el que figura en el Dicc. Ac. — ² Distrito del Estado de Puebla (Méjico). — ³ Invasores y dominadores del antiguo Méjico. — ⁴ El olivo, cuya creación atribuye la fábula a la diosa. — ⁵ Son tres montes volcánicos de más de 5000 metros cada uno. El Orizaba llega a 5700. Al primero, por su figura, lo llaman vulgarmente **la mujer blanca**. El nombre del tercero, que algunos escriben también Popocatepetl significa, en azteca, **montaña humeante**. — ⁶ Es la que llaman también **Héspero** y, más vulgarmente, el **Lucero**. — ⁷ Forma de pirámide tenían los templos aztecas. Esta medía 439 metros de lado (dos veces mayor que la egipcia de Cheops) y 54 metros de altura. La plataforma superior, a la cual llevaba una escalera de 120 gradas, medía 65 metros de lado. — ⁸ Devolvía, reflejaba. — ⁹ Nombre azteca de la altiplanicie en que se asienta la capital mejicana. — ¹⁰ Aquí está empleado el verbo **ser** en su significación intransitiva de **existir**. Lo mismo seis versos más abajo. — ¹¹ Caracoles grandes de forma cónica, que, abiertos por el vértice y soplando por él, producen sonido como de trompa.

b) Al Niágara

Dadme¹ mi lira, dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo

en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz!... Niágara undoso,
sólo tu faz sublime ya podría
tornarme el dón divino, que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
tu trueno aterrador; disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan;
y déjame mirar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre,
lo común y mezquino desdeñando,
ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé. Vi al Océano²,
azotado del austro proceloso
combatir mi bajel, y ante mis plantas
sus abismos abrir; y amé el peligro,
y sus iras amé; mas, su fiera
en mi alma no dejara
la profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego
en ásperos peñascos quebrantado,
te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la sirte rugiente
la aterradora faz? El alma mía
en vagos pensamientos se confunde
al contemplar la férvida corriente,
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo; mil olas
cual pensamiento rápidas pasando,
chocan, y se enfurecen,
y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... El abismo horrendo
devora los torrentes despeñados;
crúzanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
rómpe se el agua, y salta, y una nube
de revueltos vapores
cubre el abismo en remolinos, sube,
gira en torno, y al cielo
cual pirámide inmensa se levanta
y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
al rededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de la brisa del Océano
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
ni otra corona que el agreste pino
a tu terrible majestad conviene.

La palma, y mirto, y delicada rosa,
 muelle placer inspiren y ocio blando
 en frívolo jardín: a ti la suerte
 guardó más digno objeto y más sublime.
 El alma libre, generosa y fuerte
 viene, te ve, se asombra,
 menosprecia los frívolos deleites,
 y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! En otros climas
 vi monstruos execrables,
 blasfemando tu nombre sacrosanto,
 sembrar error y fanatismo impío,
 los campos inundar con sangre y llanto,
 de hermanos atizar la infanda guerra
 y desolar frenéticos la tierra.
 Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
 en grave indignación. Por otra parte
 vi mentidos filósofos que osaban
 escutar tus misterios, ultrajarte,
 y de impiedad al lamentable abismo
 a los míseros hombres arrastraban.
 Por eso siempre te buscó mi mente
 en la sublime soledad: ahora
 entera se abre a ti; tu mano siente
 en esta inmensidad que me circunda,
 y tu profunda voz baja a mi seno
 de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
 ¡Cómo tu vista el ánimo enajena,
 y de terror y admiración me llena!
 ¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
 por tantos siglos tu inexhausta fuente?
 ¿Qué poderosa mano
 hace que al recibirte
 no rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
 cubrió tu faz de nubes agitadas,
 dió su voz a tus aguas despeñadas,
 y ornó con su arco tu terrible frente.
 Miro tus aguas que incansables corren,
 como el largo torrente de los siglos
 rueda en la eternidad: así del hombre
 pasan volando los floridos días,
 ¡y despierta al dolor!... ¡Ay! ya agotada
 siento mi juventud, mi faz marchita,
 y la profunda pena que me agita
 ruga³ mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
 mi mísero aislamiento, mi abandono,
 mi lamentable desamor... ¿Podría
 un alma apasionada y borrascosa
 sin amor ser feliz?...

¡Ay! desterrado,
 sin patria, sin amores,
 sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
 oye mi última voz: en pocos años
 ya devorado habrá la tumba fría
 a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
 cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso,
 al contemplar tu faz algún viajero,
 dar un suspiro a la memoria mía!

Y yo, al hundirse el sol en occidente,
 vuela gozoso do el Criador me llama,
 y al escuchar los ecos de mi fama
 alce en las nubes la radiosa frente.

NOTAS: ¹Otras ediciones traen: **templad**. En muchos otros versos de esta composición hay notables variantes entre los diversos antologistas. Sigo de preferencia la edición de Oyuela en su "Antología poética". — ²Léase: **oceano**, por licencia poética. — ³Verbo menos usado que **arrugar**.

8. - José Eusebio Caro

(1817-1853)

Colombiano, diputado, ministro de Hacienda, debió, por motivos políticos, emigrar a Estados Unidos. Fué periodista de prosa correcta y elegante y poeta román-



José Eusebio Caro

tico de estro apasionado, varonil y personalísimo. "Por ser gran corazón, es gran poeta", dijo de él Rafael Pombo. A la hondura de sentimiento y fervor de imaginación suele Caro asociar sólida filosofía, la cual a veces, por recargada, le hace incurrir en prosaísmos. Como romántico, agradóle ensayar metros y ritmos no usados y tal vez raros, que comunican cierta rudeza a su poesía. "La extraña y selvática grandeza de la poesía de Caro, dice Menéndez y Pelayo, procede enteramente de la grandeza moral del hombre, que fué acabado tipo de valor y dignidad humana". Sus composiciones más celebradas son: El hacha del proscrito, En alta mar, Héctor, Despedida de la patria, El bautismo, etc.

a) El hacha del proscrito

¡Fina brillas, hacha mía,
ancha, espléndida, cortante,
que abrirás la frente al toro
que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
voy contigo a sepultarme,
que los hombres ya me niegan
una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
de la casa de mis padres,
¡y hoy también el extranjero
me ha cerrado sus hogares!
¡Vamos, pues, que ya estoy listo!...
¡Oh! salgamos de estas calles
do el dolor del desterrado
nadie entiende ni comparte.¹

*¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:
¡vén, sígueme en los días
de mi vejez!*

Yo, durante nuestra fuga,
tengo al hombro de llevarte,
y un bordón en ti y apoyo
hallaré cuando me canse.
De travéz sobre el torrente
que mi planta en vano ataje,
tú echarás del borde el árbol
por el cual descalzo pase.
Si del norte al viento frío
mis quijadas tiritaren,
tú derribarás los ramos
y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
tú prepararás mi carne,
la caverna a que me acoja,
¡y hasta el lecho en que descanse!

*¡Ay tú me entretenías
en mi niñez:
¡Ayúdame en los días
de mi vejez!*

A mi alcance y a mi diestra,
muda, inmóvil, formidable,
me harás guardia, cuando el sueño
en mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
si el clamor de los salvajes,
acercándose en la noche,
del peligro me avisaren;
en mi mano apercebida²
te alzarás para el combate;
¡y del triunfo o la derrota
siempre llevarás tu parte!
¡Ay! la luz del nuevo día
nos verá en otros lugares:
¡Débil yo, cansado y triste,
roja tú con fresca sangre!

*¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:
¡defiéndeme en los días
de mi vejez!*

De camino veré a veces
las lejanas capitales
relumbrar al tibio rayo
de los soles de la tarde.
¡Y esos rayos vespertinos
jugarán al reflejarse,
cual relámpagos de oro,
en tu hierro centellante!
O, del mar a la alta orilla,
los pies sueltos en el aire,
cantaré yo al sol y al viento
de la Patria los romances;

y a la roca tú de lomo
sin cesar dando en la base,
el compás irás notando
con tus golpes resonantes.

*¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:
¡consuélame en los días
de mi vejez!*

¡Sí, consuelo del proscrito!
¡Oh! ¡jamás aquí le faltés!
¡Ay! ¡de cuanto el triste llora,
si es posible, veces hazle!
Patria, amigos, madre, hermanos,
tiernos hijos, dulce amante;
cuanto amé, cuanto me amaba
¡vas tú sola a recordarme!
Nunca, nunca, pues, me dejes:
¡Sígueme a mis soledades!
No abandones al proscrito
¡sin que al fin su tumba excaves!
Por el mango hundida en tierra,
¡tu hoja se alzaré en los aires,
de los picos de los buitres
defendiendo mi cadáver!

*¡Ay! tú me entretenías
en mi niñez:
¡sepúltame en los días
de mi vejez!*

NOTA: ¹ Emplea el poeta, como se observa, la forma de romance, menos en la especie de de estribillo, que lleva consonantes alternados. — ² Nótese que este adjetivo *apercebida* está aquí empleado en acepción correcta y castiza: preparada, pronta.

b) En boca del último inca¹

Ya de los blancos el cañón huyendo,
hoy a la falda del Pichincha vine,
como el sol vago, como el sol ardiente,
como el sol libre.

¡Padre Sol, oye! Por el polvo yace
de Manco² el trono; profanadas gimen
tus santas aras; yo te ensalzo solo,
¡solo, mas libre!

¡Padre Sol, oye! Sobre mí la marca
de los esclavos señalar no quise
a las naciones; a matarme vengo,
¡a morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
cuando comiences en ocaso a hundirte,
sobre la cima del volcán tus himnos
cantando libre.

Mañana sólo, cuando ya de nuevo
por el oriente tu corona brille,
tu primer rayo dorará mi tumba,
¡mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajaré del cielo;
sobre ella el cóndor, que en las cumbres vive,
pondrá sus huevos y armará su nido
ignoto y libre.³

NOTA: ¹ El último inca es Manco Cápac II, hijo de Atahualpa, vencido por los españoles en 1537. — ² Se refiere a Manco Cápac I, fundador del imperio incásico. — ³ La estrofa que ha adoptado aquí el poeta es la denominada *sáfica*: tres versos endecasílabos con acento en las sílabas 4ª y 8ª, con pausa después de la 5ª sílaba, y el último verso pentasílabo, generalmente adónico.

c) Acordaos de los pobres

Cuando en la fiesta del invierno helado
oyes vibrar la orquesta animadora
y rápidas girar ves a tu lado
las parejas en danza seductora;
cuando de tu salón artesonado
te embelesa la pompa brillante,
¿no tiemblas al pensar que sin abrigo,
a tu puerta, sin pan, gime un mendigo?

¡Un mendigo que mira tu grandeza,
tras largas horas de fatal vigilia,

y dice: "¡Qué esplendor, cuánta riqueza, mientras ni un pan merece mi familia! ¡Cuánto para un solo!..." ¿A la pobreza por qué el rico, Señor, por qué no auxilia, cuando la sobra del festín grandioso pudiera a tanto pobre hacer dichoso?...";

y que con aflicción mira y compara tu regío hogar con su infeliz vivienda, donde el terrible hielo no repara el fuego... ¡pues no hay leña que lo encienda!; que ve que le negó la suerte avara un techo que del agua lo defienda, y que si a ti el placer te causa hastío, de angustia su mujer muere, y de frío!...

¡Dura ley que uno goce y ótro envidie!... ¡Que el rico triunfe y que padezca el pobre!... ¡Que triste el uno con la angustia lidie sin que haya bien, que al rico no le sobre!... Dad ¡dichosos del mundo!...; no os fastidie el ruego del dolor; no hagáis que os cobre en un día fatal vida y riqueza, aquel Dios que honró tanto la pobreza...

Miraos sin cesar en el espejo del que a los pobres convidó a su mesa y les dijo: "¡Por pan mi carne os dejo! ¡Para vuestra salud mi carne es ésa!" Su ejemplo no olvidéis ni su consejo: Dios por la caridad las obra pesa, y al que en la tierra al pobre ama y protege, Él en el cielo la corona teje...

¡Dad! y el Señor que cuida los hogares hará que sanos vuestros hijos crezcan, y que con sus encantos, vuestros lares lindas hijas alumbren y embellezcan... que jamás os aflijan los pesares, que vuestros campos con primor florezcan, y si un día ante Dios sois acusados, ¡a los pobres tendréis por abogados!...

9. - Gertrudis Gómez de Avellaneda

(1814-1873)

Cubana de Puerto Príncipe, se fijó desde 1836 en España. La Habana la coronó, como incomparable poetisa, en 1860. Cultivó la novela histórico-romántica con éxito mediocre. Más brillantes laureles cosechó en el teatro con Alfonso Muñoz (44), Baltasar (58), etc., de carácter clásico-romántico. Su estro lírico, de empuje varonil, singularizase por lo sentido del calor y elocuencia y lo sublime del pensamiento. Figura honrosamente entre los más insignes maestros de la técnica: es creadora de varias formas métricas cadenciosas. Valera ha dicho de ella: "No tiene rival, ni aun fuera de España, a no ser que retrocedamos hasta las Safo y Corinas de los más gloriosos tiempos de Grecia o busquemos

en la Italia del Renacimiento la gentil figura de Vitoria Colonna... No hay cuerda del alma que no vibre potente y sonora en las canciones de la excelsa



Gertrudis Gómez de Avellaneda

poetisa, que en lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión no cede a ninguno de los románticos, ni a Alfredo de Musset en Francia, ni a Espronceda entre los nuestros".

a) A la Poesía

¡Oh tú, del alto cielo
precioso dón, al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
de mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,
dicta el acento de la lira mía!

Dictalo, sí; que enciende
tu amor mi seno, y sin cesar ansío
la poderosa voz, que espacios hiende,
para aclamar tu excelso poderío,
y en la naturaleza augusta y bella
buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado
quien, al fulgor de tu hermosura ciego,
en su alma inerte y corazón helado
no abriga un rayo de tu dulce fuego!
¡Que es el mundo, sin ti, templo vacío,
cielo sin claridad, cadáver frío!

Mas yo doquier te miro;
doquier el alma, estremecida, siente
tu influjo inspirador. El grave giro
de la pálida luna, el refulgente
trono del sol, la tarde, la alborada...
todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira
te halla mi mente. Si huracán violento
zumba y levanta el mar, bramando de ira;
si con rumor responde soñoliento
plácido arroyo al aura que suspira...
tú alargas para mí cada sonido
y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,
a la apacible y dulce primavera,
al grave otoño y al invierno cano
me embellece tu mano lisonjera:
que alcanzan, si los pintan tus colores,
calor el hielo, eternidad las flores.

¿Qué a tu dominio inmenso
no sujetó el Señor? En cuanto existe
hallar tu ley y tus misterios pienso;
el universo tu ropaje viste,
y en su conjunto armónico demuestra
que tú guñaste la hacedora diestra.

¡Hablas! Todo renace;
tu creadora voz los yermos puebla;
espacios no hay que tu poder no enlace;
y rasgando del tiempo la tiniebla,
de lo pasado al descubrir ruínas,
con tu mágica voz las iluminas.

Por tu acento apremiados,
levántanse del fondo del olvido,
ante tu tribunal, siglos pasados;
y el fallo que pronuncias, transmitido
por una y otra edad en rasgos de oro,
eterniza su gloria o su desdoro.

Tu genio independiente
rompe las sombras del error grosero;
la verdad preconiza; de su frente
vela con flores el rigor severo;
dándole al pueblo, en bellas creaciones,
de saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime
ennoblece la lid; tu épica trompa
brillo eternal en el laurel imprime;
al triunfo presta inusitada pompa;
y los ilustres hechos que proclama
fatiga son del eco de la fama.

Mas, si entre gayas flores,
a la beldad consagras tus acentos;
si retratas los tímidos amores;
si enalteces sus rápidos contentos;
a despecho del tiempo, en tus anales
beldad, placer y amor son inmortales...

¡Oh! No orgullosa aspiro
a conquistar el lauro refulgente
que humilde acato y entusiasta admiro
del gran Petrarca¹ en la inspirada frente:
ni ambicionan mis labios juveniles
el clarín sacro del cantor² de Aquiles³.

Nó tan ilustres huellas
seguir es dado a mi insegura planta...
Mas, abrasada al⁴ fuego que destellas,
¡oh genio bienhechor! a tu ara santa

mi pobre ofrenda estremecida elevo,
y una sonrisa a demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas
de mi lozana juventud se lleve
el veloz tiempo en sus potentes alas,
y huyan mis dichas como el humo leve,
serás aún mi sueño lisonjero,
y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entonces,
¡virgen de paz, sublime Poesía!
no trasmirir en mármoles ni en bronces
con rasgos tuyos la memoria mía;
sólo arrullar, cantando, mis pesares,
a la sombra feliz de tus altares.

NOTAS: ¹ Gran humanista y lírico italiano de Arezzo (1304-1374). — ² Homero (siglo X a. de J. C.). — ³ El más ilustre de los griegos sitiadores de Troya y héroe principal de la *Iliada*. — ⁴ El régimen ordinario de abrasar es de o en.

b) Al partir

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba¹! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma, diligente,
para arrancarme del nativo suelo,
las velas iza, y, pronta a su desvelo,
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, Edén² querido!
Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído.

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela;
el ancla se alza; el buque, estremecido,
las alas corta y silencioso vuela.

NOTAS: ¹ Recuérdese que en Cuba nació la Avellaneda. — ² Es el nombre del Paraíso terrenal. Se lo emplea metafóricamente para significar un sitio muy ameno y delicioso.

c) Al mar

Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento,
por un instante acalla el hórrido bramar:
y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
o en tu húmeda llanura, tranquilo reposar.

Del infinito imagen, terrífica y sublime,
concíbete la mente, temblando el corazón;
tu inmensidad severa con su poder me oprime,
y comprenderte no osa mi tímida razón.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;
se pierde recorriendo tu vasta soledad;
absorta, si contemplo tu indómita pujanza;
atónita, si admiro tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible que reinas en su seno
y oscilación perpetua le imprimes sin cesar!
¿Qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

¿Al mundo acaso cuentas el poderoso arcano
que en el abismo inmenso, sepulta tu poder?

¿O luchas blasfemando con la potente mano
que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
para escalar el cielo montañas levantar,
y al trueno de la altura, tu trueno respondía
cual si el furor divino quisieses insultar.

Mas luego, quebrantado tu poderoso orgullo,
atleta ya vencido, mirábate rendir,
y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
rodabas por la arena tus olas de zafir.

Entonces tu ribera buscaba complacida,
gozando de tu calma mi ardiente corazón;
y acaso los pesares de mi agitada vida
adormeció un momento dulcísima ilusión.

Tal vez cuando en la playa, tus olas me seguían,
mirándolas y oyendo su plácido rumor,
— “Palacios te guardamos (pensé que me decían),
“ en antros solitarios, ignotos al dolor.

“ ¡Ven, pues, a nuestros brazos! apaga en nuestros
“ el fuego que devora tu estéril juventud; [senos
“ vén, pues, alma doliente, y gozarás al menos
“ en húmedos abismos pacífica quietud.

“ Si a veces nos alzamos, terribles, violentas
“ vorágines abriendo con hórrido fragor,
“ en tu alma se levantan más férvidas tormentas,
“ y nunca nuestra calma sucede a su furor.

[dona

“ Vén, pues; a nuestro impulso tranquila te aban-
“ que nuestros brazos fríos, descanso y paz te den;
“ de perlas y corales ciñéndote corona
“ que apaguen los latidos de tu abrasada sien ”.

ch) A la Virgen (Plegaria)

Vos, entre mil escogida,
de luceros coronada;
Vos, de escollos preservada
en los mares de la vida;
Vos, radiante de hermosa,
¡Virgen pura!
de toda virtud modelo;
flor trasplantada del suelo
para brillar en la altura;...

Vos, que ocupáis regio asiento
en la patria eterna y santa,
y tenéis de vuestra planta
por alfombra el firmamento...
volved, Señora, los ojos
sin enojos
a esta mujer solitaria,
que os dirige su plegaria
de su destierro entre abrojos...

Campo estéril, seco arroyo,
donde no juegan las brisas,
mi infancia no tuvo risas,
ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna,

y sin luna,
fué la noche tormentosa
que vine al mundo llorosa...
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!... No existe
ni patria ni hogar querido...
¡Soy el pájaro sin nido!
¡Soy sin olmo hiedra triste!
Cada sostén de mi vida
desvalida
fué por el rayo tronchado,
y débil caña he quedado,
de aquilones combatida...

Seres hay en este suelo
que enigmas son de amargura;
ni el cielo les da ventura,
ni el mundo les da consuelo;
¿para qué fueron lanzados
¡desgraciados!
a la existencia estos seres,
entre risas y placeres
a padecer condenados?

Mas los misterios venero
que comprender no consigo,

¡Oh mar! y cuántas veces en su fatal delirio
tradujo así tu arullo mi herido corazón;
y cuántas ¡ay! calmaste mi bárbaro martirio
mirando de tus olas la eterna sucesión.

Así tal vez, pensaba, sucedense los días,
tras sí llevando raudos, las penas y el placer,
y pasan con los duelos las fiestas y alegrías,
y nada, por ventura, durable puede ser.

Que pasan las naciones y pasan los imperios
y un siglo al otro siglo sucede sin cesar...
¡El porvenir tan sólo conserva sus misterios!
¡El mar allá que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron, mar, pasaron las ansias y tormentos
que entonces me agobiaban con bárbaro tesón,
y acaso sucedieron delicias y contentos
que para siempre ¡oh triste! pasados también son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro
ni agótase en el alma la mina del dolor,
mas huyen, y no tornan los dulces sueños de oro,
del alba de la vida dulcísimo pavor.

¡Prosigue, mar, prosigue tu eterno movimiento,
cual sigue de mi vida la triste actividad!
En ti con entusiasmo se fija el pensamiento,
y si te busca en calma, te admira en tempestad.

Prosigue, mar, prosigue, que pasan con tus olas
recuerdos de amargura, recuerdos de placer,
y en lontananza velan inmóviles y solas,
las rocas que resisten tu indómito poder.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma,
venciendo tempestades, conserva su vigor:
¡Prosigue, mar, prosigue, y en tempestad o calma
proclama la grandeza de tu inmortal Autor!

y a Vos, oh Virgen, os digo:
“ Yo sufro, ruego y espero ”.
Se dice que el Señor vierte
en el fuerte
y en el soberbio su ira,
mas con blandos ojos mira
del desvalido la suerte.

¡Ay! No soy robusta encima,
firme del cierzo a la saña,
sino humilde y frágil caña
que al menor soplo se inclina.
Bajo el brazo omnipotente
veis mi frente
postrarse humilde, Señora;
decidle, pues, que ya es hora
de que se extienda clemente.

Del árbol de mi esperanza
secas las flores cayeron,
y cual humo leve huyeron
mis sueños de bienandanza:
así, no pido alegría,
¡Virgen pía!
ni horas de dicha serenas;
sino paciencia en las penas
y paz en la tumba fría.

d) Paseo
por el Betis

Ya del Betis¹
por la orilla
mi barquilla
libre va,
y las auras
dulcemente
en mi frente
soplan ya.

Boga, boga,
buen remero,
que el lucero
va a salir
y a Occidente
ledo sube
en su nube
de zafir.

De la tarde,
que ya expira,
se retira
lento el sol,
y, a medida
que se aleja,
huella deja
de arrebol.

A ocultarse
va sereno
en el seno
de la mar,
y del cielo
cae en tanto
leve llanto
sin cesar.

Con su riego
mil olores
dan las flores

NOTA: ¹Nombre antiguo o poético del Guadalquivir.

10. - Gregorio Gutiérrez González

(1826-1872)

Natural de Antioquia (Colombia), siguió la carrera de Leyes. Alternó luego las graves ocupaciones propias de los cargos que desempeñó, como de diputado y senador, con el sutil ejercicio de la poesía. La escuela romántica colombiana cuenta a Gutiérrez González entre sus más insignes maestros. Unánimemente se celebra el ingenio desenfado, fina delicadeza y musicalidad arrulladora de su musa. Su obra maestra es la Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia, título prosaico que ni de lejos da a entender la exquisita poesía bucólica del cuadro virgiliano, rebosante de sencillez campesina y justos matices realistas, que ofrece

* "Historia de la lengua y literatura castellana", T. VII.

del pensil,
halagadas
por la brisa,
blanda risa
del abril.

Busca el nido,
do se mece
y adormece
luego al fin,
en las ramas
del granado
el pintado
colorín.

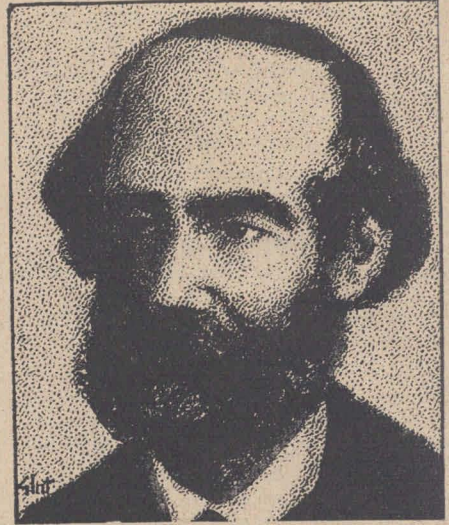
Y allá, lejos
de la orilla,
ve a Sevilla
reposar,
de cien torres
coronada,
perfumada
de azahar.

¡Sorprendente
panorama,
do derrama
su fulgor,
de la noche
mensajero,
el lucero
brillador!

¡Oh! No esperes
a que muera
la postrera
claridad.

¡Boga, boga,
buen remero,
más ligero,
por piedad!

el poeta a los lectores, que saben interpretar la pintoresca habla provinciana reproducida con singular acierto. "Los



Gregorio Gutiérrez González

vocablos regionales, dice Cejador², que algunos han reprobado en este maravilloso poema campestre, lo realzan con la fuerza expresiva que encierran, dándole sus mejores pinceladas de color local³."

a) Aures¹

De peñón en sus turbias saltando
las aguas de Aures descender se ven;
la roca del granito socavado
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
entretrejado, el verde carrizal,
como de un cofre en el oscuro fondo
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
forman grutas do no penetra el sol,
como el toldo de mimbres y de palmas
que Lucina² tejió para Endimión³.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces
vi mi casa a lo lejos blanquear,
paloma oculta entre el ramaje verde,
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
el humo tenue en espiral azul...
la dicha que forjaba entonces⁴ el alma
fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques,
correr los años de mi infancia vi;
los poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
¡basta! las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pronuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
blanco-azulado el humo del hogar;
ya ese fuego lo enciende mano extraña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito, que se aleja,
ve de la tarde a la rosada luz
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma, las lágrimas, que prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca... y esperanza, adiós!

NOTAS: ¹Río de la provincia homónima de Colombia. — ²Sobrenombre de la diosa Juno, como protectora de los nacimientos. — ³Pastor de Caria admitido en el Olimpo, hasta que, por haber ofendido a Juno, fué expulsado y condenado a perpetuo sueño. — ⁴Licencia métrica por entonces.

b) De la MEMORIA SOBRE EL CULTIVO
DEL MAÍZ EN ANTIOQUIA¹

1. La socola (fragmentos del cap. 1)

Buscando en donde comenzar la roza,
de un bosque primitivo la espesura
treinta peones y un patrón por jefe
van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta²
y de camisa de coleta³ cruda,
aquél a la rodilla, ésta a los codos,
dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña⁴ con el ala
prendida de la copa con la aguja,
deja mirar el bronceado rostro
que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa
que el pantalón sujeta a la cintura,
con el recado de sacar candela⁵,
llevan repleto su carriel⁶ de nutria.

Envainado y pendiente del costado
va su cuchillo de afilada punta,
y en fin, al hombro, con marcial despejo,
el calabozo⁷ que en el sol relumbra.

Al fin eligen un tendón de tierra
que dos quebradas⁸ serpeando cruzan,
en el declive de una cuesta amena
poco cargada de maderas duras.

Y dan principio a socolar⁹ el monte
los peones formados en columna;

a seis varas distante uno de ótro
marchan de frente con presteza suma.

Voleando¹⁰ el calabozo a un lado y ótro,
que relámpagos forma en la espesura,
los débiles arbustos, los helechos,
y los bejucos por doquiera truncan.

Las matumbas¹¹, los chusques¹², los carrizos,
que formaban un toldo de verdura,
todo deshecho y arrollado cede
del calabozo a la encorvada punta.

Con el rostro encendido, jadeantes,
los únos a los ótros se estimulan,
ir adelante alegres quieren todos,
romper la fila cada cual procura.

Cantando a todo pecho¹³ la guavina,
canción sabrosa, dejativa y ruda,
ruda cual las montañas antioqueñas,
donde tiene su imperio y fué su cuna,

no miran en su ardor a la culebra,
que entre las hojas se desliza en fuga,
y presurosa en su sesgada marcha,
cinta de azogue, abillantada ondula;

ni de monos observan las manadas
que por las ramas jügetones cruzan;
ni se paran a ver de aves alegres,
las mil bandadas, de pintadas plumas:

ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
ni las nubes de insectos que pululan,
ni los verdes lagartos que huyen listos,
ni el enjambre de abejas que susurra.

Concluye la socola. De malezas
queda la tierra vegetal desnuda.
Los árboles elevan sus cañones¹⁴
hasta perderse en prodigiosa altura,

semejantes de un templo a los pilares
que sostienen su toldo de verdura:
varales largos de ese palio inmenso,
de esa bóveda verde altas columnas.

El viento, en su follaje entretejido,
con voz ahogada y fúnebre susurra,
como un eco lejano de otro tiempo,
como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,
cual destrenzada cabellera rubia,
donde tienen guardados los aromas
con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende
una constante embalsamada lluvia
de frescas flores, de marchitas hojas,
verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo¹⁵ su follaje rojo
cual canastillo que una ninfa pura,
en la fiesta de Corpus, lleva ufana
entre la virgen, inocente turba.

El guayacán¹⁶ con su amarilla copa
luce a lo lejos en la selva oscura,
cual luce entre las nubes una estrella,
cual grano de oro que la jagua¹⁷ oculta.

El azuceno el floro-azul, el cauce y el yarumo¹⁸, en el monte se dibujan como piedras preciosas que recaman el manto azul que con la brisa ondula.

Y sobre ellos gallarda se levanta, meciendo sus racimos en la altura, recta y flexible la altanera palma, que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez a los robustos peones que el mismo bosque secular circundan; divididos están en dos partidas, y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas, no se oyen ya, ni su canción se escucha; de una grave atención cuidado serio se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo, la hacha afilada con su mano empuñan: miran atentos el cañón del árbol, su comba ven, su inclinación calculan.

Y a dos manos el hacha levantando, con golpe igual y precisión segura, y, redoblando golpes sobre golpes, cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves rápidamente por el aire cruzan; a cada golpe el árbol se estremece, tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...

Tembloroso un momento cabecea, cruje en su corte, y en graciosa curva empieza a descender, y rechinando, sus ramas enlazadas se apañusan¹⁹.

Y silbando al caer, cortando el viento, despedazado por los aires zumba...

Sobre el tronco el peón apoya el hacha, y el trueno, al lejos²⁰, repetir escucha...

NOTAS: ¹ Obsérvese que así, **Antioquia**, con acento en la *o*, suele llamarse esta ciudad colombiana, y sus habitantes, **antioqueños**. **Antioquia** es la famosa ciudad de Siria, cuyos moradores se denominan **antioqueños**. — ² Tela ordinaria de algodón. — ³ Tela de cáñamo. — ⁴ Suele fabricarse con las fibras de la hoja de caña. — ⁵ **Sacar candela** es encender lumbré; el recado para ello está constituido por pedernal, yesca y eslabón. — ⁶ Bolsa de cuero para llevar utensilios. — ⁷ **O calagozo**: instrumento de hoja acerada, para podar y rozar árboles y matas. También, especie de hoz. — ⁸ Con la acepción americana de riachuelo o arroyo. — ⁹ Desmontar, rozar un terreno. — ¹⁰ **Batiendo**, meneando. — ¹¹ Especie de caña nudosa y sólida. — ¹² Gramínea, especie de bambú. — ¹³ A voz en grito o en cuello. — ¹⁴ Esto es, troncos. — ¹⁵ Árbol muy grande y vistoso. — ¹⁶ También se llama **guayaco**; árbol útil por su madera, resina, etc. — ¹⁷ Arena que se deposita al lavar el oro. — ¹⁸ Árboles de la América tropical. — ¹⁹ Se aprietan u oprimen. — ²⁰ Modo adverbial, equivalente a: a lo lejos.

2. La quema (del cap. II)

Un mes se pasa. El sol desde la altura manda a la roza, vertical su rayo; ya los troncos, las ramas y las hojas han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan¹, sobre los troncos se blanquean los ramos, y las secas cortezas se desprenden, de trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde tímida muestra sus primeros tallos. La guadua² ostenta su primer retoño de terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema, la Candelaria³ ya se va acercando; es un domingo a mediodía. El viento barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones vagan alrededor del derribado, con los hachones de cortezas secas con flexibles bejuocos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca, y brotando la llama al ventearlo, varios fogones en contorno encienden, la roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua la blanca barba⁴ a los tendidos palos; prende en las hojas y chamizas⁵ secas, y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo que tenue brota caprichoso y blanco, o lento sube en copos sobre copos como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera y se retuerce en los nudosos brazos, y silba, y desigual chisporrotea lenguas de fuego por doquier lanzando.

Y el fuego envuelto en remolinos de humo, por los vientos contrarios azotado, se alza a los cielos, o a lo lejos prende⁶ nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido de las guadas y troncos reventando, del huracán el mugidor empuje, de las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan y se elevan, el cielo encapotando de un humo negro que arrebatada chispas, pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen; pero encuentran el fuego a todos lados, el fuego, que se avanza lentamente estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme, la encierra el humo alrededor volando, y con sus alas chamuscadas cae junto del nido que le fué tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente buscando una salida, y en su espanto se exaspera, se enrosca, se retuerce, y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo hasta que llena el anchuroso espacio; rosados se perciben los objetos; redondo y rojo el sol, se ve sin rayos.

Sobre el monte, la roza y el contorno,
tiende la noche su callado manto,
bordado con las chispas del incendio
que parecen cocuyos revolando.

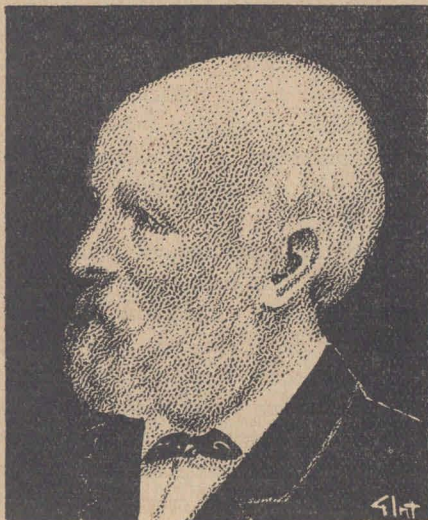
Y con la incierta luz de mil fogones,
restos aun vivos del ardiente estrago,
se ve de lejos la quemada roza
cual vivac de un ejército acampado.

NOTAS: ¹ Se enrollan en forma de cucurucho. — ² Especie de bambú muy útil. — ³ El 2 de febrero, fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen. Suele preferirse esa fecha en Antioquia para la siembra del maíz. — ⁴ Así denomina al musgo. — ⁵ Leña menuda, chamarasca. — ⁶ Emplea el verbo prender en la acepción de encender, que no le da la Academia y que corre también entre nosotros. Castizamente, se dice: la llama o el fuego prendió en el bosque; pero nó: prendió el bosque, con valor transitivo.

11. - Marcos Sastre

(1809-1887)

Montevideano, pasó a Córdoba a estudiar en el famoso Colegio de Monseñor. En Buenos Aires frecuentó luego la Facultad de Derecho, pero no terminó



Marcos Sastre

el curso. Después de dedicarse por un tiempo al comercio de libros, resolvió dividir sus preocupaciones entre las letras, la política y el magisterio, para el cual tuvo franca vocación. En 1837 fundó el "Salón literario", en que figuraron Alberdi, López, Gutiérrez, etc., hasta que el Restaurador mandó disolverlo. Perseguido Sastre, alejóse de Buenos Aires. En 1850 Urquiza le nombró Director General de Escuelas de Entre Ríos.

Confiósele luego la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Fué además fundador de la Escuela Normal y miembro del Consejo Nacional de Educación. Para sus alumnos, a cuya educación consagróse con el celo de un apóstol, escribió varios libros de texto, con arte didáctico insuperable para entonces, como la famosa *Anagnosia*, una *Gramática Castellana*, etc. Dejó un interesante *Discurso sobre la educación* (46). Pero su obra más estimada, leída aun hoy con deleite por la naturalidad y galana sencillez del estilo y la fresca poesía de sus cuadros, es el *Tempe argentino* (58), que Cejador califica con justicia de "uno de los libros americanos más hermosos en su género": es un verdadero poema descriptivo en prosa.

Del TEMPE¹ ARGENTINO

1. Un paseo por las islas

Sencilla es mi canoa, como mis afectos; humilde, como mi espíritu, ella boga exenta y tranquila por las ondas bonancibles sin osar lanzarse a las olas turbulentas del gran río. Bien ve las naves fuertes naufragar, bien ve los floridos camalotes fluctuantes, que separados de la dulce linfa natal, al empuje de las corrientes vagan acá y allá, ora batidos y desmenuzados contra las riberas, ora arrebatados por el océano de las aguas amargas hasta las playas extranjeras.

¡Paraná delicioso! tú no me ofreces sino imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones; tú me llamas a la dulce vida, la vida de la virtud y de la inocencia. ¡Cuántos goces puros! ¡cuán deleitosas fruiciones plugo a tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellísimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purísimos; en la paz y la quietud de la humilde cabaña hospitalaria de tus bosques... allí, ¡allí es donde se encuentra aquel Edén² perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!

La leve canoa, al impulso de la espadilla, se desliza rápida y serena sobre la tersa superficie que semeja a un inmenso espejo guarnecido con la cenefa de las hojosas y

floreadas orillas, reproducidas en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes; las aves, al grato frescor del rocío y del follaje prolongan sus cantares matinales, y se respira un ambiente perfumado. Las islas, por una y otra banda, se suceden tan unidas, que parecen las márgenes del río; pero este gran caudal de agua que hiende mi canoa no es más que un simple canalizo del grande Paraná, cuyas altas riberas se pierden allá, bajo el horizonte.

A medida que adelanta la canoa, nuevas escenas aparecen ante la vista hechizada, en las caprichosas ondulaciones de las costas, y en los variados vegetales que las orlan. A cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de nuevos riachuelos, siempre bordados de hermoso verdor; sendas misteriosas que transportan la imaginación a Elíseos³ encantados.

Al paso que se desarrollan las vueltas salientes de las costas, vanse descubriendo nuevas abras y canales arbolados, y continuados bosques; nó como aquellas selvas vetustísimas, donde los resquebrajados troncos seculares levantan sus copas infructíferas, jamás penetrados por el sol, sofocando bajo de sí toda vegetación, y ofreciendo el reino de la noche y el silencio. Nó; sobre este suelo de reciente formación, surcado por una red de corrientes cristalinas que fluyen sobre lechos de flores, se elevan bellos árboles y arbustos que protegen los raudales, coronando sus orillas de opimos presentes de Flora⁴ y de Pomona⁵; bellos árboles variados, de mil formas y matices, que la vista contempla embebecida. Ya, separados por familias, o bien entremezclados, forman acá y allá espesos boscajes, interrumpidos por claros espaciosos que dejan gozar libremente de la luz y hermosura de los cielos. Unas veces, desplegando libremente su ramaje, se muestran con la fisonomía peculiar a cada especie; otras veces en densos grupos, forman sombríos embovedados; y

ótras, se encorvan sobre las aguas, oprimidos con la muchedumbre de sus frutos.

Aquí el naranjo esférico ostenta majestuosamente su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas lucientes, refleja el sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; más allá los durazneros, de formas indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el seibo⁶ florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetal, muestra orgulloso sus altos penachos del más vivo carmín y extiende sus brazos a las amorosas lianas, que lo visten de galas y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite.

Aun los árboles privados de su verdor y de su savia se ven vistosamente adornados de agáricos⁷ y líquenes, festonados de bonitas enredaderas, y embalsamados por la flor del aire, planta inmortal que vive de las auras.

Los globosos panales del camuati⁸ y la lechiguana⁹, cual desmesurados frutos, cuelgan aquí y allí, doblegando los arbustos con el peso de la miel más pura y delicada.

Si en la edad dorada los troncos y las peñas destilaban los tesoros de la abeja, escondidos en sus huecos, aquí se brindan al deseo en colmenas de admirable construcción, pendientes de las ramas de un arbusto. Y no es la tosca bellota, ni las bayas desapacibles el regalo que ofrecen estos montes, sino las más gustosas y variadas frutas.

En estas aguas y vergeles, innumerables peces y anfibios se solazan y prodigiosa multitud de aves, con el brillo y variedad de sus colores, la gracia y belleza de sus formas, adunan el concierto de sus cantos con la alegría y viveza de sus giros para acrecer los embelesos del paisaje.

Sigue la canoa de arroyo en arroyo has-

ta las últimas ramificaciones de las aguas que, ora salen del seno de las islas, ora penetran en él, estrechándose cada vez más, hasta tener que surcar sobre las plantas acuáticas que de orilla a orilla entretejen sus tallos y sus flores. Algunos de estos arroyuelos, cuando ya parece que van a terminarse, desembocan en una cancha dilatada o ancho cauce, produciendo una sorpresa inexplicable. El que surca mi canoa corre en línea recta como un canal sombreado de árboles cubiertos de bejucos.

Aquí se empieza a oír con el silencio el blando murmullo de las aguas. Las aves han cesado ya en sus cantos. Sólo resuena alguna vez la caída de la capibara¹⁰ que se somorruja con estruendo, o se escucha el arrullo compasado de la tórtola, que con tiernas emociones nos inspira.

Allá, a lo lejos, se avista entre los sauces una pequeña choza sobre el borde del raudal; es el rancho solitario del carapachay, el hombre de las islas. Bajo de ese humilde techo pajizo residen el sosiego, el contento y la benevolencia. Aquí es donde se encuentra en toda su pureza la índole suave y el carácter noble de los hijos de la región del Plata, inteligentes, animosos, sufridos, sobrios, generosos y hospitalarios. ¡Con cuánto interés escucha uno las animadas narraciones de estos hijos de la naturaleza! ¡Qué interesante es la descripción de sus exploraciones, del acopio de maderas y construcción de sus hangadas¹¹, de la recolección de frutas y de mieles, de sus sementeras, cacerías, pescas y otros ejercicios en que se emplean agradable y útilmente, proveyéndose de lo necesario para una vida frugal e independiente! ¡Con cuánta facilidad y placer se acomoda uno a sus sencillos usos y a su rústico menaje! ¡Cuán gustosamente participamos, al lado de su hogar, del mate aromático, inocente vínculo de la sociabilidad entre los pueblos del gran río! ¡Costumbres puras y sencillas de la patria, cuánto imperio tenéis sobre un corazón que os idolatra!

Sí, en medio de estas cabañas solitarias, es donde reinan la seguridad, la calma y la armonía; bienes debidos, no al freno de las leyes, sino a la influencia de la religión, de la libertad y de la naturaleza. Esta madre liberal e inagotable prodiga en estos ríos y estos campos, como en el siglo de oro, sus bellezas y sus bienes. Todo parece aquí preparado para las satisfacciones y el bienestar del hombre, sin el trabajo abrumante que por todas partes lo persigue. Todo le induce al fácil cultivo de tan fecundo suelo; todo le inspira el amor a la paz y la confraternidad.

¡Libertad anhelada! ¡dulce reposo! ¡deliciosa correspondencia de las almas ingenuas! ¡placeres puros, bálsamo del corazón!, ¡al fin os he encontrado! ¡En dónde construiré mi humilde choza? Fluctúo sin resolverme entre tanto sitio encantador, como el picaflores que gira sin decidirse a elegir el ramito de que ha de colgar su pequeño nido.

NOTAS: ¹El Tempe era un valle delicioso de Tesalia (Grecia), entre los montes Olimpo y Osa, regado por el Peneo. Celebrado en la antigüedad, lo fué egregiamente por Virgilio. — ²Paraíso terrenal, que Adán y Eva perdieron por su desobediencia. — ³Campos Elíseos o Elísios, o simplemente Elíseo: lugar delicioso donde, según los gentiles, iban a parar las almas de los varones virtuosos. Virgilio los describe magníficamente en el libro VI de la Eneida. — ⁴Diosa de las flores y jardines, madre de la Primavera. — ⁵Diosa de los frutos. — ⁶Así con s lo escribe Sastre, según nuestra pronunciación. — ⁷Especie de hongos sin tallo, parásitos. — ⁸Se dice también entre nosotros, *camoati*, para designar una especie de avispa y su panal. La Acad. reserva para estas dos acepciones la voz *camoati*, y con *camuati*, designa un rancho de leñadores y caleros en las barrancas del Paraná. — ⁹Panal silvestre de miel exquisita, fabricado por avispas pequeñas designadas con igual nombre. — ¹⁰Nombre guaraní del carpincho. — ¹¹También *jangada*: balsa hecha de troncos o vigas. La Acad. trae esta segunda forma con acepciones diversas y una análoga a la nuestra.

2. El rancho

A la margen de un arroyo encantador, a cuatro pasos de su orilla y a la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco o de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para

dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de seibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *pava*¹ o caldera de hierro, un *mate*² y un saco de camuati para la sal. He aquí un edificio que con su menaje todo no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer... Pero que no se aloje en ella el que haya llegado a enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor que la prefiere para suspender bajo su alero la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades ficticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas bagatelas!

¡Qué artesonado puede igualarse a la pompa y hermosura de un grupo de saucos de Babilonia que abraza en su extensa bóveda la cabaña con su patio y el puerto y la chalana y el baño, defendidos del sol por sus ramas colgantes frondosísimas?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfacción con la salud), nada de las mesas opíparas se puede echar de menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odorífero y jugoso asado, que sólo nuestros campesinos saben preparar. Difícilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como sano y succulento. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *te del Paraguay* o *mate*, suple con ventaja para su paladar y su salud, por todos los licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pie del rancho del carapachayo³ bastaría para hacerlo preferible a las habitaciones ciudadanas con

todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados, para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño a la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos a gozar el bello espectáculo de la salida del sol!

¡Qué encanto escuchar a la alborada el cuchicheo de los nidos y los alegres preludios de los himnos a la aurora que asoma por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre señales del alba, cuando bajo su mismo techo se la anuncia la charla bulluciosa de las golondrinas, seguida muy pronto por las tiernas canciones de la tacuarita⁴, y los gritos del bienteveo⁵ repitiendo su nombre. Todas las aves abandonan la espesura que les sirvió de refugio contra los temores de la noche; dejan sin cuidado sus polluelos, y cada una a su modo celebra la vuelta de la luz que les trae la alegría y los placeres. La calandria se remonta por los aires entonando sus inimitables cantos, para anunciar desde el cielo a los dormidos el nacimiento del sol. El hornero, modelo de industria y parsimonia, nos avisa con su ruidoso claqueo⁶, que ha llegado la hora del trabajo. El boyero (pájaro tejedor) parece despertar a los ganados con sus silbidos sonoros que imitan la voz humana. El carpintero, sin pérdida de tiempo, continúa a golpe de pico en un duro tronco, la obra laboriosa de su nido; y millares de jilgueros, cantando todos a la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el gracioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza se despierta a gozar el placer de la existencia desde los primeros

albores del nuevo día. El verdor del follaje, la frescura de la brisa, la fragancia y belleza de las flores, el susurro de los árboles, la trisca de las aves y los peces, el brillo de la luz sobre las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que centellean con sus reflejos... todo infunde el más puro alborozo, todo embarga los sentidos y los llena de una deleitación sosegada y pura, todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada a la margen del arroyo, a la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros.

NOTAS: ¹Argentinismo admitido ya. — ²Idem. — ³O carapachay, más común: habitante de las islas. — ⁴O ratona: pájaro muy pequeño e inquieto. — ⁵O benteveo. La Acad. no trae ninguna de las dos formas. — ⁶Voz onomatopéyica del canto de este pájaro.

3. La calandria

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer, a dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente, ya atravesando plantíos de jóvenes frutales, que me presentaban sus primicias, hermoseedas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío, ya abriéndome paso por la esperanza y vagando sin sendero.

¡Qué enajenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros; durazneros abrumados con sus frutos en racimos rubios y carminados; hermosos panales colmados de miel!... ¡Oh qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas trazadas por la apacible capiguara¹; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, a cual más sinuosa y bella y encontrarse sorprendido bajo una rústica glorieta que siglos ha-

cía esperaba la primera visita del hombre; y allí, sobre su alfombra de musgo, intacta aún, tenderse a reposar y enajenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

A cada paso se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto, en que se descubren nuevas maravillas, que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales que jamás termina en la fatiga y el hastío de los placeres de los sentidos. Absorto en estas reflexiones no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba a la entrada de un dilatado bosque de seibos, imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que ótros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo, y en medio de él había un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían a mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué, al respirarlo me llenaba de contento, y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves; cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos la Sílfide², la Ondina³ o la Sirena⁴ que produce el encanto, cuando una faja vaporosa, compues-

ta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario me presenta en su cima a la *calandria* ejecutora de aquel portento de melodías.

A los hechizos de la música uníase la inexplicable gracia de los movimientos del ave.

Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros y al mismo tiempo se remontaba con raudo vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver a subir, sin cesar en su hermoso concierto. Ciérense en el aire cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiere allí toda la intensidad de su ternura.

Acelera nuevamente un revuelo circular, y exhala suspiros melódicos que no pueden menos que corresponder a la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la *calandria* sobre la copa del mirto, nuevos acentos estrepitosos y brillantes llenan los espacios del bosque sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo, celebrando sus dichas y sus glorias.

NOTAS: ¹ Otra variación del nombre guaraní del carpíncho. — ² Ninfa del aire. — ³ Ninfa del agua. — ⁴ Ninfa marina con busto de mujer y cuerpo de ave. Es impropia su representación con medio cuerpo de pez, según advierte la Academia.

12. - Ricardo Palma

(1833-1919)

Limeño, político, desterrado, director de la Biblioteca Nacional de Lima, honró las letras peruanas con sus muy variadas actividades de periodista, filólogo, poeta, historiador, traductor, etc. Cultivó estrecha amistad con Juan M. Gutiérrez, de quien había sido escribiente mientras éste residió en Lima. Fué romántico sentimental y festivo: criaturas de su musa son Armonías, Juvenilia, Pasionarias, Ver-

bos y gerundios, etc. Pero la obra que le da más gloria es Tradiciones peruanas, 10 series de animados relatos, que fué escribiendo desde 1872 a 1910. Allí "ha hecho revivir, dice el P. Francisco Blanco García", por mágica evocación, los acontecimientos y personajes de la historia de su patria durante la época de la dominación española... Apenas cabe establecer en ellas la línea divisoria entre la realidad y la ficción, por el arte ingeniosísimo con que las dos aparecen unidas. Arzobispos y virreyes, frailes y clérigos, monjas y beatas, militares, gollillas, mercaderes y gente menuda de comparsa; casi todos los personajes de diversa catadura que hace desfilar Palma ante los ojos del lector tienen aspecto de irrefragable autenticidad arqueológica. La gracia retozona, el dejo sabroso y la castiza estirpe de estilo y lenguaje vienen a reforzar el interés de los cuadros, ya de suyo muy movidos e interesantes, en que el autor ha sabido formar cierto molde nuevo de variedad narrativa, suavizando la impresión de la leyenda romántica con el donaire epigramático y la disimulada ironía. Lo sensible es que el uno y la otra recaen a veces sobre cosas dignas de respeto, hasta cuando de ellas se abusa, y que, al combatir las preocupaciones de lo pasado, rinde tributo el Sr. Palma a las de nuestros días". Lauxar afirma: "Palma descuida en su expresión las cualidades literarias; habla correctamente, dice cuanto quiere; esto le basta. No tiene las preocupaciones de un artista ni los escrúpulos de un académico; sus obras están llenas de frases y vocablos populares".*

a) De los polvos de la condesa

Al abrirse (la puerta), dió paso a un nuevo personaje.

Era éste un anciano. Vestía calzón de paño negro a media pierna, zapato de pana con hebilla de piedras, casaca y chaleco de terciopelo, pendiente de este último una gruesa cadena de plata con hermosísimos sellos. Si añadimos que gastaba guantes de gamuza, habrá el lector conocido el perfecto tipo de un Esculapio¹ de aquella época.

* "La literatura española en el siglo XIX", t. III.

¹ "Motivos de crítica hispano-americana".

Era el Dr. D. Juan de Vega, nativo de Cataluña y recién llegado al Perú en calidad de médico de la casa del virrey, una de las lumbreras de la ciencia que enseña a matar por medio de un *récipe* ².

— ¿Y bien, D. Juan? — le interrogó el virrey más con la mirada que con la palabra.

— Señor, no hay esperanza. Sólo un milagro puede salvar a D^a Francisca ³.

Y D. Juan se retiró con aire compungido.

Este corto diálogo basta para que el lector menos avisado conozca de qué se trata.

— Se salvará la condesa, excelentísimo señor — contestó una voz en la puerta de la habitación.

El virrey se volvió sorprendido. Era un sacerdote, un hijo de Ignacio de Loyola, el que había pronunciado tan consoladoras palabras.

El conde de Chinchón se inclinó ante el jesuita. Éste continuó:

— Quiero ver a la virreina. Tenga vuestro fe, y Dios hará el resto.

El virrey condujo al sacerdote al lecho de la moribunda.

Un mes después se daba una fiesta en palacio, en celebración del restablecimiento de D^a Francisca. La virtud febrífuga de la *cascarilla* quedaba descubierta.

Atacado de fiebres un indio de Loja, llamado Pedro de Leiva, bebió, para calmar los ardores de la sed, del agua de un remanso en cuyas orillas crecían algunos árboles de quina. Salvado así, hizo la experiencia de dar de beber a otros enfermos del mismo mal, cántaros de agua en los que depositaba raíces de *cascarilla*. Con su descubrimiento vino a Lima y lo comunicó a un jesuita, el que, realizando la feliz curación de la virreina, hizo a la humanidad mayor servicio que el fraile que inventó la pólvora ⁴...

NOTAS: ¹Según la mitología, era Esculapio el dios de la medicina, y con su nombre suele desig-

narse ahora un médico hábil, como otras veces se lo designa con el de Galeno o Hipócrates, célebres médicos griegos. — ²Palabra latina que significa: recibe, toma. Suele emplearse aun hoy abreviada a la cabeza de las recetas. — ³Esposa del virrey del Perú, D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, conde de Chinchón. — ⁴Los polvos de la corteza de quina llamáronse durante mucho tiempo los



Ricardo Palma

“polvos de los jesuitas”. En Lima, asegura R. Palma, hasta hace poco los conocían por los “polvos de la condesa”. Y como ésta lo era de Chinchón, en homenaje a ella, Linneo dió a la quina el nombre científico de *chinchona*.

b) El secreto de confesión

Atardecía el 23 de septiembre, víspera del solemne día consagrado a la Virgen de Mercedes, cuando tuvo el brigadier denuncia de que, a las nueve de la noche, estallarían una revolución en forma, encabezada por el comandante Montero, el más prestigioso de los tenientes de Rodil. Los hombres de más confianza para éste figuraban entre los comprometidos.

Rodil, sin pérdida de minuto, procedió a apresarlos; pero por más esfuerzos y ardi-des que empleara, no consiguió arrancarles la menor revelación. Negaron obstinadamente la existencia del complot revolucionario. Entonces el brigadier, para ahorrarse quebraderos de cabeza, resolvió fusilar a todos, justos y pecadores, a las nueve de la noche; precisamente a la hora misma en que se

habían propuesto los conjurados, amarrarlo o aposentarle cuatro onzas de plomo entre pecho y espalda.

— Padre Vicario, dijo Rodil, son las seis, y en tres horas me confiesa su paternidad a estos insurgentes.

Y salió de la Casa-mata.

A las nueve, los trece sentenciados estaban ante la presencia de Dios.

Algunos de los trece fusilados dejaban esposa, madre, o hermana en el castillo. Rodil las hizo subir a los baluartes o muros, y por medio de cuerdas las descolgó a los fosos para que se encaminasen al campamento patriota de Bellavista con la noticia de la manera, tan feroz como expeditiva, con que él sabía desbaratar revoluciones.

Y, en efecto: tan terrorífica impresión produjo entre los suyos este acto de neroniana ejemplarización militar que nadie, en los cuatro meses que duró el sitio, volvió a pensar en conspirar para deshacerse del tigre.

Pero, a pesar del severísimo castigo, Rodil no las tenía todas consigo.

— ¿Quién sabe (decíase) si habré dejado con vida a ótros tan comprometidos o más que los fusilados? ¡Nó! ¡Pues yo no me acuesto con el entripado adentro! El confesor ha de saber lo cierto, y con puntos y comas... ¡Ea! que me llamen al Padre Vicario.

Y venido éste, encerróse con él Rodil, y le dijo:

— Padre, es seguro que, en la confesión, le han revelado a usted esos pícaros todos sus planes y los elementos con que contaban. Eso necesito yo también saber y, en nombre del Rey, exijo que me lo cuente usted todo sin omitir nombres ni detalles.

— Pues, mi general, usía me pide lo imposible, que yo no sacrificaré la salvación de mi alma, revelando el secreto del penitente, así me lo intimara el mismo Rey que Dios guarde.

La sangre se le agolpó a la cabeza al brigadier y, abalanzándose sobre el sacerdote, lo sacudió de un brazo, gritándole:

— ¡Fraile! O me lo cuentas todo o te fusilo.

El Padre Marieluz, con serenidad verdaderamente evangélica, le contestó:

— Si Dios ha dispuesto mi martirio, hágase su santa voluntad. Nada puede decir a usía el ministro del altar.

— ¿No hablarás, fraile, traidor a tu Rey, a tu bandera y a tu jefe superior?

— Soy tan leal como usía a mi soberano y al pabellón de Castilla; pero usía me exige que sea traidor a Dios... y me está prohibido obedecerle.

Rodil, despechado, corrió el cerrojo, y gritó:

— ¡Hola! ¡Capitán Iturralde...! Aquí cuatro "budingas" con bala en boca.

Y los "budingas", que así denominaban a los rezagos de los ya casi extinguidos "talaverinos", se presentaron inmediatamente.

En la habitación, donde tan terrible escena pasaba, había varios cajones vacíos y, entre ellos, uno que medía dos varas.

— ¡De rodillas, fraile! — rugió, más que dijo la fiera del castillo.

Y el sacerdote, como si presintiera que el cajón le estaba deparado para ataúd, cayó de hinojos junto a él.

— ¡Preparen! ¡Apunten! — mandó Rodil, y, volviéndose a la víctima, dijo con voz imponente:

— Por última vez, en nombre del Rey le intimo que declare.

— En nombre de Dios me niego a declarar — contestó el crucífero¹ con acento débil, pero reposado.

— ¡Fuego!!

Y fray Pedro Marieluz, noble mártir de la religión y del deber, cayó, destrozado el pecho por las balas.

NOTA: ¹Crucífero (de *crucem*, cruz, y *ferre*, llevar) es un adjetivo poético que significa: que lleva o tiene la insignia de la cruz. También se llamaban crucíferos los religiosos de la orden hoy extinguida de la Santa Cruz.

13. - Eugenio María de Hostos

(1839-1903)

Portorriqueño, a los trece años fué enviado a España a completar su instrucción secundaria y superior. Allí se adhirió a los republicanos de Castelar y Salmerón contra la monarquía, porque su acendrado patriotismo le mostraba por ese camino más segura la emancipación de su suelo. Y ésta fué la noble obsesión de su vida, que lo llevó a viajar incansablemente y luchar con las armas, la pluma y la palabra. En 1873 estuvo en Buenos Aires, donde Estrada lo saludó como apóstol de la libertad. Vasta, multiforme y maciza, como de pensador y de erudito, es la obra de Hostos; se caracteriza por la clarividencia y la valentía de sus opiniones, expuestas con agilidad y recia de decir. Fué novelista en *La peregrinación de Bayoán* (63); historiador y escritor político en *Biografía de Plácido* (72), *La revolución de Cuba ante los españoles dignos* (74), *El general Máximo Gómez* (81), etc.; sesudo crítico literario en *Meditando* (909) con estudios sobre Shakespeare ("Hámlet"), Guido Spano, Plácido, etc.; moralista y sociólogo en *Moral social* (917), que es su obra cumbre; jurista en *Derecho constitucional y Derecho penal*; pedagogo, etc. Pertenece Hostos al número privilegiado de varones ilustres, que han merecido de sus pueblos el glorioso dictado antonomástico de "maestros", por haberlo sido siempre, en el aula y en la vida, con la exposición brillante de los principios y la eficacia avasalladora del ejemplo.

De MORAL SOCIAL

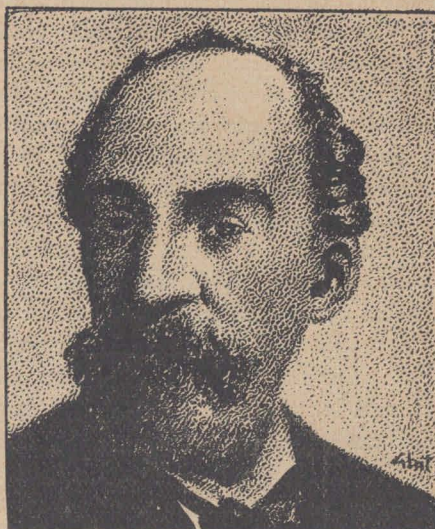
1. Deberes del hombre

Ya en la enumeración de deberes que se derivan de cada una de las relaciones morales del hombre, vimos que el trabajo, la obediencia, el sacrificio y la educación toman nombres distintos, según son los grupos sociales a que se refieren.

Veamos ahora qué nombres toma cada uno de esos deberes en el grupo que comprende a los demás. El deber de trabajo se llama aquí *confraternidad*; el de obediencia toma el nombre de *filantropía*; el de sacrificio, *cosmopolitismo*; el de educación, *civilización*.

2. Confraternidad

Es el deber que el hombre individual, en cada uno de los grupos sociales, tiene de trabajar en pro del desarrollo mejor y más completo de la especie humana a que pertenece.



Eugenio María de Hostos

En realidad, tan ligadas están por la naturaleza racional del sér humano todas las entidades, individuales o colectivas, que todo trabajo de cualquiera especie, hecho por cualquier individuo o cualquier grupo, con objeto de bien o fin de mal, trasciende a la humanidad entera, ya como ejemplo, ya como palpable resultado.

Pero no son estas consecuencias fatales de los actos del hombre, sobre los seres todos de su especie, lo que la moral social conoce con el nombre de confraternidad. Si éste es un deber, ha de ser concienzudo, y si es concienzudo ha de ser racional, y, por lo tanto, la confraternidad nos compele a ejercitar deliberadamente, con plena conciencia del objetivo a que debemos consagrarlas, todas las actividades y las fuerzas de nuestra razón, nuestra voluntad y nuestra conciencia.

Considerándonos hermanos los únos de

los otros, todos de todos, porque todos procedemos de la misma especie, de la misma humanidad, la humanidad es nuestra familia universal; y así como a nuestra familia particular le prestamos el auxilio de nuestro músculo, de nuestros nervios, de nuestra voluntad y de nuestro cerebro para sustentarla y sostenerla, así debemos hacer efectivo con nuestros actos, con nuestro trabajo, con nuestro esfuerzo, el sentimiento de fraternal inclinación que despierta en nosotros la presencia de la especie humana en la historia o la idea de la Humanidad en nuestra mente. Aunque no queramos, aunque no lo sepamos, así lo hacemos: la historia de la civilización, en su alcance moral, no es otra cosa que prueba palpable de la inconsciente confraternidad de los seres humanos.

Pero ya es tiempo de que el hombre quiera y sepa ser hermano del hombre y tenga conciencia, clara y efectiva conciencia de su origen, de las relaciones naturales de su origen, de los deberes que su origen le impone para con la familia humana, y del interés de familia, de hermano, de inmediato deudo que tiene en trabajar, y en esforzarse por servir al aumento del bienestar, de felicidad, de libertad, de cultura y de justicia en la familia universal.

Cuando la Revolución Francesa, confundiendo el derecho con el deber y la expresión de la justicia con la expresión de la moral, puso la fraternidad como primera persona de su trinidad social, erró, sin duda, ante el derecho; pero acertó, sin duda, en cuanto al deber final de toda organización jurídica, que, estableciendo el orden en la libertad, debe llevar a establecer el orden en el bien. Lo que era una invocación sea un propósito deliberado; ya es tiempo. Ya hace más de un siglo que los atormentados por el odio que los concitó, y por el odio que excitaban, elevaron a principio de organización el que no es un principio, sino un deber; nó una base de organización jurídica, sino una base de ordenación moral.

3. Cosmopolitismo

Hay en el mundo una porción de desgraciados que, so color de que la patria de los hombres es el mundo, se desentienden de la patria, y dicen que para ser ciudadanos del mundo¹. No es ése el cosmopolitismo que consideramos nosotros un deber. El que abjura de un deber no puede cumplir con otro deber más compulsivo. Ése no es más que un egoísta astuto, que con su hipocresía intenta cohonestar su falta de virtud.

Cosmopolita no es el hombre que falta al deber de realizar los fines que la Patria le impone, sino el que, después de realizarlos o batallar por realizarlos, se reconoce hermano de los hombres, y se impone el deber que reconoce de extender los beneficios de su esfuerzo a cualesquiera hombres en cualesquiera espacio y tiempo.

Cosmopolita es el patriota en toda patria. Empieza por serlo en la de origen geográfico y concluye por serlo en la de origen zoológico. Empieza por ser verdadero hombre en su patria, y acaba por ser verdadero patriota en la humanidad entera. Tiene la completa noción de dignidad que se desarrolla en los seres de conciencia cultivada, y por lo mismo que las utilidades calculadoras son incapaces de moderar sus impulsos hacia el bien, tiene de la utilidad la idea exacta que ha de tener el que quiera fabricar en la realidad de la naturaleza humana, y reconoce que el uso mejor que podemos hacer de nuestros medios de acción es el que hacemos en provecho de los hombres todos. Entonces, para él, todo el mundo es patria, porque todo el mundo es la repetición exacta de la porción de Humanidad de que procede, y en todas partes tiene el deber de hacer lo que quiso, deseó o intentó para su patria, y porque en todas partes trabaja para ella, no sólo por ser solidarios entre sí todos los bienes de los pueblos, sino porque el mérito que adquiera ante otros pueblos refluirá como honra y gloria para el suyo.

4. Civilización

El hombre no tiene solamente el deber de educación moral e intelectual que deben proporcionarle la familia, el Municipio, la Provincia y el Estado; el hombre, cada hombre, cada grupo de hombres tiene también el deber de comunicar a los demás las nociones, las ideas, los principios, las doctrinas, los procedimientos, los métodos, las teorías, las reformas y las innovaciones que hayan hecho. Los conocimientos prácticos y teóricos en que se funda el desarrollo de los bienes materiales, morales e intelectuales, son patrimonio de la Humanidad. No éste, no aquél, no esotro pueblo; no éste, no aquél, no esotro individuo son los capaces de realizar por sí mismos los fines de la Humanidad. Todos tienen que concurrir, todos son hijos de la Humanidad. Esa comunidad de propósitos constituye el deber, en cada hombre y grupo de hombres, de cooperar a sabiendas a la realización del destino común de nuestra especie. No cumpliría con ese deber el individuo o sociedad que negara el beneficio de su cultura particular a las demás sociedades e individuos. Y al faltar a ese deber, sufriría la pena de su culpa, privándose a sí mismo de los elementos de cultura peculiar que pudieran tener aquellos pueblos o individuos a quienes negara el contingente de sus conocimientos y adelantos.

Por su parte, la sociedad universal desconocería el derecho que cada sociedad particular tiene de contar con el ejemplo y con la educación del ejemplo que recibe con el espectáculo de la civilización; y cada vez que consiente o aplaude o favorece desarrollos de barbarie, y mientras abrigue en el seno mismo de sus civilizaciones el hormiguero de bárbaros que hacen las injusticias, la ignorancia y las desigualdades de derecho, que siempre están ojo alerta esperando el momento de abalanzarse sobre los opresores que les niegan la parte de suelo y cielo que todos recibieron en común, la sociedad uni-

versal faltará al deber de presentarse a la contemplación e imitación de los hombres, como el sér colectivo que vive para todos haciendo el bien de todos.

NOTA: ¹ Esto es: Dicen que se desentienden de la patria para ser ciudadanos del mundo.

14. - Juan Montalvo

(1833-1889)

Ecuatoriano, agregado diplomático de su país en Roma y París, adversario político de García Moreno, Borrero y Veintemilla, fomentador decidido de la guerra contra el Perú, proscrito varias veces, paladín de una democracia extrema y del liberalismo, difundió sus



Juan Montalvo

ideas con el periódico (El cosmopolita y El espectador por él fundados) y con el libro. Mostróse escritor docto, de cuño muy personal y sabor clásico como el que más de América. Enamorado, sobre todo de Cervantes, alardeó de su señorio indisputable de la lengua de la Edad de Oro, arcaizando su expresión de tal modo que no sin fundamento se lo tachó de artificioso y afectado. Sus polémicas elocuentes y vigorosas rayan tal vez en agrias, mordaces y malignas; en ellas sofística a menudo, sosteniendo graves errores coloreados de cristianismo. Sus libros principales fueron: Siete tratados (72), exposición de varios asuntos de

carácter filosófico, histórico, religioso, social, literario, etc.; *Catilinarias* (77), serie de invectivas políticas; *Geometría moral* (902) y *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, ensayo de imitación de un libro inimitable* (95), compuesto de 60 capítulos y apreciado muy diversamente por la crítica. Valera ha escrito en "Ecos argentinos": "Yo he admirado siempre el raro talento, la erudición pasmosa y la singular maestría en el manejo de nuestra lengua que hace J. Montalvo en los *Siete tratados* y en *El espectador* y en otras obras suyas; pero, en mi sentir, en esta imitación del "Quijote", que comprende nada menos que sesenta capítulos, me parece que ha hecho un solemne fiasco. Y nó porque no se adviertan y aun se admiren en todas las páginas de este libro la grande erudición del autor y el arte y la habilidad con que domina nuestro idioma, bordando un dechado admirable con sus vocablos, frases y giros, sino porque la gracia, el chiste, la espontaneidad y la inspiración inconsciente y por lo mismo divina de Miguel de Cervantes, no aparecen en una sola página del libro de Montalvo, tan lleno de afectación y tan rebuscado y violento en su estilo, que se cae de las manos y no hay paciencia ni para leerle". M. y Pelayo * lo califica de "sofista agudo e ingeniosísimo y brillante y castizo, aunque abigarrado y algo pedantesco prosista".

a) De SIETE TRATADOS

1. Los poetas ciegos: Homero, Milton

Un anciano está bajando a tientas por un cerro de Ática, apoyado en un bordón: paso entre paso¹, en una hora no ha descendido cien toesas. Cada guiño un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice², porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprehensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz, y él anda por el mundo a tienta paredes³, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin a la ciudad; palpan-

do las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde oídos humanos pudieran reconocer la presencia, de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz, cantó un fragmento de poema. "¡El ciego, — exclaman, adentro, — el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes". Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, lo entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas.

Al otro día el viejo besó la mano a su bienhechora, se despidió y se fué a cantar a otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo: fué mercader, corrió mares, visitó puertos: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo a la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo, la desgracia, andando sobre él, bien como⁴ tigre que se aferra sobre el elefante, lo siguió y lo devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida, como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba a entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas.

En un barrio oscuro de Londres, casi fuera de la ciudad vivía bajo humilde techo un hombre de años en un cuartito mezuquino en casa ajena. Este hombre, viejo y ciego, como el anterior, no contaba con más arbitrios que los escasos dineros que sacaba de sus versos vendidos por sus hijas. Su mujer se cansó de él; sus hijas mismas le hicieron traición, en cierto modo. Lloraba el viejo, porque era desgraciado: el pan, mal seguro, nó de cada día; vino, nunca por sus manteles. En cuanto a la luz artificial, importábele poco, puesto que ni

* "Historia de la poesía hispanoamericana".

la veía, ni sabía si estaban ardiendo en su aposento. Llegó a tener hambre el mísero: devoróla santamente en memoria de lo que en otro tiempo se había satisfecho. Porque éste sí, para ser ciego, había visto más que todos; para carecer de lo necesario, había nadado en lo superfluo; para ser desconocido y triste, había brillado en la corte al lado de un poderoso. Ahora, no solamente se come las manos, sino también huye de sus semejantes: sus compatriotas no pueden oír su nombre sin dejarse arrebatar de la venganza; y si supieran que está vivo, no le fuera bien contado, pues de debajo de las piedras le sacaran. Este mendigo ha sido ministro poderoso de un gran tirano, ha encubierto malas obras, ha sufrido derrame de sangre de reyes. El ciego oculto en una callejuela de Londres, el muerto de hambre, el zarrapastrón, es Milton⁵, ministro de Oliverio Crómwell⁶. Cuando perteneció en cuerpo y alma a la política; cuando fué malo, cómplice de un regicida, opresor de su patria, las riquezas le asediaron, los bienes del mundo le abrumaron: triunfos y placeres, suyos fueron: llamándose feliz, anduvo el cuello erguido, los ojos insolentes. Hoy que no es el hombre de la sangre, sino el de las lágrimas; nó el de la ambición, sino el de la abnegación; nó el del orgullo, sino el de la modestia; nó el del crimen, sino el de las virtudes, los bienes de fortuna han huído de él cacareando como aves espantadas. Riqueza y virtud implican hambre, dolores, ayes agudos; con rostro de ángeles enemigos o demonios propicios, forman la cariátide sobre la cual está sentada la suerte de los grandes hombres. Milton, ministro de Crómwell, fué rico y feliz: Milton, poeta del "Paraíso Perdido", fué menesteroso y esencialmente desgraciado. No hay duda en que un genio invisible va guiando hacia la gloria por entre abrojos y cardos a los hijos distinguidos de la naturaleza.

NOTAS: ¹ Lo mismo que paso ante paso: lentamente. — ² Esta forma, por infeliz, no es usual en la prosa. — ³ Andar a tienta paredes: a tientas.

— ⁴ Bien como: así como. — ⁵ Juan Milton, célebre poeta inglés, autor de "El Paraíso Perdido". Fué secretario de Crómwell (1608-74). — ⁶ Pro-núnciase Krómuel. Jefe de la revolución que depuso y condenó al cadalso a Carlos I, proclamóse Protector de la República de Inglaterra (1599-1658).

2. Paralelo entre Napoleón y Bolívar

Estos dos hombres son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira a la guerra y la política, únos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleón salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella, y, revistiéndose de su fuerza, le dió tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido....

Satanás, echado al mar por el Todopoderoso nadó cuarenta días en medio de las tinieblas en que gemía el universo, y al cabo de ellos ganó el monte Cabet, y en voz terrible se puso a desafiar a los ángeles. Ésta es la figura de Napoleón: va rompiendo por las olas del mundo, y al fin sale, y en una alta cumbre desafía a las potestades del cielo y de la tierra. Emperador, rey de reyes, dueño de pueblos, ¿qué es, quién es ese sér maravilloso? Si el género humano hubiera mostrado menos cuánto puede acerbarse a los entes superiores, por la inteligencia con Platón, por el conocimiento de lo desconocido con Newton, por la inocencia con San Bruno, por la caridad con san Carlos Borromeo, podríamos decir que nacen de tiempo en tiempo hombres imperfectos por exceso, que por sus facultades atropellan el círculo donde giran sus semejantes. En Napoleón hay algo más que en los ótros, algo más que en todos: un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno; ¿qué de más hay en esta naturaleza rara y admirable? "Mortal, demonio o ángel" se le mira con uno como terror supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratísima, tomada el alma de ese afecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastor-

no cual nunca se ha visto ótro; le echa mano a la revolución, la ahoga a sus pies; se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia. Los reyes dan diente con diente, pálidos, medio muertos; los tronos crujen y se desbaratan; las naciones alzan el rostro, miran espantadas al gigante y doblan la rodilla. ¿Quién es? ¿De dónde viene? Artista prodigioso, ha refundido cien coronas en una sola, y se echa a las sienes esta descomunal presea; y no muestra flaquear su cuello, y pisa firme, y alarga el paso, y poniendo el un pie¹ en un reino, el ótro en otro reino, pasa sobre el mundo dejándolos marcados con su planta como a otros tantos esclavos.

¿Qué parangón entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y ótro, activo, puro, vasto, atizándolo a la continua esa vestal invisible que la Providencia² destina a ese hogar sagrado: el corazón era en uno y ótro de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argos, ése que relampaguea como un genio sobre las murallas de Erix: uno y ótro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa, que la del globo de los mortales: ¿En qué se diferencian? En que el uno se dedicó a destruir naciones, el ótro a formarlas; el uno a cautivar pueblos, el ótro a libertarlos: son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo.

Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo: ve-se humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba en vuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor que destruye con su fuego a los tiranos, e infunde vida a los pueblos, muertos en la servidumbre: el yugo es tumba; los esclavos son difuntos puestos al re-

mo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.....

Estos dos hombres tan semejantes en la organización y el temperamento, difieren en los fines, siendo una misma la ocupación de toda su vida: la guerra..... Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior a Napoleón; si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efímeras, Bolívar es superior a Napoleón.....

Los siglos pueden reducir a un nivel a estos dos hijos de la tierra, que en una como demencia acometieron a poner monte sobre monte para escalar el Olimpo³. El uno, el más audaz, fué herido por los dioses, y rodó al abismo de los mares; el ótro, el más feliz, coronó su obra, y habiéndolos vencido, se alió con ellos y fundó la libertad del Nuevo Mundo.

NOTAS: ¹No es recomendable esta forma anticuada. Basta decir: un pie. — ²Hay aquí mezcla de paganismo y cristianismo. — ³Alusión a la guerra que los Titanes hicieron a los dioses, acabando por ser fulminados por Júpiter.

b) De CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES

Universalidad del Quijote

Si don Quijote no fuera más que esa imagen seria y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes a los hombres, porque una caricatura tras cuyos groseros perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reír quizá más que *Don Quijote*, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación: testigo Rabelais¹, padre de la risa francesa. Panurgo² y Pantagruel darán la ley en Francia; don Quijote la da en el mundo. Con decir que Juan Falstaff³ no es ni para escudero de don

Quijote, dicho se está que, en este amable insensato, debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde gustan de beber todos los pueblos. "El *don Quijote* es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano". Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fué el que llamó a Cervantes "honra, no solamente de su patria, sino también del género humano".

Don Quijote es un discípulo de Platón con una capa de sandez: quitémosle su aspada vestidura de caballero andante, y queda el filósofo. Respeto, amor a Dios, hombría de bien cabal, honestidad a prueba de ocasiones, fe, pundonor, todo lo que constituye la esencia del hombre a filosofado, sin hacer mérito de las obligaciones concernientes a la caballería, las cuales siendo de su profesión, son características en él. Aun su faz ridícula, puesta al viso, seduce con un vaivén armonioso de suaves resplandores. Se hace armar caballero, por habilitarse para el santo oficio de valer a los que poco pueden; embiste con los que encuentra, si los tiene por malandrines y follones, esto es, por hombres injustos y opresores de los desvalidos. Trátase de un viaje al fin del mundo: él está ahí, a él le toca e incumbe molestia tan gloriosa, pues va a desagaviar a una mujer, a matar al gigante que usurpó el trono a una reina sin amparo. Todo noble, todo elevado en el fundamento de esta insensata generosidad: echada al crisol de la filosofía locura que tan risible nos parece, luego veríamos cuajarse una pepita de oro aquílatado. El móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas cuentas, viene a ser la virtud. Don Quijote es el hombre imaginario, en oposición al real y usual que es su escudero Sancho Panza. ¿Quién no divisa aquí las dos naturalezas del género humano puestas en ese contraste que es el símbolo de la guerra perpetua del espíritu y los sentidos, del pensamiento y la materia?

NOTAS: ¹Francisco Rabelais (1485?-1553), escritor francés, autor de la famosa obra "Gargantúa y Pantagruel". — ²Uno de los personajes más importantes del "Pantagruel", conocido por el episodio de los carneros. — ³Famoso capitán inglés (1378?-1459); Shakespeare hace de él el tipo del cinismo y desvergüenza.

15. - José Martí

(1853-1895)

Habanero, vivió con la noble obsesión de la independencia de su suelo y por ella murió en la batalla de Dos Ríos, después de haber sido deportado a España



José Martí

dos veces y haber viajado incansablemente, conspirando siempre. Doctorado en Zaragoza, fué periodista, profesor de derecho, cónsul de varios estados sudamericanos y hasta, por necesidad circunstancial, dependiente de comercio. Escribió con fluidez y armonía Versos libres (82), Versos sencillos (91), los sentidos romancillos de Ismaelillo (82), el poema Abdala, el proverbio dramático Amor con amor se paga (75), algunas novelas, estudios críticos, ensayos, discursos, etc. Este insigne patriota cubano quiso la emancipación literaria con tanta avidez como la política; pero, buscando originalidad — que la logró bien vigorosa por cierto, — no dejó de ser a veces extravagante, desigual, incorrecto y oscuro. Mas supo cautivar con las simpáticas prendas de su alma íntimamente romántica: calor de sentimiento, relampa-

guedo de imágenes, exuberancia de fantasía, derroche de color, no menos que con el corte nervioso de su frase de tribuno. De sus obras en prosa, editadas como póstumas, pueden recordarse Cuba (900), En los Estados Unidos (902), La Edad de Oro (5), Hombres (8), Nuestra América (9), Crítica y libros (14), etc. Compuso muchos artículos para "La Nación" de Buenos Aires.*

a) De ISMAELILLO

Son quince romancillos dedicados a su hijo; desbordan de ternura paternal. Léase la

1. Dedicatoria

Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, dile que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón. ¡Lleguen al tuyo!

2. Mi caballero

Por las mañanas,
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,

me espoleaba
mi caballero;
¡qué suave espuela,
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!
Y yo besaba
sus pies pequeños,
dos pies que caben
en sólo un beso.

b) De versos sencillos

I. Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma⁷;
y, antes de morirme, quiero
echar mis versos del alma.

* Es una revista para niños que empezó a publicar en 1889, mientras vivía desterrado en Nueva York. Muestra allí su intenso amor de maestro a la niñez. Tiene prosa y verso. Sólo salieron cuatro números, que en 1905 se reunieron en un volumen.

Yo vengo de todas partes,
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes;
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
de las yerbas y las flores,
y de mortales engaños,
y de sublimes dolores...

Gocé una vez, de tal suerte
que gocé cual nunca: cuando
la sentencia de mi muerte
leyó el alcaide llorando²....

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor...

Oculto en mi pecho bravo
la pena que me lo hiere:
el hijo de un pueblo esclavo
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,
y todo, como el diamante,
antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
con gran lujo y con gran llanto,
y que no hay fruta en la tierra
como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
la pompa del rimador;
cuelga de un árbol marchito
mi muceta³ de doctor.

VII. Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón⁴,
franco, fiero, fiel, sin saña....

Allá, en la vega florida,
la de la heroica defensa⁵,
por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazurro,
calza la manta el baturro
y muere con su escopeta⁶.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso;
quiero el Pilar⁷ azuloso
de Lanuza⁸ y de Padilla⁹.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano;
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

XXXI Para modelo de un dios
el pintor lo envió a pedir:
¡para eso nó; para ir,
patria, a servirte, los dos!¹⁰

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo:
¡mejor en la ceja¹¹ oscura,
cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón¹²
de nobleza natural:

¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril.
Vamos los dos: si yo muero,
me besas; si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte vil!

XLV¹³. Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: "¡Oh mármol,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! ¡Que comen
juntos el pan del oprobio,
en la mesa ensangrentada!
¡Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen,
oh mármol, mármol dormido,
que ya se ha muerto tu raza!"

Échame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: ¡del soclo¹⁴
saltan los hombres de mármol!

revolucionario le instruyeron en 1869 y 1879. —
³ Esclavina que cubre pecho y espalda. Es insignia
de prelados y doctores. — ⁴ Que tiene todas las
cualidades del aragonés. — ⁵ En su célebre sitio
de 1808-9, por los ejércitos de Napoleón, siendo
Palafox el heroico jefe de la defensa. — ⁶ Alusión
a los frecuentes disturbios nacidos de causas so-
ciales en Aragón. — ⁷ La célebre basílica de la Vir-
gen Santísima, que es uno de los símbolos de
Aragón. — ⁸ Justicia mayor de Aragón que defen-
dió al famoso Antonio Pérez contra Felipe II y
fué decapitado en 1592. — ⁹ Jefe de los comuneros
de Castilla, vencido por Carlos V en Villalar y
ajusticiado en 1521. — ¹⁰ Para servir a la patria,
no sólo él, yo también. — ¹¹ Camino, senda o ve-
reda estrecha en un bosque. — ¹² Joven, mozo. —
¹³ Esta composición ofrece rasgos que hacen de
Martí un precursor del modernismo: es una transi-
ción del romanticismo a éste. Advértase la rara
ausencia de toda rima en versos octosílabos. —
¹⁴ Voz que no registra el Dicc. Sin duda es sín-
copa de zócalo, voz que en su origen latino se
escribe con s: sóculus, soccus.

c) San Martín¹

San Martín fué el libertador del Sur, el
padre de la República Argentina, el padre
de Chile. Sus padres eran españoles, y a él
lo mandaron a España para que fuese mili-
tar del rey.

Cuando Napoleón entró en España con
su ejército para quitarles a los españoles la
libertad, los españoles todos pelearon contra
Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres,
los niños: un niño valiente, un catalancito,
hizo huir una noche a una compañía, dispa-
rándoles tiros y más tiros desde un rincón
del monte; al niño lo encontraron muerto,
muerto de hambre y de frío; pero tenía
en la cara como una luz, y sonreía como
si estuviese contento. San Martín peleó muy
bien en la batalla de Bailén, y le hicieron
teniente coronel.

Hablaba poco; parecía de acero; miraba
como un águila; nadie le desobedecía; su
caballo iba y venía por el campo de pelea
como el rayo por el aire. En cuanto supo
que América peleaba para hacerse libre,
vino a América; ¿qué le importaba perder
su carrera si iba a cumplir con su deber?
Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos;
levantó un escuadrón de caballería; en San
Lorenzo fué su primera batalla; sable en
mano fué San Martín detrás de los espa-
ñoles, que venían muy seguros, tocando el
tambor, y se quedaron sin tambor, sin ca-
ñones y sin bandera.

NOTAS: ¹ Sobre todo la palma real es muy de
Cuba. — ² Alusión a alguno de los juicios que por

En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo; a Bolívar lo había echado Murillo el Cruel² de Venezuela; Hidalgo³ estaba muerto; O'Higgins salió huyendo de Chile. Pero donde estaba San Martín, siguió siendo libre la América.

Hay hombres así, que no pueden ver la esclavitud. San Martín no podía, y se fué a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fieros; iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Chacabuco, lo derrota para siempre en la batalla de Maipú; liberta a Chile. Se embarca con su tropa y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar⁴. San Martín le cede la gloria⁵. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debieron querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantes fundadores. Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

NOTAS: ¹ Escribió Rubén Darío: "Hay en uno de ellos (número de «La Edad de Oro») un retrato de San Martín que es una obra maestra". — ² Pablo Morillo hizo fusilar entre otros al sabio y patriota Francisco J. de Caldas. Ante sus fuerzas superiores huyó en 1815 Bolívar, que luego logró vencerlo. — ³ El cura de Dolores, Miguel Hidalgo,

caudillo de la independencia mejicana, preso y fusilado en 1811. — ⁴ Aun no estaba. San Martín gobernaba como Protector del Perú después de haber proclamado su independencia el 28 de julio de 1821. — ⁵ El 20 de septiembre de 1822, después de la famosa conferencia de Guayaquil (Ecuador) con Bolívar (27 de julio de 1822).

ch) "Madre América"

¿Qué sucede de pronto, que el mundo se pára a oír, a maravillarse, a venerar?... Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México¹. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos² de Chile marchan juntos, brazo a brazo, con los cholos³ del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las boleadoras, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches⁴ resucitados, boleando sobre la cabeza la chuza⁵ emplumada. Pintados de guerrear, vienen tendidos sobre el cuello, con la lanza de tacuarilla⁶ coronada de plumas de colores: y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes.

¿Adónde va la⁷ América, y quién la junta y guía? Sola y como un solo pueblo se levanta. Sola pelea. Vencerá sola.

NOTAS: ¹ El cura Hidalgo. — ² Hombres de la clase popular más humilde. — ³ Mestizos, hijos de europeo e india. — ⁴ Significa "hombre de los pinarés"; habitante de una parte de los Andes chilenos. — ⁵ Lo mismo que chuzo. — ⁶ La Acad. trae *tacuará*, que aquí decimos. — ⁷ Este artículo es vicioso.

d) Cecilio Acosta¹ (fragmentos²)

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva que fué cuna de tanta idea gran-

diosa; y mudos aquellos labios que hablaban lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo ver morir en lo más recio de la faena a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos³, eran capaces de crearlos. Para él el universo fué casa; su patria, aposento; la historia, madre; y los hombres, hermanos; y sus dolores, cosas de familia, que le piden llanto. Él lo dió a mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen; y se le tenía a mal⁴ que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: *oprimir a agasajos...*

Negó muchas veces su defensa a los poderosos; nó a los tristes. A sus ojos el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos Cuerpos del Estado pasa como de ótro, y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son⁵ de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bien y el mayor de los bienes en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡Qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!...

Visto de cerca ¡era tan humilde!: sus palabras, que — con ser tantas que se rom-

pían unas contra ótras como aguas de torrente — eran menos abundantes que sus ideas, daban a su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun visto de lejos, ¡era tan imponente!: su desenvoltura y donaire cautivaban, y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía. Consolaba el espíritu su pureza: seducía el oído su lenguaje: ¡qué fortuna, ser niño siendo viejo!: ésa es la corona y la sanidad de la vejez. Él tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española... Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó⁶ o cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoroso, gala del valle, de la naturaleza y de su casta vida. ¡Lo vió todo en sí, de grande que era!

Éste fué el hombre, en junto⁷. Postvió⁸ y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro: pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la tierra y amó al cielo. Quiso a los hombres y a su honra. Se Hermanó con los pueblos y se hizo amar

de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse: profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud, y la redención por el trabajo. Su pluma, siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo: grande ha sido la amargura de los extraños, grande ha de ser la suya. ¡Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

NOTAS: ¹ Insigne poeta y polígrafo venezolano (1819-1881). — ² De un artículo necrológico que precede a las "Cartas venezolanas" de C. Acosta. — ³ Como historiador. — ⁴ La Ac. en vez de ésta, trae la frase echar a mal; desestimar, despreciar una cosa. — ⁵ Nótese los plurales son y parecen referidos a cuánto artículo, plural por significación. — ⁶ Regionalismo admitido por trabar, estorbar. — ⁷ En junto, modo adverbial; en total. — ⁸ Postver, neologismo: ver después de los sucesos; antónimo de prever.

16. - Manuel Gutiérrez Nájera

(1859-1895)

Mejicano, desde muy joven empezó a colaborar en varios periódicos con deliciosas crónicas, relatos, críticas, charlas o impresiones y poesías. Con más derecho acaso que Zorrilla de San Martín, por mayor persistencia en su manera, mereció el dictado de "Becquer americano" así en poesía como en prosa. Fué, a semejanza del autor de las "Rimas", sentimental, de tono elegiaco casi siempre, fino y primoroso, de cierto dejo místico cristiano, que refleja la influencia religiosa de su hogar. Supera ciertamente a Bécquer como hábil cin-

celador de acicaladas estrofas, pero el español le aventaja en hondura de sentir. Para éste es la palma del fondo, para Gutiérrez Nájera la de la forma. Siempre fué romántico a lo Musset y siempre de buen gusto, aun cuando en su postrera producción, influido por los parnasianos franceses, se inclinó al simbolismo, por lo cual es considerado como uno de los precursores del modernismo. En dos volúmenes se publicaron sus obras en prosa, y en otros dos sus poesías. Entre éstas merecen especial mención *Lápida* (80), *Fiat volun-*



Manuel Gutiérrez Nájera

tas (81), *Tristísima nox* (84), *Nada es mío* (84), *Mariposas* (87), *Ondas muertas* (87), *Serenata de Schubert* (88), *De blanco* (88), *Mis enlutadas* (90), *La misa de las flores* (90), *Salmo de vida* (93), etc. El más popular de sus varios seudónimos fué el de "El duque Job". Justo Sierra, Luis G. Urbina y Amado Nervo dedicaron, como prologuistas de sus obras, interesantes estudios al elegante, rico y profundo poeta elegiaco. De un juicio de Oyuela** trascrito: "Para pertenecer de lleno al llamado 'modernismo' le faltan, felizmente, algunas condiciones, y otras le sobran. Entre las primeras deben señalarse el amaneramiento decidido y continuo, la impavidez y el denuesto ante la extravagancia ridícula, la afectación mitológica, trovadoresca y

* V. pág. 192.

** "Antología poética hispano-americana".

versallesca, y aun ese empalagoso tufillo de presunción personal, de petulancia y artificio, que no deja nunca del todo limpios y frescos ni a los mejores ejemplares del género. Nada de eso, en Gutiérrez Nájera. En cambio, sobran al admirable poeta mejicano, para entrar en la secta, el respeto de los ritmos propios de la versificación castellana, de las mejores tradiciones de nuestra elocución y lengua, y, sobre todo, un caudal de ideas y sentimientos substanciales de humanidad, de naturaleza, de patria, de hogar, de amor, de dolores y tristezas íntimas, de armonía moral y sinceridad religiosa, que decididamente lo apartan de ese 'estetismo' vacío y de ese 'diletantismo' universal destinado a servir de deleznable base a los novísimos escauceos retóricos".

a) Lápida

Mucho silencio bajo los pinos;
la luz apenas se atreve a entrar
en esa calle de verdes tuyas
donde se enreda la obscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros
de blanco mármol o piedra gris!
¡Cuántas alfombras de nomeolvides
miro olvidadas en el jardín!

¡Abajo, siembras, techos y torres;
el panorama de la ciudad,
el terso lago que duerme inmóvil,
la caravana que lenta va!

Y en este cerro desnudo y triste,
el alta reja¹, la férrea cruz,
y un jardinero que indiferente
mira el cortejo del ataúd.

Y hemos llegado: ya abren la fosa,
suenan los golpes del azadón,
y el sacerdote, breviario en mano,
reza las preces a media voz.

Los circunstantes formando grupos,
muy pensativos la fosa ven,
y cada uno se dice triste:

"¿Cuándo en su seno reposaré?"

Otros recorren las avenidas,
los epitafios leyendo van;
hablan de aquella que ya no existe,
de la que llevan a sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor
porque se alargan las ceremonias,
corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;
ótro contempla con ansiedad
la tierra oscura, la blanca tumba
donde sus padres durmiendo están.

Sobre la arena recién regada
descansa inmóvil el ataúd...

Y en esa caja negra y angosta
¡ya para siempre reposas tú!

NOTA: ¹ Sin licencia poética, diría: la alta reja.

b) Nada es mío

Me preguntas, oh Rosa, ¿cómo escribo?
¿De qué manera, con menudas hojas,
cintas de seda y pétalos de flores,
voy construyendo estancia por estancia?
¡Yo mismo no lo sé! Como la tuya
es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
viven dentro de mí; vienen de fuera:
a ése, travieso, lo formó el deseo;
a aquél, lleno de luz, la Primavera.

A veces en mis cantos colabora
una rubia magnífica: ¡la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
de algún poeta inédito, del mirlo,
del parlanchín gorrion o de la abeja
que, silbando a las bellas mariposas,
se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
mis ansias y mis íntimos cariños,
esos versos que lloran y que besan,
¿sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas,
y sus rayos de luz trazan en mi alma
líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto a Dios, es del Boyero¹;
de Sirio² deslumbrante, esa cuarteta...

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
de mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
mi espíritu es su casa: Dios los manda
con cédula formal del Paraíso
para que aloje a la traviesa banda.
Algunos a mis castas ilusiones
escandalizan con su alegre charla:
éso son los soldados, los dragones,
los que trae, en su clámide sombría,
"húmeda noche tras caliente día".
Ótros de aquellos huéspedes pequeños
se detienen muy poco: los risueños.
Cantan, mis penas con su voz consuelan,
sacuden las alitas y ¡se vuelan!

Los tristes... ¡esos sí que son constantes!
¡Alguno, como lúgubre corneja
posada en la cornisa de la torre,
mientras la noche silenciosa corre
hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ¡ya lo ves! En vano
halagas con tal título mi oído;
que no es cenzonle³ o ruiseñor el nido,
ni tenor o baritono el pñano!

NOTAS: ¹ Constelación boreal próxima a la Osa Mayor; su estrella principal es Arturo. Llámase también *Bootes*. — ² La estrella más brillante del cielo; pertenece a la constelación del Can Mayor. — ³ *Cenzonte* trae la Academia; pero *cenzonle* se acerca más al original azteca, que significa: cuatrocientas veces.

c) Ondas muertas

En la sombra, debajo de tierra,
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las ótras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
a perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movable de plata
van copiando los astros del cielo
o los pálidos tintes del alba:
ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio
sus collares de perlas desgrana;
ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
o se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan;
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua;
como igual con los cielos combate
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
a perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
¡La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las oscuras
silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie a veros benévolo baja!
¡Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callan!

¡Y si paso os abrieran, saldríais
como chorro bullente de agua
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
¡seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma!

ch) Mis enlutadas

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban¹.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas;
hondo pavor infunden...; yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
de ellas me separa,
y búscolas en medio del bullicio,
y son constantes,
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara.
Pero luego las hallo, y así dicen:
— ¡Ven con nosotras!
¡Vamos a casa! —

Suelen dejarme cuando sonriendo
mis pobres esperanzas
como enfermitas, ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego,
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
lívida hermana.

Ábrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos,
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé, cuitado,
todas mis culpas,
todas mis faltas.

Y hurgando mudas, como hambrientas lobas,
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuorio
me las enseñan
y dicen: — Habla. —

En lo profundo de mi sér bucean,
pescadoras de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir

muerde a la arpia
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca,
¡qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma!

Venid, tristezas de pupila turbia;
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra,
donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engaños; venid, tristezas,
¡oh mis criaturas blancas,
abandonadas por la madre impía,
tan embustera,
por la esperanza!

Venid y hablarme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras;
vamos a casa.

NOTA: ¹Adviértase la combinación de endeca-
sílabos, heptasílabos y pentasílabos, en la misma
estrofa, y la asonancia dispuesta en forma diversa
que en los romances (versos 2º y 5º).

d) A la Virgen María (fragmento)

¡Oh Reina Inmaculada! Por tu sin par pureza
tú fuiste la escogida Esposa del Señor,
y rota y quebrantada por ti fué la cabeza
de la infernal serpiente que nos indujo a error.

Mis ojos te contemplan, hermosa cual ninguna,
subir hasta los cielos en busca de tu amor,
y mírase a tus plantas la refulgente luna,
y cércate la aurora con su rosado albor.

Tus ojos oscurecen la luz de las estrellas,
el aura es tu sonrisa dulcísima y fugaz,
y el cielo que admiramos, la alfombra de tus huellas,
y el sol resplandeciente, la sombra de tu faz.

Revélanos tu nombre al murmurar el río,
repítenlo las aves en lánguida canción,
y en el mundano suelo lo invoca el hombre impío
cual dulce mensajero de paz y de perdón.

Te invoca el marinero en la borrasca ruda,
invócate el soldado en la batalla cruel,
y al mísero marino tu patrocinio escuda,
y ciñes al guerrero con inmortal laurel.

Los ángeles te adoran en éxtasis sublime,
los míseros mortales te elevan su oración;
porque es tu nombre santo, consuelo del que gime;
porque nos da tu nombre la paz del corazón.

¡Tesoro de esperanza, promesa de cariño,
iris resplandeciente del cielo espiritual,
más blanca que los lirios, la nieve y el armiño,
mi fe te ha proclamado desde pequeño niño,
sin mancha concebida de culpa original!

Al alumbrar mis ojos la luz del nuevo día,
al toque religioso que invita a la oración,

y al reclinar mis sienes del sueño a la porfia,
te ha enviado siempre el alma, purísima María,
envuelta en sus plegarias, la fe del corazón.

A ti caminan siempre mis tristes confidencias,
mis lúgubres suspiros se elevan siempre a ti,
y en los coloquios dulces de santas conferencias,
balsámicos consuelos de todas sus dolencias,
el alma apesarada encuentra siempre en ti.

¡Estrella de los mares! la nave de mi vida
desmantelada y frágil te plazca dirigir;
los últimos acentos de mi alma agradecida
te llamen, Virgen santa, sin mancha concebida.
Mis últimas miradas te encuentren al morir.

e) De blanco

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
con túnica blanca, tejida de niebla,
se envuelve a lo lejos feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia,
al soplo del viento sacude con gracia
su níveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea;
las tiernas ovejas triscando se van;
de cisnes intactos el lago se llena;
columpia su copa la enhiesta azucena,
y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
de nieve parecen las canas del cura,
vestido con alba de lino sutil;
cien niñas hermosas ocupan las bancas,
y todas vestidas con túnicas blancas
en ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro; la Virgen propicia
escucha los rezos de casta novicia,
y el Cristo de mármol expira en la cruz;
sin mancha se yerguen las velas de cera;
de encaje es la tenue cortina ligera
que ya transparente del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas,
parece el arroyo de blancas espumas
que quiere, cantando, correr y saltar;
su airosa mantilla de fresca neblina
terció la montaña; la vela latina
de barca ligera se pierde en el mar...

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura,
que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
de tu hábito blanco nació la pureza,
¡al ángel das alas, sudario al mortal!...

17. - Juan Zorrilla de San Martín

(1855-1931)

Hijo de Montevideo, abogado, periodista, catedrático, diputado, diplomático, académico de la Lengua y de la Historia, es la gloria más pura y brillante de la poesía y prosa uruguayas, y una de las más eminentes de toda el habla hispana.



Juan Zorrilla de San Martín

Lo han llamado el Bécquer americano, porque su poesía posee del español el hondo, sincero y espontáneo subjetivismo y la casi impalpabilidad de la forma, pero singularizándose por el sello americano y nacional que le imprime y el espíritu genuinamente cristiano que la informa. Es maestro incomparable del verso, que de su lira brota cálido, fluido y musical, ora apacible y sobrio, ora copioso y arrogante. Poseyó también el dón divino de la elocuencia arrebatadora que realizaba el gesto magnífico y la entonación dúctil e insinuante del tribuno. Su envidiable nombradía de poeta nació con *Notas de un himno* (77), se asentó en *La leyenda patria* (79), y culminó en el poema *Tabaré* (88). Su prosa poética, becqueriana a veces, exuberante de opulencia y gallardía y nunca oscurecedora del pensamiento sólido y noble, ha quedado en *Resonancias del camino* (95), galano relato de sus viajes por Europa, en *Huerto cerrado* (90), de fragancia bíblica, en *La epopeya de Artigas* (10), monumento historial de su gloriosa

*patria, etc., y en la serie de amenos y eruditos ensayos de diversa índole de sus últimos libros *El sermón de la paz* y *El libro de Rut* (28). Algunas de sus piezas oratorias figuran coleccionadas en *Conferencias y discursos* (90).*

a) Del TABARÉ *

En este poema, obra genial del insigne vate uruguayo, vense fundidos en proporción admirable el elemento heroico y el subjetivo con el hechizo misterioso de las visiones que la supersticiosa alma charrúa descubre en cuanto le rodea. Rubén Darío ** descubre en *Tabaré* "un eco del arpa de Bécquer, pero sinfonizado en un órgano, que se diría hecho de las más robustas y sonantes cañas y bambúes a nuestras selvas americanas". Valera reconoce en Zorrilla el arte e ingenio del creador, califica a *Tabaré* de epopeya y añade: "No hay una sola página del poema que no esté impregnada de tierna y piadosa melancolía. Sobre el americanismo del poeta están aquellos sentimientos fervorosos de caridad cristiana, de amor a todos los hombres, tan propios del alma española y que resplandecían en los misioneros, en los legisladores de Indias y, a veces, cuando la codicia o la ambición no los cegaba, hasta en los mismos tremendos conquistadores ***". Es, en suma, un cuadro armonioso de fondo elegiaco, matizado con vigorosos trazos épicos y múltiples tonalidades líricas, y de espléndido marco descriptivo del paisaje americano y uruguayo. El libro fué traducido a varias lenguas y escenificado en una ópera. Consta el poema de introducción y tres libros, divididos en cantos breves, que desarrollan el siguiente

ARGUMENTO: Los charrúas, capitaneados por Caracé, reciben con una lluvia de flechas a los españoles que desembarcan en el Uruguay. No alcanza a huir con los demás Magdalena, a quien cautiva el cacique llevándosela para esposa. Hijo de ambos es Tabaré, el indio hermoso de ojos azules, a quien la madre, sintiéndose morir, bautiza en el Uruguay y da ternísima despedida. Muchos años más tarde. Gonzalo de Orgaz, que gobierna la villa de San Salvador, trae, de una batida contra los indios, a Tabaré. La vista de Blanca, hermanita de Gonzalo, produce honda obsesión en el charrúa, que recuerda por ella a su madre muerta, hasta detenerse de noche absorto ante la casa de la niña. Esto inspira serio temor a Doña Luz, esposa de Orgaz, la cual, a pesar de la oposición de la niña, alcanza que su esposo aleje de la población a Tabaré. El P. Esteban acompaña a éste hasta las afueras, donde casualmente se encuentran con Blanca, y, al despedirse de ésta, derrama el indio sus primeras lágrimas, y torna a su selva. En el Libro III, Yamandú cae una noche con sus salvajes sobre San Salvador, lo incendia y huye, llevándose a Blanca al bosque sagrado; pero Tabaré le ha visto, le sigue, lucha con él y lo mata. Blanca despierta de su desmayo y comprende que Tabaré no fué su robador y que la va a volver a los suyos. Entre tanto, en la villa los soldados impiden que Gonzalo dé muerte al P. Esteban, a quien culpa aquél de la desaparición de la niña, por la blandura con que le había hecho tratar a los naturales. De pronto, ven a lo lejos aparecer a Tabaré cargado con la niña. El capitán, ciego de cólera, corre a su encuentro. Cuando le alcanzan los demás, ven al

* Al Sr. Ignacio Zorrilla de San Martín debo la generosa autorización para espigar en la vasta obra de su ilustre padre los diversos pasajes que a continuación transcribo para bien de las letras.

** En un artículo de la revista "Mundial".

*** En "Nuevas cartas americanas" 1890.

pobre charrúa atravesado por la espada del español y a Blanca, que da gritos de dolor por el fin desgraciado del que acaba de ponerla en salvo. La muerte de Tabaré simboliza la desaparición de su raza.

1. Introducción (fragmento ¹)

Levantaré la losa de una tumba;
e internándome en ella,
encenderé en el fondo el pensamiento
que alumbrará la soledad inmensa ².

Dadme la lira, y vamos: la de hierro,
la más pesada y negra;
ésa, la de apoyarse en las rodillas,
y sostenerse con la mano trémula,

mientras la azota el viento temeroso
que silba en las tormentas,
y, al golpe del granizo restallando,
sus acordes difunde en las tinieblas;

la de cantar sentado entre las ruinas
como el ave agorera;
la que, arrojada al fondo del abismo,
del fondo del abismo nos contesta ³.

Al desgranarse las potentes notas
de sus heridas cuerdas,
despertarán los ecos que han dormido
sueño de siglos en la obscura huesa;
y formarán la estrofa que revele
lo que la muerte piensa;
resurrección de voces extinguidas,
extraño acorde que en mi mente suena.

Vosotros, los que amáis los imposibles,
los que vivís la vida de la idea;
los que sabéis de ignotas muchedumbres,
que los espacios infinitos pueblan...

Y vosotros aun más, bardos amigos,
trovadores galanos de mi tierra,
vírgenes de mi patria y de mi raza
que templáis el laúd de los poetas;

seguidme juntos a escuchar las notas
de una elegía que en la patria nuestra
el bosque entona cuando queda solo,
y todo duerme entre sus ramas quietas;
crecen laureles, hijos de la noche,
que esperan líras para asirse a ellas,
allá en la obscuridad en que aun palpita
el grito del desierto y de la selva.

NOTAS: ¹ Texto conforme a la 3ª edic., Madrid 1892. — ² Apartándose el autor de prescripcionesseudoclásicas, adopta una forma de mayor libertad y amplitud, en consonancia con la naturaleza de las cosas y hombres que canta. Así, emplea un romance heroico y lírico, mezcla de endecasílabos y heptasílabos, y a veces también pentasílabos. — ³ Se notará en este poeta la tendencia a las frases coordinadas o aposiciones consecutivas de carácter descriptivo o encarecedor.

2. Caracé cae sobre los extranjeros (L. I. canto I)

Entre inmenso alarido,
una lluvia rabiosa de saetas

7 - Cumbres del Idioma. - Americanos.

parte del matorral, y de salvajes
un enjambre fantástico tras ellas.

La bola arrojada
silba y choca del blanco en la cabeza;
cae al sepulcro el español herido
amortajado en su armadura negra,
y los guerreros blancos
huyen despavoridos por las breñas,
dejando sangre en la salvaje playa
y una mujer ¹ en la sangrienta arena.

NOTA: ¹ Es Magdalena, que queda cautiva; madre del héroe del poema.

3. Aparece Tabaré (L. I, canto II)

Un niño llora. Sus vagidos se oyen
del bosque en el secreto,
unidos a las voces de los pájaros
que cantan en las ramas de los ceibos...

Le llaman TABARÉ ¹. Nació en el bosque
de Caracé el guerrero;
ha brotado en las grietas del sepulcro
un lirio amarillento.

Sonrisa del dolor, hijo del alma,
jalma de mis recuerdos!
lo llamaba gimiendo la cautiva
al estrecharlo en el materno pecho,
y al entonar los cánticos cristianos
para arrullar su sueño:
los cantos de Belén que al fin escucha
la soledad callada del desierto.

NOTA: ¹ El autor encontró este nombre — sólo el nombre — en U. Schmidel y en Ruy Díaz de Guzmán. Pertenecía a la lengua tupí. Parece voz compuesta de *taba* (pueblo o caserío) y *re* (después), para significar el que vive solo o lejos del pueblo (Del Índice alfabético agregado por Zorrilla al poema).

4. Bautizo de Tabaré (L. I, c. II)

¿Adónde va la madre silenciosa?

Camina a paso lento
con el niño en los brazos. Llega al río.
¡Es la hermosa mujer del Evangelio!

¡E invoca a Dios en su misterio augustol!

Se conmueve el desierto,
y el indio niño siente en su cabeza
de su bautismo el fecundante riego.

La madre le ha entregado sollozando
el gran legado eterno ¹.

El Uruguay, al ofrecer sus aguas,
entona en el juncal un himno nuevo.

NOTA: ¹ El bautismo lo ha hecho hijo de Dios y heredero de su reino.

5. Tabaré a su madre (L. I, c. II)

“Madre: ¡no llores más! Siempre en tus ojos
Gotas de llanto veo
que humedecen tu voz y tus miradas,
tus cantos y tus besos;

con ese llanto siempre
al despertar te encuentro.

¿Quién lleva, pobre madre, tantas lágrimas
hasta el mismo silencio de tus sueños?

¡No llores más! Porque no llores nunca
yo rezo, siempre rezo

la oración que despierta en mis auroras
y se duerme conmigo cuando duermo.

¿Por qué lloras? Las tribus no te ofenden.
¿Oyes? Están muy lejos.

Beben sangre de palmas y algarobos,
y después dormirán; no tengas miedo.

En la cruz que recibe las plegarias,
en ésa que has clavado entre los ceibos,
a hacer su nido bajarán los ángeles
y a recoger mis ruegos.

No llores; que la Virgen invisible
que me enseña a amar, vendrá por ellos,
y a ti también te besará en la frente,
y a nuestro lado velará tu sueño”.

La madre sollozaba;
estrechaba a su hijo sobre el seno,
y sus miradas húmedas
escalaban los mundos ascendiendo.

Huían de la tierra, hasta posarse
en el regazo eterno;
pero del cielo ansiosas descendían
el indio niño a acariciar de nuevo.

6. Despedida de la madre (L. I, c. II)

Cayó la flor al río.
Se ha marchitado, ha muerto.
Ha brotado en las grietas del sepulcro
un lirio amarillento¹.

La madre ya ha sentido
mucho frío en los huesos;
la madre tiene, en torno de los ojos,
amorado cerco;

y en el alma la angustia,
y el temblor en los miembros,
y en los brazos el niño que sonríe,
y en los labios un cántico y un ruego...

“Duerme, hijo mío. Mira, entre las ramas
está dormido el viento;
el tigre en el flotante camalote,
y en el nido los pájaros pequeños;
hasta en el valle
duermen los ecos.

Duerme. Si al despertar no me encontraras,
yo te hablaré a lo lejos;
una aurora sin sol vendrá a dejarte
entre los labios mi invisible beso;
duerme; me llaman,
concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
para flotar en ellos:
para infundir en tu alma solitaria
la tristeza más dulce de los cielos.

Así tu llanto
no será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías
los sauces y los ceibos,
y enseñaré a los pájaros dormidos
a repetir mis cánticos maternos...”

El niño duerme,
duerme sonriendo.

La madre lo estrechó; dejó en su frente
una lágrima inmensa, en ella un beso,
y se acostó a morir. Lloró la selva
y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

NOTA: ¹A través del poema, repetidas veces
aparecen estos versos de sentido alegórico.

7. La villa duerme (L. II, c. IV)

Cayó la noche, y embozado en ella
quedó San Salvador¹. El viejo Tiempo
sobre las altas horas se adelanta
con paso soñoliento².

Todos duermen: las aves en el nido,
los niños en el cielo,
en las cunas los ángeles
y en las ramas inmóviles el viento.

Sólo vela el soldado
que está de guardia en el bastión del pueblo,
y algún perro que ladra, se levanta,
y sobre el musgo tiéndose gruñendo.

Tranquila está la noche; las estrellas
se ven brillar muy lejos;
como una sombra que entre ruinas anda,
la luna entre las nubes va en silencio.

NOTAS: ¹Villa fundada por los españoles cerca
de la desembocadura del río Negro y gobernada
por D. Gonzalo de Orgaz. — ²Agrádale a nuestro
poeta personificar con frecuencia, como aquí al
tiempo.

8. Yamandú reclama el mando (L. III, c. II)

Es el cacique *Yamandú*. Los indios
se alzan y lo rodean.

¿Qué quiere *Yamandú*? Reclama el mando
mostrando sus heridas y su fuerza...

“¡Ahú! — clama con grito prolongado. —
Aquí en el *urunday*¹
el indio *Yamandú* clavó su lanza...
¡Nadie la arrancará!...

La he clavado en el bosque donde encienden
los caciques *chanás*,
y los *minuanos*, *tapes* y *bohanes*²
los fuegos de su hogar.

Yo arranqué la sangrienta cabellera
del fiero *Tubichá*,
cuya piragua atravesó las ondas
del río como mar³.

¡Ved mi pellejo! Tiene más heridas
que plumas el *ñandú*⁴,

y que lunas han visto los ancianos
salir del *guaycurú*⁵.

Yo deramo la sangre de mi cuerpo,
de la que, en el chircal,
brotan los *yacarés*⁶ que entre los juncos
duermen del Uruguay.

Los rayos⁷ de los blancos no penetran
en mi *cúrtida* piel
más dura que la piel de la tortuga
y del *jaguareté*⁸.

Mirad mis ojos: brillan en la sombra...
son de *ñacurutú*⁹...

¿Cuál de los indios tiene la mirada
de mis ojos de luz?"

En pos de Yamandú corre la tribu.
Su negra silüeta
se ve a lo lejos tramontar las lomas
como obscuro rebaño de culebras.

NOTAS: ¹ Árbol, que en las selvas subtropicales alcanza 20 metros de altura. Su madera resinosa es sólida y elástica. Parece que de sus ramas los charrúas hacían sus arcos. — ² Los *chanaes* (gramaticalmente más correcto que *chanás*) eran indios que habitaban las islas del Uruguay en la desembocadura del río Negro. Los *minuanos* o *minuanes*, originarios de Entre Ríos, mezcláronse posteriormente con los charrúas. Los *tapés* o *tapés* eran, en rigor, los guaraníes de las misiones jesuíticas. Los *bohanes* habitaban la costa oriental del Uruguay, al N. del Negro. — ³ *Paraná* significa como mar. — ⁴ Nombre guaraní del avestruz de América. — ⁵ Planta medicinal de medio metro de altura. — ⁶ Caimanes de los guaraníes. — ⁷ Los disparos de las armas de fuego. — ⁸ O *yaguareté* es el tigre americano que el Dicc. registra con el solo nombre de *jaguar* o *yaguar*. — ⁹ Ave nocturna rapaz, de ojos grandes y de color amarillo muy vivo.

9. El asalto (L. III, c. III)

Es el *malón* salvaje
derramado en la villa;
el bramido terrible de la fiera
que ataca y se revuelve en su agonía.

¡Indios! ¡Los indios vienen!
en medio de la grita
se oye clamar. ¡Los indios! ¡El charrúa!
¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!... Suenan la esquila
sobre el pajizo techo
de la humilde capilla,
con ayes repetidos de rebato;
estalla un arcabuz, el plomo silba.

¡Ah del valiente hidalgo!
¡Los indios en la villa!
¿Dó está la espada, brazo de la muerte,
que en las batallas Don Gonzalo vibra?...

Y el salvaje alarido
levanta a los jaguares que dormían
y se alejan corriendo, y a los pájaros
que huyen despavoridos a las islas.

Y el malón se dilata
como reptil inmenso, que se agita
en mortal convulsión, y envuelve al pueblo,
y lo estruja, y lo ahoga en sus anillas...

10. Yamandú huye con su presa

(L. III, c. III)

Allá en el horizonte
una raya de luz traza la aurora;
luz vaga y cenicienta que franjea
los ropajes talares de las sombras.

Los últimos charrúas
el incendiado pueblo ya abandonan,
y en grupos se dirigen a la selva
dando alaridos que el espacio asordan;
y, sobre el nimbo tenue
que circunda la frente de las lomas,
a ratos se proyecta, siempre huyendo,
la silueta del indio y la española.

11. El salvador de Blanca (L. III, c. IV)

¿Qué pasa allí? La niña sólo siente
dos rugidos que estallan¹,
dos cuerpos que a su lado se desploman,
y un grito sofocado a sus espaldas.

Después, por un instante, sólo escucha
las hojas que se hablan en voz baja...

El indio Yamandú yace en el suelo.
En los ojos y el alma
tiene la noche; su salvaje risa
está en sus labios para siempre helada.

¿Quién es ese indio pálido y convulso
que entre la yerba se alza
después que entre sus dedos ha estrujado
de Yamandú el cacique la garganta?...

Es él, es Tabaré, que hasta aquel bosque
llevado fué por una fuerza extraña,
y al despertar de su sopor, en brazos
de la cruz de la selva solitaria,

sintió muy cerca, entre el rumor confuso
de ramas agitadas,
el grito que la virgen española
al distinguir a Yamandú lanzaba.

NOTA: ¹ Tabaré lucha con el fiero Yamandú.

12. La ira de don Gonzalo (L. III, c. VI)

El anciano¹ callaba;
miraba a don Gonzalo por momentos,
y tornaba a doblar mudo la frente,
en serena actitud permaneciendo.

Callaban los soldados,
mientras Gonzalo, tembloroso y ciego,
buscaba en vano en el humilde fraile
provocación o enojo cuando menos.

"¡Damián! ¡Garcés! ¡Ramiro! —
gritó por fin, — pues lo que yo le ordeno²
no obedece de grado, por la fuerza
llevadlo al bosque y retornad... ¿Qué es esto?

¡Qué! ¿No me obedecéis? ¿También vosotros
contra mí os conjuráis? Damián: ¿Tú entre ellos?
¡Bajáis las frentes! ¿Cómplices acaso,
traidores todos sois? ¿También sois reos?"

Los soldados vacilan
en dar a aquella orden cumplimiento;
se miran entre sí, y esquivan todos
ser designados por mandato expreso.

El furor del hidalgo
toma creces al verlos;
las metálicas piezas de sus armas
crujen con sus nerviosos movimientos;
sobre el callado anciano
va a lanzarse frenético,
pero los hombres de armas se interponen
todos a una, en ademán resuelto.

“ ¡Capitán! — gritó el uno, —
¡cuidad de no tocarle, por el Cielo!”
“ ¡No le toquéis! — clamaron los soldados, —
¡por vuestra vida, capitán, teneos!

“ ¡Ah, turba miserable! —
el hidalgo gritó retrocediendo; —
¿me amenazáis, ralea de villanos,
gente soez de corazón de cieno?

¡Me amenazáis, cobardes!
Ya os mostraré cómo se aplasta el cuello
a la víbora inmundada, que se arrastra
para morder la planta a un caballero”.

Los soldados esperan,
con la espada desnuda, y con resuelto
y ya duro ademán, el de Gonzalo
temido ataque, que el hidalgo es fiero.

En su mano la espada
se veía temblar, cual si en el hierro
continuase la vida y lo animara
el corazón y el brazo del guerrero.

El primer rudo golpe
ha sonado del hierro contra el hierro;
Gonzalo apoya la nervuda espalda
en el tronco del árbol, y de nuevo

alza el armado brazo;
se adelanta el anciano a detenerlo,
cuando clama una voz:

— ¡Por entre el bosque!
— ¡Un indio!

— ¡El indio!

— ¡Por el bosque!

— ¿Dónde? grita Gonzalo [¡Vedlo!

los encendidos ojos revolviendo.

— ¡Atraviesa aquel llano!

— ¡Llega al soto!

¿Lo veis? ¡Es él!...

— ¡Es Blanca, vive el Cielo!

NOTAS: ¹ El P. Esteban, bondadoso misionero.
— ² Que fuese al bosque a buscar a la niña robada,
porque él tenía la culpa de todo: por haberlo
inducido a tratar con blandura a los salvajes, y
especialmente a Tabaré, a quien juzga D. Gonzalo
autor del ataque y del rapto.

13. Trágico desenlace

Por allá, entre los árboles
apareció un momento
Tabaré conduciendo a la española,
y en la espesura se internó de nuevo...

Grito de rabia y júbilo
lanzó Gonzalo al verlo.
Y, como empuja el arco a la saeta,
de su ciega pasión lo empujó el vértigo...

Han seguido al hidalgo
el monje y los soldados. Allá adentro
se va apagando el ruido de sus pasos;
el aire está y los árboles suspensos...

Un grito sofocado
resuena a poco tiempo;
tras él, clamores de dolor y angustia
turban del bosque el funeral silencio...

.....
¡Cayó la flor al río!

Los temblorosos círculos concéntricos
balancearon los verdes camalotes
y entre los brazos del juncal murieron.

Las grietas del sepulcro
engendraron un lirio amarillento.
Tuvo el perfume de la flor caída,
su misma extrema palidez... ¡Han muerto!

Así el himno cantaban
los desmayados ecos;
así lloraba el *uruti*¹ en las ceibas,
y se quejaba en el sauzal el viento.

Cuando al fondo del soto
el anciano llegó con los guerreros,
Tabaré, con el pecho atravesado,
yacía inmóvil, en su sangre envuelto...

Inmóvil don Gonzalo,
que aun oprimía el sanguinoso acero,
miraba a Blanca que, poblando el aire
de gritos de dolor, contra su seno

estrechaba al charrúa,
que dulce la miró, pero de nuevo
tristemente cerró, para no abrirlos,
los apagados ojos en silencio.

El indio oyó su nombre,
al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca desde la tierra lo llamaba,
lo llamaba por fin, pero de lejos.

Ya Tabaré a los hombres
ese postrer ensueño
no contará jamás... Está callado,
callado para siempre, como el tiempo,
como su raza,
como el desierto,
como tumba que el muerto ha abandonado:
¡boca sin lengua, eternidad sin cielo!

NOTA: ¹ En guaraní significa: pájaro blanco.

14. Elegía final

Ahogada por las sombras,
la tarde va a morir. Vagos lamentos
vienen de los lejanos horizontes
a estrecharse en el aire entre los ceibos.

Espíritus errantes e invisibles,
desde los cuatro vientos,
desde el mar y las sierras han venido
con la suprema queja del desierto;

con la voz de los llanos y corrientes,
de los bosques inmensos,
de las dulces colinas uruguayas
en que una raza dispersó sus huescos;

voz de un mundo vacío que resuena;
raro acorde, compuesto
de lejanos cantares o tumultos,
de alaridos y lágrimas y ruegos.

El sol entre los árboles
ha dejado su adiós más lastimero,
triste como la última mirada
de una virgen que muere sonriendo.

Cuelgan entre los árboles del bosque
largos crespones negros;
cuelgan entre los árboles las sombras
que como aves informes van cayendo.

Cuelgan entre los árboles del bosque
tules amarillentos;
cuelgan entre los árboles los últimos
lampos de luz como sudarios trémulos.

La luz y las tinieblas en los aires
batallan un momento;
extraña y negra forma cobra el bosque...
la noche sin aurora está en su seno.

Y cual se oyen gotear, tras de la lluvia,
después que cesa el viento,
las empapadas ramas de los árboles,
o los mojados techos,

brotan del bosque en que el callado grupo
está en la densa obscuridad envuelto,
ya un metálico golpe en la armadura
del capitán o de un arcabucero;

ya un sollozo de Blanca, aun abrazada
de Tabaré con el inmóvil cuerpo,
o una palabra trémula y solemne
de la oración del monje por los muertos.

b) De LA EPOPEYA DE ARTIGAS *

Del Prefacio de la obra copio estas apreciaciones de Miguel de Unamuno sobre la misma: "Epopéya, dice, y así es: una epopeya en prosa; pero en prosa poética... Se ha escrito esta obra ante todo para los artistas, para los escultores... Y la epopeya es ya un monumento, *aere perennius*, más duradero que el bronce. Dudo mucho que artista alguno del cincel, pueda erigir, al culto y a la memoria de Artigas, un monumento, en mármol o en bronce, más sólido que éste. El monumento que el presidente Williman decretaba está ya en pie, y canta como una estatua no puede cantar".

1. Retrato de Artigas

Veamos, pues, la arcilla en que aquel Artigas fué modelando su obra corporal.

* Cuando en 1906 el Presidente del Uruguay, Williman, llamó a concurso a los escultores para la presentación de bocetos de un monumento a Artigas, confió a Zorrilla de San Martín el honoroso encargo de preparar una Memoria sobre el héroe, que ofreciera a los artistas datos documentales y gráficos auxiliares; y el poeta elevó la memoria a magnífico poema.

Era de estatura mediana; no tenía contextura atlética, ni siquiera muy robusta; su aspecto parecía más bien delicado. No era erguido de cuerpo; aquel "aspecto imperioso" de que nos habla Grandshire, el marino francés, más que de su estructura ósea, dependía de las varoniles proporciones de los miembros, unidas al reposo de las actitudes y movimientos habituales. Hubo quien lo vió de grande estatura; lo parecía, no hay duda, en ciertos momentos, sobre todo cuando montaba a caballo; pero no había tal. Tenía la cara ovalada, ligeramente aguileña la nariz, los ojos claros, pardos azulados, muy serenos y fijos, de larga mirada inmóvil. Era fina la comisura de sus labios, pero el superior muy amplio; fuerte el maxilar inferior, pero sin tendencia al prognatismo; poco salientes los pómulos; la tez pálida, linfática, casi enfermiza; poco poblada la barba, que él se rasaba, conservando sólo su arranque sobre las mejillas; tenía el cabello escaso y fino, ligeramente ondulado, de color castaño; en su vejez, le caía en rizos blancos sobre los hombros. Una depresión característica de los temporales y parietales, unida a la calvicie precoz hereditaria, hacían muy aparente la amplitud de su bóveda frontal, y daban a su cabeza los caracteres jerárquicos que, según la craneología topográfica, constituye, como dice López, el mejor tipo de la raza caucásica: amplitud del diámetro anteroposterior del cráneo con relación al transversal, fuerza en las órbitas, reducción de los pómulos, corrección del ángulo facial. Si a todo esto agregamos una delicadeza en las manos que alguno observó, no sin sorpresa, en él, tendríamos bastante, me parece, para restaurar el retrato que de aquella interesante persona nos dejó Bompland¹, su consecuente amigo...

Pero es preciso que os lo haga ver mejor todavía, para terminar. Busquemos a alguien que lo haya mirado con mayor intensidad que la buena anciana². Encontramos al cé-

lebre deán Funes³, prócer de la independencia argentina, doctor de la Universidad de Córdoba, e historiador de autoridad única acaso en su época, que parece haber visto algo en el fondo de los ojos claros del libertador oriental. El retrato que de éste nos hace es magistral, en su intensa sobriedad de tonos fundamentales. "Artigas, dice, es un hombre singular, que reúne *una sensibilidad extrema*, a una indiferencia al parecer fría; una sencillez insinuante, a una gravedad respetuosa; un lenguaje siempre de paz, a una inclinación innata a la guerra; un amor vivo, en fin, por la independencia de la patria, a un extravío de su verdadera dirección."

No hay duda, amigos artistas: Artigas era un hombre singular, un hombre extraño. El historiador argentino vió su rasgo heroico: era un solitario; estaba ausente de los demás, porque jamás lo estaba de sí mismo. Y no es ésta una simple frase; la veréis comprobada en su vida entera; tenía un extravío clásico, con relación al ilustre deán Funes, y a los togados coloniales que con él sentían y pensaban, respecto de la independencia. No la había aprendido, ciertamente, en Benthám⁴, ni en Rousseau⁵, ni en la revolución francesa; la supo en sí mismo, en su yo americano. Fué un enigma para su época, como lo son todos los hombres sin época, absolutos, objetivos; el historiador argentino don Bartolomé Mitre, recogiendo palabras precipitadas que dijo en hora menguada, condensa sus vacilantes opiniones sobre él en estas palabras escritas el año 1881: "Artigas es hoy *una especie de mito*, del que todos hablan y ninguno conoce, y cuyo significado histórico es más complejo de lo que a primera vista parece". ¡Un mito! ¡Un enigma! Sí, lo fué... pero ya no lo es; está descifrado, amigos míos, está plenamente descifrado.

NOTAS: ¹Sabio médico y naturalista francés, amigo de Humboldt. Enseñó en Buenos Aires y fué en Corrientes director del Museo de Historia Natural (1773-1858). — ²Se refiere a una sobriedad de Artigas que dictó interesantes recuerdos

de éste. — ³Gregorio Funes, cordobés (1749-1829). — ⁴Filósofo inglés (1748-1832). — ⁵Filósofo y escritor francés (1712-1778), autor de "Emilio" y "Contrato social".

2. Carácter de Artigas

Si lo observamos bien, el carácter es un llamamiento o vocación; no es otra cosa que la manera constante de pensar, de sentir y de obrar de una persona; es, para el alma, lo que para el cuerpo son la fisonomía, las actitudes, los movimientos, el aire de familia. Todo esto es el resultado de un gran cúmulo de circunstancias: influencias étnicas; herencia; organización fisiológica; medio ambiente físico, orgánico, doméstico, social, educación, cultura. Pero el carácter en el hombre depende, además de todo eso, de la propia y espontánea actividad voluntaria; es ésta la que experimenta la influencia de los factores antedichos, pero sin ser absorbida por ellos, antes, al contrario, ejerciendo sobre ellos una acción recíproca, más o menos preponderante. Esa acción repetida se llama *virtud*, es decir, *fuerza moral*. Al través de todas aquellas influencias, persiste el hombre, la conciencia individual depositaria de la revelación. Sin ello, el mérito no existiría. Que también el carácter se regula y también se ajusta a la razón.

El hombre tiene un conjunto de inclinaciones innatas, que forman su *temperamento*; ellas son la materia sobre que obra la voluntad. Si aquéllas predominan en absoluto sobre las facultades superiores, engendran la simple *pasión*; cuando aparece una voluntad capaz de dominarlas y someterlas a la inteligencia, entonces existe el *carácter*, la más poderosa de las fuerzas, la dominadora, que, elevada a una gran potencia, engendra las nobles pasiones: los héroes en el orden natural; en el sobrenatural, los santos; en el mitológico, los dioses. Si nuestro cuerpo es el instrumento para transformar el mundo, dominar nuestra carne es dominar el universo.

Conviene no confundamos, sin embargo,

la *virtud* con el *carácter*. Si bien lo pensamos, virtud es fuerza moral, adquirida por la repetición de actos buenos al alcance de todos, y que nos habilita para hacer o no hacer aquello cuya ejecución u omisión viola la ley común a la especie humana. Carácter, en su alto sentido, es otra cosa: es la fuerza, dada por la naturaleza a ciertos hombres, de realizar o no aquellos actos cuya ejecución o abandono no sería un pecado, pero sí la infracción de una ley que les es propia, de una vocación que los llama a ser superiores a los demás.

Virtud es presión constante de la voluntad sobre el temperamento; de ahí las varias clases de virtudes, según los temperamentos que son su materia prima, y de ahí también que la virtud sea obra, más que del raciocinio, de la práctica constante, de la *costumbre*. En el carácter existe también aquella presión; pero ella es ejercida por una voluntad formada, no tanto por la repetición de actos, cuanto por una ley de ella misma, tan personal como el temperamento; en el carácter hay siempre originalidad, y hasta cierto orgullo, que no siempre debe confundirse con la soberbia.

De ahí que puedan existir, y en el hecho existan, personas de carácter y sin virtudes; hombres virtuosos y sin carácter. La virtud es deber; el carácter es privilegio, sello de elegidos; la virtud conquista el cielo; pero aquéllos solos son dominadores de la tierra que tienen carácter. Los grandes caracteres sin virtud son los tiranos, fuerzas de la naturaleza perturbada, como el huracán o el rayo, que restablecen los equilibrios; más que maldecir de ellos, debemos procurar no merecerlos, no tener parte con ellos. Luzbel, el resplandeciente arcángel, es el arquetipo de esos caracteres tenebrosos; la superioridad de naturaleza engendra en ellos la soberbia, el odio, la negación; son los conquistadores de la tierra y de los abismos, espíritus de la contradicción y del vacío.

Los caracteres por excelencia son, en cambio, los santos, los dominadores de sí mismos, de sus cuerpos y de sus almas, carácter y virtud compenetrados; ellos atan los apetitos en el establo, para dar libertad a las potencias anímicas: a la inteligencia que cree y afirma, iluminada por lumbre divina, que acude a la humildad de corazón; a la fantasía, clima del espíritu, que llama a la vida las imágenes sanas, que viven de sol; a la voluntad, a la voluntad sobre todo, que ama lo intrínsecamente bello. Son los conquistadores del cielo y de la tierra, seres hechos para flotar en el azul, notas afinadas en el acorde de las esferas.

El carácter benéfico es, por consiguiente, la garantía de encontrar, en los momentos de prueba, un pensamiento, una acción, un *hombre* que ajuste sus actos a su conciencia, a su razón, a su visión, sin ser agente pasivo de las circunstancias, o de la ajena libertad. Eso es lo que se llama *un hombre libre*, el solo hombre verdaderamente libre. El carácter *es acción constante y resistencia*: opera según el propio pensamiento, según la propia misión en la tierra; rechaza los motivos determinantes de índole inferior, que contrarían o enervan los de razón, de justicia, de consecuencia con el propio destino. "El carácter, dice Emerson¹, es un poder natural, como la luz y el calor, y opera por medio de leyes paralelas a las de toda la naturaleza; es el orden moral, al través de una naturaleza individual. De nada sirve remedarlo o contrariarlo; tiene una fuerza de creación, de resistencia y de persistencia que desafía toda imitación. Cuando ninguna otra mano, excepto la naturaleza, ha intervenido en una obra maestra semejante, entonces es cuando ésta se nos ofrece más completa".

Este Emerson se aproxima a lo cierto, me parece; pero los hombres sencillos que no podemos concebir la idea de una ley, sin que se nos imponga la de un legislador, como se nos impone la de fuego cuando vemos

humo, debemos convencernos de que esa maravilla de la naturaleza, el carácter heroico, es la cosa, entre todas las visibles e invisibles, que más y más directamente nos anuncia la omnipresencia de Dios en esta inmensa máquina del Universo; vemos en el héroe el agente de su voluntad; huracán enfrenado y conducido por su mano invisible algunas veces; efluvio ótras de la fuente de toda belleza, como le llama Carlyle², o escritura visible del Gran Hacedor del mundo. Y glorificamos el nombre de Dios en la persona de los héroes, y vemos altares en sus sepulcros.

Artigas era eso: un carácter, una fisonomía moral imposible de confundir con otra alguna, una fuerza natural que se imponía. Siempre lo veréis igual a sí mismo, con el pensamiento fijo en su misión, desdeñoso de todo lo que no concurre a su desempeño. La constancia, la resistencia, se revelarán hasta en sus últimos días. No acabará trágicamente; morirá durante treinta años, que serán una permanente renovación de su profético holocausto.

Si os he detenido demasiado, amigos artistas, en estas consideraciones, no lo sé; pero sólo así, meditando muy seriamente, podréis hallar la causa del prestigio y de la autoridad indiscutidos de aquella persona, que no tenía otro recurso que *la energía del hombre que se basta a sí mismo*. Su simple existencia obraba más que su acción; su poder latente, o *fuerzas en reserva*, sentido o presentado por los pueblos, era su verdadera fuerza, de expansión extraordinaria.

Si lográis penetrar, amigos, en este orden de pensamientos, comprenderéis a Artigas, y os daréis cuenta de por qué todos los pueblos argentinos se acogían al *protectorado* del caudillo oriental; y por qué esa causa se llamó *artiguismo*. Que no lo conseguirá quien no sepa de espirituales potestades reguladoras, o que confunda las grandes fuerzas naturales, voz de Dios que

suenan en sus obras, con las de artificio que inventa la soberbia humana, simple pasión desordenada.

NOTAS: ¹ Filósofo norteamericano, de Boston (1803-1882). Su libro más notable es "Representantes de la humanidad". — ² Tomás Carlyle, escocés, celebre por su obra: "Los héroes y el culto de los héroes".

18. - José Asunción Silva

(1868-1896)

Bogotano, de posición acomodada, pudo satisfacer su sed de curiosidad con viajes y lecturas y consagrarse a las letras. Silva dió otro gran paso de acercamiento al modernismo: fué en Colombia el iniciador de las nuevas formas de éste, pero sin caer en sus deplorables excesos de extravagancia, oscuridad y anar-



José Asunción Silva

quía. Dotado de estro vigoroso, se propuso realizar arte exquisito, aristocrático, con una forma castiza, que mientras es muy personal, es a la vez transparente, ágil y sincera, a pesar de las maneras insólitas de su expresión. "Cantor de los misterios melancólicos" llamálo Cejador; a ellos le empujaba su natural escéptico hecho a visiones pesimistas. Silva modernizó la vieja métrica en sus versos rítmicos, rotundos, musicales. Sus composiciones más mencionadas son: *Nocturno*, de mérito muy discutido por*

* "Historia de la Lengua y Literatura castellana".

la forma, pero innegablemente de intenso calor de emoción viril y sincera; Al pie de la estatua, Luz de luna, La voz de las cosas, Psicopatía, Muertos, El día de difuntos, que evoca el artículo homónimo de Larra, etc. Joven como éste y en forma trágica parecida, acabó sus días Silva, enfermo de esplin, exasperado por reveses, que, perdida la fe de sus primeros años, no supo sobrellevar con entereza. De él dijo Antonio Gómez Restrepo* "El coro de nuestros poetas modernos aparece encabezado por J. A. Silva. Hubo aquí evolución, no ruptura con la tradición. Silva es un poeta de pura estirpe castellana, por la calidad del lenguaje y del estilo, por su respeto a la métrica tradicional, por la diafanidad del pensamiento, por la armonía de las proporciones. Pero dice en versos perfectos cosas antes no oídas; nos trasmite impresiones nuevas y sutiles; pone en sus paisajes matices suaves y evanescentes, que ningún parentesco guardan con los colores tradicionales de la poesía española; da a sus versos una música exquisita y penetrante; produce, en suma, como todo grande artista, un «frisson nouveau». Y Unamuno** : "De Silva cabe decir que es el poeta puro, sin mezcla de aleación de otra cosa alguna".

a) Los maderos de San Juan

...Y aserrán
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.

¡Triqui, triqui, triqui, tran!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela con movimiento rítmico se balancea el niño, y entrambos agitados y trémulos están... La abuela se sonríe con maternal cariño, mas cruza por su espíritu como un temor extraño por lo que en el futuro, de angustia y desengaño, los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
¡triqui, triqui, triqui, tran!

* En "Parnaso colombiano".
** Citado por Cejador.

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia de largos sufrimientos y silenciosa angustia! y sus cabellos blancos como la nieve están; ...de un gran dolor el sello marcó la frente mustia, y son sus ojos turbios espejos que empañaron los años, y que a tiempo las formas reflejaron de seres y de cosas que nunca volverán...

...Los de Roque,
Alfandoque...
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana, cuando duerma la abuela, yerta y muda, lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra, donde otros, en la sombra desde hace tiempo están, del nieto a la memoria, con grave voz que encierra todo el poema triste de la remota infancia, pasando por las sombras del tiempo y la distancia, de aquella voz querida las notas volverán...

...Los de Rique,
alfeñique...
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela con movimiento rítmico se balancea el niño, y entrambos agitados y trémulos están... La abuela se sonríe con maternal cariño, mas cruza por su espíritu como un temor extraño por lo que en el futuro, de angustia y desengaño, los días ignorados del nieto guardarán...

...Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

NOTA: ¹ Canción popular para dormir a los niños.

b) Ars

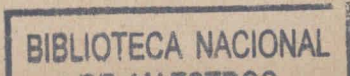
El verso es vaso santo: poned en él tan sólo un pensamiento puro, en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes, como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.

Allí verted las flores que la continua lucha ajó del mundo frío, recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven, y nardos empapados en gotas de rocío.

Para que la existencia misera se embalsame cual de una esencia ignota, quemándose en el fuego del alma enternecida, de aquel supremo bálsamo, ¡basta una sola gota!

c) Vejeces

Las cosas viejas, tristes, desteñidas, sin voz y sin color, saben secretos de las épocas muertas, de las vidas que ya nadie conserva en la memoria, y a veces a los hombres, cuando inquietos



las miran y las palpan, con extrañas voces de agonizante dicen, paso, casi al oído, alguna rara historia que tiene oscuridad de telarañas, són de laúd y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura, hoy de algún mueble en el cajón dormida; cincelado puñal; carta borrosa; tabla en que se deshace la pintura, por el tiempo y el polvo ennegrecida; histórico blasón, donde se pierde la divisa latina, presuntuosa, medio borrada por el liquen verde; misales de las viejas sacristías; de otros siglos fantásticos espejos que en el azogue de las lunas frías guardáis de lo pasado los reflejos; arca, en un tiempo de ducados llena; crucifijo que tanto moribundo humedeció con lágrimas de pena y besó con amor grave y profundo; negro sillón de Córdoba; alacena que guardaba un tesoro peregrino y donde anida la polilla sola; sortija que adornaste el dedo fino de algún hidalgo de espadín y gola; mayúsculas del viejo pergamino; batista tenue que a vainilla hueles; seda que te deshaces en la trama confusa de los ricos brocateles; arpa olvidada que, al sonar, te quejas, barrotes que formáis un monograma incomprendible en las antiguas rejas: el vulgo os huye, el soñador os ama y en vuestra muda sociedad reclama las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños con esencias fantásticas y añejas, y nos lleva a lugares halagüeños en épocas distantes y mejores; ¡por eso a los poetas soñadores, les son dulces, gratísimas y caras, las crónicas, historias y consejas, las formas, los estilos, los colores, las sugestiones místicas y raras y los perfumes de las cosas viejas!

ch) Paisaje tropical

Magia adormecedora vierte el río en la calma monótona del viaje, cuando borra los lejos¹ del paisaje la sombra que se extiende en el vacío.

Oculto en sus negruras al bohío² la maraña tupida, y el follaje semeja los calados de un encaje, al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro. La corriente dormida, una piragua rompe en su viaje rápido y seguro, y con sus nubes el Poniente fragua otro cielo rosado y verdeoscuro en los espejos húmedos del agua.

NOTAS: ¹Adverbio usado como nombre: lejías. — ²Voz antillana con que se designa una cabaña, especie de rancho, con una sola abertura: la puerta.

d) Nocturno

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y
una noche [de músicas de alas;
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las lu-
[ciénnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda
[y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura,
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía
y tu sombra, [su luz blanca;
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...¹

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu
[muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y
por el infinito negro [la distancia,
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos,
entre las blancuras niveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes
se acercó y marchó con ella, [y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh, las sombras en-
[lazadas!
¡Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con
[las sombras de las almas!

¡Oh, las sombras que se buscan en las noches de
[tristezas y de lágrimas!...²

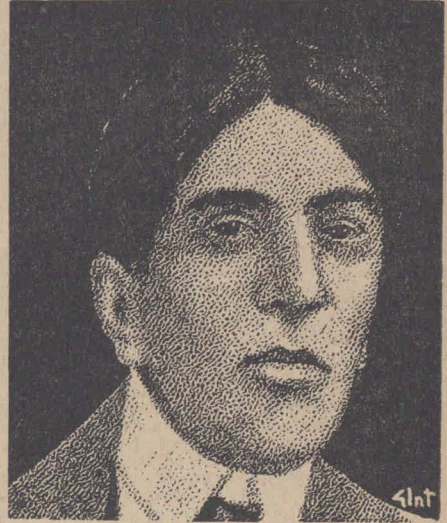
NOTA: ¹De estas repeticiones fueron abusando cada vez más los modernistas, lo mismo que de la desigualdad de los versos. — ²Emplea el poeta la asonancia del romance, esto es, en los versos pares.

19. - Florencio Sánchez

(1875-1910)

Nació en Montevideo, pero desarrolló sus actividades de escritor teatral en Buenos Aires. Falleció en Milán. Compensó la pobreza de formación intelectual con un singular instinto de observación, agudeza de sentir y pericia para diseñar, dotes que le granjearon sitio eminente entre los dramáticos de su tiempo. El teatro de Sánchez, al llevar a las tablas, con pinceladas realistas de toques enérgicos, los problemas humanos de actualidad, relegó al olvido las rancias producciones de ambiente gauchesco, que hasta entonces privaban. Recogió con fidelidad el habla propia de la casa humilde y del arrabal. Tuvo predilección por las piezas de tesis social; a menudo su escena, particularmente la primeriza, resbala hacia lo soez, y se transforma en cátedra de violencia, anarquía y rebelión contra los principios tradicionales, y de desahogo de su humor pesimista y brumoso a lo Ibsen*. Piezas suyas fueron: *Un buen negocio*, *Cédulas de San Juan*, *Canillita*, *La gringa*, *Moneda falsa*, *Los derechos de la salud*, etc.; pero entre las que más popularidad le conquistaron, enumeráanse: *Los muertos*, *Nuestros hijos* y las dos que se disputan la primacía *M'hijo el doctor* y *Barranca abajo*. Su compatriota Raúl Montero Bustamante** así lo juzga: "Sánchez posee en alto grado el sentimiento de la realidad y de lo dramático. Sus dos condiciones madres son la intensidad y la eficacia. Toda la primera etapa de su brillante carrera, realizada en la observación de un medio inferior y acaso poco estético, está saturada de este salvaje deseo de llevar a las tablas la vida real con procedimientos sumarios, ingenuos a veces a fuerza de ser espontáneos y sinceros. Después... ha hallado la nota honda y humana que antes que él hizo vibrar Samuel Blixen***". Juan Torrendell****, más que con Ibsen, como sostiene el crítico madrileño Manuel Bueno, le encuentra afinidad con Tolstói***** por "su crudeza en el diálogo, la brutalidad, a veces, en lo representado, lo gráfico en la fotografía de personajes y

escenas, llegando siempre a una impresión intensísima y llevando a las tablas todo un medio, toda una clase, con la viveza y el colorido de la realidad, con la realidad misma". A J. P. Echagüe***** le agrada más en general el Sánchez colorista que el Sánchez psicólogo y filósofo, porque "Insuperable — añade — co-



Florencio Sánchez

mo pintor de ambiente, como fotógrafo de tipos, como observador y como costumbrista, su filosofía nos parece paradójica, amarga, obstinadamente cismática y pesimista. Su visión de la vida moral se nos antoja unilateral y sombría. En cada uno de sus dramas de tesis, vibra una rebelión o una acritud contra la sociedad o contra sus instituciones. La parte de su obra que llamaremos tendenciosa, carece de simpatía humana. Ello suele malograr la emoción de los espectadores".

De BARRANCA ABAJO

ARGUMENTO: Viven con don Zeilo, el protagonista, su esposa D^a Dolores — D^a Quejidos o D^a Jeremías por sus continuas lamentaciones estériles —, madre floja y cómplice del desorden; sus hijas, Prudencia, más que casquivana, y Ro-

* Enrique Ibsen (1828-1906), célebre dramaturgo noruego de tendencia social y filosófica.

** En "El Uruguay a través de un siglo".

*** Abogado uruguayo, periodista, crítico social, dramático de carácter naturalista (1868-1909).

**** En "Crítica menor", I: *Dramas de Florencio Sánchez*.

***** León Tolstói (1828-1910), célebre novelista y dramaturgo ruso, de temas costumbristas y sociales.

***** En "Una época del teatro argentino".

bustiana, enfermita y víctima de las demás porque ama a su padre, y una hermana de Zoilo, Rudecinda, carácter rebelde y cerril, que empuja a las otras al abismo. Por ruines intrigas se ha visto el anciano desposeído de la estancia en que vive y de casi toda su hacienda, y los suyos no piensan sino en lujos y pasatiempos, con la complicidad de Juan Luis, el actual dueño de la casa, y el comisario Gutiérrez. Por revelación de Robustiana a quien su padre obliga a hablar, conoce éste cuanto pasa, y un día arroja de la casa que tiene prestada a los dos falsos amigos.

En el segundo acto, véase a la familia instalada en el pobre rancho de una propiedad de Aniceto. La honestidad ha obligado a Zoilo a dar este paso, a pesar de las protestas. Las cosas van de mal en peor: una epidemia diezma las pocas reses que les quedan. Sólo Robustiana, ayudada por Aniceto, mozo honrado que le profesa leal simpatía, lleva adelante la casa con su trabajo y consuela al pobre anciano. Los malos tratos de las otras van desmejorándola más cada día. Secretamente tratan de volver a la estancia de Juan Luis, con la intervención de la perversa Martiniana y del comisario, quien manda arrestar a Zoilo para facilitar la huida. Pero ésta debe suspenderse por la agravación del mal que lleva a Robustiana a la tumba.

En el tercer acto, junto al rancho aparece la camita de la difunta. D. Zoilo, triste, después de encerrar un lazo y colgarlo del alero, se aleja. Llega entonces un coche: Martiniana viene por las mujeres; éstas no se atreven a participar a Zoilo su resolución, y deciden marcharse sin más. Pero se entera el viejo, y causa estupor que no se oponga a la marcha. Aniceto, que comprende el abandono a que condenarán a Zoilo con tan indigno proceder, resuelve impedirlo a toda costa y, noblemente indignado, despacha con cajas destempladas a Martiniana y su coche y manifiesta a las demás que si se retiran no ha de ser sin el castigo del rebenque, que ya va a entrar en acción, cuando llega Zoilo a impedirlo, ordenando al joven haga volver el carruaje de Martiniana. El anciano mismo saca los atados de ropa que tenían ocultos y listos para la fuga y, sordo a las súplicas de perdón que entonces le dirigen, las obliga a marcharse. Todo va precipitándose barranca abajo: Manda a Aniceto por unas ovejas para poder realizar solo su negro proyecto. Se acerca al lazo. Al enredarse éste con un nido de horneros, que no se viene abajo a pesar de los tirones que el viejo da exasperado para desembarrazar el lazo, exclama: — “¡Las cosas de Dios! ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro!” Al fin tiene listo el lazo y mientras va a anudárselo al cuello y colgarse, cae el telón. ¡Lástima de ausencia de fe cristiana, con que el autor pudo dar al drama un desenlace menos trágico y más ejemplarizador, con una bella lección de valentía y entereza que a los héroes hace afrontar las pruebas más amargas y rudas de la vida!

Reproduzco algunos pasajes:

Del ACTO I. — ESCENA X¹

ROBUSTIANA, DOLORES, RUDECINDA, PRUDENCIA
y ZOILO

ZOILO: ¡Cállese *usté* la boca!

RUDECINDA: ¡Oh!... ¿Y por qué me he de callar? ¿Hemos de dejar que esa mocosa invente y arregle las cosas a su modo? ¡No faltaba más! La madre la ha *cachetiao*² y bien *cachetiada*, porque le faltó al respeto...

ZOILO: ¡Güeno, güeno! ¡Que no empiece

el cotorreo! Ustedes desde un tiempo a esta parte, me han *agarrao* a la gurisa³ *pal* piquete⁴, sin respetar que está enferma, y por algo ha de ser... ¡Y ese algo lo vamos a aclarar ahora mesmito! A ver vos, doña Quejidos; vos que *sos* aquí la madre y la dueña⁵ e casa, ¿qué *enriedo* es éste?

DOLORES: ¡Virgen de los desamparados, como *pa* historias estoy con esta cabeza!

ZOILO: ¡Canejo! Se la corta, si no le sirve *pa* cumplir con sus obligaciones... (*A Rudecinda*) Y vos, vamos a ver, *aclaráme* pronto el asunto... *Respondé*...

RUDECINDA: ¡Caramba! ¡No sabía yo que te hubiesen *nombrao* juez!

ZOILO: Nó. A quien nombraron fué a *ño*⁶ rebenque. Así es que no seas comadre y *respondé* como la gente... Conque... ¿nadie quiere hablar? (*A Robustiana*.) Vamos a ver, hijita. *Usté* ha de ser más *güena*. Cuénteles a su tata todas las cosas que tiene que contarle. Reposadita y sin apurarse⁷ mucho, que se fatiga.

ROBUSTIANA: Nó, tata; no tengo nada que decirle.

ZOILO: ¿Cómo es eso?

ROBUSTIANA: Digo... nó. Es que... Lo único... es eso... que no me tratan bien.

ZOILO: Por algo ha de ser entonces. Vamos... empiece.

ROBUSTIANA: Porque no me quieren, será.

ZOILO: Bueno, hijita. Hable de una vez; no me vaya a disgustar *usté* también.

ROBUSTIANA: Es que... si lo digo se disgustará más.

ZOILO: Ya caíste, matrera. Ahora no tendrás más remedio que largar el lazo...

DOLORES: ¡Ay, hijas! ¡No puedo más! Voy a echarme en la cama un ratito.

ZOILO: ¡Nó, nó, nó, nó! ¡De aquí no se mueve nadie! A la primera que quiera *dirse*, lo rompo las canillas de un talerazo⁸. Empiece el cuento.

ROBUSTIANA: Nó, nó... tata... *Usté* se va a enojar mucho.

ZOILLO: ¡Más de lo que estoy... *Encomiencen*... Vamos. Había una vez unas mujeres.

ROBUSTIANA: Bueno; lo que yo tenía que decirle era que, en esta casa, no lo respetan a *usté*, y que las cosas no son lo que parece... Y entré por un caminito y salí por ótro...

ZOILLO: Adelante... Eso de que no me respetan hace tiempo que lo sé. Vamos a lo ótro.

ROBUSTIANA: Yo creo que nosotros debíamos irnos de esta estancia... De todos modos ya no es nuestra, ¿verdad?

ZOILLO: ¡Claro que nó!

ROBUSTIANA: ¡Y como no hemos de vivir toda la vida de *prestao*, cuanto *más antes* mejor; menos vergüenza!...

RUDECINDA: ¡Zoilo!... Pero ¡Zoilo! ¿Ténes valor de dejarte enredar por una mocosa?

ZOILLO: Siga, *m'hija*... Esto se va poniendo bonito.

RUDECINDA: ¡Ah nó! ¡Qué esperanza! Si vos estás chocho con la gurisa, nosotras nó, ¿me *entendés*?... ¡Mándese mudar de aquí, tísica, lengua larga!... ¡Ya!... Nó, no me mirés con esos ojos⁹, que no tengo miedo. A ver ustedes, ¿qué hacen? *Vos*, Dolores... Prudencia. Parece que tuvieran cola 'e paja. Vengan a arrancarle el colmillo a esta víbora, pues....

DOLORES: ¡Ay, mi Dios!

ZOILLO: Siga, hija, y no se asuste, porque aquí está don talero con ganas de comer cola¹⁰.

ROBUSTIANA: Sí, tata, ¡vergüenza da decirlo!... Cuando *usté* se va *pal* pueblo, la gente se lo pasa aquí de puro baile corrido.

ZOILLO: Me lo maliciaba.

ROBUSTIANA: ¡Con don Juan Luis, el comisario *Butiérrez* y una runfla más!...

NOTAS: ¹ En letra bastardilla van los vulgarismos. — ² Cachetear es un argentinismo que no registra el Dicc. — ³ Muchacha. — ⁴ Agarrar a uno para el piquete, lo mismo que tomarlo para el churrete: hacerlo blanco de burlas. Son argentinismos. — ⁵ A menudo la preposición de se reduce a e. — ⁶ Aféresis y apócope de señor: (se) ño (r). Femenino es ña. — ⁷ Por apresurarse. — ⁸ Golpe dado con el cabo del talero. — ⁹ Le habla a su hermano Zoilo. — ¹⁰ Comer cola, frase argentina: ser el último en un certamen o lucha cualquiera.

ESCENA XXI

ZOILLO, JUAN LUIS y GUTIÉRREZ

ZOILLO: ... Como le iba diciendo: Usted sabe que esta casa y este campo fueron míos; que los heredé de mi padre, y que habían sido de mis *agüelos*... ¿nó? Que todas las vaquitas y ovejitas *esistentes* en el campo, el pan de mis hijos, las crié yo a *juerza* de trabajo y sudores, ¿no es eso?...

LUIS: No sé por qué viene eso, francamente.

ZOILLO: Un día... déjeme hablar. Un día se les antojó a ustedes que el campo no era mío, sino de ustedes; metieron ese pleito...; yo me defendí; las cosas se enredaron como herencia de *brasileiro*¹, y cuando quise acordar² amanecí sin campo, ni vacas, ni ovejas, ni techo para amparar a los míos.

LUIS: Pero usted bien sabe que la razón estaba de nuestra parte.

ZOILLO: *Taría*³ cuando los jueces lo dijeron, pero yo *dispués* no supe hacer saber otras razones que yo tenía.

LUIS: Usted se defendió muy bien, sin embargo.

ZOILLO: (*Levantándose terrible*.) Nó, no me defendí bien; no supe cumplir con mi deber. ¿Sabe lo que debí hacer, sabe lo que debí hacer? Buscar a su padre, a los jueces, a los *letraos*; juntarlos a todos ustedes, ladrones, y coserles las tripas a puñaladas ¡*pa* escarmiento de bandoleros y *saltiaadores*! ¡Eso debí hacer! ¡Coserlos a puñaladas!

LUIS: (*Confuso*.) ¡Caramba, don Zoilo! ¡Por favor!

GUTIÉRREZ: (*Interponiéndose*.) ¡Hombre, Zoilo! ¡Calmáte!...

ZOILLO: (*Serenándose*.) ¡*Toy calmao*! ¡*Ladíate* de ahí!... ¡Eso debí hacer! ¡Eso! (*Sentándose*.) No lo hice porque soy un hombre muy manso de sí⁴, y por consideración a los míos. Sin embargo...

LUIS: Repito, señor, que no acabo de explicarme los motivos de su actitud. Por otra parte, ¿no nos hemos portado con bas-

tante generosidad? ¡Los hemos dejado seguir viviendo en la estancia!...

ZOILLO: (*Irguiéndose.*) ¡Cállese la boca⁵, mocoso!... ¡Linda generosidad! ¡Bellacos!

LUIS: (*De pie.*) ¡Señor!...

ZOILLO: ¡Linda generosidad! *Pa* quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han *dejao* aquí... ¡*Saltia*dores!... ¡Ya *podés* ir tocando⁶ de aquí, bandido! Mañana esta casa será tuya... ¡Pero lo que *aura*⁷ hay adentro es bien mío! ¡Y este pleito yo lo fallo! ¡*Juera* de aquí!

LUIS: ¡Pero, señor!

ZOILLO: (*Agarrando el talero.*) ¡*Juera* he dicho!

LUIS: Está bién... (*Se va lentamente.*)

ZOILLO: En cuanto a vos... cuidadito con ponérteme por delante otra vez. (*Gutiérrez mutis*). ¡Herejes! ¡*Saltia*dores! ¡*Saltia*dores!

(*Los sigue con la mirada, balbuceando frases incomprensibles. Después recorre con la vista cuanto le rodea, avanza unos pasos y se deja caer abrumado en el sillón.*)

NOTAS: ¹ En lenguaje culto se dice *brasileño*. — ² Cuando quise acordar: cuando caí en la cuenta. — ³ Aféresis de *estaría*; lo mismo que *toy de estoy*, etc. — ⁴ *Muy manso de sí*: de natural manso. — ⁵ La Academia trae la frase pero nó en forma reflexiva: ¡Calle la boca! — ⁶ *Ir marchándose*. El Dicc. trae: *tocárselas uno por huir*, tomar las de Villadiego. — ⁷ *Aura* por *ahora*.

20. - Rubén Darío

(1867-1916)

Gloria de Nicaragua, tuvo por verdadero nombre Félix Rubén García Sarmiento. Estudió con los jesuitas, y fué luego sucesivamente maestro, empleado, secretario del Presidente de la República, corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires, donde fué también cónsul general de Colombia, cónsul de Nicaragua en París, miembro de academias, conferencias y congresos, embajador en España, etc., al mismo tiempo que intervenía en política, viajaba y escribía. Leyó clásicos y románticos de aquende y allende los Pirineos primero; después le sedujeron los parnasianos y simbolistas franceses, a quienes debe en parte la manera definitiva y personal, con que se constituyó príncipe del "modernismo", especialmente desde 1898, año en que lo conocieron en Madrid los escritores jó-

venes, que se glorian con la denominación de "generación del 98" y se empeñaron en imitarlo, pero sin lograrlo. Tuvo la escuela rubendariana entusiastas admiradores y recios adversarios. Entre nosotros, uno de los inmediatos precursores de la tendencia modernista fué Almafuerte o Pedro B. Palacios*, y el principal corifeo, don Leopoldo Lugones.



Rubén Darío

En los últimos años quiso Rubén remediar los desarreglos de su anterior existencia bohemia con el retorno a las saludables creencias del hogar lejano, lo que confirmó al morir muy cristianamente. Fué Rubén el artista del color, del ritmo, de la opulencia, de la más fina sensibilidad para captar imágenes y melódoras recónditas y peregrinas, de la técnica admirable y omnimoda, y, en fin, de un arte exquisito de aristocracia, realizado para aristócratas del pensamiento y la sensibilidad con elementos aristocráticos, que con rara facultad asimiladora y sentido cosmopolita supo librar de las más variadas culturas. Pero mientras muchos aplauden sin reserva tan eximias prendas, otros descubren en la producción del nicaragüense escasez de calor emotivo, prurito de erudición,

* Natural de San Justo (Prov. de Bs. Aires). maestro y empleado, fué poeta de numen original, vigoroso y grandiosamente rudo, a veces brutal y blasfemo, en "Lamentaciones", "Evangélicas", "Milongas clásicas", etc. A. Marasso hizo de él un interesante análisis en "Estudios literarios".

frecuencia de prosaísmos y desigualdades, frialdad de lo artificioso y afectado, osadías que confinan con la extravagancia, y arte de indole exterior y superficial. Pero afirma Federico de Onís: "La poesía de R. Darío es genial hasta en sus caídas". Manuel Gálvez escribió **: "Mi opinión sobre el valor de la obra de Darío no es ahora la de hace diez años. Su innovación en la lírica (me refiero más al idioma que a la técnica del verso) fué útil y trascendental; pero la influencia del renovador fué en gran parte nefasta; y en cuanto a su labor de poeta, hay en ella mucho, muchísimo de deleznable. Darío, sin quererlo, evidentemente, ha conducido a los jóvenes a la extravagancia y a la ridiculez, al "literatismo", a desdeñar la cultura científica y filosófica, a desviarse de la observación directa de las cosas y de los hombres... Pero al lado de esto ¡cuánto debemos a Darío! Él nos enseñó que cada palabra tenía un valor musical; él aumentó el dominio de la sensibilidad; él nos hizo ver que la poesía era un arte serio, nó un ejercicio de retóricos; él modernizó nuestra lengua....". Cejador *** expresa: "R. Darío es un tan gran temperamento poético, que, a pesar de sus principios estéticos decadentes y de haber imitado a los poetas más decadentistas y extravagantes, hizo maravillosas poesías, en las que predomina un gusto exquisito, una fantasía riquísima y multicolor, una armonía inefable; dotes que hacen olvidar sus teorías decadentes y sus conscientes rarezas prácticas, arrebatando, quieras que nó, al lector más exigente y más adversario de sus doctrinas estéticas con el poderoso arrastre de un altísimo poeta". Es magistral el estudio hecho por A. Marasso con el título de "Rubén Darío y la creación poética". El primer libro de Rubén fué *Epístolas y poemas* (85), al cual siguieron, entre otros, *Azul* (88) y *Prosas profanas* (96), en que se va perfilando su temperamento artístico peculiar hasta que éste se define resueltamente en *Cantos de amor y esperanza* (905), monumento de su escuela. Sus poesías más celebradas y conocidas son: *Los motivos del lobo*, *Marcha triunfal*, *Sonatina*, *Letanías de N. S. D. Quijote*, *Helios*, *La canción de los pinos*, *A Roosevelt*, *Coloquio de los centauros*,

Canto a la Argentina, *Sinfonía en gris mayor*, *Salutación del optimista*, *Canto de esperanza*, etc.

a) Marcha triunfal

¡Ya viene el cortejo!
 ¡Ya viene el cortejo! ¡Ya se oyen los claros clarines!
 La espada se anuncia con vivo reflejo;
 ¡Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ¹ ornados de blancas Mi-
 [nervas y Martes,
 los arcos triunfales, en donde las famas erigen sus
 [largas trompetas,
 la gloria solemne de los estandartes,
 llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el rüido que forman las armas de los
 [caballeros;
 los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra;
 los cascos que hieren la tierra,
 y los timbaleros
 que el paso acompañan con ritmos marciales.
 ¡Tal pasan los fieros guerreros
 debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
 su canto sonoro,
 su cálido coro,
 que envuelve en un trueno de oro
 la augusta soberbia de los pabellones.

Él dice la lucha, la herida, venganza,
 las ásperas crines,
 los rudos penachos, la pica, la lanza,
 la sangre que riega de heroicos carmines
 la tierra;
 los negros mastines
 que azuza la Muerte, que rige la Guerra.

Los áureos sonidos
 anuncian el advenimiento
 triunfal de la Gloria;
 dejando el picacho que guarda sus nidos,
 tendiendo sus alas enormes al viento,
 los cóndores llegan: ¡Llegó la victoria!

¡Ya pasa el cortejo!
 Señala el abuelo los héroes al niño:
 (Ved cómo la barba del viejo
 los bucles de oro circunda de armiño.)

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores
 y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
 y la más hermosa
 sonrío al más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
 ¡Honor al herido, y honor a los fieles
 soldados que muerte encontraron por mano extran-
 ¡Clarines! ¡Laureles! [jera!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
 desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y
 [lauros;
 las viejas espadas de los granaderos, más fuertes
 [que osos,

* En "Antología de la poesía española e hispanoamericana".

** En la revista "Nosotros", B. Aires, 1916.

*** "Hist. de la lengua y liter. castellana", T. X, pág. 84.

hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros².
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan...

A aquellas antiguas espadas;
a aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas;
y al sol que hoy alumbraba las nuevas victorias ganadas
al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
al que ama la insignia del suelo materno;
al que ha desafiado ceñido el acero y el arma en la
los soles del rojo verano, [mano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
y el odio, y la muerte, por ser por la Patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra
[que tocan la marcha
triumfal!....

NOTAS: ¹ Debajo rige al nombre, ordinariamente mediante la preposición *de*, con *bajo* se omite la preposición. — ² Monstruo creado por la mitología, mitad hombre y mitad caballo.

b) Caupolicán¹

Es algo formidable que vió la vieja raza:
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza [són.
blandiera el brazo de Hércules² o el brazo de San-

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
lancero de los bosques, Nemrod³ que todo caza,
desjarretar un toro o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Lo vió la luz del día,
le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

"¡El Toqui⁴, el Toqui!", clama la conmovida
[casta.

Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: "Basta",
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

NOTAS: ¹ V. la descripción que de esta prueba hace Ercilla en "La Araucana". Va en nuestro tomo I, pág. 82. — ² Semidiós, famoso por su fuerza, lo mismo que el hebreo Sansón. — ³ Rey de Caldea, famoso cazador. — ⁴ Así se llamaba entre los antiguos araucanos el jefe del Estado durante la guerra.

c) Letanía a nuestro señor D. Quijote

Rey de los hidalgos, señor de los tristes
que fuerzas alientas y que ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía
por la adarga al brazo, toda fantasía
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos
que sacrificaste todos los caminos
con el paso agosto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!

¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo¹, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando² del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño³
y cuyo Pegaso⁴ relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con étras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora*, gren señor.
(Tiemblan las florestas de laurel del mundo
y antes que tu hermano vago, Segismundo⁵,
el pálido Hámlet⁶ te ofrece una flor.)

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nós intercede, suplica por nós,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche⁷, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias,
de horribles blasfemias
de las Academias
líbranos, señor.

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos, y blandos, y ruines,
del hampa que sacia
su canallocracia⁸,
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso agosto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes, y contra las ciencias,
contra la mentira, y contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo, de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

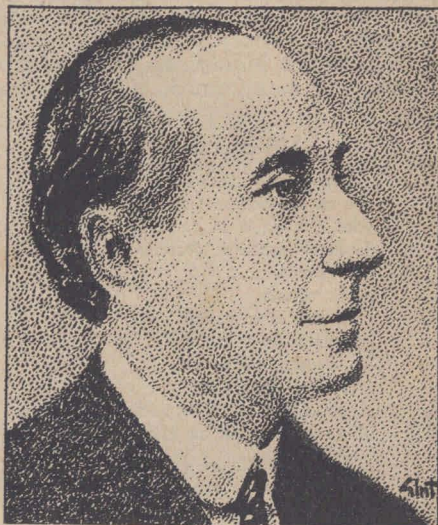
¹ Personaje mitológico tan diestro en la música que con ella amansaba a las fieras y atraía cuanto le rodeaba. — ² Nombre del famoso caballero francés, sobrino de Carlomagno. Llámase también Orlando y Roldán. — ³ V. los capítulos 40 y 41 de la parte II del Quijote. — ⁴ Caballo alado nacido de la sangre de Medusa, decapitada por Perseo. — ⁵ Héroe de "La vida es sueño" de Calderón. — ⁶ Protagonista del drama homónimo de Shakespeare. — ⁷ Federico Nietzsche (1844-900), famoso filósofo alemán, creador del superhombre. — ⁸ Neologismo de formación híbrida.

21. - Amado Nervo

(1870-1919)

Mejicano, recibió en su hogar cristiano y en el seminario la educación, cuyo espíritu suele vivificar sus obras, sobre todo, maduras, y a cuya práctica — olvidada durante muchos años — debió la dulce serenidad, que fué áureo crepúsculo de su existencia. En 1900 trabó amistad en París con Rubén Darío. Desde 1905 sirvió a su país como diplomático en Madrid, Buenos Aires y Montevideo, donde falleció, después de intimar con Zorrilla de San Martín. Perteneció al cenáculo que con su "Revista azul" había congregado Gutiérrez Nájera*. Al arte de éste debe Nervo no poco del alma de su poesía, como al del nicaragüense muchos elementos parnasianos y simbolistas de su forma. La musa nerviana, inconfundible por su sello de sencillez y naturalidad, es la de la emoción delicada, del idealismo templado, de la meditación honda, del aislamiento apacible, de la piedad por los que sufren ignorados. De sus versos brota una especie de misticismo, enturbiado a veces con hábitos malsanos de voluptuosidad, escepticismo y panteísmo, que se hacen más raros con el correr de los años. Para Oyuela** fué Nervo el "renovador del sentimiento religioso y cristiano en la poesía contemporánea". Su expresión poética, en perfecta consonancia con el fondo, es suave y melodiosa, y tal vez, por demasia de llaneza, desmayada y prosaica. Sus principales libros de versos son: *Místicas* (95), *Perlas negras* (96) y *Poemas* (901), los primeros en fecha; más exquisitos, *Los jardines interiores* (905), *En voz baja* (9), y los más eximios, *Serenidad* (9), *Elevación* (14), *El arquero divino* (póstumo), etc. En prosa muy personal, modesta, sincera y suelta: *El bachiller* (95), novela; *Almas que pasan* (909), *Ellos* (9), *Juana de Asbaje* (10), que es el nombre de la poetisa mejicana Sor Juana

*Inés de la Cruz****; *Mis filosofías* (12); *Plenitud* (18), acaso la mejor, etc. Federico de Onís**** escribe: "Su obra es como él, un tanto contradictoria y desigual; pero siempre amable, noble y sincera, y, en sus mejores momentos, llena de profundo y sencillo sentido humano. Aunque cultivó algunos de los aspectos



Amado Nervo

exteriores y fastuosos del modernismo, era un poeta para hablar 'en voz baja', y fué siendo mejor poeta conforme se fué desnudando de los adornos y llegó a dar, en forma pobre de tan sencilla, sus emociones íntimas y sus preocupaciones trascendentales. Piedad y humildad, teñidas a la vez de gracia y de melancolía, dan a sus poesías un tono muy suyo, que a menudo se ha designado como misticismo". De un estudio de A. Marasso***** transcribo: "Cuando muchos de los mejores poetas de América estaban entregados a un sensualismo grosero, A. Nervo, sin desligarse del ambiente de la época, hizo su poesía, si a veces afectada, casi siempre sincera. Fuerza es reconocer que lo que dijo no eran cosas nuevas; pero la manera de decir las era suya propia. En muy raras ocasiones su verso es perfecto; casi to-

** "Antol. poét. hispanoamericana".

*** V. pág. 144.

**** "Antol. de la poesía española e hispanoamericana".

***** "Estudios literarios: Amado Nervo".

das las libertades del movimiento modernista están en su poesía. Ensayó toda clase de metros y combinaciones, a veces poco felices; pero en sus mejores poesías, donde desaparece el literato para que nos hable el poeta, el genio de la lengua se impone, y nos habla en puro y noble verso castellano. Si ha cuidado poco su idioma, en su poesía hay verdadera riqueza de palabras, aunque en los últimos tiempos haya recogido su léxico, de la dicción incipiente de la psicología y las ciencias biológicas, sin traducirlo, cuando era menester, al claro idioma literario”.

a) Vieja llave

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada,
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,

y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió.
Sólo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida¹
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡Me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.

Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles

de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la süave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura,
(¡Que en un día de premura
fué preciso vender mall!)...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

NOTA: ¹Voz arcaica: cubierta de orín, enmohecida.

b) Éxtasis

Cada rosa gentil, ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrojos,
dejan mi alma en el éxtasis sumida...
¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la vida!

¡Años há que contemplo las estrellas,
en las diáfanas noches españolas,
y las encuentro cada vez más bellas!
¡Años há que en el mar, conmigo a solas,
de las olas escucho las querellas,
y aun me pasma el prodigio de las olas!

Cada vez hallo a la naturaleza¹
más sobrenatural, más pura y santa.
¡Para mí, en rededor, todo es belleza,
y con la misma plenitud me encanta
la boca de la madre cuando reza,
que la boca del niño cuando canta!

Quiero ser inmortal, con sed intensa,
porque es maravilloso el panorama
con que nos brinda la creación inmensa;
porque cada lucero me reclama,
diciéndome al brillar: “ ¡Aquí se piensa
también, aquí se lucha, aquí se ama...!”

NOTA: ¹Este verso endecasílabo se aparta de la acentuación clásica: 6ª sílaba sola, o 4ª y 8ª a la vez.

c) El milagro

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjorarán de luz...
Hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y oscura, se levanta
hoy aguardando el místico beso del Ideal.

Mi corazón es nido celeste, donde canta
el ruiseñor de Alfeo¹ su canción de cristal.

...Dudé, ¿por qué negarlo?, y en las olas me
como Pedro, a medida que más hondo dudé. [hundía,
Pero tú me tendiste la diestra, y sonreía
tu boca murmurando: "¡Hombre de poca fe!"²

¡Qué mengual! Desconfiaba de ti, como si fuese
algo imposible al alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor, no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor...

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles
una fe de diamante mi excelsa voluntad. [fragua
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún³ frescura, y el tiempo eternidad.

NOTAS: ¹El río mayor del Peloponeso (Grecia),
convertido en deidad por los griegos. — ²Alusión
al hecho evangélico en que Jesús manda a Pedro
caminar sobre las olas. — ³Viento abrasador que
sopla en los desiertos africanos.

ch) El poeta niño

Sufrió su pasión,
rió su reír,
cantó su canción
...¡y se fué a dormir!

Se marchó risueño
después de cantar,
y tal es su sueño,
que no tiene empeño
¡ay! en despertar.

Sufrió su pasión,
rió su reír,
cantó su canción
...¡y se fué a dormir!

d) La sed...

Inútil la fiebre que aviva tu paso:
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad,
por mucho que bebas...

El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad.

¡Qué mísero eres! Basta un soplo frío
para helarte... Cabes en un ataúd;
¡y en cambio a tus vuelos es corto el vacío,
y la luz muy tarda para tu inquietud!

¡Quién pudo esconderte, misteriosa esencia,
entre las paredes de un vil cráneo! ¿Quién
es el carcelero que con la existencia
te cortó las alas? ¿Por qué tu conciencia,
si es luz de una hora, quiere el sumo Bien?

Displicente marchas del orto al acaso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad
por mucho que bebas...

¡El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad!

e) Mar de la serenidad

Mis ojos se han puesto claros
de tanto mirar al mar;

de tanto verlo, en mi vida
las olas vienen y van,
y hay horizontes sin límites,
de severa majestad.

Mi pensamiento, antes frívolo,
de tanto mirar al mar
se ha vuelto apacible, grave,
y es tal su profundidad,
que en vano un buzo de almas
fondo habría de buscar...

Mis melancolías cantan
blandamente, como el mar,
la misma canción monótona,
al mismo viejo compás...

En mi corazón, enfriado
por la pena y por la edad,
reinan la inquietud y el hielo
del Océano Glacial.

Recogido, silencioso,
esquivo y áspero, está
como una roca perdida
en la gris inmensidad.

Sólo hay algo que no tiene
mi espíritu como el mar:
las cóleras; no hay en mí
ya vientos de tempestad
ni espumas rabiosas; nada
te puede encolerizar,
mar muerto, mar de mi alma,
mar de la Serenidad.

f) Nec spes nec metus

Ni miedo ni esperanza... ni angustia ni tristeza:
sí quiere Dios, mendigo; si así le place, rey.
Mi mente late al ritmo de la naturaleza,
¡mi voluntad es una con la divina ley!

22. - José Enrique Rodó

(1872-1917)

*Nacido en Montevideo, murió en Palermo de Sicilia, después de haber dado lustre a su patria como catedrático de literatura, director de la Biblioteca Nacional, legislador y, sobre todo, como publicista. La historia literaria ha recogido su nombre, que se destacará con fulgores propios y no comunes en los capítulos de los críticos literarios, de los ensayistas, de los periodistas y de los oradores parlamentarios. Rodó figura entre los más eximios estilistas de habla española por la casticidad, pulcritud y aticismo de dicción. En las páginas de sus obras suelen hermanarse íntimamente la originalidad del plan y la profundidad del concepto con la valentía y brillantez de las imágenes. Sus libros de mayor resonancia fueron: **Rubén Darío** (899), **Ariel** (900), **Motivos de Proteo***

(909), *El mirador de Próspero* (913), y los póstumos *El camino de Paros* (918), *Hombres de América* (20) *El que vendrá* (20), y *Nuevos motivos de Proteo* (27).

De ARIEL

Ariel es una obra personalísima, así por su fondo, como por la fusión armoniosa de elementos: didáctica, novela, discurso, diálogo, monólogo. Con ella se propone el autor apartar a la juventud "americano-latina", como él la llama, del frío utilitarismo, del ruín afán de lucro y bienestar material, simbolizados en Calibán*, y encaminarle a su antítesis, tras las huellas de Ariel, que personifica la espiritualidad, el ansia de ideales puros, la sed de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. En los Estados Unidos del Norte descubre el utilitarismo que, so pretexto de solidaridad panamericana, intenta sofocar el espíritu noble y generoso de los pueblos jóvenes del Sur. Dirige también recios ataques contra la falsa democracia de los que persiguen una nivelación humana imposible, para lograr el goce de bienes egoístas por sensuales. Es partidario del doble ideal: el clásico de los griegos y el cristiano. Pone Rodó sus elevadas enseñanzas en labios de Próspero**, viejo y querido maestro, que, al despedir a sus alumnos después de un año de tareas, los congrega en la amplia sala de estudio bajo la mirada de Ariel, representado en una escultura, y les dirige una exhortación admirable, que se inicia invocando a éste como su numen y expresando luego que "hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada" y que "el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación". Más adelante los induce a defenderse, en la milicia de la vida, contra la mutilación del espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado, y les narra la siguiente

Parábola

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael¹ y los palacios de Pílos². La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A des-

vanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable, que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación, dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corros los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos, y grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir³, buhoneros de Damasco⁴, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso: vientos, aves y plantas parecían buscar, — como en el mito de Orfeo⁵ y en la leyenda de San Francisco de Asís⁶ — la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad... Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías... Y una libertad paradisiaca⁷, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por donde quiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar — como la *perdida iglesia* de Uhland⁸ en lo esquivo del bosque

* Calibán es el título y personaje de una obra de Renán, a quien Rodó cita repetidas veces. El autor francés debe de haberlo tomado de Shakespeare.

** En "La tempestad" de Shakespeare, a quien el insigne uruguayo pidió prestados sus personajes, Próspero es un mago, que a sus órdenes tiene a Ariel, espíritu inteligente y delicado, contrapuesto a Calibán, que no piensa sino en satisfacer sus apetitos de orden inferior.

— al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia...

La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como el copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz ni en oceánica gruta ni en soledad nemorosa⁹. Alguna vez — cuando la noche era diáfana y tranquila—, abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse¹⁰ en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba, como una onda indisipable, la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso¹¹ y de la contemplación del propio sér. Graves cariátides¹² custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silencioso¹³...

Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro¹⁴ tan generosa y grande como siempre; sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos, como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis¹⁵... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable

estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Tule¹⁶ de su alma.



José Enrique Rodó

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero nó de cesión. Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia

del ocio, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma puedan componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir.

NOTAS: ¹ Hijo de Abrahán y de Agar y padre de los árabes. — ² Antigua ciudad de Mesenia (Grecia), hoy Navarino, patria del sabio Néstor, uno de los guerreros del sitio de Troya. — ³ Región que proporcionaba a Salomón oro para el templo de Jerusalén. No se ha precisado aún dónde estaba: en el Yemen, en Ceilán o en el África oriental. — ⁴ Ciudad de Siria de mucha importancia histórica y comercial. — ⁵ V. la nota ¹ de la pág. 209. — ⁶ Alusión a la milagrosa influencia que el seráfico Santo ejercía sobre los irracionales. V. el trozo de la Pardo Bazán, pág. 390 T. I. — ⁷ Este adjetivo es un neologismo. El Dicc. sólo trae paradisiaco. — ⁸ Juan Luis Uhland (1787-1862), célebre poeta alemán, romántico moderado, muy popular por sus expresivas baladas y canciones patrióticas. — ⁹ Voz reservada casi a la poesía. — ¹⁰ Igual significación tiene cernirse. — ¹¹ Otro neologismo. En italiano se dice penseroso; pensativo. — ¹² Estatua de mujer con traje talar, empleada como columna o pilastra. — ¹³ Encargado de hacer guardar el silencio. — ¹⁴ Lugar o sitio libre de peligros o molestias. — ¹⁵ En la mitología, Psiquis o Psique fué una joven, odiada por Venus y robada por Cupido. Simbolizóse con ella al alma caída, que, purificada con el sufrimiento, llega a unirse con Dios. — ¹⁶ Isla del N. de Europa que tuvieron los antiguos por la región más septentrional del mundo. Unos creen que perteneció a las islas Shétland, otros a Escandinavia o Islandia.

CUADRO SINÓPTICO
DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA HISPANOAMERICANA MÁS IMPORTANTE
LITERATURA ARGENTINA

| AUTORES por orden cronológico. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|---|--|---|
| RUY DIAZ DE GUZMAN , capitán y funcionario, (? , Asunción - 1629) | Historiador | Argentina manuscrita. | El primer historiador nativo de estas tierras. Prosa tersa, castiza, eufónica; algo impersonal y fría. |
| FRAY LUIS DE TEJEDA Y GUZMAN , capitán, dominicano, (1604, Córdoba - 1661) | Lírico | Romances Al Niño Jesús, Soneto A Santa Rosa; profanos: Romance de su vida, El peregrino de Babilonia, etc. | El poeta argentino más antiguo que se conozca. Estro mediocre, mal gusto, conceptualismo, amaneramiento. Pasajes felices de tinte religioso. |
| MANUEL DE LAVARDÉN , abogado, (1754, Buenos Aires - 1811, Uruguay) | P. lírico, dramático, satírico | Shiripo (tragedia), Oda al Paraná, Sátira | El hombre más docto de su época. El primer poeta porteño conocido. Pensamientos nobles; hermosos rasgos descriptivos; versificación armoniosa, aunque desmayada a veces. Énfasis retórico. |
| Fr. CAYETANO RODRÍGUEZ , franciscano, (1761, Rincón de San Pedro - 1832, Buenos Aires) | Poeta lírico, periodista | Al Paso de los Andes, Himno a la Patria, Victoria de Chacabuco, etc. | Intenso patriotismo; versos sentidos, aunque defectuosos. |
| MARIANO MORENO , abogado, (1776, Buenos Aires - 1811 en el mar) | Orador y periodista | Representación de Hacendados, Artículos de La Gaceta de Buenos Aires | Elocuencia apasionada, entonación vibrante, patriotismo. |
| VICENTE LÓPEZ Y PLANES , abogado (1785, Buenos Aires) | Poeta lírico | Himno Nacional, El Triunfo Argentino, Armonía de los Cielos, etc. | Sentimiento patriótico, entonación robusta, versificación pobre y ríspida. |
| ESTEBAN DE LUCA , militar, (1786, Buenos Aires - 1824, Río de la Plata) | Poeta lírico, elegiaco | Canto al Vencedor de Maipo, A la Libertad de Lima, A la muerte de Belgrano, etc. | Delicadeza de inspiración, sentimiento, versos vigorosos. |
| JOSÉ ANTONIO MIRALLA , revolucionario, viajero (1790, Córdoba - 1825, México) | Periodista, lírico | Artículos y poesías: El cementerio de aldea (traducción de Gray) | Elogiado por su traducción de la elegía de Gray en versos viriles y nerviosos, que muestran la virtud de conclusión de nuestra lengua. |
| JUAN CRUZ VARELA , abogado (1794, Buenos Aires - 1839, Montevideo) | Poeta lírico elegiaco, épico, dramático | A Ituzingó, El 25 de Mayo de 1838, A la libertad de Lima, Dicho, Traducciones, etc. | Uno de los mejores poetas americanos de la escuela clásica. Pureza de expresión, delicadeza, elegancia, armonía en el verso; equilibrio de facultades poéticas. Definencias pictóricas, prosaismos, artificios retóricos. |

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | SUS OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|---|--|--|
| ESTEBAN ECHEVERRÍA , desterrado (1805, Buenos Aires - 1851, Montevideo) | Poeta lírico, épico, prosista | La Cautiva, Rimas, Los Consuelos, El Matadero, Dogma socialista, Cartas, etc. | Novedad, imaginación ardiente, versificación armoniosa, fácil aunque a ratos floja; frecuentes galicismos. Tendencia reflexiva que apaga su viveza y sentimiento. Fué el padre del romanticismo argentino, que copió de Francia. |
| VENTURA DE LA VEGA , funcionario (1807, Buenos Aires - 1865, Madrid) | Poeta lírico, dramático | Imitación de los Salmos, La Agitación, El hombre de mundo, La muerte de César, etc. | Cinzelado primoroso del verso, natural, correcto; gusto exquisito, perfección sostenida; a veces algo frío. En la dramática aventaja a todos sus contemporáneos. |
| HILARIO ASCASUBI , militar (1807, Córdoba - 1875, Buenos Aires) | Poeta épico, lírico, gauchesco; prosista | Santos Vega, Aniceto el Pollo, Paulino Lucero | De los gauchescos es el menos poeta. Tiene toques de gracia y realismo. Ejecución deficiente. Maestría en el habla del paisano. |
| JUAN MARÍA GUTIERREZ , hombre público (1809, Buenos Aires - 1878, Buenos Aires) | Poeta lírico, crítico, historiador | La bandera de Mayo, A mi caballo, América poética, Artículos, etc. | "Nuestro verdadero hombre de letras" (Oyuela). Buen gusto, sobriedad, elegancia; versificación armoniosa; acierto en los juicios. |
| JUAN B. ALBERDI , abogado (1810, Tucumán - 1884, París) | Tratadista, polemista, historiador | Bases, Cuadros de costumbres, Artículos Literarios, Tobías, El crimen de la guerra, etc. | Pensador original y profundo de estilo elegante, claro, sencillez; a veces punzante y mordaz; lenguaje incorrecto; prosa a menudo descolorida y desmayada. |
| DOMINGO F. SARMIENTO , político (1811, San Juan - 1888, Asunción) | Periodista, historiador, polemista, orador | Facundo, Recuerdos de Provincia, Discurso de la Bandera, Biografías, Viajes, etc. | Rara fecundidad. Insuperable en la pintura briosa y justa de tipos y costumbres. Original, sincero, enérgico, flexible; a veces incorrecto, desentonado, excesivo. Admirable autoidiacto. |
| VICENTE FIDEL LÓPEZ , abogado (1815, Buenos Aires - 1903) | Historiador, crítico, novelista, orador | Historia de la República Argentina (10 tomos), Recuerdos Históricos, La Gran Semana, etc. | Buen gusto, elegante, robusto, fluido, vivo, ameno; llaneza y elocuencia. Frecuentes galicismos. Da a veces impresión de improvisador. |
| FÉLIX FRIAS , político (1816, Buenos Aires, 1881, Paris) | Orador, historiador | Gloria de Rosas, Enfermedad y muerte de San Martín, La Cuestión Chilena, etc. | Nobleza, variedad, claridad, vigor, corrección, armonía. |
| JOSÉ MARMOL , político (1817, Buenos Aires - 1871, Buenos Aires) | Poeta lírico, dramático, novelista, orador, periodista | Cantos del Peregrino (A los Trópicos, A las nubes), Al Plata, La América, Armonías, Amalia, (novela), etc. | "Tipo acabado del poeta civil" (R. Rojas) y "Príncipe de los líricos argentinos" (Oyuela). Fogosa inspiración, espléndidas descripciones: vivo sentimiento patriótico; verso viril, incorrecciones de lenguaje. |
| FLORENCIO BALCARCE , (1818, Buenos Aires - 1839, Buenos Aires) | Poeta lírico | La Parvada, El Cigarro, El lechero, A Don Víctor Silva, etc. | Pureza y galanura de estilo. Delicadeza de sentimiento. |
| BARTOLOMÉ MITRE , militar, estadista (1821, Buenos Aires - 1906, Buenos Aires) | Historiador, poeta lírico y dramático, orador, polemista, traductor | Historia de Belgrano, Id. de San Martín, Arengas, Rimas, Traducciones, etc. | Obra variada y fecunda. Narración vivaz interesante; sencillez, facilidad, claridad de estilo; copiosa erudición; en el verso, inspiración mediocre; crítica histórica digna y serena. |
| Ft. MAMERTO ESQUIÚ , franciscano (1826, Catamarca - 1883, Córdoba) | Orador sagrado | Cartas pastorales, Oraciones fúnebres, Sermones, Discursos. | El primer orador sagrado del Plata. Magnificencia, persuasión, unción, claridad. |

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | SUS OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|--|---|--|---|
| <p>CARLOS GUIDO y SPANO, funcionario (1827, Buenos Aires - 1918, Buenos Aires)</p> | <p>Poeta lírico, prosista, crítico</p> | <p>Hojas al Viento, Ecos Lejanos (A mi hija, At home, Al pasar, Patagonia), Ráfagas, (prosa), etc.</p> | <p>Exquisito gusto, corte clásico, serenidad, elegancia, naturalidad; versificación tersa y armoniosa, pureza de dicción. Ideas nobles y humanitarias.</p> |
| <p>LUCIO V. MANSILLA, militar (1831, Buenos Aires - 1913)</p> | <p>Cronista social, historiador</p> | <p>Una excursión a los indios ranqueles, Retratos y recuerdos, Rosas, etc.</p> | <p>Estilo pintoresco, vivaz, personal. Dicción fácil y galana, pero a menudo incorrecta. Composición desordenada.</p> |
| <p>ESTANISLAO DEL CAMPO, militar, político, (1834, Buenos Aires - 1884, Buenos Aires)</p> | <p>Poeta épico - lírico, gauchesco; periodista</p> | <p>Fausto, A Aniceto el Gallo, Gobierno Gaucho, etc.</p> | <p>Sentimiento de la naturaleza, descripciones animadas, diálogo suelto, gracia; verso esmerado. Sus obras cultas, olvidadas.</p> |
| <p>JOSE HERNANDEZ, político (1834, San Martín - 1886, Buenos Aires)</p> | <p>Poeta épico - lírico, gauchesco; periodista</p> | <p>Martín Fierro, La vuelta de Martín Fierro</p> | <p>El mejor gauchesco. Sencillez, gracia, realismo; diálogo vivo, pinturas admirables, intención doctrinaria y filantrópica; perspicacia psicológica. Desigualdad formal.</p> |
| <p>RICARDO GUTIERREZ, métrico (1836, Arrecifes - 1896, Buenos Aires)</p> | <p>Poeta lírico, épico, dramático, prosista</p> | <p>Lázaro, La fibra salvaje, El Libro de las lágrimas, El Libro de los Cantos (La Oración, El Misionero)</p> | <p>Poeta del sentimiento cristiano. Sinceridad, naturalidad, sencillez de forma, delicadeza. Versificación armoniosa y fluida. Algún desmayo, poca variedad, rasgos pesimistas.</p> |
| <p>NICOLAS AVELLANEDA, abogado (1837, Tucumán - 1885, alta mar)</p> | <p>Orador, periodista, crítico, ensayista</p> | <p>12 volúmenes: Discursos (Juegos florales, Rivadavia), Artículos (Esquí), Cartas, Documentos, etc.</p> | <p>Riqueza de fantasía; gusto ático, claridad, sobriedad, lozanía de estilo; argumentación vigorosa; frase musical y castiza. Con Estrada disputa el cetro de la oratoria argentina.</p> |
| <p>SANTIAGO ESTRADA, diplomático (1840, Buenos Aires - 1892, Madrid)</p> | <p>Periodista, crítico, orador</p> | <p>Discursos, Artículos, Escenas de costumbres, Críticas artísticas, etc.</p> | <p>Estilo castizo, dicción armoniosa, naturalidad. El primer argentino, miembro de la Academia Española.</p> |
| <p>OLEGARIO V. ANDRADE, (1841, Concepción del Uruguay - 1882, Buenos Aires)</p> | <p>Poeta lírico, épico, periodista</p> | <p>El Nido de Cóndores, Prometeo, Atlántida, San Martín, La vuelta al Hogar, La libertad y América, etc.</p> | <p>El poeta americano de imaginación más audaz. Ardor de fantasía, riqueza de colorido; grandilocuencia, a veces exagerada. El Víctor Hugo americano. Más exterior que íntimo. Falta de mesura.</p> |
| <p>JOSÉ MANUEL ESTRADA, catedrático (1842, Buenos Aires - 1894, Asunción)</p> | <p>Orador, polemista, historiador, periodista</p> | <p>12 tomos: Discursos, Lecciones de Historia Argentina, El catolicismo y la democracia, etc.</p> | <p>Originalidad, dicción castiza, brillantez, elocuencia viril y arrebatadora, virtud sintetizadora, vasta ilustración. Se lo llama El Maestro y orador por excelencia.</p> |
| <p>PEDRO GOYENA, abogado (1843, Buenos Aires - 1892, Buenos Aires)</p> | <p>Orador, crítico</p> | <p>Enseñanza religiosa, Félix Frías, Matrimonio Civil, etc.</p> | <p>Llamado Pico de oro. Armonía, fluidez, viveza, claridad, pulcritud, elocuencia irresistible.</p> |
| <p>EDUARDO WILDE, médico (1844, Tupiza - 1913)</p> | <p>Escritor científico, orador, polemista, novelista, humorista</p> | <p>Tiempo perdido, Por mares y tierras, Prometeo y Cia., Aguas abajo, etc.</p> | <p>Singular personalidad, agudeza, humorismo, claridad. Caprichoso, desarreglado, desigual.</p> |
| <p>ARISTÓBULO DEL VALLE, abogado (1846, Dolores - 1896, Buenos Aires)</p> | <p>Orador político, periodista</p> | <p>En la muerte de Goyena, En honor del Almirante Grau, Parlamentarios, etc.</p> | <p>El primer orador político de la época. Fantasía brillante, estilo vigoroso y galano.</p> |

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|--|---|--|
| GERVASIO MENDEZ (1848, Gualeguaychú - 1897) | Poeta lírico | A Dios, A San Martín, A Buenos Aires, El hogar desolado, etc. | Llamado El poeta del dolor. Sentimiento, delicadeza. |
| PABLO GROUSSAC, profesor (1848 Francia - 1929, Buenos Aires) | Historiador, crítico, novelista, dramático, ensayista | Los que pasaban, La divisa punzó, Santiago Liniers, Del Plata al Niágara, etc. | Dicción justa, correcta y clara. Estilo nítido, robusto, personal. Fondo sólido. Investigación, observación y reflexión. |
| MARTIN CORONADO, funcionario (1850, Buenos Aires - 1919, Caseros) | Poeta lírico, dramático, novelista, periodista | Canto a Jesús, Siempreviva, Cortar por lo más delgado, La piedra de escándalo. La chacra de don Lorenzo, Justicia de antaño, etc. | Creador del teatro nacional argentino. Pintura de caracteres, forma correcta, armoniosa; naturalidad, viveza de estilo, con que disimula sus deficiencias de plan y ejecución. |
| MIGUEL CANÉ, abogado (1851, Montevideo - 1905) | Cronista, ensayista, crítico, cuentista, etc. | Juvenilia, En viaje, Prosa ligera, Charlas literarias, Notas, etc. | Prosa fácil, amena, sobria, pintoresca. Gracia narrativa, vivacidad realista. Incorrecciones de lenguaje. Superficialidad. Pinceladas de color subido. |
| RAFAEL OBLIGADO (1851, Buenos Aires - 1920, Mendoza) | Poeta lírico, épico | Santos Vega, El nido de boyeros, El Hogar paterno, Echeverría, La Pampa, América, Primavera, etc. | El poeta más argentino. Novedad de imágenes, sencillez, naturalidad, ternura, gracia; verso musical; pinturas llenas de colorido. Inspiración nacional en moldes clásicos. |
| ALMAFUERTE o Pedro B. Palacios (1854, San Justo - 1917, La Plata) | Poeta lírico | La sombra de la Patria, Jesús, Mi-longas clásicas, Evangélicas, etc. | Originalidad, robustez, crudeza; pesimismo; oscuridad, neologismos. |
| CALIXTO OYUELA, académico (1857, Buenos Aires - 1935) | Preceptista, lírico, crítico, antologista | Teoría literaria, Estudios y artículos literarios, Antología poética hispanoamericana, Cantos, Nuevos cantos, etc. | Forma clásica, ática, castiza, límpida y serena. Solidez de fondo. Traductor insuperable de Leopardi. Se le achaca tibieza de sentimiento. |
| JOSÉ SIXTO ALVAREZ, periodista (1858, Gualeguaychú - 1903) Fray Mocho | Cuentista, costumbrista | Cuentos de Fray Mocho, Viaje al país de los matrones, En el Mar Austral, Caras y Caretas, etc. | Verdad y riqueza de color local, acierto psicológico, gracia narrativa, diálogo espontáneo. Cierta abuso del habla vulgar, incorrecciones. |
| MARTIN GARCIA MÉRQU, abogado (1862, Buenos Aires - 1905, Berlín) | Poeta lírico, crítico | El cañón de los Andes, Al Tequendama, Homo, Estudios Literarios, etc. | Buen gusto, naturalidad, sencillez; sentimiento, verso fluido; erudición. |
| LUIS N. PALMA, sacerdote (1863, Gualeguaychú - 1894, Gualeguaychú) | Poeta lírico | Recuerdos de Gloria, Chacabuco y Maipo, América a la sombra de la Cruz, etc. | Riqueza de fantasía; galanura y armonía de estilo; expresión castiza. |
| JOAQUIN V. GONZALEZ, abogado (1863, Rioja - 1923) | Periodista, tratadista, poeta, historiador, orador, etc. | Mis montañas, La tradición nacional, Fábulas nativas, Bronce y Lienzo, Historias, Cuentos, etc. | Obra de pensador y poeta. Precursor del folklore patrio. Estilo cincelado, rico. Elocución galana, propia, diáfana. Toques de panteísmo y liberalismo. |
| JUAN AGUSTIN GARCIA, abogado (1863, - 1923, Buenos Aires) | Historiador, sociólogo, dramático | La ciudad indiana, De uno... al otro, Estudios jurídicos, etc. | Inteligente investigador, de fina agudeza y poder de síntesis. Talento de expresión. Pagó tributo al liberalismo reinante. |
| ROBERTO J. PAYRÓ (1867, Mercedes - 1926, Buenos Aires) | Periodista, novelista, dramático, poeta, etc. | Pago Chico, Violines y toneles, Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira, El Mar Dulce, etc. | Prosista ágil, terso, pintoresco, de honda observación psicológica. Hábil narrador y fino satírico. Creador del teatro de tesis entre nosotros. |

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus obras más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|---|--|--|
| GREGORIO DE LAFERRÈRE, político (1867, Buenos Aires - 1913) | Dramático | Jettatore, Bajo la garra, Las Barrancos, Los invisibles, etc. | Sello inconfundible de espontaneidad, realismo e ingenio. Diálogos de mucha vitalidad. Caracteres repetidos y, en general, sin perfil psicológico definido. |
| BELISARIO ROLDÁN, abogado (1873, Buenos Aires - 1923, Córdoba) | Poeta lírico, dramático, orador | Discursos, El rosal de las Ruinas, El puñal de los troveros, etc. | Buen gusto, sentimiento, elocuencia vibrante, fantasía, nitidez de expresión. |
| LEOPOLDO LUGONES (1874, Córdoba - 1938, Tigre) | Lírico, ensayista, historiador, didáctico | Las montañas del oro, Los crepúsculos del jardín, Lunario sentimental, Odas seculares, Romancero, etc. En prosa: La guerra gaucha, Sarmiento, Estudios helénicos, etc. | Labor fecunda de polígrafo. Romántico, modernista y clásico sucesivamente. Patriarca del modernismo argentino. Individualidad genial inconfundible. Ejercicio poderosa influencia en sus contemporáneos, no sin haber cedido él mismo al influjo de otros extranjeros. Entre sus defectos más comunes: deficiencia emotiva, afectación; a veces endebles de erudición. |
| RICARDO GÜIRALDES (1886, Buenos Aires - 1927, París) | Lírico, cuentista, novelista | El cenorro de cristal, Cuentos de muerte y sangre, Raucha, Rosaura, Don Segundo Sombra, etc. | Astro del género criollo con "Don Segundo Sombra" obra original de profunda verdad, nobleza de intención y senorio del habla campera, que hace olvidar los no leves deslices de su producción anterior. |
| L I T E R A T U R A U R U G U A Y A | | | |
| BARTOLOMÉ HIDALGO (1788-1826). Pasó su vida en Buenos Aires | Poeta lírico y dramático, gauchesco | Maipú, Relación del gaucha Contreras, etc. | Gracia, frescura, espontaneidad. Patriarca de la poesía gauchesca. Sus versos cultos son de valor mediotre. |
| FRANCISCO ACUNA DE FIGUEROA (1790-1862) | Poeta lírico y epigramático | Himno Uruguayo, Mosaico (1450 epigramas), etc. | El primer epigramista de América española. Fecundidad, corrección métrica, gracia. |
| MARCOS SASTRE, maestro (1809-1887). Vivió y murió en la Argentina | Didáctico | Anagnosis, Gramática Castellana, Tempe argentino, etc. | Su obra maestra es el "Tempe argentino", verdadero poema descriptivo en prosa diáfana, natural y elegante. |
| ADOLFO BERRO (1819-1841) | Poeta lírico | Dolor, El esclavo; etc. | Inspirado, dulce. Murió a los 22 años. |
| ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES (1825-1893) | Poeta lírico, dramático | Celiar, Palmas y Ombúes, etc. | Impulsor de las letras uruguayas. Versificación fácil y armoniosa; erudición. |
| FRANCISCO BAUZA | Historiador | Historia de la dominación española | Corrección, estilo castizo. |
| JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1857-1931) | Poeta lírico, épico, orador, prosista | Leyenda Patria, Tabaré, Epopeya de Artigas, Resonancias del Camiño, Conferencias y discursos, El sermón de la paz, etc. | Una de las glorias más brillantes de América. Imaginación exuberante, grandiosidad, originalidad; estilo galano, limpio, pintoresco, armonioso. Tiene de Bécquer el subjetivismo y la casi inmaterialidad del verso. |
| RAFAEL FRAGUEIRO (1860-1931) | Poeta lírico, historiador | Allegretto, Recuerdos Viejos, etc. | Fantasía, sentimiento, facilidad, armonía. |

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|--|---|--|
| JOSÉ E. RODÓ (1872-1917) | Prosista, crítico, orador | Ariel, Motivos de Proteo, El mirador de Próspero, etc. | Brillantez, pureza, espontaneidad, pulcritud y aticismo de dición, valentía de imágenes, profundidad de concepto, originalidad de plan. |
| FLORENCIO SANCHEZ (1875-1910) | Dramático | Cédulas de San Juan, La gringa, Los Muertos, Nuestros hijos, M'hijo el Doctor, Barranca abajo, etc. | Instinto de observación, agudeza de sentir, destreza pictórica, enérgico realismo, reproducción fiel del habla popular y arrabalera. Tendencia social que a veces predica la rebeldía y la violencia. Pesimismo y crudeza. |
| CARLOS ROXLO (1878-1927) | Poeta lírico, épico, prosador, crítico | Flores de Ceibo, Cantos de la Tierra, etc. | Poeta de la luz y del color. Inspirado, fecundo. |
| LITERATURA COLOMBIANA | | | |
| JOSÉ MANUEL GROOT (1800-1878) | Poeta lírico, historiador, tratadista | Historia de la Nueva Granada, Dios y Patria, El Apóstol de los negros, etc. | El primer historiador colombiano. Ameno, elegante, animado, fecundo. |
| JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ (1814-1892) | Poeta lírico, épico, historiador | Los Colonos, La Golondrina, Al Tequendama, A Balboa, etc. | Inspiración, fervor, sinceridad, manejo soberano del período poético. |
| JOSÉ EUSEBIO CARO (1817-1833) | Poeta lírico, periodista | El ciprés, Mi juventud, El hacha del proscrito, Despedida de la patria, etc. | Poeta de lucha. Original, vehemente, ágil. Su hondura filosófica le hace incurrir en prosaismos. |
| JULIO ARBOLEDA (1817-1861) | Poeta lírico, épico | El poema Gonzalo de Oyón, etc. | Sentimiento, idealismo, sinceridad; a veces, incorrecto. |
| GREGORIO GUTIÉRREZ GONZALEZ (1826-1878) | Poeta lírico | Aures, ¿Por qué no canto?, Cultivo del maíz en Antioquia (su obra maestra), etc. | "Uno de los poetas más americanos" (Oyuela). Sencillo, tierno, delicado, expresivo en las descripciones. |
| RAFAEL POMBO (1833-1912) | Poeta lírico, periodista, fabulista | Preludio de primavera, Decíamos ayer, En el Niágara, ¡Siempre!, Fábulas y verdades, etc. | Original, vigoroso, variado, profundo, de verso armonioso. Es para Oyuela el más grande y completo de los poetas hispanoamericanos. |
| JORGE ISAACS (1837-1895) | Poeta lírico, novelista | La vuelta del recluta, María, etc. | Sentimiento, fluidez, melodía, pinturas. |
| MIGUEL ANTONIO CARO (1843-1909) | Poeta lírico, orador, crítico, historiador | A la vuelta a la patria, A la Gloria, A la estatua del Libertador, Artículos y discursos, etc. | El mejor traductor de Virgilio. Elegante, natural, atildado, castizo, expresivo. El primer humanista de América, después de Bello. |
| RUFINO J. CUERVO (1844-1911) | Humanista, tratadista | Apuntes críticas al lenguaje bogotano, Diccionario de construcción y régimen, etc. | Uno de los filólogos más eruditos de habla española. |
| JOSÉ ASUNCIÓN SILVA (1868-1896) | Poeta lírico | Al pie de la estatua, Luz de luna, El día de difuntos, Nocturno, etc. | Iniciador en Colombia de las formas modernistas. Estro vigoroso, aristocrático, personal. Su sentimiento, sin fe sólida, degenera en pesimismo sombrío. |

LITERATURA MEJICANA

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|--|---|--|
| JUAN RUIZ DE ALARCÓN (1581, Méjico - 1639, Madrid) | Dramático | Unas 20 comedias: La verdad sospecha, Las paredes oyen, Ganar amigos, etc. | En el teatro sigue en mérito a Lope, Calderón y Tirso, por su gusto exquisito, equilibrio, sentido psicológico, naturalidad y elegancia. Ausencia de defectos. Tendencia moralizadora. |
| SOR JUANA INES DE LA CRUZ (1651, Méjico - 1695) | Lírica, dramática | Canciones, romances, autos sacramentales: Ausencia, Hombres necios, El divino Narciso, etc. | Llamada la "Décima Musa" y "Fénix de México". Inspiración, nervio y flexibilidad. A menudo cae en el conceptismo y culteranismo reinantes. |
| JOSÉ ROSAS Y MORENO (1836-1863) | Poeta lírico, dramático, fabulista | Hojas de Rosa, Fábulas, etc. | Gracia, delicado sentimiento, pureza de estilo. |
| MANUEL GUTIERREZ NÁJERA (1851-1895) | Poeta lírico, cuentista, cronista | Mariposas, La Serenata de Schúbert, Pax ánimae, Tristissima nox, etc. | "El Bécquer mejicano". Sentimiento, corrección, gracia seductora. Su prosa es deliciosa. Forma actualada. Precursor del modernismo, dentro del buen gusto. |
| JUAN DE DIOS PEZA (1852-1910) | Poeta lírico, dramático, épico, periodista | Hogar y Patria, Cantos del hogar, Leyendas históricas, etc. | Cantor de la familia y de la patria. Fácil, natural, delicado, expresivo. |
| AMADO NERVO (1870-1919) | Poeta lírico, novelista, crítico | Místicas, Poemas, Serenidad, Elevación, El bachiller, El sexto sentido, etc. | Uno de los maestros del modernismo. Delicadeza, suavidad, sencillez, misticismo enfermizo a veces, sentido humano. Su métrica rica y variada, no siempre perfecta, pero sí amable. |

LITERATURA ECUATORIANA

| | | | |
|--|--|---|---|
| JOSÉ JOAQUÍN DE OLME-DO (1780-1847) | Poeta lírico | La Victoria de Junín, Al General Flores, A un amigo, etc. | "El Quintana americano". Brillantez, imaginación, armonía, sentimiento, observación realista. Como Quintana, cae a veces en el énfasis oratorio. |
| JUAN LEÓN MERA (1832-1894) | Poeta lírico, novelista | La Virgen del Sol, Cumandá, etc. | Sentimiento, colorido, fantasía. |
| NUMA POMPILIO LLONA (1832-1907) | Poeta lírico, crítico | Los Caballeros del Apocalipsis, Odi sea del alma, etc. | Maestro del verso, reflexivo, de entonación robusta, pero escaso de sentimiento. |
| JUAN MONTALVO, (1833-1889) | Periodista, filósofo, historiador, crítico | Siete tratados, Catilinarias, Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, etc. | Cuño de personalidad. Talento y erudición. Su alarde de dominio de la lengua clásica le hace caer en afectación y artificio. Polémica vigorosa, a veces mordaz y maligna. |

LITERATURA PERUANA

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---------------------------------------|-----------------------------------|--|---|
| INCA GARCILASO DE LA VEGA (1540-1617) | Historiador novelesco | Comentarios reales, Historia general del Perú, etc. | Sabor clásico. Amabilidad e interés narrativos. Viveza descriptiva. Dicción galana. |
| MARIANO MELGAR (1791-1814) | Poeta lírico | Yaraví, Al Autor del Mar, etc. | "El Anacreonte peruano". Elegante y delicado. |
| MANUEL ASCENSIO SEGURA (1805-1871) | Poeta lírico, satírico, dramático | El Sargento Canuto, Nadie me la pega, etc. | Naturalidad, viveza de pinturas, gracejo. |
| FELIPE PARDO Y ALIAGA (1806-1868) | Poeta satírico, costumbrista | El espejo de mi tienda, A Olmedo, Un viaje, etc. | El primer escritor peruano del siglo XIX. Espontáneo, correcto, galano. |
| CARLOS AUGUSTO SALABERRY (1831-1890) | Poeta lírico, épico, dramático | La Estrella del Perú, Albores y destellos (Acuerdate de mí, La locomotora), etc. | Vigor, sentimiento, armonía, sinceridad. |
| RICARDO PALMA (1833-1919) | Poeta, historiador | Las Tradiciones peruanas, en 10 series, etc. | Castizo, ameno, expresivo, elegante, sin preocupaciones retóricas. Gracejo irreverente a veces. |
| JOSÉ SANTOS CHOCANO (1867-1934) | Poeta lírico, épico | Alma América, En la Aldea, Iras santas, etc. | Inspirado, grandilocuente, original, brillante. |

LITERATURA VENEZOLANA

| | | | |
|---------------------------------------|---|---|---|
| ANDRÉS BELLO (1781-1865) | Poeta lírico, polígrafo, crítico, gramático, filólogo | Allocución a la Poesía, A la Agricultura de la Zona Torrida (su obra maestra), La Oración por todos, Gramática Castellana, etc. | El más erudito de América. Sensibilidad, elegancia, nitidez, insuperable en el conocimiento de la lengua; descripciones magníficas. Personificación del buen gusto. |
| JOSÉ ANTONIO MAITIN (1804-1874) | Poeta lírico | Canto Fúnebre, A orillas del río, La máscara, El sereno, etc. | El mejor poeta del romanticismo venezolano. Sentimiento, apacibilidad y limpidez. |
| RAFAEL M. BARALT (1810-1860) | Poeta lírico, filólogo | A Colón, A una flor marchita, La Anunciación, Diccionario de Galicismos, etc. | Correcto, esmerado en la forma, pero sin alma poética. Admirable prosista, ameno y gracioso. |
| JOSÉ H. GARCÍA DE QUEVEDO (1819-1871) | Poeta lírico, dramático, novelista | El proscrito, La segunda vida, etc. | Ardiente fantasía, vigor, facilidad. |
| ABIGAIL LOZANO (1821-1866) | Poeta lírico | A Dios, A Bolívar, A la noche, etc. | Elegancia de forma, pobreza de concepto. |
| ELIAS CALIXTO POMPA (1834-1887) | Poeta lírico, dramático | Los sonetos Estudias, Trabaja, Descansa, etc. | Sentimiento, inspiración, sencillez. |
| GONZALO FEBRES PICÓN (1860-1918) | Poeta lírico, épico, novelista | Caléndulas, Claveles, El Sargento Felipe, etc. | Sobriedad, elegancia, armonía. |

LITERATURA CHILENA

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---------------------------------------|-------------------------------------|--|---|
| MERCEDES MARIA DEL SOLAR (1804-1866) | Poetisa lírica | Canto Fúnebre, Dulce es morir, Ple-garia al pie de la Cruz, etc. | "La Musa de la caridad cristiana" la llamó Bello, Pura-za, inspiración y sentimiento. |
| JOSÉ JOAQUÍN VALLEJO (1811-1838) | Costumbrista, crítico | Artículos de Jotabeche | Es el "Larra Chileno". Humorismo sano, original. |
| EUSEBIO LILLO (1826-1910) | Poeta lírico, periodis-ta | Canción Nacional, El junco, etc. | Elegante, correcto, expresivo. |
| GUILLERMO BLEST GANA (1829-1904) | Poeta lírico, dramá-tico, novelista | El número trece, Conjunción de Al-magro, etc. | Inspiración y sentimiento suave y delicado. |
| BENJAMÍN VICUÑA MAC-KENNA (1831-1886) | Historiador | El ostracismo de los Carreras, etc. | Fecundo, elegante, original. |
| JUAN ALBERTO BLEST GANA (1831) | Novelista | Engaños y Desengaños, Fascinación, etc. | Colorido, amenidad, facilidad. |
| EDUARDO DE LA BARRA (1839-1910) | Poeta lírico; periodis-ta | La independencia americana, etc. | Originalidad, copiosa cultura. |
| CRESCENTE ERRAZURIZ (1839-1929) | Historiador | Historia de Chile, Los terrores del año 1000, etc. | Fecundo, erudito, elegante, atinado. |
| CARLOS WALKER MARTÍ-NEZ (1842-1905) | Poeta lírico, épico, dramático | Recuerdos del pasado, Romances americanos, etc. | Vigoroso, fácil, sentido, correcto. |
| JOSE ANTONIO SOFFIA (1843-1884) | Poeta lírico, épico | Bolívar y San Martín, Hojas de oto-ño, etc. | Elegancia, humorismo en la prosa. |
| RAMÓN ÁNGEL JARA (1852-1917) | Orador sagrado y académico | Sermones, Panegíricos, Discursos, Pastorales | Elocuentísimo, majestuoso, elegante, vibrante. |
| JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS (1878-1921) | Poeta lírico, novelista | La voz del torrente, etc. | Buen gusto, humorismo. |

LITERATURA PARAGUAYA

| | | | |
|------------------|--------------------------|---|---|
| BLAS GARAY | Historiador, periodis-ta | Compendio de la Historia del Para-guay, El comunismo en las Mi-siones | Estilo personal y vigoroso. |
| NATALIO TALAVERA | Poeta lírico | Himno Nacional Paraguayo | Robustez; versificación deficiente. |
| ALEJANDRO GUANES | Poeta lírico | Las leyendas; Primavera, Domingo de Pascua, etc. | Uno de los mejores poetas paraguayos. Armonía, fluidez. |

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|--|----------------------------------|---|---|
| JOSÉ SEGUNDO DECOUD (1848-1909) | Orador, historiador | Recuerdos históricos, Discursos y conferencias, etc. | Fecundidad, elocuencia, facilidad. |
| MANUEL GAMARRA (1866-1910) | Poeta lírico | Curupayty, Libertad y Progreso, etc. | Inspiración robusta, entonación épica. |
| JUAN O' LEARY (1879) | Poeta lírico | Anhelo, Elegías, ¡Salvaje!, etc. | Naturalidad, calor, profundidad de pensamiento. |
| MANUEL DOMÍNGUEZ | Orador, historiador | El dictador Francia, La lengua de Cicerón, etc. | Fibra robusta, vasta ilustración. |
| LITERATURA BOLIVIANA | | | |
| RICARDO J. BUSTAMANTE (1821-1880) | Poeta lírico, épico, y dramático | Oda a Bolívar, La Plegaria, Preludio al mamoré, Leyendas, etc. | El primer literato boliviano. Galanura, sentimiento, elegancia lírica. |
| MANUEL J. TOVAR (1831-1869) | Poeta lírico, épico | La Creación | Elevación, viveza de descripción. |
| LUIS ZAILES (1832-1896) | Poeta lírico festivo | Poesías | "El Bretón de los Herreros boliviano". Muy popular. |
| BENJAMÍN BLANCO (1832-1901) | Poeta lírico, satírico | El suspiro, Prosa y Verso, etc. | Elegancia, corrección, sátira punzante. |
| BENJAMÍN LENS (1836-1878) | Poeta lírico, dramático | Flores de un día, El guante negro, etc. | Corrección de lenguaje, gracia, nobleza. |
| LITERATURA CENTROAMERICANA | | | |
| ANTONIO J. DE IRISARRI (1786-1868) | Erudito, crítico | El Cristiano errante, Cuestiones filológicas, etc. | Estilo castizo; vigor de argumentación. |
| FR. JOSE T. REYES (1797-1855) | Orador, poeta dramático | Sermones, Pastorales (dramas), etc. | Pureza, elegancia, facilidad. |
| JOSÉ BATRES Y MONTÓFAR, San Salvador (1809-1844) | Poeta lírico, narrativo | El Reloj (su obra maestra), Don Pablo, etc. | En la poesía festiva es sin duda de los mayores de la lengua castellana. |
| RUBÉN DARIO (1867, Nicaragua - 1916) | Poeta lírico, periodístico | Los motivos del lobo, Marcha triunfal, La caravana pasa, Canto de esperanza, etc. | Patriarca del modernismo. Poderosa fantasía, originalidad, opulencia, color, ritmo, armonía, perfección del verso; pero, ausencia de verdadera emoción lírica, alardes de erudición, osadías. |

LITERATURA ANTILLANA

| AUTORES por orden cronológ. | GÉNEROS cultivados | Sus OBRAS más notables | CUALIDADES de las mismas |
|---|--|--|---|
| JOSE M. DE HEREDIA (1802, Cuba - 1839) | Poeta lírico, dramático | Al Niágara, En el Teocalli de Cholula, En una tempestad, etc. | Imaginación brillante, lirismo, originalidad, contemplación melancólica, descripciones. Falta de corrección a veces, desigualdades, pobreza. |
| GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES o Plácido (1809, Cuba - 1844) | Poeta lírico | La flor de la caña, Plegaria a Dios, Adiós a mi lira, Muerte de Géser | Delicado, expresivo, sincero; a veces incorrecto y trivial. |
| GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA (1814, Cuba - 1873) | Poetisa lírica, dramática, novelista | A la Poesía, A Cuba, A la Cruz, A Heredia, Baltasar, Saúl, etc. | La primera de las poetisas castellanias. Elegante, briosa, original, correcta; buen gusto, fantasía. Creadora de nuevas combinaciones métricas. |
| JUAN CLEMENTE ZENEA (1832, Cuba - fusilado en 1871) | Poeta lírico elegíaco | Cantos de la tarde, Diario de un mártir (escritas en la prisión), etc. | Uno de los mayores poetas elegíacos de toda nuestra lengua. Sus poesías "son todas sangre y dolor". |
| EUGENIO MARIA DE HOSTOS, político (1839, Puerto Rico - 1903) | Novelista, historiador, crítico, moralista | Revolución de Cuba, Plácido, Máximo Gómez, Meditando, Moral social, etc. | Obra multiforme y maciza. Clarividencia, valentía, sencillez, elocuencia. |
| JOSE MARTI, político (1853, Cuba - 1895) | Poeta, novelista, crítico, articulista, orador | Versos sencillos, Abdala, Cuba, Hombreros, Nuestra América, etc. | Fogoso patriota. Sentimiento, fantasía, derroche de color, elocuencia nerviosa. A veces, extravagancia, incorrección y oscuridad. |

LISTA ONOMÁSTICA

DE AUTORES CITADOS EN EL LIBRO

(Los números en caracteres más negros señalan las páginas en que con mayor detención se trata del autor nombrado)

- Academia Argentina de Letras, VI, VII, 51.
 Academia Española, pássim.
 Acosta, Cecilio, 186, 188.
 Acuña de Figueroa, Francisco, 219.
 Achával Rodríguez, Tristán, 103.
 Alarcón, Juan Ruiz de, 140, 142, 221.
 Alberdi, Juan Bautista, 75, 83, 169, 216.
 Alfieri, Víctor, 158.
 Almaguete (V. Pedro B. Palacios).
 Álvarez, José Sixto, 126, 218.
 Álvarez de Cienfuegos, Nicasio, 158.
 Anacreonte, 222.
 "Anastasio el Pollo", 32.
 Andrade, Olegario V., 25, 26, 42, 217.
 Arboleda, Julio, 220.
 Asbaje, Juana de, 209.
 Ascasubi, Hilario, 29, 33, 46, 216.
 Ascensio Segura, Manuel, 222.
 Avellaneda, Gertrudis Gómez de, 158, 163, 225.
 Avellaneda, Nicolás, 96, 102, 110, 121, 217.
 Azara, Félix de, 47.
 Balcarce, Florencio, 216.
 Baralt, Rafael M., 222.
 Barco Centenera, Martín del, 1.
 Barra, Eduardo de la, 223.
 Batres y Montúfar, José, 224.
 Baudelaire, Carlos, 53.
 Bauzá, Francisco, 219.
 Bécquer, Gustavo A., 24, 188, 192, 219, 221.
 Bello, Andrés, 26, 41, 146, 151, 220, 222, 223.
 Béntham, Jeremías, 198.
 Berro, Adolfo, 219.
 Blanco, Benjamín, 224.
 Blanco García, P. Francisco, 38, 174.
 Blest Gana, Guillermo, 223.
 Blest Gana, Juan Alberto, 223.
 Blixen, Samuel, 203.
 Bosch, Mariano G., 4.
 Bueno, Manuel, 203.
 Bustamante, Ricardo J., 224.
 Byron, Lord, 16, 87, 113, 158.
 Cabello y Mesa, Francisco, 4.
 Calderón de la Barca, Pedro, 209, 221.
 Campo, Estanislao del, 29, 32, 148, 217.
 Campoamor, Ramón de, 24.
 Cané, Miguel, 114, 218.
 "Caras y Caretas", 126, 127.
 Carlyle, Tomás, 200.
 Caro, José Eusebio, 161, 220.
 Caro, Miguel Antonio, 41, 152, 220.
 Caro, Rodrigo, 50.
 Castañeda, Fr. Francisco de Paula, 99.
 Cejador y Frauca, Julio, 29, 42, 46, 53, 166, 169, 200, 201, 207.
 Cervantes, Miguel de, 50, 179.
 Cienfuegos, Nicasio Alvarez, 158.
 Coronado, Martín, 56, 218.
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 144, 209, 221.
 Cuervo, Rufino, J., 220.
 Champollón, Juan Francisco, 116.
 Chateaubriand, Francisco Renato de, 158.
 Chenier, Andrés, 158.
 Chocano, José Santos, 222.
 Dante Alighieri, 87, 126.
 Darío, Rubén, 53, 54, 55, 186, 192, 206, 209, 224.
 Deán Funes, 10, 71, 198.
 Decoud, José Segundo, 224.
 Del Valle, Aristóbulo, 102, 217.
 Díaz de Guzmán, Ruy, 1, 4, 193.
 Díaz Garcés, Joaquín, 223.
 "Diccionario de la Academia Española", pássim.
 Domínguez, Manuel, 224.
 Ducis, 158.
 "Duque Job, El", 188.
 Echagüe, Juan Pablo, 58, 133, 203.
 Echeverría, José Esteban, 11, 42, 75, 80, 83, 216.
 Edgar Poe, 53.
 Emerson, Ralf Waldo, 200.
 Ercilla, Alonso de, 208.
 Errázuriz, Crescente, 223.
 Espronceda, José de, 38, 163.
 Esquíu, Fr. Mamerto, 216.
 Estrada, José Manuel, 102, 107, 121, 123, 177, 217.
 Estrada, Santiago, 217.
 Euclides, 3.
 Febres Picón, Gonzalo, 222.
 Fenelón, Francisco 118.
 Fielding, Enrique, 116.
 Figueroa, Francisco Acuña de, 219.
 Fraguero, Rafael, 219.
 "Fray Mocho" (V. José S. Álvarez).
 Fray Mamerto Esquíu, 216.
 Frias, Félix, 216.
 Funes, Deán Gregorio, 10, 71, 198.
 Gálvez, Manuel, 136, 207.
 Gallego, Nicasio, 146, 158.
 Gamarra, Manuel, 224.
 Garay, Blas, 233.
 García, Juan Agustín, 126, 131, 218.
 García de Quevedo, José H., 222.
 García Merou, Martín, 218.
 García Velloso, Juan José, 24.
 Garcilaso de la Vega, 50.
 Garcilaso de la Vega, Inca, 140, 220.
 Gil, Enrique, 38.
 Giusti, Roberto F., 53.
 Godoy, Juan Gualberto, 29.
 Goethe, Wolfgang, 80, 83, 113.
 Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 158, 163, 225.
 Gómez Restrepo, Antonio, 201.
 Góngora, Luis de, 53.
 González, Joaquín V., 32, 124, 218.
 Gorriti, Juan Ignacio, 10.
 Goyena, Pedro, 103, 121, 217.
 Gray, Tomás, 9.
 Grocio, Hugo, 75.
 Groot, José Manuel, 220.
 Groussac, Pablo, 120, 132, 218.
 Guanes, Alejandro, 223.
 Guevara, P. José de, 13.
 Guido Spano, Carlos, 42, 120, 177, 217.
 Güiraldes, Ricardo, 136, 219.
 Gutiérrez, Juan María, 9, 11, 41, 75, 78, 83, 169, 174, 216.
 Gutiérrez, Ricardo, 23, 217.
 Gutiérrez González, Gregorio, 166, 220.
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 188, 209, 221.
 Heredia, José María de, 146, 158, 225.
 Hermosilla, José, 38.
 Hernández, José, 29, 34, 148, 217.
 Herrera Reissig, 53.
 Hidalgo, Bartolomé, 29, 148, 219.
 Homero, 164, 180.
 Horacio, 6, 87, 146, 152.
 Hostos, Eugenio María de, 177, 225.
 Hugo, Víctor, 25, 53, 80, 87, 152, 217.
 Hugo Wast, 4.
 Ibsen, Enrique, 203.
 Inca Garcilaso de la Vega, 140, 220.
 Irisarri, Antonio J. de, 224.
 Isaacs, Jorge, 220.
 Isla, P. José F. de, 123.
 Jara, Ramón Angel, 223.
 "Jean Paul", 59 (V. J. P. Echagüe).

- Jouy, 158.
 Juana Inés de la Cruz, Sor, 144, 209, 221.
 Juvenal, 113.
- Laferrère, Gregorio de, 58, 126, 219.
 Lafinur, Juan Crisóstomo, 10, 99.
 Laforgue, 53.
 Lamarine, Alfonso de, 81.
 "La Nación", 88, 134, 184, 206.
 Larsen, Juan Mariano, 123.
 Larra, Mariano José, 201, 223.
 Lauxar, 174.
 Lavardén, Manuel José de, 4, 215.
 Leguizamón, Martiniano, 148.
 Lenz, Benjamín, 224.
 León Mera, Juan, 221.
 Leopardi, Santiago, 52, 218.
 Lillo, Eusebio, 223.
 Lista, Alberto, 38.
 Longfellow, Enrique, 87.
 Lope de Vega, 50, 221.
 López, Vicente Fidel, 83, 87, 169, 216.
 López y Planes, Vicente, 10, 83, 86, 215.
 Lotus, Nice, 24, 34, 45.
 Lozano, Abigail, 222.
 Luca, Esteban de, 10, 215.
 Lugones, Leopoldo, 53, 206, 219.
 Lugones, Santiago M., 34, 35.
- Llona, Numa Pompilio, 221.
- Macié, Juan Baltasar, 5, 90.
 Magariños Cervantes, Alejandro, 219.
 Maitín, José Antonio, 222.
 Mansilla, Lucio V., 108, 217.
 Manzoni, Alejandro, 7.
 Maquiavelo, Nicolás, 114.
 Marasso, Arturo, VI, 124, 206, 207, 209.
 Mármol, José, 15, 42, 83, 216.
 Martí, José, 183, 225.
 Meléndez Valdés, Juan, 6.
 Melgar, Mariano, 222.
 Melián Lafinur, Alvaro, 42, 118.
 Méndez, Gervasio, 218.
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 9, 11, 16, 26, 34, 38, 39, 41, 83, 140, 146, 152, 158, 161, 180.
 Mera, Juan León, 221.
 Milton, Juan, 9, 10, 83, 105, 180, 181.
 "Mío Cid", 36.
 Miralla, José Antonio, 9, 215.
 Mitre, Bartolomé, 29, 83, 87, 216.
 Montalvo, Juan, 179, 221.
 Monteagudo, Bernardo, 10.
 Montero Bustamante, Raúl, 203.
 Morante, Ambrosio, 4.
 Moratín, Leandro F. de, 38.
- Moreno, Mariano, 10, 104, 215.
 Musset, Alfredo de, 163, 188.
- "Nación La", 88, 134, 184, 206.
 Nervo, Amado, 188, 209, 221.
 Nice Lotus, 24, 34, 45.
 Nietzsche, Federico, 209.
- Obligado, Carlos, VI, 46, 51.
 Obligado, Rafael, 45, 50, 218.
 O'Leary, Juan, 224.
 Olmedo, José Joaquín, 26, 145, 221.
 Onís, Federico de, 53, 136, 207, 209.
 Ortiz, José Joaquín, 220.
 Ovidio, 6.
 Oyuela, Calixto, 4, 6, 11, 15, 24, 26, 32, 34, 46, 51, 56, 103, 107, 123, 148, 161, 188, 209, 216, 218, 220.
- Palacios, Pedro B, 206, 218.
 Palma, Luis N., 218.
 Palma, Ricardo, 174, 222.
 Pardo Bazán, Emilia, 214.
 Pardo y Aliaga, Felipe, 222.
 Payró, Roberto J., 133, 218.
 Pellegri, Carlos, 121.
 Petrarca, 164.
 Peza, Juan de Dios, 221.
 Plácido, 177, 225.
 Poe, Edgardo, 53.
 Pombo, Rafael, 152, 161, 220.
 Pompa, Calixto, 222.
- Quintana, Manuel José, 6, 26, 146, 158, 221.
- Rabelais, Francisco, 183.
 Rega Molina, Horacio, 53.
 Renán, Ernesto, 212.
 Reyes, Fr. José T., 224.
 Rivadavia, Bernardino, 6, 96.
 Rodó, José Enrique, 43, 211, 220.
 Rodríguez, Fr. Cayetano, 10, 215.
 Rojas, Ricardo, I, 4, 15, 56, 58, 61, 83, 96, 102, 109, 216.
 Roldán, Belisario, 219.
 Rosas y Moreno, José, 221.
 Rousseau, Juan Jacobo, 198.
 Roxlo, Carlos, 220.
 Rubén Darío, 53, 54, 55, 186, 192, 206, 209, 224.
 Ruiz de Alarcón, Juan, 140, 142, 221.
 Ruy Díaz de Guzmán, I, 4, 90, 193, 215.
- Salaberry, Carlos Augusto, 222.
 Sánchez, Florencio, 203, 220.
- Sarmiento, Domingo Faustino, 61, 75, 216.
 Sastre, Marcos, 169, 219.
 Schiller, Federico, 80, 83.
 Schmidel, Ulderico, 193.
 Segovia, Lisandro, 33, 43, 46, 47, 63, 66, 151.
 Segura, Manuel Ascencio, 222.
 Shakespeare, 111, 177, 183, 209, 212.
 Sierra, Justo, 188.
 Silva, José Asunción, 200, 220.
 Soffia, José Antonio, 223.
 Solar, Mercedes María del, 223.
 Sor Juana Inés de la Cruz, 144, 209, 221.
- Tácito, 113.
 Talavera, Natalio, 223.
 Tassara, Gabriel García, 38.
 Tasso, Torcuato, 123.
 Tejada y Guzmán, Fr. Luis de, 3, 4, 215.
 Terencio, 142.
 Tirsó de Molina, 221.
 Tiscornia, Eleuterio F., 34, 37.
 Tolstói, León, 203.
 Torrendell, Juan, 203.
 Tovar, Manuel J., 224.
- Uhland, Juan Luis, 214.
 Unamuno, Miguel de, 197, 201.
 Urbina, Luis G., 188.
- Valdés, Gabriel de la Concepción, 225.
 Valera, Juan, 26, 163, 180, 192.
 Valle, Aristóbal del, 102, 217.
 Vallejo, José Joaquín, 223.
 Varela, Juan Cruz, 6, 105, 107, 215.
 Vega, Garcilaso de la, 50.
 Vega, Inca Garcilaso de la, 140, 222.
 Vega, Lope de, 50.
 Vega, Ventura de la, 38, 216.
 Vélez Sársfield, Dalmacio, 87.
 Veraine, Pablo, 53.
 Víctor Hugo, 25, 53, 80, 87, 152, 217.
 Vicuña Mackenna, Benjamín, 223.
 Virgilio, 6, 9, 171, 220.
 Voltaire, 188.
- Wálker Martínez, Carlos, 223.
 Walt Whitman, 53.
 Wast, Hugo, 4.
 Wilde, Eduardo, 107, 118, 217.
- Zailles, Luis, 224.
 Zenea, Juan Clemente, 225.
 Zorrilla, José, 15, 18, 38.
 Zorrilla de San Martín, Juan, 188, 192, 209, 219.

LISTA ALFABÈTICA

DE LOS GRABADOS INTERCALADOS EN EL LIBRO

Alarcón, Juan Ruiz de, 142.
 Alberdi, Juan B., 75.
 Álvarez, José S., 127.
 Andrade, Olegario V., 26.
 Ascasubi, Hilario, 29.
 Avellaneda, Gertrudis Gómez de,
 163.
 Avellaneda, Nicolás, 96.

Bello, Andrés, 151.

Campo, Estanislao del, 32.
 Cané, Miguel, 115.
 Caro, José Eusebio, 161.
 Coronado, Martín, 56.
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 144.

Darío, Rubén, 206.

Echeverría, José Esteban, 11.
 Estrada, José Manuel, 102.

"Fray Mocho", 127.

García, Juan Agustín, 131.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis,
 163.
 González, Joaquín V., 125.
 Groussac, Pablo, 137.
 Guido Spano, Carlos, 43.
 Güiraldes, Ricardo, 137.
 Gutiérrez, Juan María, 41.
 Gutiérrez, Ricardo, 23.
 Gutiérrez González, Gregorio,
 166.
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 188.

Heredia, José María de, 158.
 Hernández, José, 34.
 Hostos, Eugenio María de, 177.

Juana Inés de la Cruz, Sor, 144.

Laferrère, Gregorio de, 58.
 López, Vicente Fidel, 83.
 Lugones, Leopoldo, 53.

Mansilla, Lucio V., 109.
 Mármol, José, 16.
 Martí, José, 183.
 Miralla, José Antonio, 9.
 Mitre, Bartolomé, 87.
 Montalvo, Juan, 179.

Nervo, Amado, 209.

Obligado, Rafael, 45.
 Olmedo, José Joaquín, 146.
 Oyuela, Calixto, 52.

Palma, Ricardo, 175.
 Payró, Roberto J., 133.

Rodó, José Enrique, 213.
 Rubén Darío, 206.
 Ruiz de Alarcón, Juan, 142.

Sánchez, Florencio, 203.
 Sarmiento, Domingo F., 61.
 Sastre, Marcos, 169.
 Silva, José Asunción, 200.
 Sor Juana Inés de la Cruz, 144.

Valera, Juan Cruz, 6.
 Vega, Ventura de la, 38.

Wilde, Eduardo, 119.

Zorrilla de San Martín, Juan,
 192.

A LOS AMABLES LECTORES

Mientras tipógrafos e impresores llegan a las postrimerías de este trabajo, la Editorial y el autor van recibiendo notas que expresan las impresiones que ha producido el examen del primer tomo recién publicado. La general aceptación, que trasciende de tanto elogio y aplauso — tan subido y caluroso que se me antoja no siempre totalmente merecido — no deja de causarme honda satisfacción. Agradezco a los autores de la misma, máxime si han sido sinceros, como debo presumirlo por la unanimidad del sentir.

Permitaseme que conteste ahora a un reparo que alguien ha hecho, al expresar que la parte de historia literaria le parece deficiente. Y plena razón tiene, desde su punto de vista. Pero advierta que este libro es, de suyo, antología, y luego por simple añadidura, un modesto auxiliar del estudio histórico crítico de los autores. Jamás ha tenido la loca pretensión de suplantar las exposiciones del profesor ni proscribir los manuales de historia literaria. Si así fuera, nunca el autor se habría dedicado a preparar el que, Dios mediante, ha de salir a luz en breve.

Los apuntes biográfico-críticos que ofrezco no entienden ser sino una ayuda del profesor y de los textos extensos, quintaesenciando las enseñanzas de uno y otros. No muestran más que líneas generales, rasgos característicos, en guías o bosquejos; son como base y resumen de lecturas y explicaciones de mayor amplitud.

Lo que sí creo es que el alumno estudioso que vaya recogiendo en su carpeta las noticias y observaciones más importantes que oiga en clase, para sumar a las que le brinda "Cumbres del Idioma", no necesitará gravar el presupuesto doméstico con la adquisición de obras costosas: con estas páginas y con su diligencia tendrá lo que la cultura media podrá exigirle en la vida y también lo suficiente para afrontar airoso un examen serio.

Y una última advertencia para los que en este florilegio puedan echar de menos autores de su justa predilección. De los recientes y modernos no he incluido sino los universalmente consagrados; de los que aun viven, ninguno de los nuestros, y sí, varios españoles, porque expresamente los exigen los programas. ¿Y de argentinos y americanos desaparecidos hace tiempo? Reconozco que muchos debieran figurar aquí; pero la premura de tiempo me ha obligado a limitarme por ahora a los señalados en el plan vigente, aunque con el decidido propósito de completar la colección apenas pueda, porque soy de los que piensan que hay que preparar los libros, no para la escuela, para el programa o para el examen, sino para la vida, para la cultura, que es senda abierta a porvenir brillante.

He hecho una excepción con Amado Nervo, que no figura en el programa, porque me pareció que, por lo significativo que es dentro de su escuela, no debía ser omitido. Lo mismo obré en el primer tomo con Pereda y algún otro.

Y pongo aquí fin a mi tarea, deseando salud y ventura a los benévololectores.

Rosario y abril de 1938.

R. R.

DIÓSE FIN A LA IMPRESIÓN DE
ESTE LIBRO EL DÍA VI DE ABRIL
DE MCMXXXVIII, EN LOS TALLE-
RES GRÁFICOS DE LA EDITORIAL
" APIS " DE ROSARIO DE SANTA
FE, CALLE PRESIDENTE ROCA 150

ESPIGANDO EN LOS PRIMEROS JUICIOS
QUE SE HAN PRONUNCIADO SOBRE EL PRIMER TOMO
DE "CUMBRES DEL IDIOMA"

Del diario "El Mundo":

"El señor Rodolfo Ragucci publica "Cumbres del Idioma", una excelente antología escolar cronológica".

De la profesora M. Teresa L. de Bassi, de Pehuajó:

"He podido comprobar el alto valor de la obra; por lo que pienso hacer de ella un útil auxiliar para el desempeño de mis cátedras y recomendarla a mis alumnos".

Del Dr. Ataliva Herrera, inspector de enseñanza secundaria y asesor literario de "Caras y Caretas":

"Es el mejor libro de cuantos conozco sobre esta materia, por su vasta ilustración, por el orden, por la claridad, por el método, porque está hecho con amor y dominio".

De D. Pedro N. Ferreyra, profesor de Castellano y Literatura en la Escuela Normal y Colegio Nacional de San Pedro:

"De más está manifestar que se trata de un libro que reúne un sinnúmero de ventajas, ya sea en lo referente a su poco costo, como así también a las condiciones didácticas que conceptúo inmejorables, por lo que espero la iniciación de las clases para recomendar a mis alumnos la adquisición del mismo... Le reservaré un lugar preferente en mi biblioteca.

Debo manifestarles que conozco ya al autor del libro que me ocupa, a través de otro excelente trabajo, "El Habla de mi Tierra", que no dudo han de conocer; ambos cumplirán una función muy importante en la enseñanza del Idioma y la Literatura".

Del diario "La Capital" de Rosario:

"El profesor Rodolfo Ragucci, de la Capital Federal, vastamente conocido como autor de una importante obra anterior de gramática — nos referimos a "El Habla de mi Tierra" — acaba de publicar en nuestra ciudad, por la Editorial "Apis" una Antología correspondiente a los programas de Literatura española y americana de los cursos secundarios. La obra consta de dos volúmenes, de los cuales ha aparecido el primero, que se refiere a España. El segundo, titulado Hispano-américa, aparecerá próximamente.

El autor de "El Habla de mi Tierra" ha llevado a cabo su empresa con la vastedad y la exactitud que caracterizan sus publicaciones literarias.

La primera parte de "Cumbres del Idioma" constituye una antología escolar que pudiéramos llamar perfecta, si dentro del género de las antologías cupiese el término. Las nuevas orientaciones de los programas de literatura han determinado dos maneras en la presentación de las antologías escolares. Una tiende a ofrecer a los alum-

nos el cúmulo de las obras completas, en detestables ediciones baratas. Otra, vista la imposibilidad de que el alumno asimile semejante cúmulo de materias, le brinda, con abundancia relativa, los trozos mejores de cada autor prescripto. A esta clase de antologías pertenece el volumen de Ragucci.

En su género el autor ha producido una obra que se presenta sin duda como una de las primeras en el orden de tiempo, así como en el orden de la importancia, dentro siempre, de lo que se ha producido en el país. Ofrece también novedades que no se hallan ni siquiera en las antologías que nos vinieron de España, una de las cuales queremos puntualizar aquí. Nos referimos al orden con que el experimentado profesor de la materia ha procedido, distribuyendo cada autor dentro de un cuadro perfecto de cronología y de escuelas literarias.

El volumen se presenta esmeradamente impreso, con cerca de quinientas páginas y una portada y doscientos retratos de Salvador Galant.

De D. Julián Fernández, profesor de Literatura Castellana en Bahía Blanca:

"Mi felicitación más cumplida. Llamativa la portada, bien presentada la obra, artísticamente ilustrada. Muy bien, muy bien. ¡Qué gran paso!

En mis casi treinta años de maestro, he hojeado y hasta estudiado detenidamente muchas antologías, pero he de manifestarle sinceramente que "Cumbres del Idioma" es una verdadera "cumbre", y que el más exigente ha de quedar satisfecho. ¡Qué falta hacía en los colegios una obra así! Selección esmerada, juicios acertadísimos, orden cronológico, oportunas síntesis históricas, todo demuestra un hábil conecedor del método, de la materia, una paciencia benedictina...

Mientras reitero a Ud. mi felicitación, le aseguro que he de recomendar su obra en todos los colegios, donde por mis actividades tengo entrada. Una felicitación al artista Galant".

Del profesor Juan Manuel Cotta, escritor y director de la Escuela Normal Mixta de Quilmes:

"He leído con particular interés su libro "Cumbres del Idioma", prestando mi mayor atención al plan, metodología y selección de las composiciones en prosa y en verso.

No es necesario hojearlo mucho ni perder tiempo excesivo para advertir que el autor es un maestro de excepcionales méritos y un escritor intachable que maneja con acierto el idioma y que puede llegar fácilmente a las fuentes del mismo por su versación en lo que atañe al latín, griego, etc. Informado como el que más en los motivos del folk-lore, el ambiente nacional, la historia, la filología y la semántica, se halla al tanto de los nuevos aportes verbales y alerta ante los barbarismos de las más variadas latitudes.

Bajo el título de "Presentación" ofrece Ud. una información clara e instructiva sobre los propósitos de su libro.

Sus tres índices, — el general, el alfabético de escritores, y el de grabados, — son tres llaves de oro para el estudiante. ¡Cuántas veces el joven se desalienta buscando en tratados y bibliotecas lo que está por ahí, como olvidado, en las páginas del texto amigo! Esos índices son notables auxiliares y recursos preciosos para los ejercicios de coordinación intelectual.

Las ilustraciones, hechas por un buen artista como lo es Galant, asocian el recuerdo, y en los ratos de meditación acaso ayudan a descubrir la psicología del personaje por los rasgos de la expresión y, por ende, a comprender la clave de su estilo.

Los cuadros sinópticos, la síntesis de historia literaria, las notas o comentarios atinados y la precisión con que se anotan los argumentos, colocan al estudiante, admirablemente pertrechado como para encarar la lectura del trozo bien escogido donde por su propia observación comprobará las modalidades de cada escritor, la escuela en la que se enroló, el mérito que lo caracteriza o los defectos que pesan sobre su labor.

En vez de abrumar con largas y a veces inútiles consideraciones personales al alumno, procediendo de acuerdo con el más acertado criterio didáctico, lo lleva Ud. directamente al análisis del trozo original.

No ha descuidado, como buen maestro, sin caer en mojigatería alguna, el contenido moral de los fragmentos, sobre todo de aquéllos que han de leerse en pre-

sencia de niños y niñas o de conjuntos de unos u otros. Los malos compiladores, so pretexto de no cometer el pecado de cercenar la obra de los grandes maestros del idioma, dan lo que fuere como lo recortan, olvidando su destino y sus efectos docentes. El detalle escabroso de la novela realista o de la escena picaresca es más llamativo en la reducida página de una antología que en la obra, donde puede pasar inadvertido por el interés del relato o el del desenlace del asunto. Nada se pierde con una mala palabra menos. Con un bicho de cesto menos no deja el árbol de ser tal...

No necesito decirle más para que comprenda los motivos de mi franco aplauso. Su libro será provechoso y útil. Así se sirve a la cultura y a la Patria.

Del Dr. **Victorio M. Delfino**, catedrático de Literatura en varios institutos oficiales de La Plata:

"... ¡Al fin, podría exclamar y exclama un viejo profesor de idioma castellano, tenemos — en sus múltiples fases —, una obra monumental por lo sesuda y cuidada; completísima en su contenido que, como en bruñido espejo, refleja las mil facetas de la lengua de Cervantes! Y ello se debe, ante todo, a que es la obra de un poeta y un filólogo, que, teórica y prácticamente, conoce profundamente este maltratado y bello idioma. Gracias, pues, a nombre de todos los cultivadores respetuosos del español.

"Se puede enseñar con esa obra castellano y literatura en todos los años de los colegios nacionales, escuelas industriales, comerciales y normales.

"Se trata — quizá por primera vez entre nosotros — de una obra didáctica y crítica, que une a la maestría de su disposición la grandeza poco común del estudio sintético y agudo por épocas y por géneros. Vale decir que, no sólo es una selección admirable y completa — poesía y prosa —, sino un estudio crítico, tan breve como profundo, de nuestro idioma, sin prescindir de la época formativa. Se observa en su libro que Shakespeare tenía razón: "La brevedad es el alma del talento", lo que se puede decir de muy pocos libros, después de Pascal.

"Esa división y breve exposición por épocas, la síntesis agudísima de las características de cada autor y el cuadro sinóptico de la producción española desde el siglo XII a nuestros días, son trabajos únicos. No conozco nada más eficaz, agudo y erudito.

"La obra llena un vacío absoluto — valga la frase vulgar —, tanto en la selección como en el estudio evolutivo del idioma y autores.

"Creo sinceramente que no sólo puede, sino que debe usarse desde 1º a 5º años de los diversos establecimientos de enseñanza media y especial. Se trata de una obra monumental que rechaza el nombre de "antología" por pequeño; y porque, en realidad, es un estudio racional, didáctico y crítico, el más sintéticamente completo de los publicados hasta hoy.

"Los que enseñamos y sabemos la falta que hacía, sólo podemos decir al autor: ¡Gracias, maestro!; porque esto sólo se paga con gratitud, jamás con dinero: no tiene precio".

De D. **Ventura Chumillas**, autor de varios libros de crítica literaria:

"Rodolfo Ragucci es autor de varios notables libros, en prosa y verso, libros que, a su aparición, fueron justamente celebrados por la crítica... Es también quien, con general aplauso, escribe en "El Pueblo" la instructiva e interesante sección "Para el bien decir".

"Ahora acaba de publicar una enjundiosa y concienzuda antología escolar de poetas y prosadores españoles e hispanoamericanos, antiguos y modernos, presentados en orden cronológico, con noticias biográficas y críticas, y numerosas notas explicativas. La obra, cuyo título es "Cumbres del Idioma", está escrita en dos tomos. El primero, que es el único que ha llegado a mis manos, y he leído, está dedicado a poetas y prosadores de España. Es una historia sintética de la Literatura española y, al propio tiempo, una copiosa y muy nutrida antología. Es una de las más completas y de las mejores — tal vez la mejor, según mi criterio — de las antologías de poetas y prosistas españoles publicadas en estos últimos años. Quienes tengan el noble deseo de conocer el panorama histórico de la Literatura española, y busquen una tabla de positivos valores literarios, creo que no encontrarán para ello libro mejor que "Cumbres del Idioma". Antología significa, según el diccionario de la Academia Española, **florilegio**. Y florilegio — palabra compuesta de los dos vocablos latinos *flos* (flor) y *legere*

(escoger) — significa, y debe ser, una colección de escogidas flores de la poesía y la literatura. Esto es, realmente, la recopilación realizada por R. Ragucci. Éste hace desfilar por las páginas de su libro los más ilustres literatos y poetas; y el alma de cada uno de ellos diríase que está como encantada y fija en cada uno de sus respectivos escritos, seleccionados magistralmente por el autor de la antología.

“También a los oradores ha dedicado algunas páginas.. Fragmentos oratorios hay en “Cumbres del Idioma” que no pueden ser leídos en silencio. Los labios, sin que nos demos cuenta de ello, empiezan a pronunciar palabras en alta voz, y termina uno por tener que declamar con énfasis párrafos enteros...

“No es “Cumbres del Idioma” una nueva compilación de escogidos trozos literarios puestos sin premeditación y sin orden, sino ordenados calculada, discreta y sabiamente, por orden cronológico, o sea según han ido apareciendo sus autores en el mundo de las letras. Y también — claro está — agrupados según la índole del género literario a que pertenecen.

“Las notas explicativas puestas por el autor de la Antología son de gran valor... El ideal de su antología es facilitar la ardua tarea de los profesores de Literatura y despertar en los alumnos amor y admiración hacia los eximios poetas y literatos que merecen ser llamados “cumbres del idioma”... El libro ha de contribuir sobremanera al logro de ese ideal...

“Cumbres del Idioma” es una obra de gran provecho y utilidad, meritísima y digna de toda loanza”.

Del mismo autor:

CUMBRES DEL IDIOMA,

Tomo I: *España.*

EL HABLA DE MI TIERRA, 4ª edición.

REFORMAS E INNOVACIONES en la última edición de la Gramática de la Academia.

AUTORES ESPAÑOLES Y ARGENTINOS, 5ª edición.

EN VERSO (Pedro Romero de la Vega):

LA REPÚBLICA ARGENTINA, juguete lírico gimnástico.

TARSICIO O EL NIÑO MÁRTIR, acción dramática en tres cuadros.

AL PARTIR, con prólogo del Dr. Ataliva Herrera.

EN EL PRETORIO DE PILATOS }
EL SUEÑO DE UN APÓSTOL } traducciones del italiano.

EN PRENSA:

LETRAS CASTELLANAS, curso completo de Historia de la Literatura Española.



BICOR CORP